El Milagro de Santa Nevana

- La Historia de un Libro Maldito -



Manuel Paz

El Milagro de Santa Nevana

La Historia de un Libro Maldito

Manuel Paz

El Milagro de Santa Nevana

La Historia de un Libro Maldito

Primera edición: Marzo de 2026

© 2026, Manuel Paz Serrano

© 2026, Edición, maquetación, diseños de imágenes y diseños portada/contraportada: Manuel Paz Serrano

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright: **Manuel Paz Serrano.**

La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual y protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes, intencionadamente, reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, esta obra literaria.

REGISTRADO EN SAFE CREATIVE:
Código 2512023906507-55B9HR

ISBN: 978-84-09-82816-6

Depósito Legal: MA-249-2026

Editado por Mac Editorial.



Mac Editorial

Este libro se puede adquirir a través de:
santanevana.com
manuel.paz@santanevana.com
Disponible también en formato físico y digital en Amazon

A mis tios Emilio y Cecilio y a mi madre M. Carmen

Desde el infierno siempre se escribe mejor,
con una voz que dicta sin descanso, desde lo más hondo.
Y cuando la voz calla el dolor inmisericorde termina lo que la tinta comenzó.

A menudo con un principio limpio, puro y nuevo.

INDICE

Prólogo
Capítulo Cero **La Noche del incendio**
Capítulo 1 **Un milagro**
Capítulo 2 **Santa Nevana**
Capítulo 3 **Santa Nevana respira**
Capítulo 4 **El Libro**
Capítulo 5 **El Coniuratio**
Capítulo 6 **Deberes**
Capítulo 7 **El Conjuro**
Capítulo 8 **Un Negocio y un Pacto**
Capítulo 9 **Del otro lado de la Pluma: Capítulo II**
Capítulo 10 **Massey Ferguson MF-135: El Buey**
Capítulo 11 **Veinticinco Campanas**
Capítulo 12 **Llora El Cielo**
Capítulo 13 **La Huida de Maeve**
Capítulo 14 **Bernarda**
Capítulo 15 **El Camposanto**
Capítulo 16 **Flores Marchitas**
Capítulo 17 **Heridas**
Capítulo 18 **Las Dos Caras de Jano**
Capítulo 19 **Elías Varea**
Capítulo 20 **Canedo de Quiñones**
Capítulo 21 **Migas de Pan**
Capítulo 22 **El Ajedrez**
Capítulo 23 **El Código de Giovanni**
JUEGO DEL CÓDIGO PORTA
Capítulo 24 **Los Juegos de Eusebio**
Capítulo 25 **La Calma Antes de la Tormenta**
Capítulo 26 **Los Libros Hablan**
Capítulo 27 **Azúcar Derramado**
Capítulo 28 **A Contrarreloj**
Capítulo 29 **El Santuario**
Capítulo 30 **El Dios Único**

Epílogo **Diez Meses Después**

Prólogo

Hay amistades que nacen en la juventud y que, con el paso de los años, nos da la sensación de conocerlo todo del otro. Con Manolo siempre pensé que era así. Hemos compartido tiempo, conversaciones y caminos desde muy jóvenes, y como ocurre muchas veces con los amigos de siempre, uno cree saber perfectamente a quién tiene delante.

Sin embargo, la lectura de *El Milagro de Santa Nevana* me hizo descubrir algo que hasta ahora desconocía, una nueva dimensión.

En esta novela conocemos a Tristán, un escritor que se siente perdido y que llega a Santa Nevana persiguiendo un milagro, quizá sin saber muy bien cuál. Mientras avanzaba por sus páginas, no podía evitar pensar en mi amigo, debo admitir que hay algo muy suyo en todo esto.

Como Tristán, él también ha atravesado momentos de búsqueda, de caminos inciertos, de esa sensación de caminar por un desierto sin destino claro que, en mayor o menor medida, casi todos hemos transitado alguna vez.

Manolo siempre ha sido un entusiasta. De esos que persiguen ideas, sueños y proyectos con una mezcla de ilusión y obstinación que a veces puede hacerle parecer errante, como si todavía estuviese buscando su lugar. Pero precisamente esa inquietud es la que lo ha mantenido en movimiento. Y quizá por eso esta novela resulta tan especial: porque en ella se percibe que algo ha cambiado.

Mientras leía, tuve la sensación de que este libro no es únicamente un thriller de misterio, ambientado en un lugar extraño y fascinante como Santa Nevana.

Cada lector descubrirá en Santa Nevana algo diferente: intriga, juegos, amor, miedos….que nos harán ir avanzando página a página

hasta conocer el desenlace final, con una capacidad narrativa que, confieso, desconocía de él y que me sorprendió profundamente.

La literatura tiene esa capacidad maravillosa de revelar partes de nosotros mismos que, a veces, ni siquiera quienes nos rodean, conocen.

Este libro también es, en cierto modo, y para quienes conocemos a Manolo, una invitación a descubrir más de él desde una perspectiva nueva.

Quizá por eso su lectura se siente tan auténtica.

El Milagro de Santa Nevana es su segundo libro, ya vino antes Musas de microrrelatos, pero ésta es su primera historia larga y por tanto una declaración de intenciones, significa que la necesidad de contar cosas sigue ahí, que es el comienzo de una gran travesía literaria que sin duda será interesante seguir transitando con él.

Tu amigo

Carlos Navas

Capítulo Cero
La Noche del incendio

Aquella noche del 97 el cielo sobre Santa Nevana no parecía normal. Casi negro, sin luna, con cuatro estrellas mal contadas. Ese aroma en la atmosfera que presagiaba algo. Eran las diez largas cuando el teléfono de la caseta sonó con ese timbre metálico que siempre parecía más urgente de lo que era. Aunque esta vez sí que era urgente.

—¿Diga? —respondió, con la voz pastosa de quien no espera nada serio a esas horas.

—Santiago, hijo, que se está quemando la casa del escritor —dijo la voz al otro lado.

Era Lala. No hacía falta que se presentara. Tenía una forma dulce de comerse las sílabas que no se parecía a la de nadie en el pueblo; aquella vez, además, sonaba como si hubiese ido a la carrera al teléfono del pasillo del hostal y se hubiera quedado sin aire.

—¿Estás segura, Lala?

—Segura no, lo siguiente. Asómate, ya verás. Toda Santa Nevana empieza a oler a chamusquina.

Colgó sin despedirse.

Él aún no era "la autoridad" de nada, solo un policía joven con el uni-

forme nuevo, las botas todavía rígidas y más respeto por el Land Rover del ayuntamiento que por sí mismo. Cogió las llaves, el anorak verde y la linterna, y salió a la calle con prisa y sin pensar. El pueblo dormía a medias: algún televisor encendido detrás de una cortina, un perro que ladró sin saber por qué y una luz que se encendió en cuanto el motor del coche aceleró dos veces.

Cuando encaró la cuesta hacia la casa de Elías Varea, lo vio.

El fuego subía y bajaba. Una lengua anaranjada lamía primero el tejado, luego las ventanas, luego el porche, como si alguien hubiera encendido la casa desde las entrañas hacia afuera. Los cristales estallaban hacia la noche como si la casa escupiera trozos de sí misma.

Santiago dejó el Land Rover atravesado en el camino y se quedó un segundo pegado al volante, con la boca entreabierta. Solo se oía el rugido sordo de la madera vieja ardiendo y, por debajo, algo que podía ser viento… o un murmullo. A ratos parecía que el propio fuego respiraba hacía afuera.

Abrió la puerta y bajó del coche. El calor le pegó en la cara como una bofetada. Subió los últimos metros a pie, tapándose la boca con la manga, los ojos llenos de chispas.

Detrás de él, oyó unas botas apuradas sobre la grava.

—¿Qué ha pasado, muchacho? —resopló Eusebio, alcanzándolo—. Si parecía de día desde mi casa.

Llevaba gorro de lana calado de cualquier manera, la camisa abotonada a medias sobre la camiseta de felpa y un chaleco viejo tirado por encima. El pecho le subía y bajaba como si hubiera hecho la cuesta al trote. Levantó la muñeca por pura costumbre, sacó el reloj de bolsillo y le echó un vistazo a la esfera, apoyándolo en la palma como siempre.

—Las once menos… —empezó a decir.

Una bocanada de humo le hizo toser; cerró de golpe el reloj y se lo guardó sin terminar la frase.

Los dos se plantaron junto al muro bajo que cercaba la casa. Más allá, la fachada ardía entera. El aire vibraba. La pintura de las contraventanas se levantaba en ampollas negras. De vez en cuando algo dentro crujía con un sonido que a Santiago le recordó un hueso grande partiéndose.

—El escritor… Hay que sacarlo de ahí —dijo, sin pensarlo demasiado.

—¿Y cómo? —contestó Eusebio—. Ese horno te come vivo.

Aun así, ninguno de los dos se movió hacia atrás.

Vieron movimiento en la ventana del piso de arriba.

—¡Eh! —gritó Santiago, dando un paso adelante—. ¡Varea! ¡Salga de ahí!

La figura apareció un segundo después, recortada por las llamas. Un hombre delgado, descalzo, camisa pegada al cuerpo. El pelo revuelto parecía erizado por el calor. En otra circunstancia, Santiago habría dicho que parecía un profesor, o un loco. Tal y como lo veía ahora pensó:

Está muerto y todavía no lo sabe.

Varea miraba sin inmutarse mientras y lo miraba sin pestañear, una idea aún peor se le cruzó por la cabeza:

O quizá sí lo sabe y no le importa.

El fuego ya le había agarrado por las mangas, por el cuello de la camisa. La tela se ennegrecía y se abría en agujeros brillantes. Elías no trataba de apagar las llamas, no se golpeaba el pecho ni se sacudía los brazos. Se aferraba al marco de la ventana con los nudillos blancos y miraba hacia abajo, hacia el patio, hacia ellos.

—¡Tiene que bajar! —volvió a chillar Santiago—. ¡Ahora mismo!

Eusebio, a su lado, hizo un gesto como si fuera a trepar el muro, pero el calor los empujó a los dos un paso atrás. Era como ponerse delante de la puerta de un horno industrial abierto. El aire quemaba al respirarlo.

Elías no respondió. Bajo a la planta baja, lentamente mientras se le quemaban agujeros en la ropa. Al llegar inclinó un poco la cabeza, como quien intenta oír algo que viene desde muy dentro de la tierra. La sombra de las llamas le bailaba en la cara. Se estaba quemando. Y entonces se rio.

Fue una carcajada larga, pero sin histerias. Fue un sonido tranquilo, sosegado, pero tan fuera de lugar y escalofriante que a Santiago se le encogió algo en el estómago.

—Se va a quemar… —murmuró Eusebio—. Míralo.

Elías abrió la boca y, esta vez, sí gritó.

Gritó, como si quisiera que lo oyeran desde todo el valle. La frase cruzó el fuego y la noche de una pieza, limpia, heladora:

—¡Una llama, muchas sombras! Síííííí.

El eco rebotó en la ladera, se mezcló con el rugido del incendio.

—¿Lo has oído? —Eusebio giró la cabeza hacia Santiago, con los ojos muy abiertos.

—Sí… —tragó saliva el joven—. Una llama, muchas sombras… yo qué sé. Querrá decir que con tanto fuego solo ve sombras, que no encuentra por dónde salir.

Sonaba a explicación. Pero el tono del grito no había sonado a eso. Sonaba a algo razonable, pero por dentro no lo creyó ninguno de los dos.

Elías bajo un brazo, no en gesto de pedir ayuda, sino señalando hacia sus propios pies. Hacia el suelo de la habitación. Durante un segundo, a Santiago le pareció ver, bajo las llamas, una oscuridad distinta, más densa, justo donde no debería haber nada más que suelo.

Y entonces lo vio moverse.

No cayó hacia delante. No se desplomó hacia atrás. Se apartó de otra ventana y…

Desapareció.

Eso fue lo que se le quedó grabado: la sensación de que el hombre se desvanecía. En un segundo estaba allí, recortado en la ventana, con la ropa ardiendo; al siguiente, solo se veían llamas agarradas al marco.

—¿Lo has visto? —soltó Santiago, con la garganta seca—. ¿Lo has visto, Eusebio?

El campesino tardó en contestar. Tenía la vista fija en el hueco de la ventana, la mandíbula apretada.

—He visto demasiado —dijo al fin.

La explosión llegó un latido después. Un golpe de aire caliente los tiró a los dos de espaldas contra la grava. El techo cedió hacia adentro, las vigas se doblaron como si fueran de papel. La ventana donde había estado Elías se rellenó solo de fuego.

Santiago rodó por el suelo, con los oídos zumbando y olor a pelo chamuscado.

—Virgen bendita… —murmuró, sin saber si aún tenía cejas.

Notó que alguien le tiraba del brazo.

—Arriba, chaval —gruñó Eusebio, ayudándolo a incorporarse—. Que como se venga el muro nos aplasta.

Al tirar de él, algo se enganchó entre la hebilla del cinturón de Santiago y el bolsillo del pantalón de Eusebio. Se oyó un *clac* seco.

—Me cago en… —bajó la vista—. El reloj.

Sacó el reloj de bolsillo. Se había abierto con el tirón. El cristal estaba bien pero dentro, las agujas dibujaban una pequeña cruz torcida sobre la esfera.

El reloj estaba parado. La aguja de los minutos, en el tres. La de la hora marcaba las once.

—Mira —dijo, enseñándoselo a Santiago—. Mi reloj, se ha parado.

Intentó agitarlo un poco, como si pudiera convencer al tiempo de seguir. Nada.

—Eso será del golpe —soltó Santiago, por decir algo—. Del calor. De todo.

Por el camino, más abajo, Lala se había quedado quieta junto al Land Rover. Llevaba una bata de flores mal anudada y las zapatillas empapadas en barro. Miraba el incendio con una expresión rara, como si hiciera cuentas que no le salían.

—No puede ser… —murmuró, más para sí que para nadie—. Ahora había encontrado el camino. No puede ser.

Ninguno de los dos hombres le preguntó qué quería decir. Bastante tenían con sostenerse en pie y mirar.

Se quedaron allí hasta que el tejado terminó de venirse abajo. El fuego fue perdiendo fuerza poco a poco, como un animal grande que se cansa de pelear. Cuando por fin se atrevieron a acercarse algo más, solo se veía un montón de vigas negras y piedras humeantes. No podía hacerse nada. No esa noche.

El cuerpo lo buscarían al llegar los bomberos.

Los bomberos llegaron de Astorga casi al amanecer. Entre las cenizas entraron con cuidado, apartando restos con palas y picas, removiendo ceniza hasta que el humo ya no picaba en los ojos.

Removieron todo.

Encontraron clavos, cristales, trozos de loza, hierro retorcido, restos de todo tipo… Pero cuerpo, no.

Santiago, mientras cerraba la puerta del Land Rover de vuelta al pueblo, se quedó con una idea dando vueltas en la cabeza, como una mosca encerrada:

No estoy seguro de que lo que ha ardido esta noche fuera humano.

Eusebio, mientras seguía allí, bajó la mano al bolsillo para notar el bulto del reloj inmóvil y dejó que las palabras se le repitieran por dentro, como si tuvieran vida propia:

Una llama, muchas sombras…

Y Eusebio ya sabía algo, lo tuvo claro, con esa intuición tosca que da el campo.

Esto no acaba aquí. Yo sé que ese cabrón se traía algo entre manos y esto no acaba aquí.

Aquella fue la noche en que constó que Elías Varea había desaparecido. Había muerto en el incendio y enterrado en las ruinas, o quizás escapó de alguna manera y huyó. La cuestión es que, incluso en el difícil caso de no quedar ningún resto por la incineración, cualquier hipótesis se daba por buena.

Capítulo 1
Un milagro

No todos los comienzos son voluntarios. Algunos te arrastran con la fuerza de lo inevitable desde un lugar tan profundo que dudas si realmente serás capaz de salir de ese agujero oscuro.

Había llegado a Santa Nevana pasadas las diez de la noche, en un autobús que olía a gasoil, embrague y goma quemada y a resignación. La calefacción no funcionaba bien, y los cristales empañados devolvían su reflejo a medias, como si ni el vidrio quisiera reconocerlo. Llevaba los auriculares puestos desde que salió de la estación, con su listado de bandas sonoras de películas, pero solo empezó a escuchar la música de verdad cuando el vehículo serpenteaba por la última curva antes de descender al valle.

La banda sonora de ese momento de su vida se activó sin querer. En sus oídos tronaba el mismo tema que en aquella escena de Batman Begins: cuando Bruce Wayne, preso, tras fracasar tantas veces, intenta, de nuevo, escalar el pozo que lo encerraba en la prisión fortaleza en el desierto, sin cuerda, sin red. Un salto de fe. Escucharlo en ese momento le pareció una señal. Él también venía de un pozo. Solo que el suyo no era de piedra, sino de fracaso. Tristán se sentía identificado de esa escena, había caído tantas veces, pero no se resignaba a salir del hoyo. Esta vez tendría éxito. Con el miedo entre las piernas y los ojos humedecidos, no pudo evitar pensar que eso era justo lo que estaba haciendo él. Escalar, aunque las uñas sangren. Y esa esperanza podía con su temor.

Tristán llegó en una noche de otoño. La niebla era espesa, como si el paisaje quisiera protegerse del recién llegado. El conductor no dijo nada cuando lo dejó frente a la plaza. El silencio del pueblo era denso, apenas roto por el quejido de una veleta oxidada y el lejano golpeteo de una ventana mal cerrada. Descendió del autobús con

una mochila, una bolsa con libros que nadie había querido comprar y el alma mal envuelta en cansancio. No había nadie esperando, pero el chófer le señaló con la cabeza una fachada iluminada al fondo: un hostal.

La fachada del hostal de dos plantas tenía ese aire de sitio que solo abre por pena o rutina. No sabía si era una oportunidad o un castigo, pero tenía claro que no le quedaban muchas más baldosas en su camino. Y allí estaba Tristán, frente a una puerta desconchada, de madera vieja y pintura desvaída por la humedad.

No tenía nombre, solo una placa oxidada que decía "Habitaciones", un número torcido con un cinco de bronce verdoso en la puerta y un timbre que sonaba como una tos vieja. Lo regentaba una mujer de unos sesenta y muchos, Eulalia, a la que el pueblo entero conocía simplemente como "Lala". Nadie sabía si era viuda, soltera, o madre abandonada. Llevaba el cabello recogido en un moño perpetuo, un batín de flores desteñido y un cuaderno donde apuntaba a mano las entradas y salidas, aunque apenas alquilaba alguna.

—¿Vienes por trabajo o por castigo? —le dijo cuando lo vio.

Tristán no respondió. Tristán ya no esperaba gestos. Solo necesitaba una cama... Y un milagro.

Ella tampoco volvió a preguntar. Le entregó una llave que colgaba de un gancho y le indicó con un gesto dónde estaba su cuarto.

—Tómala y sube. Segundo piso a la derecha. Mañana hablamos.

Subió las escaleras de madera que se quejaban con cada paso hacia la segunda planta. Solo había habitaciones, así que pensó que la primera planta era la morada de Lala.

La habitación era simple. Demasiado. Una cama con una colcha que parecía arrastrar décadas, un escritorio de madera vieja con una lámpara sin tulipa. De la habitación brotaba sudor a madera húmeda, con ese leve aroma a cera vieja y polvo que solo dejan los muebles antiguos cuando llevan demasiado tiempo sin moverse. Las paredes, de un color indefinido entre el gris y el ocre, parecían haber absorbido historias que ya nadie contaba. Había un espejo ovalado sobre una cómoda coja, cuyas patas crujían cada vez que el viento empujaba la casa. A la izquierda, un perchero sin abrigos y sin

sombra. En la esquina, una lámpara de pared con tela de encaje, emitía una luz mortecina que no espantaba ni los silencios ni los fantasmas.

Un armario empotrado, con puertas desvencijadas de madera y un pomo suelto, completaba el mobiliario. Dentro colgaban unas pocas perchas vacías, como esperando huéspedes que ya no volverían.

Una única ventana, con los cristales algo empañados por la humedad, dejaba ver el camposanto del pueblo. No estaba lejos, apenas a unos metros al final de un camino de tierra, rodeado de cipreses altos y quietos. Desde allí se distinguían algunas cruces de piedra torcidas, otras cubiertas de musgo, y una verja oxidada que crujía incluso sin viento. Tristán no pudo evitar pensar que le habían asignado una habitación con vistas al final… como si alguien, con cierto sentido del humor fúnebre, le hubiera reservado una estancia con desenlace incluido.

La cama chirriaba como un animal viejo al menor movimiento, y la colcha tenía bordados florales de otro siglo. No había televisión, ni cuadros, ni ninguna distracción moderna: solo un calendario del año 1997 colgado de un clavo torcido, y una Biblia con el lomo desgastado sobre la mesita. Todo parecía dispuesto para el descanso… o para la espera.

Tristán no se detuvo a observar nada. Se dejó caer sobre la cama sin quitarse siquiera los zapatos. Se dejó caer como un saco de huesos cansados y, por un instante, creyó que la cama lo había aceptado. No lo abrazó, pero tampoco lo rechazó. Simplemente lo sostuvo, como si supiera que aquel cuerpo traía más peso que el de su propia carne. El cuerpo le pesaba como si ya hubiera empezado a morir.

Y mientras el sueño lo envolvía, hubo un leve susurro, apenas audible, como si algo —o alguien— se hubiese despertado en la misma habitación.

El último pensamiento antes de que el sueño lo venciera fue una imagen sencilla: una taza de café humeando en una mesa de madera, luz entrando por la ventana, y una hoja en blanco esperando ser escrita.

Un milagro, pensó antes de cerrar los ojos. Solo necesito un milagro.

No oyó el crujido. Ni sintió el leve cambio en el aire.

Y algo —muy lejos, o muy cerca— pareció escucharlo.

Algo, en algún rincón, ya lo había elegido.

Capítulo 2
Santa Nevana

El primer rayo de luz se filtró entre las rendijas de la persiana como una línea temblorosa, gris y fría.

Tristán abrió los ojos con una lentitud ajena, como si su cuerpo aún necesitara una tregua. La habitación tenía esa quietud que solo se encuentra en los lugares ajenos, donde el aire parece no haber sido respirado del todo. Por un momento no supo dónde estaba. Luego lo recordó: Santa Nevana. El hostal. Lala. La mochila junto a la silla.

Se desperezó con una exhalación larga y vencida. Estaba entumecido. El colchón era fino y el frío de la madrugada seguía en las paredes. Miró el móvil, no había cobertura, no era de extrañar en el fin del mundo. Ya buscaría un fijo para llamar. Se levantó despacio, buscando con los pies el suelo helado, y empezó a reunir sus cosas. Sacó su neceser: un cepillo, una cuchilla ya algo torcida, una pastilla de jabón partida por la mitad. Junto a ello, recogió en un bulto la ropa sucia del día anterior y una muda limpia que había sacado de la mochila.

Abrió la puerta con cuidado y asomó la cabeza al pasillo.

—¿Lala? —dijo en voz baja.

Desde la cocina llegó la respuesta, como si llevara horas despierta.

—El baño está abajo, cariño. Donde la cortina de ganchillo. Y deja la ropa sucia en la cesta de la esquina.

Tristán bajó por la escalera con los brazos llenos. La madera crujía con cada paso y el barandal parecía sujetarse por pura lealtad al pasado. Llegó a la planta inferior. El pasillo era corto, con suelo de baldosa antigua y olor a café recién hecho.

A la derecha, una puerta cubierta con una cortina blanca de ganchillo dejaba pasar una luz opaca.

La empujó con suavidad.

El baño era estrecho pero ordenado. El espejo, con marcas de óxido en las esquinas, colgaba sobre un lavabo agrietado por los años. En una estantería de cristal, junto al jabón y el champú, había una colección de cremas, un cepillo redondo con pelos rojizos y un bote de colonia de las que ya no se ven en los supermercados. En una esquina, una toalla bordada con la letra **E** colgaba de un gancho. Eulalia.

No había duda: compartía el baño con Lala.

Dejó su ropa sucia en una cesta de mimbre, como ella le había indicado, y colocó con cuidado el resto sobre la tapa del bidé. Se miró en el espejo y frunció el ceño. Aquel reflejo tenía algo diferente. No era el cansancio. Era la intemperie. La desnudez de estar empezando de cero. Abrió el grifo. El agua tardó unos segundos en salir. Cuando lo hizo, fue helada. Tristán tragó saliva y se mojó la cara con decisión, como si así pudiera terminar de despertar o de desprenderse de su piel anterior.

—Tendré que comprarme un albornoz —murmuró para sí, mientras se secaba con su toalla.

Llegó como pudo a la habitación, que le esperaba con las persianas aún entreabiertas y el frío trepando desde el suelo.

Había subido a hurtadillas, medio desnudo, aferrado a los pocos objetos de higiene que llevaba como quien cruza una frontera.

—Definitivamente tengo que comprarme un albornoz —murmuró —. O una bata. No puedo seguir cruzando pasillos así, medio desnudo y con estos fríos…

Se vistió con lentitud, primero el pantalón vaquero, raído en los bajos. Después la camiseta térmica, de esas que prometen calor aunque el alma esté helada. Por último un jersey gris, sencillo, gastado, pero limpio. No tenía muchas más opciones.

Recogió el pijama aún tibio de su cuerpo y lo dobló con cierta ceremonia. Abrió una de las baldas del armario y lo colocó allí, junto a los libros que ya no pensaba volver a leer.

Volvió a mirarse en el espejo del cuarto, el que colgaba sobre la pared de la cómoda sin cajones. El rostro que lo observaba no era nuevo, pero tampoco el de siempre.

Cuarenta y pocos. Barba sin afeitar. Sus ojos verdes estaban oscuros con algo menos que esperanza. Parecía el tipo de hombre que duerme poco, que ya no espera aplausos y que, sin embargo, insiste**.**

Era momento de empezar a recordar, aunque no quisiera.

La memoria no pregunta. Entra. Se acomoda. Y empieza a hablar.

Úrsula.

La vio en su mente como siempre la recordaba: de espaldas, el pelo recogido con una gomilla, colgando una parte de la cola sobre la camisa blanca, abierta hasta el tercer botón. Fue en la estación de Málaga, un verano cualquiera que cambió todos los veranos siguientes. Ella venía de vacaciones desde Astorga, arrastrando una maleta azul con ruedas medio rotas y una mirada que todo lo observaba, como si fuera la primera vez.

Se enamoró locamente. Tristán lo dejó todo por ella. Incluso sus estudios, que tanto significaban para él: periodismo y filosofía, nada útil para ganarse la vida, pero esenciales para entenderla. Lo dejó todo sin pensarlo mucho. Sin pensarlo en absoluto, en realidad. Y se fue con ella. A su ciudad. A su mundo.

Trabajó de lo que pudo. Clases particulares, encuestador telefónico, reponedor de madrugada. Vivían con poco, pero con pasión. Eran felices. O eso creía.

Hasta que el sueño se cruzó en el camino: escribir un libro**.**

Ella lo sabía. Lo animaba. Lo empujaba. Pero el mundo no. Las editoriales no. Las respuestas eran las mismas: "El argumento no engancha", "no hay estilo", "no es vendible". Eso si se dignaban a leerla.

Y entonces, sin consultarle, ella buscó el dinero. Con aquel hombre.

Ese maldito prestamista.

Después vino Alba, su hija. Su ancla. Su condena dulce.

Y el libro… ese maldito libro…

Allí estaban, cajas llenas de ejemplares devueltos en una habitación que siempre estaba cerrada.

Una derrota encuadernada.

Tristán parpadeó. Y volvió a la realidad.

El cuarto se sentía más frío de pronto. O tal vez era él.

Respiró hondo. Se alisó el jersey.

La casa olía a tostadas y café.

La voz de Lala canturreaba a Mon Laferte en la cocina. Una extraña foto: no la imaginaba ahí, tarareando *Mi buen amor* con Bunbury, esa canción pegajosa que pide cinco minutos más a un amor que ya está enfermo desde el principio y se pregunta, casi con reproche, por qué demonios se enamoró.

Tristán apartó la idea de lo que creyó que eran señales de su amor fatal que parecía que le perseguía.

—¿Lala? —preguntó Tristán desde el pasillo, con la voz aún ronca.

—Aquí —respondió ella desde la cocina—. ¿Ya estás listo?

Tristán asomó la cabeza con cierta timidez. En la cocina, la luz entraba sin permiso por una ventana alta, rebotando en los azulejos antiguos de color crema. Había una mesa redonda de madera, dos tazas ya servidas, pan cortado, mantequilla, mermelada y una cafetera italiana soltando su último suspiro.

Eulalia, aunque todos la llamaban simplemente Lala, tenía esa presencia que solo dan los años bien vividos. Ni alta ni baja, ni delgada ni gorda. Su cuerpo era sólido, como sus palabras. Llevaba un delantal de cuadros y una pinza sosteniéndole el moño algo deshecho. Su pelo, rojizo con algunas canas asomando, le daba un aire de mujer que no ha querido rendirse al paso del tiempo, pero tampoco lo disimula.

Los ojos eran lo mejor: un verde de musgo vivo, con algo de picardía y otro tanto de cansancio acumulado. Era de esas mujeres que han aprendido a leer el mundo sin necesidad de hablar mucho.

—Pensaba salir a buscar un bar para desayunar —dijo Tristán, de pie aún, sin moverse.

Lala lo miró con media sonrisa, como si esa idea le pareciera entre absurda y tierna.

—¿Bar? ¿Ahora? Anda, siéntate.

—No quiero molestar…

—No molestas. Y, además, te aviso: aquí el desayuno se avisa con tiempo, pero esta mañana ya lo tenía en mente.

—¿Ah, sí?

—Sí. Vi tu cara anoche. Y las caras como la tuya siempre agradecen un café recién hecho y un pan con algo dulce.

Tristán se sentó, algo incómodo.

—Gracias, de verdad.

—No es por ti. Es por mí. Me gusta no desayunar sola.

Hubo un silencio corto, cómodo.

Lala le sirvió el café con movimientos tranquilos, sin mirar demasiado, como si supiera que aún no era el momento de hacer preguntas. Él untó la mantequilla sin entusiasmo, como si el pan pudiera romperse. Lala se sirvió un trozo generoso y le dio un sorbo a su taza antes de volver a hablar.

—¿Dormiste bien?

—Sí… —respondió él, y dudó—. Bueno, lo suficiente.

—Esta casa es vieja, pero sabe arropar cuando hace falta.

Tristán asintió, sin palabras.

—Por tu acento eres del sur, pero déjame adivinar. Antes este era un sitio más frecuentado. Después de tantos viajeros y huéspedes creo incluso acertar de que parte del sur. En Andalucía hay muchos acentos y cada provincia tiene los suyos, de hecho, de la ciudad donde vienes tiene varios si vas hacia el interior, aunque tú eres de la costa, eres de Málaga ¡A que sí!

Tristán volvió a asentir, no tenía muchas ganas de contar que hacía allí.

—¿Vas a quedarte mucho? —preguntó ella, sin insistencia, como quien lanza una piedra al río sin esperar que rebote.

—Un tiempo, sí. Tengo… tengo algo que hacer. Y va a necesitar tiempo.

Lala no respondió. Solo asintió, con ese gesto que guarda los silencios importantes.

Tristán dudó un momento. Luego dijo, sin alzar la vista:

—Quería preguntarte… si puedes esperar un poco para pagarte. Buscaré alguna faena por el pueblo. Algo para ir ganando unos euros, cubrir los gastos…

Lala lo interrumpió con una leve risa, sin burla.

—Mira, hijo… yo ya no vivo de esto. La casa es grande, y el silencio pesa más que las facturas. Si por mí fuera, tendría que

pagarte yo por hacerme compañía.

Tristán levantó los ojos y se la quedó mirando por primera vez con atención.

—Gracias.

—No hace falta que me lo agradezcas. Solo no te vayas sin avisar, ¿eh? Que ya no tengo edad para encariñarme con la gente equivocada.

Una pequeña pausa. Él sonrió, muy levemente, sin querer, y volvió a mirar su taza.

—Aunque no lo parezca soy muy moderna y comprensiva. Si alguna vez necesitas algo —añadió ella, mientras recogía los platos —, solo dilo. No soy bruja, pero tengo intuición. Y una cafetera siempre lista.

Tristán no respondió, pero algo en él se aflojó.

Lala recogió algunas migas con la mano, pasó un paño húmedo por la mesa y sin decir palabra se acercó a la cafetera. Sirvió dos cafés más, sin apuro.

El líquido era claro, algo flojo, de esos que permiten conversación larga sin volverse amargos.

—Para lo que hay que hablar a estas horas —dijo, dejando la taza frente a él—, mejor uno suave.

Tristán agradeció con un leve gesto de cabeza y acercó la taza con ambas manos, disfrutando del calor más que del sabor.

—¿Y por aquí hay algún sitio donde pueda comprar algunas cosas? —preguntó, tras un sorbo—. Necesito un cuaderno, bolígrafos… y, bueno, algo para andar por la casa. Un albornoz. O una bata.

Lala sonrió mientras volvía a sentarse frente a él.

—Para escribir, ¿eh?

—Sí. Algo así —respondió Tristán, mirando al fondo de su taza, como si allí estuviera escondido el coraje.

—Entonces tienes que ir a El Margen. Es la papelería. No demasiado grande, pero tiene lo que uno necesita… y a veces, lo que no sabía que buscaba. La lleva Aurora Villamil, una mujer con más libros en la cabeza que en las estanterías. Te gustará. Aurora fue maestra. Se jubiló, pero no dejó de enseñar. Su tienda tiene ese

algo en el aire de un misterio escondido, huele a papel viejo, a tinta y a tiempo detenido. Y si te mira, cuidado… puede que te lea entero antes de abrir la boca.

Tristán dejó la taza sobre el platito y asintió con la cabeza.

—¿Y para el albornoz?

—En la tienda de Modesto, nuestro alcalde. Vende de todo un poco. No esperes moda, pero seguro que tiene algo que abrigue. Y si no lo tiene, te lo busca. Aquí, si no se encuentra algo… se inventa. Tiene una tienda de ultramarinos que solo abre por las mañanas. Modesto es un hombre grueso, tranquilo, de los que anotan en una libreta sin calculadora. Alcalde por costumbre, no por ambición, ni por votos.

—¿Y el pueblo? —preguntó Tristán, casi en un susurro, como quien tantea un terreno que aún no pisa del todo—. ¿Cómo es Santa Nevana? ¿La falta de cobertura es solo en el hostal?

Lala lo miró largo rato, como si estuviera decidiendo por dónde empezar. Luego volvió a apoyar las manos sobre la mesa y dijo con voz tranquila:

—Santa Nevana es muchas cosas. Algunas se ven, otras no tanto.

Pero es mejor que te lo cuente con calma…

Lala dirigió los ojos hacia arriba sin mirar a nada en especial, los cerró y se tomó su tiempo para responder.

—Santa Nevana es… muchas cosas. Pero no creas que se deja entender a la primera.

El pueblo acoge, pero no abriga. No da la bienvenida con algarabía, pero tampoco rechaza.

Es un lugar de transición, donde algunos llegan para esconderse, otros para olvidar… y muy pocos para quedarse.

Yo pienso que por eso no llega el internet ni el teléfono móvil, como si quisiera mantenernos alejados del mundo, para mantener su propia identidad. Sólo hay internet en el ayuntamiento y creo recordar que en la vieja biblioteca, pero no estoy segura.

Hizo una pausa. Tristán no la interrumpió.

—Si quieres tomar una cerveza o un vino tu bar es El Avío. Ese es de aquí de toda la vida. Lo lleva Vicente, que sirve en la barra, y su mujer Amparo, que está en la cocina. Hay desayunos, café, anís, y

tapas al mediodía. El dominó es el deporte del pueblo y El Avío su pista de juego. Si necesitas enterarte de algo, pasa por ahí a la hora del vermú. Todo lo que se sabe… se dice allí. Aunque ya te advierto que la gente de aquí es reservada.

Lala bebió otro sorbo de café antes de continuar.

—Tenemos un guardia o algo parecido, Santiago, que hace de todo: forestal, policía local, agente rural y hasta detective si hace falta. Vive en una caseta que parece de juguete. Lleva siempre un abrigo que le queda grande y una libreta donde apunta todo lo que no entiende. Saluda igual a todo el mundo:

—Todo tranquilo… por ahora —repitió Lala con una sonrisa.

—La estación de tren está al final del pueblo. Oxidada. Vencida por la hiedra. Ya no pasan trenes, pero aún hay un banco de madera donde parece que aún se sientan los ancianos a leer el periódico… como si esperaran algo que ya no llega. El último tren salió hace más de quince años. Nadie se despidió. Simplemente no volvió.

—Y luego está la casa en ruinas, al final del camino viejo. Ardió hace casi treinta años. No hubo culpables. Tampoco cadáveres.

Dicen que vivía allí un escritor. De esos que fueron alguien en algún sitio. Desde entonces, nadie ha querido tocarla. La maleza se la fue tragando, y los cristales rotos siguen en los marcos, como párpados heridos.

Algunos niños —pocos ya— juran que hay luces por la noche. Pero ya sabes cómo son los niños. O cómo somos los adultos.

—Hay un pub irlandés: El Garrison, que lleva Meib (Maeve), no sé cómo se escribe, una mujer que viene de Irlanda, callada pero de carácter, tiene una mirada sincera y valiente, pero huidiza. No se sabe bien qué leer en esos ojos. Lo montó y decoró con sus propias manos, con lo justo. Abre por las tardes y noches, es más de copas que de cafés. Raro ver algo así en un pueblo leonés de poco más de cien lugareños como este, pero ella le ha dado alma. Nadie le pregunta de dónde viene, y ella tampoco cuenta mucho. Pero es buena gente. Algunos dicen que ha huido de una deuda. Otros, que busca redención. Nadie tenía claro cómo ni por qué había acabado allí. "Como muchas cosas en la vida", pensó Tristán, "seguro que tendría su explicación. O no."

Para Tristán seguían las casualidades. El Garrison es el pub de una serie que había devorado años atrás: *Peaky Blinders*. Una casualidad extraña, como si alguien hubiese querido dejarle un guiño personal en medio de la nada.

Lala siguió, como si no notara su breve silencio.

—Y si te hace falta algo de botica, ve a ver a Don Eloy, el farmacéutico. Es un hombre reservado, educado, siempre con una sonrisa. Pero si me preguntas, sabe más de este pueblo que cualquiera. Nunca está en medio, pero siempre está ahí. Y eso, Tristán… eso dice mucho.

Lala apuró el café y añadió, como quien deja una propina de palabras al terminar una historia:

—Y por si acaso necesitas algo más…

Se reclinó levemente hacia atrás, como si repasara mentalmente los rincones del pueblo.

—La biblioteca está cerrada desde hace años, pero dicen que alguien la sigue abriendo de vez en cuando. No oficialmente, claro. Si ves la puerta entreabierta alguna tarde, asómate. Quién sabe lo que puedes encontrar allí.

—El cementerio viejo también sigue en pie. Está en las afueras, a la falda del monte. Nadie va, salvo los que quieren perderse un rato.

Las lápidas son antiguas, muchas ya sin nombre. Hay inscripciones raras… y un silencio que no es del todo normal.

—Y está la costurera muda**,** Bernarda. Vive sola, cose por encargo. Se comunica con notas en una pizarra. Algunos le tienen respeto, otros, lástima. Yo creo que ve más de lo que deja ver. Y calla mucho. Pero su casa siempre huele a lavanda, como si quisiera alejar fantasmas.

—Si algún día pasas cerca de Eusebio, el del porche, el de las gallinas, salúdalo. Tiene la escopeta siempre a mano, pero es más ruido que otra cosa. Eso sí… una vez me dijo que hay algo en la casa quemada. No quise preguntar más. No es hombre de inventar.

—Nuestra iglesia, bueno más bien ermita es preciosa, debes visitarla. El cura es Anselmo, un cura de antes, buena persona. Habla mucho con la gente y se pasa horas solo entre santos y símbolos. A veces creo que busca algo entre las piedras.

—Ah, y si te duele algo más que el alma, ve al consultorio. El médico, Saldaña, es correcto, muy serio… pero no termina de encajar aquí. No habla mal de nadie, pero con Don Eloy… bueno, digamos que no se tragan. Y en un pueblo como este, eso ya es decir bastante.

Lala se quedó callada unos segundos. Luego sonrió.

—Ya ves. Pueblo pequeño, alma grande… y algún que otro rincón que aún no ha dicho su última palabra.

Antes de salir del hostal Tristán pensó que nadie parecía preocupado por el paso del tiempo en Santa Nevana. Allí las horas se derramaban como vino malo: lento, espeso, necesario para olvidar.

Y quizá por eso Tristán eligió Santa Nevana.

Él lo eligió y aceptó, lo aceptó, como se acepta la lluvia, el viento… o la tristeza.

Sin preguntas.

Sin prisa.

Sin garantías de regreso.

Capítulo 3
Santa Nevana respira

El frío de la mañana se colaba por los bajos del pantalón como un gato curioso, persistente. Tristán cerró la puerta del hostal con ese gesto automático que se tiene al salir de un sitio que no se siente propio. Llevaba su gastado bolso de tela gris, el de su antiguo portátil, cruzado al hombro, las ojeras aún marcadas y el cuerpo con ese entumecimiento blando de quien ha dormido más por agotamiento que por descanso.

Lala, que barría la entrada con un escobón gastado, lo miró sin levantar del todo la vista y soltó una frase como al aire:

—Santa Nevana no es mala tierra, hijo. Pero aquí uno tiene que aprender cuándo callar… y cuándo mirar "pa otro lao" como decís de donde vienes tú.

No parecía un consejo. Sonaba más a advertencia envuelta en refrán.

Tristán sonrió, agradecido y algo desconcertado, y echó a andar cuesta abajo.

Se topó con la fachada antigua de El Margen. En el escaparate había un libro que le llamo la atención: *"La bienvenida del Diablo".*

Tristán entró despacio, contagiado por el silencio del lugar. La campanilla sobre la puerta sonó con un *clin* agudo, casi fuera de lugar. Aurora no levantó la vista enseguida. Estaba archivando unos recibos en una caja metálica, y parecía que terminar esa tarea era más importante que atenderlo. Así se lo indicó a Tristán antes de abrir la boca. Con el dedo índice de la mano izquierda apuntando hacia arriba y su mirada sin perderse de lo que hacía en el mostrador. Tristán lo aceptó con naturalidad y aprovechó para dar una vuelta.

La papelería El Margen tenía algo de santuario. No era grande, pero estaba ordenada con pulcritud. Las estanterías, perfectamente alineadas, contenían desde carpetas de anillas hasta enciclopedias

escolares olvidadas por los tiempos. Había un leve olor a papel viejo, mezclado con polvo del ambiente, aunque el local se veía limpio.

Recorrió los pasillos con curiosidad. Había papeles de todas las texturas, lápices de grafito alineados por dureza, cuadernos con estampados florales, sobres de colores pastel, reglas, escuadras, estuches de cuero con cremalleras oxidadas. En una de las vitrinas, un tintero azul noche dormía junto a una pluma antigua de punta afilada. Al lado, un cartel escrito a mano: *No tocar, por favor. Ni siquiera para sentir nostalgia.*

En una esquina, un mueble de madera clara albergaba una discreta, pero cuidada, colección de libros: novelas de segunda mano, clásicos de bolsillo, poemarios subrayados, y algunos títulos infantiles con las cubiertas algo deslucidas. Los lomos estaban ordenados por colores, como si esa fuera la única regla inquebrantable del lugar.

En una pared, sobre una repisa, descansaban fotografías en blanco y negro de concursos escolares, alguna premiación local, y enmarcada en un rincón discreto, una imagen borrosa de un hombre con barba desaliñada frente a una máquina de escribir. Parecía una foto rescatada de un cajón y enmarcada sin convicción.

Aurora Villamil se mantenía detrás del mostrador, erguida como un mástil, con una camisa de botones impecable, el pelo recogido en un rodete bajo perfecto, sin un pelo fuera de su lugar y gafas redondas que no se quitaba ni para mirar por encima. Alta, huesuda, con manos largas de pianista o correctora de pruebas, tenía la mirada de quien ha leído mucho y ha juzgado más.

Aurora terminó su tarea y por fin alzó la vista.

—¿Puedo ayudarle?

—Busco un bloc —dijo Tristán—. Para escribir. Algo que… no sé, inspire.

Aurora se dio media vuelta sin responder. Recorrió con calma una estantería y volvió con un cuaderno de tapas negras, algo rugoso, con una goma envejecida cruzando la portada.

—Este. Papel fuerte, buen gramaje. Y discreto. Le gustaba al otro.

—¿Al otro?

—Un escritor que vivió aquí. Hace años. Murió… o algo así. Nunca lo aclararon bien.

Tristán frunció el ceño, intrigado.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé. O sí. Es igual, no tiene importancia.

Y le tendió el bloc como si cerrara el tema.

Tristán lo hojeó. La primera página no estaba en blanco. Había una frase escrita en letra curva, temblorosa, casi desvaída:

"Toda palabra contiene un eco de su sombra."

Sintió algo extraño. Un leve escalofrío, como si alguien le hubiera susurrado desde dentro del cuaderno.

—¿Esto lo escribió usted?

—No. Ya venía así. A veces los libros se dejan escribir por otros.

No sabía bien porqué pero le pareció que Aurora no había dicho esa última frase por coincidencia. Tristán lo cerró con suavidad, como quien guarda un secreto recién descubierto.

—También necesito lápices. Y folios. Y... no sé, un poco de todo.

Aurora asintió. Sin una palabra más, empezó a reunir un pequeño lote: dos lápices HB y uno 2B, una goma blanca envuelta en papel, una carpeta de cartón kraft y un taco de folios satinados. Lo puso todo en una bolsa de papel marrón sin logotipo, ni prisas.

—Esto debería servirle —dijo con voz plana—. Por ahora.

Tristán pagó sin rechistar. Mientras recogía la bolsa, lanzó una última mirada a la fotografía del hombre de la barba desaliñada.

—¿Ese es el otro?

Aurora no contestó. Solo volvió a mirar hacia sus papeles, como si la pregunta no hubiese sido formulada.

Tristán salió con una extraña mezcla de gratitud y desasosiego. No sabía qué había sido más extraño: la frase, la mujer, o lo que no se dijo entre líneas.

Pasó frente a una tienda estrecha con toldo de rayas y un cartel escrito a mano con letras descoloridas: "Ultramarinos Modesto". Una campana que no sonaba colgaba del marco de la puerta, y desde dentro se oían cajones cerrarse, bolsas moverse, un murmullo de vida cotidiana.

Tristán empujó la puerta.

Dentro, el olor era denso: mezcla de queso curado, detergente, sacos de legumbres y algo indefinible que solo existe en las tiendas de ultramarinos que no han cambiado desde los años ochenta. El espacio era angosto, con estantes repletos hasta el techo. Detrás del mostrador, un hombre de espalda ancha y jersey de lana le daba la espalda, colocando latas de conservas con una parsimonia casi artística.

—¿El escritor? —dijo sin girarse del todo.

—¿Tan evidente?

—No. Tan pequeño es el pueblo —respondió al fin, mirándolo de frente.

Modesto lo observó unos segundos, como si lo midiera por dentro.

—Aquí ya no se escribe nada que valga la pena… desde que ardió la casa del otro.

—¿Qué casa?

—La del camino viejo. —Se agachó a recoger una caja sin dejar de hablar—. Pero no vayas a mirar, no vale la pena. Lo que no se cuenta, no se busca.

Tristán no contestó. Caminó entre los pasillos de la tienda y se detuvo, sorprendido, frente a una pequeña sección con ropa colgada en una barra torcida: calcetines gruesos, camisetas de franela, y, entre todo eso, un batín de seda color burdeos, liso, elegante, casi fuera de lugar.

—¿También vende ropa?

—No es ropa. Son restos —dijo Modesto, saliendo de detrás del mostrador—. Cosas que la gente trae, cosas que se quedaron en la pensión vieja, encargos que nunca se recogieron... Ese batín, por ejemplo, es nuevo. De almacén. Lo pedí hace años y nunca volvió a salir en catálogo. Al final, se quedó aquí.

Tristán acarició la tela. Era suave como una excusa bien dicha. Se notaba ligero, pero abrigaba con solo imaginarlo.

—¿Cuánto pide por este?

—¿Ese? Para andar por el hostal va bien. Parece caro, pero no lo es. Y si lo es... ya me lo pagarás.

Tristán lo miró, entre intrigado y agradecido.

—¿Seguro?

—Claro. No en vano soy el alcalde de Santa Nevana. —Y le guiñó un ojo—. Aquí aún mandamos más que cobramos.

Tristán sonrió. Se notó parte de algo por primera vez desde que había llegado.

—Gracias, señor Modesto.

—Llámame Modesto. Señor me suena a juicio. O a misa. Como decía mi padre "Don Pepe Leches el Abaniquero", no me preguntes el porqué pero fraseaba esto cada vez que alguien lo llamaba por don, así que quítame el don. Aquí todos somos familia, aunque como todas las familias a veces no son tan bien avenidas.

Tristán eligió también unas manzanas, dejó las monedas que llevaba sueltas y se llevó la bolsa con el batín dentro. No hubo recibo, ni más palabras. Al girarse, desde fuera, vio que Modesto lo seguía con la mirada. No con desconfianza, sino con una especie de resignación. Como quien ve venir una tormenta que ya no puede evitarse.

En El Avío el ambiente era otro: cálido, ruidoso en su forma de pueblo, con olor a pan tostado, a café recién hecho y a vermú con sifón. Una radio sonaba baja desde la cocina, emitiendo una copla antigua que parecía llegar desde una casa de abuelos más que desde un transistor. El local estaba salpicado de mesas de fórmica con bordes de aluminio, y las sillas de patas cojas parecían resistirse a la jubilación.

Tristán entró y dejó la bolsa con el batín en el respaldo de una silla. Se sentó junto a la ventana, buscando el calor del sol que se colaba oblicuo por los cristales empañados.

—¿Café solo? —le preguntó un hombre desde detrás de la barra, con la voz ya curtida por años de madrugones.

Era Vicente, el dueño del bar, de cuerpo robusto y sólido, calva noble y cejas rotundas; los ojos, pequeños y vivos, lo midieron un segundo sin mala leche. En su cara destacaba un gran bigote que no podía evitar recordarle al Antonio Resines de los años 80. Llevaba un delantal de cuadros y el trapo al hombro; los antebrazos fuertes y peludos terminaban en unas manos que mostraban una alianza gastada y una cicatriz vieja en el nudillo. Mientras esperaba la

respuesta, secó un vaso con oficio y le dio un golpecito al mármol, como quien pone punto final a esa tarea.

—Eso mismo —respondió Tristán.

Vicente asintió y volvió poco después con la taza humeante. La dejó con cuidado en la mesa, sin ceremonia, pero con cierta cortesía implícita.

—Está fuerte. Lo hace mi mujer —dijo con media sonrisa—. Amparo, la que manda en la cocina… y en todo lo demás.

Le dijo con voz grave, cascada de café temprano, con un punto cansado que en realidad parecía calma. Daba la sensación de poseer un humor seco, directo, socarrón, de los que te sueltan una verdad y te la endulzan con media sonrisa.

Desde dentro se oyó un ruido de cacerolas y luego una voz femenina, potente y clara:

—¡Y no te olvides de poner las tostadas del señor Lucas, que no puede tomarlas frías, que luego se le revuelve la bilis!

Vicente suspiró con resignación teatral.

—Ya ves —dijo bajando el tono—. Lo de "para toda la vida" no era una promesa, era una sentencia.

Tristán sonrió. El humor del lugar se colaba por las rendijas, como el humo del tabaco.

En la mesa más cercana a la ventana, Eusebio, el de la granja, lanzaba las fichas de dominó con un golpe seco, como si marcara territorio con cada movimiento. A su lado, Tomás el sacristán fruncía los labios cada vez que perdía la mano, que era casi siempre. Enfrente, otros dos hombres observaban con la paciencia de quien ha repetido esa partida durante años: uno era el doctor Raúl Saldaña, con su chaqueta de paño azul y expresión de no confiar ni en la caja de las fichas; el otro, el guardia Santiago, de brazos cruzados, que solo hablaba cuando se le preguntaba… y a veces, ni entonces.

Tristán no sabía aún quiénes eran, pero los miró con atención. Notó sus voces, sus gestos, y los guardó en ese rincón de la memoria donde se quedan las primeras impresiones que luego resultan importantes. Ya los recordaría cuando volviera a verlos.

En la mesa del fondo, dos parroquianos discutían a media voz, con esa familiaridad áspera de los que llevan toda la vida repitiendo las mismas diferencias.

—Te digo que está bajo la talla de San Bartolo, Anselmo. Hay símbolos —decía uno, con voz ronca.

—Grietas, no símbolos. Deja ya de ver cosas donde no las hay —respondió el otro con tono de resignación.

Anselmo. Tristán apuntó mentalmente el nombre. Otro más en el mapa que empezaba a trazar en su cabeza.

En un rincón, una mujer mayor hojeaba un periódico y leía el horóscopo en voz alta, como si recitara las Escrituras. Iba signo por signo con entonación solemne:

—Capricornio, no olvides mirar hacia atrás antes de firmar… Sagitario, la intuición es una trampa si no sabes callarla… Piscis, si sueñas con fuego, despierta pronto.

Tristán bebió un sorbo. El café sabía fuerte y amargo, como un recuerdo antiguo.

Vicente, que había vuelto a apoyarse en la barra, lo observó unos segundos.

—¿Tú eres el que escribe?

—Lo intento.

—Pues aquí ya escribió uno. Elías, se llamaba. Muy raro. Muy de andar solo. Un día se le quemó la casa, y con ella, todo lo que había escrito.

—¿Murió?

—Dicen que sí. Pero nunca encontraron el cuerpo. Ni falta que hizo, según algunos.

Una voz volvió a sonar desde la cocina:

—¡Vicente! O dejas de contar historias u hoy cenas sopa de sobre.

Vicente levantó las manos, como quien se rinde en su propia casa.

—Disfruta del café, muchacho. Y si te sale escrito algo bueno… que no prenda fuego.

Tristán asintió con una sonrisa contenida. Se quedó un rato más, sin prisa. Mirando por la ventana, escuchando fragmentos de

conversaciones, dejando que el pueblo lo fuese absorbiendo poco a poco, sin pedirle permiso.

Salió de El Avío con la bolsa en una mano y el maletín de tela bajo el brazo. El sol se había elevado, pero no calentaba. El aire traía tierra húmeda y a algo más viejo: a monte seco, a piedra pelada, a humo que nunca se va del todo.

Se fue al hostal cambiando el camino de vuelta sin apenas pensarlo, con ese cansancio que te pone el cuerpo en automático. Caminó sin rumbo fijo, entre casas que parecían resistirse a caerse por pura terquedad. Las casas del Bierzo se le fueron quedando a los lados como un archivo del pasado no tan reciente: muros de piedra oscura, juntados a maza y paciencia, y cubiertas de pizarra o de teja árabe que brillaban a retales donde el sol las pillaba. Las chimeneas, bajas y anchas, rezumaban un olor leve a humo en pausa y brasas dormidas esperando a revivir en la noche.

Las ventanas eran pequeñas, con contraventanas de castaño hinchadas por los inviernos. Algunas tenían balcones corridos —corredores— con listones torcidos y geranios que resistían como podían. Otras, sólo el alféizar de granito con una taza vieja o una lata oxidada haciendo de maceta. En algunas ventanas, cortinas de encaje que miran sin mirar. En los dinteles de varias puertas, clavos y un trozo de laurel para ahuyentar las energías negativas y la envidia; en una, un crucifijo ennegrecido que parecía llevar allí desde siempre. Las puertas se abrían hacia la calle con pasadores y cerrojos de hierro y cerraduras que tenían más memoria que seguridad.

El cableado iba por la fachada, nervioso, con empalmes de cinta aislante y una caja gris que nadie se molestó en nivelar. Antenas antiguas seguían clavadas en los tejados como promesas que ya no cogen señal; al lado de alguna, un plato oxidado miraba al cielo sin fe. Conforme deambulaba sentía la confusión de admirar una belleza que era gris y que al mismo tiempo no alegraba el alma, más bien la compungía con entereza, sin regalos inútiles. En un portal, un saco de carbón abierto junto a las puertas abiertas y dentro se veía un patio. Era un rectángulo de pizarra vieja con hierba fina entre las lajas. A la izquierda, la pila de granito dejaba un goteo testarudo

desde un grifo de cobre que acababa en un charco frío junto a un cubo azul. Junto a la pila se acumulaban barreños de zinc y una regadera galvanizada. A la derecha un leñero bajo un voladizo con un hacha clavada en un tocón, en el suelo unas astillas y una bombona de butano vieja en una esquina eran el cuadro que se observaba en el exterior.

Con cierto apuro de invadir la intimidad de unas puertas abiertas que no temían a ningún transeúnte decidió proseguir el andar.

Desde alguna ventana se encontraba ropa tendida en cuerda gruesa —sábanas y fundas de almohada, calcetines desparejados— que se movía poco, sólo lo justo. De algún canalón caía un goteo regular que marcaba el paso como un metrónomo. Un gato atigrado salió de debajo de un Seat 850 antiguo, lo miró sin urgencia y volvió a desaparecer. En una esquina, el revoque de una medianera se había levantado y dejaba ver la tripa de la casa: piedra, barro. Poco avance en los últimos años, pensó Tristán; mucho aguante. Aquí no entraban las cosas nuevas: se posaban encima de las viejas y aprendían a convivir. Como la vida misma.

Había belleza, sí, pero una belleza hecha de uso y de resistencia, de cosas remendadas que todavía cumplen. Tristán sintió que el pueblo lo medía igual que él había medido las casas: sin prisa, sin alardes, tomando nota.

Siguió una callejuela que pronto se convirtió en un camino de tierra, con unos hórreos bajitos con tejadillo de pizarra sosteniendo la sombra de otro tiempo que le daban la despedida al núcleo de Santa Nevana. El sendero estaba flanqueado por zarzales y árboles retorcidos por años de viento. En el Bierzo, la tierra no acaricia: te aguanta o te echa.

El terreno se volvió duro, escarpado. Las laderas subían de golpe como muros naturales. Las piedras sobresalían del suelo como huesos viejos. Desde un pequeño claro, pudo ver, más abajo, el río Sil, una línea de plata turbia que se abría paso con obstinación entre las montañas. Parecía lejano, pero rugía bajo su superficie, como si tragara secretos en cada curva.

Al otro lado, se asomaba el cementerio, rodeado por un muro de piedra y maleza. Ninguna flor reciente. Ningún visitante. Solo ese

aire inmóvil que tienen los lugares que no esperan a nadie.

Se sentó en una roca chata, sacó una de las manzanas de la bolsa y le hincó el diente. No tenía hambre, pero sí ganas de parar. Sacó también una tableta de chocolate a medio fundir, la rompió con los dedos y dejó que se deshiciera en la boca. Ese fue su almuerzo.

Por un instante, cerró los ojos.

Santa Nevana no era hostil. Pero tampoco hospitalaria. Era como las casas que había dejado atrás, casas viejas que no te cierran la puerta, pero tampoco te ponen una silla.

Cuando volvió a mirar, la luz ya empezaba a inclinarse en las fachadas del pueblo, filtrándose entre los tejados con esa tibieza falsa de las tardes frías. Se levantó, sacudió los restos de comida del pantalón, y siguió sobre sus pasos. Había rodeado el pueblo y ya no le quedaba mucho para llegar.

La habitación seguía igual que por la mañana: sobria, limpia y con ese leve olor a mueble viejo. Dejó la bolsa sobre la silla, colgó el batín de seda en la esquina del perchero —parecía un extraño lujo en medio de tanta austeridad— y se sentó frente a la mesilla.

Encendió la lámpara. La luz era amarilla, como de otro siglo. Abrió el bloc por la primera página. La frase seguía ahí, firme:

"Toda palabra contiene un eco de su sombra."

La releyó. Dos veces. Y luego pasó a la hoja siguiente. En blanco.

Sacó uno de los lápices nuevos y lo afiló con la navajita del neceser. Lo sostuvo unos segundos, como si esperara que algo —una voz, una idea, una urgencia— brotara desde dentro.

Nada.

Apoyó la punta sobre el papel, apenas un instante. Luego la retiró. Miró la hoja. Seguía limpia. Intacta. El cuarto fue llenándose de sombras, despacio. La noche llegó sin anunciarse, como una presencia que no hace ruido porque no necesita hacerlo. Tristán seguía allí, con el lápiz afilado entre los dedos y el bloc abierto delante. Sin una palabra escrita. Sin una sola línea trazada.

Miró de reojo el cristal de la ventana. Durante un segundo vio algo en el reflejo. No era su sombra. Era otra forma. Alta. Quieta. Al otro lado.

Parpadeó. Ya no estaba.

Respiró hondo. Se rio de sí mismo.
Y, sin embargo, cerró el bloc como si contuviera algo vivo.

Capítulo 4
El Libro

Tristán apenas había desayunado. El café estaba frío, pero no importaba. Había salido a pasear sin rumbo, cruzando los márgenes del pueblo y dejando que el aire de Santa Nevana le arañara los recuerdos. Al volver, aún con las botas húmedas de barro seco, Lala lo esperaba en el recibidor, con el teléfono fijo en la mano y el ceño fruncido.

—Es para ti —dijo, tapando el auricular—. Una mujer. No ha dicho su nombre, pero ha preguntado por ti como si tuviera tu nombre tatuado y la ira en la frente.

Tristán palideció.

—Gracias, Lala… —tomó el aparato con la resignación de quien coge un cuchillo por el filo—. ¿Hola?

—¿¡Se puede saber qué cojones estás haciendo en ese agujero, Tristán!? —La voz de Úrsula le entró directo al estómago—. ¿Sabes lo que me ha costado saber dónde estás? Y tu móvil no funciona, no sé si lo tienes apagado o que. Si no supiese que eres un pusilánime hubiese ido ya a denunciar tu desaparición, pero después de nuestra última discusión imaginé que huías.

— Ya veo lo que va quedando de nosotros. Pensaba decírtelo, pensaba llamarte, solo necesitaba unos días y aclarar mi mente. Aquí no hay cobertura, ni internet, no lo tengo apagado ¿Cómo has sabido dónde estoy?

— Por la tarjeta de crédito, vi que habías comprado un billete de autobús y después, por el importe, averigüé que el destino podía ser ese pueblucho que no sabía ni que existía. Y ya veo que acerté a la primera, tampoco hay mucho más donde alojarte. El hostal, por las fotos de internet te va como anillo al dedo, ruinoso, como tú. ¿De verdad crees que puedes desaparecer así, sin más?

— No estoy huyendo, ni se me ocurriría abandonaros. Estoy… buscando algo. Una historia.

— ¿Una historia? ¡Qué bonito! ¿Y mientras tú buscas inspiración, yo qué hago con las putas cajas llenas de tus libros muertos de risa? ¡O te los llevas o los quemo esta noche!

—No, por favor… —contestó él, bajando la voz mientras se giraba de espaldas a Lala—. No hagas eso, Úrsula. No es el momento.

—¿Y cuándo es el momento, eh? ¿Cuándo termines de jugar al Hemingway de pueblo? ¿Te crees que esto va a arreglar algo?

—Tal vez sí. Este sitio… este sitio tiene algo. Me está empujando a escribir.

—¿Y qué quieres, que te aplauda? ¿Que te perdone? ¿Que te espere?

Silencio.

—¿Alba está bien?

—Pregúntaselo tú. Quiere hablar contigo.

Hubo un segundo de crujido y recompostura de corazón y luego, una voz mucho más suave al otro lado de la línea.

—¿Papá?

Tristán tragó saliva.

—Hola, osita…

—Mamá está enfadada. Pero yo… yo no quiero que queme tus libros.

—No los va a quemar —dijo, deseándolo más que creyéndolo—. Voy a hacer algo con ellos. Cuando sea alguien verás como se venderán. Ahora estoy haciendo algo nuevo. Algo que merezca la pena.

—¿Vas a escribir otro?

—Sí. Y esta vez será distinto.

—¿Va a dar miedo?

—Mucho.

—¿Y habrá una niña valiente que ayude al protagonista?

Tristán cerró los ojos. Sonrió.

—Claro que sí. Se va a llamar Alba. Y va a salvar a todos.

—Vale. Pero prométeme que no te vas a volver a ir tan lejos sin decir nada.

—Te lo prometo, hija. No me voy más lejos de lo que pueda volver. Nunca.

Cuando colgó, Lala le estaba sirviendo otro café. No preguntó nada. Solo le dejó la taza frente a él con un gesto leve.

—Está fuerte —dijo ella—. Como lo vas a necesitar.

El silencio volvió a instalarse en la habitación como un huésped indeseado. El teléfono seguía en su sitio, como si no hubiera escupido aquella conversación. Tristán se quedó unos segundos frente a la mesa, observando el lápiz afilado y el papel en blanco, exactamente igual que el día anterior.

Se sentó. Abrió la libreta. El corazón todavía le latía con rabia, pero no había palabras.

Tenía que escribir. Tenía que hacerlo ya. No por él.

Por ellas**.**

Por Alba.

Por Úrsula, aunque ella no lo supiera.

Por la vida que se le escapaba en cada maldito "mañana".

Cerró los ojos. Inhaló. Apoyó la punta del lápiz sobre la hoja…

Nada.

Ni una frase. Ni una imagen.

Solo el ruido de su cabeza: *"Fracaso, fracaso, fracaso."*

Se levantó, dio vueltas por la habitación, se asomó a la ventana, volvió a sentarse.

Garabateó una palabra sin sentido. Luego un dibujo de algo parecido a un cuervo.

Lo tachó.

Pensó en una historia absurda: *"Un forastero llega a un pueblo del Bierzo donde los muertos hablan en sueños."*

Se rio con sabor amargo.

—Sí, claro… —murmuró—. Como si en este pueblo pasara algo más que el tiempo.

Dejó caer la cabeza sobre la mesa. Le dolía la espalda.

Llevaba solo dos días en Santa Nevana. No conocía sus calles, ni sus secretos, ni a su gente. ¿Cómo iba a inventar una historia desde fuera, si ni siquiera sabía si lo toleraban dentro?

Y, sin embargo, algo se le había clavado.

La frase de Alba: *"No quiero que queme tus libros."*

La comparación con quemar las naves surgió. No, no era momento aún de quemar las naves, todavía esperaba ese milagro. Estaba convencido que volvería a ser ese hombre lleno de ilusiones y valor que vivía en Málaga.

Levantó el rostro. Se obligó a mirar la hoja.

—Escribe, joder… —dijo en voz baja, casi como un rezo desesperado—. Escribe algo antes de que todo arda.

Nada.

El lápiz seguía intacto.

La hoja, inmaculada.

La inspiración, muda.

Y por dentro…El nudo.

Las paredes empezaron a encogerse. No literalmente, claro. Pero Tristán lo sintió. Como si cada mueble se acercara unos milímetros con cada parpadeo. La mesa, la silla, la cama.

Todo empujando hacia dentro.

El lápiz rodó sobre la hoja en blanco y se detuvo justo en el borde, señalando la puerta como una brújula. Tenía que salir.

Cogió el abrigo, se calzó las botas sin atarlas y salió al exterior como quien se lanza al mar para no hundirse en su propia casa.

El aire fuera era más denso de lo habitual, seco.

Santa Nevana se extendía a lo largo como si el tiempo la hubiera olvidado en una maqueta inacabada, esas grises casas, huertas mal delimitadas y caminos que no sabían muy bien si eran calle o trocha.

Tristán caminó sin dirección. Quería despegarse de sí mismo.

Cruzó el puente de madera que pasaba sobre un regato sin nombre, bordeó los campos de repollo marchito y se alejó del corazón del pueblo. El Bierzo lo envolvía con sus formas secas y su paleta de grises y verdes. Un paisaje duro. Hermoso, pero sin concesiones.

Y entonces lo vio.

Sentado sobre una piedra, al borde de un cercado ruinoso: un anciano de barba blanca, ropas oscuras, boina deshilachada, y un bastón que más parecía un cetro de pastor que un apoyo.

—Buen día —dijo Tristán, por cortesía más que por impulso.

El viejo no contestó de inmediato. Lo miró con una calma que no era humana. Parecía que le estaba viendo por dentro.

—Hay pueblos que escupen lo que se tragan, ¿sabe usted? —dijo al fin, sin mover ni un músculo más que los labios.

Tristán se detuvo.

—¿Perdón?

—Que algunos lugares no digieren bien a los extraños. Y entonces… devuelven cosas. Cosas que ni sabías que llevabas encima.

—¿Nos conocemos?

El viejo se encogió de hombros.

—Yo conozco a todos. Aunque algunos no se dejen conocer.

—¿Y usted quién es?

—Eusebio. El de las gallinas.

Tristán miró alrededor. No había ni una pluma a la vista.

—¿Y las gallinas?

—Las espantó algo anoche. No han vuelto.

Silencio.

—¿Y qué fue lo que las espantó?

Eusebio clavó los ojos en los suyos y, por primera vez, sonrió.

—Usted.

Tristán no supo qué decir. El viejo se quedó observándolo unos segundos más, como esperando una reacción que nunca llegó. Luego bufó por la nariz, se giró hacia una bolsa de tela que tenía oculta tras una piedra y sacó algo envuelto en papel manchado.

—Siéntese, no sea estirado —murmuró Eusebio—. No me gusta comer solo. Me da por pensar tonterías.

Tristán se sentó a su lado, dejando una distancia prudente.

—¿Qué es eso?

—Queso. Del fuerte. Y pan de ayer. O de antes de ayer, ya no me acuerdo.

Abrió el paquete y partió el pan con las manos. El queso, amarillento, rezumaba algo de grasa por los bordes, pero olía a campo real. También sacó una petaca de vino de la tierra envuelta en una bolsa de tela para que el frío no la partiera.

—No tengo cuchillo limpio. Si es tiquismiquis, muérdalo sin vergüenza —le dijo, ofreciéndole un trozo.

Tristán aceptó.

Comieron en silencio unos minutos, el pan no crujía demasiado, pero el queso estaba potente y el vino entraba con fuerza, directo a la sangre.

—Gracias —dijo Tristán, limpiándose los dedos contra la pernera del pantalón.

—No hay de qué. A veces, cuando se comparte la comida, se calman los fantasmas.

—¿Aquí hay muchos?

Eusebio no respondió de inmediato. Bebió un trago largo y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—No más que en otros sitios. Pero los de aquí… se hacen notar. Si ellos lo desean los conocerá.

Tristán miró el horizonte. Las nubes se espesaban con desgana.

—¿Usted vivió aquí toda su vida?

—Más de lo que debía. Y menos de lo que quiso mi padre.

—¿Y siempre ha sido así Santa Nevana?

Eusebio soltó una risa que no era alegre.

—Santa Nevana no cambia. Los que cambian son los que llegan. Algunos se curan y se van. Otros… se quedan.

—¿Se quedan?

—No porque quieran. Porque ya no pueden irse.

Tristán notó que el aire había cambiado. El viento le rozó el cuello con una humedad extraña. Miró el cielo. Las nubes ahora parecían moverse con prisa.

Eusebio se levantó despacio, como si cada hueso necesitara su propio permiso.

—Hoy no es buen día para quedarse pensando, joven. Bájese al pueblo. Pida otra copa. Mire a los ojos a los que no lo miran. Y si oye pasos en su habitación esta noche…

—¿Sí?

—No los siga.

Y sin más, se alejó cojeando entre los matorrales, dejando tras de sí el olor a queso fuerte y la sensación de que algo había empezado

sin avisar.

El sol caía a plomo, como si alguien lo empujara a retirarse antes de hora. Tristán descendió hacia el centro del pueblo con el estómago revuelto por el vino, el queso de Eusebio y algo que no sabía nombrar.

Cuando llegó a la puerta de The Garrison, el letrero de hierro forjado colgaba ligeramente torcido, movido por el viento. El nombre, homenaje por su oscuridad televisiva, parecía más un presagio que una marca. "Una de mis series favoritas —pensó Tristan—, donde el mal siempre va disfrazado de supervivencia, honor y falsa moral"

Abrió la puerta. Un leve tintineo lo anunció.

Dentro, la luz era ámbar y las sombras se movían como si tuvieran voluntad propia. Sonaba U2 en el tocadiscos, *Where the Streets Have No Name*, con su introducción etérea, ese crescendo de guitarra que parecía buscar algo más allá del mundo.

El local tufaba a madera envejecida, a cuero gastado y cerveza negra. Había banderas irlandesas colgadas en los rincones, una camiseta de la selección de rugby, la del Trébol, detrás de la barra, varias fotos en sepia de paisajes de Howth y Connemara y una cruz celta tallada sobre la puerta del baño.

Maeve estaba en su sitio: detrás de la barra, con un recogido, de pelo negro azulado, alto de un solo giro sujeto por una generosa pinza, su nuca y sienes rapadas, su jersey de lana gruesa y esa mirada que parecía llevar años leyendo más almas que comandas.

Cuando lo vio, no sonrió. Pero algo en su gesto se suavizó.

—Has sobrevivido otro día. No todos lo consiguen. —dijo, mientras sacaba un vaso corto y vertía sin preguntar un dedo generoso de Jameson**.**

—No todos tienen vino de Eusebio en la sangre —respondió Tristán, dejándose caer en el taburete de cuero agrietado por el paso de almas anteriores.

Maeve empujó el vaso hacia él.

—Ya te has sentado con Eusebio. Mal empezamos.

—¿Por qué?

—Porque ese viejo solo habla con los que están medio dentro y medio fuera.

Tristán dio un sorbo. El whisky le abrasó el pecho, pero no dijo nada.

Mientras la canción seguía sonando, una frase se le coló sin permiso en la cabeza, esa parte en la que el Bono habla de sentir el sol en la cara y ver cómo una nube de polvo se desvanece sin dejar rastro.

Se quedó mirando al vacío.

"Sin nombre". Calles sin nombre, pueblos sin nombre, personas sin nombre…¿Y si eso era lo que buscaba? ¿Y si Santa Nevana era justo ese lugar que no aparecía en los mapas, donde las cosas desaparecían "sin dejar rastro"?

—¿Y tú? ¿Tú estás dentro? —preguntó Tristán, más por romper el hechizo que por curiosidad.

Maeve lo miró con calma.

—Yo estoy detrás de la barra. De momento.

—¿Y si te dijera que estoy aquí para escribir?

—Te diría que empieces por mirar más y hablar menos.

El bar tenía solo dos parroquianos más: un hombre de bigote corto que leía un periódico de hacía semanas, y otro que jugaba solo a las cartas, algunas repetidas. A ratos murmuraba algo hacia una silla vacía enfrente de él.

—No esperaba encontrar un pub como este en un pueblo así —dijo Tristán, tanteando—. Quiero decir… no estaba aquí antes, ¿no?

Maeve sonrió con un lado de la boca.

—No. Lo levanté yo. Bueno, con dos albañiles, mis manos y paciencia. El resto es madera, música y cabezonería.

Mientras hablaba, colocó el vaso con la marca impresa de cerveza apuntando a la puerta. No era casual: los dejaba todos igual, como un pequeño ritual de salida. Detrás de las botellas, un espejito clavado le daba visión de la calle sin levantar la cabeza. Cada vez que la puerta hacía vibrar la campanilla, alzaba un milímetro los ojos y la barbilla y volvía a bajarla, midiendo el mundo.

—¿Y por qué aquí? —Tristán miró alrededor: la barra encerada, la luz ámbar, las fotos en blanco y negro que no eran suyas—. Podrías

haber elegido una ciudad.

—Precisamente por eso —apoyó los codos en la madera—. En la ciudad te devoran, te tragan y luego te vomitan para hacerte daño. Cualquiera te puede encontrar. Aquí, si no quieres ruido, aprendes a cerrar a la hora y la gente te deja en paz.

Se subió el jersey hasta medio antebrazo para retirar una jarra del escurridor. En la piel tenía señales, una cicatriz antigua, tenue como un hilo pálido que cruzaba la muñeca. Al inclinarse para coger una botella alta asomaron otra marca en el costado y otra en la cintura. "Historias y cicatrices del pasado", pensó Tristán. Aún no sabía cuanto.

Un pequeño tatuaje, un rayo rojo en el interior del antebrazo. No lo enseñaba ni lo ocultaba. Simplemente disparaba a quien se atreviese a mirarlo. Llevaba vaqueros negros, rotos en la rodilla, y unas botas gastadas. Se quitó la pinza del pelo, y este, muy negro, cayó recto hasta la clavícula. La piel era blanca y los ojos azules, de ese azul hipnótico, que no hace ruido pero te sigue. Tenía dos aros simples en la oreja izquierda y ninguno en la derecha. No era "de pasarela de moda", pensó Tristán; era una normalidad que esquivaba arquetipos y, así, se volvía única.

—Suena… práctico —dijo él.

—Es sobrevivir. —De un bolsillo del delantal asomaba una cuerda fina con un manojo de llaves pequeñas. Las tocó sin mirarlas, como comprobando un seguro—. Aquí los golpes envejecen. En otros sitios no desaparecen nunca.

—¿Y la parte "irlandesa"?

— Yo vendo cerveza fría y sitio para respirar. El resto son banderas para turistas.

— Aquí no hay turistas. Pero sí música irlandesa —señaló él—. Esa guitarra… The Edge.

—A veces es inglesa o australiana. ACDC o lo que me mantenga despierta —miró de reojo la puerta, gesto automático—. Rock sin posados. Como los aros, ¿ves? Simples, en una sola oreja. ¿Hace falta más?

Tristán negó despacio. Y se dio cuenta de que estaba mirando a otra mujer; Úrsula le cruzó por la cabeza como una diapositiva

gastada. No entendió por qué. No había venido a eso. Había venido por otra cosa.

Maeve le llenó de nuevo el vaso con precisión tranquila. En el posavasos escribió su nombre.

—Ya ves cómo se escribe mi nombre, pero se pronuncia Meib, Meib —repitió, mirándolo fijamente, apoyando un codo en la barra y alargando la mano abierta esperando el apretón de manos.

—Y tú, forastero, ¿Qué vas a escribir? —preguntó Maeve, sin soltar aun su mano.

—Yo soy Tristán. No lo sé. Algo sobre Santa Nevana, tal vez.

Maeve soltó una carcajada breve. No burlona**.** De aviso más bien.

—¿Sobre este sitio? Vas a necesitar algo más fuerte que Jameson.

—¿Por?

—Porque aquí nada es lo que parece. Y porque el pueblo no tolera bien que lo metan en papel. Pregúntale al último que lo intentó.

—¿Quién fue?

Maeve no respondió. Solo le llenó de nuevo el vaso.

Y entonces, una de las sombras al fondo del bar —la que jugaba a las cartas— se giró hacia él y, sin venir a cuento, dijo en voz baja pero clara:

—Lo peor de los muertos no es que estén… es que algunos no se van.

Tristán sintió un escalofrío que no venía del vaso.

Maeve lo miró sin parpadear.

Ya es tarde para echarte atrás, decían sus ojos.

Se acabó el whisky, dejó un billete arrugado sobre la barra y salió en silencio.

La música de U2 seguía sonando cuando la puerta se cerró a su espalda. El vinilo giraba aún con *The Joshua Tree*, como si el pub, el pueblo y sus muertos no necesitaran que él se quedara para terminar lo que habían empezado.

La noche lo envolvía con un silencio demasiado cerrado.

Subió las escaleras del hostal como quien vuelve a una casa que no le pertenece del todo.

Al cerrar la puerta de la habitación, notó que el aire era distinto. No más frío, ni más cálido… simplemente más espeso, como si alguien hubiera estado respirando dentro hasta hace un momento.

Todo seguía en su sitio: la mesa, el papel, el lápiz.

Pero algo lo empujó, una inquietud leve, como una punzada detrás del esternón.

Se acercó al armario empotrado sin saber bien por qué.

Lo abrió.

Dos perchas oxidadas y una tabla trasera ligeramente combada. No había visto antes esa tabla que no dejaba de llamarlo.

Tristán no lo había notado antes. Quizá no lo quiso notar.

Pasó los dedos por la madera del fondo. La veta era discontinua. Había una parte más lisa. Una hendidura leve, imperceptible a la vista, pero reconocible al tacto.

Presionó.

Un clic seco sonó, suave pero contundente, como un diente al encajar en su sitio. La tabla del fondo vibró apenas. Luego, con un leve susurro, cedió hacia dentro**.**

Una cavidad rectangular quedó al descubierto, entre las paredes huecas del armario. Oscura. Estrecha.

Metió la mano despacio, como si esperara encontrar un animal dormido.

Sus dedos tocaron tela rugosa.

Tiró con cuidado.

Sacó un bulto envuelto en lo que parecía un trozo de abrigo antiguo, deshilachado, con olor a polvo seco y naftalina. Estaba atado con un cordón fino, endurecido por el tiempo.

Lo colocó sobre la mesa. Se quedó mirándolo como si temiera desatar algo más que una cuerda.

Lo abrió.

Era un viejo manuscrito. Escrito a mano, en mayúsculas algo temblorosas, con tinta negra ya virada a sepia:

"DEL OTRO LADO DE LA PLUMA"

Debajo, una firma: **Elías Varea**

Y una fecha, en la esquina inferior: **Verano del 97**

Tristán frunció el ceño. El nombre no le sonaba, pero la fecha le provocó algo extraño.

¿Por qué 1997? ¿Quién escribe algo y lo esconde durante tantos años?

Volvió a mirar el nombre. Elías Varea.

No sabía por qué, pero le resultaba inquietante. ¿Ese sería el escritor del que hablaban en voz baja en el bar? ¿El que "intentó escribir sobre el pueblo"? ¿El que "ya no estaba"?

No tenía pruebas. Solo una punzada en el estómago.

Pasó la página.

Allí, sola, en el centro, como si el cuaderno se defendiera de sí mismo, una frase aparecía escrita con caligrafía inestable:

"Si estás leyendo esto, ya no soy yo."

Tristán sintió un escalofrío.

El silencio de la habitación cambió de tono. El papel no solo olía a antiguo.

Olía a algo más…

A advertencia.

Y justo antes de cerrar el cuaderno, el espejo de la pared vibró levemente, como si alguien hubiera pasado un dedo por el otro lado del cristal.

La noche se le quedó en la piel como una camisa húmeda. Tristán cogió el libro sin saber muy bien que hacer y lo sostuvo un instante más de lo debido, sintiendo ese cosquilleo frío que empieza en la nuca y baja por la espalda. El impulso natural era abrirlo ahí mismo, devorarlo hasta que amaneciera. Pero se escuchó a sí mismo —esa voz cansada que a veces te salva— y decidió esperar. "Con luz se piensa mejor", murmuró.

Lo dejó con cuidado en la mesita. No advirtió que, al apoyar el lomo, algo se deslizó. Una hoja suelta se despegó del interior y cayó al suelo con un susurro mínimo, como de ala de insecto. Tristán ya estaba apagando la lámpara. El cuarto se cerró en silencio.

Capítulo 5
El Coniuratio

Durmió mal. No sabría decir por qué, pero la sensación durante la noche era la de tener alguien sentado en el borde de la cama, sin moverse, sin tocarlo. Al despertar, no estaba descansado; tenía esa intranquila bruma detrás de los ojos que dejan los sueños sin argumento. Aun así, su primer pensamiento fue el libro.

Lo cogió con cuidado. Pesaba más de lo que parecía. La tapa estaba gastada, cosida, con aroma a cartón, cuero curtido y papel antiguo. En el interior, sólo había un primer capítulo; extrañamente el resto eran páginas en blanco, un territorio por escribir que le puso los nervios de punta.

Capítulo 1: La hora de la sal.

El capítulo abría con un amanecer de pueblo. El encargado del ultramarinos descorría la verja tarde, el sol todavía tímido, y el polvo en suspensión hacía filamentos luminosos que tensaban la habitación como cuerdas finas. Nada raro y, sin embargo, todo inclinaba a otra cosa: una mujer pedía sal "del grano más grueso" para curar un pescado que —decía— "se ha quedado dormido con los ojos abiertos". El niño que la acompañaba se quedó mirando una cuchara y la movió apenas un grado. Con ese giro, la luz viró: la cuchara ya no reflejó, absorbió. Nadie lo comentó. Nadie salvo el narrador, que anotaba: "Una sola brasa basta si el ángulo es el debido."

El tendero hablaba del tiempo como quien habla de un horno que no calienta, corrige. Decía que, al principio, "el mundo no fue hecho: fue encendido"; que antes de eso "todo era vidrio negro" y nadie sabía dónde terminaba una cosa y empezaba otra. Se reía, como si fuera chanza, pero el narrador dejaba otra gota: "El vidrio se templó cuando varios miraron igual." La prosa avanzaba sencilla, cotidiana, dejando marcas: una mancha de calor junto al refrigerador que no se apagaba; un espejo pequeño detrás del mostrador que "no

devuelve caras por la mañana”; una lista de compra en la que alguien había escrito, entre patatas y jabón, “Trasluz”.

El capítulo no contaba: invocaba. O preparaba. Cada detalle era una puerta entornada. En otra parte una vieja entró, pidió fósforos y dijo: “Me llevo la caja buena, la que prende a la primera”. El encargado le ofreció otra. Ni la miró. “No, la buena.” Al irse, el narrador apuntaba: “Algunas manos conocen el camino sin mapa.”

El cierre era un susurro: “una receta mínima para salar —tres puñados exactos—, esperar una hora, enjuagar hasta que el agua deje de recordar”. La palabra recordar le sacudió un latido de promesa. Aquel primer capítulo sonaba al arranque de una gran novela: mundo corto, lenguaje limpio, y debajo un sistema que latía. Mito de origen escondido entre el pescado y la cuchara; una teoría del fuego camuflada en conversaciones de mostrador.

Cerró y volvió a abrir, para asegurarse. El resto estaba virgen. Páginas en blanco esperando que alguien escribiera lo que sigue. El vacío le hizo preguntas que no sabía formular: ¿por qué sólo ese capítulo?, ¿quién lo dejó? Respiró hondo. La idea de terminarlo y publicar sonó, por primera vez en mucho tiempo, a resurrección. ¿El destino le había preparado una sorpresa?

Se aseó, se vistió despacio y volvió a la habitación. Entonces vio la hoja junto a la mesita, la que, en la noche anterior, había caído sin que lo notara.

No era de cuaderno moderno. Papel verjurado, grueso, marfil oscurecido, cantos gastados y un leve tostado de años. A contraluz asomaban aguas irregulares. Tenía manchas antiguas, grandes aureolas de café y goterones secos, como si hubiese viajado de mesa en mesa durante décadas. Arriba, centrado, el título ***“Coniuratio”*** en letra gótica sobria, una tinta que antes debió ser negra ahora era ya parda, con el relieve mínimo de la pluma que muerde la hoja. Debajo, el cuerpo del texto —también en gótica— alineado y centrado con paciencia monacal. Lo extraño era la nota al pie, era diferente, lo había escrito otra persona, una caligrafía rápida y nerviosa, en rojo mate, un tono sucio de sangre gastada. Dos escrituras, dos tiempos, quizás un mismo propósito. Tristán tragó saliva y no pasó de ahí.

Leyó la nota al pie que sonaba a aviso de un peligro escrito:

“No lo leas en voz alta, ni siquiera en tu cabeza, es una grieta. Y lo que duerme en ella, aún escucha… aún espera.”

Tristán notó el escalofrío entrando por el cogote como una aguja fría. La advertencia le zumbaba detrás de los ojos, pero la otra voz —la testarudez de periodista que nunca fue— empujaba desde dentro: si algo ha cruzado tu camino es para que lo mires de frente. Acarició el borde de la hoja, cuidando de no tocar las manchas. El cuarto estaba quieto, la ventana entornada dejaba una rendija de claridad sucia. El espejo de la pared, frente a la cama, devolvía la habitación como un dibujo pálido.

—Una vez y ya —se oyó decir, con esa voz cansada que suena cuando tomas una mala decisión sabiendo que lo es.

Respiró hondo. Y leyó.

Ne vivus,
Nec mortuus,
Nec temporis liber,
Te voco e rima quae non clauditur.
Quod occultum surgat,
Quod silens respondeat,
Et in mea voce viam invenit.
Quod numquam debuit legi.
Velum rumpitur…
Et antiquus animus expergiscitur.

Primero fue un silencio nuevo, como si alguien hubiera apagado una máquina que llevaba toda la vida sonando de fondo. La lámpara pareció bajar un tono. De golpe el aire olía extraño, a sitio profundo, como encerrado en un viejo mausoleo.

Cum haec verba pronunties,
Nebula alba
Limen fenestrae transibit,
Carnem quaerens ubi nidificet,
Animam ubi inhabitet.

La niebla no apareció de golpe: fue un hilo fino, una hilacha lechosa saliendo desde el lomo del manuscrito, enroscándose como humo tímido. Tristán no la percibió, ni la vio. El hilo flotó recto,

despacio, como si oyera. Se dirigió a la pared. De repente giro la cabeza y sus ojos se clavaron en ella. Cobró vida en el espacio y por un momento pareció como si lo saludara por su espalda. Él, sin darse cuenta, dio un paso atrás hasta que las pantorrillas tocaron la cama. Siguió leyendo:

Ianua aperietur. Speculum frangetur.
Qui legit, legetur.
Qui invocat, possidebitur.

La hilacha de niebla azul tocó el espejo. El golpe no fue un golpe; fue un click pequeño, un hueso encajando. La esquina superior derecha del cristal se oscureció un instante, como si una gota hubiera caído por dentro, y luego se resquebrajó: una rotura en el cristal en forma de rama seca corrió unos centímetros y se detuvo, vibrando como cuerda de una guitarra recién pulsada. El espejo se empañó por dentro desde ese punto, un aliento casi invisible, y en esa niebla que desaparecía dentro del espejo hubo un amago de voz: no palabra, intención. Una llamada que no venía de fuera, sino de atrás.

Nam cum omni verbo
Spiritus expergefactus inveniet hospitem suum,
Instrumentum suum,
Calamum suum…

La última sílaba le taladró el cráneo. No dolor, punzada: un clavo gélido que entró por detrás del ojo derecho y salió por las cervicales, con una claridad quirúrgica. Con un alarido Tristán buscó aire. El cuarto se estiró como pasillo, las paredes un poco más lejos, la cama un poco más honda. La hoja tembló entre sus dedos; notó el grano del papel contra la piel, áspero, vivo.

El hilo de niebla, ya más grueso, se ensanchó como un cordel y se hundió totalmente en el empañado espejo. Algo al otro lado respondió con una vibración corta, y el espejo devolvió un brillo que era la sensación de que alguien abría los ojos en una habitación contigua.

—Basta —quiso decir. La voz no salió. Estaba mudo.

El zumbido creció dentro de su cabeza, bajó y le apretó la mandíbula. La vista le hizo grano, puntos negros en el borde. Dejó la

hoja. Oyó, muy lejos, el tic pálido de la fisura avanzando un centímetro más, como un reloj que sólo contara hacia adentro.

La última imagen que retuvo fue su propia figura en el espejo, ligeramente descentrada, y detrás —por un latido— una sombra que no era suya, otro rostro que parecía quemado y decrépito. Luego, el mundo cayó hacia un lado, suave como una cortina cuando alguien abre una ventana.

Y Tristán se desvaneció.

El golpe fue sordo, una piedra entregándose al suelo. Después del grito Lala oyó el cuerpo desde la planta baja y subió sin prisa, con esa calma de quien ya sabe lo que encontrará. Tocó la puerta dos veces, suave.

—¿Tristán?

El olor a sudor y aliento lo impregnaba todo. Él estaba de costado, medio incorporado, una mano aún apuntaba hacia el espejo de la pared, donde la fisura recién nacida parecía un ramal detenido a mitad de camino. Tristán parpadeó, la boca seca.

—Estoy… bien —dijo por decir, porque la palabra "bien" no tenía dónde sentarse.

Lala se asomó, midió la escena con el rabillo del ojo, y entró con un gesto de matrona que no admite discusión.

—¿Te has mareado? El clima no perdona, y aquí arriba corre el aire de una forma… rara —sonrió lo justo—. Incorpórate y siéntate en la cama. —dijo cogiéndolo de un brazo, esperó unos minutos— ¿Estas ya más repuesto? Venga, baja, te caliento un caldo que dejé hecho anoche.

Bajaron. La cocina estaba templada, con ese olor antiguo a pollo, laurel y hueso. La olla, grande, sudaba en silencio. Lala sirvió en un tazón de loza desconchada y acercó la cuchara, el borde apoyado en el plato como un gesto de cuidado.

—Bebe, poco a poco —dijo—. Demasiadas emociones en tan poco tiempo.

Tristán bebió. El caldo le recompuso por dentro. Lala se sentó frente a él, los brazos apoyados en la mesa, con una mano sobre la otra, el cuerpo erguido como el de quien sabe estar en sitios ajenos sin pedir perdón. Lo estudió un segundo, no mucho.

—Yo no soy curiosa —mintió—, pero se te ve. Vienes con algo en la espalda… un peso. Se te nota en la manera de mirar el aire, como si hubiera mensajes ahí.

—Estoy cansado —dijo él, y se oyó defendiéndose.

—Claro —Lala bajó la voz—. Y te diré una cosa, si me la permites: a veces, cuando hay tensión en casa, uno cree que cambiar de paisaje le arreglará los huesos. No es fácil venir aquí a… lo que vengas a buscar.

Tristán dejó la cuchara. El cosquilleo en la nuca seguía, suave, como una alarma que hubiera aprendido modales. Pensó en Úrsula sin querer. Pensó en la última conversación. Y luego, por dentro, cerró un cajón.

—No vengo a buscar nada. Sólo… a escribir un poco. A ver si saco algo en claro.

—Eso es buscar —sonrió Lala—. Y no hace falta que me cuentes más. Aquí la gente llega cargada y se va un poco más ligera. O al revés. Depende de lo que se deje ver.

Volvió a acercarle el tazón.

—Anda, otro sorbo. Ya verás que luego te entra un sueño de niño. Y lo del espejo… sin importancia. Estos cristales, con los cambios de temperatura, están viejos. Además —alzando el mentón—, al caer te habrás dado contra la pared. Un golpecito mal dado y ya. Habrás tropezado contra el cristal.

Tristán asintió, agradecido de que le pusieran palabras prestadas a su propia coartada. No iba a hablar del Coniuratio, del latín de la hoja. Y mucho menos de la nota de peligro al pie.

—Quizá deba ver a un médico —dijo, tanteando el aire—. Para quedarme tranquilo. ¿Era Raúl Saldaña…? ¿No?

—Claro —Lala bajó la mirada al vapor—. Don Raúl te mira y te arregla por dentro. Tiene manos finas. Y sabe mucho de… —se detuvo— de las cosas de aquí. Ve a verlo si te quedas inquieto. Te hará bien.

—Gracias por el caldo —dijo, sincero.

—Para eso estoy —respondió Lala—. Para que la gente vuelva en sí.

El teléfono fijo colgaba en el pasillo junto a la escalera, un aparato beige con la carcasa mordida por el tiempo y un cable en espiral cansado. Lala se quedó en la cocina y junto al teléfono le preguntó si podía llamar a casa.

—Por supuesto Tristán. Siempre que lo necesites ¿Pero estás seguro?

Una voz interior le empujaba a hacerlo, en ese momento. Marcó el número de casa.

—¿Sí? —Úrsula.

—Soy yo —dijo Tristán.

—¿Estás bien? —su voz, aunque no estaba alterada sonaba vacía de sentimientos.

—Me desmayé. Nada grave. Estoy todavía un poco mareado.

—Ajá.

—Úrsula… necesito pedirte algo. Tiempo. Aquí siento que está la solución. No me preguntes cómo ni por qué, pero lo noto. Como si todo lo que he hecho mal me estuviera trayendo hasta esto, para arreglarlo. Dame un poco.

—¿Y yo qué hago mientras tanto, Tristán? ¿Qué hago yo con… con todo?

—Haz lo que te dé paz. Yo lo arreglaré. No te pido que me creas ahora, te pido que me dejes llegar hasta el final de esto.

—Me pediste paz muchas veces. La paz era yo guardándote silencios mientras tú acumulabas promesas. No hagas de "paz" una palabra nueva para "espera".

—¿Y Alba? ¿Cómo va en el instituto? ¿Se acostumbró ya al horario?

—Sí. Está bien. Le cuesta historia. Ha preguntado por ti dos veces. Le dije que estabas… trabajando.

—Dale un abrazo. Dile que volví a mirar su dibujo del faro. Dile que llamaré cuando puedas ponerla, pero no la distraigas ahora, sobre todo si esta con los deberes.

—No lo haré, pero tienes que hablar con ella.

—Ahora no puedo —hizo una pausa y con voz temblorosa acertó a decir— ¿Te acuerdas de cuando yo lo dejé todo por ti? Todo es todo, Úrsula. Yo creí que eso nos ponía del mismo lado para

siempre. Que si uno caía, el otro… Que si uno no podía, el otro tiraba.

—Me acuerdo. De todo. Y quizá por eso estoy cansada. A veces pienso que lo que dejaste no eras tú; era el mundo al que no querías volver sin que te aplaudieran al entrar, con un éxito debajo del brazo. Y yo estaba ahí, sin aplausos, aguantando el telón.

—¿Me quieres?

—No sé. No como antes. Yo… Tristán, yo no puedo más así. Si te soy sincera, quiero divorciarme. Quiero que te vuelvas a Málaga, arregles tus papeles, y decidamos bien. Ya no queda nada de lo que nos mantenía en pie. Y yo no voy a quemarte los libros. Te lo dije en caliente. No lo haré. Pero no me pidas que me quede en una casa vacía de nosotros.

—Espera un poco. No hoy. Dame esta semana. Voy a ver a un médico aquí, por lo del desmayo. Voy a ordenar cosas. Voy a volver con una solución.

—No sé cuánto podré esperar. Esa es la verdad. No te lo digo para herirte. Te lo digo para que no te mientas. Pero no voy a tomar una decisión hoy. Llámame en una semana. Si no contestas o si no tengo… nada claro, sigo con el abogado.

—Una semana. Te lo prometo.

—No prometas. Haz. Te cuidaste alguna vez, Tristán. Cuídate ahora. Si te mareas, si te duele la cabeza, ve a lo del médico ya. Y duerme, si puedes.

—Dormiré.

—Adiós.

El clic en el auricular tuvo algo de clausura y de apertura a la vez. Tristán dejó el teléfono en su base con cuidado, como si fuera un animal al que no conviene mirar a los ojos. Se quedó ahí, de pie, con la mano aún en el aparato, mientras el pasillo se contraía a su tamaño.

Subió despacio. En la habitación, la fisura del espejo seguía como la había dejado. El manuscrito esperaba sobre la mesita, con el lomo apuntando a la puerta, como si practicara un saludo extraño. Tristán apoyó los dedos en la tapa sin abrirlo. No volvió a leer ni una sílaba.

Ya sabía lo que había dicho. No lo entendía, pero sabía lo que había despertado.

Cerró los ojos. Vio Málaga por un segundo, las cornisas, el golpe limpio del sol en los balcones. Vio a Úrsula de espaldas, recogiendo el pelo con una goma que siempre terminaba perdiéndose. Vio a Alba dibujando un faro con un mar que subía demasiado en la hoja. Vio, muy atrás, una llama que ya no calentaba y que poco a poco se iba apagando.

—Hecho —susurró, sin saber a quién se lo decía.

Apagó la lámpara. La habitación quedó en un gris que respiraba raro. La grieta del espejo lo miraba señalándole algo que no estaba.

Coniuratio

Ne *vivus*,
Nec mortuus,
Nec temporis liber,
Te *voco* e rima quae non clauditur.
Quod occultum surgat,
Quod silens respondeat,
Et in mea voce viam invenit
Quod numquam debuit legi.
Velum rumpitur...
Et antiquus animus expergiscitur.

Cum haec verba pronunties,
Nebula alba
Limen fenestrae transibit,
Carnem quaerens ubi nidificet,
Animam ubi inhabitet.
Ianua aperietur. Speculum frangetur.
Qui legit, legetur.
Qui invocat, possidebitur.
Nam cum omni verbo
Spiritus expergefactus inveniet hospitem suum,
Instrumentum suum,
Calamum suum...

No lo leas en voz alta, ni siquiera en tu cabeza, es una grieta. Y lo que duerme en ella, aún escucha... aún espera.

Capítulo 6
Deberes

A Tristán le ardían las ganas de traducir el texto en latín, de deconstruir palabra a palabra, letra a letra el Coniuratio. Era como la molestia de una fina espina en la garganta. Pero debía dejarlo para más tarde, las cosas en su orden. Primero revisar su cuerpo, quizás su alma, después las demás cuestiones. El médico, Saldaña**,** y luego ya se vería.

Tristán bajó decidido con los dos únicos billetes que le quedaban en el bolsillo, también debería buscar alguna forma de llenarlo un poco más. Eso tampoco podía esperar. Lala estaba en la cocina, de espaldas, removiendo un cazo con el gesto automático de quien mide el mundo por cucharadas.

—Lala… ¿la consulta del médico? —preguntó, apoyando la mano en el quicio.

—Saldaña —dijo ella, sin darse la vuelta—. Tres calles abajo, esquina con la olma vieja. Planta baja, puerta de madera pálida. No tengas duda, estás ahí.

—Gracias.

—Y come algo al volver —añadió, casi en susurro—. El médico cura; la comida sostiene.

En la calle, la luz limaba los bordes de las casas. Encontró la olma —tronco grueso, sombra quieta— y, al lado, la casa que Lala había descrito. Abajo, la consulta: puerta de madera clara con el barniz suavemente gastado a la altura de la mano, un timbrillo antiguo en la jamba y un rótulo sencillo: **Dr. R. Saldaña - Medicina General**.

La planta superior tenía el aspecto de ser la vivienda de Saldaña. Las dos ventanas tenían visillos blancos, y en una repisa se adivinaba una maceta de claveles ya cansados: sin alardes. Daba la sensación de un lugar habitado sin exhibición, práctico como los abrigos colgados detrás de una puerta listos para cumplir su función lo justo y necesario.

El timbre sonó a metal cansado. Empujó la puerta que estaba abierta. Dentro típico olor a alcohol, medicinas y colonia de limón que ya no era limón. La sala no era grande: a la derecha, una fila de sillas de formica con respaldo verde botella; a la izquierda, un mueble bajo con revistas atrasadas, un botellón de agua y vasos de plástico. Más al fondo, abriéndose a la consulta propiamente dicha, estaba el mundo de Saldaña.

Primero se veían los diplomas: Salamanca, León, un curso de medicina rural de principios de los 90, algo de emergencias y un seminario de toxicología con sello provincial. Entre papeles, dos fotos: una en blanco y negro de un equipo de guardia frente a una ambulancia vieja; otra, más reciente, con Saldaña y un grupo de personas en una romería, todos con vaso de cartón y sonrisa pequeña.

El mobiliario tenía su historia: mesa de madera con bordes pulidos por los años; un archivador de tres cajones con etiquetas renovadas a mano; una lámpara de exploración con base pesada; y, contra la pared, la camilla con papel nuevo y un apoyabrazos tapizado de escay. Sobre una bandeja metálica descansaban los utensilios: otoscopio, tensiómetro manual, martillo de reflejos, depresores de lengua, gasas, esparadrapo. Había también un estetoscopio de membrana amplia y, más raro en una consulta de pueblo, un oftalmoscopio con su estuche, un diapasón y una lámpara de hendidura portátil poco vista fuera de hospital. En un rincón, una balanza con altura y, junto a ella, una báscula mecánica de pesas deslizantes, de las de dos contrapesos en barra que se equilibran al milímetro y te dicen que te estás pasando con la comida o con la falta de ejercicio. Sobre un taburete, un nebulizador. Todo limpio, gastado, fiable.

—Buenos días —dijo una voz desde dentro.

Raúl Saldaña apareció con la bata desabrochada y las mangas remangadas. Debía andar por poco menos de sesenta**;** alto**,** espalda recta y cuerpo fuerte y sostenido sin gimnasios, manos de dedos largos que parecían herramientas precisas y afinadas. La barba, de dos días, le quitaba solemnidad, le quedaba bien, pero sin propósito estético. Tenía esa seguridad suave y tranquila de quien se sabe útil

y no lo explica, y una mirada de quien piensa antes de hablar **y** mira sin exhibirse. A Tristán le pareció que tenía un atractivo natural, a pesar de su edad, de quien no lo pretende.

—Siéntate aquí —señaló la silla frente a su mesa—. ¿Qué te ha pasado?

Tristán se sentó. Notó que la silla tapizada cedía lo justo, como si los que se habían sentado antes hubiesen dejado un gesto de confianza.

—Un desmayo, anoche. Corto. Un latigazo detrás del ojo derecho, zumbido, y el suelo. Me levanté solo. No me duele al tocar, pero llevo el zumbido puesto y no se me quita.

Saldaña asentía mientras abría una libreta con tapa de hule y una caligrafía apretada.

—¿Comiste? ¿Dormiste? —preguntó, sin levantar la voz.

—Mal y mal. Y arrastro… cosas pendientes. De antes de llegar.

El médico dejó el bolígrafo. Lo miró un segundo. No era examen ni juicio: intentaba encajar las palabras.

—Bien. Pasamos a la camilla y luego hablamos más.

Lo guio con un gesto. La mano de Saldaña en la espalda, al subir, fue una yema tibia que decía "no te preocupes". Luz en los ojos, pupilas, otoscopio en el oído, martillo en la rodilla, palma firme en el hombro, el fonendo frío buscando corazón y pulmones. El sonido de la respiración de Tristán se volvió más nítido al oírlo con él.

—Ni noto ni oigo nada que me alarme—dictaminó—. Un síncope por agotamiento encaja. Te doy una pauta para el mareo y, si hace falta, también para dormir. Si notas dolor punzante que no cede, visión doble**,** vómitos, o vuelves a caerte, vienes ya. ¿Dónde paras?

—En casa de Lala**.**

—Buen sitio. Te dará de comer aunque jures que no puedes, come lo que te ponga. —Saldaña guardó el bolígrafo con mimo, como quien guarda un bisturí—. El pueblo aprieta al recién llegado. Hay pensamientos que aumentan y el cerebro se pone nervioso.

Venga, volvamos a la mesa.

De nuevo en la silla, el reloj de pared dio un salto pequeño, como quien decide seguir. Saldaña tomó el talonario de las recetas. Allí aún se hacía a la antigua usanza, sin ordenador ni internet.

—Y ahora, sin prisa —dijo—: ¿qué haces aquí?

—Intentar escribir —respondió Tristán—. Y deber menos. Vine a ver si… arreglaba algo que se me ha ido rompiendo sin que yo lo mirara.

El médico no sonrió, pero los ojos hicieron algo parecido.

—Te entiendo. —Anotó dos nombres de fármacos—. A mí me pasó al revés. Nací en Astorga, estudié Medicina en Salamanca, hice guardias en León —enumeró con orgullo—. Vine por temporada y me quedé. —Dejó el fonendo sobre la mesa—. El noventa y siete nos dejó humo dentro. Y yo me quedé para soplar el humo de otros.

—¿Y…? —Tristán dejó la pregunta colgando.

—Y la familia no aguantó el afuera —dijo, sin rencor—. El aislamiento te enseña a escuchar, pero también a echar de menos la ciudad.

Y a este pueblo le faltan muchas cosas para hacerlo.

—Le dio la vuelta al sello y lo enderezó con un tic breve—. Luego me quedé por promesa.

—¿Promesa?

—Cuando hice el juramento hipocrático, nunca pensé que un lugar así pudiera necesitar tanto a una sola persona, a alguien como yo —dijo—. Y sin embargo… aquí hay mucha gente que necesita que alguien esté. No que cure milagros, que esté y ayude a solucionar. Me lo tomé como promesa. —Selló la receta con gesto limpio.

—¿Tantos males y enfermedades pueden haber en un pueblo así? —preguntó Tristán.

—De enfermedades, lo normal —respondió Saldaña—: huesos, azúcar, presión, sustos que pasan. De males… —dejó el sello, juntó los dedos—. Los males están donde menos te lo esperas: en los sitios y en las palabras. —Una brevísima pausa—. Y en lo que la gente cree cuando ya no se cree en lo de siempre.

El silencio que siguió no pesó. Era de esos silencios que acomodan las cosas.

Y encontró su momento. El nombre se le escapó a Tristán como si hubiese estado esperando la rendija:

—¿Ha oído hablar de Elías Varea?

Su serenidad se turbó por lo que pareció menos de un segundo.

—He oído demasiado —dijo sin teatralidad—. De él y de los que le miran con fe o con miedo. Pero no seré yo quien abra esa puerta. Si vas a escribir sobre eso, escribe con guantes de cirugía. Quiso girar la conversación.

—Así que has venido a escribir. He oído hablar de ti —añadió el médico, sin misterio—. Imagino que has llegado con hambre de alguna historia. No entiendo del todo cómo has llegado justo hasta aquí, pero entiendo por qué uno se queda si se queda.

—Porque en algunos sitios parece que el mundo recuerda mejor —dijo Tristán, sorprendiéndose con la frase—. Y te presta memoria.

Saldaña inclinó la cabeza, de acuerdo.

—Eso es. —Se levantó, fue a un pequeño armario y sacó un sobre —. Metió las dos recetas: una para el mareo, otra si la noche muerde y no te deja dormir. No abuses. Come. Bebe agua. Si el zumbido pasa a disparo, vienes. —Le tendió el sobre—. La farmacia es de Eloy. —Y ese "Eloy" lo nombró de una forma que no sonó a amistad—. Dile que vas de mi parte y que te lo despache tal cual.

—¿Se llevan mal? —arriesgó Tristán.

— ¿Con Eloy? Me llevo como se puede, tenemos,… tuvimos nuestras diferencias. Ya lo conocerás. Es eficiente... A su manera. —zanjó, seco pero correcto—. Ve, tomate las medicinas y come algo. Escribir en ayunas hace mala sangre.

Tristán se guardó el sobre con cuidado, como si fuera algo vivo. Se levantó. El médico le ofreció la mano: dedos firmes, pulso tranquilo.

—Soy Raúl —dijo—. Cuando no sea consulta, Raúl. Si el pueblo te sirve, aprovéchalo. Si te usa, ven. Te pongo un orujo de aquí o un Jack Daniel`s como prefieras, hablamos y ponemos el contador a cero si hace falta.

—Gracias —dijo Tristán, y no fue una palabra de cortesía: fue exactamente eso.

Antes de salir, miró de reojo los diplomas. Pensó en los años que cabían dentro de esas paredes. Y Tristán salió con la sensación de que le habían enderezado un hueso que no sabía que se había torcido.

Bajó los escalones de la consulta como quien pisa suelo firme por primera vez en muchos días. La farmacia quedaba a dos esquinas. Y el sobre, en el bolsillo, le ardía lo justo para recordarle lo que pasó por la mañana y que aún le recorría por dentro.

Tristán caminó dejando que el cerebro respirase sin empujones, no se le pasaban el pesar en la cabeza y el leve mareo. Al doblar la esquina, vio la cruz verde apagada y, debajo, el rótulo desteñido sobre cristal: FARMACIA.

Por dentro, aquello era más una botica que una farmacia. La primera impresión fue esa, con la madera oscura, estantes con tarros de vidrio rotulados a mano, el brillo amortiguado de morteros de mármol y un peso de platillos replegado sobre sí mismo en una vitrina. En una pared, un esqueleto didáctico con un hilo de polvo en la clavícula. Una vez se hizo con el lugar le dio tiempo a ver que cada esquina del establecimiento contaba una cosa.

A la derecha, lo moderno: analgésicos, apósitos, termómetros, colirios, cremas de nombres felices. A la izquierda, el mostrador con cajones de madera, cada tirador con su plaquita latina: *Pulv. rhei*, *Ung. simplex*, *Aq. rosae*.

Al fondo, un arco con una puerta. Sobre el arco, que seguramente daba a la rebotica, un grabado viejo, sol con rayos y, al centro, algo que parecía una llama estilizada y debajo la leyenda, pintada con mano firme: ***Culto del Fuego Unico***. La cortina color vino caía pesada; detrás se adivinaban cerrojos y un refuerzo de madera: una robusta puerta que quería parecer tela.

A ambos lados de la rebotica estaba la zona de hierbas: sacos de manzanilla, tila, espino blanco, y frascos con plantas de nombres extraños que Tristán no había oído en su vida: cardo de moira, valeriana negra, salvia del ocaso, hierba de lid, torvisco de luna, ruda de santo, corazón de mirto, ortiga de vidrio.

En el mostrador, junto a la caja de manivela, un mueble con botellas ambarinas y etiquetas diminutas: tinturas, elixires, jarabes. Algunas con fecha vieja. Eloy estaba allí, detrás del mostrador: un cuerpo algo rechoncho, algo bajo, poco pelo peinado hacia atrás con gomina y que apenas tapaba la calva que disimulaba debajo, camisa a cuadros, corbata que no hacía juego con nada y gafas redondas de

montura de pasta marrón marmoleada, sujetas por un cordón. Mirada de reojo incluso cuando miraba de frente. Se quitaba y ponía las gafas sobre el puente de la nariz con una compulsión leve, como afinando algo invisible.

—Buenos días —dijo Tristán, ofreciéndole el sobre—. ¿Eloy? Vengo de ver a Saldaña.

—Don Eloy —corrigió, sin alzar mucho la voz—. Aquí me llaman así. Y me gusta. —Leyó la receta—. Mareo y sueño. Dos huéspedes frecuentes del cuerpo.

No sonreía: tomaba nota. Fue a los estantes, sacó las cajas y las alineó. Mientras escribía una etiqueta, Tristán se fijó en la letra: regular, afilada, con precisión monacal. Un aire gótico sobrio, casi caligráfico, como de monje que sabe dónde se mueve cada sombra. Ese trazo le recordó algo que había leído hace poco, un parentesco incómodo que no supo nombrar y prefirió dejar pasar.

—Tiene usted una… botica preciosa —dijo—. Esto… no se ve mucho ya.

Don Eloy alzó las gafas, las dejó colgar del cordón, y le sostuvo la mirada.

—Le agradezco el término. Boticario se decía antes y a mí me gusta más que farmacéutico, aunque el título de hoy sea ese. El Boticario es algo más que un despachador de cajas medicas —Se acomodó la corbata—. Boticario era quien preparaba medicinas, pomadas, remedios y dispensaba en la botica. Un referente de salud cuando el médico no estaba. Luego, el siglo XIX reguló estudios y llegó el farmacéutico: ciencia, prevención, marco legal.

—Muy bien. —Pegó la etiqueta con devoción minuciosa

—Lo que me molesta es que algunos usen "boticario" como chiste. No lo es. Es historia. Y aquí la historia a veces cura más que cuatro folletos.

Tristán quiso ser amable y recordó que en Málaga hay otro que no tenía que ver con este.

—Pues donde yo vengo es tradición tomar un vino dulce en la Venta El Boticario.

Don Eloy torció el gesto

—Paparruchadas, no creo que tenga la intención, pero me insulta.

Intentando arreglar la conversación Tristán cambió rápidamente el tercio

—Perdone ¿Y usted cree más en las hierbas o en las cajas? —probó Tristán.

—Creo en lo que funciona —replicó—. Y en lo que la gente obedece. Hay remedios que curan porque curan y otros que curan porque nos obligan a creer que curan. —se caló las gafas, arriba, abajo—. Lo difícil es distinguirlo a tiempo.

Tristán abrió la cartera: un par de billetes y algunas monedas. Hizo cuentas. No llegaba a las dos cajas.

—Me falta un pico —admitió—. ¿Podría dejar algo a deber y pasar mañana?

Don Eloy lo miró por encima de la montura de las gafas. No había crueldad, pero sí dejó claro su reglamento. Enderezó las cajas un milímetro.

—Lo mejor es pagar —dijo—. Por la vida no se puede ir así. Deber en el hostal y en la botica. Hoy cierre una cuenta y mañana empiece otra bien. —Apartó con un dedo la caja del sueño—. Quito esta. Coma. Si lo necesita, vuelva cuando tenga. Dormir no siempre necesita pastilla.

Quería pagar a Lala. La noche anterior ella le había dicho, medio en broma, "Te tengo apuntado en la libreta"; no lo dijo con reproche ni prisa, y él lo tomó como chascarrillo. Por eso le sorprendió que Eloy supiera ya de su cuenta. Tal vez Lala, en alguna visita a por gasas o desinfectante, lo mencionó sin querer. Detalle pequeño… que avisaba de contactos.

Tristán juntó billetes y monedas, pagó la del mareo y dejó la de dormir. Eloy anotó en un cuaderno azul la venta y puso la hora —un hombre que cree que todo acontecimiento merece acta.

—¿Conoce mucho a Saldaña? —tanteó Tristán.

—Desde que llegó con aires de arreglar al mundo con un fonendo —respondió Eloy—. Ha hecho cosas. Otras las llama cosas cuando son sustos. —Se encogió de hombros—. Cada cual sirve a lo que sirve. Y yo sirvo a lo que sirvo.

Tristán miró de nuevo el arco hacia la rebotica: el sol, la inscripción *Culto del Fuego Único*, la cortina reforzada. En una

repisa, tres frascos: "TINT. PAPAVERIS", "SPIR. LAVANDAE", "GUTT. SOMNI". Ese último, en lugar discreto. La caligrafía —esa precisión— le dio otro pinchazo de déjà vu: había visto esa mano en otra parte… ¿dónde?

—¿También prepara cosas… propias? —preguntó.

—Preparar es palabra grande —dijo—. Yo sigo recetas: antiguas o modernas. A veces basta un vehículo distinto para que el remedio quiera funcionar. —Le sostuvo la mirada—. Aquí la gente duerme peor por lo que piensa que por lo que tiene.

La bolsa cruzó el mostrador.

—Si necesita dinero, vaya a ver a Eusebio, anda solo con el tractor y la cosecha encima. Manos le faltan. —Pequeña pausa—. Y a Lala páguele cuando pueda; ella no lo va a pedir, pero es mejor no deberle nada a quien se acuerda de todo.

—Gracias, Don Eloy.

—Que le aproveche. —Se recolocó las gafas, arriba, abajo, arriba —. Y no lea en la cama si lo que tiene entre manos no es un libro manso. Por si me entiende.

Tristán entendió demasiado. Guardó la caja del mareo y la receta recortada. Al cerrar, le pareció oír, muy leve, un choque de platillos en la vitrina, como si la balanza hiciera memoria.

En la calle, se sentía la piedra de pizarra al sol y se olía a botillo que alguien volteaba en alguna cocina cercana. Eusebio, pensó. Lala, pensó. Pagar lo que se debe.

En la plaza chica había una fuente metálica de pared, con la boca en forma de llave antigua**.** El agua caía continua**,** en un hilo claro que hacía música contra la pila de piedra. En la chapa, gastada de dedos y de años, se leían unas inscripciones: un "AÑO 1969" marcado a punzón, un par de iniciales superpuestas y un pequeño relieve de ramas que el desgaste y el óxido había vuelto dibujo. Tristán no era amigo de las medicinas, pero tampoco era tonto: sabía cuándo no había más remedio y era necesario. Partió la pastilla del mareo y la dejó caer en la lengua. Luego juntó las manos en cuenco y bebió. Fría de terreno, limpia, sin cloro; aunque era imposible le sabía a piedra y a camino. Mientras tragaba, pensó —medio en broma, medio en serio— que aquella llave y aquella agua

podían ser también las que abrieran su destino y borraran sus males, como si el cuerpo tuviera su propia cerradura y uno, al beber, aprendiera a girarla y cambiar su fortuna. Sintió que le forró el estómago por dentro.

Ajustó la chaqueta con la bolsa en el bolsillo y puso rumbo a las tierras de Eusebio.

La granja de Eusebio olía a paja tibia y heno recién cortado. Dos perros viejos ladraron sin ganas y por educación. Tristán abrió la valla con cuidado. Estaba dura y al forzarla se arañó la mano, algo de sangre, nada que lo fuese a matar. Al menos hoy.

—Hola, Eusebio —saludó—. ¿Cómo andas? ¿Cómo va la faena hoy?

—Se anda paso a paso—respondió el otro, secándose las manos en el pantalón—. Lo justo para no caerse.

—Vengo a molestarte un momento —dijo Tristán, con una sonrisa tímida—. ¿Tienes un momento? Si te queda de ese vino, te acepto un vaso, mejor hablamos con la lengua suelta.

Eusebio lo midió con humor en la nuca y en la comisura de la boca, asintió y desapareció un instante. Volvió con una hogaza de pan del tamaño de un casco, un plato de pimientos asados con cebolla, un trozo de queso curado envuelto en papel y un taco de cecina que olía a humo viejo. Con la mirada señaló la mesa y los bancos de madera alargados, los tres clavados en el suelo entre la hierba, como si fueran parte del terreno. Tristán sonrió por dentro, de pronto estaba en una excursión de picnic.

—Siéntate. Sin algo dentro, las palabras salen flacas y no convencen.

Vertió el vino en unos vasos de esos antiguos, marrones, que su abuela los llamaba de Duralex. Hasta podía recordar decir que eran el modelo Starley. Es curioso lo que mantiene la memoria de la niñez. Sorbió. El caldo era grueso y honrado, de un sabor que cada vez apreciaba más. Tristán bebió de nuevo, mojó pan en aceite rojo de pimiento, dejó que el cuerpo se arrimara al cuerpo.

A bocajarro disparó —Quería pedirte una cosa — balbuceó.

—Antes de pedir, claro y al grano —lo cortó Eusebio, sin filo—. ¿Qué demonios haces aquí? Ya me han dicho que vienes a escribir. A

mí eso me suena a cazar sombras. No me cuentes lo que no quieras, pero sé claro. Así nos entendemos.

—Me atasqué —dijo Tristán—. Necesito ordenarme y escribir algo que me saque del agujero. No traje plan ni fecha. Me vine casi con lo puesto. Si sabes de trabajo… lo que sea, temporal.

Eusebio sonrió a media boca.

—Pues mira tú —dijo— a mí me sobran ganas pero me faltan años. Ven conmigo.

Lo llevó junto al granero: olor a paja, gasóleo y barro. Bajo la uralita, un tractor rojo con la pintura comida por los veranos: Massey Ferguson 135. Eusebio le dio una palmada en el guardabarros.

—Éste. Diésel Perkins de tres cilindros, unos 45 caballos. Tracción 4×2, TDF 540, enganche de tres puntos. Es duro y fiable pero hay que mimarlo: aceite, filtro de gasoil, purgar el circuito, tensar frenos. El freno de mano se confía; hay que vigilarlo siempre. Y los calzos bien puestos.

—Se agachó y señaló un perno del remolque—. Y esto baila, un día parte pero lo cambiaremos.

Tristán pasó la mano por la chapa tibia. Se le pegó el olor a gasoil.

—No sé si sabré.

—Se sabe con voluntad y dos manos —zanjó Eusebio—. Yo te enseño. Lo que no quiero son prisas ni miedos. Aquí el miedo se trabaja como la tierra: a zarpazos y despacio.

—¿Qué hay que sacar?

—Pimiento del Bierzo y algo de patata tardía si el cielo no hace chanzas. La cosecha ya aprieta. —Le sostuvo la mirada—. En dos días, a las seis de la mañana aquí. Insisto en la hora: hierro frío, cabeza clara.

—A las seis —repitió Tristán.

—Será una semana larga, mínimo —añadió Eusebio—. Te pago la semana entera ahora; si luego se alarga, te ajusto el resto. —Hizo una pausa—. No se diga más.

Volvieron a la mesa. Comieron otro bocado. Eusebio dejó el vaso, se levantó sin apuro.

—Voy a por el dinero —dijo—. No es caridad, es aceite para que se suavice y arranque tu motor.

Entró en la casa y regresó con un paquete arrugado. Lo dejó sobre la madera, bajo la sombra del vaso.

—Ahí va la semana —dijo—. Si trabajamos más, te pago más**.** Quiero verte venir recto y dormir firme.

Tristán dudó un segundo. El orgullo da de comer poco.

—Es… atrevido aceptarlo.

—Más atrevido es no aceptarlo y quedarse en seco —replicó Eusebio—. No te voy a regalar el dinero; me lo devolverás en horas y en pimiento bien sacado. Es un trato justo.

Tristán guardó el sobre. Pesaba lo justo para liberarle un centímetro de pecho. Se sentía más ligero.

—Gracias, Eusebio.

—De nada. Trae ropa que no te duela manchar**,** gorra **y** agua. El sol aquí sale poco pero no perdona al que se cree de ciudad. Si quieres, mañana te asomas un rato y te enseño dónde está cada cosa. Pero trabajar, en dos días aquí.

Se quedaron un momento más, en silencio. La cecina, el queso y el pimiento asado hicieron su propósito y se sintió plantado en la tierra.

—¿Sabes por qué aquí la cecina no es solo comida? —preguntó Eusebio, cortando una loncha tan fina que dejaba pasar la luz—. Porque es manera de estar en el mundo.

—Yo pensaba que era… carne curada —dijo Tristán, sonriendo.

—Lo es. Vaca o chivo, casi siempre —asintió él—. Pero mírale el camino: primero la sal, que seca y limpia; luego el lavado, para quitar lo que sobra; después el asentamiento, que es reposar sin prisa, dejar que la sal haga su oficio por dentro; más tarde el ahumado con roble o encina, que le pone memoria; y por fin el secado, meses de aire hasta que la carne dice quién es.

—Suena a vida —dijo Tristán.

—Eso —Eusebio alzó la loncha—. Aquí uno llega con mucha sal encima, cosas dichas, cosas hechas. Hay que lavarse un poco, asentarse otro poco, dejar que el humo de lo vivido coja y luego secarse al aire del valle. Entonces quedas nuevo, pero no otro,

quedas tú, con el sabor bien puesto. Por eso en esta comarca la cecina es casi un modo de ser. No es solo calidad: es proceso.

Tristán probó la loncha. Tenía ese tostado que era tiempo. Tiempo…

—Igual he venido a eso —dijo, sin alardes— a quitarme sal, reposar, que me entre algo de humo bueno y secarme un rato.

—Pues ya estás en el sitio —replicó Eusebio—. Santa Nevana no cura, pero corrige. Como el ahumado que no tapa el sabor, se lo ordena.

Tristán miró de reojo el tractor, el rojo apagado parecía guardar fuego debajo.

—En dos días —repitió Eusebio, como quien deja dicho algo para el aire—. A las seis.

—A las seis —confirmó Tristán.

Se dieron la mano. Al cruzar la valla, Tristán escondió mejor el sobre en el forro de la chaqueta. Tenía el sabor del pimiento en la boca y calor en las manos. Pensó en Lala y su libreta, en un café en El Avío, en la extraña hoja en latín que dormía en su carpeta. Le quedaban asuntos que resolver y tenía un par de días para ello. Ese café le vendría bien para sus propósitos. El sol aún estaba un poco alto; la cubierta de los tejados alargaba el calor.

La puerta de El Avío tenía un cristal con letras doradas que habían perdido casi todas las curvas. Dentro, las voces de la radio hablaban de fútbol mientras chocaban botellas y tazas. Vicente estaba en la barra, delantal oscuro, esa frente amplia que parece mandarles órdenes a las manos, alineando vasos limpios de café. Amparo iba y venía entre la cafetera y la alacena, seria, precisa, con ese modo de contar cosas que tiene la gente que aprendió a no desperdiciar.

—Un café, solo si puede ser —dijo Tristán.

—En marcha —respondió Vicente, y el brazo hizo su danza con la palanca. Sirvió en taza y dejó un vaso de agua al lado, por si el cliente era de sorbos largos. Tristán pagó sin mirar mucho el plato del cambio; tenía el dinero de Eusebio metido en el forro de la chaqueta y no quería tocarlo todavía. Con el primer sorbo, el cuerpo entendió que no se rendía.

Tristán se quedó un momento con el café en la mano, midiendo el local por el rabillo del ojo. Dos hombres hablaban de tractores. Una mujer contaba monedas como quien cuenta semillas. En la mesa cercana a la puerta, un cura removía sin prisa el azúcar. Sotana de diario, cuello limpio, la espalda derecha de quien está acostumbrado a bancos de madera. Alzó la vista un segundo. Ojos que pesaban lo justo.

—¿Puedo? —preguntó Tristán, acercándose con la taza.

—Claro —dijo el cura, y apartó el periódico doblado—. Anselmo Carvajal.

—Tristán —se presentó.

El padre Anselmo tenía la cara seca de los hombres de antes. Pómulos marcados, nariz recta, piel trabajada por la intemperie de sacristías frías. Un aire a Álvaro de Luna, ese actor que hacía de El Algarrobo en una serie antigua. Serio, pero sin dureza, ya tallado por los inviernos se le veía firme sin levantar la voz. Se le adivinaba un mundo de reglas sencillas y pocas modernidades y no lo imaginaba nada progresista.

—Una pregunta tonta —dijo al aire, con el tono de quien busca indicaciones en la ciudad—. Si uno quisiera traducir algo… de latín —aclaró sin mirar a nadie—, ¿por dónde empezaría en un sitio como éste?

El cura no se dio por aludido e ignoró la pregunta si no era directa a él. Vicente sopló por la nariz, como si apagase una vela invisible y contestó.

—Aurora, la de la papelería, tiene diccionarios —dijo—. Pocos, pero buenos. No sé si de latín. También puedes buscar algún libro que tenga escrito algo parecido a lo que necesitas. Y si no, el cura —hizo una mueca en dirección a la mesa—. Los curas saben de latines.

Anselmo dejó la cucharilla. No se apresuró y al fin habló.

—A veces. Depende del latín que sea. Si es litúrgico, puedo ayudar. Si es clásico, me defiendo con libros. Si es otra cosa, habrá que mirarlo.

Tristán asentía, pidiendo otro café, necesitaba una excusa para quedarse un minuto más. Vicente le llevo una copa pequeña con un

líquido que no supo adivinar bien que era.

—No hay más café, a esta hora empieza a enfriar, te vas a tomar esto, invita Aurora. Un aguardiente de orujo hecho con bagazos de Mencía y Godello. Tienes que integrarte con esta tierra.

Tomó un sorbo que le golpeo directo en la garganta. Con disimulo lo dejo en la mesa—Pensaba en un diccionario —dijo—. Algo serio.

—En la sacristía hubo un Lewis and Short —recordó Anselmo—. *A Latin Dictionary*, de Charlton T. Lewis **y** Charles Short, basado en un diccionario alemán antiguo. Cubre del clásico a la Baja Edad Media. Es tosco de formato, pero útil**.** No sabría decirte dónde quedó. Hace mucho que no lo uso**.** Entre mudanzas y arreglos, se pierde lo que menos falta hace.

—No se preocupe —intervino, para coser el aire—. Si no, entre usted y los santos del despacho hacemos una traducción, aunque sea a medias.

Anselmo miró a Tristán con una mezcla de cortesía y oferta sincera.

—La curiosidad es buena sombra si no te metes demasiado debajo —dijo el cura, sin sermón— Si necesita consuelo, la iglesia está abierta. Y yo también. Para latines, para hablar, para rezar si hace falta. No soy amigo de otros ritos ni de inventos, pero para lo que es de Dios siempre hay sitio.

Desde el fondo alguien masculló, sin mirar a nadie:

—¿Qué dios? Solo hay uno.

Anselmo no se giró. Ni un gesto. Se limitó a poner bien el borde del periódico.

—Eso dejó de ser discusión hace tiempo —dijo, neutro. La frase cayó con la firmeza de quien no entra en charcos.

—Se lo agradezco —dijo Tristán—. Pasaré por la papelería primero. Si no hay suerte, lo buscamos juntos.

—Hágalo. Y si al final aparece el Lewis and Short, mejor que mejor.

El cura asintió, volvió al café, como si nada. En la radio alguien canturreó un gol que no llegó. Tristán apuró el orujo que ya no le parecía tan fuerte, diría que lo acompañaba con naturalidad. No dio

más datos. Salió con la sensación de haber puesto otras dos fichas del dominó en el juego: Aurora. Anselmo.

Empezaba a terminar la tarde y todavía le quedaba tiempo para ordenar tantas cosas de su cabeza. Si ese ha sido un día largo el siguiente prometía. Decidió pasar por el Garrison, un rato de calma antes de volver a la habitación.

El Garrison estaba ya en penumbra. El aire de bar, de cerveza vieja, dos parroquianos al fondo jugando a no hablar. Maeve secaba vasos con un paño fino; al verlo entrar, sonrió con un gesto mínimo.

—Hoy no tienes puesto a U2, suena a… ¿Van Morrison? Nunca pones música española, la hay muy buena.

—El próximo día te la pongo. ¿Lo de siempre? —preguntó—. Jameson corto con hielo.

—Hoy vengo servido —sonrió Tristán—. Ya traigo vino de Eusebio y el orujo del Avío.

—Me da igual —repuso ella, medio seria—. Con esa cara de "día que no termina nunca", te mereces el whisky. —Le sirvió el Jameson —. Y si necesitas pensar, aquí cabemos tú, el vaso y el silencio.

Tristán dio un trago mínimo.

—Me hace falta ordenar. Llevo demasiadas cosas en la cabeza.

—Me caes bien —soltó Maeve, sin envoltorio—. No sé por qué. Yo huyo de las charlas de los parroquianos, pero contigo hago excepción. A veces, cuando a los pensamientos se les pone palabras, se quedan más claros. A mí me haría falta, pero hace mucho que no lo hago. Anda, cuéntame**.**

Tristán no supo si fue el día de licores o esa confianza callada de Mae-ve que promete que es sincera, y le contó. Todo. Sobre todo, lo del Coniuratio, la lectura, el desmayo, la obsesión por traducirlo. Habló de la advertencia en rojo, de la fisura del espejo, de la idea de que las palabras pesan. La visita a Saldaña y su manera de mirar sin exhibirse. Su paso por la botica de Eloy. Lo de Eusebio, la mesa clavada, el MF-135, la cita dentro de dos días. Maeve escuchó sin moverse. Cuando él mencionó a Eusebio, asintió con una media sonrisa.

—Debiste caerle bien —dijo—. Es buena gente. No recuerdo que se haya ofrecido a nadie desde que enviudó. Se volvió un poco

huraño. Eso tiene su peso.

—Hoy he visto al médico, al boticario, a Eusebio**,** al cura —dijo Tristán, con un amago de risa cansada. Buf. Ha sido un día larguísimo.

—Te falta el alcalde y ya te dan el carnet del pueblo —remató ella, y la sonrisa le salió de verdad.

Le sirvió un vaso de agua. Mientras lo dejaba, vio el raspón en la mano de Tristán, de la granja.

—Déjame —dijo. Sacó agua oxigenada y una tirita—. No te voy a salvar, pero te curo esto.

Maeve le limpió despacio. Al contacto, se le tensó un músculo de la mandíbula; un fogonazo corto, casi invisible, le recorrió la columna vertebral. Retiró la mano un palmo, respiró con un suspiro, volvió y pegó la tirita con cuidado.

—A veces el cuerpo recuerda antes que la cabeza —dijo ella, bajito.

—Gracias —dijo él—. Puedo con lo demás.

—Puedes —asintió.

Tristán siguió con el día: El Avío**,** Anselmo presentándose, Aurora como opción para la traducción. La necesidad de saber qué dice El Coniuratio.

—A ver, te doy pistas —enumeró Maeve, apoyando los dedos en la barra—. Primero papelería. Si no, el cura. Y si tampoco, la biblioteca… como última carta. ¿No habías pensado en ella?

—¿La biblioteca está abierta?

—Está ahí, pero lleva cerrada una eternidad —dijo—. Hoy pasó Modesto por aquí. Mañana va a Astorga: papeles en Diputación y Catastro por un camino vecinal. Si vuelve con papeles y con ganas, quizá lo encuentres a la vuelta en el ayuntamiento y quiera abrirte la biblioteca. Si no, al menos tendrá ganas de hablar de sí mismo.

Tristán se rio por dentro. El plan se dibujaba solo: papelería primero, cura si falla, biblioteca cuando regrese Modesto. Por hoy ya está bien.

Maeve alargó la mano hacia el vaso; el cristal estaba mojado por la condena de la barra. Se le escapó un poco. Tristán, rápido, le sujetó la muñeca sin pensar. Ella reaccionó igual y, al tocarlo, ella se

retiró un instante, gesto seco que le atravesó los ojos. Silencio corto. Tristán soltó al momento.

—Perdón —dijo—. Mala costumbre de llegar cuando no toca y tarde a los rescates.

Maeve respiró y recompuso el gesto con una ironía suave.

—Los vasos no se caen solos. La gente si no tiene cuidado si — respondió. Terminó de secar el borde y dejó el whisky delante—. Y ahora bebe, que lo tienes sudando y se ha evaporado.

Brindaron sin chocar.

—Gracias por el sitio —dijo Tristán, cuando el vaso quedó en mínimo.

—Mañana habrá sitio aquí también —contestó ella.

Él se puso de pie. Se tocó con mimo la tirita mientras caminaba hacia la puerta. Se volvió un segundo. Maeve limpiaba la barra con su gesto serio, concentrado, ese gesto que a él empezaba a gustarle.

No sabía bien por qué, pero empezaba a sentir que aquel era su lugar.

Capítulo 7
El Conjuro

Despertó con la sensación de haber dormido acompañado. No un sueño liviano, sino una presencia al otro lado del espejo, como si en el cristal alguien hubiera respirado a su ritmo toda la noche y ahora fingiera quietud. Se sentó despacio, la noche anterior calló desplomado en la cama. Notó que la silla no estaba donde la dejó ayer. El libro, un poco más centrado en la mesilla. La carpeta de papeles, con el borde asomando un centímetro que él no habría dejado así. Pensó que allí no entra nadie más que Lala y, al mismo tiempo, pensó que Lala no haría eso, no tocaría sus cosas. Bah! Imaginaciones suyas. Decidió no pensar nada.

Abrió la carpeta. La hoja del Coniuratio seguía boca abajo. La apartó con cuidado, como quien mueve una jarra llena. Pensó que, si la advertencia decía que leer trae consecuencias, también las traería enseñarlo a cualquiera que pudiese leerlo. Aun así, necesitaba llevar algo más encima por si encontraba a quien tradujera. Se sentó a la mesa y copió el texto a mano. No entero de una vez. Hizo trozos en papeles distintos, frases sueltas, una palabra aquí, dos allá. Ninguna copia completa. Si tenía que mostrar algo, mostraría poco, algo que no encajara sin lo demás. Guardó cada trozo de papel con las notas y los repartió en los tres bolsillos de la chaqueta.

Luego contó el dinero. Separó una parte para Lala, otra para llevar de diario, y el resto lo escondió en el fondo del cajón, bajo un jersey que, gracias a Lala, olía a jabón de lavanda. Bajó al baño. El tiempo justo. Se aseó y lavó la cara. Se peinó algo desordenado y subió a vestirse. Prometía otro día intenso. La fisura del espejo parecía haber crecido una uña, quizá era la impresión de la luz, quizá no.

Bajó a la cocina. Lala estaba allí, como siempre que uno la necesitaba. Cafetera preparada, caliente. Hoy había una sartén con huevos que aún no eran de nadie. La radio canturreaba canciones

bajitas de algo que parecían boleros. Adivinaba a lo lejos *20 Años* de Omara Portuondo. No estaba seguro, quizá era su corazón el que le hablaba desde la inconsciencia, recordando a Úrsula con esos versos que dicen que amar viendo como se acaba el amor, amar así no le importa a nadie, pero duele como si te arrancaran un pedazo de alma sin piedad.

—¿Mejor? —preguntó, sin levantar mucho la vista.

—Mejor… a ratos —dijo Tristán—. Sigo sin dormir del todo bien. No sé por qué.

Lala sonrió con disimulo, sonrisa casi privada, como si se hablara a sí misma.

—La cama acostumbra —dijo—. Y la cabeza tarda más.

Le puso delante una buena taza de café, pan tostado, un hilo de aceite, un cuenco con miel oscura.

—Parece que ayer tuviste mucha actividad, ya eres famoso por el pueblo, ¿Quieres huevos? Si hoy es igual que ayer te harán falta proteínas desde bien temprano —Y sin esperar respuesta le puso delante un par de ellos.

—Espero no ser tan "famoso" y pasar más desapercibido.

—Para eso deberías ser una piedra más de las paredes del pueblo y ahora mismo eres la novedad —contestó Lala.

Tristán agradeció con un gesto los huevos y dejó el dinero al lado del salero.

—Te debo esto —dijo—. Gracias por aguantar.

—Aquí no se debe, se da o no se da y cada uno sabrá qué hacer con ello —respondió Lala, pero no apartó el dinero—. Y se agradece que uno se acuerde.

Comieron con tranquilidad, como la música, a tiempo de compás, como comen los que no quieren romper la mañana. Lala, de pronto, cambió de tema con la naturalidad de quien señala el cielo para hablar del tiempo.

—¿Eres de rezar? —preguntó—. Digo… cuando la cosa se pone seria.

Tristán sonrió sin ironía.

—No creo en la religión —dijo—. Creo en lo que me enseñaron de pequeño, no creo en un Dios iracundo que castiga a sus fieles

cuando no cumplen, ese miedo no va conmigo. Quizás lo que predicaba Jesús. En el amor a los demás, el perdón, hacer lo posible por ser buena persona. Y que cuando uno falla, si te equivocas, queda el deber de arreglar todo lo que se pueda.

Lala asintió despacio, como si guardara aquello en una estantería que ya tenía preparada.

—Curioso —dijo—. Mucha gente dice que no cree y, cuando pasa algo grave, se le escapa una oración a alguna parte. A este Dios o a otro. Haciendo promesas si cambia mágicamente las cosas. Es como el fuego: uno dice que no lo necesita… hasta que ves que es indispensable. Demasiados dioses a los que rezar. Al final son todos lo mismo.

Se quedó mirando el borde del plato, dibujando un círculo pequeño con la yema del dedo.

—Las doctrinas son caminos marcados —añadió Lala—. No tienen por qué ser malos, pero a veces la fe no cabe en una sola vereda. Es posible que sea una sola cosa, más de lo que sabemos, y que nosotros la troceemos para entenderla. —Lo miró de frente, tranquila—. Al final, lo importante es a qué le obedecen tus manos cuando nadie te ve.

Tristán no supo qué decir enseguida. Bebió café. Pensó en la llave de la fuente y en el agua continua, abriendo cerraduras por dentro.

—Hoy voy a ir a la papelería —dijo—. Y quizá al cura. A ver si alguien me ayuda con una frase en latín.

—Aurora te dirá lo que tiene —respondió Lala—. Y Anselmo te dirá lo que cree. Entre ambos, a veces sale verdad.

Le apretó el hombro con la mano abierta, un gesto breve y cálido.

—Come un poco más —dijo—. Con el estómago vacío, las palabras hacen eco.

Él obedeció. Al levantarse, volvió a agradecer. Lala recogió los platos con el mismo orden con que los pone. Cuando Tristán salió al pasillo, tuvo la impresión —leve, casi un guiño— de que, en cuanto saliese por la puerta, Lala sabría exactamente qué cajón había sonado en su cuarto.

El día había salido frío, con ese ánimo de pueblo que espera a que cada uno haga lo que le toca. Tristán echó a andar con la chaqueta,

la cartera y el dinero en el bolsillo de atrás y los trozos del Coniuratio repartidos en los bolsillos de la americana. Le rondaba la idea de que el cielo, así plomizo, no estaba para traducciones.

El Margen se veía desde media calle. Escaparate estrecho, cristal tocado por cintas antiguas y, en el centro, el libro que ya conocía del otro día: La Bienvenida del Diablo, puesto de frente como si mirara a los transeúntes. A un lado, cuadernos de cuentas y fichas amarillentas con anotaciones a lápiz. De dentro venia el mismo aroma a papel nuevo mezclado con polvo limpio y un fondo de cola blanca. En la pared del fondo, una estantería con lomos gastados que parecían pedir perdón por seguir allí.

Aurora estaba tras el mostrador, parecía que vivía allí y que nunca se había ido, separando gomas y clips en cajitas como si jugara al póker de lo pequeño. Su pelo recogido, gafas que subía con un gesto breve cuando levantaba la vista, ese orden silencioso que ya le había visto.

—Buenos días —dijo Tristán.

—Lo son, a mí me gustan así —respondió ella—. ¿Qué buscas?

—Un diccionario de latín. De los serios.

Aurora ladeó la cabeza pensativa, asintió, con su aire marcial fue a una estantería lateral que tenía dos filas desparejas: manuales de gramática escolar, antologías, un tomo de citas para primeras comuniones. Sacó tres libros y los dejó a la vista. Sacó una gramática vieja de tapas duras, un compendio de frases hechas y un manual de latín eclesiástico que olía a sacristía. Los dejó sobre el mostrador.

—Esto es lo que hay aquí: una gramática vieja que sirve para acordarse de las declinaciones, un "Breve Compendio" con frases hechas y uno de latín eclesiástico que no es diccionario, es más bien guía de misa, para no perderse en ceremonia. Si quieres algo de peso, recuerdo un diccionario grande, de tapas duras… de iglesia. Me suena verde. Pero no era mío. Creo que lo tenía el cura, o pasó por aquí cuando se cambiaron los estantes.

—Busco algo como el Lewis and Short —dijo Tristán—. A Latin Dictionary. El que cubre desde el clásico hasta la Baja Edad Media. Es antiguo, pero útil.

Aurora asintió, como si le pusieran nombre a una cara.

—Ese —confirmó—. El de Lewis y Short. No lo tengo en la tienda. Si existe en el pueblo, debe estar en la sacristía o enterrado en algún baúl del archivo. Aquí lo que hay es lo que ves.

—Me vale para empezar —dijo Tristán—. ¿Puedo sentarme un rato a trabajar una pequeña traducción?

Aurora señaló al fondo. Había una mesa vieja, de las que crujen si les

soplas, con una lámpara pequeña de campana azul y un cajón cojo que abría torcido. Alrededor, una torre de libros sin salida: manuales de instituto, novelas con premios olvidados, antologías, fichas de préstamo con nombres que ya no venían. Parecía el rincón donde los libros se quedan esperando sin ninguna esperanza a que alguien los despierte.

—Ahí estarás al cobijo —dijo Aurora—. Si necesitas silencio, cierro la puerta un poco.

Tristán tomó asiento. Puso a un lado la gramática y el compendio, al otro el manual eclesiástico. Sacó de sus bolsillos los recortes del Coniuratio, cada uno con su media frase o su palabra suelta. Probó por lo básico. Nominativos y genitivos, verbos en infinitivo, tiempos que se podían intuir por cadencia. El compendio daba sentencias de calendario y máximas de escuela que no casaban con lo suyo. El manual eclesiástico traía fórmulas y responsos. Nada abría la cerradura.

Aurora pasó cerca con una goma nueva en la mano, la dejó sin interrumpir. Tristán siguió un rato más, cabeza abajo. Releyó sus trozos, buscó raíces en la gramática, comparó con el compendio por si alguna construcción le soltaba una pista. Nada. Las frases se mantenían a oscuras, como si le faltara una luz que no estaba en esos ladrillos.

Se le fue la vista a la estantería junto a la mesa. Entre los lomos desparejados asomaba un libro de textos de bachillerato en latín con las esquinas comidas. Pensó, medio en broma, que si la mala suerte quería jugar, el Coniuratio entero estaría metido ahí dentro, como un texto completo, recortado como marca y olvidado por décadas.

Guardó la idea para la biblioteca, por si lo de la papelería y el cura no alcanzaba.

Volvió al mostrador con los libros en la mano.

—Pensaba en ese libro de textos en latín, no me sirve mucho lo otro—dijo, restándole gravedad—

Aurora miró de lejos el libro al que se refería Tristán

—Cógelo y échale un vistazo, es gratis

El libro de textos era curioso, la página de la izquierda contenía el texto en latín y en la derecha la traducción. Quizás tenga suerte y estuviese ahí lo que buscaba. Se componía de textos breves de filósofos y médicos del mundo clásico griego y romano. De grandes cómo Seneca, Ignoranti quem portum petat, nullus suus ventus est, — Al que no sabe a qué puerto se dirige, ningún viento le es favorable— o de Cicerón, Summum ius, summa iniuria, — el derecho llevado al extremo se vuelve la mayor injusticia.

Algunos de esos textos parecían escritos para él, directos como una bofetada del que quiere que espabiles. Amicus certus in re incerta cernitur: El amigo cierto se reconoce en la situación incierta (Ennio), Vita brevis, ars longa, occasio praeceps, experimentum periculosum, iudicium difficile: La vida es breve, el arte largo, la ocasión fugaz, la experiencia peligrosa, el juicio difícil (Hippocrates). Pero nada que le diese una pista del Coniuratio.

Decepcionado volvió al mostrador —No me ayuda, buscaba algo más serio. El Lewis and Short sería lo suyo.

—Ya te dije que no lo tengo —contestó Aurora—. Si está en el pueblo, será en la iglesia. O la biblioteca que lleva cerrada meses.

— ¿Conoce otra opción?

—Opciones pocas —contestó Aurora—. Si el cura no lo encuentra, te quedará buscar a que te abran la biblioteca. Está cerrada desde hace mucho y cada mes que pasa parece un año. Allí puede que haya de todo o de nada.

Mientras hablaban, pasó al fondo una mujer a por papel de cartas para enviar un pésame. Aurora le preparó el paquete en silencio. En otra esquina, una caja con velas finas y estampas de santos parecía fuera de lugar entre rotuladores y cartulinas. Tristán pensó en las palabras que se incendian sin fuego.

Tristán le pidió sobres pequeños para custodiar los recortes al recogerlos. Él volvió a la mesa un minuto, recogió y ordenó sus papeles y, al levantarse, dejó todo como estaba.

—¿Te quedas la gramática? —preguntó Aurora.

—Me llevo el compendio de frases en Latín —decidió—. Las frases del compendio suelen venir bien escogidas.

—Como los recuerdos —apuntó ella, guardando los libros en una bolsa—. Ten cuidado con las palabras que no quieres despertar. Algunas salen del papel con dientes y muerden.

El comentario le rozó como un ala. Tristán asentó, pagó, y sostuvo la bolsa contra el pecho un segundo. Guardó el cambio con pulso exacto.

—Otra posibilidad: describir la frase sin darla, por casos y verbos. Y si es solo una frase, a veces se llega por aproximación. Dime que es lo que tienes.

—Prefiero no dictarla todavía —respondió Tristán—. Manías.

—Las manías sostienen —dijo ella.

—Gracias, Aurora.

—Para eso estoy —dijo—. Si mañana vuelves, igual te digo algo del diccionario. A veces los libros aparecen cuando uno pregunta bien.

—¿Preguntar bien?

—Con respeto y sin prisa —dijo ella—. El latín no se lleva bien con el apuro.

Salió a la calle con el cuaderno bajo el brazo. El aire seguía frío y sereno, como si el día esperara a que él hiciera la siguiente llamada. Tocaba la iglesia. Anselmo le había ofrecido oídos y, con suerte, un rastro del diccionario. Si no, quedaba esa biblioteca que hacía mucho que cerró los ojos.

Al salir de El Margen, Tristán casi choca con Santiago, el "policía para todo". Pantalones verdes con refuerzos más oscuros en las rodillas, jersey verde oliva, gorra en la mano como si la conversación fuera un trámite.

—Hombre, Tristán —dijo, con media sonrisa—. ¿Perdido o encontrado?

—Busco la iglesia, la ermita. La pequeña. ¿Cómo llego?

—No es una iglesia, aunque algunos la llamen así. La Ermita de Santa Nevana de la Palabra —anunció, satisfecho de decir el nombre entero—. Tira por la calleja de la Era, cruza el pontón del arroyo y sigue la senda del paredón. La verás antes de verla.

Santiago era un personaje peculiar. Simpático, voluntarioso, aunque no terminaba de descifrar su importancia en la vida de Santa Nevana. Parecía de esas personas que observan y toman decisiones rápidamente sin que le tiemble el pulso, aunque era pronto para poder opinar sobre ello.

No era consciente de la hora del día, aunque su estómago, a pesar del desayuno, le recordó la hora que era, el tiempo volaba, Así que decidió dar una vuelta por El Avío, una tapa y un vino le vendrían bien.

—¿Qué te pongo de comer, Tristán? —preguntó Vicente.

—Poco, ¿hay algo para picar? Lo que haya del día.

Desde la cocina asomó con energía la voz de Amparo: —Queda bacalao al ajoarriero y cocido maragato. De postre, pastel de castañas o tarta de San Marcos.

—Ya has oído a la jefa, de tapas nada, esto es lo que hay y Amparo no te va a dar más elección. No hay segundo porque con el primero ya no vas a cenar —añadió Vicente, medio en broma.

Comió sin correr. Vicente le preguntó cómo le iba la vida en el pueblo.

—En plena integración —dijo, y sonó verdad. Contó que por la tarde quería pasar por "la que aún no había visitado" y ver al cura para unas preguntas. Le dijeron que por la tarde suele estar Anselmo,

ya que va para preparar la "misa de siete", eso cuando toca misa, lo normal es que acuda Bernarda, la costurera muda, y algún fiel de los de siempre.

Pagó, dio las gracias y salió con esa pesadez buena en el estómago que arregla el pulso. Tristán echó a andar y siguió las indicaciones que le había dado Santiago. Con el cuerpo repuesto rumbo a la ermita.

El pueblo terminó sin darse importancia y empezó el terreno abierto. Un sendero entre zarzas domadas y prados bajos llevaba a

una loma suave. Allí, como posada a media altura para no ofender al cielo, estaba la ermita. No lejos, pero lo bastante apartada como para pedir silencio. La primera impresión fue de piedra y aire: un volumen sencillo, encajado en el paisaje con la naturalidad de una roca que decidió ser casa del alma.

Le vino un recuerdo limpio: aquellas iglesias y ermitas que te salen al paso en un recodo del Camino de Santiago, cuando el sendero gira y, de pronto, la piedra está ahí, mirándote. Tristán había hecho el Camino de joven y reconoció el mismo sobresalto manso: bajar la voz sin que nadie te lo pida, ajustar el paso como si entraras en casa ajena. Era ese tipo de aparición que no reclama milagros, sólo atención. Pensó que tal vez el Camino no termina nunca, que a veces se limita a cambiar de lugar y de preguntas. Aunque el Camino siempre está en tu interior.

Aquí, la sorpresa era la misma, sólo que el recodo no lo daba la senda, sino el pueblo entero.

El atrio, a los pies de la iglesia, estaba protegido por un murete bajo, de los que invitan a sentarse a pensar. El suelo estaba hecho de lajas sueltas y tierra apisonada. El patio abierto y porticado debió servir como zona de reunión de la comunidad. A un lado, dos castaños viejos daban sombra con un rumor seco de hojas, y un olmo más joven exhibía cintas de colores atadas a las ramas finas. Eran exvotos: retales, pulseras, cordones, alguna medalla, incluso una llave antigua oxidada. En el paramento interior del murete había clavos y cuerdas donde colgaban más promesas: una muleta pequeña, fotografías plastificadas que el sol iba lavando, papeles manuscritos protegidos con cinta transparente. Usos y costumbres sin normas que las ordenaran.

La planta del edificio era rectangular, una sola nave y una insinuación de ábside al fondo. Los muros gruesos, de cantería gris con piezas irregulares bien rejuntadas. La cubierta a dos aguas caía limpia, con losa oscura y alero corto. Un óculo pequeño abría la fachada como un ojo que no quería molestar.

La portada era románica. Arco de medio punto con tres arquivoltas desnudas, sin florituras. Los capiteles de las jambas llevaban motivos de la zona: hojas de castaño y racimos de vid

tallados. Bajo la primera arquivolta, una inscripción breve, difícil de leer del todo y una fecha que podría ser del siglo XII remarcada en algún momento posterior.

La puerta era vieja pero robusta y destacaba sobremanera del conjunto, como si hubiese sido la donación de un personaje importante de su época. La madera estaba decorada con intrincados dibujos de flores que, pesar del tiempo y del desgaste, el grabado en relieve se mantenía acuñado con precisión y delicadeza. Un patrón de cruces y flores, creando un diseño geométrico que parecía bailar en la superficie.

Pero eran los adornos de metal los que verdaderamente la hacían destacar. La cerradura, una pieza maestra de forja, parecía una serpiente enroscada en sí misma, con su boca abierta y lista para devorar la llave que la abriría. La placa de metal que la rodeaba estaba decorada con intrincados dibujos de volutas y hojas, una maravilla de minucioso detalle y refinamiento. En la otra hoja, un asa de hierro forjado en forma de anilla se erguía lista para ser asida por quien quisiera entrar, suave al tacto y desgastada por el uso. La levantó ligeramente y al soltarla un sonido metálico que resonaba en el interior de la iglesia, un llamado que parecía resonar a través de los siglos.

Las bisagras, salían hacia fuera con una plancha clavada a la puerta, parecían garras de un animal mitológico, fuertes y poderosas. Los remaches que las sujetaban a la puerta eran como cabezas de clavos gigantes, redondos y planos, puños cerrados, firmes y decididos con un centro ligeramente elevado. El resbalón o pasador, una barra de metal que se deslizaba a través de una abrazadera para mantener la puerta cerrada, parecía un brazo musculoso, fuerte y seguro. Toda la puerta parecía ser una obra de arte, una mezcla de funcionalidad y belleza. Los adornos de metal parecían haber sido forjados con amor y cuidado, y la puerta entera parecía tener una vida propia, como si hubiera sido testigo de siglos de historia y hubiera visto pasar generaciones de fieles por sus umbrales.

Encima de la construcción, una espadaña de una sola tronera coronaba el testero. La campana, de bronce viejo, tenía grabado un

anillo con pequeñas estrellas y, bajo el labio, un lema: “Verbum, lux cordis”. La soga bajaba hasta el atrio, accesible para el rito de tocarla tres veces al llegar.

La Fuente de la Palabra manaba a unos pasos, encajada en un pequeño murete de granito. El caño —una pieza de hierro que había aprendido a ser agua— vertía un hilo continuo a una pila rectangular gastada por siglos de manos. En la piedra, una leyenda abreviada, medio borrada por el musgo: “Qui bibit, vox fiat”. Quien beba, que tenga voz.

Desde el camino, se alcanzaba a ver el arroyo, cortando la pradera como una frase baja. La ermita no estaba lejos del pueblo, se podía ir y venir sin esfuerzo, pero tenía esa separación suficiente entre lo cotidiano y lo que merece silencio. Leyó despacio el lema de la campana: Verbum, lux cordis. Palabra, luz del corazón. Pensó que quizá esa era la promesa exacta del sitio: poner luz donde solo había peso.

Se quedó un momento más disfrutando el cuadro, mirando las cintas de colores desteñidos. La brisa los movía con una paciencia que parecía rezo. Luego miró la soga de la campana. No la tocó. Había quien decía que se tañían tres veces al llegar y tres al marcharse. Prefería entrar sin hacer ruido, guardar los ritos para cuando tuviesen sentido. Otro día, se dijo. Pero hoy, por fin, estaba aquí.

Empujó la puerta con cuidado. La nave era ancha para ser ermita, capaz de reunir a muchos en días grandes, pero sin perder la humildad del campo. La quietud le pidió bajar la voz por dentro. Tristán se sentó en una bancada, dejó respirar al silencio, apoyó las manos en la madera y se permitió un minuto de introspección.

El suelo era de losas irregulares, algunas con una cruz grabada y dos o tres letras desgastadas, iniciales, quizá antiguas sepulturas o simples señales de cantero. Los bancos viejos y firmes, habían aprendido el peso de los cuerpos a lo largo de décadas; en las traseras se adivinaban líneas punzadas con navaja, fechas pobres, nombres de paso.

Junto a la puerta una pila de piedra pulida por el uso, con un cuenco de agua bendita comido por la mano, como una concha,

mostraba la costumbre de mojarse la frente y pedir el perdón. En la epístola, un confesionario modesto con cortinilla verde, lo justo para que entrasen dos respiraciones y algo de vergüenza.

Levantó la vista. La luz entraba majestuosa por el óculo de la fachada y por dos saeteras laterales; no caía en cascada, flotaba, sembrando polvo lento que subía y bajaba como oración sin prisa. Había lámparas eléctricas discretas —bombillas cálidas dentro de tulipas esmeriladas—, pero a esa hora bastaba con el día filtrado.

A la derecha, una mesa de ofrendas con velas de promesa, algunas encendidas. Entre las llamas, fotografías pequeñas con esquinas gastadas, medallas, dos anillos atados con un cordel y una figurita de madera que parecía un pastor con la boca abierta. Encima de la mesa, entre las velas, una lámina pintada a mano mostraba a un hombre saliendo de una mina con el rostro tiznado. Debajo, una leyenda: *"Agradecido por volver". Minerías del Bierzo*.

El altar mayor era de piedra, desnudo, cubierto por un mantel de lino con puntilla cosida a mano. Sobre él, un retablo de madera policromada, humilde pero rico en detalle. En la central, la imagen local: Santa Nevana de la Palabra, una mujer joven de rostro sereno, libro abierto en la mano izquierda y una llama pequeña pintada en la otra, más símbolo que fuego, como si el gesto dijera que la palabra calienta sin quemar. A los lados, dos santos, uno con una azada, otro con una vara de caminante; quizá añadidos por cofradías antiguas. El dorado estaba mate, los rojos y azules, ya ahumados por siglos de vela. En el friso del retablo, la hoja de oro formaba —casi sin querer— pequeños rayos alrededor de Santa Nevana. Tristán pensó que el motivo empezaba a repetirse demasiado: soles, brasas, fuegos tranquilos.

Hubo un detalle que lo detuvo: a media altura, en una hornacina, una urna de cristales custodiaba una copa. No se acercó, pero se veía que estaba en un sitio destacado, como un tesoro sin alardes. Anotó mentalmente preguntar por esa pieza cuando encontrara a Anselmo, destacaba particularmente en el lugar. Había algo en esa manera de custodiar lo valioso —sin cerrojos grandes, pero a la vista— que le pareció del todo razonable.

Se quedó un poco más, con la serenidad del tiempo quieto. De paz y recogimiento. El lugar no era grandioso ni quería serlo; era exacto. Tenía detalles, sí, y ninguno pedía aplauso. La ermita parecía construida a medida para cada alma, a medida para cada necesidad.

Tristán respiró, dejó que la quietud hiciera su trabajo y, por fin, volvió con la sensación de que ya podía ir a buscar al párroco. Recuperó el espíritu de lo que venía a buscar, la traducción del Coniuratio.

Llamó a la puerta baja de la sacristía y, desde dentro, alguien respondió con un "pasen" que sonó a costumbre. Empujó. El cuarto era un rectángulo funcional, con dos armarios altos de pino donde dormían las vestiduras, un lavamanos de piedra, la mesa de la sacristía y, sobre ella, ordenados una naveta y un incensario con la cadena recogida, una campanilla, el portaviático vacío, dos botes de vino y agua, y un estuche de cuero.

Anselmo estaba de pie, repasando una lista con la yema del dedo. A su lado, el sacristán, Tomás: delgado, serio, manos de jardinero, mirada que medía sin molestar.

—Buenas tardes —saludó Anselmo—. Pase, Tristán. Éste es Tomás, nuestro sacristán.

Tristán se quedó un segundo en el quicio, como quien no se atreve a invadir un lugar ajeno.

Las puertas de los armarios estaban entreabiertas. De una barra colgaban, por colores de tiempo litúrgico, las vestiduras: el amito que protege el cuello; las albas largas, blancas, de lino; los cíngulos que hacían de cinturón; estolas dobladas con una cruz bordada en el cuello; casullas, la prenda mayor de la misa, con cruz ancha o con espigas finas. Tomás iba y venía con oficio, sin hacer ruido.

—Tiene usted una ermita… una maravilla escondida —dijo Tristán —. Oculta de las rutas turísticas. Una lástima.

—Es pequeña, pero para mí es única —dijo—. Y guarda cosas que no gritan. El fresco del fondo, ya lo habrá visto; no es de museo, pero sostiene al que reza. La mesa de altar es de una pieza de granito que subieron entre ocho hombres. Y los exvotos… Aquí la gente deja promesas cumplidas; ése es el único tesoro que cuenta.

Tristán dudó si preguntar ya. Miró hacia la nave, buscando con la oreja el rumor remoto de la campana.

—Hay algo en una hornacina —dijo—. Una copa en una urna de cristal. No me he acercado, pero me ha llamado la atención.

Anselmo cruzó la sala, abrió un cajón y guardó la lista. Tomó aire.

—La copa —dijo—. La llaman "La Copa de Licurgo". Y sí, ya sé lo que parece: demasiado nombre para un pueblo chico. La copa famosa está en el British Museum, una pieza que despierta enorme interés desde hace décadas. La Copa de Licurgo es un vaso de vidrio romano que data del siglo IV d.C. y en el que, según los historiadores, se representa la victoria de Constantino I sobre Licinio. En ella aparece tallada la muerte del rey Licurgo, gran enemigo de Dionisio, el dios griego del vino. En esta versión del mito, el rey trató de acabar con una de sus ménades, la ninfa Ambrosía. Ella se transformó en una vid y se fue enrollando alrededor de Licurgo hasta que lo mató.

—Anselmo se sabía la historia de memoria y la recitaba con la grandilocuencia que merecía tal curioso objeto— La razón por la cual esta copa es tan especial es el sorprendente cambio de color que experimenta bajo la luz: al verla exteriormente, parece ser gris verdosa, pero si se ilumina desde dentro, el vidrio se convierte en un fuerte color rojo.

—¿Qué el cristal cambia de color? Pero si es del siglo IV, ¿No?

—La nanotecnología tiene la explicación de este fenómeno. —respondió Anselmo esperando la pregunta— No es magia: es ciencia antigua. En 1990 descubrieron que el vidrio lleva dentro partículas minúsculas de oro y plata, mil veces más pequeñas que un grano de sal, tan pequeñas que hacen de filtro; reflejan y dejan pasar la luz de modo distinto y el color cambia. Un fenómeno llamado resonancia de plasmón de superficie**.** Esta copa es un descubrimiento asombroso, pero también genera escepticismo entre los científicos, pues fabricar unas partículas tan pequeñas hace 1.600 años requeriría una tecnología inexistente en ese momento. O una destreza inusual.

Tomás asentía despacio, orgulloso, como quien ha escuchado esa historia muchas veces en silencio.

—La nuestra es parienta, una copia devota o eso dicen. Sin embargo, algún entendido ha venido a estudiarla e insinuó que podría ser del mismo creador. Quizás de la misma época y del mismo taller, y que en realidad en el mundo quizá existan dos con esa técnica. Que sean iguales. No me meto. Yo la custodio y bastante tengo con eso. Ya me dio un disgusto en el noventa y siete cuando desapareció. No pregunté cómo pero, un día, Raúl Saldaña vino con ella en las manos. Varios años después. Dijo que había aparecido en su consulta, anónimamente, envuelta en un paño. Me la trajo. "Padre, donde estaba, no debe estar", me dijo. Y la volvimos a poner en su sitio. Entró con ella en las manos.

Tomás, que había estado guardando una estola en su funda, levantó apenas la vista.

—Fue un día extraño —dijo—. Como si la ermita hubiese recuperado la respiración.

Hubo un silencio pequeño. Tristán se acordó de a qué venía.

—Ayer me dijo que quizá tendría el diccionario —recordó—. El Lewis and Short.

—Vamos a mirar —respondió Anselmo, como si retomara una tarea pendiente—. En las estanterías de fuera no está. Queda el baúl.

Se agachó junto a un arca de madera oscura, con herrajes de fragua y clavos en flor. La tapa, combada por los años, tenía un dibujo a cuchillo en la esquina: dos espigas y un sol de doce puntas. Tomás trajo una llave larga. Dentro, el mundo de las cosas que viven en sacristías: manteles de altar envueltos en papel de estraza, un portapaz con el dorado apagado, carteles de procesión enrollados, una caja con puntillas y alfileres, una campanilla sin badajo, un devocionario de tapas negras roído en el lomo, un par de libros de fábrica, un catecismo roto, un rosario de semillas. También cuerdas, cera, un tarro con púas de incienso. No había diccionario.

—Aquí no está —dijo Anselmo, cerrando con cuidado—. Debe andar perdido en el archivo viejo o en ninguna parte. Podría guiarle si me dicta o enseña el texto. A veces basta con declinar y colocar los verbos.

Tomás se acercó un paso, atento.

Tristán metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó el primer trozo. Papel doblado en cuatro. Lo dejó sobre la mesa. Anselmo, al leerlo, torció la boca, lo miró como se mira una espina, palideció un hilo y se sostuvo en el canto de la mesa.

—No debería —dijo—. Ese papel huele a palabras que no conviene pronunciar, son palabras malditas.

—Sólo necesito entender —respondió Tristán, despacio—. Ayúdeme. Es sólo una primera parte. Necesito entenderla para decidir qué hago con lo demás.

Anselmo cerró los ojos un segundo. Los volvió a abrir con una mueca de obediencia a un deber más grande que el miedo. Tomó el papel, lo leyó sin voz, una vez. Luego, muy bajo, tradujo, con la garganta seca:

—Coniuratio… El Conjuro

"Ni vivo,

ni muerto,

ni libre del tiempo,

te llamo desde la grieta que no se cierra."

La mandíbula se le endureció. Lo dejó con cuidado. Dejó el papel como si quemara. Se enjugó las manos en el borde de la sotana.

—Basta —dijo—. No es latín de misa. Ni de escuela. No es latín que haya que repetir. Y no quiero oír el resto. No me pida más. No le puedo ayudar

Se hizo un hueco de frío en la sacristía. Tomás movió el peso de un pie a otro.

—No le pido más —concedió Tristán—. Ya me ha dado lo que buscaba para seguir.

El título del texto le abofeteó: *Conjuro*. Su interés por traducir el resto se empezaba a convertir en obsesión, pero decidió respetar al cura tal y como reaccionó.

—Tengo que vestirme para la misa de las siete —zanjó Anselmo, un poco más alto de lo necesario, con una mueca que era nervio más que prisa —. Y usted debería irse. Váyase por favor o quédese a misa, pero no moleste más. Tomás acompáñale.

Anselmo miró de reojo la puerta que llevaba a la nave. Tomás lo acompañó hasta el umbral. Bajó la voz.

—Algo de latín sé —dijo—. Si hace falta, puedo ayudarle con lo que quede. Pero no aquí. Ni ahora. Busquemos un sitio más tranquilo, más… discreto.

—El Garrison —propuso Tristán—. Esta noche, alguna mesa, en un rincón. Habrá gente, pero nadie escucha cuando hay vasos.

—Era una buena oportunidad de volver a ver a Maeve, se estaba empezando a convertir en una adicción pasar por allí todos los días antes de terminar cada jornada.

—Allí estaré —asintió Tomás.

Tristán decidió irse, ante esa comprometida situación pensó que lo mejor era no importunarlo en la ceremonia litúrgica. Guardó el recorte en el bolsillo. Mientras cruzaba la nave, la luz del óculo ya se inclinaba. Pensó en la copa tras el cristal, en la palabra con la que empezaba todo. Afuera, el aire de tarde se empezaba a convertir en la llegada de la noche. Tocaba bajar al pueblo, pasar por el Garrison y, si Maeve quería, ordenar el día en voz alta. Aún quedaba conversación.

En el Garrison sonaba Fito, *La casa por el tejado*. Tristán sorprendido levantó una ceja.

—¿Y esta música?

—Ya te dije que el próximo día igual había algo de español. Al verte por la ventana, antes de que entrases, pensé que el próximo día era ahora —dijo Maeve, sonriendo mientras limpiaba el sitio de la barra para Tristán— Pero no me pidas ñoñadas, de eso no hay aquí, rock´n roll sí. Hoy Fito, mañana ya veremos.

La canción siguió avanzando y, en un momento, una frase se le clavó en la cabeza, esa parte en la que el tipo admite que por fin empieza a entender algo de su propia vida. Últimamente todas las letras iban dirigidas a él, pensó mientras los versos le daban vueltas por dentro. Enseguida decidió que eran tonterías suyas, producto de su imaginación. Sonrió. Pensó en la ilusión de frecuencia: cuando una pareja espera un bebé y, de pronto, ves carritos y barrigas por todas partes. No era destino, se dijo. Era que ahora estaba mirando. Aun así, el estribillo parecía apuntarle.

—Hoy no hay Jameson —añadió ella—. Te voy a malcriar.

Sacó una jarra de cerámica verde y blanca con tapón de corcho y sirvió un Tullamore suave, que dejó respirar en el vaso bajo.

—Pero ni se te ocurra acostumbrarte.

—Mejor no me acostumbro —dijo él—, pero me viene bien que me cuides un poco.

Maeve arqueó la boca, como si aceptara la mitad del trato.

—Entonces cuéntame. Mejor si me lo explicas.

Se estaba volviendo costumbre. Tristán le fue dando el día por orden: la papelería, el rincón de mesa con lámpara, los intentos con gramáticas que no abrían nada, el paseo hasta la ermita, la luz del óculo, la copa de la hornacina, Anselmo, el baúl sin diccionario, la traducción a regañadientes del primer fragmento. Maeve escuchó con esa calma suya que no pide detalles para no interrumpir.

—Sigue tus instintos —dijo al final—. Mañana tienes la biblioteca si das con Modesto. Pregúntale sin rodeos. Si tienes suerte te abrirá las puertas.

Tristán pegó otro sorbo. Se fijó en su propio reflejo en el cristal de la barra y por él vio a Tomás entrar. La puerta se abrió y entró gorra en la mano.

—Buenas —dijo, quedándose un segundo en el umbral.

—Sentaos ahí —indicó Maeve, señalando la mesa más íntima, junto al ventanuco—. ¿Qué te pongo?

—Lo de siempre —respondió él—. Un chato.

Se sentaron los dos, espalda a pared. Maeve dejó los vasos sin ruido y siguió con lo suyo sin perderlos de la vista.

—Gracias por venir —dijo Tristán.

Tristán bebió un trago mínimo del Tullamore. Se fijó en Tomás: cuarenta y pocos, flaco resistente, una perilla que le ordenaba la cara, ojeras honestas; manos de jardinero cuidadas, uñas limpias, el gesto de quien escucha antes de hablar. Observó que caminaba con la cabeza apenas adelantada, y poseía una voz baja que deja pausas.

—Se hace lo que se puede —contestó Tomás, y bajó la voz—. Enseña lo que traigas.

Tristán sacó dos papeles del bolsillo interior de la chaqueta. La mano se le fue primero al segundo fragmento. Tomás los miró como

quien se asoma a un pozo.

—Despacio —murmuró—. Léemelo tú y lo vamos montando.

Tristán marcó con el dedo.

—Empieza: "Quod occultum surgat, / Quod silens respondeat, / Et in mea voce viam invenit / Quod numquam debuit legi."

Tomás arrugó la frente, separando las piezas.

—Quod occultum… lo oculto. "Que lo oculto se levante."

Quod silens… lo que calla. "Que lo que calla responda."

Et in mea voce viam invenit… "Y en mi voz encuentre camino" —dudó—. "Encuentra" o "halle", sí.

Quod numquam debuit legi… "Lo que nunca debió leerse."

Lo repitió en voz baja, como probando un zapato que aprieta.

—Esto no tiene sentido —admitió—, está hecho para rezarse de memoria. Late. Y no me gusta cómo late. Esto no tiene sentido.

Se detuvo ahí. Buscó el resto con los ojos y no lo tenía. Frases inconexas. Apoyó los codos, miró el borde del vaso.

—Me falta texto —dijo—. Quiero decir, igual fui muy atrevido al pensar que podría ayudarte. Puedo decirte qué dice cada ladrillo, pero no cómo sostiene la pared. Sin ver todo, no te hago un puente seguro.

Tristán asintió sin enfadarse. No era lo que necesitaba oír pero podía esperarlo, Tomás no le servía. Y no pensaba dejarle leer el Coniuratio entero.

—Has hecho más de lo que debías —dijo—. Gracias.

—Yo te ayudaría —replicó Tomás, con esa lealtad calma suya—, pero esto es más viejo que mi latín de sacristía. Y no me gusta por dónde tira.

—Entonces queda lo de mañana —intervino Maeve, que había aparecido con una jarrita de agua—. Modesto y la biblioteca. Puede que dentro haya un ordenador de los viejos. Algún archivo de libros debe haber. Igual te sirve para buscar.

—Eso he oído —confirmó Tomás—. Que quizá quede internet por satélite, de cuando hacía de oficina. A veces los de la Diputación olvidan dar de baja algunas cosas.

Tomás se levantó, dejó el chato a medias.

—Mañana rezo yo para que aparezca —sonrió sin enseñar los dientes—. Y si necesitas otra oreja, la tengo.

—Te debo una —dijo Tristán.

—No me debes nada. Que esto acabe bien.

Tomás se puso la gorra, saludó a Maeve con un gesto y se fue como entró, sin exigir atención.

Se quedaron un rato en silencio. Fito ya no sonaba; quedaba una guitarra que parecía otro bar. Maeve recogió el vaso de Tomás y volvió al de Tristán, que seguía medio lleno.

—Me mimas bien —dijo él.

—Yo cuido el local —contestó ella, mirando el Tullamore—. Y tú te has traído trabajo de sobra. Mañana sigue con tu traducción. Luego,

si hace frío, vuelves y me cuentas qué has encontrado. Debo saber el final de esta historia por entregas. Si lo pienso, en realidad te cuido por egoísmo, ya sabes: la curiosidad mató el gato.

—Gracias por el sitio —dijo Tristán, sincero.

—Mañana habrá sitio también —repitió de nuevo Maeve.

Él dejó unos billetes, se levantó despacio.

En la puerta, le hizo una seña con la mano.

Ella contestó con la barbilla, gesto breve.

En la calle flotaba un frío seco, ambiente de leña y humo reciente. Tristán guardó los fragmentos, pensó en Modesto, en la copa, en la palabra que abría el libro como un cuchillo. Luego echó a andar hacia el hostal, mientras el título del texto le martilleaba en el cerebro. Conjuro, el conjuro, al menos el primer fragmento estaba bien traducido y comenzaba a darle escalofríos.

Capítulo 8
Un Negocio y un Pacto

Despertó con esa cabeza de lana que ya conocía: había dormido, sí, pero a trompicones, como quien cruza un río saltando piedras y siempre mete un pie en el agua. Se fue directo al baño. Abrió la ducha y dejó que el agua le planchara la nuca. Hoy tocaba afeitarse: espuma fría, cuchilla lenta, trazos cortos. Cuando terminó, la cara volvió a ser suya; se veía menos cansado, más dispuesto.

—¡El desayuno te está esperando, no te entretengas! —gritó Lala desde abajo, con esa voz que atraviesa puertas sin pedir permiso.

Se vistió rápido: vaquero oscuro, botas de suela blanda, chaqueta de entretiempo y la camiseta negra de Loquillo que le gusta con el sello gastado en blanco: un círculo con las palabras 'Sons of Rock 'n' Roll' arriba y 'Loquillo' abajo, y en el centro un emblema mecánico, bielas cruzadas y el pájaro loco, símbolo del cantante, ese perfil chulesco con un puro en la boca y el pico afilado. El dibujo estaba algo desvaído, de muchas lavadas; justo como le gustaba. No pudo evitar pensar en la frase que popularizo el Loko con su álbum en directo en 1989: *"¡A por ellos, que son pocos y cobardes!"* El lema le reconfortó.

Cogió la bandolera de lona y, antes de salir de la habitación, revisó su arsenal: los cinco fragmentos del Coniuratio repartidos en los bolsillos de la chaqueta, el cuaderno de tapas negras, sobres pequeños, la gramática de Aurora, bolígrafo y lápiz; y el Coniuratio original, envuelto con cuidado, "por si acaso" alguna pista sólo se dejaba ver en el cuerpo del manuscrito.

Bajó a la cocina y encontró a Lala con la cafetera al mínimo, el pan en rebanadas gruesas y un plato de fruta cortada con esa precisión suya que parecía cariño.

—¿Otra noche regular? —preguntó, sin juicio.

—Regular tirando a mal —admitió Tristán—. No es cansancio. Es… como si me faltara sitio para dormir.

Lala dejó el cuchillo, lo miró con esa mezcla de madre y maestra que le salía a veces.

—Ni se te ocurra irte a los fármacos —dijo—. Ya sé que tu médico es bueno, pero no empecemos con química si no hace falta. Ayer estuve donde Eloy a por unas cremas y hablamos de ti. Te ha preparado un remedio de hierbas. Mano de santo para descansar.

—No sé qué me da más miedo, si Don Eloy o los remedios caseros —sonrió Tristán, cansado de verdad—. Pero las pastillas me gustan menos.

—Pues no te preocupes de nada —replicó Lala—. Eloy viene de casta. Su padre y su abuelo ya eran boticarios y sabían de remedios de monte mejor que nadie. Y el tatarabuelo fue médico de cámara del obispo de Astorga, allá por finales del diecinueve. Lo llamaban para partos difíciles, para fiebres raras y para dolores que no sabían su nombre. A él le debían media diócesis dos inviernos sin entierros.

—Suena a currículo impecable —dijo Tristán, no del todo convencido.

—Y eso que no te he contado lo del pariente lejano que acabó en la hoguera por brujo —añadió Lala, sin pestañear. Dejó el silencio un segundo, hasta que vio la ceja de Tristán subiendo—. Es broma, hombre. Una broma de mañana fría. Pero lo de las hierbas es verdad. Y te hará bien.

Comieron un rato en silencio. Lala le puso un chorrito de aceite sobre el pan, un poco de miel y una pizca de sal, como quien ajusta un reloj. Esa mañana la radio estaba apagada; la cocina sonaba a platos que se colocan donde les toca. Tristán sacó la cartera, dejó el dinero del día con un gesto de costumbre.

—Hoy tengo que ver a Modesto —dijo—. Quiero hablarle de la biblioteca.

—Ya está en la tienda —informó Lala—. Salió temprano a la cooperativa. Tenía que recoger sacos de pienso, semillas y unas cosas de ferretería que le faltaban para la semana. Ha abierto antes.

Tristán asintió. Se bebió el café lento, mirando el borde de la taza como si allí se leyera algo.

—¿De verdad crees que lo de Eloy me va a ayudar a dormir?

—Creo que te va a bajar la voz por dentro —dijo Lala—. Que es lo que necesitas para escuchar lo que tienes que escribir. Tómalo poco, empieza con media taza. No es para atontar, es para aflojar.

—¿Y qué lleva?

—Me lo dijo, pero ya no me acuerdo —mintió con una sonrisa leve —. Pero lo he olido y huele a toronjil, a tilo, a valeriana… y a algo más que sólo sabe el monte.

—Y que sólo sabe Eloy —remató Tristán.

—Para eso están las castas —bromeó Lala—, para que sirvan. Anda, come otro poco. Hoy te toca andar y preguntar.

Tristán obedeció. A veces era más fácil dejarse llevar por el orden de la cocina de Lala que por sus propias ideas. Pensó en el día: Modesto, biblioteca, quizá encontrar por fin una pista que abriera el latín como una puerta que se atranca. Lala recogió el plato y, sin mirarlo, dijo:

—Y si te preguntas si Eloy es de fiar, te digo que sí. A su manera, pero sí. Su familia tiene memoria larga. Aunque a veces ponga esa cara de no me cuentes cuentos, luego hace lo que tiene que hacer.

—No sé si me tranquilizas o me preocupas —respondió Tristán.

—Te hago sitio —dijo ella—. Lo demás ya lo haces tú.

Se levantó, le puso la mano en el hombro un segundo, y se fue a por un tarro a la alacena.

—Ah, y otra cosa —volvió, como quien se acuerda de un detalle —: cuando veas a Modesto, no te cortes en pedir. Si vas con buenas palabras, te abre hasta la despensa del ayuntamiento. Le gustan los planes y los papeles. Y si ve que lo tuyo trae gente y deja dinero en el pueblo, te saca la alfombra.

—Tomaré nota —dijo Tristán, y se echó la chaqueta al hombro.

—Tómate el día con calma —cerró Lala—. Deja que las cosas se coloquen. Y acuérdate de pasar por Eloy al mediodía a por el frasco. Lo tiene listo con tu nombre.

—¿Con mi nombre?

—Le gusta etiquetar —sonrió—. Familia de boticarios. Les tranquiliza ponerle nombre a lo que cura.

Tristán agradeció con la barbilla, como había aprendido a hacer allí, y se fue hacia la puerta. Abrió, dejó entrar el aire frío y se echó

a la calle con la sensación de que ese día, por fin, podía abrir una puerta de verdad. Ultramarinos Modesto, pensó.

La campanilla sonó y Modesto asomó desde detrás del mostrador, con el lápiz detrás de la oreja y ese gesto de quien ya ha colocado media tienda antes de que el pueblo abra los ojos.

—Pasa hombre. —Se secó las manos en el mandil—. Lala estuvo temprano por aquí, ya te habrá dicho. Sabía que hoy vendría pronto y haría los pedidos para la cooperativa del pueblo de al lado. Sal fue lo que vino a buscar… y un par de cosas más, como siempre.

La tienda tenía el aire de bazar, de todo un poco, que Tristán recordaba: estanterías de madera con lo necesario bien apretado, sacos apilados en el suelo contra la pared, latas y paquetes con el polvo justo de los sitios que se usan. Al fondo, la puerta que llevaba al pequeño almacén; sobre el mostrador, la libreta de fiados y una caja de metal con cierres que habían visto muchas manos.

—¿Cómo llevas lo tuyo? —preguntó Modesto, apoyándose en el canto del mostrador—. Lo de escribir, digo. ¿Avanza?

—A trompicones —admitió Tristán—. Pero avanza. Ayer estuve en la ermita. Un tesoro de Santa Nevana.

—Y lo que te queda por descubrir —sonrió Modesto, sin alardes—. Este sitio tiene más capas de las que parece. A veces pienso que es una pena no estar en los circuitos esos del turismo rural. Vienen cuatro, preguntan por el camino corto y se vuelven sin mirar.

—Bueno, quizás no os promocionáis bien. Yo llegué casi por casualidad, cogí un bus y me trajo aquí. Ya sé que esto es mucho más y deberíais divulgar bien lo que hay. —dejó Tristán. Aprovechó lo que le dijo Lala, lo dejó caer para ver si la semilla germinaba.

—Pues no lo había pensado, pero ya que lo dices. —Modesto se pasó el lápiz a la otra oreja, como si la idea se le escapara y él la agarrase al vuelo—. Mira, se me ocurre ahora: —alzó las cejas—¿y si lo que escribes, si basas tu historia en Santa Nevana? Habla del pueblo, de sus tesoros, de su gente, de su paz y de sus posibilidades como destino para pasar unos días. Nombres cambiados si hace falta, pero que quien lo lea pueda venir y reconocer. Si ese libro funciona, igual nos meten en los mapas, se interesa gente, y hasta

puede que caiga alguien con algún dinerillo que apueste por esto, que arregle dos casas y abra tres puertas.

Tristán lo escuchó con la sensación de estar oyendo su propio pensamiento dicho por otro.

—Ahora que lo hablamos no me basta con decirte "qué buena idea" —siguió Modesto—. Te propongo ayudarte en el libro si te comprometes en ambientar tu historia aquí. Yo pongo el dinero de la primera edición. Tengo contactos también en editoriales y movería el libro por Astorga y León. Conozco amigos de grandes librerías que nos apoyarían si les gusta. También puedo empujar en plataformas; ahora se vende mucho así. Ocurre demasiado a menudo que buenas obras se quedan en nada por no tener "padrinos". Tú te dejas la piel en escribirlo, y que el pueblo sea el hilo. ¿Qué me dices? Podemos ser socios, ya hablaremos como repartir, lo principal es que guste y lo compren.

A Tristán le vino de inmediato el recuerdo de los libros que tenía cogiendo polvo, guardados en cajas esperando a nadie. Si la idea funcionaba hasta podría retomar la comercialización. Si se hace un nombre, aunque sea pequeño quizás podría empezar a vender los que tiene cautivos en la ciudad.

Tristán notó cómo se le abría el aire en el pecho.

—Acepto —dijo—. Si alguien cree conmigo no puedo rechazarlo.

Apretón de manos: breve, firme.

—Bien. Pues socios. —Modesto miró alrededor, como si de pronto la tienda necesitara ponerse guapa—. ¿Qué necesitas para empezar?

—La biblioteca —pidió Tristán—. Necesito entrar hoy, perderme un rato, tomar notas. Necesito coger ideas para mi investigación —Tristán pensó que le venía al pelo esa excusa para el objetivo de la traducción, así que le mintió—. ¿Me puedes acompañar y quedarte un rato? Aunque no sé lo que tardaré y tendrás que esperar para cerrar.

—Eso está hecho. Pero no puedo dejar la tienda, hoy tengo mucha faena y debo preparar pedidos sin falta. Somos socios Tristán, te dejo las llaves y así, si necesitas volver, no tienes que depender de mi —Modesto abrió un cajón y sacó un llavero con dos llaves antiguas y otra moderna—. La grande, puerta principal. La

otra antigua, archivo de atrás. La moderna, del cuarto de "cacharros". Llévatelas.

—La vieja biblioteca te va a sorprender por varios motivos, ya los descubrirás, pero principalmente por tener una buena colección de libros. Antes era un punto de referencia en la comarca y venían de las poblaciones cercanas con regularidad.

Tristán pesó las llaves en la mano como quien mide una promesa.

—Te debo una grande —dijo.

—Me debes un buen libro —repuso Modesto, con una comisura—. Y si ves algo roto allí, me lo dices. Las ventanas andan regular desde el último invierno.

—Modesto, por otro lado, necesito un despertador, me levanto temprano para ayudar a Eusebio. Uno barato.

—¿A Eusebio? ¿No irás a distraerte de nuestro acuerdo?

—No te preocupes, siempre he escrito mejor de noche.

Le dio uno de esos de plástico, de bazar barato y dos pilas.

—Aquí tienes, hará su función. ¿Necesitas algo más?

—Si—. Cogió una bebida energética —"para ideas que muerden", dijo Modesto, envolviéndola en papel de estraza— y salió con el llavero en el bolsillo interior. En la acera, el metal le marcó el paso. Tocaba descubrir la biblioteca.

En el llavero venía enganchada una chapita oval con una dirección grabada a punzón: Calle del Carbón, 3. Le sonó haberla oído alguna vez en El Avío, entre café y orujos. No tenía pérdida: bajar la plaza grande donde estaba el bar, girar la siguiente calle a la izquierda camino de la vieja estación, y dejarse llevar por dos carteles metálicos que, de pronto, empezaban a aparecer como señales turísticas: ESTACIÓN y BIBLIOTECA cada una con una flecha. En Santa Nevana todo quedaba a la distancia de una piedra bien tirada; el pueblo era una caja de cerillas.

La encontró al fondo de la calle, con el andén viejo insinuándose a la derecha, como si los trenes aún respiraran en silencio. La biblioteca parecía caída de otra historia. Tristán pensó cómo demonios se había construido algo así aquí; estaba fuera de lugar y, sin embargo, clavada como un diente fino en la encía del pueblo. Como la puerta de la ermita sospechó que era otra donación de

alguien con cartera larga, imaginó. Como le dijo Modesto Santa Nevana no dejaría de sorprenderlo. El pueblo tenía talento para esas rarezas.

Era un edificio de dos plantas, sí, pero pequeño; pretendía ser victoriano y, por la escala, sólo podía permitirse el victoriano que le cabía: fachada de ladrillo visto en tono achampanado, con las juntas peinadas; esquinas rematadas con sillares más claros; un zócalo de piedra que separaba la casa de la tierra. La puerta centrada —de madera oscura, con cuarterones— llevaba encima un frontón mínimo y un ventanuco de arco deprimido. A ambos lados, ventanas altas y estrechas con postigos interiores: ofrecían la verticalidad orgullosa de los edificios londinenses, pero apretada, como si alguien hubiese comprimido una calle entera en un volumen prudente.

Una cornisa denticulada coronaba el alzado con la timidez de quien ha leído tratados de decoración y sólo se atreve con el primer ejercicio. Por encima, un tejado a dos aguas de pizarra. En el centro de la fachada, empotrado en una piedra clara, un escudo oval con la inscripción gastada: "Biblioteca Popular de Santa Nevana — 1901". Debajo, una cartela añadida décadas después: "Reabierta por suscripción vecinal — 1969".

Los marcos de las ventanas tenían molduras pintadas en un verde botella que había conocido días más brillantes. A la izquierda, una placa esmaltada listaba normas con tipografía antigua: "Silencio / Respete los libros / Devuelva a tiempo". A la derecha, una vitrina de anuncios con el cristal algo empañado dejaba ver carteles viejos de club de lectura, una exposición sobre minería de la comarca y un ciclo de "Clásicos al atardecer" cuya última fecha se había quedado detenida tres inviernos atrás.

Victorianismo en miniatura. Todo en formato de bolsillo para que el pueblo pudiera permitirse un edificio con postura sin volverse extranjero. Tristán sonrió. Modesto había dicho que la vieja biblioteca lo asombraría por varios motivos; ya tenía el primero: parecía una casa inglesa que se había encogido para entrar en Santa Nevana.

Subió los tres peldaños de la entrada con la piedra gastada en surco de muchas suelas. La llave grande giró con ese quejido que

sólo recuerda su edad. Empujó. El olor lo recibió primero: papel encerrado, cera y un hilo de humedad sana, como de casa que respira con las ventanas entornadas.

Lo que le abrazó era impresionante. Era como la biblioteca de una escuela privada de otro siglo. La decoración continuaba siendo de estilo Victoriano. La sala de lectura ocupaba casi toda la planta baja. Madera por todas partes de un cuidado exquisito, con ese tono marrón oscuro de barniz color caoba en todo su conjunto. Era una habitación entera de madera donde podía salir de cualquier rincón un duendecillo mágico o el mismo Harry Potter. Zócalos altos, columnas labradas que se remataban en capiteles humildes, estanterías con pilastras y frisos donde los lomos daban una gama completa de ocres y verdes apagados. Sobre ellas corría una galería en "U", sostenida por ménsulas, con barandilla de latón trabajada, un dibujo vegetal que hacía ondas de luz cuando entraba el día. En la esquina del fondo, la escalera de madera subía hacia la planta alta haciendo una curva elegante: peldaños cortos, huella gastada en el centro, pasamanos pulido por muchas manos, la parte inferior tallada con florones y cubierto de dorado y, alrededor, el olor más cálido de la madera vieja. La escalera giraba en caracol cuadrado y, al subir, parecía invitar a bajar la voz un grado más.

Todo estaba cuidado y polvoriento a la vez, el polvo justo para recordar el tiempo, las telarañas en las esquinas altas como firmas de los rincones que nadie alcanza. A la izquierda, una recepción vieja, un mostrador de roble con frente de casetones que parecía esperar a la bibliotecaria de otro siglo. Detrás, una puerta con rótulo esmaltado: "Despacho / Archivo". A la derecha, dos habitaciones con placas de latón ("Hemeroteca" e "Infantil").

El clima dentro era raro, frío perfecto, no de abrigo sino de bodega, un frío que conservaba. Tristán pensó que la biblioteca se regulaba sola, como una cámara de alimentos que mantiene fresca la fruta lo justo para la mejor conservación, sin helarlos; aquí, en vez de fruta, palabras.

Eligió una mesa larga de roble con lamparillas de pantalla verde y base de latón. Dejó sus cosas con orden: la bandolera, el Coniuratio envuelto, los cinco fragmentos extendidos como piezas de un mapa,

la gramática de Aurora, el cuaderno de tapas negras, sobres pequeños, bolígrafo, lápiz, goma, y la bebida energética que Modesto le había vendido como si fuese dinamita en lata. Por si necesitaba un empujón para abrir la mente. Se arremangó un poco. El silencio hizo sitio.

Antes de abrir nada, quiso orientarse. En el centro de la sala, sobre un pedestal o mostrador circular —el puesto de mando de la bibliotecaria, con atril para firma y campanilla—, abrió un cajón. Dentro, mucha tarjeta descolorida, otras torcidas, y, entre huecos, señales de que faltaban fichas. Algunas estaban mojadas en una esquina, otras rasgadas por el uso. Útil… pero insuficiente. Con el fichero cojo, pocos libros podría encontrar.

Se levantó a deambular. Pasillos estrechos, madera que crujía en el sitio exacto, etiquetas clavadas con chinchetas antiguas. En "Religión" vivían misales con canto rojo y vidas de santos; en "Lenguas", manuales desparejados, diccionarios escolares, gramáticas de bachillerato. Nada con el peso que buscaba. Por supuesto había un apartado con varias Enciclopedias Generales y temáticas, antes se estudiaba así, una Enciclopedia en casa era un tesoro y el vecino que tenía una era el niño más visitado del bloque.

Volvió al mostrador y abrió el otro cajón. Recibos, sellos de caucho ("Prestado / Devuelva a tiempo"), una almohadilla de tampón azul de tinta ya seca, un llavero con chapas, dos lápices Pelikan afilados a navaja. Nada más. Probó la puerta del "Despacho / Archivo". Abierta.

Dentro, un cuarto con dos archivos metálicos color gris, una mesa pequeña con máquina de escribir cubierta por una funda, estanterías con cajas de cartón rotuladas a mano ("Correspondencia", "Adquisiciones", "Actas del Club").

Por fin un rayo de luz. En la esquina, sobre un mueble con ruedas, estaba él: un ordenador antiguo, torre beige con rejillas, un monitor IBM de 14 pulgadas con culo grande, teclado color marfil con las teclas amarillentas y un ratón de bola. La torre tenía una pegatina que decía "Pentium" y otra con el año de compra. Tristán sonrió, cómo había corrido el tiempo; ahora todo eso cabía en una

pantallita de móvil que, además, en Santa Nevana no servía de mucho. Ni lo echaba de menos, pensó.

Probó. Interruptor atrás: brrrr. La torre arrancó con el ruido del ventilador como una moto anémica. El monitor se hinchó de estática, el vello de los brazos tuvo una pequeña reacción, como dándole la bienvenida. Un chasquido leve, y apareció el logo de Windows 98 flotando en un cielo azul que parecía más grande que el ordenador. Estaba volviendo a la prehistoria. Tardó. Tardó otro poco. Un momento eterno. Cuando el escritorio por fin se dibujó, abrió un navegador web que parecía un mueble más, pesado y lento. Tenía la esperanza de que hubiese internet, aunque se temía que, aunque lo hubiese, el ordenador no pudiese con él. Cargó una dirección cualquiera. Si podía traducir el latín con traductor automático se ahorraría mucho trabajo. Nada. Otra. Nada. El punto de la barra de estado daba vueltas con una paciencia desesperante.

—Vamos, campeón —murmuró.

Cerró el navegador y buscó otra vía. En el menú encontró una carpeta con nombre de "Biblioteca – Catálogo" y, dentro, un icono de programa antiguo. Lo abrió. Una pantalla gris, letras monoespaciadas, casillas: Autor / Título / Materia / Signatura. No era internet, pero era justo lo que necesitaba: el catálogo local, una base de datos vieja donde buscar por materias y sacar signaturas topográficas de las estanterías. En "Sistema" leyó una sigla que le sonó a reliquia: Catálogo local (CDU). Suficiente.

Se frotó las manos, tomó aire como quien entra en agua fría, y escribió en Materia: *Latín*. Resultado: veintisiete registros. Desplazó con las teclas. "Lewis & Short — *A Latin Dictionary* — SIG: LNG 473.21 L&S / Depósito". Sonrió de lado. Al menos existía en algún lugar del edificio. Siguió bajando: manuales, gramáticas, "Vocabulario eclesiástico", "Winckelmann – Historia del Arte" (¡en latín parcial!), "Diccionario latino–español (Calonge)". Estaba todo y estaba escondido.

Tomó el cuaderno, anotó signaturas, círculos, flechas. Bebió un sorbo del energético. El zumbido del ventilador marcaba un ritmo tonto y reconfortante. Apagó la pantalla para ahorrar suerte y

regresó a la sala con su lista. Tenía un mapa. Ahora había que navegar por él.

Se echó a andar con la lista en la mano y la certeza de que en aquel lugar los libros se dejaban encontrar sólo si uno caminaba con cierta humildad.

Subió a la planta de arriba por la escalera de caracol. Todo estaba bastante organizado, cada mueble y estantería de libros era una fila, unas frente a otras, que las convertían en un pasillo. El resultado era un conjunto de pasillos, uno tras otro, que se dividían en temáticas. Clavadas en el canto, cada una tenía una placa metálica de coordenadas. Había que encontrar el que le servía, aunque decidió que podía deleitarse de la búsqueda en un lugar tan fascinante.

P2 / PAS-4 / FIL — *Filosofía.* Lomos sobrios y tapas de telas gastadas. Arriba un Epicteto bilingüe con una nota a lápiz: "para aprender a vivir cuando no se puede". Más abajo Marco Aurelio que se abría solo por la página donde alguien dejó: "lo que te toca, te toca". Un manual de estoicos. Y, entre medias, su favorito: Immanuel Kant —Crítica de la Razón Pura, esquinas redondeadas, y un subrayado: *"La mente humana se pierde en contradicciones cuando se aventura más allá de los límites de la experiencia.".*

Tristán sonrió y siguió; no era allí, pero estaba disfrutando.

P2 / PAS-5 / POE — *Poesía*. Libros finos, tercos, alineados como soldados que no quieren gritar. Una antología con dedicatoria en tinta morada: "Para quien sabe escuchar". Entre versos de Machado asomaba una entrada de tren ida y vuelta a Astorga, de 1987. Las cosas que algunos dejan entre libros.

P2 / PAS-6 / CIE — *Ciencia*. Atlas de estrellas con huellas de dedos de tiza, un librito sobre electricidad que aún hablaba de dinamos, un manual de química con fórmulas torcidas a lápiz.

P2 / PAS-7 / NAT — *Naturaleza*. Olía a herbarios viejos: lomos verdes, lomos marrones, un tomo con hojas prensadas donde alguien había guardado, a modo de marcapáginas, un helecho aplastado que ya era medio polvo con forma.

Las coordenadas que le faltaban no correspondían a una estantería. Al fondo, junto al letrero *DEPÓSITO*, otra placa de latón marcaba: DEP / LEX–LNG. Había una puerta. Allí.

La llave pequeña encajó a la primera. Dentro, un cuarto estrecho, techo algo más bajo, olor a cartón. Estanterías metálicas con cajas numeradas y, al fondo, la hilera prometida de diccionarios y repertorios. Lo vio muy claro, como si el nombre lo atrajera como la luz a los insectos: "A Latin Dictionary — Lewis & Short". Tapas duras verde mate, el lomo dorado ya desvaído. Lo levantó con las dos manos; pesaba como si hubiese un millón de palabras. Se llevó también un diccionario latino–español más práctico, de lomo granate, y una gramática universitaria con las cubiertas rozadas. Por puro capricho, añadió una Vulgata de canto rojo, por si los caminos del latín querían tirar a lo litúrgico.

De vuelta a la sala de lectura, la mesa le esperó igual que la dejó. Colocó el arsenal: el Lewis & Short abierto como en un atril, el latino–español al lado, la gramática en apoyo, la Vulgata en reserva. Recolocó los cinco fragmentos y abrió el paño del Coniuratio con mimo, como si enderezara fotografías de familia. Bebió un sorbo del energético y se agachó sobre la hoja del Coniuratio. El frío perfecto de la sala le afiló el pulso.

El primer trozo de papel ya se lo había traducido Anselmo a regañadientes. Empezó por el segundo fragmento, ese que con Tomás habían tanteado a medias. Pasó el dedo por cada palabra, buscando confirmación y matiz: occultum (lo oculto), surgat (que se levante / alce), silens (lo que calla), respondeat (que responda), in mea voce (en mi voz), viam invenit (encuentra camino), quod numquam debuit legi (lo que nunca debió leerse). La gramática le sostuvo los casos; el diccionario, los dobleces.

Anotó, ya sin titubeo:

—"Que lo oculto se alce, que lo que calla responda, y en mi voz encuentre camino lo que nunca debió ser leído."

Respiró con alivio. El sentido se cerraba como una pieza de puzle que encaja.

Siguió así un buen rato con el resto. Palabra aquí, palabra allá: una del Lewis, otra de la gramática, algún giro comprobado en la Vulgata; el latino–español se volvió clave para los pliegues medievales. De vez en cuando la traducción se encallaba, respiraba y volvía a mirar las frases o la hilera ordenada de papeles como quien

examina la grieta de una pared y sabe que aún falta piedra. La mañana avanzaba y el sol subía como un compás detrás de las ventanas, marcando el paso de las horas. El estómago empezó a avisar, pero lo ignoró, enfrascado ya en el resultado final.

Tristán pasó la mano por la madera, acomodó el lápiz y levantó la vista un segundo hacia la barandilla de latón: había concluido. Lo consiguió.

Ordenó y limpió las frases, las ordeno, ya lo tenía: el Coniuratio entero en castellano:

Conjuración

Ni vivo,
ni muerto,
ni libre del tiempo,
te llamo desde la grieta que no se cierra.
Que lo oculto se alce,
que lo que calla responda,
y en mi voz encuentre camino
de lo que nunca debió ser leído.
El velo se rompe…
y un espíritu antiguo despierta.
Cuando pronuncies estas palabras,
una niebla blanca
cruzará el umbral de la ventana,
buscando carne donde anidar,
un alma donde habitar.
La puerta se abrirá. El espejo se quebrará.
Quien lee, será leído.
Quien invoca, será poseído.
Porque con cada palabra,
el espíritu despertado hallará a su huésped,
su instrumento,
su pluma…

Lo leyó y lo releyó. Tenía muchas lecturas e interpretaciones, pero una le martilleaba la cabeza: no podía evitar pensar en el episodio del desmayo y sus similitudes con el Coniuratio. ¿Sería un conjuro realmente? No podía ser, eso eran supersticiones pero… el espejo, la

grieta, la sensación de una presencia… Todo está en el texto. Luego leyó el aviso del pie: ***"No lo leas en voz alta, ni siquiera en tu cabeza, es una grieta. Y lo que duerme en ella, aún escucha… aún espera."***

Se quedó mirando la advertencia como si la tinta pudiera recular. Respiró profundamente. Pasó la mano por el borde del Lewis & Short para devolverle el peso a la mesa y, todavía con el pulso acelerado, se levantó a estirar la espalda. Necesitaba meditar sobre ello, quizás hablarlo con Maeve, era su apoyo donde ordenar las ideas. ¿Y si es cierto y no se debe leer? No podía causarle lo mismo a otra persona y menos a Maeve. Pensó que el latín antiguo podría ser parte del conjuro, que una vez traducido no tenga poder alguno, sólo si es del original.

Antes de guardar nada, decidió asomar por el pasillo de "Religión", con un ojo atento a conjuros y textos marginales, lo había visto de refilón hace un rato. Buscó la placa que le correspondía: P2 / PAS-8 / REL. Le salió al paso un tomo de ensayo: *"Historia y curiosidades de la Inquisición: magia, conjuros y pócimas del demonio"*. Papel crema, portada sobria, índice prometedor. Lo de conjuros es lo que le interesaba a él.

Abrió el tratado por el índice y fue directo a Conjuros y fórmulas. El capítulo estaba escrito con el tono seco de quien teme y, a la vez, respeta lo que estudia. Decía que los conjuros habían sido tan populares en la Edad Media como la lluvia en los relatos de camino: se invocaban para el mal de ojo, para apaciguar fiebres, torcer una voluntad, llamar la suerte, cerrar o abrir vientres, enfriar la sangre o encenderla. Se advertía, sin embargo, que el peligro rara vez era el gesto del campesino que recitaba una copla al oído, se vestían de juglar y eran parte de la cultura popular.

El filo estaba en las palabras vestidas de rito. Los estudiosos del libro apuntaban un consenso antiguo: lo verdaderamente temido eran los conjuros en latín. No por el latín mismo, sino por lo que representaba: lengua de oficio y de templo, idioma que "convoca" cuando lo pronuncia quien sabe dónde pisa. Aprender latín fuera de la vía canónica —decía el autor— implicaba casi siempre una intención maligna, y cuanto más perfecta la sintaxis, más "abierta" la

puerta que el texto podía abrir. Advertía también que la acusación de brujería estaba en ese caso siempre al acecho. El fuego que prendía, el miedo a que una frase hilada con método tuviera peso en lo invisible y su maldición, con las consecuencias de tener que encender una hoguera para el que osara pisar en esos terrenos de la invocación,

Había un apartado breve que Tristán subrayó con el filo de la uña creando un surco profundo que remarcaba el título: *"Sobre la desactivación de las fórmulas"*. Según el tratado, entre clérigos y curanderos circulaba la creencia de que un conjuro pierde fuerza y poder al "cambiarlo de cauce" —traducirlo del latín al romance—, se deshilacha su "efecto de nombrar" y queda en estudio, no en acto. El autor cerraba el pasaje con una frase que parecía pensada para él y que también había marcado: *"En latín está la obra; en romance ésta se deshace."*

Tristán apoyó la espalda en la silla. Sintió cómo encajaba todo: el espejo, la grieta, la niebla y el latido oscuro del Coniuratio. Si había una forma de no dañar a nadie, era ésta. Se reafirmó en su decisión. Si alguna vez tenía que enseñar algo, solo enseñaría la hoja del cuaderno con su traducción, nunca el latín original. El original, doblado y en secreto.

Cerró el ensayo con cuidado y lo dejó donde lo había tomado. Guardó la Vulgata, acomodó de nuevo el Lewis & Short en el depósito, recolocó la gramática y el latino–español. Dejó la mesa limpia: fragmentos a sus sobres, Coniuratio envuelto, cuaderno en la bandolera, la lata vacía junto a la papelera. En el despacho, el monitor curvo dejó escapar un clac al apagarse y la torre bajó de revoluciones como un animal que se duerme.

Antes de salir, se quedó un segundo bajo la galería de arriba. El frío perfecto de la sala parecía decirle que los libros se conservan porque alguien no tiene prisa. Cerró la puerta con dos vueltas, notó el peso de las llaves en el bolsillo interior y bajó hacia la plaza grande con hambre de algo caliente. El Avío le quedaba a dos calles: plato del día, pan con corteza crujiente y un rato de silencio con gente. Luego —se dijo— leería despacio la traducción completa, ya

sin fantasmas en los bordes. Y, por primera vez en días, le pareció que el mundo había dejado de empujarlo y lo estaba esperando

A esa hora El Avío olía a cocina de la buena. Vicente levantó la barbilla desde la barra; detrás, el rumor de platos. Amparo asomó de la cocina con el delantal atado alto.

—Vicente sienta al forastero y démosle de comer —dijo—. Hoy sopa de trucha del Órbigo.

La "sopa" no era sopa, era mucho más. Un cuenco hondo de un tamaño casi como un perol, con dos truchas medianas, la carne tierna separándose de la espina; hogaza de pan del día anterior en trozos grandes nadaban en el caldo, cebolla y ajos rendidos, un pimentón que olía a casa. Amparo, por si acaso, añadía patatas: "por si era poco", dijo, y dejó el plato como quien posa un abrigo sobre los hombros. De postre, rosquillas bercianas de harina de castañas, horneadas de un modo suyo que hacía subir la masa más de la cuenta. Era tiempo de castañas, se notaba en todo.

Amparo se quedó un segundo, apoyando el canto de la mano en la mesa.

Amparo rondaba los cincuenta y pocos, cuerpo sólido de quien ha levantado perolas toda la vida. Manos anchas, nudillos marcados, uñas cortas; en el dorso, pequeñas quemaduras antiguas de aceite como constelaciones. Llevaba el pelo castaño oscuro recogido en un moño bajo, con algún hilo cano suelto; los ojos, color miel**,** miraban de frente y se enturbiaban un segundo cuando algo dolía. Delantal atado alto, paño al hombro. Risa baja**,** sin enseñar dientes. Hablaba poco y claro; afirmaba con la barbilla, negaba con una ceja. En la cocina se movía con intuición vieja, probaba con la punta de la cuchara, escuchaba el hervor, y cocinaba, sobre todo, con los productos de la tierra. Con Vicente tenía una complicidad de años. Cuando el Avío se llenaba, Amparo mandaba con un "vamos" breve y la máquina entera obedecía.

—¿Te gusta nuestra comida?

—Eres una cocinera excelente —dijo Tristán—. Platos de verdad. Con esto, vuestros hijos deben crecer fuertes.

A Amparo se le torció la mirada un milímetro, como si se hubiese roto un vaso.

—No tuvimos —dijo—. Dios no nos bendijo con hijos, ojalá. Se intentó, pero no pudo ser. Ese dolor nos perseguía, ya no.

En la barra, Vicente bajó la cabeza con pesar y siguió secando un vaso sin mirar.

Amparo cambió el aire con rapidez y con oficio.

—Y tú, ¿qué tal lo tuyo? ¿Has avanzado mucho? Viniste a escribir.

—Hasta ahora, poco —admitió—. Pero desde hoy sí. Ya sé dónde va a ser mi historia, estará ambientada en Santa Nevana. Eso me pone el suelo debajo. Estoy seguro que a partir de ahora las palabras van a caminar más rápido.

—Buena elección —dijo Amparo, sobria—. Aquí lo que no se cuenta, se guarda. Y debería contarse más.

La conversación murió donde debía. Tristán atacó la sopa sin prisas, dejando que el pan empapara lo justo y que la trucha soltase su sabor. Las rosquillas llegaron tibias, con ese dulzor bajo de la castaña que no pide nada más.

Vicente se acercó con un café solo y un vaso pequeño de licor de hierbas.

—Invitación de la casa —explicó—. Orujo de las variedades de aquí, macerado con lo que crece en esta tierra.

—Gracias —dijo Tristán—. Ya no hace falta que te lo pida, sabes cómo tomo el café.

—Para eso estamos —asintió Vicente.

Aprovecho el momento del café para repasar un poco. Tristán abrió la libreta. Releyó su traducción entera, como si fuera de otro. Probó a ordenar pensamientos y darle sentido colocando ideas con las puntas de los dedos:

“Ni vivo ni muerto”: algo entre orillas; resiste al reloj. “Grieta que no se cierra”: la fisura por donde entran y salen las cosas. “Que lo oculto se alce / lo que calla responda”: no mira lo invisible, lo provoca. “En mi voz encuentre camino”: la voz del lector como canal. “El velo se rompe”: no aparece otro mundo, se desviste éste. “Quien lee será leído / quien invoca será poseído”: espejo al revés; el texto muerde de vuelta.

Apuntó al margen: “En latín está la obra; en romance ésta se deshace.”

Y debajo: "Con Maeve, con calma."

Tenía poco sentido. Acabó el café y el licor, dejó el dinero de la cuenta y levantó la mano a Vicente. Tenía que ir pronto a la farmacia y que Eloy le despachara "su medicina milagrosa". Quería pasar pronto por el Garrison cuando abriera; con Maeve se pensaba mejor. Y no quería llegar tarde al hostal, esa noche, con suerte, escribiría. Además, tocaba trabajo con Eusebio al alba. Debía cumplir con sus compromisos y no podía faltar a la palabra de sus pactos.

Eloy se encontraba donde lo dejó la última vez, detrás de su mostrador, tal vez viviese ahí. Al fondo, la cortina de la rebotica con el arco donde el sol grabado y su corona de rayos dejaba ver el lema antiguo: Culto del Fuego Único. Tristán notó el mismo pequeño escalofrío de otras veces: el fuego, el sol… el motivo repetido empezaba a parecer más que casualidad.

—Buenas, Tristán —dijo Eloy, sin sonrisa pero correcto—. Vienes a por lo tuyo. ¿Te lo dijo Lala? Lo tengo listo.

Sacó de la rebotica un frasco de vidrio de color ambarino, alto, con tapón esmerilado y una etiqueta escrita a plumilla: "T. Serrano — Noche — ½ taza". Abajo, otra línea mínima: "Toronjil, tila, valeriana… y algo más que solo sabe el monte".

—No me gustan las recetas de química para dormir, esto es natural —dijo Eloy, apoyando el frasco—. Esto no atonta: afloja. Lo tomas templado, media taza, y esperas a que baje la voz por dentro. Si ves que no, tres dedos más. Nada de tragos como quien bebe vino.

—¿Y qué es "eso más"? —probó Tristán.

—Parte de la receta secreta, se queda en la familia —repitió Eloy, sin despeinar la frase—. A veces el monte sabe más que uno. Y más que los manuales.

Tristán busco en sus bolsillos. Tenía lo justo en monedas para el frasco. Lo dejó sobre el mostrador. Eloy lo miró con ese gesto de "las cuentas son las cuentas", pero no apretó.

—Esta vez te alcanza —dijo—. La próxima vienes con tiempo, que lo bueno no se hace deprisa.

Tristán notó el tirón de la cuerda floja entre ambos. Agradeció con la barbilla.

—Un par de preguntas inocentes —dijo, como quien habla del tiempo—. ¿Ha oído hablar de fórmulas… latinas? Antiguas.

Eloy se acomodó las gafas con el cordón en las patillas, ese gesto que parecía un metrónomo.

—Latín hay de dos clases para estas cosas: el que reza y el que abre ventanas —respondió—. El primero cura o consuela. El segundo puede sorprender… ya me entiende. No es buena idea andar repitiendo lo que uno no comprende. Y el que comprende, no repite. —Le sostuvo la mirada—. ¿Andas leyendo lo que no conviene?

—Ando traduciendo —corrigió Tristán—. Para no repetir.

Eloy ladeó la cabeza, como aceptando que aquella respuesta era la única correcta.

—Bien respondido. — Guardó el frasco en una bolsa de papel fuerte y, con una caligrafía exacta, anotó la dosis en la parte superior. La tinta, al secar, dejó un brillo mínimo.

—Media taza templada —repitió—. No es para que te tumbe; es para que ordene. Si notas hormigueo en la nuca o el pecho ligero, es que va bien.

—¿Y si uno… sintiera que algo se ha quedado detrás de un espejo?

Eloy no parpadeó. A su espalda, la cortina de la rebotica parecía más pesada de lo que era.

—Los espejos no guardan; devuelven —dijo—. Si ves algo detrás, no es del espejo. Es tuyo. O de quien te llama. —Se encogió apenas —. Para eso el remedio ayuda: pone cada cosa en su caja. Y lo que no quepa, que espere.

—Gracias.

—Para eso estamos —cortó Eloy, sin falsa cordialidad—. Y recuerda: si te funciona, vuelves. Si no, también. A veces hay que cambiar una hoja por otra y el árbol es el mismo.

—Buenas tardes, Don Eloy.

—Que te sea leve.

Salió a la calle con el frasco en la bandolera, un peso nuevo junto a las llaves de la biblioteca. El aire tenía esa claridad que adelgaza las sombras. No se entretuvo, la puerta de la botica se cerró a su espalda con un clic breve, y él cruzó la plaza hacia la esquina donde

a esa hora empezaban a encenderse, de uno en uno, los ruidos del bar.

El Garrison tenía el perfume a fregona recién pasada, el suelo no estaba mojado, pero brillaba. Como siempre la temperatura allí era cálida. Maeve estaba en el salón colocando aún taburetes y mesas en su sitio. Mangas remangadas, el pelo de negro intenso, suelto esta vez, le sentaba muy bien; tenía ese atractivo tranquilo y casi rockero que a Tristán se le estaba volviendo costumbre mirar.

—Vienes pronto —dijo ella, sin reproche.

—Y me voy pronto —respondió él.

—Mientras no faltes a tu visita diaria y al episodio correspondiente, está bien —le guiñó.

Tristán soltó una carcajada.

—Hoy toca capítulo, quiero escribir. Y mañana madrugo: Eusebio.

—Entonces, al grano. —Sacó dos vasos gruesos—. ¿Lo de siempre?

—Lo de siempre.

El hielo cayó con un sonido limpio. Jameson hasta la señal que marcaba el vaso. Se sentaron en una mesa de las altas, no había clientes y se sintieron como si tomaran una copa en pareja en un bar cualquiera. Ahora Maeve estaba fuera de la barra y era otra. Ella empujó la bebida con dos dedos; al rozarla, él sintió un "hola" que no hacía falta decir.

—Cuenta —pidió Maeve—. Modesto, biblioteca y traducción.

Tristán habló. Lo del trato con Modesto en versión discreta; la biblioteca victoriana apretada; el hallazgo del Lewis & Short; el ordenador viejuno que hacía ruido como un tractor pequeño; la traducción completa del Coniuratio. Maeve escuchó de frente, con el vaso en la mano, el codo en la mesa.

—¿La traes? —preguntó al fin, bajito.

Tristán asintió. Sacó la libreta. Pasó las páginas con cuidado hasta la hoja. Maeve la acercó a la luz de la lámpara de tulipa de queroseno de imitación vintage que había en la columna junto a la mesa, leyó sin prisa. Dejó el vaso a un lado; el hielo hizo un ruido de barco que se separa del muelle.

—Si lo digo en idioma de este siglo —murmuró—, suena a: "Llamas a algo que no está ni vivo ni muerto, algo que no se gasta con el tiempo. Lo llamas desde una grieta. Pides que lo escondido se ponga en pie y que lo que calla conteste. Le ofreces tu voz como camino. Y cuando lo pronuncias, se rompe un velo, aparece una niebla, busca un cuerpo, busca un alma. Y te devuelve la mirada: el que lee, es leído; el que invoca, es llevado."

Tristán tragó. El resumen le apretó la nuca con una mano fría.

—Se parece demasiado a lo que me pasó —dijo—. La grieta del espejo, la presencia… No quiero ser supersticioso, pero…

—Pero. —Maeve cerró la libreta y la empujó suave hacia él—. No me gusta nada lo de "quien invoca, será poseído". —Se detuvo un segundo—. Aun así, esto no tiene sentido, son tonterías antiguas que no merecen ni el más mínimo asomo de miedo y menos creencia.

Se quedaron un momento con el silencio del bar recién abierto, una calma que no tenía música aun y que dejaba sonar el rumor de las neveras.

—Tienes buena cara —dijo—. Lo de Santa Nevana te queda bien.

—Me queda como la tela de una camisa algo almidonada. Pero sí.

—Paso a paso. —Le sostuvo la mirada—. Y si algo te asusta, lo hablamos. No me corras la cortina.

Él asintió. Crecía la confianza entre ellos de una forma natural y crecía la intimidad. Esos tics pequeños que acumulan días. El mismo vaso especial que ella tiene siempre para él, la servilleta que él le endereza sin pensar, la manera en que ella se aparta a media distancia para dejarle ver la cara, miradas a diez centímetros de distancia…

—Tengo que irme —dijo él, mirando el reloj que no llevaba—. Quiero empezar hoy. Si me siento, igual el papel me deja escribir.

—Te sientas, te mira, y le ganas —dijo Maeve—. Mañana me cuentas si hubo pelea.

Él dejó billetes y negó con la mano cuando ella los miró.

—No. Hoy invito yo —dijo—. Por el episodio de la serie.

—Mala costumbre la tuya—replicó, sonriendo sólo con los ojos.

Tristán recogió la libreta, la guardó. Se tocó con mimo la tirita del dedo índice—un gesto mínimo que ya era suyo—y se colgó la bandolera.

—Gracias por el sitio —dijo.

—Mañana habrá sitio también. Por cierto, me gusta tu camiseta.

Salió a la calle con ganas de llegar al hostal y con el pesar de dejar la compañía. Tenía escritura pendiente.

La habitación lo recibió con ese silencio que suena a techo prestado. Dejó la bandolera en la silla, el cuaderno encima, el frasco de Eloy a la vista. Acomodó el despertador en la mesilla que ya había puesto en hora. Abrió la ventana un palmo. La grieta del espejo seguía en su esquina, como un alfiler olvidado.

Puso agua a calentar en el cazo eléctrico que Lala había dejado "para infusiones". Media taza, templada. El líquido tenía un color ambarino que no se decidía entre miel y paja. Olía a toronjil y valeriana, con un fondo que no supo nombrar. Dio un primer sorbo. Sintió cómo el pecho aflojaba un nudo. Segundo sorbo. Tercero, corto. Dejó la taza en la mesita y se sentó a la mesa con el cuaderno abierto y el bolígrafo en fila.

Quiso escribir. La mano no obedecía, en blanco. Recordó la frase: *no es para tumbarte, es para ordenar*. A los dos minutos, un hormigueo suave le subió por la nuca, se le asentó detrás de los ojos. No era sueño. Era una claridad rara, como la que deja la fiebre cuando decide irse.

Miró, sin querer, hacia el espejo. Desde la grieta empezó a formarse un empañado tenue, lo justo para volver blanquecina el reflejo de la lámpara. La fractura parecía más profunda. O quizá sólo la veía de cerca por primera vez. No hubo viento ni corriente. Sólo esa respiración de dentro.

—No —dijo muy bajo, por decir algo.

El vaho latió. No se movió hacia él; se movió dentro del espejo, como si respirara hacia atrás. Tristán notó el cuerpo de la silla en las palmas. El preparado le ordenaba la cabeza, sí, pero al mismo tiempo le afilaba el oído. Y entonces la voz. No una voz en la habitación. Una voz desde el cristal, con ese timbre que no atraviesa el aire, atraviesa el nervio.

—Tris-tán.

No amenazaba. Era correcta, como un nombre leído en un registro.

—No, estoy soñando —dijo, sin convicción.

La neblina se arremolinó apenas. La grieta pareció dibujarse un milímetro más.

—Escribes —dijo la voz—. Te duele no escribir y te duele escribir mal.

Tragó. Acarició el bolígrafo con el pulgar, el gesto de siempre cuando busca la primera frase.

—No sé quién eres.

Una pausa. El vaho cedió un poco, como una marea que sabe volver.

—Me llamaste. *Ni vivo. Ni muerto. Ni libre del tiempo.* Me abriste la entrada.

Se le heló un punto en el estómago. Masticó una negación que no llegó a salir.

—No vuelvas a decirlo —se adelantó él, casi suplicando—. ¿Quién eres?

El vaho se arremolinó apenas. La voz llegó limpia:

—Elías. Lo que queda de Elías Varea. —Una pausa—. Escritor. Y, como ves en ese manuscrito inacabado, con tareas incompletas. —La palabra quedó apoyada en marco del espejo—. Un capítulo no es una vida. No terminé el manuscrito. Un asunto inacabado junto a alguno más.

Tristán apretó el bolígrafo sin escribir.

—No pronuncies más —dijo—. No repitas nada.

La voz obedeció. Regresó más baja y tranquilizadora:

—No necesito que recites ni que inventes. Necesito que escribas. Tú me das mano y voz; yo te doy palabras. Un pacto: te ayudo a terminarlo y el libro será tuyo. —Se oyó una sonrisa casi cansada—. Tu firma. Tu nombre. Yo sólo pido que lo escribas.

El preparado le mantenía la cabeza serena, quizás drogado, quizás en trance, lo justo para pensar. Un silencio denso.

—¿A cambio de qué más? —probó.

—A cambio de que cumplas lo que siempre quisiste: escribir. Cada capítulo que termines me abre un paso. No más de uno por vez. Tú decides cuándo.

El espejo parecía esperar. Tristán recordó a Modesto y su apretón de manos.

—Si, acepto —dijo por fin—, será aquí. Ambientado en Santa Nevana. Yo pongo la mano pero yo paro cuando quiera. Y yo lo firmo.

—Tú firmas —repitió la voz, impecable—. Santa Nevana será tu mundo. —Un instante—. Hemos hecho un pacto.

El vaho dio un gesto mínimo que podía ser asentir. En la esquina rota del espejo pareció pasar una luz fría.

—Dame ahora un capítulo —cerró Tristán—. Sólo uno.

—Mañana, no me quedan energías —dijo Elías—. Cada vez que quieras conectar tomate las hierbas, nos ayudara a acercar ambos planos. Ordena hoy la cabeza. Duerme.

La última palabra cayó con un punto seco. Tristán alzó la vista. El espejo estaba claro. La grieta, en su sitio. La lámpara titiló sin apagarse. El vaho se deshacía para desaparecer.

Quiso ponerse en pie. Le atravesó una punzada que no fue dolor, fue vacío. Se agarró al canto de la mesa, cerró el cuaderno con la palma y alcanzó a llevarlo a la mesilla, cerca del frasco. La habitación dio un giro lento. El cuerpo cedió. Cayó en la cama limpio, sin golpe, como cae la ropa cuando se suelta de una percha.

La lámpara quedó encendida. El cuaderno, cerrado. En la esquina del espejo, la grieta parecía ahora más fina. O quizá era sólo la luz. Afuera, el pueblo respiraba como un animal que sabe esperar. La grieta quedó tal cual, fina, quieta, esperando.

Mañana, antes del alba, le aguardaba Eusebio. Y la noche siguiente—cuando el día hubiese pasado por encima—, el primer capítulo.

En un solo día un negocio y un pacto.

Capítulo 9
Del otro lado de la Pluma: Capítulo II

Tres pitidos y una pausa, otros tres, otra pausa. El despertador sonaba como las señales horarias de las emisoras de radio antiguas. Lo apagó y miró la hora, las 5,30; no debía entretenerse, quería ser puntual. Se levantó, por primera vez, desde que llegó a Santa Nevana sin peso, sin sentir presencias, ha dormido profundamente, se siente liviano… y se dice que será por el golpe de sueño de anoche, cayó rendido como un saco.

Su primer pensamiento: —"Esta noche", se dice. "Escribiré esta noche."

Mientras se recolocaba, en pie, algo le llamó la atención en la vieja mesa. Lala le ha dejado una pequeña pila de ropa muy bien colocada: camisa gruesa de franela a cuadros azules que parecía el diseño de un mantel de picnic, un polar azul oscuro, gorra con visera quemada por el sol, vaqueros con tirantes blanqueados en las rodillas con algún roto por el uso y botas de cuero reforzadas, de esas que han pisado piedra y barro y aún huelen a sebo y a aceite viejo.

Encima de la ropa, una nota:

"Tenía esto en un baúl de cuando el hostal recibía Peones de Caminos de la mina. Se marcharon cuando ya no había trabajo y no vinieron a por ello. No quise despertarte. Entre todas, escogí estas. Espero acertar con las tallas. —Lala."

Tristán sonrió. Lala está en todo. Cuida lo suyo como una hormiga con su granero y, de alguna manera, lo ha adoptado. Se apresura al aseo, agua fría, jabón áspero. Se mira en el espejo y, entonces sí, le vienen recuerdos, todo como un sueño lejano. Elías, a través del espejo, la promesa de escribir "juntos", el manuscrito esperando en la mesita, la voz que decía tener prisa, el "Trato". Lo ve difuso, con

bordes de bruma, pero demasiado lleno de detalles para ser un simple espejismo.

"*Son imaginaciones tuyas, tu mente debe estar activándose, está inventando para escribir y te está jugando una mala pasada*", se dijo literalmente, como si necesitara oírlo en voz alta para creerlo. Decidió no darle más importancia: esta noche se pondrá delante del manuscrito, le esperaba escribir, e intuye que eso es lo que va a ocurrir. Al menos un buen capítulo. Lo siente dentro, como una corriente caliente detrás del esternón.

Se vistió rápido y en silencio, calcetín por calcetín, atando los tirantes con destreza. Cogió su bandolera y se miró en el espejo del pasillo al salir. La imagen le arranca una media risa, parece un leñador americano a punto de talar medio Nebraska. Se ajusta la gorra: "Buenos días, señor tronco", masculla, y el espejo le devuelve un tipo más firme que el de ayer.

Baja las escaleras con sigilo, procurando que el tablón que siempre se queja bajo el segundo peldaño no cante. Abre el cerrojo con cuidado. La mañana pesa gris detrás de la puerta, esa hora indecisa en que el pueblo aún respira casi en sueños. Cuando está a punto de salir, una voz clara y somnolienta le alcanza desde dentro:

—¡Que tengas un gran día, Tristán!

La voz de Lala. No la ha visto, pero la imagina en la cocina, bata abotonada, pelo sujeto como puede, esa mirada que limpia más que un trapo. Sin girarse; alzó un poco la mano y sentenció:

—Si no vuelvo, es que me ofrecieron contrato fijo talando encinas —dice, medio en broma.

El aire fuera huele a tierra húmeda y a hierba. Un sabor metálico como si el amanecer tuviera clavos. Se apresura ligero; el camino empieza a definirse sin linterna, una cinta pálida entre zarzas. Las botas crujen, cómodas desde la primera pisada, como si reconocieran al nuevo dueño. Por un segundo cree ver una hebra azul trepar el ángulo de una casa y perderse, es el humo del horno de la panadería, el olor a pan recién hecho es inconfundible.

Acelera el paso. En el este abre un filo naranja de amanecer, y con él, una promesa: trabajo duro. Los dedos le arden de ganas de

escribir, pero hoy toca campo primero, ya vendrá el escribir. Estaba entusiasmado. "Esta noche", se repite.

La vereda se abre y, a lo lejos, la granja de Eusebio enseña el tejado como un lomo oscuro. Un gallo puntual rompe el silencio. Tristán aprieta el paso, oye su propia respiración acompasada con el crascitar de las botas.

Y entonces, ya casi en el portón, el mundo se acomoda en su sitio: un cubo volteado, el tractor apagado como un buey dormido, luces que adivinan entre las cortinas de una ventana.

La cabaña de Eusebio se clavaba en la ladera como una veleta vieja: piedra oscura, laminada en lajas finas que el agua había ido ennegreciendo por las juntas, y un tejado bajo de tablilla y chapa oxidada remendada aquí y allá, donde el musgo hacía patria en los aleros. El portalón de madera, con clavos vistos y una argolla de hierro para atar la caballería, conservaba en el dintel una fecha medio borrada. A un lado, un corral de estacas de castaño con una pila de agua labrada en granito; al otro, una parva de leña que olía a invierno. Sobre el poste de la esquina, una veleta torcida apuntaba siempre al mismo norte, y bajo el alero quedaban nidos de barro, ya vacíos. Por el suelo, restos de herramientas viejas y el rastro de manzanas caídas del árbol cercano, dulces y picoteadas por colirrojos tizones.

Tristán levantó la mano para llamar y golpeó dos veces con los nudillos.

—¿Has desayunado? ¡Lo primero es lo primero! —tronó Eusebio desde dentro, alegre—. Aquí no se trabaja con el estómago vacío.

Abrió el portalón con un chirrido. Tenía los ojos claros de la gente que ha mirado mucho a lo lejos y manos de cuero curtido. Le hizo pasar con gesto ancho.

Dentro hacía calor de chimenea, aunque la mañana fuera fría. La sala era un único rectángulo humilde: a la derecha, hogar encendido con hierro colado; sobre la repisa, dos tazas, una navaja abierta y un manojo de llaves. Frente a la ventana, una mesa de pino vieja con cicatrices de hacha y quemaduras. A la izquierda, una librería angosta con manuales de maquinaria amarillos, un catecismo raído, una enciclopedia a medias, sólo un par de tomos, y un taco de

recortes doblados por la mitad. De una alcoba sin puerta llegaba el olor de ropa secándose.

En el testero, un calendario de 1997 con fotos de tractores: tres cruces de lápiz sobre marzo, junio y septiembre. Al lado, con chinchetas, un recorte subrayado a bolígrafo: "Incendio en la casa del escritor". Tristán se acercó medio paso; a la altura de la fecha, alguien había escrito solo una palabra, apretada: "canal de ventilación".

—Siéntate, hombre —dijo Eusebio, empujando la silla con la cadera—. Desayuno de campo, del que sujeta el mundo.

Sobre la mesa, un café de puchero que olía a vida, pan redondo cortado a navaja, huevos fritos con puntilla, chorizo del Bierzo que sudaba pimentón, un poco de queso curado y un cuenco de pimientos templados con ajo. Tristán pensó que ese plato podía levantar a un muerto y, por un segundo, se corrigió por dentro: mejor no tentar a las palabras.

—Está usted animado —dijo Eusebio, sirviéndole café hasta el borde—. Se le ve la cara distinta. ¿Ha escrito más?

—¿Me vas a llamar de usted ahora? Mi destino está cambiando Eusebio —respondió Tristán— Están pasando cosas, casi todas buenas y las otras ni les hago caso porque no sé qué son. La historia… transcurre en Santa Nevana. Voy con ganas.

Eusebio masticó un trozo de pan, lo mojó en la yema.

—Cuidado con lo que escribes, Tristán. Aquí pasan cosas. Y no lo digo de broma. —Le sostuvo la mirada un segundo más de lo normal, como quien pesa una herramienta en la mano antes de usarla—. Come. Luego hablamos de hierros.

Tristán asentó y comió el pan crujiente. El café se le quedó en el pecho como una estufa pequeña. Desde la chimenea, el fuego hacía esos ruidos de madera húmeda que cuentan secretos. Al girar la cabeza, en la librería, vio el catecismo con algo asomando: un borde de papel fino, casi papel cebolla, con una línea trazada a lápiz; alcanzó a leer "Una l…" antes de que Eusebio carraspeara y el gesto se le quedara a medio camino. No tocó nada.

—¿Eso…? —dijo, señalando con la barbilla el recorte del incendio.

—Viejas historias —resopló Eusebio—. La gente escribe para entender, y a veces escribe para tapar. —Se encogió de hombros, como si hubiera dicho demasiado—. Venga, otro poco de café.

Tristán bebió. De reojo, el calendario del 97 seguía allí como un perro guardián, con sus tres cruces. Y el catecismo con su papel asomado respiraba paciencia, como esas cosas que esperan el momento justo para decir lo que tienen que decir.

—Al lío —anunció Eusebio, levantándose—. Hoy te enseño los mandos y la tierra. El tractor arranca, pero ya sabes, el perno de la barra baila. Ojo ahí.

Tristán se puso en pie. Salieron. El aire de fuera tenía filo. La cabaña quedó detrás, entera, con su secreto pequeño puesto en equilibrio.

El corral quedó atrás, arrancaron el tractor, tosió dos veces antes de asentarse en un ronroneo grave. Eusebio le explicó lo imprescindible con la paciencia de quien enseña a un hijo a nadar: marcha corta en la salida, embrague suave, nada de peleas con el surco; si la rueda se mete, dejar rodar y sacar recto. Señaló el freno con el pie, como quien presenta un animal que muerde si lo miras mal. Luego palmeó el enganche del remolque y revisó los pasadores con la uña.

—Hoy pimiento primero —dijo—, y si nos da tiempo patata tardía. Lo que carguemos, al cobertizo.

El cultivo se abría en bancales. Las plantas de pimiento brillaban con ese verde cansado de octubre; colgaban frutos gruesos, arrepollados, aún firmes. Extendieron mantas entre hileras para evitar barro y colocaron cajas de plástico. La consigna era simple: girar el pimiento por el pedúnculo, que suelte limpio; sanos a una caja, los marcados para asar a otra.

Trabajaron sin prisa, oyendo los pájaros finos del otoño y el roce de las ramas en la arboleda. Tristán tardó dos o tres pimientos en coger el gesto de muñeca, pero luego entró en ritmo. Eusebio hablaba poco: nombres de parras, de vecinos, del invierno que el año pasado cayó pronto.

—Estás animado —soltó al fin, sin mirar—. Se te nota en la cara.

—Esta noche escribiré —dijo Tristán—. Santa Nevana. Lo siento aquí —se tocó el pecho—. Sale solo.

—Escribe, pero mira por dónde pisas —respondió Eusebio, metiendo tres pimientos en la misma caja con gesto de baraja—. Aquí pasan cosas.

Cargaron el primer lote. El tractor avanzó despacio por el carril, evitando baches viejos. En el cobertizo, Eusebio colocó tablillas para que el aire circulara por debajo de las cajas.

—Los pimientos no quieren charco —dijo—. Que respiren y mañana asamos los feos.

Volvieron al bancal y cambiaron de herramienta. Eusebio acopló al tractor un arranca-patatas pequeño, una reja con una criba de varillas que hacía temblar la tierra en una ristra de dientes. El apero mordió el suelo y levantó camadas de patatas moteadas. Tristán iba detrás, a mano, escogiendo: sacos de yute para buenas; las golpeadas se apartaban. El olor a tierra recién abierta era una sala de espera para nueva siembra y la lluvia.

A mitad de hilera, el metal dio un tirón. Eusebio paró, se agachó, ajustó un pasador con un alambre nuevo y apretó los labios.

—Ya está —dijo, sin gesto—. Seguimos.

Comieron ahí mismo, sentados en dos cajas: pan, tortilla, chorizo, pimientos fríos con ajo, una rodaja de queso. El vapor les salía de la boca en frases cortas.

—¿Y de la Casa Quemada que sabes Eusebio? —Pregunto Tristán como quien recoge una de las patatas.

—En el noventa y siete**,** cuando ardió esa casa, ya vino gente a preguntar por su construcción, querían saber sobre la ventilación**.** Respiraderos, sifones, conductos… —Eusebio bajó la voz—. Si hay aire, hay hueco**.** No escribas a ciegas de Santa Nevana, infórmate bien de todos sus rincones**.**

—No a ciegas —se repitió Tristán, guardándose la frase como quien se guarda una navaja.

El segundo viaje fue corto: medio remolque de pimientos y, debajo, dos sacos de patatas. Por si chispeaba, **l**oneta por encima. En el cobertizo, las patatas a la esquina más fresca**,** sobre palés**,** a

oscuras, para que no verdeen. —Que no se pongan verdes. —dijo Eusebio— La luz es mentirosa con la patata.

El día hizo un gesto de despedida. En la linde, un petirrojo picoteaba las sobras del bancal. Eusebio cerró el candado del cobertizo y se quedó un segundo con la llave en la mano, como pensando en otra cosa.

—Mañana, a la misma hora. —Dijo sonriendo

Tristán sonrió también mientras acompañaba a Eusebio a la casa. Miró la ventana al pasar, detrás, la chimenea seguía su música, la librería su paciencia, y aquel catecismo seguiría con su papel asomando como una lengua pequeña.

Se despidieron en la vereda. El tractor quedó con la trompa hacia el camino, listo para la mañana siguiente. Tristán apretó el paso hacia el pueblo, quería ducharse, caer por el Garrison "solo a saludar" y sentarse, por fin, con el cuaderno a escribir. Las manos ya hacían garabatos en el aire, como si la noche hubiera empezado dentro de él.

Tristán llegó al hostal con el polvo del bancal en las botas y la espalda convertida en una tabla tibia. Al abrir la entrada tocó con los nudillos en el marco de la cocina.

—Gracias por la ropa, Lala —dijo—. Me ha salvado el día.

—Ya te he dejado otra tanda para mañana —respondió ella sin darse la vuelta, mientras colaba café—. Calcetines gordos en el segundo cajón. Y no me gastes el agua caliente como en los hoteles finos. ¡Ah! Estos días locos no han traído frío del todo, el cambio climático, dicen, — y rio—. Aunque ya parece que está aquí. Te he dejado un radiador eléctrico, de esos antiguos de aceite, ni de años que tiene. Lo tenía en el desván, no gasta mucho pero no te lo dejes encendido que gasta.

La ducha fue breve y recta: agua que arrastró tierra y polvo de planta de pimiento, frente contra la pared un segundo para escuchar cómo retumbaba el día por dentro. Se vistió limpio —camiseta, vaqueros, sudadera—, se peinó lo justo con los dedos y, antes de bajar, miró el cuaderno en la mesilla. Lo tocó con dos dedos, como quien saluda a un animal que quiere ser montado. "Luego", le prometió.

El Garrison era la parada del día. Olor a grifo de cerveza. Luz de tasca antigua. Maeve secaba vasos; al verlo, alzó la barbilla con sonrisa corta.

—Solo a saludar —dijo él, apoyando la mano en la barra—. Y a decirte que hoy sí: esta noche escribo.

—Ya te tocaba —respondió ella—. ¿Qué te pongo?

—Lo de siempre. Y… —trago de aire— Tengo que contarte una cosa. Un sueño, supongo.

—Supone, dice… —repitió Maeve, con media risa fría—. Venga, dispara.

Le contó lo del espejo, la voz al otro lado, la promesa de escribir "juntos", la prisa con que aquella presencia quería que las páginas se multiplicaran. Dijo Elías, lo dijo demasiado bajo; un nombre que enfriaba el vaso.

Maeve lo escuchó sin inmutarse. No interrumpió. A mitad, dejó el paño, apoyó los codos. A lo lejos, alguien metió una moneda en la máquina de tabaco; la cajetilla cayó como una pequeña sentencia.

—No me gusta nada —dijo al fin—. Comentaban que a ese hombre lo rodeaban cosas raras cuando yo llegué a Santa Nevana. Ya estaba la casa quemada, pero la gente… —miró un segundo al suelo— la gente evitaba el tema o se calentaba hablando. Unos lo admiraban, otros le tenían miedo. Sea sueño o no, no juegues con eso.

—No estoy jugando —dijo Tristán, serio—. No sé qué es. Lo siento ahí dentro, como cuando sabes que va a llover antes de que caiga la primera gota.

—Pues si llueve, mójate lo justo —respondió ella—. Y me cuentas. —Le habló más suave—: Y si vas a escribir, vete. No lo estires aquí.

Él asintió. Dejó un billete bajo el vaso y se quedó un segundo de espaldas a la puerta, sin girarse a la salida todavía.

—Gracias por el sitio— repitió una vez más

—Mañana habrá sitio también. Vete escritor.

Sonrieron, esa despedida empezaba a convertirse en algo íntimo entre los dos.

El pasillo del hostal lo recibió con ese silencio de edificio viejo que guarda pasos como si fueran monedas. En su habitación, el aire

estaba quieto y entreabrió la ventana, solo una rendija, para despejar la atmosfera. La temperatura se sentía baja, aunque el radiador estaba encendido. Dejó la bandolera en la silla, cerró las cortinas a medias para que la noche no hiciera preguntas, dispuso el cuaderno y el manuscrito. Lucía, gastado, el título "*Del otro lado de la pluma"* como si le dijese algo que había hablado en sueños. Tocaba escribirle el *Capítulo II.*

Esta noche, se dijo otra vez.

Se sentó. La punta del bolígrafo hizo un pequeño ruido al tocar el papel, como un clic de cerradura. Fuera, un perro ladró dos veces y calló. Dentro, algo —memoria o sueño— se acomodó en el umbral. Tristán respiró hondo, pero la primera línea no venía. No se le ocurría nada. Tenía experiencias de sobra en Santa Nevana para que se le ocurriese algo, pero tenía que ser original y eso es lo que no venía. Una historia que meter en el pueblo. Se obligó, una línea, tachada, un garabato, nada… Notó el pecho apretado, la mente en blanco como una pared recién encalada. La ansiedad lo invadía, la serenidad que empezaba a vivir ya no existía. Los fantasmas se le presentaban: Alba, Úrsula, fracaso, préstamos. Los nervios se apresaban de él. Debía relajarse, eso no traía nada bueno.

Pensó en la botellita de Eloy. Abrió el cajón y la encontró: etiqueta con su nombre, "T. Serrano — Noche — ½ taza". Dudó un instante; la ansiedad le hormigueaba los dedos. Se sirvió media taza, tragó despacio temblando como si fuese un drogadicto. El amargor le dejó un regusto metálico en la lengua.

Primero fue un zumbido fino detrás de los oídos, como un insecto encerrado. Luego, visión lechosa en los bordes, temblor en los dedos, una oleada de calor en la nuca. El pulso cayó en un ritmo grave que no era suyo. El cuarto pareció arrimarse medio paso. El espejo devolvió una sombra en el cristal.

—Tristán —dijo la voz—. Yo estoy aquí para ayudarte.

No sonó en el oído, sino detrás de los ojos.

—No sé si… —la lengua le tropezó—. Si te soñé.

—No sueñas. Por fin vas a tener lo que deseas. Éxito. Reconocimiento. Paz. Escribe conmigo y será de verdad. Ya lo acordamos.

El aire olía a tinta y a algo frío.

—¿Y el precio? —susurró Tristán.

—El precio es aceptar lo que ya aceptaste. Mi mano en tu mano. Mi voz en tu cabeza. Tu cuerpo y tu mente disponibles para escribir lo que hay que escribir. Nada más.

"Disponibles", pensó Tristán. La palabra hizo un surco y se le marco en la sesera con dolor.

—Solo… —tragó— solo para escribir.

—Para escribir —repitió la voz, paciente—. Para que pase lo que tiene que pasar. Pero tiene que ser concluido con tu propia voz, debes decirlo para completar el proceso ¿Aceptas?

El cuarto tenía poco aire. A Tristán se le durmió medio labio; le bailó un hormigueo por el antebrazo. Miró el cuaderno y el manuscrito. Miró el espejo. La angustia se le ordenó en el pecho como fichas.

—Acepto —dijo.

Algo encajó entonces, como una pestaña que encuentra su hueco en el cierre. Los ojos de Tristán se voltearon, dejando ver media luna de blanco. La mano derecha se alzó sola y el bolígrafo corrió. No miraba el cuaderno, miraba al frente, hacia la nada; la cara quieta, los ojos idos, el cuerpo rígido como si tirara de un peso. La muñeca trabajaba a un ritmo imposible, chis-chis-chis sobre el papel. Sudor en la frente, gota que baja por la sien, espalda hecha madera. El aire se llenó de rasguños de tinta y de una especie de susurro que no salía de su boca, como si el cuarto leyera en voz muy baja.

Página. Otra más. La mano no pedía permiso. El bolígrafo temblaba y aun así las líneas entraban rectas, como si alguien dictara desde el otro lado del espejo. Tristán respiraba en golpes cortos; de vez en cuando, un calambre en los dedos le arqueaba la mano y seguía. No pestañeaba. El pupitre de la mesilla tenía un murmullo de madera cansada.

Cuando el último párrafo llegó —sin que él lo viera—, el cuerpo cedió. La silla se fue hacia atrás; Tristán cayó de lado, un golpe seco de cabeza en el suelo de madera, silencio al instante. El bolígrafo rodó hasta chocar con la pata de la cama.

El manuscrito quedó abierto un segundo, palpitando. Luego, como si un imán tirara de sus tapas, se cerró con un golpe que levanto el polvo, un chasquido seco.

Al principio fue una línea azul entre las páginas, una costura de luz. Esa luz se intensificó y creció hacia los bordes, iluminó el canto, se espesó hasta que de entre las hojas empezó a salir una niebla azul muy clara, tranquila. La habitación se tiñó de un azul frío.

La niebla flotó por encima de Tristán, hizo figuras suaves en el aire, tanteó la esquina de la mesa, rodeó la lámpara y, como probando su cuerpo nuevo, giró despacio. Se acercó al espejo y, al tocar el cristal, se onduló con un brillo tenue, un guiño.

El reflejo del espejo devolvió dos nieblas por un instante —una dentro y otra fuera—, como si alguien saludara desde el otro lado.

Luego la niebla enfiló la ventana. Tristán la había dejado entornada para que respirara el cuarto. El azul atravesó la rendija con paciencia, sin prisa, como quien busca dónde anidar. Afuera, la noche recogió el resplandor y lo llevó por la calle.

En el suelo, Tristán quedó quieto, el pecho moviéndose lento. En la mesilla, el manuscrito descansaba cerrado, todavía tibio por dentro.

Y el cuarto quedó en silencio. Solo un tic-tic lejano del radiador y, muy al fondo, el eco de palabras que, susurradas, quedaban escritas en voz alta.

Capítulo 10

Massey Ferguson MF-135: El Buey

Se despertó tumbado en la cama y se llevó los dedos a la sien: un pequeño chichón le contestó con un latido sordo. Aún somnoliento, apagó el despertador y, en cuanto cesó el pitido, le vinieron lejanos recuerdos: mente en blanco, Elías, la aceptación y, luego, la nada. Como si alguien hubiese corrido un cerrojo por dentro.

Levemente recordaba palabras y frases que le venían a la cabeza, muchas, de manera compulsiva, y la certeza de que por fin las escribió… pero no se acordaba qué había escrito ni cómo. Se sentía bien, había dormido bien, aunque el chichón le recordaba la caída. Debió levantarse durante la noche para acostarse; no lo recordaba, pero el cuerpo en el catre lo daba por hecho.

Se apresuró al cuaderno: nada. No había nada escrito, nada. Pero… Miró entonces al otro lado, a la mesilla, ¿Y el manuscrito? ¡Y allí estaba! La cinta en el lomo marcaba "Capítulo 2". Había escrito. Una descarga cálida le cruzó el pecho. No tenía tiempo de leerlo, eran casi las seis; debía cumplir con Eusebio.

Se vistió sin ceremonia, camiseta limpia, vaqueros de los adoptados, calcetines gruesos, sudadera. Ató bien los cordones; comprobó las plantillas dentro de las botas —del campo salen ampollas si las cosas no están en su sitio—. En la silla, abrió la bandolera y, con cuidado, metió el manuscrito dentro, con cuidado, como quien guarda una herramienta recién afilada y no quiere cortarse. Encima, el cuaderno de notas por si acaso, un lápiz y el bolígrafo que anoche se le soltó de los dedos. Palpó llaves, cartera, una navaja pequeña para el pan. Clic del broche. Todo ajustado. Esa calma recién puesta en el aire no parecía la de los días anteriores, cuando una presencia húmeda se quedaba pegada a la nuca. Hoy no. Hoy el silencio tenía bordes suaves. Llevaba dos días de un buen descanso, con un sueño profundo. ¿O no era así? No se detuvo a pensarlo.

Respiró hondo y puso la habitación en orden de marcha. Encendió un segundo la luz del pasillo. Apagó el radiador de aceite, sintió a Lala observando, esa mujer estaba en todas partes aunque no esté. El espejo del pasillo reflejaba un rostro más descansado que en días. "*Luego lo leo"*, pensó, sin decirlo en voz alta, como si hablar pudiese espantar algo.

Antes de salir, se detuvo un momento en el aseo, agua fría en la cara —un lavadito rápido—, peinada con los dedos, una pasada de toalla al cuello. El espejo le devolvió una expresión clara, suficiente para el campo.

Apagó la luz. La bandolera al hombro, la chaqueta por encima, y un último vistazo al lomo del manuscrito asomando entre la tela, discreto, esperando. Lo apretó contra el costado, como quien asegura un paquete frágil. Abrió la puerta con el giro mínimo del picaporte para no despertar a nadie y dejó atrás la línea oscura de la habitación.

En el pasillo, el frío subía limpio por las escaleras. El edificio guardaba ese silencio de pueblo siempre alerta. Tristán bajó con paso firme, la cabeza clara dentro de lo posible, el chichón marcando un compás tenue. Empujó la puerta y, a lo lejos, la voz de Lala cruzó el hueco:

—¡Que tengas un gran día, Tristán!

No le sorprendió. Omnipresente.

Cerró tras de sí. Fuera le llego el olor que ya conocía de Santa Nevana, y hoy significaba trabajo. El manuscrito quedó a resguardo en la bandolera, listo para ser abierto en cuanto pudiera —antes de comer, o en el Garrison, o de vuelta—. Por ahora, Eusebio. Y la jornada. Y luego, lo escrito sin memoria.

La luz de la ventana, que ya estaba encendida, se iba acercando cuando tomó la vereda. Desde fuera se intuía el calor de la estufa y el olor a café. Tristán llamó con los nudillos.

—Llegas tarde —dijo Eusebio desde dentro.

—Perdón, se me fue el… Desde que no me sirve el móvil no soy consciente del tiempo. Pero ¿Sabes? No lo echo de menos.

Eusebio abrió riéndose, ladeando la cabeza.

—Que me estaba metiendo contigo, hombre. Han sido sólo cinco minutos. —Le palmeó el hombro—. El campo puede esperar un poco; la vida es otra cosa. Primero, desayunar.

La cocina era un cuadrado al que le faltaba un lado, en la misma sala, apretada, de azulejo antiguo, con una mesa justa y una cortina entreabierta al fondo que hacía de puerta a la alcoba. Detrás, se veía el camastro, una manta doblada al pie, botas alineadas, y un crucifijo pequeño sobre la pared desconchada. En la cocina, una sartén todavía tibia, puchero vivo, pan abierto a navaja y dos platos hondos esperando su turno. El vaho de las tazas entelaba el cristal.

—Come —ordenó Eusebio, sirviendo café—. Hoy seguimos con la patata tardía. Luego, si da margen, otro viaje con pimiento.

—Estoy listo —dijo Tristán.

—Listo, listo… —sonrió Eusebio—. Despacio. Tómate tu tiempo.

Comieron sin prisa, pan con aceite, tomate restregado con sal gorda, cecina cortada fina y aceitunas machacadas y su sempiterno queso. Al lado, el café de puchero y un par de pimientos templados de ayer para rematar.

—Aceite de tu tierra, me lo trae un amigo de Andalucía cuando viene a verme, de una almazara de una pequeña cooperativa de Jaén—Tristán notó cómo el calor del puchero se le agarraba a la garganta y se asentaba en el estómago. Eusebio recogió, pasó el paño con dos movimientos y asomó la cabeza por la cortina de la alcoba para coger una chaqueta vieja.

—Al lío.

Salieron. El tractor volvió a toser y aceptó la mañana. Chequeo breve: nivel de gasoil, aceite, presión de ruedas, un vistazo a los pasadores del enganche del remolque. El metal devolvió ese clin seco de día que empieza.

El bancal de patata tardía estaba a media ladera. Eusebio acopló el arrancapatatas, al bajar el apero, la tierra se abrió dejando las patatas al aire, pintando la tierra de pecas irregulares. Tristán iba a pie, escogiendo. Ya sabía cómo se hacía: buenas al saco de yute; las golpeadas, aparte. El aire olía a tierra recién abierta, Tristán disfrutaba mientras se le abrían los pulmones.

Cambiaron de surco. Era curva ciega con cuneta blanda y talud a un lado. Un golpe de piedra hizo vibrar el apero. No lo vieron venir, enseguida una arandela rompió, el pasador a medio salir de su sitio y el enganche haciendo un quejido largo. El remolque se ladeó amenazando con caer hacia Tristán y aplastarlo. En una décima de segundo, que pareció en cámara lenta, dio un salto hacia un lado mientras el remolque se quedó a apenas medio metro de su cara.

—¡Cuidado! Quieto —dijo Eusebio, agachándose—. Se ha corrido el pasador. Sal lentamente de ahí, no vaya a moverse más el cajón.

Por el otro lado ajustaron una cadena con un gancho, tiraron y el remolque volvió a enderezarse. Eusebio ajustó un tornillo con una llave que hizo de pasador y reforzó con un trozo de alambre, apretó los labios, probó con la mano. El remolque se asentó.

—Aguanta —dictaminó—. Pero al primer síntoma raro, paramos.

—Casi no lo cuento, ha faltado un pelo, nos ha ido de nada— dijo Tristán mientras se sacudía los pantalones.

—Cosas del campo —le respondió— Una cosa te digo, normalmente estos accidentes no avisan, son traicioneros y silenciosos, cuando ocurren ya es demasiado tarde. Has tenido suerte. Pero no le des más importancia de la que tiene, no ha pasado nada. No te preocupes, mi Massey es el tractor más duro que existe, por algo lo llaman El Buey. Ahora te toca a ti conducir un rato, ya sabes cómo se hace.

Siguieron. Cargaron dos sacos. El sol asomó un dedo por encima de los castaños. Tristán sintió el cuerpo en ritmo, el trabajo engrasando pensamientos. Volvieron al tractor para el primer arrastre al cobertizo. Camino estrecho, baches viejos que el remolque recordaba mejor que ellos.

A mitad de carril, una sacudida. Con Tristán a los mandos el remolque coceó hacia la derecha y tensó el enganche con un clac de mala leche. Tristán frenó. Eusebio, ya en el suelo, metió un calzo bajo la rueda y se metió por debajo un segundo. Salió con la cara manchada de polvo.

—Menos bromas —dijo, casi divertido—. Ya te dije, si hace el tonto, paramos.

Soltaron, recolocaron, y para más refuerzo aseguraron el pasador con una grapa vieja que Eusebio guardaba "por si acaso". Probó el juego con la bota, quedó firme. El amago se deshizo ahí, manos negras, resoplido, y otra vez adelante. Descargaron en el cobertizo —palés, esquina oscura y fresca— y volvieron al bancal.

Comenzaron con la segunda carga: cuatro sacos de patata, el remolque ligero de pimiento de ayer. Tristán al volante. Iban por el otro camino, detrás de la casa. Eusebio se adelantó y bajó la ladera por el borde, a pie, para comprobar que el carril de abajo no estuviera hecho barro. Al pasar la primera curva el volante se volvió duro como un yunque. Tristán intentó girar y el círculo no respondió. Frenó, pedal al fondo pero no paraba. La bajada se empezaba a pronunciar, suficiente para que el conjunto quisiera ir más rápido hacia la silueta que tenía delante.

—¡Eusebio! —gritó— No sé qué pasa, el volante no gira y el freno no va.

Eusebio giró la cabeza. Dio un paso en falso en la linde, la bota resbaló en un hilo de arcilla, y el tobillo se le fue como si alguien se lo hubiera empujado. Cayó de una rodilla, se torció, intentó ponerse en pie, no pudo. Un gran dolor le dejó tirado en el suelo incapaz de ponerse recto. El tractor tenía vida propia y se dirigía hacia él. Tristán tiró del freno de mano, golpeó el embrague, buscó y rascó a marcha corta. El tractor empujó con su peso tonto, con esa obediencia ciega del hierro testarudo. El volante seguía de piedra como si algo decidiese la dirección a tomar.

—Atrás, atrás —le dijo, mientras hacia el máximo esfuerzo con sus manos intentando al fin girar, los antebrazos tensos, como si se fuesen a romper, le ardían.

Eusebio trató de arrastrarse fuera de la trazada; la cuneta lo atrapó por la pernera. El remolque balanceó, tirando del conjunto y, de repente, rompió el enganche de nuevo. El tractor, sin peso, se aceleró. Tristán pateó el freno una segunda vez —nada—, intentó calar el motor. El tractor no aceptaba orden ninguna.

—¡No! ¡Quieto! —gritó Eusebio. El final se precipitaba con rapidez.

La rueda delantera subió al pequeño borde donde Eusebio estaba. Él levantó una mano con la palma abierta, para protegerse de algo

de lo que era imposible hacerlo, como queriendo apartar el mundo. La otra en el suelo buscó tracción para arrastrarse. Eusebio, con una mueca desencajada en la boca, miraba aterrado a los ojos de Tristán, que tenía la suya, desesperada, clavada en él y atado a un volante que no cedía. La máquina avanzó por encima de Eusebio desapareciendo debajo, aplastándolo y congelando a fuego el espeluznante momento en el cerebro de Tristán.

Tristán giró la cabeza un instante y, a duras penas, alcanzó a ver cómo Eusebio reaparecía por detrás del guardabarros, tumbado en el carril, mientras el tractor seguía su camino a trompicones, ya sin remolque, cuesta abajo. Se lanzó dos metros más y reventó contra una encina, un crujido de madera y chapa, un gemido del motor, y luego el silencio tenso que dejan los golpes serios. Tristán saltó del estribo, cayó mal, se raspó la mano, y salió corriendo hacia Eusebio.

—Eusebio, Eusebio… —se oyó decir, con una voz que no parecía la suya.

Eusebio estaba de lado, medio encajado en la cuneta. La pernera rota a la altura del tobillo, la camisa con un hilo de tierra y una mancha oscura de sangre que crecía lenta. Respiraba corto, cada toma de aire como una llave que no encaja.

—Trist… —los ojos enfocados en él, no en el cielo—. Acércate.

Tristán se arrodilló en el barro y le sostuvo la nuca con la mano limpia. Eusebio parpadeó una vez, juntó fuerzas en la cara, y en un hilo que parecía venir desde muy atrás dijo:

—Investiga por mi… Zagalón… el culto… Elías… Zagalón… Investiga…

La última palabra tembló en sus labios y se apagó. Tristán le sostuvo la nuca un segundo más y, con cuidado, dejó la cabeza de Eusebio sobre la tierra. Se incorporó de espaldas a él, anduvo unos pasos, separándose de él, mirándose las manos negras, y soltó una maldición breve, caliente, contra el volante, contra el hierro, contra todo.

Entonces, en el mismo instante de la muerte, la boca entreabierta de Eusebio estalló una niebla azul, como la de la noche anterior, una energía en caño grueso, rápida, como un geiser silencioso que sube de golpe, se espesó en el aire, tomó media altura y giró con

precisión hacia el pueblo, buscando la calle de la Casa Quemada, deslizándose baja sobre las jaras. No dejó rastro ni sonido, solo un frío breve que barrió el carril y se fue. Tristán, de espaldas y en shock, ni se enteró ni pudo ver el extraño suceso.

Eusebio aflojó la mano que tenía en el suelo. Los dedos soltaron la tierra. La boca quedó así, espectralmente entreabierta, la mirada quieta, como si siguiera viendo una cosa que ya no estaba allí. Tristán notó el peso del alma en el pecho y solo entonces oyó el motor del tractor ahogarse por completo contra la encina.

El campo, en silencio, como si participase del momento, hizo un ruido mínimo, un pájaro que escapaba del árbol, dos golpes de viento, y nada más. Tristán volvió a Eusebio le apartó la mano. Se quedó mirando el lugar donde la niebla había desaparecido, con el latido en la sien marcando un compás que no era suyo.

Tristán tardó un minuto en volver en sí. El aire le entraba a golpes. Se puso en pie como pudo y echó a correr hacia el pueblo. La vereda le pareció más larga que nunca. En su carrera las zarzas le arañaban, piedras traicioneras, un perro que ladró sin verlo. Al llegar a la primera calle, se dio de bruces con Santiago de frente.

—Santiago… —dijo sin voz—. Eusebio. El tractor. No responde… Se fue encima… —tragó saliva—. Está mal.

Santiago no preguntó más. Le agarró del codo y lo encaminó a la plaza.

—Vamos a por Modesto.

Encontraron a Modesto detrás del mostrador, marcando un papel con un lápiz corto.

—Ambulancia de Astorga, ya —dijo Santiago—. Accidente en la ladera. Eusebio.

Modesto no respondió; marcó el número del hospital para que derivaran la llamada al servicio de ambulancias y se quedó colgado en el hilo eterno de la espera. Cuando por fin colgó, asintió.

—Id de vuelta —les dijo—. Me quedo a la espera de la ambulancia. Iré con el equipo médico cuando llegue y les indico el camino.

Santiago y Tristán regresaron a paso vivo. El silencio del campo se había tensado como una cuerda. Al llegar, Santiago se agachó junto

a Eusebio, buscó pulso, mirada, ese algo que a veces queda cuando ya no queda nada.

—No —dijo, muy bajo.

Luego se movió con oficio: marcó el suelo con piedras, observó el enganche, midió con los ojos la trazada, tocó el volante, palpó el pedal. A Tristán le pidió:

—Espera en la casa, por favor. No te vayas lejos.

La cabaña de Eusebio estaba abierta. Dentro, el calor de cocina del desayuno se había ido quedando en las paredes. Tristán entró sin quitarse el barro, dejó la bandolera en la silla, bebió un vaso de agua del cántaro. La cortina de la alcoba dejaba ver el catre vacío que no volvería a ser ocupado. Todo estaba esperando en su sitio, como si el dueño fuese a cruzar la puerta en cualquier momento.

Miró la librería. El catecismo seguía con su papel asomando. Lo tomó ahora sí, con las manos todavía sucias. La hoja decía, en lápiz apretado: "Una llama, muchas sombras", y debajo un croquis tosco, desde la estación vieja una flecha hacia "casa E." —un cuadrado negro. Se le encogió algo en el estómago.

Dejó la hoja y levantó el recorte del incendio ("Incendio en la casa del escritor"). Por el dorso, con letra de Eusebio: "Varea preguntó por la ventilación." Se quedó un segundo mirando la palabra "ventilación" como si la oyera respirar.

Alzó la vista: el calendario de 1997. Tres cruces: marzo, junio, septiembre. Y, muy pequeño a lápiz, I – B – C. Tristán rozó las letras con el dedo, casi con miedo a borrarlas.

Afuera llegó, por fin, el eco de una sirena. Tardó un tiempo eterno que se hizo de plomo. Tristán salió de la casa.

Ya había gente alrededor. Los vecinos se arremolinaban a distancia, hablaban en bajo. Al borde del círculo vio a Maeve. Fue hacia ella sin pensarlo. La abrazó con un golpe, la cara contra el hombro, y rompió a llorar. Maeve pensó que era un hombre que no le importaba enseñar ese tipo de sentimientos.

—Tranquilo —dijo ella—. Estoy aquí.

La ambulancia quedó a un lado, con las puertas abiertas. Santiago se acercó y le hizo un gesto a Tristán. Le habló al margen del murmullo, con el tono de quien toma declaración para proteger.

—Cuéntame exactamente qué ha pasado —pidió.

—El enganche dio un tirón. Ayer ya bromeó con nosotros. Hoy cargamos de nuevo. Yo iba conduciendo. En la curva el volante se puso duro —como una piedra—, frené y el pedal se fue al fondo. Nada. Le grité a Eusebio. Él resbaló, cayó, quiso apartarse. Yo tiré de freno de mano, embragué, intenté calar. El tractor no respondía. Fue como si… —se mordió la frase—. Fue muy rápido.

Santiago asintió despacio. Miró un momento hacia el tractor, luego volvió a él.

—He revisado ahora mismo —dijo, sin adornos—. El volante gira bien. Los frenos también. No están rotos. No hay fuga.

Tristán parpadeó, sin entender.

—¿Cómo, qué…?

—La máquina está bien, Tristán. Otra cosa es lo que pasó. —Santiago sostuvo su mirada—. A veces, lo que falla no está a la vista. —Señaló el corte del terreno—. Pero no digas "se me fue sola". Di esto: falló en la curva, hiciste lo que pudiste y ya está. ¿De acuerdo?

Tristán quiso decir algo y no encontró palabras. Miró el círculo de gente, el brillo de la encina con chapa, el barro en su bota.

—De acuerdo —consiguió.

Santiago le tocó el codo, leve.

—Tómate un minuto. Luego baja al pueblo.

Tristán asintió. A su espalda, los sanitarios trabajaban en silencio. Miró hacia el carril. Sabía —sin saber por qué— que había algo más en ese accidente. O era el tractor o era él lo que no reaccionaba, pero algo ocurrió. Bajó la vista a la hoja doblada que llevaba ahora en el bolsillo: Una llama, muchas sombras. Estación vieja → casa E. I–B–C. Notó, muy hondo, que había algo más. Y tendría que averiguarlo.

Se apretó el puente de la nariz para cortar el temblor. Maeve le puso la mano en la espalda. Miro un momento al Massey, el buey reposaba contra el imponente árbol, apenas vapor de agua del radiador y, bajo el guardabarros rojo metálico, la rueda impregnada de barro azul grisáceo.

—Vamos —dijo ella—. Te acompaño al camino.

Él asintió. Y supo que, a partir de ese minuto, todo iba a ser distinto en Santa Nevana.

Subieron la escalera de servicio hasta el piso de arriba, el que caía justo encima del Garrison, el apartamento de Maeve. Abrió con la puerta con un empujón de cadera. El piso era corto y limpio. Un salón con sofá de tela, una mesa pequeña junto a la ventana, libros apoyados en horizontal donde se podía, una alfombra con pelo cansado, y una cocina mínima abierta al lado, como si fuera una estufa más del cuarto. Una vieja guitarra acústica colgada de la pared. No había fotos. En un rincón había un puñado de discos de canto, junto un tocadiscos y un par de bafles. Tristán pensó que los discos harían viajes continuos de arriba abajo. A través del suelo se adivinaba, amortiguado, el respirar del bar.

—Siéntate —dijo ella—. Manzanilla.

—Sí —dijo Tristán—. Gracias. No he comido… y dudo que me entre nada.

La tetera tardó lo suyo en susurrar. Maeve sirvió en dos tazas desparejadas; la suya tenía una esquina de esmalte saltada. Tristán la sostuvo con ambas manos, agradecido del calor y del gesto. El estómago estaba cerrado, el día había pasado por encima como un tren descarrilado.

—No podía detenerlo —dijo al fin—. No giraba el volante. No respondía el freno. Se me fue encima. —Respiró—. Santiago me ha dicho que no lo diga así. Que diga que falló.

Maeve lo miró sin huirle la cara.

—Fue un terrible accidente. No te martirices. No ahora.

—Vas a pensar que estoy loco —dijo Tristán, con la taza en el aire —, pero allí había algo. Una presencia. Sentí… como si alguien se colara entre mis manos y el volante.

Maeve sostuvo la mirada un segundo más; luego dejó la taza en el platillo con un sonido limpio.

—Olvídalo por hoy —dijo, firme—. Estás en shock. El cerebro hace trampas cuando no puede con lo que ve. Descansa.

Él asintió despacio, pero la idea se le quedó pegada detrás del esternón, como una astilla.

—Anoche escribí —dijo de pronto—. No recuerdo cómo. Debí resbalar y darme. Pero el manuscrito está aquí. —Abrió la bandolera, acarició el lomo—. Capítulo II.

—¿Leemos? —propuso Maeve, con un brillo breve—. Solo para quitarte la cabeza de este día.

—Léelo tú —dijo él—. No sé si quiero oírme en voz alta.

Abrió por la cinta, pasó una página como quien descubre una herida y la mide con los ojos, y leyó. No hacía falta más. Contó.

—Va de Santa Nevana… pero de antes —dijo, buscando los hilos —. Un carbonero que venía de la estación vieja y juraba oír respirar la Casa Quemada por debajo. Un ruido regular, como de bestia dormida. Habla de una llave que no abre puertas, sino ventanas de mundos. Y de una copa en la iglesia con una frase en latín que nadie mira dos veces porque piensan que es de misa… pero no lo es.

Se quedaron callados. La manzanilla les hizo una nube en la cara.

—Está muy bien —dijo Maeve por fin—. Promete. De verdad. Agárrate a eso. Escribe.

—Voy a intentarlo —dijo él. Pero la palabra intentarlo le sonó pequeña.

Un grito rebotó en la calle, claro, bajo la ventana.

—¡Al Avío! —una voz de mujer, otra de hombre al fondo—. Se están reuniendo.

Maeve se levantó, corrió la cortina con dos dedos, miró de soslayo.

—En Santa Nevana —explicó—, cuando pasa algo, nos juntamos en El Avío. Se habla. Se escucha. Se decide poco, la verdad… pero se está. Es la costumbre.

—Vamos —dijo Tristán, con la taza aún caliente en las manos—. Pasamos un momento. Luego hostal y a descansar.

Bajaron por la misma escalera. Desde media calle ya se veía gente en la puerta del Avío, y dentro el humo de la estufa y los cuerpos. Al entrar callaron de golpe las conversaciones. Cabezas que giran, ojos que miden. Nadie dijo nada. Se abrió un corredor directo hasta la mesa larga del fondo.

Santiago estaba allí, de pie, con Modesto al lado. En torno, los de siempre y los de a veces: Eloy con la mano en el respaldo de una

silla, Vicente en segunda fila con gesto de piedra, Aurora con bolso apretado y cara de iglesia, Amparo en la barra. A Lala no la vio; estaría entre la gente. Un murmullo de colmenilla que sube y baja.

—Buenas —dijo Santiago, no levantó la voz; bastó—. Accidente en la ladera. Ya habréis oído la sirena. Eusebio ha fallecido.

El murmullo tembló y se volvió a cerrar.

—La versión es sencilla —siguió Santiago—: en la curva, el enganche ha dado un tirón. El tractor ha ido fuerte hacia la orilla. Eusebio ha resbalado intentando apartarse, se ha visto atrapado y… —se tragó el resto—. Ya está. —Hizo una larga pausa y giró la cabeza hacia Tristán—. ¿Es así, no, Tristán?

Tristán asintió. No le salió la palabra.

—El cuerpo está camino de Astorga —añadió Modesto, con la voz cuadrada—. Ya debe haber llegado. Harán una autopsia rápida, de trámite. Mañana, seguramente, o pasado, como mucho, lo devuelven para el sepelio en la ermita. Yo me encargo de hablar con el cura y con lo necesario.

—Tenía dos hijos —dijo una mujer desde el lateral—. Habrá que decírselo.

—Yo tengo el contacto —dijo Modesto, levantando el lápiz—. Llamo yo mañana a primera hora.

El silencio duró cuatro respiraciones. Luego la sala se abrió en islas de charlas, aquí dos que se hablan al oído, allí tres que mueven la cabeza, una silla que se arrastra.

—Pero ha sido un accidente raro, ¿no? —preguntó alguien con voz aguda desde la barra. Tristán no pudo evitar oírlo.

—Raro es —respondió otro—, pero el escritor es novato. Se le pudo ir y ya está.

Tristán notó cómo la frase le entraba por el oído y le raspaba por dentro, como una astilla hacia el estómago. Buscó a Maeve con la mirada. Ella le sostuvo los ojos un segundo, lo ancló.

—No pinto nada aquí —dijo él, solo para ella—. Me voy al hostal.

—Vamos —dijo Maeve, a media voz.

Salieron por el pasillo que se hizo solo, como si el bar tuviera lealtad con los que están rotos. Al llegar a la puerta, Modesto los alcanzó con paso corto.

—Tristán —dijo—. Mañana búscame para que me des cuatro datos para el papeleo. Descansa hoy.

—Claro —dijo él, sin saber muy bien qué aceptaba.

La calle estaba fría. El aire había elegido quedarse quieto. Cruzaron los escasos pasos hasta la puerta del hostal. Allí Maeve se detuvo. No dijo nada. Se acercó y le dio un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura; un beso breve, templado por lo que el día había roto, un beso que no pedía nada pero decía mucho.

—Mañana habrá sitio también —le dijo, suave, con su frase.

—Gracias por el sitio —respondió él, porque no sabía decir otra cosa y porque, de pronto, era verdad de muchas maneras.

Dentro no estaba Lala. La cocina estaba oscura y vacía de toda personalidad. Tristán abrió el grifo, se llenó un vaso y lo bebió entero. Se tocó la mejilla donde el beso había rozado la comisura, como si necesitara comprobar que seguía ahí.

Subió con el cansancio en las piernas y la cabeza demasiado llena. En la mesilla, la botellita de Eloy. Quedaba poco, ni para media taza. No la tocó. No pensaba escribir. Y si el cuerpo no le dejaba dormir, no iba a discutir con él, que mandara el cuerpo.

Se metió en la cama sin ceremonia, rígido, con la vista en el techo. Venían golpes de imágenes: el barro gris, el borde de la cuneta, la mano alzada de Eusebio, sus miradas, clavadas una en la otra en un segundo eterno. Ordenó a la cabeza que hiciera silencio. Afuera, un coche cruzó la calle y dejó dos lucecitas reptando por la pared. El manuscrito dormía en la bandolera. Tristán cerró los ojos. El latido de la sien bajó de volumen, como quien apaga una radio antigua.

Agotado, la noche se lo llevó al fin, lentamente.

Capítulo 11
Veinticinco Campanas

Sonó dos veces la puerta, con los nudillos, y se quedó ahí, respirando en el quicio.

—¿Tristán? — era la voz de Lala, baja.

Él no se movió. Tenía los ojos abiertos desde hacía rato, mirando el techo como si fuera una pantalla en blanco.

—¡Tristán! — dijo, esta vez, sin miramientos.

—¿Qué hora es? —preguntó sin levantarse.

—¡Tarde! —dijo Lala—. Más de lo que conviene.

El silencio se quedó un momento más, como si la casa escuchara. Lala no insistió. Tristán oyó sus pasos alejándose por el pasillo, el roce leve de su bata rozando la pared. Podía quedarse ahí, flagelándose, y parte de él quería eso. Le dolía el cuerpo del cansancio y, detrás, ese dolor sin forma que el sueño no limpia.

Ayer. Estiró la mano hacia la mesilla, tocó el borde del cuaderno como para comprobar que existía. Ayer había sido ayer, y sin embargo parecía un mes. Eusebio convertido en una palabra del pretérito. "Lala lleva razón", pensó, sin saber exactamente en qué, pero llevaba razón. Se incorporó. La cabeza le dio un tambaleo corto, de barco en puerto. Se calzó a medias y salió al pasillo rumbo al aseo.

Abrió el grifo de la ducha y dejó venir el agua caliente primero, como una mano que desentumece. Se la pasó por la nuca, los hombros, la cara. Entonces, por voluntad y castigo, giró la llave hacia el frío. El chorro le mordió por la espalda, la respiración se le cortó en dos golpes, y, contra lo que cabía esperar, el cuerpo lo agradeció, una claridad áspera le subió a la cabeza, un despertar que no quitaba el pesar, pero lo ordenaba en su sitio.

Cerró. Toalla rápida, con la piel de gallina que le dibujó un mapa de vuelta. Volvió a la habitación y se vistió sin ceremonia, lo de siempre. Agarró la bandolera y la rutina de palparse los bolsillos que

pone el mundo en fila. Se miró de soslayo en el espejo: el mismo de ayer, o eso creía.

Decidió bajar a la cocina.

Allí estaba Lala, estaba en la tarea, pero estaba esperando. Se notaba el cambio de tiempo, el cristal de la ventana de guillotina empañada por dentro y Lala lavando cachivaches en el fregadero de acero. Sobre el fogón, el puchero ennegrecido por abajo y al lado la cafetera de rosca con el asa pelada. El reloj esa mañana parecía ir medio paso por detrás. Había una extraña atmosfera, un polvo en el ambiente de nieve fina en suspensión. Como si el aire supiese que esa mañana era diferente.

Estaba de espaldas, seguía ordenando sin prisa. Doblaba un paño, lo cuadraba, lo volvía a doblar. Tristán se apoyó en el marco, sin hacer ruido, mirando ese pequeño orden que alguien había puesto para que no se deshiciera el día.

Lala había puesto dos tazas sin preguntar.

—No tengo hambre —dijo él, quedándose de pie.

—En esta casa nadie sale sin meter algo al cuerpo —respondió ella, sentándose primero para obligarlo a sentarse después—. Come. Lo demás… ya veremos.

Tristán mordió sin ganas. El pan crujió como una hoja seca. El café estaba fuerte, sin azúcar. Le daba igual.

—¿Cómo estás de verdad? —preguntó Lala, mirándolo por encima de la taza.

—¿Cómo quieres que esté? —soltó él, más áspero de lo que pretendía.

Lala no apartó la vista. Tenía esa forma de mirar que desbroza.

—En el campo pasan cosas. Y pasan de golpe. Y ya está.

El pan se le paró en la boca. Tragó y se secó las manos en el pantalón.

— Lala no sé qué pasó. Eusebio me enseñó bien, al principio el tractor me imponía, pero cuando lo atropellé ya lo dominaba, aunque, en ese momento… Hubo un instante en que no respondía el volante. Y el freno… nada. —Se obligó a respirar—. Ya lo conté.

Pero entonces… —buscó la palabra con los dedos— ¿Sentiste… algo raro?

—¿Dudas de mí, Lala? —le salió seco, un poco alto. Bajó la voz enseguida—. ¿Dudas de lo que dije?

Lala asintió despacio, como si esa respuesta encajara en un cajón que llevaba tiempo preparado.

— Es que hay algún murmullo en el pueblo, pero yo sé que es lo que es, no dudo de ti, ¿Cómo voy a dudar? No dudes tú de ti, porque todo empieza en ti, así que déjalo estar.

Él intentó cambiar de tema por un lugar seguro.

—No te vi en El Avío anoche.

—Estaba por allí —dijo Lala, y sonó a verdad—. Cuando pasan cosas, se está. —Le apartó la taza vacía—. Creo que Modesto te espera. Ve. Que te vea la cara y te dé papeles o lo que sea, pero no te quedes aquí.

Tristán asintió. Se levantó, pero Lala le tocó el antebrazo y lo sentó otra vez, solo un segundo.

—Dos cosas, hijo. Una: come un poco más. Dos: no te dejes solo. Hoy menos que nunca.

Él obedeció en silencio. Mojó la última miga en aceite. Cuando se puso la chaqueta y se colgó la bandolera, Lala ya estaba recogiendo como si la cocina tuviera que quedar en posición de firmes.

—¿Vas a necesitar algo de la farmacia? —preguntó, sin mirarla.

Lala dudó un latido. Negó.

—Me queda poco del preparado de Eloy. Quizá pase luego. Esta noche tengo que… —no terminó la frase; el verbo escribir se le quedó pegado en la lengua.

—Ya —repitió Lala, con ese "ya" que significaba que lo había entendido todo—. Anda.

Él hizo un gesto que era casi una sonrisa.

—Gracias.

Al salir al pasillo, Tristán pensó que tal vez Lala estaba en todas partes aunque no se la viera, como en El Avío. Y que eso, hoy, le venía bien. Afuera, Santa Nevana murmuraba. Abrió la puerta y el aire de fuera entró frío y limpio.

La oficina de Modesto pintaba poco uso, algunos papeles desordenados y un ordenador de la prehistoria como el de la biblioteca. Había una planta de interior con tres hojas nuevas que se

empeñaban en salir a pesar del polvo. Santiago también estaba allí, de pie, dándole a un bolígrafo con la mano como si quisiera sacarle música.

—Míralo, el hombre del Massey —dijo, con media sonrisa cansada. Una broma que no le sentó nada bien a Tristán. Ese hombre pretendía ser afable a destiempo.

Modesto no sonrió. Tenía la chaqueta en el respaldo y las mangas de la camisa dobladas.

—Siéntate, Tristán. No es un juicio. Son cosas que hay que dejar por escrito.

Tristán se sentó. El asiento hizo un ruido de cuero que parecía un suspiro. Modesto deslizó un impreso.

—Declaración de accidente. Aquí dónde y cuándo, aquí cómo. —señaló Santiago— Enganche, curva, pérdida de control. Lo básico.

—Y aquí —tocó con el dedo— la autorización para que entres en la cabaña a por tus efectos personales. Bajo custodia; nada de mover más de lo necesario.

Santiago apoyó el bolígrafo en la mesa como quien deja una espada.

—Y aquí —señaló otra casilla— marcas que llevabas dos días trabajando con él.

—Un día y medio —rectificó Tristán, casi por reflejo.

—¿Ves? —dijo Santiago—, ya tienes más horas que yo con una azada. —Seguía sin medir los tiempos de las bromas.

—¿Y la gente? Quiero poder andar sin que nadie me mire de lejos. —dijo Tristán, directo, antes de que el papel lo tragara—.

Modesto ladeó la cabeza.

—Alguno siempre murmura. Y suele ser el que no estaba ni sabe. —Le sostuvo la mirada—. Ya el primer día Eusebio decía que conducías bien. Eso es lo que vale aquí dentro.

Modesto abrió una carpeta del Hospital de Astorga.

—Han llamado. Han acelerado la autopsia.

—¿Y…? —Tristán notó que la palabra se arrastraba.

Modesto buscó el tono. —Nada fuera de lo normal para un aplastamiento. —Pasó página—. Un detalle que han apuntado: lo

hallaron más "consumido" de lo esperable para el tiempo transcurrido. Como vacío.

—¿Consumido?

—Como si se le hubiera ido la fuerza de golpe —dijo Modesto, sin adornos—. No es un término médico, pero nos entendemos.

Tristán asintió despacio.

—El cuerpo podría volver esta tarde —añadió Santiago—. Depende del conductor, pero es lo más seguro.

—Los hijos —preguntó Tristán—.

—Mañana temprano —dijo Modesto—. Los llamé y la reacción me dejó sin respuesta. Me han dicho… —miró el papel—: *"Ese maldito pueblo sólo trae cosas malas"*.

—Lo dijeron en caliente —añadió Santiago—. Ya nos conocemos todos… aunque ellos se fueran. —Hizo un gesto circular con la mano, como abarcando el pueblo entero.

Modesto deslizó otro folio.

—Y esto. Duelo municipal. Tres días. Ya está firmado, no hace falta consenso.

—¿Cómo… funciona? —preguntó Tristán, sintiéndose torpe.

—Banderas a media asta. Actos aplazados si los había. Y las campanas —dijo Modesto—. Aquí siempre se han tocado para los que trabajan hasta el final. A las doce y a las diecinueve, veinticinco golpes.

—¿Veinticinco? —

—Aquí siempre es así —dijo Modesto—. Veinticuatro por las horas del día y uno "de guía", para que el alma encuentre el camino. Costumbre vieja del valle.

Santiago le puso el bolígrafo en la mano.

—Firma aquí y aquí. Y dime: ¿algo más que añadir a tu declaración? —La voz estuvo a punto de caerle en un tono de chiste, pero se sostuvo.

Tristán bajó la vista. Vio su nombre impreso y una línea vacía.

Firmó. La letra no era la de siempre; una versión apretada de sí mismo.

Modesto juntó los papeles con un clic de grapa.

Santiago comentó con marcialidad, como si nadie pudiese hacer esa misión.

—Yo estaré pendiente del pueblo. —Hizo una pausa—. Y… Tristán, no te metas en casa a rumiar solo. Si necesitas hablar, pasa.

—Gracias —dijo Tristán, y creyó que lo decía de verdad.

Se levantó. La planta de interior acarició su hombro sin querer. En la puerta, Modesto lo detuvo con un último asunto.

—Tristán, quizás no es el momento, pero tenemos un acuerdo. Incluso te vendrá bien. Escribe cuando puedas. Tu cabeza también es tu trabajo.

Fuera, el aire tenía esa claridad de después de la lluvia… sin haber llovido. Se detuvo un momento. Suspiró. Echó a andar.

El pueblo andaba a medio gas, el luto pesaba como una losa. El Avío estaba a medio abrir, con las persianas subidas lo justo para entrar, a algo más de media altura y la tele sin sonido en un canal que nadie miraba. El reloj encima de las botellas avanzaba hacia las doce y a esa hora, el bar era un animal inquieto, esperando el golpe de campana.

Tristán entró y notó el cambio de aire, el murmullo se deshiló un segundo, como si todos tragaran a la vez, y luego el ruido volvió, igual pero distinto. Era un día diferente en El Avío, con Amparo, el turno de mediodía lo llevaba Justo, el cuñado, y Aurora que echaba una mano con los cafés.

—Un orujo —dijo Tristán, apoyando los dedos en la madera. La barra estaba limpia, con ese brillo mate de los años.

Justo lo miró un instante, midiendo palabras, y al final llenó el vaso sin miramientos.

—De hierbas, que entra mejor —sentenció.

A dos mesas, Bernarda, la costurera, estaba sentada con su pizarra colgada al cuello, un trocito de tiza en la mano. Tenía los ojos chicos pero vivos; cuando vio a Tristán, le dibujó una sonrisa que le arrugó la cara y escribió, rápido, un “hola” ladeado. Le enseñó la pizarra desde lejos y él le alzó la mano como aviso. Eloy estaba al fondo, de pie, apoyado en la tragaperras apagada; llevaba la bata de la botica por encima de una camisa de cuadros. Hizo un gesto con la barbilla.

—Tengo guardado lo tuyo —dijo, acercándose a la barra—. Paso ahora por la farmacia y te preparo uno más, que sé que andas justo.

—Gracias —dijo Tristán—. Paso cuando diga.

—Voy en un rato, hoy no abro, como todos. Pero te daré lo que necesitas —Eloy miró el reloj de pared—.

El reloj marcó las doce y, desde la iglesia, llegó el primer golpe de campana. Se hizo silencio en El Avío, como si alguien hubiera bajado un potenciómetro invisible. Tristán contó sin querer: uno, dos… veinticuatro. Y uno más, de guía. Justo limpió la barra sin limpiar nada. Alguien cerró un mechero que no había encendido.

—En este pueblo se acompaña así —dijo Baldomero, que había dejado el dominó a medias y volvía a jugar.

A su paso, dos hombres de la mesa larga bajaron la voz. Uno de ellos llevaba el periódico abierto, La Crónica de Astorga; el titular de una columna corta decía: "Accidente mortal en Santa Nevana: fallece agricultor local". Tristán lo vio de reojo. El de la gorra giró el papel como si le hubiera dado vergüenza que se notara.

—Oye, chaval —dijo un viejo de chaquetón que se había acercado despacio—, aquí faltan manos para el dominó. ¿Te sientas?

Tristán dudó, y Justo, desde la barra, le clavó un "sí" con la mirada.

—Un rato —cedió Tristán—.

La mesa olía a limón de bayeta y a tabaco viejo del que se masca y no se fuma. Colocaron las fichas con ese chac agradable que hace parecer que todo tiene un orden. El juego tiró de él hacia afuera durante unos minutos: salida, cierres, una mano mala que se arregla con dobles. El viejo del chaquetón —Baldomero; así le llamaban— soltaba refranes sin mirar a nadie: *"doble seis, día feliz"*, *"al que no le entran, que cante"*. Aurora pasó por detrás y dejó dos vasos de agua sin decir palabra, uno frente a Tristán, otro frente a Bernarda.

Bernarda se levantó a su ritmo, pasó por la barra a pagar un café que había tomado y, de vuelta, tocó el hombro de Tristán con la mano abierta, suave, una presión de dos segundos. En la pizarra, con letra que parecía de escuela, había escrito: "Come un poco". Él le negó con la cabeza. "Pide al menos una tapa". Él asintió, ella borró y escribió: "No te culpes". Luego dibujó una llama mínima en

una esquina —una puyita al destino, o eso quiso creer— y se fue con la tiza en el bolsillo.

—Ayer… fue duro —se atrevió al fin el de la gorra, sin mirar—. Lo siento.

—Gracias —dijo Tristán. El muro cedió un milímetro.

Las fichas volvieron a sonar. Tristán perdió una mano, ganó otra, y el juego sirvió de puente sobre un agua que dolía. En la tele sin sonido salió una imagen de Astorga y, un segundo después, un barco en un anuncio de seguros. Un programa de noticias local y debajo al pie de la pantalla: Eusebio, edad, "accidente con tractor", traslado a Astorga, duelo en Santa Nevana. Ningún detalle más.

Tristán bebió el último dedo de orujo. El alcohol pegó la espalda a su eje y, a la vez, le abrió una rendija de aire. Vicente, que había vuelto, se acercó.

—Llena la copa Justo—. Dijo Tristán dando por terminado el dominó. Se cambió de mesa.

—Si te sirve… —dijo Vicente, bajo—, tu sitio está siempre aquí —. No preguntamos. Servimos— Le dejó la copa y también, sin pedirlo, un platillo con una tapa: un trozo de empanada de batallón, hecha de costillas de cerdo adobadas con pimentón, chorizo y lonchas de tocino.

—No tengo hambre.

—En esta casa nadie bebe a palo seco —respondió Vicente, sin levantar la voz.

Se acercó a por el periódico que habían dejado abandonado. Decidió echarle un vistazo mientras comía. Quería saber que se decía.

Cogió el periódico por la esquina, con ese crujido seco de papel manoseado; olor a tinta y a dedos de bar. Lo abrió sobre la mesa, apartando un poco la copa y la empanada, y dejó que el titular le saltara a los ojos como un golpe que ya conocía por dentro. Tristán tragó saliva, limpió con el pulgar una arruga en la columna y empezó a leer despacio, línea a línea, como si cada frase tuviera que pasar por un cedazo antes de entrarle en el pecho.

Accidente mortal en Santa Nevana: fallece un agricultor local

El siniestro se produjo en un carril agrícola a media ladera. Las autoridades investigan las causas. El Ayuntamiento decreta tres días de duelo con toque de campanas a las 12.00 y 19.00.

Un vecino de Santa Nevana, Eusebio V., falleció ayer pasado el mediodía tras sufrir un accidente con su tractor en un carril de labor, según confirmaron fuentes municipales. El aviso se registró poco antes de las 13.00 horas. A la llegada de los servicios sanitarios, el hombre, de edad avanzada, presentaba lesiones incompatibles con la vida.

El siniestro se produjo en una zona en pendiente, durante una maniobra de arrastre con remolque. Por motivos que se investigan, el conjunto perdió el control y el agricultor quedó atrapado en la trazada. Un segundo trabajador, que lo acompañaba en la finca, dio la voz de alarma y trató de auxiliarlo hasta la llegada de la asistencia.

Hasta el lugar se desplazaron efectivos de emergencia y el agente municipal. El cuerpo fue trasladado al Instituto de Medicina Legal de Astorga para la realización de la autopsia. A última hora de la mañana de hoy podría ser devuelto a la familia, a la espera de confirmación oficial.

El alcalde de Santa Nevana, Modesto Álvarez, lamentó lo ocurrido y anunció la declaración de tres días de luto municipal: "Santa Nevana pierde a un trabajador de los de toda la vida. Nuestras condolencias a su familia". Durante el duelo, las campanas de la iglesia parroquial sonarán a las 12.00 y a las 19.00, con veinticinco toques "en señal de acompañamiento".

Fuentes de la investigación señalan que, por el momento, no se aprecian indicios de la participación de terceros ni circunstancias anormales. Se están tomando declaraciones y revisando el estado del conjunto tractor-remolque para determinar el origen del accidente.

¿Quién era Eusebio V.? Conocido en el pueblo por su carácter "callado y cumplidor", Eusebio V. trabajó durante décadas en labores agrícolas y de mantenimiento de fincas. Vecinos consultados lo definen como "hombre de manos curtidas, de los que no dicen mucho pero están, cuando hace falta".

La fecha y hora del sepelio se comunicarán en las próximas horas, una vez concluidos los trámites. Mientras tanto, la localidad mantiene persianas a medio alzar y una visible muestra de luto en comercios y hogares.

Tristán inclino la cabeza hacia su pecho con los ojos cerrados: "Eso es lo que ha pasado, no hay más".

Eloy, desde la puerta, asomó la cabeza:

—Voy ya. Si quieres pasarte, te lo dejo preparado.

—Voy ahora —contestó Tristán.

Tristán pagó y dejó unas monedas de más. Amparo miró cómplice a Aurora y se las empujó de vuelta con la yema del dedo.

—Deja —dijo—. Hoy no. Manda la jefa.

Fuera, el aire traía un frío limpio y una luz blanca que hacía brillar las esquinitas de las ventanas. Tristán pensó en esa cabaña que le aguardaba con las palabras raspadas. Sintió el estómago vacío y, aun así, le entró de pronto un hambre antigua, de ese tipo que no se arregla con pan." Tenía que volver a la granja, tenía que saber que pasó", intuía que debía volver.

Entonces sonó la campana otra vez, tres golpes tardíos, como si a alguien se le hubieran quedado en la mano y le daban la razón. Y el pueblo, sin decirlo, entendió.

Al entrar a la Farmacia, la botica como quiere que se llame Don Eloy, tenía ese aroma de alcohol de 96 y a mentol, un olor tan contradictorio como atrayente. Tenía las persianas a media asta, como las banderas del Ayuntamiento y la puerta principal cerrada con el cartel de "Luto". Eloy le abrió por la puerta lateral, esa que daba a un pasillo estrecho y a un cuarto con estanterías hasta el techo.

—Pasa —dijo en voz baja—. Hoy no estoy abierto. Ya me entiendes.

—Me queda poco —empezó Tristán, sacando del bolsillo el frasco que le había dado la última vez—. No llega para una toma completa.

Eloy cogió el frasco, lo puso a contraluz, lo balanceó con precisión de relojero.

—Con esto te da casi para una si no te pasas —dictaminó—. Y si no te pasas, te sobra. —Apoyó el frasco, ya evaluado—. Te preparo

uno de dos o tres más. Hoy no conviene andar de idas y venidas por el pueblo.

En una esquina, apartó un mortero con un pistilo con un halo de polvo fino. Abrió un cajón, sacó un cuentagotas y un frasco nuevo, también de ámbar, con la boca estrecha. Tristán se apoyó en el mostrador; el barniz tenía marcas de compás y medidas anotadas a lápiz, como si la tabla hubiera sido otra cosa antes de ser mostrador.

—Don Eloy… —dijo Tristán, y buscó la palabra—. Cuando lo tomo, la primera media hora es como… relajar la cabeza. El ruido de fondo baja. Pero luego —hizo un gesto con la mano, como dibujando un torbellino— noto otra cosa. La vista se me va un poco; escucho un zumbido fino, como de tubo fluorescente. A veces tengo el pulso en los párpados y un… —se tocó la frente— blanqueo breve, como si me quedara mirando por dentro. No es que me haga daño. Es… raro.

—Ajá —Eloy asentía sin mirarlo, concentrado en la mezcla—. Es lo que hace cuando abre y cierra.

—¿Qué abre? —preguntó Tristán, a destiempo.

—Los nervios —Eloy sonrió una milésima—. Primero afloja, luego compasa. —Dosificó dos gotas exactas—. Hay quien lo describe como si el cuerpo se apagara de pie y se volviera a encender alineado. Para dormir y para centrar, vale.

Vertió tres medidas de una botella sin etiqueta y una de otra que sí la traía: "Extracto compuesto". Añadió dos gotas de tintura de melisa y una de lúpulo. Agitó con muñeca firme hasta que el líquido se volvió opaco un instante y luego claro otra vez, como si respirara.

—¿Y lo del zumbido? —insistió Tristán—. ¿Y lo de quedarte en blanco?

—El zumbido es muy buena señal —sentenció Eloy—. Significa que bajan las líneas altas, la cabeza deja de estar de día y entra en faena de noche. El blanqueo… —inclinó la cabeza— es gente sensitiva. Les dura segundos. No te apures. —Mientras hablaba, puso una etiqueta blanca y escribió con letra inclinada: *"Para la noche. Mezclar con 20–25 gotas hasta media taza"*—. No mezclar con vino ni con orujo Tristán.

—Ya. —Tristán se pasó la lengua por el diente trasero, incómodo —. De hecho anoche no tomé.

—Pues hoy lo tomas —Eloy le sostuvo la mirada un segundo—. Esta noche, si vas a escribir —un gesto mínimo de ceja—. Poca cosa. Veinte. Y si ves que baja de golpe, te sientas, bebes agua y respiras por la nariz.

Se hizo un silencio. En el fondo, un reloj de pared dio el medio de la hora con un golpe sin ganas. Tristán no se sentía cómodo, algo en su interior le generaba algo que quería y rechazaba a partes iguales.

—La otra noche —dijo Tristán, bajando la voz— me desperté en la cama sin recordar cómo había vuelto. Tenía un golpe aquí. —Se tocó la sien—. Y el manuscrito… escrito. Yo no.

—A veces pasa —dijo Eloy, encajando el tapón de goma—. El cuerpo tira para la cama solo cuando descarga. No es raro. —Le dio dos toques al frasco para asentar el líquido—. ¿Duermes mejor desde entonces?

—Sí —admitió Tristán—. Profundo. Como si alguien hubiera apagado un ruido.

—Entonces te está haciendo bien —Eloy sonrió. Una sonrisa, intensa, calculada —. Eso es lo que buscamos, quitar el ruido y dejarte el surco. —Puso el frasco nuevo junto al viejo—. No apures el antiguo. Mezcla unas gotitas de este con lo que te queda, y ya tienes para dos o tres noches largas si te controlas.

Sacó una libreta con el lomo abierto y anotó: *"T.S. — preparado chico — 20–25 gtt — noche"*. Dibujó un aspa en el margen.

—¿Te lo apunto fiado o…? —preguntó con malicia, la primera vez se negó.

—No —dijo Tristán, sacando la cartera—. Hoy pago.

—Como quieras. —Eloy guardó la libreta en el cajón. Antes de cerrar, dejó ver, sin querer, una fila de papelinas grises con números a lápiz. Bajó el cajón con suavidad—. Descansa lo que puedas, y si notas que te late el ojo, es normal. No lo pelees. Deja que pase.

Tristán metió el frasco en la bandolera con cuidado, como si fuera un pajarito.

—Gracias Don Eloy.

—Para eso está la botica —dijo Eloy, y le tocó la manga, paternal —. Y otra cosa: no le expliques a todo el mundo lo que sientes. Cada uno cuenta lo suyo y luego lo repiten mal. Hazme caso: duerme, escribe. Y mañana me dices.

Abrió la puerta lateral otra vez. El pasillo olía a lejía reciente. Afuera, el frío entró con la luz.

—Don Eloy —se detuvo Tristán en el quicio—. ¿Esto tiene… plantas?

—Todo es planta si sabes mirar —contestó Eloy, sin pestañear—. Anda.

La puerta se cerró con ese clac de madera que sabe dónde apoya. Tristán se quedó un segundo en la acera, con la botica a la espalda y pensó que el ruido en la cabeza no había bajado ni medio paso.

Deambuló sin rumbo, sus botas, con vida propia, lo llevaron a casa de Maeve. Miró hacia arriba un segundo. Subió la escalera que llevaba a la vivienda —dos tramos cortos, barandilla metálica pulida por las manos— llamó suave con la palma de la mano. Ella abrió casi al instante, como si hubiera estado esperando detrás de la puerta.

—Tristán… —dijo, y en la voz cabían el alivio y el cuidado—. Pasa.

Una lámpara de pie encendía un rincón con libros y una manta doblada. Maeve le puso una taza de agua caliente con una bolsa de té entre las manos sin preguntar.

—Parte del día, venga —le animó, sentándose frente a él—. ¿Cómo estás de verdad?

—Raro —respondió él, sincero—. He hecho papeles con Modesto, he pasado por la botica… y el pueblo está como con sordina. —Bajó la mirada—. No estoy tranquilo, Maeve. Hay algo que no se me suelta. Necesito volver a la granja. Ver el lugar. No sé… mirarlo otra vez.

Maeve negó despacio.

—No podemos contaminar la zona. Santiago se suicida si te ve allí, a nosotros nos mata antes.

—Tengo una autorización para recoger cosas que pudiese haber dejado allí —sacó el papel doblado de la bandolera—. Iremos con cuidado. No voy a tocar nada que no deba. Solo… quiero ver.

Maeve lo miró dos segundos largos, como si le midiera el pulso desde los ojos.

—Eusebio me dijo "Investiga…. Investiga por mí", yo no sé si tiene sentido o si son palabras incoherentes de alguien que agoniza. Pero me martillea Maeve, por mirar no perdemos nada.

—Entonces antes de que anochezca —decidió—. Si se nos hace tarde, no me gusta esa cuesta.

Se levantó, fue a un cajón y sacó dos linternas de cuerpo de aluminio. Las probó: un haz firme, otro más abierto.

—La granja primero. Y si te queda cuerpo, pasamos por la cabaña. Pero juntos. —Lo dijo como un pacto.

Tristán asintió.

—Juntos.

Maeve se puso una chaqueta, metió las linternas y un paquete de pilas en una mochila. Apagó la lámpara, miró de reojo el reloj de pared.

—Vamos, antes de que el valle cierre los párpados —murmuró.

Salieron sin entretenerse, con ese silencio que a veces es mejor que cualquier frase. En el descansillo, Tristán notó que el día se encogía. Cerraron la puerta, y Maeve, ya con la mano en el picaporte, le tocó el codo.

—Si te duele, me lo dices —susurró.

—Si me duele, paramos —dijo él.

El pueblo a la tarde ya se encontraban en ciernes. Rumbo a la granja.

El camino a la granja parecía más estrecho por la tarde. La luz se había vuelto plana, de sentir frío, y los castaños guardaban un murmullo que no era viento. Maeve bajó el ritmo al llegar a la linde.

—Hasta aquí —dijo—. Miramos y no tocamos.

El carril tenía la piel levantada donde la rueda delantera del Massey se había subido a la orilla. Se veía el surco de la trazada, firme al principio, luego una línea que hacía una S tensa antes de morder la cuneta. La zona estaba acordonada con cinta de balizamiento —plástico blanco y verde con la leyenda "Guardia Civil – No pasar"—, tensada entre estacas y dos varillas clavadas en el talud. Tierra removida, virutas de corteza donde la encina había

recibido el golpe, y, más abajo, la huella rectangular donde los del peritaje habían plantado el trípode para las fotos; junto a ella, una marca de tiza con un número pequeño. En un lateral quedaba una gasa suelta, arrugada como un pañuelo olvidado. Maeve la señaló con la barbilla y la dejó en paz.

—El surco te arrastra si llegas tarde con las manos —dijo en voz baja—. Aquí cualquiera se va si el peso empuja.

Tristán dejó que la frase hiciera fondo y se agachó lo justo, sin apoyar la mano. Vio la piedra que pudo haber saltado, el brillo viejo de un tornillo en la tierra, ese tipo de cosas que a veces cuentan y a veces no. La pendiente daba justo para que todo quisiera bajar por su cuenta.

—No hay nada raro —concedió—. Solo… pasa.

Se quedaron un minuto escuchando. En la vaguada sonó un cuco tardío —o eso quiso creer— y un perro ladró dos veces, muy lejos. Mae-ve le tocó el codo.

—Vámonos. A la casa.

La cabaña de Eusebio seguía como si estuviese viva, olía a humo aunque el hogar estuviera apagado. La puerta cedió con su quejido de siempre y la tarde se quedó en el umbral, haciendo un rectángulo pálido en el suelo. Tristán dejó la bandolera sobre la mesa y pasó la mano por la madera como quien busca temperatura.

—Parémonos aquí —dijo, y empezó a sacar despacio lo que había cogido el primer día.

Primero, el catecismo raído. Entre dos páginas, el papel fino asomaba como una lengua. Lo deslizó con cuidado con la frase a lápiz: "Una llama, muchas sombras", y el croquis torpe de una línea que parecía unir la Estación y la casa de Elías, con un tercer punto sin nombre.

—"Una llama, muchas sombras"… —repitió Maeve.

Luego, el recorte del periódico: "Incendio en la casa del escritor". Subrayado con boli, una sola palabra al margen: "Ventilación".

—Eso me huele a boca de aire —dijo Maeve—. A respiradero.

—A debajo —remató Tristán.

Sacó el calendario de 1997 doblado a la mitad. Tres cruces sobre marzo, junio, septiembre. Al pie, con una caligrafía apretada: I – B –

C.

—Iglesia, Botica, Cementerio —contó Maeve con los dedos—. Un recorrido. O tres llaves.

Quedaba la navaja y el manojo de llaves que no abrían nada allí dentro, y, por último, el papel donde él mismo había anotado apuntes a toda prisa la primera vez. Tristán respiró, miró alrededor —chimenea, estantería, ventana, la marca en el quicio— y señaló con el mentón.

—Y esto.

Se acercaron al quicio exterior. A la altura del pecho, la madera raspada decía PORTA con letras duras, a cuchillo. Al lado, la llama mínima: la firma de Eusebio. Tristán no la había visto antes.

—Puerta —tradujo Maeve, instintiva—. En italiano… o en latín.

—O sea… puerta —repitió Tristán, mirándola de cerca—. Pero ¿de qué? Aquí no hay nada que abrir importante a simple vista.

Se quedaron los dos mirando esa palabra que no cedía. Maeve pasó el dedo muy suave por la hendidura.

—Puede ser literal… o puede ser otra cosa. Marca. Señal. Abertura. No sé. Si es algo literal hay puertas en el pueblo, la puerta de la ermita o… ¡la biblioteca! De todas formas, esto es una tontería, no sé qué estamos mirando Tristán.

—La dejamos anotada —dijo Tristán—. La metemos con el resto. Maeve, Eusebio me hablo al morir. No tiene sentido pero su último aliento lo gastó en decirme algo. Debe haber algo más, sé que hay algo más. Eusebio grabó PORTA con ese esmero en la madera. Debe ser algo para él.

—¿Qué te habló al morir? ¿Qué te dijo?

—Algo de Zagalón y de Elías Varea. Vete a saber, pero debe tener sentido para él, como todo lo que hay aquí.

En la mesa, la constelación tosca quedó así: catecismo con "Una llama, muchas sombras" y croquis (Estación ↔ casa E+ un aspa?); recorte del incendio con "ventilación"; calendario 1997 con I–B–C; y ahora PORTA con la llama al lado.

—No puede ser casualidad —dijo Maeve—. Algo nos está hablando, pero aún no sabemos en qué idioma.

—Lo descifraremos —respondió Tristán, guardando la palabra en la cabeza como quien guarda una llave cuyo uso todavía desconoce.

—¿Y si todo esto significa algo? —preguntó, casi en susurro—. No son trozos sueltos, son algo que nos habla.

Maeve se quedó pensando, mirando la llama.

—Puede ser un nombre. O una señal de salir/entrar que no es una puerta. O… —torció la boca— que Eusebio quería que viéramos esa palabra. Grande. Al lado de su firma. Como diciendo: por aquí. También puede ser que estamos viendo cosas donde no hay nada.

La luz del umbral se deshizo un grado más. Maeve encendió una linterna y barrió con el haz la pared, el suelo, el hueco de la chimenea: nada que abriera ni que respondiera. Al pasar por la librería, el lomo de un volumen crujió. Tristán lo tanteó con los nudillos —sordo— y sonrió, triste.

—Nada. Pero… está puesto para que lo miremos —dijo—. Eusebio no hacía nada porque sí.

Maeve guardó el catecismo y el calendario de nuevo con paciencia, en el mismo orden.

—Hagamos una lista —propuso—. Uno: Lema. Dos: Respiradero/ventilación. Tres: I–B–C. Cuatro: PORTA con llama.

—Cinco: Estación en el croquis —añadió Tristán—. Y casa de Elías.

—Esto no es azar —dijo Tristán, con esa firmeza que a veces aparta el miedo—. Se nos está diciendo algo. No hoy entero, pero se nos dice.

Maeve asintió. Aunque no podía disimular una mueca de incredulidad. Miró por última vez el quicio: PORTA parecía brillar un poco con la luz oblicua de la linterna, como si la madera se hubiera quedado caliente.

Veinticinco campanas. Sonaron solemnes. Marcaron un tiempo del que Tristán había perdido la noción y que el bronce se lo anunció sin reloj.

Cerraron la puerta con cuidado, como si dentro se hubiera quedado alguien durmiendo. Afuera, el valle ya era una tina azul y la primera estrella pinchaba el cielo. El aire olía a humedad.

—¿Garrison u hostal? —preguntó Maeve, bajando la linterna.

—Hoy… casa —dijo Tristán—. Escribir un rato. Ver si el ruido cede.

—Bien, de todas formas, estamos de luto, el pub hubiera sido sólo para ti y para mí —Le dijo con complicidad. —Otro día. Te acompaño —ofreció ella.

Recorrieron la cuesta sin hablar. Tristán, sin querer, repitió por dentro: PORTA. Puerta, ¿Qué puerta? Y la palabra se le quedó viva detrás de los dientes.

Bajaron hacia el pueblo por la calle estrecha que desemboca en la plaza. Las fachadas tenían ese brillo húmedo de tarde fría y las ventanas, ojos de gato. Al pasar por la puerta del Garrison, Tristán señaló arriba.

—Si quieres quédate en casa —dijo—. Estoy a dos piedras. Te acompaño hasta la escalera y luego tiro yo al hostal. No hace falta que… No volverás sola.

—Prefiero acompañarte —lo cortó ella, suave—. Es temprano y a mí no me pasa nada volviendo sola. ¿Qué piensas de mí? —alzó una ceja—. Soy una tía que se sabe defender. A los fantasmas les doy pereza.

Se rieron los dos, bajito, como quien recibe un trozo de chocolate.

Doblaron la última esquina y el Hostal. En el portal, Maeve se apoyó un segundo en el marco.

—Es temprano y te da tiempo a escribir un rato —dijo— Hazlo, te vendrá bien.

Tristán asintió. No hizo falta más. El beso llegó solo, de nuevo en la comisura, breve, pero esta vez él también lo buscó. Un toque que se quedó vibrando un instante largo.

—Esto también se está convirtiendo en costumbre. El traerte a casa, quiero decir —dijo sonriendo con picardía—

—Gracias por el sitio —respondió él— hay costumbres que se convierten en las raíces que nos mantiene en el camino y ya no puedes vivir sin ellas.

Sonrió de nuevo —Mañana habrá sitio también —le dijo, suave, con su frase.

Lo vio entrar y se marchó con paso firme, la mochila cruzada al hombro.

La escalera crujió lo justo. Tristán subió con la bandolera apretada al costado. En la habitación, el aire estaba limpio, el radiador

apagado y lo encendió. Puso el manuscrito en la mesa, alineó el cuaderno, dejó las llaves en su sitio. Abrió el frasco de la botica y contó en voz baja:

—Una… dos… veinte.

Las gotas cayeron en media taza de agua. Bebió en dos tragos. Se sentó. Al principio fue lo de siempre: el zumbido fino detrás de las orejas, la calma que se estira, el borde de la vista que se deshilacha un poco. La mano derecha se le aflojó y luego tomó un pulso ajeno, más seguro. Abrió el manuscrito por la cinta. Capítulo III.

—Vamos —dijo, sin decirlo.

Los ojos se le fueron en blanco un segundo corto, regresaron nublados. La muñeca entró en un ritmo que no era suyo: ras-ris-ras, el bolígrafo arañando firme, sin mirar la línea. El cuerpo iba sordo. Escribir juntos, había dicho Elías, y esa palabra "juntos" sonaba ahora como la trenza de dos hilos: uno vivo, otro prestado. La página se llenó con una letra que no era la suya y, sin embargo, le pertenecía. No hubo sobresalto esta vez: cuando el pulso bajó, la mano se detuvo sola con el bolígrafo parado sobre el margen.

El manuscrito se cerró como si respirara. Entre las hojas, una luz azul muy fina se encendió, no de golpe, sino como una brasa creciendo. El lomo volvió a dejar escapar una hilacha de niebla que se hizo cuerda y luego velo. La habitación se volvió de azul tenue por un instante; la niebla jugueteó un segundo con el espejo —un destello que rozó su marco— y, tranquila, fue hacia la ventana que había quedado cerrada y pasó por la rendija. Salió sin prisa, como quien conoce el camino. Afuera, la calle era una palma fría.

Tristán con la cabeza apoyada en la mesa se refugiaba entre sus brazos. Respiró hondo. No hubo desmayo; el sopor era como una manta pesada pero pudo ponerse en pie. Bebió un trago de agua, se dejó los botines en orden a los pies de la cama y se acostó. El zumbido se quedó un poco, como un metrónomo bajo la almohada. A lo lejos, todavía parecía oír el bronce, la cola de las campanas de las siete.

Cerró los ojos. La habitación quedó quieta. En la mesa, el manuscrito descansaba con la cinta echada hacia un lado, como si

también hubiera sudado. Afuera, el valle respiró por la boca. Y la noche encajó.

Capítulo 12
Llora El Cielo

Lala llamó en alto desde el piso de abajo. Tristán asomó en camiseta por la barandilla de arriba. Lala, con el pelo medio recogido y el delantal todavía húmedo por salpicaduras de desayuno, le sostuvo la mirada un segundo antes de hablar.

—Tristán el cuerpo llegó ayer por la tarde —dijo, ahora sin gritar —. El ayuntamiento ha colgado el comunicado en la plaza. Ceremonia a las doce, en la ermita.

La palabra "cuerpo" quedó un instante flotando en el pasillo angosto, entre el escalón que cruje y el olor a café recalentado. Por la ventana del fondo se veía la calle brillando, noche de lluvia, suelo de espejo. Lala añadió, casi como quien recita una receta:

—El alcalde quiere que sea rápido. Atrio, sermón y misa breve, luego al cementerio. Lo han puesto así.

Tristán asintió. Notó el frío en los pies; el hostal siempre estaba un grado por debajo de su ánimo.

—Me voy temprano porque voy a pasar por la papelería de Aurora antes de subir a la ermita —respondió Lala—. Me llego a ayudar Modesto para preparar el salón por si la gente quiere parar después. Ya sabes cómo son estas cosas.

Lala le tendió un papel doblado, arrancado del tablón de anuncios del ayuntamiento: letras grandes, sello húmedo, esa solemnidad barata que tienen los comunicados pegados con cinta.

BANDO: Se comunica que el sepelio de Eusebio V. tendrá lugar hoy a las 12:00 en la Ermita de Santa Nevana de la Palabra.

Se ruega puntualidad.

Alcaldía

—Ponte algo oscuro —dijo Lala, y sonrió sin calor—. Y baja con tiempo. Hoy todo el mundo querrá mirar a alguien.

El sonido de sus pasos se pegó a la barandilla, testigo viejo que todo lo guarda. Tristán cerró. El reloj de la mesilla marcaba 11:07. Se puso la camisa con la torpeza de quien olvida sus manos y,

mientras se abotonaba, pensó en la palabra "cuerpo" otra vez, pero esta vez con el peso de un objeto colocado en medio de una mesa que ocupa sitio, obliga a rodearlo, cambiar la conversación. Lo único que tenía negro era una sudadera que se puso enseguida, abrió la bandolera y metió el sobre con el dinero que le quedaba del adelanto de Eusebio. Bajo para asearse un poco.

Al terminar Lala ya no estaba había dejado el café, que siempre estaba de guardia, un trozo de pan, aceite y sal. Se tomó una taza y un trozo de pan con aceite que se llevó masticando en la boca mientras cogía su chaqueta del zaguán y se la ponía. Del paragüero a su derecha cogió uno de los paraguas que sobraban siempre en el hostal. Aunque Tristán no solía usarlos, no le gustaban, si no era lluvia fuerte prefería mojarse.

En la calle volvió a chispear, como si el cielo tuviera prisa por aclararse antes del mediodía. Tristán guardó el papel del bando en el bolsillo interior de la chaqueta. Saldría con margen. No quería llegar el último a mirar la misma piedra que todos.

La Ermita de Santa Nevana de la Palabra, asomaba a lo lejos rodeada de cabezas, parecía esperar a todos para ese día. No llovía aún. Por eso, al llegar, Tristán pudo ver sin paraguas los rostros de los vecinos apretados en el atrio, abrigos oscuros, un murmullo bajo de pueblo que se conoce de memoria. Era costumbre —le dijeron— decir unas palabras en el atrio antes de la misa. Se respiraba una formalidad sobria, la clase de silencio que no pelea con la tos de un viejo ni con un zapato que arrastra.

Dieron las doce y las veinticinco campanadas subieron hacía el cielo, una a una, con ese metal que siempre parece más frío que el día. Un leve estremecimiento recorrió la fila de paraguas cerrados, como si cada golpe de campana apretara una tuerca invisible dentro del pecho.

Entonces Tristán la vio. Maeve estaba a unos pasos, clavada, blanca y desencajada. No miraba al suelo ni a la cruz ni a la puerta. Miraba a un hombre entre la gente, fija, como si lo recordara desde un sitio donde no quiere volver.

Era un extraño. No era del pueblo. Un forastero de estatura corriente, gorro de lana, abrigo oscuro, sin paraguas. No hacía nada.

Los hombros quietos, el cuello del abrigo subido, la mirada recogida en un punto. Tenía esa paciencia inmóvil de quien ha aprendido a esperar sin mover un músculo. Alrededor de él, la gente dejaba un resquicio mínimo, no por mala educación, sino porque ciertas presencias ensanchan el aire sin pedir permiso.

—¿Qué te pasa? —le dijo Tristán a Maeve, acercándose lo justo.

—Nada —respondió ella demasiado deprisa.

El alcalde, Modesto, carraspeó y dio un paso al frente. Dijo dos frases medidas sobre el valor del trabajo de Eusebio, sobre la manera en que un hombre "suma" cuando se vive en una comunidad, aunque a veces el pueblo "se nos haga cuesta arriba". Habló con esa corrección que se usa cuando uno quiere consolar y, a la vez, ordenar la mañana. Habló después algún vecino demostrando el cariño que le tenían, otros como se prestaba siempre a ayudar. Modesto tomó de nuevo la palabra.

—Daré paso a la familia —concluyó, girándose.

Subieron su hijo y su hija. Se notaban de ciudad en lo pulido del abrigo, en los zapatos que no pisan barro, en la serenidad de quien aprendió a contener la pena hacia adentro. El muchacho habló primero. Agradeció a los vecinos, explicó que hacía mucho que no vivían allí, que "el pueblo no siempre suma" —repitió la palabra de Modesto, con otro peso—, y por eso se fueron cuando murió su madre. La chica continuó, con voz clara. Su padre decidió quedarse por lealtad y por unos pensamientos que no podía abandonar, cosas suyas que respetaron siempre. "A pesar de todo —dijo—, fue feliz y recibió cariño en Santa Nevana, y ustedes lo demuestran estando aquí."

No alcanzaron a añadir más. La lluvia cayó de golpe, como si alguien hubiera abierto una puerta en el cielo. Un cuchicheo recorrió el atrio al mismo tiempo que una luz blanca cortó el aire y, medio latido después, el trueno estalló encima.

Un rayo cayó directamente sobre la cruz del atrio como si Eusebio, o algo, quisiera participar del momento.

Se oyó un crac seco, nítido, de piedra endurecida durante siglos. La cruz —un cruceiro de casi tres metros, piedra gruesa sobre base ancha— resistió el impacto. Se notó el golpe en la vibración del suelo

y en el eco que rebotó en la fachada, pero la pieza aguantó, maciza, como si hubiera sido tallada para soportar precisamente ese tipo de furia.

El susto fue el grito de sorpresa de una sola bestia con muchas cabezas. Los paraguas se abrieron tarde y mal; alguien gritó "¡dentro, dentro!". Maeve fue la primera en moverse hacia la puerta, casi a la carrera, tenía prisa y la gente la siguió como se siguen los instintos, sin discutirlos. Tristán echó una última mirada a la cruz —entera, oscura bajo la lluvia— y al extraño, que seguía sin moverse, con el agua pegándole en él. Luego cruzó el umbral detrás de Maeve y el mundo se hizo madera, incienso y bancos. Afuera, el aguacero comenzó a barrer el atrio como si quisiera borrar lo que acababa de pasar. Dentro, empezaba la misa.

El interior de la Ermita de Santa Nevana de la Palabra tenía esa atmósfera de cera muchas veces quemada, a ropaje húmedo y a un incienso tímido que no se atrevía a imponerse aún. El féretro ya estaba allí, adelantado frente al altar, cubierto con un paño sencillo y una cruz de madera oscura apoyada en silencio sobre la tapa. Dos velas a cada lado titilaban con ese pulso breve que tienen las cosas a punto de decir algo y no lo dicen.

La gente fue entrando con el murmullo contenido de quien se quita el agua de encima y se guarda, por educación, las preguntas. Los paraguas quedaron goteando en el zaguán como animales cansados. Tomás, el sacristán, marcaba el pasillo con una mano fina que temblaba de oficio, con la otra acomodaba a una pareja mayor que no encontraba su banco de siempre. Tristán eligió los bancos del fondo, como si al sentarse allí pudiera diluirse en la sombra. Maeve se sentó dos filas por delante, rígida, con el cuello bien recto y las manos entrelazadas con demasiada fuerza.

El Padre Anselmo salió de la sacristía, rozando con la sotana el borde de la tarima. Hizo una inclinación leve hacia la familia, luego hacia el féretro. La iglesia respondió con un silencio honesto.

—En el nombre del Padre… —La señal de la cruz recorrió bancos y frentes. La voz del cura era más baja que otros días, como si el rayo hubiera raspado también su garganta—. Estamos aquí para

despedir a Eusebio, para agradecer su vida trabajada y su lealtad a este lugar.

Una lectura corta, apenas cuatro líneas. "Mejor es el humilde con trabajo que el altivo con promesas", dijo el cura desde el ambón; casi nadie escuchó la frase entera, pero la idea se quedó pegada a la madera.

El desconocido no entró con la avalancha del susto ni con el primer rezo. Se diría que esperaba a que la ceremonia estuviera en marcha, como para no arruinar el tempo de una máquina que no conoce. Solo cuando el Padre Anselmo levantó la mirada para comenzar la homilía, la puerta dejó pasar su silueta, con un algo siniestro que intenta llevar con disimulo, el cabello pegado a la frente por la lluvia, sin paraguas; sin prisa; la calma precisa de una persona que sabe dónde poner cada paso.

Tomó asiento justo detrás de Maeve.

El gesto le cambió de tensión a alarma, en silencio, sin ruido, como un hilo que se quiebra por dentro. Blanca, los labios sin sangre, la respiración breve. Tristán la vio encogerse un milímetro, como si la espalda quisiera hacerse piedra para no sentir. El extraño se acomodó detrás sin rozarla, sin siquiera mirarla, los codos pegados al cuerpo, la vista en algún punto neutro frente al féretro. Nada hostil, nada evidente. Presencia, simplemente.

—…y en la fragilidad del tiempo, que hoy nos recuerda la lluvia —decía el Padre Anselmo—, nos sostenemos unos a otros…

Maeve se levantó. No fue un golpe de histeria, ni un tropezón. Se puso en pie y echó a andar con prisa por el pasillo central, recta, el mentón alto, la mirada fija en la salida. Un banco crujió, una mujer soltó un suspiro bajito, las cabezas giraron como giran los girasoles cuando el sol cambia de sitio hacia la huida de Maeve. Traspasó el umbral y desapareció afuera, hacia la lluvia, sin que nadie supiera por qué ni a dónde.

El forastero no se movió.

El padre Anselmo siguió un segundo después, como cuando el ritmo de la misa se engancha en un clavo y hay que tirar de él con cuidado.

—…y pedimos también por quienes cargan miedo hoy —añadió, bajando apenas los ojos.

Tristán giró el cuerpo en el banco. El extraño estaba justo delante de él, a una distancia que permitía dos palabras sin romper la misa. A Tristán le bastaba medio minuto para preguntar si necesitaba algo, o si conocía a la chica. La pregunta que de verdad quería hacer —"¿quién diablos eres?"— estaba formulándose sola, con esa tinta negra que usan los pensamientos cuando uno intenta ser prudente.

Se inclinó un poco, listo para hablar muy bajo.

Entonces Bernarda se sentó a su lado.

No se oyó su llegada; de pronto ya estaba allí, con su pizarra pequeña en el regazo. Llevaba el cabello recogido en la nuca con una goma que no hacía juego y un impermeable estrecho en el que la lluvia había dibujado mapas. Tristán abrió la boca para susurrarle algo —un "¿la has visto?" o un "¿estás bien?"—, pero ella ya estaba escribiendo con su tiza breve y rápida, como si lo hubiera ensayado:

—Tenemos que vernos— Y volvió a escribir —Mañana.

Borró con la yema el polvo blanco, sopló sin ruido, y debajo trazó dos líneas que sentenciaban la cita

—Aquí, a las 12.

Tristán levantó la vista para pedirle un detalle más, el sitio, si aquí era el atrio o el interior. Pero Bernarda ya estaba incorporándose, con esa forma suya de deshacer los nudos sin tocarlos. Caminó hacia otro banco, a mitad de la nave, y se sentó entre dos vecinas que le hicieron hueco sin preguntar nada.

El Padre Anselmo remató la homilía con tres golpes suaves: trabajo, lealtad, comunidad. La oración de los fieles nombró a la familia, a los que no han podido venir, y —con una pequeña vacilación que pareció un guiño del cielo— "a quienes hoy sienten miedo". Tristán notó que le temblaban los dedos al juntarlos; los apretó hasta que dejaron de obedecer. Miró una vez más hacia el banco detrás de Maeve, preparado para ese medio minuto de charla que se había quedado varado.

El tipo ya no estaba.

Ni un roce contra la madera, ni un movimiento de abrigo, ni el rumor de un paso hacia la puerta. Se había ido del mismo modo en

que había entrado, sin pedir sitio, sin dejar sitio.

El sacristán abrió el pasillo. Los de delante comenzaron a levantarse. El rumor del aguacero afuera había bajado un punto, como si la tormenta tomara aire entre dos frases. Tristán guardó la pizarra de Bernarda en la memoria con la precisión de quien mete una llave en el bolsillo y se la palpa por si acaso. Miró el féretro: la vela de la derecha temblaba hacia la pared; la izquierda, hacia el pasillo, como si cada una obedeciera a un viento distinto.

"Mañana, aquí, a las 12", repitió por dentro, y esa tarea se mezcló con otras más viejas que no debía olvidar.

Cuando el banco de su fila crujió con el movimiento de salida, se puso en pie y, a paso medido, salió con los demás, buscando ya a los hijos de Eusebio entre paraguas que volvían a abrirse como flores negras y voces que intentaban cuadrar el mundo con pocas palabras. Fuera, la lluvia hacía su trabajo lento sobre el atrio. Dentro, el eco del rayo seguía prendido en la piedra, como una idea que todavía no ha terminado de explicarse.

Tristán esperó medio paso y se lanzó a buscar a los hijos. Los vio juntos, de espaldas a la cruz, hablando con Santiago. Él asentía serio, el ceño limpio.

—Fue un accidente —decía el policía, con esa voz que no admite pelea—. Yo mismo lo puse y así escribí el informe.

El hijo —treinta y muchos, barba cuidada, un abrigo limpio de tintorería que no conocería el barro— agradeció con los ojos. La hija, más joven, llevaba el pelo hacia atrás debajo de un pañuelo oscuro y esa serenidad de quien ha vivido más atascos que tormentas. Los dos tenían gesto de querer irse.

Tristán se presentó, dio el pésame y, antes de que la disculpa se le enredara, abrió la bandolera. Sacó un sobre abultado.

—Estaba con él ese día. Me dio trabajo cuando yo lo necesitaba —dijo—. Este dinero no es mío. No he podido terminar de ganármelo. Quiero que lo tengan ustedes.

Los dos miraron el sobre, luego a Tristán. Santiago entendió el gesto y se retiró un paso, dejándolos solos bajo la llovizna que venía de lado y dibujaba puntitos en los abrigos.

—¿Usted… era amigo de mi padre? —preguntó la hija.

—No tuve tiempo de conocerlo bien —admitió Tristán—. Pero lo quería. A su modo me ayudó. Yo soy escritor. Y me gustaría entender por qué sufría. Si puedo, voy a intentar averiguarlo.

El hijo soltó aire, como si esa frase hubiese destrabado una bisagra vieja.

—Nos hemos enterado de lo que ha pasado… —dijo, bajando el tono—. Gracias por haber estado con él.

Tomó el sobre sin ceremonias teatrales, con pulso firme. Lo guardó en el bolsillo interior. La hija midió a Tristán un segundo, calibrando el tipo de verdad que se puede compartir con un desconocido que ha devuelto dinero.

—Está bien que lo sepa —dijo entonces—. Al poco del incendio del noventa y siete, mi padre empezó a investigar la desaparición del escritor. —No pronunció el nombre—. Al principio iba y venía con el tema. Mamá intentaba que lo dejara; a veces lo conseguía, otras no. Pero cuando murió ella… —miró al hermano— cuando mamá murió, aquello se convirtió en obsesión.

El hijo asintió despacio.

—Si íbamos a verle, no paraba de hablar de eso. De la copa de la ermita —dijo—. Decía que tenía dos caras. Nosotros pensábamos que hablaba del cambio de color; ya sabe, luz de un lado y del otro. Pero él no lo decía así. Él decía "dos caras" como si fueran dos verdades.

—Repetía frases —añadió la hija—: "del principio de los tiempos", "aún están aquí", "van a despertar", "debo dejarlo escrito". Cuando le pedíamos que lo explicara, contestaba que era un secreto, que "el que quiera saber que siga lo que significan las palabras escondidas". —Se encogió de hombros—. No sabíamos a qué se refería.

—Tomaba notas —siguió el hermano—. Las guardaba por ahí. Escribía cosas sin sentido. Y, sin embargo, cuando no hablaba de eso, era una persona completamente… cuerda. Como siempre. Trabajaba, comía, dormía. Pero si se rozaba el tema, volvía a… —buscó una palabra que no sonara cruel— encenderse.

La lluvia trac-trac subió un punto, obligándolos a arrimarse medio paso. Dos vecinas cruzaron con prisa; una dejó una flor bajo el pedestal de la cruz, entera y oscura.

—En la última visita —dijo la hija—, me dio un reloj de bolsillo y me dijo: "este es el principio". Dentro hay una nota. Inconexa, como todo lo demás. —Miró a su hermano y él asintió—. Si de verdad quiere saber de padre… Queremos dárselo a usted.

El hermano metió la mano en el bolsillo interior y sacó el reloj. Metal gastado, pulido por dedos insistentes. Lo sostuvo un segundo, pesándolo, y se lo tendió a Tristán.

—Con lo que ha hecho hoy… y si de verdad quiere entender… —el hijo eligió bien la palabra— …quizá esto le sirva.

Tristán notó el frío del reloj en la palma. En el dorso leyó una inscripción casi comida por los años. No la dijo en voz alta. Abrió con cuidado: la tapa crujió como una rodilla vieja; tras la tapa interior, un papel doblado esperó, delgado como un pensamiento guardado. No lo sacó. Cerró.

—Mi padre hablaba también de respiraderos —añadió el hijo, ahora más bajo, como quien cuenta un hábito—. De que abajo corre el aire en la casa quemada. De que hay… sitios.

—Y de que las cosas no son lo que parecen si las miras desde la otra luz —remató la hija—. Metáforas suyas.

Como la Copa de Licurgo, pensó Tristán.

—No queremos líos —dijo el hermano, regresando a lo práctico—. Ni entrevistas, ni recuerdos de prensa. Nos vamos hoy. No subiremos a la cabaña. Cerramos y nos vamos. Si algún día volvemos… —no terminó la frase, porque los tres sabían que no.

Tristán guardó el reloj en el bolsillo interior de la chaqueta. Sintió el peso contra el pecho, exacto, como una llave que aún no sabe para qué puerta. Levantó la vista.

—Gracias —dijo—. Por confiármelo.

La hija le tendió la mano; la apretaron breve, limpio.

—Gracias a usted por estar con él ese día —respondió.

El hijo miró un segundo la cruz del atrio y murmuró algo que la lluvia se comió. Luego ambos se dieron la vuelta con la naturalidad de quien conoce bien la dirección de salida. Se perdieron entre paraguas. Santiago reapareció al lado de Tristán, como si nunca se hubiese alejado.

—¿Todo bien? —preguntó.

Tristán palmeó el bolsillo donde dormía el reloj. Pensó en la copa con dos caras, en "palabras escondidas", en respiraderos y en el incendio del 97 que no deja de arder debajo de todo.

—De momento, sí —dijo. Y no estaba seguro.

La lluvia siguió haciendo su trabajo sobre la piedra. En algún lugar algo pareció encajar con un clic pequeño. No sonó fuera; sonó dentro de Tristán. La espoleta estaba puesta: querer saber era un hecho.

Ahora tocaba ver a Maeve, estaba muy preocupado por ella.

Capítulo 13
La Huida de Maeve

Tristán bajó del atrio a paso de batalla, casi corría, con el reloj pesándole en el bolsillo y otra cosa pesándole más: la cara de Maeve cuando miró al extraño. Fue a su apartamento primero. No estaba. Llamó con insistencia. La puerta cerrada, persianas echadas, ese silencio compacto de los pisos que se han ido un rato. El Garrison tenía el letrero de CERRADO girado hacia la calle; por dentro, dos vasos sin fregar y una servilleta con un dibujo de círculos concéntricos que se veían desde la rendija de la ventana.

Tristán notó que le subía un nervio torpe, ese que tiembla en las puntas de los dedos. Tiene que buscarla sin causar revuelo y no era por hacer el ridículo. Eso le importaba un pimiento. Empezó a preguntar.

—¿Has visto a Maeve? —a Aurora que arreglaba unos papeles en la papelería medio cerrada.

—Ha pasado esta mañana temprano, sí, antes de la ermita —dijo ella, colocando cuadernos—. Después no. ¿Se encuentra bien?

—¿La viste? —a Santiago en la esquina, mano en el cinturón, gesto de guardia que guarda poco.

—Se fue rápido de la misa —contestó—. No sé, pero me percaté que salió deprisa. Si te preocupa, búscala sin montar ruido. —Y añadió, más bajo—: ¿El de abrigo oscuro sigue por ahí? Si lo ves dímelo, no me gustó ese tipo. Yo también lo vi.

En El Avío, una vecina juró que la había visto nerviosa tirando para la parada del bus, pero al rato apareció alguien que dijo que no, que había tomado la calleja de las eras. En Santa Nevana, las versiones nacen como los hongos, con humedad y prisa. La duda no le importó, el temor de que se fuese a ir le obligó a comprobarlo, pero no estaba allí, no esperaba el autobús. En su lugar si estaba el forastero, como esperando a algo y no era el autobús. Al ver a Tristán, con una tranquilidad de a quien no le importa el tiempo, se

metió en un coche negro, de los caros, y tomó rumbo a la salida del pueblo.

Tristán subió al ayuntamiento con el pretexto de mirar el bando otra vez y la necesidad de preguntarle a Modesto. Lo encontró en el despacho, mirando por la ventana como quien busca un pretexto para una idea.

—Alcalde —dijo Tristán—, ¿Ha visto a Maeve?

—No ¿Por? Vi que se marchó de la ermita pero no la he vuelto a ver. ¿No está en su casa?

—No lo está, no se preocupe, mirare por ahí. Si tiene un segundo necesito un favor. Tengo prisa y voy a ser claro.

Modesto levantó una ceja. No estaba acostumbrado a que le hablaran sin dar rodeos.

—Quiero un adelanto por el libro. Me he quedado sin dinero. Devolví lo que tenía a los hijos de Eusebio. No puedo seguir aquí si no como. —Calló un segundo—.

Modesto se acomodó, giró una pluma entre los dedos.

—A ver, y esto es bueno —dijo, sin adornos—. Lo que ha pasado va a dar que hablar. Tienes historia para contar —soltó, sin escrúpulos ni vergüenza— No suelo hacer esto sin papel de por medio ni sin ver páginas nuevas.

—Tome, lea rápido, no todo con un poco bastará— Dijo Tristán sacando el manuscrito del bolso y tendiéndolo hacia él.

Después de unos minutos le apeló sin miramientos —Usted ha leído lo que está escrito. Sabe que puedo escribir de esto.

—Abrió un cajón, sacó un sobre fino. Midió a Tristán— Para que tire unos cuantos días. —Empujó el sobre con dinero—. Si sigue al nivel de lo que he leído, cerramos el resto y lo anunciamos.

—Gracias —dijo Tristán, con una gratitud sobria que le calentó un poco los dedos.

—Y busque a Maeve —añadió Modesto, casi en voz baja—. No conviene que… —No terminó. Las cosas importantes en el pueblo nunca terminan en voz alta.

Tristán salió a la calle con el peso nuevo en la chaqueta. El cielo había cambiado, la lluvia ahora era fina y obstinada. Hizo otra ronda breve: Tomás dijo que no la había visto, Lala que quizá subió hacia

el campo porque a veces se le "desatan los pies" y necesita aire para pensar cuando le rondan problemas por la cabeza. Si no la encuentras ve a buscarla por la zona del arroyo, es uno de sus paseos favoritos.

Volvió al apartamento por pura terquedad. Una línea de luz delgada se había escapado por el borde inferior de la persiana, un filo como de cuchillo limpio. Tocó suave.

—Maeve —llamó, una sola vez.

—Maeve! Abre, veo luz, soy Tristán. —Silencio. Probó otra vez, con la voz un poco más cerca de la madera. —No me dejes así, solo quiero verte —Escuchó el golpecito de una cerradura que duda. Después, nada. Puso la palma en la puerta tentando la madera intentando sentirla al otro lado. Esperó.

—Soy yo —dijo con el corazón en la voz—. Tristán.

Al otro lado, un paso retenido. Luego el seguro se movió como un gesto difícil. La puerta se abrió lo justo para enseñar un ojo y un mechón suelto. Había humedad en el aire, pero no de lluvia, de respirar demasiado tiempo dentro.

—No quiero hablar —dijo ella, sin mirarlo del todo.

—No tienes que hablar —respondió él—. Solo quiero verte.

La rendija se cerró un instante, como si la puerta pensara por sí misma. Quitó la cadena. Después cedió. Maeve lo dejó pasar, con el gesto de quien no puede más y, sin embargo, decide no romperse todavía.

Dentro, el cuchillo de luz en la tarima se apagó al cerrar la puerta. Todo estaba oscuro. Quedaron ellos y el ruido de la lluvia finísima en el alféizar. Tristán no preguntó nada. Solo se quedó de pie, esperando a que la verdad encontrara su propia silla.

No encendieron la luz. Tristán dejó la chaqueta colgada en el respaldo de una silla y puso agua a calentar sin preguntar. El hervidor tardó un siglo pequeño. Maeve se sentó en el borde de la cama, con la espalda recta y los puños apoyados en las rodillas, como si el cuerpo le pidiera un punto de apoyo para no desplomarse.

—Si hablo —dijo—, no me interrumpas**.**

—No te interrumpo.

—Y no lo escribas.

—No lo escribo sin tu permiso. —La frase le salió limpia, sin heroísmo.

Ella asintió una vez. Tristán le alcanzó la taza. Las manos de Maeve estaban frías y, sin embargo, por dentro ardían; se le notaba en el pulso de la garganta. Bebió un sorbo. Tragó como quien da un paso en un puente que se mueve.

—De principio a fin —dijo al fin—. Y entonces, cuando lo oigas, decides si te quedas**.**

Tristán no contestó: "ya he decidido quedarme". Solo se acomodó en silencio, a dos metros, lo bastante cerca para escuchar, lo bastante lejos para no invadir**.**

—Ya sabes, soy irlandesa, de Dublín. No nací para pedir permiso —empezó—. Pero siempre he sabido pedir perdón. —Soltó una sonrisa breve, torcida—. Antes yo vivía deprisa. Baterista en una banda que nadie conocía, ensayos en un local con goteras, olor a cables y a pizza rancia. Teníamos un nombre malísimo —no te lo pienso decir— y un cartel compartido en un garito de Temple Bar cada dos semanas. Yo trabajaba por las mañanas, turnos de lo que saliera; por la noche, las actuaciones. Dormía poco y estaba viva.

Se la veía otra; la voz se le templaba al hablar de aquella chica. El cuarto, a oscuras, parecía un camerino apagado. Brasas de otra vida.

—Llevaba el pelo más corto y los brazos más marcados de la batería —dijo—. Tenía un coche que arrancaba cuando quería y una lista de amistades que sabían sacarme de los bares cuando me calentaba con una batería que no afinaba o me peleaba con un técnico de sonido que te miraba el culo antes que el micro. Yo mandaba golpes, y el mundo me devolvía ruido, pero era mi ruido.

Calló un segundo, buscando la palabra exacta que separa "entonces" de "después".

—No necesitaba a nadie —dijo—. O eso creía.

—Aquella noche —siguió— había cerveza hasta en los bolsillos. Temple Bar es una trampa para turistas, sí, pero si tocas allí un jueves y el público te sigue el charles y la caja, puedes creerte que existes. Tocamos cinco temas. En el tercero se me rompió una

baqueta y la cambié sin perder el tiempo; el guitarrista me guiñó, pensé "hoy sí está saliendo bien".

Lo vi cuando bajé. El tipo no llevaba prisa. Ni sonrisa. Estaba. Ese verbo de los que saben esperar. Tenía el abrigo abierto, el cuello subido, las manos limpias de callos. No miraba como miran los borrachos ni como miran los listos cuando huelen sangre. Me miraba como se mira una partitura, con paciencia, con intención.

—Buen pulso —dijo—. No te dejas arrastrar.

En Dublín nadie te felicita por el tempo musical si no sabe lo que dice. Le sostuve la mirada porque yo también sabía esperar. Me ofreció una pinta. Dijo que no bebía mucho, que prefería mirar a los que beben. Que era de por allí —señaló con la cabeza, vago, como si el barrio fuera una broma privada— y que venía a veces a escuchar. Hablaba poco y no preguntaba nada que no pudiera contestarse con una frase corta.

—Tú mandas —me dijo cuando le pregunté si le parecía bien movernos a un sitio menos caliente. "Tú mandas". Esa fue la primera mentira que me contó.

Caminamos bajo la lluvia. Me ofreció su abrigo y no lo acepté; no por orgullo, por calor. Me hizo dos o tres comentarios de músico —que el bajo corría en el segundo tema, que el bombo merecía otra microfonía— y pensé**:** por fin alguien que escucha la batería. Mis amigos subían historias a Instagram, las chicas del bar me tiraban besos con dos dedos; él no. Él tenía ese silencio afilado que corta las cosas por la mitad, los demás a un lado, nosotros al otro.

Nos sentamos en un pub más pequeño. Compartimos papas y vinagre; yo hablé de ensayos, del curro, de la banda; él, de casi nada**.** Me dejaba hablar. Cada tanto asentía, o soltaba un "claro" que sonaba a llave abriendo una puerta que yo misma había empujado. Dijo que le gustaba mi manera de contar los golpes: "hablas como tocas, con medida".

—¿Y tú a qué te dedicas? —pregunté.

—A que la gente no se pierda —dijo.

—¿Guía Turístico? —me reí.

—Algo así.

—Al menos dime cómo te llamas, yo te dije el mío —Le pregunté.

—Liam, me llamo Liam —dijo mientras sonreía de refilón.

Me pidió el número y me envió un mensaje: "Llegué bien". No "llegué a casa"; "llegué bien". Aquella noche me dormí con el zumbido fino de un ampli gastado en la cabeza y un mensaje más: "Mañana te escucho otra vez". No era romántico; era exacto. Y a mí la exactitud me gustaba. Nadie me la había ofrecido sin intentar meterse en mi vida con los pies sucios. Quería verlo otra vez.

Maeve hizo una pausa. La taza, ya tibia, le tembló apenas entre los dedos.

—Ese fue el primer bolo de conocerlo —dijo—. Al quinto ya no tocaba igual. Y no era por la banda.

Tristán no habló. Sabía que ahora venía el giro lento, la clase de historia que no explota, sino que va apretando. Esperó, dejando que el cuarto respirara por ellos. Afuera, la lluvia seguía dibujando la noche. Dentro, cada palabra colocaba una silla más en la habitación.

—Empezamos a salir. Me gustaba y cada vez más. —Hizo una pausa, suspiro mirando al suelo— Al principio fueron pequeñas cosas —siguió Maeve—. Mensajes a horas raras: "¿Has llegado ya?", "¿Vas a tardar mucho?". Control envuelto en papel de regalo. A la tercera semana ya sabía mis turnos, mis rutas y hasta qué taxista cogía cuando salía tarde del local. Lo decía orgulloso, como quien sabe tu canción favorita.

Una noche, en el pub, me puso la palma en la espalda para apartarme de la barra.

—No con él —susurró—. Te mira.

—Me mira porque le he pedido la cuenta —le dije.

—Ya. No te hace falta pedirla. Estoy yo.

Me encogí de hombros. Me dejé llevar porque a veces es cómodo. Me gustó una vez. La segunda ya no.

Empezó a ordenar mis comidas: "Come algo antes de tocar"; mis descansos: "Duerme cuando llegues"; mi ropa: "ese vestido no te sienta bien, no me gusta". No eran gritos. Eran normas. Y yo—torpe y orgullosa—fui cumpliéndolas como quien paga un peaje para que la carretera fuese recta y fácil.

Aisló sin prohibir. Le molestaba Clare ("te mete ideas"), le agotaba Patrick ("habla demasiado"), le sobraban mis amigos de banda ("te

explotan”). Yo me reí, “me explotan y aun así me quieren”. Me devolvió una sonrisa de cristal.

—Yo también —dijo—. Más y mejor.

Un domingo llovía como si Dublín se estuviera preparando para diluirse. Me dijo que subiera a su piso. Era un tercer piso con escalera estrecha. Una estantería muy limpia, pocos libros, una caja metálica con llave sobre el aparador, nada en la nevera salvo cerveza y yogures con fecha al día. Creía que no bebía. Orden de hotel. No me besó al entrar; me miró y esperó a que entrara yo en la habitación como si el piso fuera una pecera y él, el vidrio.

Aquella primera vez no pasó nada malo. Esa es la trampa. Me hizo tortitas con sirope, música baja, demasiadas manos en la cintura para ser domingo. Me habló de disciplina: “la gente pierde por el desorden”. Nunca dijo “te quiero”. Dijo: “Me importas”. Y yo, una chiquilla con hambre, me alimenté de ese verbo con una alegría antigua.

La primera discusión llegó sin motivo que yo recuerde. Él sabía el motivo; siempre lo sabía. Fue un detalle. Mensajes de Clare en mi móvil, una risa en un audio. Me quitó el teléfono como quien le quita un cigarro a un niño.

—¿Quién es?

—Mi amiga. De siempre.

—Siempre no es ahora.

Yo le arranqué el móvil de la mano, y esa fue mi primera victoria. No hubo golpes. Sí un silencio. Un silencio de acero que me dejó congelada. Al final se acercó, me puso la mano en la nuca y dijo: “No me obligues a hablarte mal”. Me sonó a favor. Me sonó, sobre todo, a aviso.

Desde entonces, las cosas encajaban exactamente como él quería. Si le decía “quedé con la banda”, aparecía él con un plan mejor; si decía “me apetece aire”, llovía; si decía “no vengas”, venía al final. Practicaba una cortesía feroz, abría puertas, pagaba, llamaba taxis, pero me quitaba la voz cuando la iba a usar. Me fui dando cuenta de que ya no era la misma, nos fuimos separando yo y yo misma. Hice sitio en mí para una versión nueva que obedecía. Me pillé aplaudiendo a la obediente y castigando a la que protestaba.

Un jueves, después del bolo, me esperó fuera con dos pintas. No las había pedido; estaban puestas. Ahora si bebía.

—¿Una es para ti?

—Sí, nuevas costumbres, no tiene nada de malo cambiar cosas en la vida. Hoy tocaste más recta —dijo—. Menos loca. Me gusta más.

—A mí me gustaba antes —le dije.

—Por eso ahora te quiero más yo. —Y lo dijo por fin. Tarde y con dientes.

Esa noche no dormí en mi casa. Lo hice en la suya.

A partir de ahí, el mundo fue más pequeño. Decidí ceder porque ceder parece madurez si nunca te han educado en decir no. Dejé de contestar a Clare tanto, cambié mi ruta de vuelta a casa, aprendí a decir "vale" con un tono que no era el mío. Cuando tocaba con la banda, él estaba al fondo, siempre. Nunca borracho. Nunca alegre. Cronometraba mis entradas, mis salidas, mis miradas.

La primera vez que levantó la voz fue por un tuit. La segunda, por una foto que subí con Patrick en un almacén de instrumentos. La tercera no fue voz, fue mano. No una hostia. Mano. Fueron unos dedos que apretaron mi brazo hasta dejar lunares morados. "Perdón" vino después, con flores y una carta corta: "No me provoques." La quemé para olvidarla. Me acordé igual, esa ya no se olvidaba.

Una noche me desperté con el clic de la caja del aparador. Estaba abierta. Él creyó que yo dormía; yo respiré como una actriz mala para no delatarme. Vi papeles, tarjetas, una pistola pequeña como un juguete que da miedo. Cerró con llave y se puso a fumar delante de la ventana. No miró la calle; miró el cristal. Yo miré su espalda y sentí —por primera vez— ese frío que avisa antes del invierno, no estás con un hombre difícil; estás con otra cosa.

—¿Qué guardas? —le pregunté a la mañana siguiente, ligera como si preguntara por el azúcar.

—Trabajo —dijo.

—¿De qué?

—De noche.

—¿En qué?

—En lo que la gente no ve.

No me reí. Me besó la frente como se besa a alguien a quien eres propiedad. Y yo, muy lista, muy empoderada, muy batería que se come el mundo, pensé que quizá había partes del mundo que no hacía falta conocer. Ya no era esa.

—Fue así —dijo—. Lento. Exacto. Apretando. Hasta que una mañana me hizo un hueco en el cuello con los dedos por una tontería. Y supe que un día sería la cara. —Se tocó el pómulo con dos dedos, con memoria—. Y entonces apareció la otra cosa.

Se quedó quieta un instante, como si escuchara si el piso recordaba el nombre.

—La otra cosa —repitió— es quién era él de verdad.

—No lo dijo nunca —continuó Maeve—. No se presentó como nada. Pero tenía tareas. Llamadas en el balcón a horas sin nombre, citas en coches que cambiaban de matrícula como de humor, paseos sin abrigo cuando el frío te parte los labios. Al principio pensé: trapicheos, chulerías. Luego vi caras que no eran de pub. Hombres que caminaban de dos en dos, con esa cintura que no mira escaparates. Miradas que pesaban. Apodos que solo existen si alguien puede romperte los dedos por usarlos.

Una noche, al bajar al portal, me fijé en su anillo, uno nuevo. Un ónix mate montado en plata gastada. Lo giró hacía dentro de la mano sin mirarme, un gesto corto, como quien apaga una colilla.

Al día siguiente, cuando se afeitó apresurado, vi en el cuello un trébol tatuado, oscuro y sobrio. No pregunté; él tampoco explicó. Más tarde, en la cocina, dejó un manojo de llaves sobre la caja metálica del aparador. Una llevaba una muesca en el canto, como una espina. Se la vi usar para abrir la caja. No dije nada, pero aprendí del gesto.

—¿Qué guardas ahí? —probé, como si hablara del azúcar.

—Trabajo —respondió—. Del que no sale en los periódicos.

En una llamada lo sorprendí hablando por teléfono que era un orgullo pertenecer al Clan Blackthorn, solo lo mencionó una vez, sin querer. Le cambió la cara cuando colgó, como si me hubiera visto oírlo. Y me lo contó.

Me habló de cobros, de proteger locales “para que nadie moleste”, de mover cajas que nunca se abren. Me sonó a mundo con reglas

impuestas: haces y callas. Al mes ya le conocían los porteros por el nombre y los camareros por el silencio. Había visitas de gente que no conocía, que entraban y no miraban a nadie, hablaban brevemente y se iban por donde vinieron. Después descubrí que el anillo y el tatuaje eran distintivos de los Blackthorn a los que sin duda Liam ya pertenecía.

—No me gusta —le dije, cada vez con más miedo.

—No estás aquí para gustarte —respondió.

Entendí que Liam no era solo un hombre difícil, tenía jefe, un trabajo peligroso y una agenda donde yo era una línea que cambiaba de sitio cada día.

—Me quedé embarazada —dijo Maeve—. Fue una primavera en nuestra relación que duró tres semanas de verdad y seis de mentira.

La noticia le cayó a Liam como una gran comida en medio de la mesa. Dijo que sería mejor para mí. Para los dos. Que él podría cambiar, que ya había pensado en dejar "ciertas cosas", que hablaría con quien hay que hablar. Me rozó la cara con una mano que, ese día, fue suave. Hubo desayunos con tostadas, listas de nombres de bebe en una servilleta, promesas que sonaban a muebles nuevos. Yo, que nunca había sido de primaveras, me sorprendí creyendo.

La primera grieta fue pequeña. Desapareció una noche entera y volvió con sangre casi fresca en el puño de la camisa. Dijo que no era suya.

La segunda no fue grieta, era de nuevo el abismo.

Ese abismo se abrió sin esperarlo bajo mis pies. El móvil vibró: un audio de Clare. Él exigió que lo desbloqueara "ahora". Yo me negué. Primero fue la voz encima de la mía. Luego su mano me arrebató el teléfono. Lo recuperé de un tirón y él vio, de refilón, la palabra "duerme y olvídalo" en el mensaje de Clare. A partir de ahí se le fue de las manos. No fue una bofetada limpia. Fueron sacudidas cortas, los dedos clavados en los brazos, un empujón mal medido contra la mesa. Me doblé y entonces llegó el segundo golpe, más bajo, como si quisiera apagar un fuego. Intenté apartarlo y me arrinconó con la cadera; sentí el borde de la madera en el costado y el aire se me quedó fuera, ruidoso, inútil. Quise gritar y solo me salió un silbido. Él respiraba fuerte, corto, sin mirarme, como si estuviera cumpliendo

un trámite. Cuando me vio caer, se detuvo de golpe, miró sus manos como si no fueran suyas y dijo "ya está, ya está", como si eso arreglara algo.

Se marchó, me dejo allí, en el suelo. Me arrastré para coger el móvil que lo tenía cerca, en el suelo. El dolor subió después, como una ola que se acuerda de volver.

No recuerdo bien la ambulancia. Recuerdo el hospital, la luz fría, olor a gel, un médico con ojos de domingo triste me dijo: "Lo siento." Esa frase sonó a tumba y me dolió más que la paliza.

Liam lloró. Lloró como lloran los hombres que se creen buenos si lloran. Trajo flores. Dijo que nunca más. Que "me provocaste"; que "me asusté"; que "me dolió a mí también". Me pidió perdón con una carta breve: "No me obligues." La doblé y me la guardé en el bolsillo del pijama de hospital. Grabado a fuego quedó en lo más hondo.

Esa noche dormí en mi casa. El clic de mi puerta al cerrar con llave fue el sonido más limpio de ese año. Vi claro lo que no había querido ver: no iba a cambiar. Yo sí.

Hice un plan. El tipo de plan que te saca del mundo y te saca de su mundo.

Primero, necesitaba dinero. No una fortuna. Lo justo para desaparecer sin pedir favores. Sabía dónde: la caja del aparador. No necesitaba abrirla aún, necesitaba estar allí cuando él la llenara y tenerlo todo preparado. Lo aprendí. Dos semanas después, cuando su teléfono sonó a las tres y él bajó al balcón, metí la llave, cogí un puñado lo que cabe en un bolsillo, podían ser 100, podían ser 10.000, no podía entretenerme y dejé el resto como estaba, con la respiración en el cuello y los oídos puestos en el ascensor.

Segundo, ruta. Debía tenerlo preparado todo con anterioridad. No a donde van todas. A donde no va nadie. Yo había venido varias veces a España, sabía algo de español y él no sabía nada de esto. Creo que es lo único que nunca le conté. España no era un sueño; era un mapa con menos ojos puestos si sabias donde ir. Una amiga, de las veces que vine, me consiguió un contacto, un bar con traspaso en un pueblo cuyo nombre sonaba a sombra y a campana: Santa Nevana. "Allí respira el tiempo distinto", dijo el correo. Me costó hasta encontrarlo en un mapa

Tercero, cortar. Saqué otro número de móvil, empaqueté la batería y vendí el coche. Con miedo a que me descubriese durante los preparativos. No le dije nada a nadie, a nadie. No esperé mucho, en cuanto le cogí el descuido después del dinero me fui. Sin despedida ni nota, como si no hubiese existido. No quise dejar ninguna pista, cogí un autobús al sur, a Cork, para despistar, pero me bajé a medio camino para continuar un viaje en autostop a Galway, en la costa oeste. Para no dejar huella que rastrear. De ahí un barco a Inglaterra y hasta aquí.

—¿Y él? —preguntó Tristán muy bajo, por primera vez.

—Él sabe esperar —respondió Maeve—. Y sabe buscar.

Se frotó el antebrazo, justo donde una vez hubo morados.

—Además, tenía otra motivación, me llevé 20.000 euros, no pretendía tanto pero no lo conté.

—Estaba llegando a mi escondite —dijo Maeve, bajando el tono—. León**,** Astorga, y de allí el bus pequeño que tarda media vida hasta Santa Nevana. El conductor me miró por el retrovisor y preguntó dos veces si estaba segura de bajar "ahí".

No había cobertura en el pueblo. Fue lo primero que agradecí, el teléfono muerto como una puerta cerrada. Ideal para desaparecer. No echaba de menos nada; o eso me repetía. Pero quise dejar un guiño a quien fui. Ese bar viejo, con moscas lentas y madera cansada, lo convertí en un pub irlandés. Y sí, le puse el nombre del pub de la banda de Birmingham —The Garrison— para no olvidar nunca quién estaba detrás de todo. Un maltratador mafioso. Con aquel dinero compré un comienzo. Era mío. La vida me lo debía.

Calló. La tetera se había quedado muda hacía rato.

—Y hoy… —continuó— hoy aparece aquí. Como un fantasma. Cuando empiezo a creer otra vez. Ya lo has visto, no le hace falta hablar para amenazar.

—Escúchame —dijo Tristán, despacio—. Lo he visto marcharse. Y yo estoy aquí. No te voy a hacer promesas; a ti ya te hicieron muchas, y todas las rompieron. Pero no te voy a dejar sola.

Ella apretó la taza con las dos manos. No la bebía: la sostenía.

—Hay que denunciar —añadió Tristán.

—¡No! —la respuesta salió seca—. Demasiadas explicaciones. No quiero que mi vida vuelva a ser eso.

—¿Cómo te ha encontrado entonces?

Maeve miró la persiana, como si detrás hubiera un mapa con chinchetas.

—Por eso no me encontrabas hoy —dijo—. Me fui a andar. Tenía la cabeza en pánico. Pensé en escapar, pensé en cómo me había encontrado, en por qué había vuelto mi pasado a morder justo ahora. Solo saqué algo en claro. Solo que tenía que volver aquí para coger valor. No pienso marcharme. Y si me ayudas tú, menos todavía.

Tragó saliva. Luego, como quien saca una astilla, añadió:

—Quizá fue culpa mía. Hace un par de meses tuve que ir a Astorga a arreglar unos permisos del pub. Allí sí funcionaba el móvil. Le mandé un mensaje a Clare: "Estoy bien. Me fui lejos, a España. Te echo de menos." Lo hice inocentemente, como si todo estuviera cerrado en el desván. Pero no estaba cerrado; estaba esperando. Hoy se ha demostrado. Solo puede haber sido por ese mensaje. Me equivoqué, Tristán.

—No es culpa tuya —dijo él. No era una absolución, era una posición.

Maeve asintió lo mínimo, sin creerse aún del todo a nadie. Tristán se inclinó hacia la mesa, cambió de carril con cuidado.

—Mientras no podamos hacer nada con Liam, hagamos otra cosa juntos —dijo Tristán, más despacio—. Te va a limpiar la cabeza y a mí me va a servir.

La palabra juntos quedó sobre la mesa, sin subrayarse.

—¿Qué cosa?

—Cuando saliste de la ermita fui a hablar con los hijos de Eusebio. Me contaron que, desde el incendio del noventa y siete, su padre investigaba la desaparición del escritor. A rachas al principio, luego como una obsesión. Decía frases raras —"del principio de los tiempos", "aún están aquí", "van a despertar"— y repetía que "el que quiera saber siga lo que significan las palabras escondidas".

Maeve alzó la vista, atenta.

—¿Eso te lo han dicho hoy?

—Hoy. También hablaron de la copa de la ermita, "dos caras", y de unos respiraderos abajo, en la casa quemada. Me dieron esto —se tocó el bolsillo del pecho—. Un reloj de bolsillo de Eusebio. Dentro hay una nota. No la he abierto.

—¿Por qué a ti?

—Porque devolví el dinero que me adelantó Eusebio —respondió —. Y porque les dije que quería entender, averiguar por qué sufría su padre. Se han fiado de mí. Sin embargo, no les veo mucho apego a las cosas de su padre. Han dejado la cabaña como está. Ella asintió leve, como si esa palabra —averiguar— le ordenara el aire.

—Y hay otra cosa —añadió Tristán—. Bernarda me ha citado para mañana a las 12. En la ermita.

—¿A ti?

—A mí. —Tristán respiró, se puso serio, midió el tono y las palabras. No quería imponer pero si quería hablar con autoridad— Esta noche te vienes por si acaso. Y si él viene, vamos directamente a Santiago. Paso a paso. Pero pasos.

Maeve dejó la taza. Respiró hondo, como si midiera de nuevo el tamaño del cuarto.

—Está bien —dijo—. Pasos.

—No te quedas aquí. Coge algo de ropa y vente conmigo al hostal**.** Lala te dará una habitación. Esta noche no te dejo sola. Si vuelve puede que te busque aquí.

Maeve miró alrededor, un vaso, una chaqueta en el respaldo, un par de botas junto a la puerta. Asintió. Metió en una mochila un par de cosas, un jersey, unos vaqueros, un neceser pequeño, una muda. Cerró la luz.

Antes de abrir, Tristán tocó el bolsillo del pecho; el reloj pesó recto, como si tuviera dentro un principio esperando su turno.

La puerta se cerró sin ruido. Tristán bajó las escaleras con la sensación de que el miedo no se había ido, pero ya sabía su nombre, Liam, y, por eso, mordía menos. Afuera, la noche estaba gastada; el pueblo dormía después del entierro. Otra hora se había puesto en marcha.

Cruzaron dos calles sin hablar. Maeve andaba como se anda con la mente aún en otro lado, contando pasos. Tristán iba medio paso

detrás, ojos a los lados, sin teatralidad.

El hostal tenía la bombilla cálida de siempre sobre la puerta y el timbre sin cartel, porque todos saben dónde está. Entraron y Tristán llamó a Lala. Apareció con su bata de noche y esa sonrisa que no interroga.

—Te traigo una visitante inesperada ¿Tienes un cuarto libre? —preguntó Tristán.

Lala miró a Maeve, la midió con un cariño de madre prestada.

—Para hoy y para siempre que haga falta —dijo—. Arriba, al fondo, el de la ventana pequeña. —Sacó una llave del cajón—. Sin registro ahora. Mañana lo pones si quieres.

—Gracias —dijo Maeve.

—Aquí nadie ha visto nada —añadió Lala, con ese tono que en Santa Nevana todo se sabe.

Subieron la escalera de madera que sabe los nombres por el sonido de los pasos. Lala abrió la puerta, cama limpia, una silla, una mesilla con lámpara de globo; la ventana daba a un tejado con musgo.

—Si necesitas algo, golpe suave —dijo Tristán, tocando la pared —. Aquí se escucha.

Maeve dejó la mochila en la silla. Se volvió hacia Tristán.

—Mañana a las doce tenemos faena —recordó.

—Duerme tranquila y recupérate, mañana te llamo —dijo él.

Se miraron un segundo que no pedía más. Lala inventó una excusa para cerrar.

—Voy a calentar leche —anunció a nadie, y se fue.

Se quedaron en la puerta abierta un instante, como si la noche necesitara comprobar que el trato era de verdad. Le dio el beso de los últimos días. Luego Tristán cerró despacio. El clic fue breve, limpio.

Su cuarto estaba dos puertas más allá. Tristán dejó la chaqueta en el respaldo y apoyó la frente en la madera de la puerta, un segundo, como si la puerta pudiera prestarle pulso. Sacó del bolsillo el reloj, lo dejó sobre la mesilla, boca arriba, cerrado.

Aún no dormiría, tenía que escribir, para eso estaba allí y la noche era su momento. Las gotas de Eloy esperaban junto al vaso. El

líquido tuvo ese amargor de metal que sube a la nariz. El zumbido llegó enseguida, discreto, como un insecto educado. La mirada se le blanqueó, la mano derecha se volvió rápida, la izquierda un poco torpe. El aire del cuarto pareció ir y venir a otra profundidad.

Abrió el manuscrito. La primera frase cayó sola:

"Abajo corre el aire."

Llegó otra: piedra húmeda, túneles que respiran, un hilo frío que roza las pantorrillas. La cruz del atrio, el trueno, el rayo… El lápiz raspó con prisas. La mano se detuvo cuando el zumbido decidió que ya bastaba.

Del libro volvió a salir la niebla azul. Tristán ensoñado creyó verla por el rabillo del ojo, se arrimó a la pared, subió como aliento y encontró la tabla alta del cabecero. Tristán no la miró del todo; la sintió, como se siente un recuerdo que empuja desde atrás.

En la mesilla, el reloj brilló lo justo y calló. La niebla se disolvió pegada al marco de la ventana, como si la noche hubiese terminado de leer.

Tristán se acostó en la cama. En ese trance pensó en Bernarda, en el atrio, en el mediodía que venía. Pensó en Maeve dos puertas más allá, respirando ya mejor. No dijo nada. Apagó la luz.

En el pasillo, la casa gimió como rezongan las maderas sinceras, avisando de que están. Fuera, la lluvia dio una nota mínima en el alféizar y luego calló. Dentro, el sueño llegó de inmediato.

Esperaba el día siguiente, a las doce. Y después, la nota del reloj…

Capítulo 14
Bernarda

El olor de la cocina del hostal invitada al desayuno y a la acción. Tristán se levantó y llamo a la puerta de Maeve, con suavidad y mimo. Al otro lado un "ya voy". —El baño está abajo— le dijo Tristán — Bajo un segundo y vuelvo a vestirme. Te espero en la cocina, tomate tu tiempo.

Todo iba bien, pensó. Lala ya estaba allí, como siempre, movía la sartén con la naturalidad de quien no necesita mirar para acertar el punto. Al poco llegó Maeve, ropa limpia, cara nueva. Se sentó frente a Tristán. Lala le puso un café, lo cogió con las manos alrededor de la taza como si calentarse los dedos fuera una decisión. Tristán estaba sentado al borde del taburete, espalda recta, disfrutando la escena, estaba desayunando con ella.

—¿Dormiste algo? —preguntó Lala a Maeve, sin apretar.

—Un poco —dijo ella.

Lala dejó un plato con tostadas en el centro y una mantequilla que parecía pensada para domingos. Miró a Tristán con esa paciencia que guarda las preguntas en un cajón y solo lo abre si hace falta.

—¿Y tú? —le tocó turno.

—Lo justo —respondió él.

Comieron tranquilos. El reloj de pared dio un golpe sordo a "y media". Lala tanteó el ambiente un paso más.

—¿Todo… bien? Anoche no dormiste en tu casa —buscó una palabra que no fuera curiosear.

Maeve miró a Tristán un instante y volvió a la taza.

—Asuntos —dijo, sin brillo, pero sin mentira.

—De esos que se arreglan —añadió Tristán, como si completara una frase que los dos habían ensayado.

Lala asintió despacio. — ¿Tiene que ver con el tipo de la iglesia?

Maeve se tensó, Tristán le lanzó una mirada de calma y contestó.

—No, que va, yo también lo vi, pero ni idea de quién es.

—Dicen que lo vieron irse en un coche — Lala no insistió. Se apoyó de espaldas a la encimera, con los brazos cruzados y media sonrisa en la cara.

—Se os ve bien juntos —soltó al fin, ligera—. Hacéis buen equipo.

No hubo chiste después. Solo el ruido de la tostada al partirse. Maeve sonrió un poco, agradecida y cansada.

—A las doce tenemos que estar en la ermita —dijo Tristán, para darle forma a la mañana—. Bernarda me citó ayer.

—¿Bernarda… a ti? —Lala frunció apenas el ceño—. Qué raro.

—A nosotros nos extraña también —dijo Maeve.

Lala dejó una jarra de agua en la mesa. Hubo un silencio corto y luego recogió las migas con la mano abierta.

—Si necesitas quedarte aquí más días, no lo penséis —dijo, mirando a Maeve—. Ya sabéis cómo va: yo no pregunto y vosotros estáis tranquilos.

—Gracias —respondió Maeve. Lo dijo de un modo que hacía juego con la cocina, simple y verdadero.

Se quedaron un rato más, sin prisa. Lala habló de cosas pequeñas —un pedido que no llega, la bombilla del pasillo que parpadea, el panadero que confunde los panes— y, cuando vio que el café había hecho lo que tenía que hacer, dio por bueno el desayuno. Al despedirse, tocó a Maeve en el antebrazo, apenas.

—No hace falta que avises si vuelves —dijo.

—Si tengo que volver no dudaré —prometió Maeve.

En el pasillo, Tristán bajó la voz:

—Te quedas conmigo —le recordó—. Por ahora no vuelves a casa.

—Hoy no —aceptó ella.

Salieron al adoquinado. La mañana tenía ese sentir a limpio de los días que empiezan a tiempo, como si alguien hubiera barrido la noche para empezar un nuevo día.

Tristán se tanteó el bolsillo del pecho, el reloj estaba ahí, frío y exacto. Maeve ajustó la mochila con el gesto práctico de quien ha decidido no volver sola a su casa "por ahora".

Bajaron por la calle principal. El pueblo tenía esa resaca suave de los días posteriores a un entierro, persianas a medias, voces bajas que no hacen falta. Un vecino les deseó "buen día" sin mirar

demasiado; dos mujeres dejaron de hablar al cruzarse con Maeve y luego le sonrieron con un cariño discreto, de aliadas silenciosas.

En la plaza, Modesto hablaba con un operario que peleaba con unos adoquines que no estaban en su sitio; les alzó la mano a modo de saludo, ojos cansados, y volvió a lo suyo. Santiago pasó en dirección contraria, con prisas pero Tristán lo detuvo. Él bajó el tono al verlos.

—¿Sabes algo del coche negro? —preguntó Tristán, sin rodeos.

—He estado preguntando por ahí —dijo el guardia—. Varios lo vieron salir ayer. Así que se ha marchado —Miró a Maeve con discreción profesional—. Si era por eso… podéis respirar. Se ha ido.

Maeve inclinó la cabeza, agradecida sin fiesta. Siguieron.

El camino a la Ermita de Santa Nevana de la Palabra tenía esa calma rara de los días que arrastran algo.

—Eusebio quería decirnos algo —respondió Tristán.

Mientras caminaban fueron enumerando en voz baja, como quien pasa lista: Zagalón, Elías, las palabras escondidas, el reloj…, todo flotando sin sitio. Acordaron lo esencial:

—Lo anotamos todo —dijo Tristán sacando el cuaderno—. Si algo se nos queda grande, lo dejamos aquí y lo retomamos cuando hable.

—El cuaderno como será nuestra memoria —asintió Maeve—.

El atrio estaba solo, ni viejos de charla ni niños saltando losas. Tomás no asomaba. Perfecto para miradas indiscretas.

Pusieron el pie en el primer escalón y, como si el cielo llevara reloj, el campanario soltó la primera. Doce en punto. Veinticinco campanas que subieron por la piedra una a una, con ese metal último de tercer día de luto. La última vez que serían veinticinco. Por ahora.

Tristán y Maeve se miraron un segundo, sin hablar. Esperaron en el atrio, juntos. El cielo guardaba agua muy lejos, como quien afila un cuchillo con paciencia. Bernarda aún no estaba a la vista. El día esperaba con pasos que esperan y piden su turno.

Después de las veinticinco campanadas, el silencio quedó tendido como una sábana. Bernarda apareció por el lateral, pasito corto, la pizarra bajo el brazo, la tiza en la otra mano. Llevaba un

impermeable fino, el pelo recogido con horquillas que parecían más viejas que la iglesia.

—Hola, Bernarda —dijo Tristán, suave—. ¿Por qué me citaste aquí… a solas?

Miró a Tristán y a continuación a Maeve, señalándola con la barbilla, como quien no la espera.

—No te preocupes Bernarda, es mi amiga. No pasa nada.

Asintió y apoyó la pizarra sobre el banco de piedra. Miró a los dos e hizo un gesto breve con la cabeza—*"gracias por venir"*—, y, con el índice, tocó su propia garganta como recordando lo obvio: no podía hablar. Levantó la tiza. Escribió lento, con la muñeca firme:

"Yo limpiaba en la casa de Elías."

—¿Elías Varea… el escritor? —preguntó Tristán—. ¿En la Casa Quemada?

Bernarda asintió una vez. Borró con el canto de la mano, dejó una nube gris que el viento rompió en migas. Volvió a escribir:

"Vi cosas extrañas."

Maeve dio medio paso, con respeto.

—¿Qué clase de cosas…? —preguntó, y dejó la pregunta en el aire, como quien ofrece un cuenco.

Bernarda dudó un segundo; miró alrededor, como midiendo si la piedra también escucha. Escribió:

"Busca al escritor."

Tristán tragó saliva. No insistió con prisa. Cambió de ángulo, más cerca sin invadir.

—¿Dónde lo buscamos? —probó—. ¿En sus papeles? ¿En su casa?

Bernarda señaló con la tiza hacia el oeste, una línea general, sin detalle. Después, borró y escribió:

"La casa aun respira."

Ambos miraron hacia donde había señalado con la tiza un segundo antes.

"No te fíes de Eloy. En la botica."

Maeve alzó la vista muy despacio, como si el nombre hiciera ruido dentro.

—¿Eloy… qué? —susurró—. ¿Qué hay allí?

Bernarda no contestó con la tiza. Metió la mano en el bolsillo del impermeable, sacó algo y se lo puso a Tristán en la palma: una moneda romana, oscura, con Jano mirando en dos direcciones.

Le rozó los dedos para que entendiera que era importante. Escribió, a su lado, una sola línea:

"Te servirá para pesar la verdad"

Tristán guardó el denario sin mirarlo más, de un gesto. Asintió, serio.

—Gracias.

La tiza volvió al trazo. Cada palabra llegó como una piedra colocada con cuidado:

"La copa te llevará a la luz."

—La copa de la ermita —dijo Maeve, casi para sí.

Bernarda confirmó con los ojos y siguió:

"La luz es diversa, no creas la luz única."

—Dos luces, dos colores —murmuró Tristán, juntando piezas sin forzar.

La lluvia cambió de golpe. Empezó a arreciar. Un telón de agua se iniciaba. Maeve miró el cielo y corrió hacia la puerta de la ermita. Justo al pisar el umbral, debajo del arco, sintió un tirón, como una mano invisible en los hombros que la empujaba. Dio un paso dentro, sin querer. La puerta se cerró con un golpe seco y la dejó dentro del templo. Giró la manilla. Nada.

—¡Tris! —llamó—. ¡Está atascada!

No estaba enganchada; era otra cosa. Empujó el cerrojo. No cedía. Tiro de la puerta. Nada. Buscó con los ojos el ventanuco del lado y se pegó a él, con la cara a la reja húmeda.

Desde allí vio la terrible escena.

Mientras tanto, Tristán dio un paso hacia Bernarda y notó que el aire se le enganchaba a los músculos, como si el tiempo se hubiera espesado. No fue miedo. Fue otra cosa**.** Un peso que lo sujetó por dentro. Levantó un brazo y el brazo no le obedeció. La voz se le quedó en el pecho como una campana atada con trapo. Estaba paralizado, con los ojos abiertos, mientras detrás le gritaba Maeve.

Todo fue muy rápido. Un resplandor rajó la nube. De nuevo un rayo. Cayó de pleno, un látigo blanco, y de nuevo, por increíble que

parezca, sobre la cruz del atrio. La piedra entera vibró; la base —ya abierta por el golpe del día anterior— crujió como un diente malo que se parte sin avisar. Bernarda, que había dado un paso atrás, se quedó observando la grieta que se abría en la base, levantó la cara con un gesto casi de niña.

—¡BERNAR…! —la voz de Tristán fue un pensamiento sin boca. No salía sonido alguno.

La cruz se escoró. No un dedo, un mundo. El pedestal cedió. Y entonces aplastó a Bernarda. La aplastó contra la losa, con un golpe seco y sordo, brutal, que dejó el sonido de la piedra metido dentro de la piedra. Medio cuerpo debajo de la piedra de granito. El brazo de Bernarda quedó a la vista con la tiza todavía sucia en los dedos y la pizarra a su lado.

La lluvia se volvió pared. Maeve, atrapada detrás de la puerta, gritó. Buscó el ventanuco, trepó con la punta del pie a la moldura, lo vio todo desde allí. Vio el derrumbe, el charco rojo creciendo con sangre, vio a Tristán inmóvil como una estatua enferma.

De la boca de Bernarda brotó un caño de niebla azul, puro, nítido, como si alguien hubiese abierto una válvula en el interior de su cuerpo. No humo, no era aliento de frío. Niebla con un borde azul más intenso. Subió varios centímetros, giró como un perro que huele, y se fue recta en una dirección, pegada al suelo, apuntando a la casa de Elías. Ni un metro de desviación. Tristán la vio por fin con claridad, como se ve un cuchillo afilarse; Maeve la vio desde la reja, y por primera vez los dos la vieron igual.

La columna se agotó en pocos segundos, como si alguien hubiese cerrado la llave. El aire hizo un clic invisible.

Entonces Tristán recuperó el brazo, el pecho, la voz. Cayó de rodillas, jadeando, con la sensación de que el mundo hubiese soltado su agarre en su tráquea. Maeve insistió en la puerta, la golpeó, giró el cerrojo y el picaporte. Nada. Probó de nuevo la manilla. Sin esperanzas, y, sin esperarlo, cedió. La puerta abrió de golpe, sin resistencia, como si nunca hubiera estado cerrada. Entonces empujó la madera y se abalanzó hacia el atrio. Y ahí se quedaron, en el borde exacto de la tragedia, con la piedra aún temblando por dentro y el gusto ácido de la muerte en la lengua.

Maeve llegó hasta Tristán a trompicones, resbalando en agua y sangre. Le agarró los hombros.

—¿Estás bien? —no le temblaba la boca sino la voz.

Tristán asintió sin saber cómo. Miró a Bernarda. La tapó y le acomodó su impermeable encima como quien tapa un brasero que ya no calienta.

—Ay, Bernarda… —dijo Maeve, muy bajo, como si la llamara a volver.

La pizarra había quedado boca arriba, apoyada entre el suelo y el banco. *Ajedrez* se leía a medias, con la zeta corrida por la lluvia. Tristán tragó saliva.

—La niebla… —empezó, y no terminó—. Luego.

Unos vecinos que acababan de llegar se fueron a por ayuda al pueblo. El primero en llegar fue Tomás, descompuesto, rezando entre dientes. Detrás, vecinos que no supieron dónde poner la vista ni las manos. Luego Santiago, a paso rápido, con esa cara de cuerda que ya viene atada. Saldaña iba detrás, a unos metros.

—Atrás —ordenó—. Nadie toque nada.

Acordonó con cinta y mirada. Saldaña confirmo la muerte. Abrió la libreta. Preguntó sin rodeos:

—¿Qué hacían aquí?

—Bernarda nos citó ayer.

—¿Bernarda los citó? —preguntó por fin.

—Sí —respondió Tristán—. A las doce.

—¿Para qué?

—Para contarnos algo —dijo Tristán—. No sé, no llegó a decir**.** Cayó el rayo y todo se precipitó.

—¿Cayó aquí el rayo? ¿En la cruz otra vez?

—Sí —dijo Tristán.

—Sí —dijo Maeve.

—¿Dónde estabais? —continuó Santiago.

—Yo, aquí, en el atrio —respondió Tristán—. Frente a Bernarda.

—Yo, dentro de la ermita —añadió Maeve—. Me metí bajo el arco cuando empezó a llover y la puerta… se cerró.

—¿La puerta estaba cerrada? —miró a Maeve.

—Se cerró de golpe. Intenté abrirla y… no cedía. Luego sí.

Santiago asintió sin sorpresa, anotando.

—¿Bernarda escribía en la pizarra? Dijo al mirar la pizarra.

—No llegó a escribir mucho —dijo Tristán—. Palabras suyas.

—¿Recuerdan qué?

Tristán midió a los presentes; Raúl Saldaña estaba ya a dos metros, escuchando con la cara de quien no escucha.

—Nada en general, casi no dio tiempo. —Se detuvo—

Santiago no los apretó. Cambió de rumbo.

—Orden de los hechos: lluvia, usted, Maeve se va a la puerta, el rayo cae, la base cede y la cruz cae. ¿Correcto?

—Sí —dijo Maeve.

—¿Alguien tocó el cuerpo o la cruz?

—No —contestó Tristán—. Solo la cubrí con su impermeable**.**

—¿Oyeron algo antes del rayo? ¿Un crujido?

—Un crujido leve, sí —dijo Tristán—. Como el granito partiendo.

Santiago apuntó "crujido previo". Pasó página.

—Ayer cayó otro rayo. La base quedaría fisurada. Hoy, agua y golpe. —Elevó la vista—. Todo cuadra: accidente.

Nadie lo contradijo.

Santiago cerró la libreta con el lápiz dentro.

—Si necesito algo, les aviso. Pueden irse.

Santiago los dejó pasar con un gesto.

La pizarra quedó apoyada. La palabra ajedrez seguía respirando a medias bajo la lluvia.

—Segundo día seguido —murmuró Santiago, apuntando—. Ayer el rayo lo golpeó y hoy, el nuevo, remató el granito. La base se ha quedado debilitada. Que terrible desgracia.

Modesto llegó con el aliento corto. Se quitó la gorra como si fuera en señal de respeto y miró el zócalo.

—Santa Virgen. Bernarda… Lo siento, Bernarda.

Lala apareció un poco después, con un paraguas rojo. Se le humedecieron los ojos, sin teatro.

—¿Queréis iros? —preguntó, mirando a Maeve—. Yo me quedo si hace falta.

Maeve negó. No sabía qué responder sin que se le rompiera algo.

Saldaña se asomó por el borde del grupo. Miró el cuerpo. Miró la pizarra. Un fogonazo raro le cruzó la pupila y se apagó enseguida, como cuando una lámpara duda. No dijo nada.

—Ya tengo los datos, marchaos a casa —propuso Santiago, menos duro—. Yo me encargo.

—Ay, Bernarda… —repitió Tomás, y se hizo un silencio de sacristía bajo la lluvia.

Maeve le apretó el antebrazo a Tristán.

—No vamos a hablar de lo que hemos visto —dijo él, en voz que solo era para ella—. Es una locura ¿Viste lo mismo que yo?

Asintió. Dieron dos pasos atrás. La pizarra quedó en su sitio, ajedrez todavía vivo entre babas de tiza. Se apartaron sin darse la vuelta, con la piedra temblando por dentro.

Santiago dijo que se quedaba hasta el levantamiento.

—Ya vienen de camino —añadió, echando a todos con la mano—. Aquí no hay más que hacer.

El atrio, abierto y mojado, dejaba a Bernarda frágil, como una marioneta desvencijada. Por respeto, Modesto fue el primero en echar a andar.

—Al Avío —dijo—. Ha entrado agua en la sala del ayuntamiento; hoy nos vemos allí. No hay mucho que tratar, pero es buen sitio para acogernos.

De nuevo, por otra muerte, El Avío se llenó con el ruido de sillas arrimadas y abrigos colgando de cualquier respaldo. Era la hora de comer. Vicente y Amparo improvisaron una mesa corrida en la barra: cecina de chivo, chorizo tibio en su grasa, morcilla de arroz, torreznos que parecían ramas de un árbol, ancas guisadas, pan crujiente y un perolo de caldo que perfumaba de laurel. Refrescos y algunas botellas de vermut berciano de los conventos del Camino, vino tinto de uva mencía para calentar, blanco de godello corto para templar. Amparo no dejaría a nadie con hueco en el estómago. Sin embargo, no era un velatorio formal; era esa una reunión de duelo que el pueblo entendía sin decirla.

Vicente desde la barra comentó

—Hace nada Eusebio, ahora esto, para no creerlo.

—Tres días terribles —se lamentó alguien, con la servilleta pellizcada entre los dedos.

—Dos rayos seguidos en el mismo sitio… —otro movió la cabeza —. Eso no pasa ni en las películas.

—Como aquellos días del noventa y siete —recordó una mujer mayor, mirando a nadie—. Se nos vino la vida encima.

Modesto habló lo justo, con la voz rota en bordes.

—Acabamos de salir de un luto oficial y no voy a proclamar otro. Sería hundir más al pueblo. Por otro lado, habrá que apuntalar la cruz —dijo, hablando más como alcalde—. Patrimonio, peritaje**...**

—Estamos en la desgracia —dijo un hombre del fondo.

—Es una maldición —replicó otro.

—No digas tonterías. No digáis eso —lo cortó Lala—. Es dolor, y el dolor sabe volver. Nada más.

—Y Tristán estaba de nuevo presente. Vaya casualidades da la vida. —Dijo una voz escondida en el tumulto.

—Ya está bien —Atajó Vicente mientras se secaba las manos en el delantal una y otra vez— Estas cosas pasan en todas partes, lo que ocurre es que aquí somos menos y se nota más.

A Tristán y Maeve les acercaron un plato con pan, otro con cecina y torreznos y un tazón para dos con caldo y cucharas. Comieron poco y lento. Con el vino y la comida el ambiente se destensó. La gente iba y venía con frases cortas, abrazos limpios, palmaditas de pésame de unos a otros. Por la puerta se veía la calle con el color de la tarde torcido.

—Tenemos que reponernos —dijo Maeve, al fin, con el vaso entre las manos.

—Sí —asintió Tristán—. En cuanto esto se despeje, hay que volver a la ermita. Ver bien la copa.

—Y anotar todo —añadió ella—. Lo de Bernarda, lo de la luz, lo que hemos visto.

—La niebla —dijo Tristán, y la palabra dejó un frío pequeño en la mesa.

Maeve miró hacia la calle y luego a él:

—Esta noche duermes en mi casa —dijo, sin andarse por las ramas—. Estaremos más tranquilos que en el hostal. Vemos todo

con calma, apuntamos en el cuaderno, ordenamos la cabeza. No quiero estar sola… y tampoco quiero que lo estés tú.

Tristán no buscó una frase mejor.

—Voy —dijo. Y bastó.

Un golpe de viento hizo masticar la puerta. Alguien recordó en voz alta que Santiago se quedaría hasta que llegaran "los de arriba". Modesto agradeció a Vicente y Amparo con la mano abierta. Un crío se quedó dormido en el hombro de su madre, vencido por el rumor de platos y cucharas.

—Cuando baje la gente —dijo Tristán—, subimos.

—Subimos —confirmó Maeve.

Se quedaron un rato, escuchando al pueblo respirar en conjunto: cuchillos, pan, sorbos, alguno que lloraba sin esconderse. Un velorio sin caja, una sobremesa de consuelo. Y en medio, entre dos bocados, el plan pequeño que permite seguir: volver**,** mirar**,** anotar**,** entender**.**

Santiago seguía en el atrio, ya recogido el cuerpo, repasando detalles con la libreta. Al verlos, alzó la vista.

—¿Qué hacéis otra vez aquí?

—Perdón —dijo Tristán—. Ha sido un golpe muy duro. No terminamos de creerlo… Pensamos que un rato de recogimiento en la ermita nos vendría bien para sosegar.

—¿Sois religiosos? —preguntó sin filo.

—No mucho —contestó Maeve—. En momentos como este, un poco más.

Santiago sopesó la respuesta, miró hacia el pueblo.

—Anselmo vino y acaba de marcharse; la ermita está abierta. Sed respetuosos, que está el personal alborotado. Volverá luego a cerrar. Así que tenéis tiempo.

—Gracias —dijo Tristán.

Entraron. La urna de la Copa estaba donde siempre la ve quien entra a rezar: en una hornacina de piedra a media altura, a la derecha de la nave, a la vista de los fieles pero fuera del tránsito. Bajaron la urna con cuidado de no volcar la copa. El cristal tenía un cerrojo sencillo, viejo, y estaba cerrado.

—Dame un segundo —dijo Maeve.

Se quitó una horquilla del pelo. Tristán arqueó una ceja.

—Viejos trucos de Dublín —sonrió ella, sin alardear.

Acomodó la horquilla, tanteó el muelle con escucha fina y clic: el pestillo cedió. Levantaron entre los dos la tapa con cuidado de notario.

Reposaba sobre un paño crudo. La copa, del siglo IV, era de vidrio romano**,** de pared casi espesa que medía unos 17 cm de altura y 14 cm de anchura. Un diatretum: una jaula decorativa de vidrio esculpida que se entrelaza alrededor de la copa principal. Con relieves intrincados, la decoración del rey Licurgo perseguido y enlazado por la vid de Dionisio era simplemente excepcional y fuera de lo común.

Pero lo realmente extraordinario era el semblante que hace que la luz no sepa por dónde viene realmente su color.

—Vamos a probar —dijo Tristán, sacando la linterna— Veamos porque es tan famosa y si funciona igual que su hermana del Museo Británico.

La copa tenía un tono claramente verde. Con la luz por delante no hacía nada especial, lo increíble vino después, cuando variaron el haz de la linterna por detrás. La copa que parecía de ese verde opaco se tornó de un rojo profundo y traslúcido. En el anillo de la base aparecieron unas letras que sin la luz no estaban: LYCURGUS.

—Apúntalo —susurró Maeve, pero fue ella quien lo copió al cuaderno.

Luego, el haz lo siguieron moviendo. La copa respondió bajando un tono a un granate. Al inclinarla, en el labio interior se dejó leer la fecha: MCMXCVII.

—El año noventa y siete, esto está grabado posteriormente —dijo Maeve.

Tristán ladeó un poco más. En el zócalo del pie, tres marcas minúsculas aparecieron solo si la luz entraba en ángulo**:** tres líneas formando un triángulo, una media luna apenas insinuada y un achurado diminuto que formaban una especie de cruz con puntas. Eran casi invisibles; más sugeridos que vistos.

—Es como… tres símbolos, una tríada de formas —confirmó.

Maeve los pasó al cuaderno con rapidez, convirtió los símbolos en dibujos: ▲ · ☽ · ☩. Debajo anotó: *La luz es diversa (dos luces, dos lecturas).*

Volvieron a dejar la copa en su cuna y cerraron la urna con la misma delicadeza con que la abrieron. Maeve recuperó la horquilla.

—Aprovechemos y miremos el reloj —propuso Tristán.

Se sentaron en el banco de atrás. Tristán sacó el reloj y soltó la pestaña interna. Dentro, plegada, había la nota de papel. La extendieron sobre el cuaderno.

La primera línea era nítida:

***La hora verdadera permanece eterna*.**

A la derecha, en limpio, I – B – C. Debajo, un croquis mínimo: un arco de media luna y un trazo hacia abajo que terminaba en tres rayitas paralelas, como marcas: *abajo corre el aire*.

Mientras copiaba, Tristán descubrió en el doblez del papel una tirita estrecha, casi de marcador, pegada con una gota de cera. Al despegarla, aparecieron parejas de letras alineadas en grupos:

AB / CD / EF / GH / IJ / KL / MN / OP / QR / ST / UV / WX / YZ

—¿Qué es esto? —preguntó Maeve.

—No es un mensaje —respondió él—. Es el abecedario en pares. Es él, Eusebio hablándonos.

Maeve dijo medio en broma para respirar—. Eusebio apretando.

Cerró el cuaderno con el lomo en la palma, como quien guarda una brasa pequeña.

—De esto no hablamos con nadie —cerró Tristán.

—Con nadie —repitió ella.

Salieron. Santiago, en la puerta, les hizo un gesto corto.

—¿Mejor?

—Un poco —mintieron al unísono.

Salieron a la tarde que ya tiraba a noche. El pueblo había bajado la voz un punto. Tristán tocó el bolsillo donde dormían el reloj y el denario. Maeve llevó el cuaderno contra el pecho, como quien protege un animal pequeño que aún no sabe si morderá.

—Debemos pasarnos antes por el hostal, solo para coger algo de ropa y la medicina de Eloy. Tengo que seguir escribiendo y me ayuda —comento Tristán.

—Está bien —dijo Maeve— pero no me gusta que uses preparados "artesanales". Vete a saber qué es. Además, deberías dejarlo, todo tiene su momento y el suyo yo creo que ha pasado.

—Un poco más, de verdad que me ayuda.

Lala estaba en la cocina, no era una sorpresa: delantal puesto, una olla baja aún tibia y ese cansancio que no hace ruido. Levantó la vista y les leyó la cara antes de hablar.

—Lo siento por Bernarda —dijo, sin adornos—. Hoy el pueblo pesa más.

—Sí —respondió Maeve—. Ha sido un día… largo.

Tristán se adelantó un paso, con culpa de niño en los hombros.

—Solo venimos a coger ropa y… —miró a Maeve— la medicina que me dio Eloy. Esta noche me quedo en el sofá de Maeve. Mejor así.

Lala asintió despacio, sin preguntar de más.

—Hacéis bien. Hay noches que no conviene dormir solos. —Se secó las manos— Sube, lo tienes todo arriba.

Tristán fue y volvió con la mochila que traía cuando llegó al hostal. Dios, parecía que hacia una eternidad. Dos camisetas, la sudadera, ropa interior y unos pantalones. El frasco ámbar con el cuentagotas en la mano y el manuscrito a la bandolera. Lala lo miró de reojo; no le gustaba que se fuesen pero se guardó la opinión.

—¿Queréis que os caliente un tazón? —ofreció—. O me avisáis si necesitáis algo. Yo… —buscó las palabras— no me hagáis caso, me había acostumbrado a tener alguien cada noche.

—Gracias, Lala —dijo Maeve—. Es provisional. Mañana tenemos que hacer un par de cosas juntos y será mejor si salimos desde mi casa. Te lo traigo pronto. Nada más.

Lala dejó sobre la mesa una fiambrera pequeña con caldo y un trozo de pan envuelto.

—Llevadlo. El cuerpo entiende el comer mejor que las palabras.

Antes de salir, Lala los miró un segundo, la mano en el canto de la mesa.

Maeve sostuvo la mirada y sonrió lo justo. Tristán guardó el frasco en el bolsillo interior, como quien guarda una duda. Cruzaron el zaguán con paso corto.

Entraron en silencio. Maeve dejó las llaves en el platito de la entrada y se quedó mirando sus propios dedos, como si no fueran de ella.

—Dúchate primero —dijo Maeve—. O yo. Como quieras.

—De acuerdo —respondió. Y señaló el baño con la barbilla.

El agua caliente le planchó la cabeza a Tristán. Al salir, con una camiseta limpia y el pelo aún húmedo, abrió la ventana un dedo para que respirara la casa. Maeve entró después; cuando volvió, traía el pelo recogido en un moño apurado y dos vasos con algo de whisky. No hizo falta brindar. Se sentaron.

Pusieron el cuaderno en el centro de la mesa, el reloj a la derecha, el denario arriba —Jano mirando a dos sitios, como un guardián que no se decide—. Maeve pasó la primera página limpia.

—Esto va a ser memoria y lógica —dijo—. El cuaderno nos ayuda a ordenar. Recopilemos. Nada de carreras.

Respiraron. Maeve escribió, en grande: Pistas. Tristán, en cuanto oyó el lápiz, empezó a enumerar con la calma que se finge cuando el corazón aún late arriba.

—Primero, Eusebio —dijo—. Lo que había en la cabaña.

Fueron recordando y Maeve copió, tal cual:

De la cabaña de Eusebio:

- En su muerte dijo Zagalón, El Culto, Elías
- Calendario 97
- A lápiz I–B–C
- Recorte con “Varea preguntó por la ventilación”
- Del Catecismo un papel fino con el lema “Una llama, muchas sombras”

- Un croquis con la Estación ↔ casa E. + una **X** encima
- PORTA (puerta) con la llama al lado.

—Ahora lo que dijeron los hijos —pidió Tristán.
Maeve pasó renglón:
De los hijos (frases de Eusebio):

- "El principio de los tiempos"
- "Aún están aquí"
- "Van a despertar"
- "El que quiera saber que siga las palabras escondidas"
- Reloj. Eusebio les dijo: "Este es el principio"
- Nota del reloj: "La hora verdadera permanece eterna"
- Interés continuo con la Casa Quemada
- Copa de Licurgo.

—Y Bernarda —dijo Maeve, más bajo.
De Bernarda (pizarra, hoy):

- "Yo limpiaba en la casa de Elías."
- "Vi cosas extrañas."
- "Busca al escritor."
-

“La copa te llevará a la luz.”

- “La luz es diversa, no creas la luz única.”
- “No te fíes de Eloy, en la botica.”
- La moneda romana: “Te servirá para pesar la verdad”
- “Ajedrez” a medio borrar.

—Tenemos claro que son pistas para llegar a algo— Dijo Maeve

—Y frases que deben tener una explicación. Eusebio dejo migas de pan de todo lo que investigó. Fuesen recordatorios para él o para quien quisiese saber. Maeve, por eso decía a sus hijos: “El que quiera saber que siga las palabras escondidas”.

Cerraron los ojos un momento, solo para escuchar si la casa hacía ruido. Maeve dibujó una línea vertical en el margen izquierdo y escribió: Significados / hipótesis.

—De acuerdo, eso ya tiene su explicación, lo marco en su línea. —Maeve le puso un check y un Ok— Con esa misma lógica la copa ya nos ha dado su propósito— Y la marcó también.

—Empecemos por lo que sí tiene suelo —propuso Tristán—. Si la copa es una clave en la iglesia y si suponemos que I–B–C son lugares:

—**I** de Iglesia —dijo Tristán—. Y la Iglesia nos ha dado Copa y “dos luces”

—**B** de Botica —siguió Maeve—. Y Bernarda nos dejó el recado de Eloy… y la moneda para “pesar” la verdad.

—**C**… ¡Cementerio! —remató Tristán—. Mañana es el entierro de Bernarda, es el momento ideal para mirar por allí sin que a nadie le extrañe.

Apuntaron al lado:

-

I = Iglesia → Copa (verde/rojo), MCMXCVII, micrograbados (▲ ☽ ☩).

- B = Botica → Eloy, moneda (*"pesar la verdad"*).
- C = Cementerio → pendiente.

—"La copa te llevará a la luz" dijo Bernarda. Ya encaja —dijo Maeve—. "La luz es diversa": dos luces, dos lecturas. Y nos dio: LYCURGUS, otra vez 1997 en números romanos, y esa tríada mínima (lo repasó en el cuaderno con el lápiz: ▲ ☽ ☩)

—No sé si tendrá que ver, puede ser cualquier cosa, pero lo primero que me viene a la cabeza, por los símbolos, es religioso. El triángulo masón, la media luna musulmana y la cruz cristiana. Dos religiones y una "hermandad" que no tienen que ver unas con otras.

—Está claro que todo tiene relación con Elías Varea, con el incendio del 97. Algo pasó que ha venido del pasado al presente. —Maeve miró a Tristán un segundo antes de decir algo que ni ella creía— Algo que ahora ha traído un… fantasma.

—Los fantasmas no existen, excepto los que inventamos para nosotros Maeve. Centrémonos. Y "Una llama, muchas sombras" —añadió Tristán, tocando el reloj—. Es el lema que se repite. No sabemos aún, pero se repite la llama y el fuego.

Maeve hizo una flecha desde el lema hasta Copa (luz), y otra hacia Casa Quemada (llama, incendio). Al lado de Estación y el aspa dejó un signo de interrogación e "Investigar Estación"

—"Varea preguntó por la ventilación" —leyó Tristán—. Ventilación de la casa. Igual el croquis, el pequeño plano de Eusebio no era una tontería. ¿Respiraderos? —No lo subrayó; lo dejó en posible.

—Y lo de Porta —murmuró Maeve, tocando la palabra—. Puede ser puerta. ¿Qué puertas importantes hay en el pueblo? Puede ser de la ermita o de la biblioteca. No corramos. Ya iremos. Posible también.

El cuaderno empezaba a parecer un mapa pequeño. Sin prisas. Con tachaduras limpias. Maeve añadió una columna estrecha:

Acciones.

- **Iglesia**: revisar Copa (hecho), anotar todo (hecho).
- **Botica**: no sabemos para qué. Preguntar a Eloy por la moneda (arriesgado).
- **Cementerio**: Mañana en el entierro de Bernarda; buscar entre lapidas.
- **Casa Quemada**: pronto, con cuidado. Todo nos lleva allí. (Niebla azul)
- **Estación**: pendiente (vínculo con el croquis/aspa).

Dejaron los lápices. Se miraron por primera vez sin papel de por medio. Tenían un plan de acción. Si no fuese por las muertes y lo serio que parecía todo se podría decir que se encontraban hasta emocionados.

Tristán torció el gesto. Vio la anotación *"Casa Quemada/Niebla azul"*. Miro a Maeve y le habló con un cuidado medido, como de quien teme romper algo.

—Maeve —dijo Tristán—. ¿Viste lo mismo que yo?

Ella tardó un segundo en contestar, como si necesitara afilar la palabra.

—Sí. Lo vi. Eso azul. Salió de Bernarda como si alguien abriera un grifo por dentro. Y se fue hacia la casa de Elías. Lo vi.

—Yo no pude moverme —admitió él—. Fue como… una mano por dentro. Paralizado. Y no es la primera vez que me pasa. Con Eusebio… —le costó—. Estaba clavado al volante. Allí no vi nada azul, estaba en shock, de espaldas a Eusebio en un segundo de lamento, pero… pude haberlo visto si hubiese mirado más. Pensé que eran imaginaciones mías, que estaba loco.

—No estás loco —dijo Maeve—. A mí me empujó alguien. No era la puerta; no estaba atascada al principio. Fue como un empujón y

luego un cierre de golpe. Y después, cuando quiso, se abrió sola. Eso no es de la madera ni humedad.

—Entonces no estamos inventando —respiró Tristán—. Lo de hoy fue real.

—Y está relacionado con todo lo demás —remató ella, tocando el cuaderno—. Con esto. Con los objetos. Con las frases.

Se quedaron en silencio, pero no era un silencio vacío. Era un acuerdo.

—No hay que explicarlo ahora —dijo Tristán—. Solo seguir. Con lógica. Por Eusebio y Bernarda. Ella trabajó allí, en la casa, y también sospechaba.

—Con lógica —repitió Maeve—. Iglesia**-**Botica**-**Cementerio. Mañana toca el Cementerio. Luego ya veremos.

Cerraron el cuaderno despacio. Maeve se levantó, trajo una manta que dejó en el respaldo de su silla.

—Hemos acordado que te quedas aquí.

Él asintió confirmando lo hablado.

—Maeve yo me quedo un rato todavía, le debo letras al manuscrito, un rato nada más, acuéstate.

Apagaron la luz grande y dejaron la pequeña encendida, de esas que no asustan. El reloj de bolsillo marcaba 11:03 clavado, como siempre; Tristán lo miró sin pedirle explicaciones. En el alféizar, el aire entraba lo justo

Antes de acostarse, Maeve pasó el lápiz una vez más por el borde del papel y, al margen, dejó una frase para que el día siguiente tuviera un punto de partida que no fuera el miedo:

Si han muerto por ***algo****, hay que* ***descubrirlo****. Se lo* ***debemos****.*

Tristán se quedó solo en la mesa, con la lámpara pequeña haciendo un círculo de claridad doméstica. Dispuso su pequeño altar de costumbre: manuscrito al centro, lápices alineados como fósforos, la taza al alcance, el frasco ámbar de Eloy a la izquierda. Respiró hondo. Contó las gotas con el cuidado de quien no quiere equivocarse con los números y tragó despacio. La casa cambió de tamaño; cambió de foco. Las imágenes se desdibujaron. El papel pareció inclinarse hacia él como una cara que escucha.

Abrió el manuscrito, giró el bolígrafo, ojos en blanco. La primera línea llegó sin que la pensara, como si lo estuvieran dictando desde el borde de la pared. La mano corrió sola. Palabras cortas, golpes limpios, un latido que encontró su compás. Escribió sobre Santa Nevana y sus sombras, sobre el rumor de piedra en el atrio, sobre una puerta que a veces abre y a veces no, sobre un hilo de aire que se cuela por debajo de todo y deja el pueblo con la boca cerrada. A ratos dejó de oír su propia respiración. Estaba en trance.

En el dormitorio, Maeve se quedó un minuto mirando el techo, atenta a ese silencio con zumbido que deja Tristán cuando entra en lo suyo. Se incorporó. Algo —un presentimiento o la memoria del día — la empujó al salón descalza. Lo vio de lado, rígido, la mano corriendo sobre el papel, la nuca tensa como una cuerda.

—Tris..tán —dijo, extrañada.

No hubo respuesta. Él seguía, como si la frase al otro lado tirase de él un poco más: otra línea, otro golpe. Maeve dio dos pasos.

—Tristán —repitió, más cerca.

Nada. La última palabra cayó como una piedra pequeña. Entonces el cuerpo de Tristán soltó el aire de golpe y se venció hacia atrás, con esa flojera que de los que vuelven de muy lejos. Maeve corrió a sujetarlo y lo recibió con los brazos, el peso justo de un hombre que todavía está a medias en otra habitación. Lo acomodó en el sofá, con la manta en el pecho, la cabeza ladeada para que respirara fácil. Le apartó un mechón húmedo de la frente.

—Tienes que dejar eso —susurró, sin enfado—. No sé si me oyes.

Iba a apagar la lámpara cuando lo vio. No venía de la puerta ni del suelo. Venía de las páginas. Un fino haz azul empezó a brotar del borde del manuscrito, primero como vaho, luego como una brizna más densa que no era humo ni polvo. El salón era un baile de sombras azules. Salía despacio, como quien prueba si el aire de fuera es suyo y se convirtió en un caño de niebla más densa. Se acercó a Maeve, poniéndose a la altura de su cara, como si la observara, y al cabo de unos segundos eternos, descendió y al tocar el suelo se deslizó con intención, pegada al rodapié, buscando la grieta entre puerta y marco. Maeve se quedó inmóvil, el corazón golpeándole en la boca.

El salón se llenó de esa luz muda, no mucha, la justa para teñir los muebles de un tono raro, como si alguien hubiera puesto un cristal delante de las sombras. Maeve miró al manuscrito, volvió a mirar la rendija. La niebla pasó por allí como agua por una grieta y desapareció hacia el pasillo de fuera. No hizo ruido. No dejó olor. Solo un rastro de escalofrío que no se parecía a ninguno.

Tristán movió un poco la cabeza, consiguió un murmullo que se parecía a su nombre.

—Estoy aquí —le dijo ella, poniéndole la mano en el hombro—. Descansa. Esto no lo sabes tú y mañana te lo cuento.

Le acomodó la manta, le besó la sien con cuidado de no despertarlo. Cerró la tapa del manuscrito como quien cierra una ventana a la madrugada. La habitación volvió a ser habitación. La luz pequeña dejó un óvalo amable sobre la mesa. Maeve se sentó en el suelo, al lado del sofá, con la espalda contra la madera y la mirada fija en la puerta por donde la cosa azul había salido.

—Mañana —dijo en voz baja, para los dos—. Mañana.

Se acomodó junto a él. Y allí se quedó, velándolo, con la mano sobre la manta y la otra en el borde del mundo, esperando a que la noche, por fin, los dejara dormir.



Segunda Copa de Licurgo en Santa Nevana de La Palabra.

Capítulo 15
El Camposanto

Despertaron en el sofá, los dos encogidos bajo la misma manta, como si hubieran naufragado en una balsa y la noche hubiera sido el mar. Maeve tenía el hombro entumecido y el pelo hecho un nudo; Tristán, una marca de costura en la mejilla. Durante un rato, ninguno dijo nada. Escucharon los pequeños ruidos de la casa —una tubería que se aclara la voz, el vidrio que coge temperatura— disfrutaron esa calma que sigue al conticinio, que hacía que todo pesara un poco menos que la noche anterior.

—¿Dormiste? —preguntó Maeve al fin, con voz de manta.

—Dormí a ratos —dijo él—. Lo bastante para soñar sin acordarme.

Ella se incorporó un poco, sin perder el calor de la manta. Tristán la imitó. Se miraron de cerca, con esa cara de gente que sabe que tiene pendientes palabras serias antes del café.

—Anoche, Tris —empezó Maeve, midiendo cada sílaba—. Lo vi.

—¿Qué viste?

—La niebla azul. Salió de tu manuscrito. No de un cuerpo, de las páginas, ¿me oyes? Primero como si el papel suspirara, luego un hilo… azul. Muy fino. Y después… —buscó— como una brizna que brillaba. Cruzó el salón pegada al zócalo y se fue por la rendija de la puerta. Yo estaba aquí mismo, y tú… tú te me estabas yendo, te convertiste en un trapo, como cuando a un robot le quitan la corriente.

Tristán tragó saliva. Acarició con el pulgar el borde de la manta, como si ese gesto lo sostuviera del lado correcto de la realidad.

—Yo recuerdo… empezar —dijo—. Recuerdo la mesa clara, la mano corriendo. Y recuerdo que una frase quería entrar, no sé explicarlo mejor, como si me tiraran de una cuerda que yo mismo estaba sujetando. Pero el final no. El final es negro. Y luego tu voz, de lejos. Y luego nada. —La miró—. ¿Seguro que no fue… no sé… cansancio tuyo? Llevamos días…

—Estoy cansada, sí. Pero no estoy loca —cortó Maeve, sin dureza —. Y tú estabas rígido como una tabla. Te llamé, no me oíste. Te sostuve. Te puse la manta y respiraste hondo como quien vuelve a meterse al cuerpo. Y entonces lo vi salir del manuscrito, Tristán. No lo imaginé. No estaba sugestionada. Si fuera humo, olería. Si fuera agua, sonaría. No era ninguna de las dos cosas.

—¿Era lo mismo que salió de Bernarda?

—Sí. Solo que allí salió de ella y se fue recto, con prisa, hacia donde ya sabemos. Aquí salió de tus páginas. Eso es lo que me tiene el estómago al revés.

Él asintió muy lento, como si la cabeza le pesara.

—Quiero decirte una cosa sin que me la tires a la cara —probó—. Cuando escribo con esas gotas, a veces siento que no soy yo del todo. No que me obliguen, pero… como si me dieran una carretera más lisa. Lo que sale, sale. Y sale bien. —Hizo una mueca—. Y a la vez me da miedo que eso que escribe no sea yo del todo.

—Entonces es esto —contestó Maeve, sin miramientos—. Tus gotas, tu escribir, esa niebla, lo de ayer… encajan de alguna manera. No te estoy acusando. Te estoy mirando con los ojos abiertos. —Le sostuvo la mirada—. Podemos negarlo y seguir como si nada, o podemos decirlo en voz alta y ver qué hacemos.

—Decirlo. —Respiró—. Decirlo.

—Bien. Lo digo: tus páginas sacan algo. Y ese algo se va. Ayer se fue a la Casa Quemada. Tú estabas paralizado en el atrio, igual que te quedaste clavado al volante en el accidente. Y a mí me cerraron la puerta de la ermita como si alguien por dentro la aguantara con la mano. No me mires así; no soy de ver vírgenes en la tostada. Pero esto es lo que pasa.

Tristán se pasó la mano por la cara, de frente a nuca, como si planchara un papel invisible.

—No sé si lo provoco o solo soy un cable —dijo—. No sé si escribir con eso es como abrir un grifo. Solo sé que, cuando termino, siento que me faltan piezas, como si me hubiera quedado un momento vacío por dentro. —La miró—. Tenemos que saber que es, volver a escribir para estudiarlo. Ya estarías preparada y quizás veas algo que nos indique algo más ¿Me dejarías? ¿Verdad?

—Yo te dejo respirar —respondió Maeve—. Escribir, si escribes, será porque tú lo decides. Pero solo si sabemos qué estamos mirando. Y solo si paramos en cuanto huela a quemado. —Le tomó la mano—. Y solo si no te dejo solo.

—No voy a huir —dijo él—. Aunque a ratos me den ganas.

—Yo hui una vez —Maeve apretó su mano, apenas—. Y sigo aquí. No vamos a huir de esto. Primero, porque no nos va a servir. Segundo, porque a dos calles hay un señor con bata llamado Saldaña que sabe más de gotas que nosotros. Y tercero, porque Eusebio se merece que le miremos el mundo con los ojos que usaba él.

Se quedaron un poco callados. En el alféizar, la luz era la de un día que tardaba en ponerse de pie.

—Hay otra cosa —dijo Tristán, más bajo—. No quiero que me mires como si fuera peligroso.

Maeve se inclinó y le apoyó la frente en la sien, un gesto limpio.

—Te miro como si fueras mío —dijo—. Que no lo eres, pero ya me entiendes. Y te prometo algo: si un día dejo de reconocerte cuando escribes, te paro. Y si un día yo me asusto tanto que no sé qué hacer, te lo diré. Trato.

—Trato.

Volvió el silencio, de los buenos. Maeve se acomodó mejor, la manta hasta el mentón.

—El camposanto —recordó—. Vamos a despedir a Bernarda. Y luego vamos a buscar a Eusebio. Le debemos, por lo menos, mirar donde él miraba.

—Vamos —dijo Tristán—. Y cuando toque, Saldaña. Y cuando toque, Eloy. Pero paso a paso. —Hizo un amago de sonrisa—. Sin carreras.

—Sin carreras —repitió Maeve.

Se quedaron otro minuto bajo la manta, que ya era menos balsa y más promesa. Cuando se levantaron, el mundo no era más fácil, pero era suyo.

Desayunaron a medio gas: pan tostado, café corto, un vaso de agua para quitar el sabor de las dudas. No hablaron más. Prepararon el cuaderno, el reloj en el bolsillo, y echaron a andar. Fuera, los

cipreses parecían esperar con las manos en alto. Dentro, el manuscrito dormía con la tapa cerrada. Y en medio, el día, que al fin parecía dispuesto a escuchar.

El camposanto de Santa Nevana no quería parecerse a nada moderno. Era un tapiz de tierra mullida con caminitos de grava oscura, panteones bajos de piedra, lápidas con letras gastadas, cruces de hierro viejas. Tenía cosas de románico en las proporciones —sencillez testaruda— y un susurro de gótico en algunos ángeles delgados con dedos delgados señalando a ninguna parte. Los cipreses parecían peines clavados contra el cielo; el viento los movía poca cosa, lo justo para hacer sonar las hojas.

La gente ya estaba allí, de negro discreto, con pañuelos en la mano y un cansancio nuevo sobre el luto viejo de Eusebio. Anselmo recitó con voz sobria; no buscaba subir a nadie al cielo, solo acompañar hasta la tierra. Santiago rondó por detrás con la formalidad justa. Modesto inclinó la cabeza; Lala se abrazó el bolso como si guardara dentro algo frágil. Había murmullo de pueblo que se consuela: "que pena, era muy buena", "qué tres días", "dos rayos en el mismo sitio". A alguien se le escapó un "parece una maldición".

En el fondo, entre los cipreses, Tristán creyó ver un perfil. Abrigo oscuro, quietud que no tenía duelo. Maeve lo olió antes de que lo viera; no cambió de cara, pero se pegó medio paso a Tristán por instinto. El hombre estaba allí y a la vez no: se mezclaba con la gente como un paréntesis que nadie nota si no sabe leer.

—¿Lo ves? —susurró Tristán.

—No estoy segura —mintió Maeve—. Da igual. Estamos juntos.

El responso acabó sin florituras. La caja bajó. Algún llanto. Alguien puso encima del féretro la pizarra de Bernarda y una tiza y dijo "para que hable con los ángeles". Un puñado de tierra cayó con ese ruido desafinado que se queda en la garganta de todos. La gente empezó a dispersarse por inercias, hacia la salida, hacia el aire; algunos se quedaron charlando bajo los árboles como si temieran irse del todo.

—Vamos a buscar a Eusebio —dijo Maeve—. No fuimos a su entierro. Vamos a saludarlo.

—Estemos atentos, —apuntó Tristán— no sabemos dónde nos vamos a encontrar una pista o señal ni porqué, Eusebio, tenía marcado este lugar.

Preguntaron a un operario con chaleco de faena; los llevó con el brazo y les señaló una manzana lateral de panteones modestos. "Es aquel —dijo—. Con la cruz pequeña y la fecha puesta hace poco. Él y su mujer están juntos."

Para llegar a esa manzana tuvieron que cruzar primero la zona humilde. tumbas de tierra con la hierba alta peinada por el viento, lápidas antiguas medio comidas por el musgo y otras que no eran más que una cruz sencilla clavada en lo blando.

Buscaban pistas que quizás se podían encontrar en las lápidas. Tristán y Maeve se dijeron en voz baja leyendas que parecían cartas sin sobre: *"A mi Antonio: que me esperas con la silla puesta"*. En otras un tono filosófico: *"La canción ha terminado, pero la melodía perdura"* e incluso había una vis cómica en otros que desentonaban con el lugar donde estaban*: "Si vuelvo, avisad a mi mujer".* Seguían buscando una señal entre los epitafios, alguno, quizás, llevase algo pero lo desechaban enseguida: *"Cada uno es dueño de los demonios que lleva dentro"; "Aquí descansa quien nunca llegó a tiempo"*. La variedad de pensamientos en las tumbas continuaba con la imaginación o el amor de cada uno. Alguno de amor tan feroz que daba ternura: *"Solo dispongo de dos fechas: la del día que te conocí y la del que te fuiste. Entre esas dos está mi vida. Lo que fue antes lo olvidé, lo que venga ya, carece de importancia."*. Y otro, como un juramento mágico: *"Hasta que el camino nos vuelva a encontrar. Tupananchiskama"*. Nada que les ayudase.

A partir de ahí el cementerio cambió de aspecto. La claridad del prado se fue llenando de estatuas con posturas enrevesadas, ángeles de piedra con lanzas finas como agujas, vírgenes que parecían tener frío bajo el encaje tallado del manto. Un demonio con la lengua afuera hacía mueca desde una esquina, y una cruz de hierro forjado, exuberante de volutas y hojas, comandaba un corro de tumbas alrededor más viejas que el apellido de cualquiera. La parte noble del camposanto —poca cosa, pero orgullosa— se anunciaba con rejas trabajadas y pórticos breves, casi capillitas. Una

de ellas, gótica hasta el capricho, parecía salida de una película de Tim Burton: pináculos mínimos, arcos que se abrazaban como dedos, gárgolas del tamaño de un gato vigilando el goteo de las esquinas. Un poco más allá, no lejos pero como peleado del resto, se alzaba el panteón de Eusebio, manteniendo una distancia que era también su modo de estar.

El panteón de Eusebio tenía la dignidad de una cosa hecha con las manos, sin más adorno que una cruz de piedra sencilla y un florero de hierro pegado al lateral. Tristán y Maeve se pararon a mirarlo como se mira a alguien dormido, con respeto.

—Si yo fuera Eusebio, escondería algo oculto a la vista —dijo Mae-ve, apenas audible.

Cerca de la entrada, entre musgo claro, vieron algo: una frase tan comida por el tiempo que había que leerla con los dedos primero. Eusebio la habría mandado grabar cuando murió su mujer o quizá la había puesto después, quién sabe.

"Si buscas el orden de las cosas, aquí lo encontrarás"

Empezaron por lo obvio y lo lento. Tristán se agachó a ver el respiradero: una rejilla pequeña que en cuadrado tenía una cruz en el centro igual que el de sus tres símbolos.

— ☩ —apuntó en el cuaderno, con la anotación de su dibujo.

Maeve se inclinó hacia el florero. En él una frase: "Aquí termina el orden". El marco de hierro tenía tres remaches puestos con una simetría rara y unas líneas rectas marcadas. Si uno se alejaba medio paso, hacían un triángulo perfecto.

— ▲ —marcó ella, al margen.

Volvieron a la fecha. La muerte de la esposa era vieja; la restauración del apellido y el año estaban más recientes. El 7 de "2017" tenía, apoyado en su anchura, un filete tan fino que parecía un fallo del cincel: curvo, un cuarto de luna. Debajo se leía su epitafio de amor aunque estaban convencidos que era un mensaje. Tenía que serlo, estaba debajo del cuarto de luna: "Aquí comienza la armonía

— ☽ —susurró Tristán, como si dijera una contraseña.

Se miraron. El orden de la triada estaba allí, repartido como migas.

—El curvo primero —dijo Maeve tocando el 7—, luego la rejilla (respiradero) y después el triángulo (remaches).

— ☽ → ☩ → ▲ —apuntó Tristán a limpio—. *Orden de los símbolos.*

Detrás del florero, casi escondida por el musgo, otra línea, aún más gastada, les pidió paciencia. Maeve sopló, apartó con la uña una hebra verde. Lograron leerla despacio, como quien desentierra una sílaba:

"El tiempo guarda símbolos; los símbolos guardan el tiempo."

Tristán tanteó el reloj en el bolsillo sin moverse. Acarició el borde del denario como si fuera una piedra plana que se lanza al agua.

—Símbolos que guardan el tiempo, horas, minutos… —dijo, sin concluir nada—. O al revés.

—Los símbolos los tenemos —contestó Maeve—. ¿Y ahora guardan horas y minutos? Anótalo y sigue respirando.

Apuntaron: "☽ → ☩ → ▲ *(panteón de Eusebio). Frases:* ***orden / tiempo↔símbolos****."* Hicieron un dibujo rápido del respiradero, de la fecha con el filete curvo a modo de media luna y de los remaches que hacían un triángulo.

Pasada la búsqueda tocaba presentar respetos. No celebraron nada; agradecieron en silencio, como cuando alguien te deja una linterna al pie de una cueva.

—Gracias, Eusebio —dijo Tristán, casi sin voz—. Seguimos.

Se quedaron un minuto más. Entre los cipreses, un abrigo oscuro asomó y desapareció como si la tierra se lo tragara un segundo. Tristán no dijo nada. Maeve apretó el cuaderno contra el pecho.

—Vamos —propuso—. No nos separemos.

Y echaron a andar hacia la salida, sin prisa, con esa clase de determinación que se comparte. Tenían tiempo antes de que apretase el hambre. Cogieron el cuaderno, la palabra PORTA resaltaba en el intrincado mapa de pistas. Puerta, puerta… era una linterna llamativa en el papel como la llama a un insecto. Decidieron

hablar con Modesto. El alcalde debe saber las puertas más importantes en el pueblo.

"Ultramarinos Modesto", allí estaba el cartel del bazar: "tengo de todo un poco". Esa era la virtud del alcalde, ver cómo mantener lo tradicional y necesidades de la población a partes iguales. Modesto andaba ya con las llaves en la mano, pero al verlos hizo ese gesto de quien sólo cierra si no hay historia.

—Buenas tardes Modesto. No esperábamos encontrarte abierto, el funeral ha sido hace un rato.

—Y no pensaba abrir —contestó mientras recogía— Pero tenía que ajustar las cantidades de unos pedidos y he pasado un momento.

—Modesto, necesitamos tu ayuda. Buscamos puertas —dijo Tristán, sin mareos—. Verás, Eusebio, en la faena, le daba vueltas a ese tema. Y antes de morir me dijo puerta —Tristán mintió— Seguro que son cosas de viejos, pero hemos decidido preguntarte. Se merecía escucharlo y entenderlo.

—Puertas… —Modesto se tocó la barbilla—. Si en este pueblo hay una puerta que se respete, que valga la pena, es la de la ermita y, quizás, la biblioteca, bueno, más bien la fachada entera. El resto son madera y aldabas. Si queréis, subimos un momento al ayuntamiento. Buscamos en los archivos, allí hay planos viejos y dibujos. Tengo que cerrar aquí de todas formas.

—Claro Alcalde, pero no queremos molestar. —matizó Maeve—.

—Sin problemas, estos días ya no tienen horas ni fechas. Si queréis lo miramos un momento.

Subieron los tres. El pequeño ayuntamiento, que era un local con salas más que un cabildo realmente, tenía la luz buena de las cosas públicas. Modesto encendió un fluorescente en una sala pequeña con estanterías de metal. Sacó una caja etiquetada a lápiz: **"**Fachadas **/** 60**–**98**"**. Folios de calco, líneas que parecían venas.

—La biblioteca… —murmuró, pasando hojas—. Aquí.

Desplegó un alzado limpio: puerta en arco rebajado, jambas labradas con una greca mínima, la aldaba en forma de hoja, un pequeño óculo sobre el dintel. Había anotaciones a pluma: "restaurada en 2003", "picado de junta", "reposición de cerrajas".

—¿Podemos sacar copia? —preguntó Maeve.

—Os la hago ahora mismo.

La ermita no tuvo tanta suerte.

—No encuentro planos —admitió Modesto, revisando otra carpeta —. Con la iglesia siempre ha ido todo a salto de mata. Para esa, mejor hablad con Anselmo. Él guarda más que misa.

Se fueron con la fotocopia de la biblioteca doblada en cuatro. Modesto, en la puerta, añadió:

—No os obsesionéis con palabras, ¿eh? A los nombres les gusta engañar.

Tristán se guardó la copia con cuidado de banquero.

—¿De hambre? ¿Cómo andáis? —soltó Maeve.

—Alcalde ¿Al Avío?

—Vamos, ya aprieta.

En el Avío ya era casi la tarde. Demasiados acontecimientos. Días sin líneas horarias definidas. Dos mesas con jubilados que ya no sabían estar en casa, curiosos de conversación y codos de barra. Vicente sacaba una empanada humeante y Amparo iba y venía con una olla de caldo que curaba pecados menores. Lala, siempre en todo, apareció con el pelo recogido, y les dejó una caricia de mirada.

—Lala, ¿No puedes vivir sin mí? — Soltó Tristán, entre ironía y chanza.

Lala sonrió levemente —Yo estaba aquí antes que tú.

—Hoy no hay prisa —dijo Amparo, dejando dos cuencos—. Comer ayuda.

Se sentaron en una mesa del rincón, espalda a pared. Allí los vio Saldaña, que entró con paso de hombre que piensa en tres cosas a la vez. Pidió café, los saludó con un gesto y se acercó cuando notó que Tristán le sostenía la mirada.

—Raúl —dijo Tristán, bajando el tono, pero con la confianza de una intimidad cedida por él mismo—. Necesito su ayuda.

Saldaña dejó la taza antes de probarla.

—Normalmente esa frase llega seguida de una mala idea — respondió—. Dime.

Tristán miró a Maeve. Ella asintió, como quien abre un candado.

—Eloy me dio una "medicina". De hierbas. La tomo para escribir. Cuando la bebo, entro en… en una especie de trance. Pierdo el control un rato. No siempre, pero… —se interrumpió—. No me sienta bien.

El médico se quitó las gafas un segundo y las dejó al lado, como si necesitaran escuchar también.

—¿Y a quién, exactamente, se le ocurre beberse preparados de Eloy sin saber lo que llevan? —no gritó; el reproche era clínico—. Ese hombre es celoso de lo suyo. Hermético. Y se cree un entendido cuando le conviene.

Maeve adelantó el cuerpo, clavando los codos en la mesa.

—Doctor, le preguntamos porque Tristán casi no lo quiere reconocer. Y es consciente. Pero yo soy testigo, lo que yo he visto…. No es una tontería. Se desconecta. Le pasa algo. Necesitamos saber qué hay dentro del frasco.

— El análisis de la muestra tardará bastante. Puedo darte mi opinión sobre placebos, alcaloides, y dosis —dijo Saldaña—. Pero sin receta… —abrió las manos—. No puedo afirmar nada.

—Queremos entrar en la botica cuando no esté Eloy —dijo Tristán, directo, como si al decirlo se le hiciera más real—. Mirar su libreta. Los ingredientes. Solo eso. Él apunta todo. Lo he visto. Y sólo usted nos puede decir que es cada cosa.

Saldaña respiró por la nariz. El silencio fue un vaso de agua que nadie quiso beber.

—Eso es una locura —dictaminó al fin—. Y una ilegalidad. Las dos cosas a la vez.

—Buscamos el momento, cuando él no esté —insistió Maeve—. Por el lateral. Yo puedo abrir la contrapuerta sin que se entere. Será entrar y salir. Solo necesitamos el nombre de lo que se está metiendo. Y si no encontramos nada es que nos mira mal la suerte.

—¿Desde cuándo abres cerraduras? —preguntó Saldaña, sin juicio, sólo para saber con qué manos contaba.

—Se hacerlo, Tristán lo sabe, con una horquilla puedo con cerraduras sencillas. El resto no te interesa.

El médico los observó un segundo más. En sus ojos había esa mezcla rara: desconfianza hacia Eloy y cuidado y protección hacia

ellos.

—No me gusta —dictó—. Pero Eloy me gusta menos. —Se pasó la mano por el mentón—. Si lo hacemos, lo hacemos bien. Mañana. Yo me encargo de que Eloy tenga que salir un rato: hay un vecino con la presión como un tambor que me llama a deshora; puedo picarle, que pida una tintura, se la lleve y le entretenga. Tenemos una ventana pequeña. Media hora. Un poco más.

—Nos vale —dijo Maeve.

—Y si veo algo que no me guste, lo corto —añadió Saldaña—. Ni romanticismos ni valor mal entendido. ¿Estamos?

—Estamos —dijo Tristán.

El café del médico ya estaba frío. Se lo bebió igual, de un trago, como quien se toma su propio consejo.

—Cuidaos hoy —añadió—. Y no hagáis ruido. En los pueblos, el ruido atrae a todo al que no quieres oír.

Les tocó el hombro a ambos, un segundo. Luego se fue, como entró, pensando en tres cosas a la vez.

Salieron de El Avío con los planes zumbando y el día todavía en pie. Maeve miró la hora.

—Hoy abrimos el Garrison —dijo—. Llevamos demasiados días con la persiana bajada.

—Subimos un momento a cambiarnos de camiseta al menos —asintió Tristán.

Capítulo 16
Flores Marchitas

Tomaron la calle que apuntaba al Garrison. Miraron hacia el piso de arriba. Escalera, pasamanos tibio, el descansillo con la ventana empañada. Al llegar a la puerta de Maeve encontraron unos "paquetes" inesperados: un ramo de flores marchitas, atado con un cordel con nudos al pomo, y un sobre plano con algo en su interior metido a medias bajo el felpudo. A Maeve le empezó a temblar el cuerpo. Tristán no dudó un segundo, la miraba quieta, sin parpadear, sabía que le estaba afectando y había que entrar rápido.

—No lo toques —dijo Tristán, y se adelantó. Con dos dedos levantó el felpudo, tomó el sobre y, con la otra mano, desató el ramo sin violencia, como si cualquier tirón pudiera dolerle a Maeve.

Entraron y cerraron. Tristán dejó todo sobre la mesa, alineado: primero el ramo, luego el cordel, por último, el sobre. Maeve no se sentó; apoyó las manos en el borde como quien necesita que la madera la sujete.

—¿Qué es esto, Maeve? —preguntó él, sin apretar.

—Son mensajes del Clan Blackthorn —dijo ella, y le tembló la voz en la primera sílaba—. Liam ha estado aquí.

—Tranquila, siéntate. Explícamelo todo.

—Liam estaba metido en asuntos sucios, ya te lo conté. Antes de irme ya sabía para quien trabajaba, el anillo, los tatuajes, pertenecen a una banda organizada de los suburbios: el Clan Blackthorn. Son conocidos por Dublín, aunque no es fácil ser parte de ellos. Al parecer hay que pasar una serie de pruebas y, si se sienten traicionados, son despiadados. El terror es su ley. Imagino que eso es lo que pensaran de Liam o de mí. No sé en qué ha quedado la historia. Sabes que casi salí de inmediato. Pero si Liam les prometió devolver el dinero o me lo quieren hacer pagar a mí… —hizo una pausa para suspirar—Estos son mensajes del clan. En Dublín es conocido este tipo de advertencias y amenazas.

—Vamos a verlo con detenimiento. Abrimos el sobre ¿Puedes? —Le pregunto Tristán con mimo.

—Sí, no te preocupes, estoy bien.

Tristán abrió el sobre. Un puñado granos de arroz cayeron en la mesa, ordenándose solos en un pequeño caos. Había algo más, detrás, un As de espadas. Lo pusieron al lado del trozo de cuerda con nudos apretados a lo largo.

—¿Qué significa todo esto?

—Todo está relacionado, Tristán. —Volvió a respirar como cogiendo fuerzas. Cogió cada objeto y empezó a enumerar:

— Son quince granos de arroz en un sobre: significa que la víctima está siendo "observada" o "controlada" y que cualquier movimiento en falso tendrá consecuencias. A veces mandan cinco pepitas de naranja y es lo mismo. No me preguntes porqué, no lo sé.

—Un cordel o un trozo de cuerda con nudos es un mensaje claro: la víctima está "atada" y que no hay escapatoria.

—Un naipe con el As de espadas. La ha cogido de una baraja española, no tendría francesa a mano. Allí te mandan el As de picas. Esta carta representa violencia o una amenaza de muerte.

- Pero este es el más siniestro: un ramo de flores muertas. El mensaje claro de que la víctima está muerta si no cumple con las demandas.

La voz se le quebró lo justo; se le aflojaron los hombros al decirlo, como si cada palabra pinchara en la piel. Luego se recompuso como quien encaja un golpe.

Tristán le puso la mano en la nuca; no la apartó.

—Vale —dijo él—. Nos han hablado y ya lo hemos entendido. No estás sola, tranquila. Respira conmigo.

Lo hicieron. Dos veces. Tres. Cuatro

—Tenemos que denunciarlo —añadió Tristán—. Hoy. A Santiago. No vamos a darle ventaja.

—No. No quiero contarlo —susurró Maeve

—No tienes que contarlo. No todo. Te persigue un maltratador y eso es lo que vamos a decir.

—Pero… —dudó un segundo— sí. Vamos. Es lo mejor. Si me pasa algo que quede escrito.

—¿Qué tontería dices? —atajó Tristán— No te va a pasar nada, sólo es prevención. No va a pasar nada —repitió Tristán, cogiéndole la muñeca con suavidad—. Pero vamos a denunciarlo ahora. A Santiago.

Tristán guardó el as en un sobrecito, recogió el arroz en el sobre grande y enrolló la cuerda con los nudos, para que constara. Maeve cogió el ramo de la mesa, tenían que mostrárselo todo a Santiago.

—No has ganado, Liam —dijo en un hilo Maeve—. No vas a ganar. No vas a poder conmigo.

Tristán al oírla sonrió levemente, admiraba el coraje de esa mujer.

Bajaron de nuevo y cruzaron media plaza hasta la garita junto a la estación: un prefabricado discreto, ventana con mosquitera, una mesa de fórmica con dos sillas y un mapa comarcal pinchado con chinchetas. Dentro, un termómetro colgado torcido, una radio de onda corta que chisporroteaba nombres de pistas forestales, una libreta de denuncias y un termo abollado.

Santiago estaba de pie, camisa remangada, pasando un parte con el dedo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó extrañado por la visita antes de invitarles a sentarse.

Dejaron el sobre, la cuerda y el ramo en la mesa. Habló claro:

—Santiago voy a contarte lo que puedo contar hoy. Lo otro te lo diré cuando toque. —Tragó—. La historia es larga y es mejor no entrar ahora mismo en detalles. Sé que os preguntáis algunos como vine a parar aquí, me habéis respetado, pero ha llegado el momento de contarte, al menos a ti.

Santiago hizo un ademán de que se sentaran, cogió una libreta. —Cuéntame lo que puedas, con tranquilidad.

—Me fui de Irlanda por un maltratador. Perdí un bebé. Vine huyendo. Para vivir en paz. Pero me ha encontrado. Hoy me han dejado esto en la puerta. Si no lo tomas en serio y pasa algo, te lo digo ya: será tu responsabilidad.

Maeve le explicó que unas eran advertencias y otras amenazas y que no eran una tontería, era algo peligroso a tener en cuenta.

Santiago no pestañeó. Miró el uno de espadas, el arroz, la cuerda y el ramo. Anotó tres líneas en la libreta y levantó la vista.

—Lo tomo en serio —dijo—. Ya he visto el extraño que está por aquí, el del coche negro. Es él ¿Verdad? —Maeve asintió— Si hay alguien merodeando, paso ahora por la zona y pido a la patrulla del valle que haga tres rondas esta noche. —Se guardó el as y el resto lo metió en un armarito—. Necesito que mañana me contéis más. Si esto escala, sin detalle no podré cubriros.

Maeve no prometió nada.

—Gracias —dijo Tristán.

—Y no juguéis a héroes —añadió Santiago—. Si lo veis, buscadme.

Ninguno de los tres sabía que sería antes de lo esperado.

Salieron con el cuerpo algo más calmo. En la puerta del Garrison, Maeve respiró hondo, cambió la camiseta por una limpia en el piso de arriba, se lavó la cara y bajó otra vez. Tristán, a su lado, subió la persiana con un traqueteo que sonó a decisión.

—Abramos —repitió Maeve.

Al abrir la puerta el local hizo ese suspiro breve de las cosas que vuelven a encenderse. Maeve pasó un paño por la barra con movimientos lentos, como si planchara un mantel invisible; Tristán colocó los posavasos, enderezó dos taburetes cojos y echó un ojo a la cristalera del fondo, por la calle estrecha donde la noche suele llegar antes.

—Pon música —dijo Maeve—. La que tú quieras.

Tristán abrió la caja de vinilos; hojas de cartón con esquinas comidas, pegatinas de tiendas viejas. The Corrs arriba del todo; The Smiths con una funda que ya no era verde sino memoria de lo que fue. Apartó un single de U2, *Unforgettable Fire*; Fuego inolvidable, "el fuego nos persigue", pensó, y se rio. Dudó con Simple Minds. Tuvo en la mano Tears for Fears y lo dejó cuando se le cruzó la mirada con Dolores O'Riordan y pensó que *Dreams* era un pequeño conjuro privado contra el miedo. Sacó el plástico negro de dentro de la funda de The Cranberries.

Dejó caer la aguja: un crujido de papel y, enseguida, esa entrada en la que ella canta que su vida está cambiando cada día, de todas

las maneras posibles.

Maeve sonrió lo justo. Casi nadie sonreiría así en un velatorio, pero aquello no era un velatorio, era su refugio. Entró Tomás, gorra en la mano, ojos que miran siempre como si faltara algo por colocar en la sacristía. Maeve abrió el grifo de la Guinness y dejó que la espuma subiera con su paciencia espesa

—Lo de siempre —dijo, y Maeve ya estaba sirviendo esa pinta negra.

El primer sorbo de Tomás fue un gesto de paz. Detrás, dos vecinos se sentaron al fondo, hablaron de cosas menores, el tipo de charla que mantiene el pueblo en pie: un tejado que gotea, el precio del gasóleo, la oveja de Eusebio que vaga sin dueño y se metió donde no debía. Tristán, al lado de Maeve, limpió dos vasos y los puso a secar. Ella sacó la botella de Tullamore.

—Uno para ti, uno para mí —dijo—. Bebamos sin remordimientos. La vida es nuestra, no le pertenece a nadie.

Chocaron apenas. El whisky calentó la garganta como una lamparita en un portal.

La canción siguió, y con ella ese extraño coraje que a veces sale de la música y te sostiene desde adentro. Abrieron la caja de las patatas de bolsa, sacaron un cuenco, lo dejaron en la barra con la naturalidad de quien se protege con gestos pequeños. El reloj de pared marcó lento sin prisas.

La puerta del Garrison se abrió a cámara lenta. Entró un aire más frío y, con él, el hombre con abrigo oscuro y gorro de lana. Se paró dos pasos dentro, como midiendo el lugar, y se quitó el gorro despacio. No se quitó el abrigo. Como quien protege algo debajo. La música siguió; la barra, también; pero hubo un hilo que se tensó por debajo de las cosas.

Tristán lo vio primero. Liam clavó los ojos en Maeve con una calma inquietante y, por primera vez desde que se cruzaron, sonrió: una sonrisa siniestra, simétrica, que no enseñaba dientes, una línea peligrosa.

—Buenas tardes —dijo, como si fuera un cliente. La voz traía otro idioma pisado, una lija suave en las erres.

Maeve apoyó los dedos en la madera para notar que estaba ahí. No dio un paso atrás.

—Aquí no —dijo, con una voz que le salía desde los talones—. No aquí.

Liam hizo una pausa teatral, dejó que el silencio se asentara y caminó hacia la barra. Se detuvo a un paso de Tristán. El abrigo, cerrado. Las manos, visibles. Los ojos, no.

—Qué bonito —comentó, mirando alrededor—. Me gusta lo que has montado.

—¿Qué va a ser? —preguntó Tristán, con esa cortesía que suena a regla.

Liam inclinó un poco la cabeza, como si escuchara algo detrás de la música.

—Tú no —dijo, sin mirarlo—. Ella.

Tomás levantó los ojos, como un perro que huele una tormenta. Mae-ve no apartó la vista.

—He dicho que aquí no —repitió—. Si quieres hablar, otro día.

Liam dejó caer una moneda en la barra, y después, con dos dedos, la arrastró por la madera hasta el borde, donde se detuvo y vibró un segundo.

—He venido a beber una copa ¿Aquí os dedicáis a eso? — Entonces cogió un vaso limpio del escurridor, lo sostuvo a la altura de los ojos, miró a través como quien encuadra una cámara mientras filma.

—Márchate, no eres bienvenido.

Sin mediar palabra levanto el brazo con rapidez y violentamente tiró el vaso a la tarima de madera. El estallido pareció resonar más de lo que debía. Los dos parroquianos del fondo se quedaron clavados; Tomás se levantó a medias, y luego se volvió a sentar, obedeciendo a un miedo que no venía de Dios.

—He dicho que aquí no. Vamos fuera —dijo Maeve, con un hilo de voz firme señalando con la vista la puerta de atrás—. Ahora.

Liam inclinó apenas el cuello, satisfecho, como si hubiera guiado el movimiento que quería. Se dio media vuelta sin prisa, caminó hasta la puerta trasera, la de la calleja, y se detuvo un segundo para que la música le hiciera un marco. Ni una mirada a Tristán. Ni una.

Maeve se quitó el paño de la mano, lo dejó doblado en la barra.

—Tranquilo —le dijo a Tristán sin tocarlo—. Atiéndelos. Vuelvo enseguida.

—No vayas sola —dijo él.

—No estoy sola —respondió, mirándolo como se mira una cuerda antes de lanzarla a alguien—. Estoy contigo.

Cruzó la puerta trasera. El golpe fue breve. Quedaron la barra, la espuma de una pinta a medias y la canción que ya no sonaba a conjuro, sino a obstinación. *Dreams* siguió, más baja en la cabeza de Tristán que en el local.

Tomás carraspeó.

—¿Quiere que…? —empezó, ofreciéndose, sin saber a qué.

—No —dijo Tristán, y le sostuvo la mirada—. Todo bien.

Cogió una escoba y juntó los cristales despacio, para ganar unos segundos que no quería. El vaso hecho trizas se convirtió en un pequeño mapa de líneas brillantes. Tristán dejó la escoba, limpió con el recogedor, fue hasta el fregadero, abrió y cerró el grifo; todo con una calma falsa, como si el cuerpo supiera que las manos necesitan hacer algo antes de hacer lo que van a hacer.

Dejó la escoba apoyada, miró la puerta trasera. El murmullo del local volvió a ascender, pero más bajo. La aguja del vinilo rozó un crujido y pasó de pista.

Tristán apoyó la palma sobre la madera de la barra, sintiendo la veta bajo la piel, y habló sin mirarlos:

—Un momento, por favor. Os dejo el bar un minuto.

Tomó el lazo del delantal, se lo quitó con un tirón pequeño y lo dejó doblado junto a la caja. Miró la botella de Tullamore como si pudiera beberse la valentía de golpe, y no lo hizo. Respiró. En el reloj, los minutos daban patadas cortas.

Empujó la puerta de atrás. La charnela se quejó con un quejido. Afuera le salió al encuentro la calleja, estrecha, húmeda, con el adoquín oscuro y esa luz temblona de una farola que no alumbra: media luz que sirve para ver sombras y para fabricarlas.

Salió al adoquinado y los vio un poco más abajo, a contraluz de la farola enferma. Liam y Maeve discutían con los cuerpos más que con

la voz: hombros tensos, manos que iban y venían, el abrigo de él como una sombra clavada.

—…no mandas tú —alcanzó a oír Tristán, a retales—. Nunca mandaste.

—Déjame en paz, Liam —dijo Maeve—. Vete.

—Eres mía cuando quiero —otra vez él, con esa calma que helaba.

Maeve le apartó la mano del brazo. Él volvió a agarrarla, esta vez por ambos antebrazos. Ella se zafó con un giro rápido y le cruzó la cara con una bofetada que sonó limpia. Liam no parpadeó. Sonrió una vez, corta. Entonces subió la mano a la garganta de Maeve y apretó.

—No te metas —dijo sin mirarlo, como si oliera a Tristán acercarse —. Las mujeres no valen la pena. Se rompen siempre. Esta, más.

—Suéltala —dijo Tristán.

—No entiendes —continuó Liam, apretando—. Lo que manda no es el "te quiero"; lo que manda es el miedo. Ella lo entiende. Lo aprendió conmigo.

—He dicho que la sueltes.

Liam giró el rostro, por fin, hacia Tristán. La sonrisa era hielo.

—¿Te has enamorado de mi basura? —escupió en el suelo—. No es tuya. No será nunca de nadie.

Maeve, con los dedos en la muñeca de él, raspaba buscando aire. Tristán dio dos pasos. Le empujó el hombro para abrir hueco. Liam soltó un instante, lo justo para apartar a Maeve de un tirón y sacarse del abrigo una navaja mediana, lo suficiente para hacer daño con un buen golpe

—Última vez —dijo Liam apuntando la puerta con la navaja—. Vuelve dentro.

En Tristán hubo un clic que no fue suyo y sintió en el cuerpo esa sensación de posesión que tuvo en la muerte de Eusebio y Bernarda. Pero no se sentía paralizado. Era al revés, como si alguna mano de detrás, la misma que lo había atado otras veces, ahora le soltara los frenos y le empujara la sangre a los músculos. Notó una fuerza que no era de él, o que era de él, pero multiplicada por alguien ajeno. No pensó. No era él**.** La noche entera se estrechó.

Liam, en un gesto rápido, intentó clavar a Tristán la navaja. La hoja rozó un arco de luz y, en el forcejeo, acertó: un latigazo en el costado de Tristán, caliente y fino. Él no gritó, ni se inmutó; la cosa que tenía dentro de él no le dejó. La sangre empezó a mancharle la camisa.

Tristán le agarró el antebrazo de la navaja con una mano y la alejó de él y, con la otra, le prendió la muñeca. Tristán giró la muñeca hacia afuera con un gesto seco —demasiado seco—, un sonido de rotura y la hoja repiqueteó en el adoquín. El abrigo de Liam se abrió; y Tristán adivinó una pistola en su interior, chocaron pecho con pecho. Tristán empujó. Fue un empujón que no parecía suyo: los pies le respondieron como si no pesaran y las manos como si recordaran otra fuerza. Maeve dijo su nombre, lejos.

—¿Ves? —espetó Liam, con los dientes cerca—. Violento también. Son todas iguales: te hacen esto. Te convierten en…

Liam quiso rematar la estocada con el arma. Y con la otra mano, la sana, fue dentro del abrigo —el bulto estaba ahí, duro y recto—. La presencia que gobernaba a Tristán le leyó el gesto antes que sus ojos. Se abalanzó con una agilidad que no era suya, la mano de Tristán entró en el abrigo de Liam como un resorte y cogió antes el arma. No pensó en desenfundar; ya estaba desenfundada. El revolver apareció entre los dos como si la hubiera estado esperando. Lo apuntó.

—No te metas… —alcanzó a decir Liam.

El dedo de Tristán apretó. Una vez. Un estallido seco reventó el callejón y la farola tembló. El disparo le pegó a Liam en el pecho, un poco alto, lo bastante para pararlo. No hubo crueldad ni segunda bala; solo un silencio después, el tipo de silencio que se hace cuando algo decide quedarse en el suelo.

Liam retrocedió un paso, resbaló el tacón en la superficie mojada de un adoquín, buscó agarre con la mano libre y no lo encontró. Cayó hacia atrás, mal, girado, y la sien chocó contra el canto de piedra de la boca de una carbonera vieja, un rectángulo a ras del suelo con cúpula de hierro que llevaba años sin abrir. Sonó un tac sordo, corto, que no parecía grande y, sin embargo, ocupó toda la calle.

El arma se le escurrió a Tristán de los dedos como si quemara. La presencia lo soltó de golpe; volvió a ser su cuerpo, con su dolor en el costado y su aliento propio, desordenado.

Liam estaba en el suelo, quieto. El abrigo, un toldo. La navaja, a un metro. Maeve retrocedió medio paso, con la mirada casi perdida.

—Tris… estás herido —Tristán la sujetó por los hombros y sin mirarla la abrazó.

Liam parpadeó una vez, con los ojos al vacío. Y entonces, de la boca de Liam salió la niebla azul, nítida, un caño con el borde más denso y grueso. El callejón se iluminó. La serpiente subió un palmo, vaciló un segundo antes de echarse a andar, como si oliera la noche, y se lanzó en línea recta, pegada al suelo, hacia la misma dirección de siempre: la casa de Elías. Sin desviación.

—¿Lo… ves? —susurró Maeve.

—Lo veo —dijo Tristán, con la voz medio prestada.

La niebla se agotó de golpe desde su boca, como si alguien cerrara el grifo. El mundo volvió a su peso normal con un chasquido que ninguno supo de dónde venía. Silencio: solo la farola que zumbaba.

Maeve se llevó la mano a la garganta: le quedó la marca roja de cuatro dedos. Tristán bajó la vista a sus propias manos, abiertas, obedientes, y las cerró despacio, como si probara si aún eran suyas.

—No… no he sido yo… —empezó a decir, y no terminó.

Miró sus manos —vacías ya—, notó la ropa húmeda del corte en el costado, y tragó. Dio dos pasos inseguros hacia Liam, se inclinó, buscó un pulso como había visto hacer, no encontró nada claro. Miró a Maeve. Ella negó, una vez, en pequeño.

—Vamos dentro —dijo Maeve, sin tono—. Hay que curarte y llamar a Santiago.

El nombre era una como un salvavidas. Tristán asintió. Otra vez el cuerpo sabía andar y, sin embargo, algo de él se quedó allí, en ese hueco de la calleja donde un hombre podía haber peleado… o no. Donde un empujón podía ser defensa… o no. Donde, quizá, alguien más había puesto una mano desde un lugar que no se ve. Y una bala en el camino para terminar con todo.

Volvieron a la puerta del Garrison. Antes de entrar, Maeve le sujetó la muñeca a Tristán.

—Ha sido defensa propia. Es la verdad. Y no digamos nada de la niebla, perderíamos credibilidad. Hasta que no sepamos que es, sigue siendo nuestro —murmuró—.

Él asintió. Maeve empujó la puerta del Garrison con el hombro. La música había cambiado de pista. Dentro, Tomás esperaba de pie y tenía los ojos abiertos como si esperara un salmo. Tristán cruzó el umbral sabiendo que, allí fuera, un revolver brillaba mojado y la farola seguía zumbando como si no hubiera pasado nada. Pero había pasado todo**.**

—Tomás —dijo Maeve, con una voz que le obedecía—, cierra la puerta de atrás y quédate dentro. Nadie sale, nadie entra. Por favor.

Tomás asintió, cogió el cerrojo como si pesara una tonelada, lo echó. Maeve condujo a Tristán tras la barra, a la trastienda donde se guardaban vasos, cajas de refrescos y un botiquín de plástico blanco con la cruz descolorida. Tristán apretaba el costado con la mano, la camisa ya oscura en la zona de la herida.

—Siéntate —ordenó Maeve, bajando un taburete. Le levantó la camisa con cuidado. El corte era limpio, oblicuo, la hoja hizo un tajo de ocho centímetros, sangrante pero no profundo.

Sacó gasas, suero y desinfectante yodado. Las manos le temblaron un poco al principio; luego se estabilizaron en una eficacia aprendida a golpes. Presionó. Tristán apretó la mandíbula; el dolor le subió una marea corta al ojo.

—Resiste. Ahora llamaré a Saldaña —dijo ella, y sonó a promesa.

Tomó el teléfono de monedas de la pared. Marcó el número fijo que todos sabían. Santiago respondió en dos tonos.

—Soy Maeve. Ven ya al Garrison. Ha venido, ya sabes. Es grave.

—Voy —dijo él sin preguntar, y colgó.

Maeve marcó otro número. Saldaña tardó un segundo más.

—Doctor —dijo—, necesito que venga. Corte de navaja. Tristán está herido. Ahora, por favor.

—¿Dónde? —preguntó él, ya de pie por el sonido de la voz.

—Aquí. El Garrison.

—Voy. Cojo mi maletín. No tardo nada. —y cortó.

Volvió a poner gasas. Tristán respiró por la nariz, largo, como quien aprendiera a vivir otra vez solo con aire.

—Mírame —pidió Maeve, buscando sus ojos—. Estás aquí. Conmigo.

Asintió. El temblor le bajó de los hombros cuando ella le apoyó la palma en el esternón, un segundo.

La campanilla de la puerta sonó seca. Santiago entró con la cara de los días malos. Miró alrededor, evaluó, y cruzó la barra hasta la trastienda. Vio la sangre, la marca en el cuello de Maeve, la camisa abierta de Tristán.

—¿Dónde? —preguntó, breve.

—En el callejón —dijo Maeve—. Defensa propia. Hay un arma en el suelo y un hombre… —no terminó; no hacía falta—. Ve a verlo, estoy esperando al médico, a Saldaña. Ahora salgo.

Santiago respiró una vez. Miró a Tomás.

—Nadie sale. Cierra también la principal. —Cogió el teléfono de la pared—. Maeve dame fichas. Voy a avisar a la Guardia Civil. Todos quietos aquí de momento. No toquéis nada.

Asomó por la puerta de atrás con la linterna. Un minuto, tres. Volvió con el gesto endurecido, no sorprendido.

—Bien —dijo—. Primero él, luego vosotros. Calma. —Miró el costado—. ¿Muy profundo?

—Creo que no —respondió Maeve—. Pero sangra.

—Saldaña viene —dijo Santiago—. Aguanta.

El médico llegó con un maletín pequeño y la camisa aún con pliegue de consulta. Tomás le abrió. Saludó con un gesto que fue más mirada que palabra. Sin teatro, se lavó las manos en el fregadero, se puso guantes y se inclinó sobre el costado de Tristán.

—Corte limpio —dictó para sí—. No parece que haya perforación de ningún órgano. Voy a limpiar, aproximar, y hacer sutura. ¿Has bebido?

—Un whisky. Uno —dijo Tristán.

—Tranquilo, vivirás para tomarte más de uno. Respira hondo y quieto. —Sacó lidocaína, preparó dos puntos de infiltración—. Va a picar. —Inyectó con pulso suave. Luego irrigó el tajo con suero, secó, evaluó. Hilo, aguja curva, puntos firmes. Vendaje. El mundo se

le encuadró a Tristán alrededor de la voz del médico y el olor a antiséptico.

—Vas a estar bien —dijo Saldaña, anudando el último punto—. No levantes peso, no te hagas el héroe. Y si vuelve a sangrar, me llamas.

Le miró las pupilas un segundo, sin comentario. Sus ojos hicieron un pequeño recorrido: la marca morada en la garganta de Maeve; los nudillos de Tristán, rojos; la palidez de los labios. Algo se le cruzó en la frente, un pensamiento, pero lo guardó.

Santiago reapareció desde la calleja, ya con las luces azules y rojas de una baliza que había colocado en el suelo entre dos cintas de plástico improvisadas.

—Van a tardar un poco —dijo—. Quiero que me contéis ahora, muy claro.

Maeve y Tristán contaron lo sucedido, el vaso roto, la amenaza, la discusión fuera y el forcejeo. Le acuchilló, tuvo que defenderse con la pistola y disparo sin saber bien cómo.

—Bien —Se apoyó con los nudillos en la mesa de la trastienda—. Primero: él entró, tú —señaló a Maeve— has salido con él, fuera ha habido discusión, tú —a Tristán— has salido después, él ha sacado una navaja que te ha clavado. Tú has quitado el arma de su mano y abrigo y has disparado. Una sola vez**.**

—Sí —dijo Tristán.

—**Sí** —repitió Maeve.

—¿Algún testigo directo?

—No —dijo Maeve—. Pero Tomás oyó el vaso, vio los cristales

Santiago asintió. Sacó dos hojas autocopiativas y boli para escribir.

—Voy a tomar una preliminar para cuando llegue el juez a levantar el cadáver —les avisó—. No adornéis. Hechos. —Los miró—. Y a partir de aquí, lo que digáis será lo que diga yo. No me dejéis vendido. Es clara la defensa propia pero no quiero contradicciones que nos dé más trabajo de la cuenta.

Maeve inclinó la cabeza, agradecida y terca.

Saldaña terminó el vendaje y guardó el material con la economía de los que han hecho esto demasiadas veces.

—¿Dolor de cabeza? ¿Mareo?

—No —dijo Tristán—. Solo cansado.

—Normal —respondió el médico—. Te has vaciado medio litro de susto. —Le tocó el hombro, breve—. Si mañana notas algo raro, me avisas. Si estás bien tenemos un asunto pendiente. Los tres.

La sirena, por fin, lloró corta al final de la calle, y dos sombras cruzaron la puerta principal: Guardia Civil del valle, uno joven que miraba a todo como si fuera examen y otro con panza baja de oficio. Venían con el juez de guardia. Santiago salió a recibirlos.

Maeve recogió una toalla limpia, se la acercó a Tristán para el sudor frío.

—Cuando hagan las fotos y tomen las medidas, iremos a declarar —dijo en voz baja—. Y esta noche no te me mueves del sofá.

—No me muevo —dijo él.

—Y lo que hemos visto —susurró ella, cerca—, lo que salió de su boca…

—Mañana —completó Tristán—. Tengo una teoría. Mañana lo hablamos.

Santiago asomó la cabeza.

—Van a hacer la inspección y precintar la calleja. Os quiero aquí, sentados, agua y tranquilidad. Les he pedido que os tomen declaración aquí. Otro día iréis al cuartelillo a firmar. —Miró a Saldaña—. Gracias, doctor.

—Para eso estamos —dijo él, recogiendo el maletín—. Me quedo cinco minutos por si sangra.

Se sentaron en el salón, cogieron la mesa rectangular que tiene los sillones alargados de polipiel verde oscuro. La puerta de la calleja volvió a sonar, voces bajitas, un flash que iluminó la madera como si fuera día. Maeve se apoyó un segundo en la pared y luego en Tristán, de hombro a hombro. Él sintió el peso justo de ese apoyo, humano, limpio, suyo. En la sala, el vinilo levantó otra canción y los Cranberries dejaron un estribillo que nadie escuchaba.

Fuera, la noche se quedó en silencio. Solo el incipiente sonido de una leve llovizna acompañaba mientras acababa el disco del tocadiscos. Dentro, Tristán palpó el reloj en el bolsillo lo sacó y abrió

la tapa que hizo clic, parado y sin vida, clavado, como si el tiempo hiciera equilibrios para no caerse.

Capítulo 17
Heridas

Amaneció sin prisa. Se habían quedado un rato más durmiendo. Era más tarde que otros días. La luz entraba con cuidado, como si la ventana hubiera aprendido a andar de puntillas. Tristán abrió los ojos primero. Notó el cuerpo pesado, el costado tirante bajo el vendaje, esa punzadita obediente que confirma que sigues aquí. Se levantó de la cama y se dirigió al sofá. Maeve dormía allí y Tristán se sentó junto a ella, hundida en la almohada del sofá, con los mechones desordenados y la marca en el cuello ya más parda que roja. Durante un momento respiraron a tiempo, sincronizados sin querer, y el silencio les hizo el favor de no pedir explicaciones. En el ambiente pesaban demasiadas cosas ocurridas.

—¿Cómo estás? —preguntó Tristán, voz de papel, cuidada.

—Como si hubiera dormido dentro de un autobús —dijo ella, sin moverse—. Pero he dormido. Como me quitaste la cama. Es broma, tú la necesitabas más con esa herida.

Él sonrió apenas. Maeve se incorporó despacio; Tristán se acomodó mejor a su lado, el vendaje reclamó sitio y ella se lo dio recogiendo las piernas, con ese gesto suyo que acerca el mundo sin invadirlo. A Maeve se le oscureció el semblante.

—Tristán, aunque Liam ya no esté no me siento liberada, incluso me siento culpable —dijo entonces, mirando un punto que no era ninguno—. Y más después de lo de anoche. Pensé que iba a sentir… otra cosa. Y no. Está muerto, pero yo me siento libre.

Tristán bajó la vista a sus manos un instante, como si buscara las palabras dentro de las líneas de la palma, y se las dijo.

—Maeve no debes sentirte así, no puedes sentirte así. Verás, no te lo he dicho, tampoco me has preguntado. Estoy casado y vine aquí buscando un milagro para arreglar errores pero algunos seguirán doliendo aunque se solucionen. Mi matrimonio creo que está herido de muerte, mi mujer me pidió el divorcio y sé que,

aunque arregle cosas, esa no tiene arreglo. Me negaba a creerlo, pero ahora lo sé. Y tú debes saberlo también.

Respiró un momento, esperaba que abrir su corazón liberase a Maeve de culpa.

—Estoy acostumbrado a curarme sólo las heridas, vas sanando heridas mientras la piel se puebla de cicatrices. Pero hay una muerte lenta. La muerte lenta ocurre cuando alguna cicatriz no cura, cuando sigue supurando, despaciosamente, sin pausa, provocando un dolor sutil, eterno, intenso e inmisericorde que no se compadece de ti... Aunque se cierre sigue ahí, es real, sigues sintiendo la mucosidad flemática, como si no se hubiese restañado. Es como sentir que sigue existiendo un miembro que te cortaron, el dolor sigue existiendo y no olvidas jamás cómo recibiste esa herida de guerra, de vida... Para bien... o para mal.

La cogió de las manos y la miró con ternura intima directo a los ojos.

—Maeve, Liam ya no está, quien te robo ser tú. Y ahora puedes serlo de nuevo. Tu herida está cerrada y no puedes permitirte morir lentamente. Estás viva. —y sentenció con firmeza como una oración que no tiene duda—. El dolor nunca se hace más pequeño, la única forma de combatirlo es hacerse más grande que él.

Cuando terminó, Maeve asintió una sola vez, el tipo de asentimiento que no arregla, pero coloca. Se le llenaron los ojos de lágrimas y lo besó en los labios. Un beso sin lujuria, sin prisas, de sentimiento y de dar las gracias a alguien que te importa.

Se quedaron un rato abrazados. Luego el día respiró, como si se relajara con ellos. Pusieron agua a calentar. Café corto para dos. Tristán fue hasta la mesa y volvió con el cuaderno. Lo dejó cerrado. No era mañana de apuntar, todavía.

—Vamos a ir a ver a Saldaña, tiene que curarte la herida. Déjame verte antes, te limpio y desinfecto de primeras. Luego el médico hará su magia. Además, tenemos que planificar nuestra visita turística a la farmacia. —Se rio—

Quitaron con cuidado el vendaje, lavaron con esmero: un poco de suero, desinfectante. Maeve tuvo cuidado de madre, un par de

soplidos cuando picaba y en un momento dado, después de un soplido, le recito:

— "Sana, sana, culo de rana, si no se te cura hoy se te curara mañana". —Tristán la miró perplejo y ella se quedó sin saber que era aquella tontería que acababa de soltar— Es… eh… una oración curativa que dicen las meigas de por aquí. Estamos cerca del Camino de Santiago.

—Maeve ¡Te lo acabas de inventar!

Se miraron un segundo sin saber que decir y empezaron a reír a carcajadas.

—Ay, ay, para, no te rías más que me duele, no puedo parar si te sigues riendo —le dijo echándole la culpa.

Poco a poco fue pasando las risas y pudieron seguir con el vendaje, que ajustaron y volvieron a fijar con esparadrapo.

—Tenemos que hablar de lo otro —dijo él.

—De la niebla —completó Maeve, sin miedo a la palabra.

La dijeron así, "niebla", como si bautizar un bicho le quitara dientes. Tristán ordenó las piezas en voz baja, sin mitin y sin adornos: lo que había visto junto a Bernarda, lo que había sentido en la calleja, la manera en que el aire se le había quedado colgado dentro del cuerpo. No era humo. No era frío. Era energía que salía de un cuerpo y buscaba. Y siempre buscaba la misma dirección.

—Lo vi. Clarísimo —dijo Maeve—. Como si el suelo tuviera una pendiente y todo resbalara hacia la Casa.

—La Casa —repitió él, cargando la palabra—. Verás he dormido poco, pero, entre otras cosas, porque no podía parar de pensar. Tengo una teoría sobre esto y quiero contártela.

Miró hacia el techo, ordenando ideas.

—Maeve esa cosa azul sale del cuerpo, es como una energía. Sale del cuerpo o del alma pero parece viva y creo que es eso: VIDA. Una energía de vida. La escritura, cuando estoy en trance, y yo mismo somos una combinación que provoca más energía junto al poder que debe tener ese libro de Elías, el manuscrito. Además, eso lo une todo con Varea. Claramente tiene que ver.

Hizo otra pausa y continuó con su disertación.

—Elías, debe tener que ver en los accidentes. Me posee o algo así, como cuando escribo, pero de una forma consciente. Me paraliza para no poder evitar las muertes o maneja mi cuerpo como una marioneta para ejecutarlas, como la de Liam. Porque necesita esa energía de los muertos. Pero ¿Para qué?

—Una cosa es cierta, —razonó Maeve— la niebla va a la Casa Quemada, la casa de Elías Varea.

—Maeve, ¿Y si me engañó? Recuerdo que en el trato que me propuso la primera vez dijo: *"Cada capítulo que termines me abre paso"* y cuando tuve que aceptar de viva voz para que comenzase todo esto me dijo: *"Mi mano en tu mano. Mi voz en tu cabeza. Tu cuerpo y tu mente disponibles…"*. Lo escondió entre promesas pero lo dijo. Me hizo aceptar unas palabras escondidas en un trato.

—¡Tris! Y la medicina de Eloy ayuda para eso. ¿Eloy tiene que ver? No puede ser, ¿o sí? Tenemos que ir a la botica, ahora con más motivo.

Cruzaron ideas, repasaron y enlazaron entonces, despacio: la escritura, él mismo, las gotas; esa mezcla que le abre la cabeza de una forma que no le gusta y que el manuscrito aprovecha. El trato. Recordó —sin prisa, como se recuerdan las frases que te arañaron— lo que Elías le había dicho: "Cada capítulo que termines me abre paso", y después: "Mi mano en tu mano. Mi voz en tu cabeza. Tu cuerpo y tu mente disponibles…". Lo repitieron en voz baja, como si necesitaran escuchar la trampa en sus propias bocas.

—¿Y si eso era justo el engaño? —insistió Tristán—. Que escribir no sólo "abre paso" para un libro, sino para él. Que me coge cuando estoy… "abierto". Anoche sentí… no sé cómo decirlo… como si alguien se hubiera puesto detrás de mis ojos y hubiera puesto sus manos en mis manos.

Maeve lo miró sin asco ni superstición.

—Lo vi —dijo—. No era toda la fuerza tuya. Y menos la decisión. Te defendiste. Me defendiste. Pero tú no hubieses disparado.

—Y si la medicina ayuda a abrir —continuó Tristán—, Eloy está dentro de la ecuación. No sé cómo, pero lo está. Necesitamos saber qué me he estado metiendo en el cuerpo.

—Botica —dijo Maeve—. Hoy. Con Raúl.

Asintieron. Había ahí un plan que no era valiente ni temerario: era necesario.

—Y la Casa Quemada —añadió él—. Es allí donde va eso. Si está pasando algo, empieza o termina allí. Quiero verla con la luz limpia. De lejos al menos. Ver si… yo qué sé, si vemos algo raro.

Se quedaron un rato mirando la taza como si tuviera mapa. Afuera pasó un coche con ese ruido de vehículo de pueblo que tiene nombre y dueño.

—Hoy no escribes, ni mañana—dijo Maeve, firme, pero sin dureza —. Ni una línea. Se acabó ese libro maldito.

—De acuerdo —aceptó él.

Se lavaron rápido. Maeve cambió de camiseta por una lisa, gris. Tristán ajustó el vendaje con cuidado delante del espejo; el corte no era profundo, pero decía su verdad. Ella lo ayudó a atarse mejor la tela, con esa delicadeza práctica de quien ha aprendido a no dramatizar lo que duele, sólo a sujetarlo bien. Antes de salir, Tristán guardó el denario en el bolsillo. Maeve metió el cuaderno en el bolso y salieron a la calle. Los dos mucho más ligeros, con menos peso. Habían quitado algunas piedras de sus mochilas y del leso corazón. Miraron un segundo al Garrison cerrado, la persiana bajada era un párpado que pedía descanso.

—Vamos a Raúl —dijo—. Que te mire el costado y fijamos hora.

—Luego damos un paseo a la Casa —completó Tristán—. Pasear sin prisa. Sólo ver.

—Y por la tarde, la botica —dijo ella, como quien clava una puntilla en la madera.

Al salir, el pueblo estaba con esa luz de mitad de mañana que aplana las sombras y deja los bordes limpios. Había ropa tendida entre dos balcones—sábanas claras, calcetines huérfanos—y un gato que decidió no moverse para dejarles pasar, para comprobar si seguían siendo de aquí. Bajaron despacio, como si cada paso pudiera hacer ruido de más.

No hablaron al principio. El silencio de después de una noche así es un bicho tímido: si no lo dejas tranquilo te picará. Cruzaron la placita. Aurora les saludó con una mano sin preguntas. Frente al ayuntamiento, Modesto hablaba con dos hombres de gorra; al

verlos, hizo ese gesto de cabeza de los que están al mando. Tristán devolvió el gesto, neutral. Maeve le apretó el antebrazo, breve, para decir "sigo aquí" sin decir nada.

Santiago apareció un segundo al fondo de la calle. Los vio, alzó la palma como un guardia de tráfico y se acercó hacía ellos. Maeve soltó aire, apenas.

—¿Cómo has pasado la noche? ¿Estáis mejor?

—Bueno, he dormido a medias, algo de insomnio por el dolor, pero cuando cogí el sueño fue seguido. Nos hemos levantado tarde y vamos a que nos mire el Doctor Saldaña.

—No esperaba verte en pie y andando —dijo casi sorprendido— Eres un tipo listo, hablé con Saldaña, me dijo que parece más de lo que es, pero ten cuidado. Sobre lo de anoche no os preocupéis. Hable con el juez y parece clara defensa propia. Además, el "elemento" tiene antecedentes y delitos en su país para coleccionar. Os citarán, pero como formalidad.

—Pues ya tiene, para su colección, delitos de amenazas y coacciones en España. —dijo Maeve con frialdad y casi desprecio— Aunque ya no va a coleccionar más.

—Id a ver a Saldaña y luego descansad sin prisa en algún banco. Hoy hace buen día.

El pueblo huele distinto para según quién respire. Ellos caminaban y respiraban bien, como quien está encerrado en un sitio de aire viciado y sale de repente. Ese aire que casi huele a libertad. Dos mujeres hablaban bajito en la esquina del Avío; cuando pasaron, bajaron el volumen un palmo más. "¿Has oído lo de anoche?", oyó Maeve, que siguió su camino mirando hacia delante.

—¿Te duele? —preguntó ella sin mirar hacia el vendaje.

—Sólo cuando me acuerdo —dijo él, y se le escapó una media sonrisa.

La consulta de Saldaña quedaba al final de una calle que primero era de casas bajas y luego de castaños. Había dos sillas de plástico bajo el porche y un cenicero con tres colillas apagadas al ras, metódicas. Una vecina salía con un bote de jarabe en la mano y les cedió la puerta con una cortesía de pueblo que no pide nada a cambio.

—Buenos días —dijo, con la voz apagada.

—Buenos —contestó Maeve, y la palabra le salió más firme de lo que esperaba.

Dentro, la sala de espera los saludó con las sillas verdes de formica, tenía una mesa con las revistas de hace meses que alguien había ojeado y no había guardado en el revistero, un póster del esqueleto humano y otro del tejido muscular. A Tristán, el hombre desnudo del póster que lo miraba, enseñando los músculos, siempre le había parecido un cadáver que se recompone lentamente, con esa mirada fija, impasible, de quien espera completarse. *"Un cuerpo que se recompone"*, susurró para él en un pensamiento que lo sorprendió.

En recepción no había nadie; quizás nunca lo hubo, allí la recepción era la campanilla. Maeve dudó un segundo y decidió no tocarla. El pasillo devolvió una voz de hombre:

—Un minuto, por favor.

La voz de Raúl Saldaña, era la de quien sabe pedir tiempo sin que parezca excusa. Tristán se sentó con cuidado, una mano sobre el costado, la otra sobre la tapa del cuaderno en el bolso de Maeve. Ella se quedó de pie, mirando por la ventana pequeña al camino de castaños.

Se oyó el arrastre de una silla, agua en un vaso, una puerta que se abría en el interior. Raúl apareció secándose las manos con una toalla pequeña. Tenía la camisa remangada, ojeras de médico de pueblo y esa elegancia sobria de quien no presume nunca de acertar.

—Pasad —dijo, mirándoles primero a los ojos y luego, ya de cerca, al vendaje—. A ver ese costado, Tristán. Y luego me contáis qué necesitáis exactamente de mí esta tarde.

El consultorio supuraba a jabón de manos y a desinfectante. Ese tufillo típico que a algunos les gusta y otros no. Raúl señaló la camilla con un gesto breve.

—Camisa fuera, despacio. No te hagas el valiente —dijo.

Tristán obedeció. El vendaje, hecho a la carrera anoche, tenía sangre seca en un borde y en la zona de la herida. Raúl lo retiró con

paciencia de sastre, humedeciendo primero con suero. No hubo aspavientos, ni frases de esas que hacen ruido; sólo oficio. Miró el corte, ladeó la cabeza.

—Doctor, esta mañana le hice una pequeña limpieza —Matizó Mae-ve.

—Ha tenido peor pinta en tu imaginación que en la realidad —dictaminó Raúl—. Superficial, pero feo. ¿Con qué fue?

—Una navaja, no era muy grande —contestó Tristán—. Y empujón.

—Ya. —Raúl se puso las gafas de cerca—. Los puntos están bien a pesar tenerte que coser en esa situación. Cinco puntos y así te recuerda cada día el motivo.

Desinfectó. El escozor fue como una palabra dicha sin querer; Tristán apretó la mandíbula. Maeve le cogió la muñeca un momento, sin presión, y la soltó cuando vio que pasaba. Raúl colocó dos tiras de aproximación, que apoyaba la sutura, con precisión casi obstinada. Encima, una gasa nueva.

—Tétanos al día —resumió, mirando la dosis que le acababa de inyectar—. Bien. Ibuprofeno si se enfada, nada de correr y cero esfuerzos raros. Y ahora, la pregunta obligatoria: ¿habéis hablado ya con Santiago?

—Sí —dijo Maeve—. Anoche y esta mañana.

—Bien hecho. —Raúl guardó el material, cerrando los botes como si cerrara pequeñas puertas—. Y ahora la otra pregunta, la que te tengo que hacer: ¿vas a seguir tomando lo que te dé Eloy?

—No —dijo Tristán, y la palabra quedó firme en el aire—. Y necesitamos que nos ayudes a saber qué es exactamente.

Raúl Saldaña se quedó un segundo en silencio, como si comprobara un diagnóstico invisible.

—A Eloy siempre le han gustado los tarros con nombres viejos —dijo Raúl—. Y el misterio. El misterio es un mal conservante. —Anotó algo en su libreta y la cerró—. Esta tarde lo mando lejos: le llamaré por una urgencia en casa de la señora Candelas, en el alto del valle. Subirá con el maletín y sus medicinas y lo tendré, calculo que, entre las 18:30 y las 20:00 fuera de la botica. He conseguido más de

media hora. Maeve, abres por la puerta lateral con tu horquilla. ¿Seguro que sabes hacerlo? Eloy no puede notar nada

Maeve sonrió, a medias, afirmando, a medias encogiendo ligeramente los hombros y girando las palmas hacia arriba, "ni lo dudes"

— Dentro, vemos que encontramos, os ayudare a ver algo extraño. Creo que tiene una libreta de fórmulas. A ver si está ahí tu nombre. Si algo se tuerce, salimos por donde hemos entrado. Y si Eloy vuelve..., ya veremos. Sin tonterías, entramos los tres juntos y salimos juntos. ¿Está claro?: Entramos, miramos y salimos fuera.

—Sin tonterías —repitió Maeve.

Raúl asintió. Se quitó las gafas, las apoyó boca abajo.

—Y otra cosa, Tristán: dime qué te pasa exactamente cuándo tomas eso. No "me inspira" a remedio médico.

Tristán lo pensó como quien ordena una caja con cosas delicadas.

—Primero calma. Luego un calor en la nuca. Después… —buscó— como si la habitación tuviera más sitio y yo menos. Escribo con la mano suelta y la cabeza apretada. Y, a ratos, como si alguien se pusiera detrás. No es desmayo. Es… apertura.

Raúl no se rio ni frunció el ceño.

—Eso suena a tropanos con compañía —dijo—. Algo que te abre y te quita miedo de forma torpe. Atropa, beleño negro… Valeriana para disfrazar, quizá opio en dosis pequeñas. Es mezcla peligrosa si no sabes lo que haces. —Levantó el dedo—. No lo digo por la moral, lo digo por el cerebro. Y por el alma.

—Lo sabemos —dijo Maeve—. Por eso te necesitamos dentro.

Raúl suspiró por la nariz, una rendición calculada.

—A las 18:30, entonces —dijo—. Nos vemos en la puerta lateral. No quiero que se fuerce la cerradura, lo podría notar. Seamos puntuales, no quiero que el pueblo vea a alguno de nosotros esperando allí

—Puedo abrir —dijo Maeve, seca, sin decorar el verbo.

—Bien. —Raúl se lavó las manos otra vez, como si cada plan exigiera jabón—. Y si todo va bien, me llevo una gota al laboratorio de un amigo. Y si vemos algo que no nos gusta, nos vamos. Conclusión por encima de la curiosidad.

Guardó la libreta. Al hacerlo, la manga se le subió un poco y dejó ver la muñeca, finísima, de hombre que ha pasado muchas horas con libros y con cuerpos ajenos. Volvió la vista a Tristán.

—Cuida esa herida como si fuera una palabra mal colocada —dijo —. Si la tocas mucho, deja marca.

—Haré lo imposible —respondió Tristán.

—Lo imposible ya lo hiciste anoche —replicó Raúl, sin ironía.

Maeve y Tristán se pusieron en pie. Raúl los acompañó hasta la puerta. La campanilla sonó cuando salieron, leve, como si les diera la razón. Afuera, el día seguía ahí, esperando averiguar con su luz limpia.

Anduvieron lentos, dando un paseo.

—¿Qué sabes de la Casa Quemada, Maeve? —le dijo Tristán.

Mientras avanzaban, Maeve fue contando la leyenda de la casa en voz baja.

—Decían que fue de familia de bien, reconocida en la villa. Hicieron varias donaciones al pueblo —contó—. Se marcharon a la ciudad hace muchos años y la alquilaban por temporadas. Elías, que venía de un país sudamericano, la tomó para escribir. Con los años la fue arreglando a su manera. También se decía —ya sabes cómo es la gente— que dentro había sorpresas, un cuarto sin puerta, rincones falsos… Habladurías, quizá; imaginación de pueblo.

La calle terminaba allí, en seco, como si el pueblo hubiera decidido no seguir y dejar que lo demás lo escribiera la maleza. Al fondo, única salida y único destino, la Casa Quemada. No era una mansión de película, tampoco una casa cualquiera: casona de piedra y pizarra, ancha de hombros, con la boca negra del portón entreabierta y un corredor superior desmochado, donde antes colgarían esmeradas buganvillas y ahora colgaba el tiempo descuidado.

—Está puesta para ser mirada —dijo Maeve.

—Y para que nadie la olvide —añadió Tristán.

A la izquierda, el terreno caía suave y, entre tejados bajos y una hilera de árboles, se veía la vieja estación, un poco por debajo, con el andén dormido y el reloj parado. Daba la impresión de que la casa y la estación se miraran desde dos alturas distintas, como si una

preguntara y la otra no quisiera responder. Se apartaron un paso para verlo todo.

Se plantaron ante la cancela oxidada. Donde el hierro hacía voluta, quedaba una letra vencida por el tiempo, una E torcida, un trazo que pudo ser una V. El óxido dejó un polvillo rojizo en los dedos de Tristán. Dentro, el patio estaba a medias vencido, con una higuera que había echado raíces donde nadie la invitó. Las ventanas mostraban vidrios ahuecados por el calor; otras eran boquetes. Ninguna señal obvia de nada más que ruina verdadera: vigas quebradas, tizne subiendo por los muros como marea detenida, cal pelada en medias lunas.

—Entramos lo justo —dijo Maeve, mirándolo—. No quiero que te hagas daño.

—Aquí hubo un patio —dijo Tristán, asomándose a través de los barrotes—. Mira la huella del suelo: baja hacia el centro.

—Y pozo, allí —señaló Maeve, a un círculo hundido y tapado con piedras.

El portón dejaba ver una lasca de interior donde el fuego había mordido hasta dejar en carbón el nervio de la madera. La pizarra del tejado caía en piezas como naipes mojados. Una corriente fría se coló entre la ropa, bajita, como si viniera del suelo y no del cielo. No soplaba aire en la calle; aun así, desde unas rejillas bajas, embebidas en muro, se notaba aliento**.**

—Escucha —pidió Tristán.

Se quedaron quietos. El viento hacía un sonido breve al pasar por una grieta; un sonido no de hueco arriba, sino de volumen abajo. Como si la casa tuviera pulmones donde otros sólo guardan cimientos.

Tristán empujó el portón de la casa con la palma abierta. Gimió una bisagra, cedió la madera y el olor a carbón viejo y madera ennegrecida salió como a darles la bienvenida. Dieron dos pasos dentro. El suelo, de losas negras y esquirlas, crujió bajo la suela. El zaguán conservaba la forma de casa: a la derecha, el hueco de una cocina antigua; al frente, un pasillo que alguna vez fue columna vertebral; al fondo, la luz rota de un patio interior. No había

corriente; tampoco ese frío raro que avisa de nada. Sólo la quietud espesa de lo quemado.

—Elías vivió aquí —susurró Maeve—. Y no se sabe por qué ardió.

—Ni que fue de Elías —apostilló Tristán— Es posible que sean efectos secundarios del brebaje de Eloy, o mi imaginación, pero siento como si fuese a salir de cualquier esquina. Estos muros… Es como que noto alguna presencia.

No necesitaban ponerle nombre. Habían visto salir lo azul de dos cuerpos. Y posiblemente de Eusebio. Y sabían, ya, que venía aquí. La casa no devolvía vida: la aspiraba**.** Atraía esa energía.

La planta se adivinaba en U: brazo izquierdo con huecos de habitaciones, brazo derecho con la sombra de la cocina; en el centro, el patio interior. Tristán, por curiosidad o por miedo, contó pasos desde la esquina a la esquina: uno, dos, tres… diez, doce. Anotó la cifra con el dedo en la pernera, sin sacar el cuaderno.

En el interior el incendio no fue de manera uniforme. A la altura de una jamba, las llamas habían comido la madera hasta el nervio; quedaban marcas de uñas o de algo que rasguñó cal y hollín, líneas cortas, sin orden. En una pared lateral, una mancha más clara dibujaba el contorno de un mueble ausente; sobre ese fantasma de aparador, un pequeño clavo sobresalía torcido con un mechón de hilo quemado. Tristán no tocó nada.

—Difícil escapar de algo así si te pilla dentro —comentó Maeve— Elías no estaría en el interior. No encontraron el cadáver.

—Seguramente, al ver que no quedaba nada, volvió a su país sin despedirse.

—¿Estás bien Tristán? —preguntó Maeve señalando la herida.

—Una mirada, nada más —dijo—. Y nos vamos.

Dieron una vuelta más al perímetro con el cuidado con que se gira en torno a un animal que duerme con un ojo abierto. El corredor superior, a media caída, crujió sin moverse. Tristán dejó un segundo la mano a un dedo de la madera chamuscada y la retiró. No hacía falta tocar para saber que algo había allí.

Si había secretos aquí, estaban bien callados. Se notaba, sin embargo, que aquello había sido casa de planta generosa: varias

estancias abrían y cerraban luz en triángulo, y el corredor superior enseñaba el costillar de sus vigas, gris.

No buscaron más. Volvieron sobre sus pasos hasta estar fuera. Al salir, el aire de la calle parecía más limpio, como si la casa respirara sólo hacia dentro.

Retrocedieron paso a paso, sin darse la espalda del todo a la ruina. La calle volvió a ser calle cuando la casa dejó de ocuparlo todo en el encuadre. Al llegar a la esquina, el viento dejó de salir del suelo y volvió a bajar del cielo, como si el mundo, por un rato, recuperara el orden.

—Sabes que volveremos a venir. Esto nos está esperando —dijo Maeve.

—Y nosotros a esto —contestó Tristán, convencido de que allí había algo más.

Siguieron, con la sensación exacta de haber visto más sin ver. Y de que, la próxima vez, bajo aquellas piedras ruinas sabrían porque la casa atraía la niebla azul.

—¿Vamos a comer algo? —preguntó Maeve—. ¿Al Avío?

—Hoy no —dijo Tristán—. No tengo ganas de ser diana de miradas. Ya me miran bastante como para que encima me pregunten por lo de anoche. Seguro que murmuran en el pueblo que he estado presente en tres muertes. Déjalo que se enfríe. Mañana, si quieres. Hoy hace buen día… compremos algo y comámoslo por ahí. Un poco de vitamina D, la vitamina del sol.

Fueron al ultramarinos. El reloj de pared iba un minuto tarde, como siempre. Compraron pan, queso, cecina y dos refrescos. Modesto pesó y envolvió en silencio, con esa gravedad discreta que en el pueblo vale por abrazo.

—¿Todo bien? —preguntó, sin hurgar.

—Todo lo bien que se puede —dijo Maeve.

—Se hace lo que se puede —remató Tristán.

—Cuando llegué anoche ya os habíais marchado, estabas herido, bueno, lo estás. Santiago me dijo que os despachó a descansar. También me contó lo ocurrido, claro. Tranquilos ya sé que os defendisteis.

—¿Qué se dice en la calle? —remató Tristán.

—Bah, tonterías, solo son algunos. Tristán es que vienes nuevo aquí y chaval, estas en todas. El sujeto ese, el irlandés, se lo estaba buscando y tocó con vosotros. Y en lo demás no tienes nada que ver. Todo son "una serie de catastróficas desdichas". Como los libros esos de los que hicieron la película. —remató riendo— Ya sabemos quién eres. Ya eres casi uno de los nuestros. Lo demás son casualidades y te las has llevado tu todas. Con esto, en treinta años no pasa nada más, hemos cumplido el cupo de desgracias por un tiempo.

Tristán y Maeve se miraron: "quizás no eran casualidades".

Salieron y buscaron un banco que miraba de medio lado a la iglesia. El sol les cayó templado en la cara. Partieron el pan con la mano, el queso sudó un hilo de aceite sobre el papel, la cecina se deshizo al diente.

—Esto cura —dijo Maeve, con la boca pequeña.

—Cura más que algunas palabras —respondió Tristán.

Comieron en pausas, sin urgencia. El pueblo, a esa hora, tenía un rumor bajo de platos, persianas que suben un palmo, un motor que arranca y se ahoga. Saborearon el momento más que la comida. Ese rato parecía mantenerles el mundo en equilibrio, como un camarero que sujeta una bandeja llena sin mirar. Hablaban poco, pero cuando hablaban aterrizaban de nuevo a la tierra.

—No quiero convertirme en tema —dijo él.

—Ya lo eres —sonrió Maeve—. Pero por lo menos hoy elegirás tú el titular.

—Elijamos titular periodístico: "Por un rato M. y T. comen pan al sol y no les pasa nada" —propuso Tristán.

—Ja, ja, ja, ja. Me vale —dijo ella.

Terminaron. Tristán se limpió las manos con el propio papel. Miró el reloj y su cadena por costumbre; acarició el denario en el bolsillo. Un mensaje de Eusebio y otro de Bernarda.

—Tenemos tiempo —dijo luego—. Me gustaría pasar por el hostal a por algo de ropa. Y Lala… se habrá preocupado. Me da cosa. Me ha acogido como si fuera de la familia.

—Vamos —asintió Maeve— Pero no nos entretengamos.

Entraron al hostal. Lala estaba en la cocina, cuchillo y pan. Levantó la vista y los midió de arriba a abajo con una mezcla de alivio y pellizco.

—Vaya, por fin os veo ¿Qué ha pasado? Bueno, ya me han contado… —se corrigió sola— ¿Estais bien?

—Si, gracias Lala, todo controlado entre Santiago y Saldaña.

—¿Y esa cara? —miró a Tristán cambiando de tema—. ¿Ya no quieres saber de mí? ¿Te mudas definitivamente o qué? —le dijo en tono de broma, sin reproches.

—Estoy en periodo de prueba —dijo él.

—No le des ideas —saltó Maeve—. En mi casa lo tengo más a mano, le limpio la herida, lo vigilo en el Garrison y así no se mete en más líos. En casa lo controlo yo. —siguió con las ironías y el mismo tono de humor.

—Ajá… —Lala entornó los ojos con media sonrisa—. Entonces estás tú tranquila… y él también. Que conste que me parece buen plan.

Tristán subió a la habitación, cogió un par de camisas, calcetines, el neceser. Al bajar, Lala ya tenía tres tazas en la mesa.

—Antes de que os vayáis, un café —dictó—. Y no me saquéis excusas, que el café no hace daño.

Se sentaron. Lala remueve, mira, remueve.

—¿Que habéis hecho hoy? —preguntó Lala.

—Poca cosa, hemos ido al médico por la herida, hemos dado una vuelta y luego hemos comprado algo de comer —contestó Maeve.

—¿Y esa vuelta que habéis dado? —preguntó como quien no quiere y sí quiere—. Porque los pasos, en este pueblo, siempre acaban pisando donde no deben.

—Hemos andado sin mapa —dijo Tristán—. Nada especial.

—Se nos ha ido el paseo —añadió Maeve—. Sin querer hemos llegado… a la casa.

—A la de él —completó Lala, sin preguntar el nombre—. Ya. La Casa Quemada tiene la mala educación de ponerse delante cuando uno no quiere verla. Es como esas personas que, aunque no hables con ellas, te hablan igual. —Hizo una pausa larga—. Si vais, id

despacio. Las casas guardan más de lo que enseñan, y a veces responden lo que no se les pide.

—Tomamos nota —dijo Tristán.

—Y tomad azúcar —remató Lala, empujándoles el azucarero—. Que el dulce hace amigos por dentro.

Apuraron el café. Lala les sostuvo la mirada un segundo más de lo habitual, como quien ata con hilo fino lo que no debe descoserse.

En la calle, el sol había bajado un dedo. Maeve miró la hora en el reloj de la cocina, sabía qué hora era más o menos, pero miró igual.

—Es temprano para ir a la botica —dijo—. Descansemos un rato. En casa te cambio eso.

—Perfecto —dijo Tristán.

Subieron a casa de Maeve. Ella lo sentó en el borde del sofá, soltó el vendaje, limpió con mimo y volvió a tapar. El dolor era menor, pero seguía apuntando desde dentro.

—Te estás portando bien —dictaminó.

—No se me ocurre protestar. Aquí mandas tú —contestó él.

Se quedaron en el sofá, cada uno en su lado del mismo abrigo, con la ventana entornada y el reloj del pasillo haciendo ruido de cocina. Fuera, los tejados respiraban luz tibia. No hablaron. Fue el cuerpo quien decidió.

Capítulo 18
Las Dos Caras de Jano

Durmieron un rato —no sueño entero, de esos vespertinos, de defensa, de esos que ponen un momento de serenidad por dentro—. Cuando despertaron, la luz ya tiraba a tarde y el pueblo tenía el volumen normal de esa hora, como si el día hubiera bajado un punto la radio. Maeve se lavó la cara; Tristán bebió un vaso de agua. No quedaba mucho para las 18,30 h.

—Vamos —dijo Maeve, peinándose con los dedos.

—Vamos —repitió Tristán, y por primera vez en horas su cuerpo no pesó.

Se encontraron en la esquina, a dos pasos de la puerta lateral de la botica. El pueblo estaba en ese silencio de tarde. La puerta lateral de la botica daba a un pasillo sin gracia, encalado, con un desconchón como un mapa de isla. Saldaña llegó el último; llevaba las manos en los bolsillos y los ojos en guardia.

—A la mínima cosa rara, fuera —dijo en voz muy baja—. Buscamos la fórmula y nos vamos. Pulcros y con la cautela de no cambiar nada de lugar.

—Venga, dejadme abrir —susurró Maeve, sacando una horquilla del pelo—. Dos minutos… y que nadie me respire encima.

Tristán asintió con la barbilla, la espalda un poco encorvada por la herida y por la emoción del momento. La horquilla habló dos veces dentro de la cerradura —clic… clic— y la puerta cedió con un suspiro perezoso que olía a precaución. Entraron a oscuras y, sin encender las luces del cuadro, sacaron las linternas pequeñas que alumbraban múltiples motas de polvo en suspensión.

—¿Sabíais que el polvo está hecho en gran medida de piel humana? —dijo Saldaña— Sí, es cierto, una parte significativa del polvo doméstico está compuesta por células muertas de la piel humana. Aunque no solo de eso.

Tristán y Maeve se miraron por el comentario que parecía más una forma de pasar los nervios que algo que realmente fuera

importante en ese momento.

El haz se paseó por el mostrador de roble, por los tarros de vidrio con tapón esmerilado, por una escalera corta que subía a un altillo, por una cortina de color vino que parecía más pesada que la tela que era.

—Nunca me gustó este sitio —murmuró Saldaña, ya dentro—. Tiene… demasiadas sombras para ser una farmacia.

—¿Dónde esconderías un cuaderno que manda más que tú? —preguntó Tristán, con la luz recorriendo el canto del mostrador.

—En rebotica —respondió Saldaña sin dudar—. Donde nadie mira si no trabaja aquí.

Avanzaron hacia el fondo. Sobre el arco que antecedía a la cortina, la linterna de Maeve se levantó y se fue al dibujo viejo: el de un sol de rayos largos y, clavada en el centro, una llama estilizada. Debajo, pintado con mano segura, corría una leyenda que parecía recién pensada y muy antigua a la vez: Culto del Fuego Único.

—Ya me había fijado en él. Lo vi cuando vine la primera vez. —dijo Tristán— Nos persigue el fuego

—O venimos siguiéndolo nosotros —contestó Maeve.

La cortina pesó al lado y dejó ver la puerta de la rebotica detrás de la tela, cerrojo con refuerzo y un bombín serio.

—Esta no la hago yo con una horquilla —admitió Maeve, probando por cortesía.

—Ni lo intentamos —paró Saldaña—. No venimos a romper nada. Busquemos por aquí primero.

Se separaron sin perderse de vista. Tristán se quedó en el mostrador, un mueble antiguo con cajoneras bajas por la cara del boticario; apoyó la luz y pasó la mano por los tiradores de bronce. Maeve se movió hacia la pared del instrumental: morteros, espátulas, frascos de gotas, una balanza de brazos finos dormía en su peana, con los platos brillando.

—Chicos… mirad esto —susurró Maeve, ya con la vista en la balanza.

—Un segundo. Maeve, ven —la llamó Tristán, ya de rodillas—. Este cajón está bloqueado.

Era el tercero empezando por la izquierda, bajo el mostrador, con un pequeño ojo de llave. Maeve se arrodilló a su lado.

—No la encuentro. Dame la horquilla. Está en el pelo pero no sé dónde.

Con el cuidado de quien se va a pinchar con la aguja del pajar palpó Tristán.

—Toma pequeña delincuente. —Se sonrieron con complicidad.

Dos respiraciones contenidas y un giro milimétrico. Clic.

El cajón salió un palmo. Adentro, envuelto en papel de estraza, un cuaderno de tapas negras con las esquinas gastadas: *"Preparados y Pacientes – E. R."*. Encima, a medio encajar bajo la tapa, un libro más grueso con la etiqueta en el lomo: *"Recetario / Fórmulas"*.

—Eso es, aquí estamos —dijo Saldaña, acercándose—. Busquemos lo tuyo, Tristán. Veamos donde está tu nombre y como figura lo que te da Eloy. Debe estar en la fecha de los últimos días.

Tristán cerró los ojos un segundo, recordando el papel doblado.

—No recuerdo el nombre, de todas formas, mira, esta ordenado por las fechas.

Saldaña abrió el cuaderno de "Preparados y Pacientes" por la mitad, pasó hojas con dedos que en consulta nunca temblaban. En ese momento sí. La linterna se quedó quieta. La caligrafía era limpia, contable. Fechas, dosis, y al lado, iniciales de pacientes. Entre ellas, dos "T.S." recientes.

—Aquí está: "Tristán Serrano: Tinctura Somni: Transire" —dijo despacio—. Lo escribió así. "Tintura del sueño: Trance", o algo por el estilo. Es curioso que te diga "trance", es como me ha salido traducirla, pero la palabra Transire del latín tiene una raíz etimológica más primitiva que significa "pasar", "cruzar" o "ir al otro lado". Esta raíz explica los diferentes significados del término, como un estado de conciencia alterado, un momento crítico. Mira, hay más —dijo Saldaña, seco—. Dos gotas primera semana, cuatro la segunda, "si tolera": seis.

—¿Y el Recetario? —preguntó Maeve, con el lápiz ya preparado.

Abrieron el libro grueso y buscaron por títulos.

—Vale—. Aquí están las fórmulas por alfabeto… Tinctura Somni… sí. —"Tinctura Somni: Transire" apareció sin adorno:

Vehiculum (base hidroalcohólica 40º).

- Valeriana officinalis (mac. 1:5).
- Melissa officinalis (mac. 1:5).
- Papaver somniferum (traza / sec. sem.)
- Datura stramonium (sem. — *titrar mínimo*)
- Scopolaminum (sal cuaternaria, microdosificación).
- Hyoscyamus niger (traza).
- Miel (c.s.p. para enmascarar amargor).

Saldaña bajó la linterna hasta casi tocar el papel. Cuando leyó Scopolaminum, le cambió la cara.

—Esto es una barbaridad —dijo en un hilo apretado—. Escopolamina, eso es burundanga, lo habréis oído, junto con datura y un toque de beleño. Con alcohol. Es… —cogió aire— Es una mezcla que altera la memoria, baja defensas ejecutivas, aumenta sugestionabilidad. Midriasis, sequedad, taquicardia… Y con un estímulo externo puedes inducir conducta o, al menos, desactivar el freno. ¿Entendéis? No es un sedante cualquiera. Es abrir una puerta y dejar que entre lo que quiera.

—Me están drogando, ¿no? —preguntó Tristán, aunque ya sabía la respuesta. Lo sabía de antes, sólo quería oírlo de su boca.

—Sí. Y mal. Y peligroso. Con eso y la base alcohólica… si además hay ritual, música, lectura o lo que sea… —Saldaña negó—. Es receta de trance. Llámalo como quieras, yo te lo voy a decir clarito y en castellano: te están metiendo en un estado donde no mandas del todo.

Maeve escribía a la vez que tragaba saliva.

—¿Puede provocar… lo otro? —se atrevió a decir, sin nombrar nieblas ni nada.

—Puede provocar que no seas tú el que frene a tiempo —dijo Saldaña—. Eso ya es suficiente infierno.

Cerraron un segundo el Recetario, cada uno en su respiración. En la penumbra, la balanza seguía brillando como si esperara su turno. Desde el arco de la rebotica, la llama pintada en el sol parecía mirar por encima del hombro de los tres.

—Vale —Tomó control Saldaña—. Hemos visto lo que veníamos a ver. Anotad nombres exactos, proporciones y marcas de los frascos que use. No toquéis nada más. En cuanto tengamos esto claro, salimos.

— Tinctura Somni: Transire —repitió Maeve, fijándolo con tinta—. Vehiculum hidroalcohólico… escopolamina… datura… —alzó la vista —. Ya está.

—Nos vamos —dictó Saldaña, con la voz ya en tensión controlada —. Sin ninguna gota más, Tristán. Ni una.

—Ni una —dijo Tristán.

—No nos vamos aún—dijo Maeve, llevándo la luz a los estantes del fondo—. Quiero ver una cosa que….

En los estantes estaba la balanza que encontró Maeve antes de reparar en la fórmula.

—Chicos, fijaos bien. La balanza está limpia y centrada, cuando todo lo demás acumula polvo. Los platillos no tienen marcas de uso, pero hay mínimas muescas en el arco graduado bajo la aguja, están desgastadas pero no son las marcas normales.

—¡Maeve! —soltó de golpe Tristán—¿Quién nos mandó aquí antes? Bernarda. Y nos lo dijo: "No te fíes de Eloy, en la botica". Y al darnos la moneda: "Te servirá para pesar la verdad". Ya está: si hay algo que 'pesar', será aquí. La balanza.

La balanza no era de mostrador coqueto, sino de tamaño medio, con base de hierro ennegrecido y un brazo de latón que lucía, a contraluz, muescas minúsculas como si alguien hubiera ido marcando posiciones a lo largo de los años. El polvo, raro en una botica tan pulcra, formaba una línea más limpia en un tramo concreto del arco: un uso reciente.

En la peana, grabado con un buril fino, un texto en griego:

—**«τὸ ὄργανον τῆς ἀληθείας ἔνδον ἐστίν»** —susurró Saldaña, como si se lo dijera primero a sí mismo—. *El instrumento de la verdad está dentro.*

Maeve y Tristán se miraron; la frase de Bernarda les cayó encima exacta: *"Te servirá para pesar la verdad."* Tristán sacó el denario que la mujer le había puesto en la mano. Lo sostuvo un segundo sobre la palma, sintiendo su frío. Miro la cara doble de Jano, mirando a derecha e izquierda. El dios romano de los inicios, las puertas y los finales.

—Si esto es una llave —dijo—, empezaremos por aquí.

Colocaron el denario en el platillo izquierdo. El brazo bajó apenas un suspiro.

Saldaña señaló las tres muescas, que ya conocían, en el arco superior, no seguidas, como un código: una cerca del **Ↄ**, otra a la altura de una cruz rayada, y una tercera en el extremo que alguien había punteado con triángulo torpe. Maeve no dijo nada, pero apretó el lápiz contra el cuaderno: **Ↄ** → ☩ → ▲. El orden del panteón de Eusebio…

—Habrá que señalar estos símbolos —murmuró Maeve—. Usemos sus pesos. Aquí mandan las pesas. Ya sabemos el orden Tristán, el de Eusebio. No sé si ese orden significa otra cosa, no creo que lo hablase con Bernarda, pero tampoco es casualidad. De todas formas, el denario manda.

Buscaron en el cajón de pesas: cuadraditos mates con números raspados. Tristán puso 5 en el platillo derecho: nada. Cambió por 10: el brazo pasó de largo. Maeve probó con 2+2+1+1; el fiel se quedó casi centrado sobre la muesca de la "media luna" (**Ↄ**), como si el metal respirara.

—Primera posición —dijo Saldaña—. Mueve el cursor… ¿lo ves?

El arco tenía un cursor mínimo, disimulado en el latón. Tristán lo deslizó hasta encuadrar la aguja exactamente en la muesca de la media luna. Un clic muy leve dentro de la base.

—Siguiente.

Quitaron las pesas, dejaron el denario. La posición de los platillos anterior había cambiado, como si el clic hubiese configurado la

balanza de otra forma. Maeve cambió la combinación: 3+1. El equilibrio coqueteó; añadió 1/2 (una pesita casi simbólica) y la aguja besó la muesca grabada como cruz de rejilla(✢). Otro clic, un poco más hondo, como si algo por debajo quitara un cerrojo.

—La tercera no va a ser por fuerza bruta —dijo Tristán—. Esto pide precisión.

Quitaron las pesas de nuevo y la posición volvió a cambiar a otra diferente. Maeve respiró. Tomó 1, luego 1/2, luego 1/4; la aguja bailó indecisa. Saldaña, con ojo clínico, retiró el 1/4 y añadió una arandelita que estaba en la caja de pesas: un aro metálico olvidado entre los trozos. La aguja, por fin**,** clavó la muesca del triángulo (▲)**.**

El tercer clic sonó distinto: más largo, con un arrastre de muelle viejo. La base vibró lo justo. Maeve apartó instintivamente la mano. Un cajón raso, sin tirador, se abrió por la zaga de la peana con la timidez de algo que no quiere que lo vean.

—Dios… —fue todo lo que dijo Saldaña.

Dentro, envuelto en trapos antiguos, había algo metálico y alargado. Tristán desenrolló la tela como quien desnuda una reliquia. Primero apareció la funda: una vaina de hierro calado, labrada con filigranas vegetales y aves minúsculas entre ramas; en los bordes, filetes dorados suavemente gastados. No era artesanía cualquiera, exquisita, de taller paciente. Debajo, el arma: una hoja corta y ancha, con nervio central, lomo ligeramente facetado y, sobre todo, una empuñadura extraña, como dos barrotes paralelos unidos por puentes, formando una H rígida. Ninguno de los tres había visto nada igual, solo sabían que era un arma.

—¿Y esto…? —murmuró Maeve, probando el peso un instante—. Nos la llevamos.

—Deberíamos dejarla —dudó Saldaña, médico antes que cómplice —. Avisar a…

—Bernarda me dio una moneda para **"**pesar la verdad**"** —cortó Tristán, muy bajo—. Y la verdad acaba de salir de un cajón. Murió por causa de est…. —no terminó la frase.

—¿Cómo? —soltó extrañado Saldaña— ¿No fue un accidente? ¿Tenéis algo que contarme?

—Si lo fue, pero ahora no es el momento de contarte más —zanjó Tristán.

Maeve asintió con respiración contenida.

Entonces se quedaron quietos: un metal golpeó madera al fondo, eco breve de llave torpe en la puerta principal. Eloy. No hizo falta mirarse: los tres se repartieron tareas sin decir una palabra.

Tristán envolvió el arma a toda prisa en los trapos y la deslizó en el bolso de Maeve con manos ágiles: sin ruido, sin roce. Maeve giró en dos pasos hacia la balanza: recolocó pesas, cursor el cajón secreto, hasta dejarla exactamente igual; metió el denario en el bolsillo y repasó con la yema el borde de la base de la estantería para que el polvo volviera a parecer intocable. Al mismo tiempo, Saldaña caminaba hacia el mostrador con el cuaderno de preparados y el recetario pegados contra el pecho para devolverlos al cajón.

Al alzar la vista hacia la vitrina izquierda, se quedó clavado. Las etiquetas de los tarros, todas, estaban escritas a pluma con letra de monasterio: rasgos verticales exactos, remates mínimos, un pulso antiguo que no podía estar allí por casualidad.

—Esa letra… —se le heló la voz. Estaba petrificado.

—Doctor —lo arrancó Maeve, apremiándolo por el codo—. Que nos pillan.

Saldaña parpadeó, volvió a respirar y metió ambos libros en el cajón. La horquilla giró con un clic nítido; bajó el pestillo y pasó un paño rápido por el borde del mostrador quitando las huellas de los dedos sudorosos.

Tristán ya los esperaba en el lateral, con el cuerpo pegado a la jamba y el oído en la madera.

—Vamos, vamos —susurró—. Ya está ahí.

—Fuera —marcó Saldaña, ya en modo urgencia.

Maeve tiró de la horquilla para echar la llave de la puerta lateral. La pinza, húmeda de sudor, resbaló entre los dedos, rebotó en la moldura y cayó con ese sonido cruel de la fatalidad metálica: clinc… y un chap seco en la rejilla del desagüe.

—No… —dijo, sin aire.

No había tiempo de buscarla. Maeve cerró la puerta sin echar la llave; sonó el pestillo interior lo justo para que no bailara. Tristán

contó dos, tres latidos. Al otro lado, la puerta principal se abrió.

Un golpe seco de madera contra madera. Un tintineo mínimo —metal con cristal— del maletín. Cerraron con tacto. Los tres, fuera, pegados a la pared como sombras, sintieron que el aire se hacía delgado. Tristán se golpeó en el costado, en la venda y no pudo evitar un gemido. Maeve se pegó más al muro como si pegarse la hiciese invisible.

Dentro, Eloy avanzó dos pasos… y se detuvo. Había oído algo. No sabía qué. Inclinó la cabeza como los animales que husmean. El maletín bajó, colgando de la mano. Ese ligero sonido se había quedado flotando en la memoria de la habitación.

Eloy giró sobre los talones. Hacia la puerta lateral.

Giró la manilla. Abierta.

Se quedó con la mano en el metal un segundo de más. Él nunca la dejaba abierta. Abrió del todo y asomó la cabeza a la calle. La poca luz le hizo entrecerrar los ojos.

Fuera, los tres no respiraron. Se escondían detrás de dos sacos de arpillera con restos de genciana y quina puestos a secar. Encima cajas de recipientes usados apilados, a un metro de la puerta. Tristán sintió la herida tirar; Maeve, con el bolso apretado al costado, notó el peso de lo envuelto como si hiciera ruido; Saldaña, clavado, contaba pulsos en la sien para convencerse de que seguía vivo.

Eloy dejó que el ojo midiera izquierda y derecha. Nada. Sólo calle, piedra y una corriente fría que en ese instante lo distrajo mínimamente. No vio el filo de la chaqueta de Tristán ni el borde del bolso de Maeve.

Volvió dentro sin darse prisa. Cerró la puerta **y** echó la llave con un giro que sonó definitivo**.** Eloy frunció el ceño, una arruga vertical entre las cejas.

Dejó el maletín en el suelo y emprendió ronda con la parsimonia de quien conoce cada tornillo del local. Se acercó primero a la puerta de la rebotica: tanteó el cerrojo superior, giro la manilla, cerrada. Siguió por los estantes laterales: pasó el dedo por el borde de una balda, enderezó un albarelo torcido, revisó etiquetas escritas a pluma —digitalis, papaver, atropa— buscando una grieta en la rutina. Abrió un armario bajo y contó mentalmente los frascos

ámbar; cerró y comprobó el pestillo. Se inclinó sobre la balanza de platillos, desniveló el fiel con un toque leve y dejó que volviera a su reposo. Todo parecía en orden. Todo en su sitio.

Cogió el maletín y se volvió al mostrador, se agachó un poco y lo dejó en el suelo, en el lateral del mostrador, donde siempre. Iba a marchar cuando se quedó mirando el cajón. Algo le empujó y buscó en las llaves. La pequeña, la del cajón, encontró la ranura y lo abrió. Todo en su sitio. Sólo un detalle mínimo: el recetario grande descansaba con el título hacia abajo. Eloy lo giró con dos dedos, despacio. Se lo quedó mirando, como si quisiera recordar si él mismo lo había dejado así. Él siempre dejaba las letras hacia arriba. No encontró ese recuerdo. Lo dejó. Llave, giro, clic**.** Cerrado. Silencio de botica que se siente sola otra vez.

Por fuera, pegados a la pared, los tres soltaron al fin el aire que tenían secuestrado en el interior. Maeve apretó el bolso contra el pecho y recuperó la voz en un hilo: "¿Ya?". Raúl se pasó el dorso de la mano por la frente —tenía sudor frío— y asintió sin mirar a nadie. Tristán tanteó el costado, comprobó con la yema que la gasa seguía firme, y murmuró: "Vamos. Despacio, por la sombra." Esperaron otro par de latidos y echaron a andar, atentos al más mínimo roce al otro lado. Se deslizaron pegados al zócalo, esquivando la gravilla traicionera y los montones de tallos húmedos, hasta ganar el ángulo de la calle lateral. Sólo entonces bajaron un punto más la guardia.

—Los tres, al Garrison —dijo Maeve, en voz baja, sin quitar la vista de la puerta.

La tarde ya era noche cuando empujaron la puerta del Garrison. Maeve echó el cerrojo y bajó media persiana. Luz corta, sin música. En la mesa baja del rincón colocó una botella de Jameson y tres vasos. Sirvió dos dedos para cada uno. Se sentaron sin prisa. Un silencio para que las pulsaciones bajaran, para que la cabeza alcanzara al cuerpo.

Raúl Saldaña se bebió el suyo de un trago. Tristán pensó —no lo había imaginado de whisky, y menos así—. El doctor volvió a llenar; esta vez se quedó mirando el líquido ámbar quieto, sin tocarlo.

—Tengo que ordenar todo lo de hoy —dijo por fin Saldaña—. Y tengo que contaros algo… Y sospecho que vosotros tampoco me lo

habéis contado todo. Pero hoy no. Demasiado para calmar dentro.

—Estoy de acuerdo —dijo Maeve—. A mí todavía me tiene que volver el alma al cuerpo.

Tristán se movió un poco en la silla, el golpe le había revivido el dolor breve del costado.

—¿Quieres que te mire la herida en la consulta? —preguntó Raúl.

—No, gracias. Estaré bien. Es tarde. —respondió Tristán—. Tengo a Maeve, suero, yodo y una bronca si hace falta.

—Entonces estamos todos bien —asintió el médico, con una sonrisa cansada—. Mañana venís a mi casa, está arriba, encima de la consulta. Cerraré sin pacientes ni visitas. Tenemos que hablar sin reloj. De muchos temas, de muchas cosas.

Se levantó. Apuró el segundo vaso con decisión, dejó los dedos sobre el borde un instante, como sellando un pacto, y se despidió con un gesto mínimo.

Salió por la puerta lateral.

Quedaron solos. El bar respiró con ellos. Se miraron. Un abrazo breve, intenso, de "estás aquí".

Maeve tomó un sorbo de Jameson, dejó el vaso a medias y señaló la escalera.

—Vamos —dijo—. Te curo y a dormir.

Subieron. Abajo, el whisky, testigo de confidencias, quedó quieto en la mesa, listo para custodiar la noche.

Capítulo 19
Elías Varea

La luz se colaba por la persiana en franjas limpias, como reglas puestas sobre la colcha. Tristán se incorporó despacio. El vendaje del costado tiró un poco, un breve recuerdo de que el cuerpo también toma notas. Maeve estaba sentada al borde de la cama, atándose el pelo con un gesto que a Tristán le pareció de una belleza simple y perfecta.

— Gracias por el sitio. —Le dijo Tristán a modo de "buenos días".

—Mañana habrá sitio también. —dijo Maeve con la cara iluminada — ¿Ya no quieres saber nada del sofá? —dijo, ladeando la sonrisa.

—Soy un herido. ¿No te doy ni un poco de pena? Se está mejor en la cama… y contigo al lado. Así nos damos calor.

—Mientras sea solo eso. —contestó con falsa desgana.

—Sin ninguna duda, por supuesto,… pooor ahora. —alargó la preposición dudando si debió haberlo dicho. Arqueó las cejas hacia arriba y sin pensar dijo—. Eso depende de ti.

Maeve puso cara de escándalo teatral, con esa sonrisa en la comisura.

—¡Anda, levanta, Don Juan! Mira qué calladito se lo tenía. Tenemos mucho que hacer; un amigo nos espera.

—¿Un amigo? —preguntó Tristán, todavía medio entre sueño y dolor.

—Podemos decirlo así. Después de lo de ayer… si de esta no salimos como amigos… Tengo la sensación de que ahora mismo los tres somos como… un equipo —Maeve bajó la voz—. Raúl dijo que tenía la sospecha de que pasaba algo más y que debíamos hablar antes. Intuye que no se lo hemos contado todo.

—Si pregunta, lo contamos. Todo. —apoyó Tristán.

—Estoy de acuerdo.

Sobre la mesa, el cuaderno cerrado, el denario de Jano y el reloj, Tristán pasó dos dedos por el lomo del cuaderno y no lo abrió.

Se asearon sin prisa. Maeve le cambió el vendaje con manos firmes; él sostuvo la mirada, no se quejó por no hacer chistes fáciles. Desayunaron algo ligero: pan tostado, dos tragos de café medio tibio. Luego, al grano.

—Tenemos un regalito aquí —dijo Maeve, abriendo su bolso y sacando el arma de la balanza— Jamás pensé encontrar algo así en la botica.

—Yo jamás pensé encontrarme esta historia en Santa Nevana. Venia buscando otra cosa y ya no se en que puede acabar esta locura.

Lo desenvolvieron del paño y lo desnudaron apenas lo justo. Desenvainaron la hoja, parecía hecha para hacer daño. El labrado de la empuñadura, meticuloso, casi altivo.

—¿Cómo podía tener esto Eloy? —susurró Maeve.

—Escondido y en la balanza… no es casual. —Tristán pasó el pulgar por el relieve—. No soy experto, pero estos repujados… —se corrigió—, parece más asiático que europeo. Indio, quizá.

—Aurora —dijo Maeve—. El Margen. Algún libro de armas y espadas antiguas o medievales, europeas o de donde sea. Ir allí nos podría aclarar algo. O si no a la biblioteca, pero allí será más entretenido buscar. Primero a Villamil.

—Guardémosla bien. ¿Dónde la dejamos? Esto no cabe dentro de un tarro de mermelada en la cocina.

Maeve miró la alfombra. La levantó por una esquina; dos tablas sueltas del suelo asomaron, con esa holgura de las casas viejas que han aprendido a guardar secretos.

—Aquí guardo mis ahorros, mis cosas. —Deslizó la mano y tocó el espacio—. Cabe perfectamente.

Envolvieron el objeto de nuevo y lo escondieron en el hueco, bajo la alfombra. Quedó plano. Tristán comprobó la unión con la suela del zapato: ni vibró.

—Plano de la fachada —dijo, y sacó el pliego que habían conseguido en el ayuntamiento—. A ver si hoy averiguamos algo de la puerta o portada, es parecido, igual el indicio está en la fachada

—Y nos queda la ermita. —Maeve dobló con precisión el plano y lo guardó en la bandolera—. ¿Puedes con ella? ¿Te duele si te la

cuelgas?

—Ya no me molesta la herida —mintió lo justo—. Dame eso, anda.

—Metamos también el manuscrito y el Coniuratio —añadió Maeve —. Si vamos a contarlo todo…

Tristán cogió el manuscrito con cuidado, como quien mueve una caja de cerillas con fósforos gastados pero capaces de prender lo que sea, y lo guardó en la bandolera junto al plano. El cuaderno de pistas encima.

—Cojo el denario —Y Maeve se metió la moneda en el bolsillo.

—¿Para qué? No creo que ya nos sirva para nada —dijo él.

—No lo sé, quizás nos de suerte. Con la moneda en el bolsillo tengo la sensación de que Bernarda nos acompaña.

—Está bien. ¿Lista?

—Nos vamos —estirando la chaqueta hacia abajo al mismo tiempo que contestaba. Demostrando estar preparada para lo que les venga.

Salieron. La puerta del apartamento se cerró con el clic exacto. La mañana esperaba haciéndose la interesante.

La escalera que subía a la casa sobre la consulta era estrecha y tenía una barandilla de madera con la pintura vencida en la parte donde más se agarran las manos. Raúl abrió sin teatro. Los miró como se mira a dos personas a las que se ha visto hace un rato, como si la noche anterior no hubiese pasado nada que hiciera falta nombrar.

—Pasad —dijo, apartándose—. Y sentaos donde queráis.

El rellano mostraba diplomas en fila, esa fe ordenada de quien prefiere que hablen los papeles. La cortina de la ventana dejaba una luz tranquila, de esas que ayudan a decidir.

El salón era sencillo, pensado para durar, no para enseñar a los amigos. Una estantería ocupaba la pared larga: manuales de medicina gastados por el lomo, un atlas de anatomía con papel cebolla entre láminas. Había, entre los libros técnicos, huecos con cosas que contaban carácter: una brújula antigua, un pequeño microscopio escolar de metal oscuro, un par de bastones de senderismo apoyados detrás de la puerta. Nada caro, pero elegido.

—¿Café? ¿Agua? —preguntó Raúl, y ya estaba poniendo tres tazas sobre la mesa baja, con ese cuidado práctico de quien se ha acostumbrado a recibir en su puesto de guardia.

—Agua para mí —dijo Maeve.

—Café para mí —dijo Tristán.

—Bien —asintió Raúl, sirviendo sin prisa—. Bebed algo. Creo que hay mucho que contar.

Sobre un aparador, varias fotos en marcos sencillos. En una, más grande, Raúl aparecía más joven, sin canas, con una mujer morena que reía de lado y dos niñas agarradas a sus piernas, una de trenzas y otra con flequillo torcido por el viento. Tristán se acercó lo justo para ver sin invadir.

—Mi mujer… —dijo Raúl, y corrigió con una mínima torsión en la voz—. Bueno, mi exmujer. Y mis hijas. Esa foto es de antes. Hace mucho que no las veo.

No añadió nada. Tampoco hizo falta. Puso la taza frente a cada uno y, con un gesto, señaló las sillas de madera junto a la ventana, la que no cojeaba y la otra que cojeaba un poco.

—Esa aguanta —indicó—. Y esa mejor al rincón, apoya el tacón en la pata y no se mueve.

Maeve dejó su bolso en la mesa, bien cerrado. Tristán apoyó la bandolera en el suelo, entre sus pies. En la estantería, entre los manuales, asomaba un libro más viejo que los demás: "Óptica y artificios", el título medio tapado por otra foto pequeña de montaña. En la esquina opuesta, sobre una cómoda, una caja de madera con cierre de latón ocupaba su sitio como si llevase años ahí. A la izquierda, un tablero de ajedrez en pausa, a media partida con la reina blanca con una muesca en la esquina, un detalle mínimo que la volvía humana.

—Gracias, Raúl —dijo Maeve, ya con la taza en la mano.

—Aquí se viene a eso —respondió él, sentándose frente a ellos—. A poner las cartas encima de la mesa, cuando las hay. Hemos hecho un allanamiento, debo saber si vale la pena.

Se hizo un silencio de instalación, el necesario para que cada cosa ocupase su lugar: tazas, cuaderno, bandolera. Raúl les sostuvo la mirada sin dureza, con firmeza.

—Ayer —dijo—, cuando entramos en la botica, dejasteis a medias una frase. Dijiste: "Y la verdad acaba de salir de un cajón. Murió por causa de est…" Te paraste. Te referías a Bernarda. ¿Murió por esto? No podemos seguir juntos con medias frases. Si voy a tener problemas, necesito saber por qué.

Tristán miró el tablero un segundo, como si fuese un espejo al revés.

—Seremos claros.

—Entonces —dijo Raúl—, empezad por el principio.

No lo contaron deprisa. Lo contaron bien, que suele ser la única forma de contarlo todo.

Tristán habló primero: el armario del hostal, el manuscrito encajado donde no debía estar, la hoja suelta con latín que uno no debería leer ni siquiera en silencio. La palabra Coniuratio sin adornos, como se pronuncia un diagnóstico. La grieta del espejo. La voz que no sonaba en el aire, pero se entendía igual. "Yo fui más imbécil de lo normal", dijo, sin reírse: la mezcla de Eloy como un tutor detrás del hombro, empujándole la mano para que la pluma corriese sola. El trato que aceptó porque pensó que soñaba y resultó que el sueño estaba soñándolo a él. La primera caída de tinta, la primera muerte. Y esa otra cosa: la parálisis que lo ataba a la silla ante los "accidentes", la corriente de fuerza que le atravesó la carne con Liam, esa cuerda inversa que lo sostuvo para disparar cuando el cuchillo pasó demasiado cerca.

Se detuvo. Maeve tomó aire y, esta vez, siguió ella: Eusebio con sus frases de hombre que mira bajo tierra, los croquis, el reloj apuntando a 11:03 como si fuese una hora que te mira a ti, no al revés. La cita con Bernarda, la pizarra, la advertencia sobre Eloy, la moneda de Jano en la mano tibia de una mujer a la que el rayo abrió un camino que nadie pidió.

—La niebla —dijo entonces Tristán, y el silencio en la habitación pareció cambiar de posición—. Salió de Eusebio. Salió de Bernarda. Salió de Liam. Va al mismo sitio. La casa. No sé cómo decírtelo para que no suene a cuento, Raúl. Es… algo que se desprende, que camina sin pies. Es nítida y clara, no una invención.

Raúl era de piedra. No buscó palabras que amortiguaran. Tenía las manos cruzadas, un pulgar marcando un ritmo que no existía, y la cara de un hombre que ya había escuchado cosas que no encajan en ningún manual. No era la cara de un creyente. Era la cara de alguien que sabe que negar no borra la evidencia.

—Soy médico —dijo al fin—. Tengo una mente científica, no creo en paparruchadas. Pero hay cosas que no se pueden discutir. Son y están. Si la mezcla altera tu conciencia, si hay sugestión, si hay un patrón de escritura asociado a eventos fatales… puedo hablarte de neuroquímica y de atención selectiva. De memoria dependiente de estado. Puedo hablarte de eso y lo haré. Pero lo que describís no cabe solo ahí. También puedo decir "no lo sé" y encogerme de hombros.

Miró el vendaje de Tristán. Hizo un gesto breve con el mentón.

—Y puedo decirte lo que sí sé: no más brebajes de Eloy. Ni uno.

Maeve inclinó un poco la cabeza, de acuerdo.

—Raúl —dijo Tristán—. Yo… cada vez que escribo, alguien muere. No sé si es así de literal, pero se parece mucho. No quiero volver a poner la mano.

—Bien —dijo Raúl, y la palabra no fue amable ni dura; fue un punto—. Bien. Ahora necesito que cada detalle que pueda corroborarse, lo dejéis aquí, en claro.

Señaló el cuaderno. Tristán lo abrió por primera vez esa mañana. Las páginas llenas de flechas, fechas, pequeñas letras en mayúscula para que no pareciera su letra.

—Fechas de las muertes —Enumeró Raúl, con el índice—. Dónde estabais. Qué habíais tomado. Qué recordáis de los minutos previos. Quién vio qué. Y quiero las palabras exactas de Bernarda en la pizarra, aunque sean pocas. Y las de Eusebio, las que os dio a vosotros o a sus hijos.

Maeve repitió, una por una, como quien sube peldaños: "Pesar la verdad", "no te fíes de Eloy", "la casa respira", "la luz es diversa". Anotaron. Tristán describió la grieta del espejo con dos líneas torcidas, una más larga que la otra. Dibujó un rectángulo para el armario. Raúl hizo un gesto de "basta".

—Hay algo más —dijo Raúl, volviendo la cara hacia el mapa de la pared con las chinchetas—. Tenéis un patrón de lugares. Estación, ermita, casa. Y tenéis una palabra que no acabáis de encajar: Porta. La apuntasteis en la cabaña de Eusebio, junto a una llamita.

—"Porta" —repitió Maeve—. Lo hemos pensado como "puerta" desde ayer. Biblioteca y ermita. Las dos puertas que tenemos a mano.

—Eso después —repuso Raúl, levantando la palma—. Primero tenía que saber en qué me estaba metiendo. Ahora me toca a mí.

Se inclinó hacia ellos, apoyando los codos en las rodillas, una postura de quien va a decir una verdad irrefutable.

—Yo era amigo suyo —dijo—. De Elías. Antes de todo esto.

A Maeve se le abrió un poco la boca y la cerró enseguida. Tristán se quedó buscando, por fin, una palabra. La afirmación les cogió completamente fuera de juego.

—Era brillante —continuó Raúl—. No voy a contarlo a salto de mata. Si queréis entender lo que nos pasa, tenéis que entender de dónde vino él.

Tristán cogió el bolígrafo como si fuese un alfiler para fijar mariposas y no lo movió.

—Te escuchamos —dijo.

Saldaña respiró por la nariz, una vez. Se colocó las gafas sin limpiarlas. Miró, por primera vez en toda la mañana, no a ellos, sino al sitio donde uno mira cuando se decide a decir la verdad sin anestesia.

—Yo era su amigo… Y a veces pienso que eso fue lo más peligroso que hice nunca.

La frase cayó como una piedra en un cubo de agua quieta. Hizo un círculo y otro y otro.

—Elías Varea venía de Putumayo, Colombia. No era un aventurero de postal, llevaba la selva metida en la manera de mirar, como si el verde le hubiera enseñado vivir entre dos mundos: río o tierra, sombra o luz, máscara o cara, selva o ciudad. Nació en la ciudad más importante de la región: Puerto Asís. Está ubicada al suroeste del país, en la región Amazónica. Con la selva al lado no es raro que Elías tuviese esa querencia. Allí había publicado libros que se

hicieron populares, se hizo un escritor de nombre por la región. Luego empezó estudios de tribus que todavía saben estar ocultas del mundo moderno. No me refiero a "solo para el turismo": digo desaparecer. Había que buscarlas si querías saber de ellos. Me enseñó que hay gente que domina el arte de ser feliz cuando el mundo no los llama por su nombre.

Vivió con ellos temporadas largas. Aprendió sus costumbres: cómo leen al cielo sin levantar la cabeza, cómo se orientan con el dorso de la mano, cómo el aire circula dentro de una choza para que el humo salga sin que nadie tosa, sus ritos y dioses. Tomaba notas y escribía todo lo que vivía, no quería perderse nada, cuando estudiaba algo lo hacía a fondo, casi como una obsesión, o sin casi. Escribía de las costumbres, de sus creencias y entre sus apuntes técnicos metía frases que parecían grietas: "Una llama, muchas sombras", "la luz no es una, es un truco". Esos apuntes me los enseño después.

Se enamoró en una de esas temporadas. Ella era indígena, era de allí, y se casaron por el rito tribal. Aunque la tribu no permitía la deserción se fueron a una población mediana —mercado, camiones, restaurantes…— Fueron como una mezcla entre selva y ciudad y tuvieron una niña. Más adelante volvió a la gran ciudad para publicar otro de sus libros. Puerto Asís es la ciudad más importante de la región económicamente. Le ofrecieron un trabajo de esos que convierten a un investigador en un burócrata con sueldo. Lo rechazó. "Quiero seguir aprendiendo a escuchar", me dijo años después, cuando ya no quedaba nada que escuchar de aquella parte. Intentó que su ciudad natal no le abdujese, tenía una mujer y una hija que le recordaba lo auténtico. "Su verdad" decía él.

Y entonces, su fortuna cambió de camino. Si quieres que Dios se ría de ti, haz planes en tu destino. Un vuelco del coche a la salida del puente; un camión que no vio la moto; agua hasta el pecho en un barranco que normalmente no lleva agua. Él no estaba con ellas. Llegó después. Y el mundo, desde ese día, no fue el mismo. Murieron y desapareció el verde de su vida para ahogarse sin aire.

A Europa lo trajo esa ausencia. "Si no me muevo, me hundo", decía. España le resultaba un país viejo con costuras modernas. No

buscó Madrid ni una universidad. Buscó un sitio pequeño donde nadie le preguntara por el futuro. Santa Nevana le ofrecía algo parecido a un silencio útil donde comenzar de cero: caminos estrechos, gentes que se saludan tres veces porque no están seguros de haberse saludado antes, y una casa que alquiló barata, más grande que él, con suelo de madera y rejillas bajas en las paredes "para que el frío no te mate por la noche", le dijeron. A Elías las rejillas le fascinaron.

Lo conocí en la consulta. Entró a curarse un corte en la mano —"un libro que se puso nervioso", bromeó— y salimos a tomar un café sin quedar para nada concreto. Era un hombre instruido y yo echaba de menos conversaciones de otro tipo. Se le daba esa clase de magnetismo suave. A veces te volvías más imbécil a su lado. Le gustaba hacer preguntas al revés. No "¿por qué la gente cree en dioses?", sino "¿qué clase de luz ven cuando dicen 'Dios'?"; no "¿qué diferencia hay entre cultos?", sino "¿cuántas sombras produce una llama según el cuerpo que la interrumpe?". A eso lo acabó llamando, con toda seriedad, arquitectura del mundo.

En aquel momento no era un místico. Se reía de los milagros y se sabía de memoria a los Padres de la Iglesia, de todas la iglesias y credos, pero solo para discutirles el orden de las cosas. "No hay tantos dioses —me dijo una noche—. Hay una sola luz y cada pueblo la mira desde un ángulo. Por eso parece otra. Una llama, muchas sombras. Si entiendes la llama, ya no discutes las sombras; las explicas."

Yo lo veía casi todos los días, hablar con él se convirtió en una grata costumbre, pero empezó a cambiar el carácter. Empezó a ser más intransigente. Empezó a obsesionarse con la arquitectura de la casa. Pedía planos en el ayuntamiento. Buscaba dibujos de ventilación de casonas viejas.

Con la gente del pueblo fue amable al principio y poco accesible después. Yo lo escuchaba y discutía. Y el discutir cada vez se hizo más habitual. Era capaz de contarte cómo una comunidad se borra del mapa cuando hace falta y a continuación te hablaba de un solo fuego que permite decir lo mismo en lenguas distintas. Se empezó a encerrar horas en la biblioteca o en su casa con lo que traía de allí.

Coleccionó relatos de tránsito, de los suyos en la selva y de los nuestros en las iglesias.

Se fue obsesionando con ideas que eran una locura. Me dijo que en la biblioteca y en sus estudios había encontrado su mantra. Él era el vértice donde convergía el mensaje del mundo. Había encontrado su propósito y debía mostrarlo a los demás. Un culto, el camino a seguir y había que empezar por allí, por Santa Nevana. El que estuviese en contra debía ser eliminado.

Esa tarde del sábado discutimos. Mucho. Estábamos en la sala de estudios. Su misión era suprimir aquel que no siguiese el mandato, decía que eran un impedimento para propagar el fuego único. Le increpé que la humanidad tenía el derecho del libre albedrio, que las personas tienen el poder de elegir y tomar sus propias decisiones de forma libre, sin estar determinadas por causas previas.

Nos gritábamos, estaba completamente ido. Las personas con obsesiones son ciegas ante el peligro, incluso coquetean con él de una manera perversa. Y ocurrió lo inesperado.

Abría los brazos como un predicador, mirando hacia el cielo y en un tono que daba escalofríos. No era teatro. Por entonces yo ya conocía sus gestos de teatro. Este no lo era.

—Me repugnan los ignorantes. Me repugna cualquier tipo de sentimiento, es como la arena en un instrumento sensible, es la fisura en la lente. Es como la mosca en la sopa o el virus en el código fuente. Los sentimientos malogran cualquier mandamiento: un dogma puede ser bueno, pero se estropea si se mezclan.

—Si sigues pensando como un loco —le dije—, otro loco, que se crea más listo que tú, pensará lo contrario y el eliminado serás tú.

—Eso no va a ocurrir —respondió, sereno de golpe—. Estoy preparado para eso. Estoy preparado para todo. El Culto ya está aquí, en esta casa. Y estoy preparado para volver si me ocurriera algo.

Me reí, sin ganas.

—¿Y cómo tienes pensado volver?

—No entiendes nada, Raúl. Estás perdido. —Me sostuvo la mirada con una calma nueva—. No sabes cómo me he transformado con mi

estudio y descubrimiento. Soy un ser superior, muy por encima del resto. Zagalón me apoya; soy su destino. Esto me protege.

Tenía una hoja en la mano. La levantó apenas, lo justo para que la viera.

—Coniuratio —dijo—. Quien lo convierta en palabras, aunque no suenen, me abrirá una puerta para el regreso.

—¿Zagalón? ¿Qué dices? —Sacudí la cabeza—. ¿Y eso que tienes…?

Me eché hacia delante para quitársela. Él la metió dentro de un manuscrito más grueso, de tapas curtidas, el mismo que había empezado y nunca acabó. Lo sujeté por el lomo. Forcejeamos. Elías tiró hacia sí; yo hacia mí. El manuscrito resbaló contra el borde de la lámpara de sobremesa; la lámpara cayó sobre el brasero eléctrico que usábamos para cortar el frío de la sala; el cable bailó y saltó una chispa donde no debía.

El fuego encontró aire. Las rejillas bajas que tanto amaba hicieron el resto: un soplo que pareció venir del suelo y, de pronto, la cortina prendida, el mapa de la pared encendiéndose como una hoja seca, un rugido sordo.

—¡La puerta! —grité.

Corrimos hacia la salida, pero el calor reventó un cristal y el aire nuevo entró como un pulmón enfermo. La llama subió al techo y cayó una viga del altillo, justo entre él y yo. Lo vi detrás del humo, encogido, con el brazo sobre la cara. Intenté rodear por el pasillo.

—¡Elías!

—No entres —dijo, o lo pensé.

Busqué con la vista la ventana de la sala de estudios. El cristal estaba hinchado. Di dos pasos, tres. El pasillo se había convertido en un túnel de naranja y negro. Tiré de la manilla de la puerta principal. Un golpe de aire la empujó de vuelta contra mí.

Volví a la sala como pude, cubriéndome con la chaqueta. Elías estaba al otro lado del humo, a tres metros que parecían un mundo. Por un segundo, lo vi con claridad: no tenía miedo. Levantó la mano. No supe si era un adiós, una orden o un gesto.

El techo crujió. Otra viga cedió. Y en ese crujido me di cuenta de que si daba un paso más no salía nadie. Hice lo que hace un

cobarde vivo: tenía que irme. El manuscrito quedó a mi alcance, casi en la puerta de la sala. Lo agarré con una toalla de la cocina. Salí. Afuera, la fachada parecía otra, como si se hubiese estirado para devorar la calle.

Llegó gente. Llegó agua. Llegaron manos. Yo me escondí. Luego no lo encontramos. Ni cuerpo, ni señal. Nada.

Pensamos de todo. Lo lógico era que se había quemado pero no había cuerpo. Que quizá había salido por detrás, que se había escabullido hacia la estación. Pensamos que, si se salvó, tal vez volvió a su país, que preferiría no vernos nunca más. El parte oficial dijo incendio accidental. Yo dije poco, bueno, no dije nada. Lo que hicimos fue olvidar. Hasta ahora.

Guardé el manuscrito. Lo escondí donde creí que nadie lo encontraría. Se leer latín lo suficiente para entender "Coniuratio" y saber que significaba conjuro. No lo leí. Juro que no lo leí. Pasaron meses, años. Y un día no estaba. Desapareció.

Ahora lo tenéis vosotros. Y Elías —o lo que quede de él— ha vuelto a pedir lo que vino a pedir entonces.

Raúl se frotó el puente de la nariz con dos dedos, como quien termina de arrancarse una astilla que llevaba años dentro.

—Hay algo que no os he dicho —dijo al fin—. La advertencia al pie del *Coniuratio*… la escribí yo.

Tristán parpadeó. Maeve apretó la bandolera con el pie.

—Ya os lo he dicho, nunca leí la hoja —siguió Raúl, despacio—. Ni en voz alta ni en silencio. Pero tenía miedo de que alguien más lo hiciera. Así que tomé la hoja, marqué con tinta roja, para que no dejase de verse y dejé aquella nota: *"No lo leas en voz alta, ni siquiera en tu cabeza, es una grieta. Y lo que duerme en ella, aún escucha... aún espera."*. No llegaba a creer del todo las locuras de Elías pero no quería dejar la duda del error, de la culpa de ser cierto. Creí que bastaría con un aviso en su propio lenguaje de misterio y miedo. Cobardía útil, si queréis llamarlo así.

Se hizo un hueco de silencio, el tamaño exacto de una culpa.

—Y lo peor no es eso —añadió—. Lo peor lo vimos ayer en la botica. El brebaje de Eloy no es casualidad. No existen casualidades así. Soy un hombre de ciencia. Podría hablaros de sinergias

farmacológicas, de sedantes y anticolinérgicos, de atención y vía reticular. Puedo vestirlo con una explicación científica… pero no puedo negar lo que está pasando. Ni dudo de lo que me habéis contado, os tengo por personas cabales y después de lo de anoche os respeto. Vuestra versión encaja mejor que cualquier otra.

Tristán asintió, una sola vez.

—¿Y por qué estás tan seguro de Eloy? —preguntó Maeve, aunque ya conocía la respuesta.

Raúl miró hacia el estante alto de la botica, como si todavía estuviera allí.

—Porque me quedé en blanco, con la vista clavada en las etiquetas de arriba. Tú me viste Maeve. Esa letra gótica, con el esmero de un monje amanuense, es la misma del *Coniuratio*. —Tragó— ¡Está escrito por Eloy!

Tristán soltó el aire por la nariz, como quien finalmente pone nombre a un ruido de la noche.

—Es verdad, ¡Es cierto! —dijo Tristán—. Por eso me llamaban tanto la atención esas etiquetas la primera vez que fui. Era como si las hubiera visto antes sin saber dónde. Esto es más grande de lo que pensábamos. Demasiados factores en la ecuación doctor.

Raúl enderezó la espalda.

—Está bien. Ya somos tres en esto. —Señaló el cuaderno—. Decidme: ¿cuáles van a ser los pasos a seguir a partir de ahora?

Nadie habló enseguida. La reina blanca del tablero parecía esperar también. Afuera, Santa Nevana quieta, esperando…

Capítulo 20
Canedo de Quiñones

Se tomaron el tiempo de reflexión necesario. El ser parte de un equipo les reconfortaba y necesitaban poner unas normas iniciales y un plan de acción.

Tristán tomó la iniciativa con decisión, como si abriese un parte.

—Entonces, somos tres. Pero no iremos los tres —dijo—. En este pueblo, tres juntos llaman más la atención que un carrito de helados.

—Iremos tú y yo —asintió Maeve, mirando a Tristán—. Llevan días viéndonos juntos y, además, ahora soy "la enfermera". Encaja.

—Y tú, Raúl, cuando haga falta —añadió Tristán—. Te llamamos si hay que leer planos, curarnos o atar cabos. Discreción absoluta: si hay un complot, no nos fiamos de nadie.

—De nadie —confirmó el médico—. Observadlo todo. Vecinos, horarios, quién cruza con quién. Si Eloy pregunta por el brebaje, le decís que ya no lo necesitáis: "duermo bien, gracias".

—Hecho —dijo Maeve, tocándose el bolsillo donde llevaba el denario—. Yo creo que tenemos mucha información que desentrañar. Aunque la madeja se va desliando. Por cierto, Zagalón, lo mismo que dijo Elías y Eusebio, mientras expiraba. Ya ha salido dos veces y creo que puede ser parte del final de esto. De todas formas, no nos viene bien avanzar rápido sin cabeza. Paso a paso, pista a pista. La más inmediata que tenemos pendiente es la de la puerta. Tenemos el plano de la portada de la biblioteca, veamos comparándolo si nos surge algo extraño. Y esta la puerta de la ermita.

—La fachada de la Biblioteca —enumeró Tristán, señalando el plano—. Y la ermita, con el padre Anselmo. Si "puerta" no habla de inmediato, buscaremos otro sentido.

Se levantaron casi a la vez. Raúl recogió las tazas; la reina mellada se quedó mirando la mesa como si hubiese entendido el plan. Nadie dijo "suerte". No hacía falta.

—Nos vemos si hace falta, tenedme informado —dijo el médico.

—Si hace falta, ya te contaremos —repitió Maeve.

Tristán guardó el plano. La bandolera quedó firme al hombro. Abrieron la puerta. La luz del pasillo no prometía nada, pero dejaba ver.

Salieron de la casa de Raúl con el plan plegado entre los dedos como un papel de recetas: discreción absoluta. En el rellano, Raúl les sostuvo la mirada y habló lo justo: "Estoy arriba". Ellos asintieron.

Bajaron las escaleras sin hacer ruido, con esa clase de acuerdo que no necesita jurarse. Y entonces, ya en la calle, Maeve dijo: "Empecemos".

—De camino paramos en El Avío —dijo ella—. Es hora de comer algo, aunque sea rápido. Y revisamos el plano antes, sin llamar la atención.

—Vamos —asintió Tristán.

La calle no tenía prisa. Caminaron pegados a la sombra de las fachadas, cruzaron la plaza menor y tomaron la esquina del bar, donde el toldo verde hacía de frontera entre el ruido y la calma.

El Avío estaba medio lleno: cucharas chocando, dos mesas con obre-

ros, el televisor sin volumen. Vicente levantó la mano desde la barra.

—Mira quiénes están aquí—dijo—. ¿Cómo va ese costado, Tristán?

—Mejor que ayer —contestó Tristán—. Peor que mañana.

Amparo apareció desde la cocina con la libreta apoyada en la cadera.

—¿Os pongo algo? —sonrió—. Tenemos ensaladilla y lomo con pimientos. O si preferís, os saco una tapa fría y un chato. Vais con prisa en la cara.

—Dos chatos y dos tapas frías para empezar —pidió Maeve—. Luego ya vemos.

Se sentaron en la mesa de la derecha, la de la columna y el espejo alto, la más discreta, la de ellos. Maeve dejó la bandolera a sus pies, Tristán sacó el sobre con el plano sin abrirlo.

—Ya me has dicho que estás bien de la herida… ¿Y de lo otro? De lo que pasó en el callejón —dijo Vicente, acercándose un paso, tono bajo—. Nos hemos enterado de quien era y un hecho como ese no

es fácil digerirlo. Ya se sabe. Era una mala pieza. A veces la vida es un pasillo estrecho.

Maeve sostuvo su mirada, sin apartarse.

—No buscamos consuelo —respondió—.

—Entiendo —dijo Vicente, y se rascó la barbilla—. Aun así… —miró a Tristán— con esas cosas, "no tuvisteis otra opción" es más verdad que frase. Ya puedes estar tranquila, Maeve.

Amparo llegó con los dos chatos y una ensaladilla bien montada en un plato mediano; dejó también una tapa de mojama con almendras.

—Chicos, habéis pasado una situación que no es plato de buen gusto. Es normal que os afecte —dijo Amparo con cariño— No debéis sentiros mal, fue una situación de él o vosotros. Sin culpabilidad. Como dice mi marido estad tranquilos, sobre todo tú, Maeve, ya sabemos la relación que tenías con ese malnacido.

—Tranquila no es la palabra —dijo Maeve—. Pero gracias Amparo, en ello estoy. Si es cierto que noto que empiezo a recuperar mi vida después de mucho tiempo —miró a Tristán— Ahora sí.

Amparo se quedó un segundo, sin irse del todo.

—Ya nos han dicho que os vieron por la zona de la Casa Quemada —soltó, como quien comenta el tiempo—. ¿Cómo fue el paseo? —cambió el tono y los miró con la vista baja— ¿Notasteis… algo?

—¿Algo cómo? —preguntó Tristán.

—No sé —intervino Vicente— Nada en especial, por preguntar, nada más.

—No haber encontrado a Elías siempre ha sido un misterio. No sé para qué fuisteis, pero unos ojos nuevos quizás vean algo nuevo. Cosas que no deberían estar —dijo ella, mirando al platillo, no a ellos —. Algo que respire una explicación. Ya sabéis, luces frescas en casas que no tienen luz.

—No fuimos por nada en especial. Estábamos paseando. Solo vimos ruinas y piedra —respondió Maeve—. Y silencio. Nada que se moviese si tú no te mueves.

Vicente carraspeó, sonrió con los labios.

—Bueno, mejor así —zanjó—. Si necesitáis algo… ya sabéis.

Se fueron los dos a la barra, como si los hubiera llamado alguien. Tristán bebió un sorbo y, cuando el murmullo volvió a su sitio, deslizó el plano y lo abrió lo justo, entre ambos.

—Fachada principal —susurró—. Reforma de finales del XIX dice en el lateral. Ventanales altos, cornisa sobria… Aquí el arco rebajado.

—Y aquí debería verse el despiece de la puerta —añadió Maeve, apoyando el dedo—. No está. O lo han simplificado en la copia, o la gracia está en el propio marco.

—La pista no está en el dibujo —apuntó Tristán, escribiendo en el margen—. Está en la construcción. En el umbral o en el dintel.

—La veremos de cerca —dijo Maeve.

—Mejor.

Pidieron dos medias más —una de lomo para compartir—; comieron con ritmo de gente que piensa mientras mastica. Tristán cerró el plano a medias cuando la puerta del bar sonó con ese clic que trae algo y lo deja.

Entró Eloy. Saludó con la cabeza a dos mesas, a Vicente, a nadie en particular. El ruido cambió un centímetro de lugar. Maeve dobló el plano sin aspavientos; Tristán dejó el cuaderno encima, como si fuera un posavasos.

—¿Cómo va el héroe? —dijo Eloy, plantándose a metro y medio, manos en los bolsillos—. Debe costarte dormir. Esas heridas hacen que uno no descanse plácidamente. —Sonrió—. Ya sabéis que puedo preparar algo… suave. Ya no te debe quedar nada del último preparado.

—Duermo —respondió Tristán, tranquilo—. Y prefiero ser yo, con mis bordes. La realidad pica, pero es mía.

Eloy ladeó un poco la cabeza, como si estudiara una pieza de museo.

—Un poco de ayuda no hace daño. No niegues, Tristán, que te vino bien y tengo más preparado con tu nombre.

—Gracias, pero.... —dudó buscando las palabras— es tan buena que parece que soy otro y prefiero volver a ser el de siempre, a pesar de que la realidad sea menos amable —contestó con ironía.

Está bien —insistió—. Si cambias de opinión avísame. Aunque sea a deshora.

—Si hace falta, avisamos —dijo Maeve.

—Eso es —Eloy se miró y se alisó la chaqueta—. Avisad. No como otros que vienen sin avisar… —dejó caer la frase, disparando como quien no quiere la cosa— …y luego se extrañan si no me encuentran.

Les sostuvo la mirada un segundo; luego, un gesto mínimo que podía ser cortesía o nota mental. Se fue hacia la barra, habló con Vicente, dejó una moneda y salió, sin mirar atrás.

El bar recuperó el ruido normal en tres respiraciones. Maeve volvió a abrir el plano solo lo que exigía el comentario.

—¿Has oído? —dijo—. ¿Sabrá que estuvimos en la botica?

—No lo sé. Es posible que notase algo diferente en la botica y ahora va soltando estas indirectas a todo el que se encuentra. Por si le salta quien ha sido. No nos pongamos paranoicos. Sigamos con lo nuestro.

—¿Biblioteca?

—Sí, biblioteca —repitió Tristán.

Tristán pagó en la barra. Amparo les guiñó un ojo, como si bendijera o midiera. Vicente les deseó un "que aproveche" tardío que sonó más a "cuidaos".

En la calle, el calor se quedó a la derecha. Tomaron de nuevo la acera de la sombra. La portada de la Biblioteca asomaba al final, quieta, con la expresión de quien guarda una frase y aún no ha decidido si la dice.

Tristán y Maeve se pararon a una distancia cómoda, el plano plegado en cuatro. No había gente en la calle; solo un par de gorriones desordenando el aire.

—Victoriano comprimido, Queen Anne, tirando a provinciana —dijo Tristán—. De manual: simetría y ambición… a escala de bolsillo. ¿Sabes que la arquitectura es una de mis pasiones ocultas?

—Eres una caja de sorpresas, ja, ja, ja, ja. No presumas tanto que soy

irlandesa pero también soy del Reino Unido. Pues no he ido veces a la isla inglesa y me he hartado de "estilo victoriano". Venga, busquemos algo que no cuadre.

Tristán abrió el plano a la altura del pecho. La primera vez que fue a la biblioteca no tuvo tiempo de ver la fachada que era imposible imaginar en el pueblo. Ahora tocaba observar los detalles. Maeve miró primero al papel y luego al muro.

El frente era de ladrillo pálido, minucioso en las juntas. En las esquinas, piedra más clara marcando el borde como si alguien hubiese subrayado la línea. Sobre todo aquello, una cornisa con pequeños dentículos, lo justo para que el conjunto no quede desnudo. Aquí podría haber una pista. Por encima, dos lucernas minúsculas mirando al cielo, y un remate de hierro en la esquina.

—Esto es lo que en casa llamarían postureo honesto —sonrió Maeve—, británica sin esfuerzo. Parece de Londres… pero en miniatura. Para Santa Nevana tampoco hace falta más, de hecho, hasta le da valor al pueblo.

La entrada estaba exactamente en medio: dos hojas de madera con cuarterones; encima, un frontón sencillo; más arriba, un ojo reducido con arco aplanado. A los lados, ventanas estrechas y altas, con cuarterones y postigos interiores. En el centro, embutido en piedra clara, un escudo oval decía: Biblioteca Popular de Santa Nevana — 1901. Debajo, otra pieza de tiempos recientes: Reabierta por suscripción vecinal — 1969.

—El plano no entra a este detalle —apuntó Tristán, comparando papel y muro—. Pero esto encaja con lo que vimos: la puerta, centrada; el frontón, discreto; el ventanuco, neogótico en miniatura.

—Y el escudo —dijo Maeve—. Si hubo un donante, aquí firmó el año, no el apellido. Curioso. Habría que averiguar quién la construyó. Puede que ahí esté una clave. Los años apúntalos en el cuaderno, quizás nos digan algo más adelante.

En las placas exteriores no encontraron nada. Eran mensajes normales: silencio, respete los libros; nada fuera de lugar. En la vitrina opuesta, ninguno de los carteles viejos decía nada importante. Del club de lectura estaban los datos de la última reunión y de los clásicos ningún título quería aportar luz.

—Falsos indicios —enumeró Tristán, con media sonrisa— Contemos los dientes de la cornisa, uno, hueco doble, dos, hueco

simple, … las adarajas no "cuentan" nada. Ritmo decorativo, sin ninguna clave en código. Lo anoto de todas formas.

—Falso indicio dos —siguió Maeve—: el pináculo no señala; está quieto hasta para hacer de veleta. Apunta hacia el este, hacia la nada. Y no se le ve ningún repujado. Es lisa y simple.

Tristán tocó con la yema el dintel de la puerta. Nada grabado. Las bisagras pintadas ocultaban cualquier vieja marca; el picaporte de latón era más práctico que simbólico.

—Falso indicio tres: herrajes. Si alguna vez dijeron algo, ahora no dicen nada.

Agachado, Tristán examinó el zócalo de piedra: desgaste de suelas, ningún signo útil. Miró las molduras de los marcos pintadas en verde botella, perdidas por el sol.

—Todo correcto —dictó—. Nada extraño. Lo raro es que no hay rareza. Si aquí hay algo debe estar muy escondido.

Maeve volvió a observar el óvalo del escudo.

—Sigo pensando que, si fue un regalo al pueblo, no pone de quién ni apellido. Me gustaría saber por qué.

—Para mirar ese dato en la biblioteca no hay tiempo ahora. Aurora puede tener la historia en algún libro. Conclusión —cerró Tristán, anotando en el margen—: coherencia total. Pistas, cero. Si "puerta" significa algo, no está aquí.

—Entonces, ermita —dijo Maeve—. Y hablamos con Anselmo.

La ermita esperaba en su alto, de piedra sobria, con la fachada limpia de adornos que no fueran los del tiempo. Tristán y Maeve subieron los últimos peldaños y se quedaron ante el dintel.

—Aquí no vamos a encontrar filigranas —dijo Maeve.

Tristán pasó los dedos por la fecha borrosa y una sigla casi comida por la lluvia.

—Se intuye un 1 y dos golpes de cincel que podrían ser cualquier cosa —anotó—. Sin lectura fiable.

La puerta sí desentonaba con el conjunto: menos vieja, robusta, con un trabajo de madera y metal que no era de allí. En la madera se daba un patrón tallado de cruces y flores, un diseño geométrico que fue lo primero en destacar.

—La puerta es excepcional —dijo Tristán—. No cuadra con la austeridad del muro.

—¿Otro regalo? —repuso Maeve.

—Podría ser, desde luego es posterior a la construcción y no creo que la comunidad pudiese aportar para esta maravilla.

—Tristán, el patrón en las cruces y flores. —Cada elemento estaba cuidadosamente tallado en la madera para formar una secuencia específica—. Anota. Primera línea: Flor - Cruz - Flor - Flor – Cruz. Segunda línea: Cruz - Flor - Cruz - Cruz – Flor. Tercera línea: Flor - Flor - Cruz - Flor – Cruz.

La secuencia se repetía a lo largo de la puerta, creando un efecto hipnótico que invitaba a buscar un significado oculto detrás del diseño.

—Esto es una locura, si significa algo vete a saber. Quiero ver secuencias, pero no sé qué significan. Lo anoto y ya veremos si nos dice algo.

Las bisagras sobresalían como garras, clavadas con remaches redondos, se dispusieron a contar por si acaso.

—Tres y tres —musitó—. Podrían ser nueve si buscas un tres por tres… —negó con la cabeza—. Autoengaño. También podrían ser cinco y cuatro si la vista enfoca lo que le interesa.

—No lleva a ningún sitio —dijo Maeve, y sonrió apenas— Anota la cerradura, buscaremos serpientes enroscadas en hierro como cerradura. Algún libro habrá también que nos indique algo.

La puerta se abrió hacia adentro con discreción. El padre Anselmo asomó la cabeza y, en seguida, el cuerpo entero; tenía el gesto de quien recibe sin convicción de ceremonia.

—Buenas tardes —saludó—. ¿Necesitáis algo?

—Veníamos paseando, buscando un rato de tranquilidad. Estamos viendo la puerta —dijo Maeve—. Es… vistosa.

—Demasiado para este templo —concedió Anselmo, con una mueca leve—. Regalo de una familia. Así que buscabais un rato de paz. No hay mejor sitio que este. ¿Cómo estáis? De ánimo principalmente. De la herida estarás bien si habéis venido hasta aquí.

—Bien padre, gracias por preguntar. ¿De qué familia? —preguntó Tristán.

—Pues no sabría decirte —dijo, como si buscara el nombre en un cajón viejo—. Es de familia noble que también donó la biblioteca. No tengo más detalle: llegó "como favor", y aquí quedó.

—¿Sabe algo más de puertas importantes o destacadas en Santa Nevana? —dijo Maeve.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Qué buscáis?

—No nada, verá es que Eusebio tenía apuntada porta, puerta en latín, con sus cosas y nos llamó la atención —mintieron.

—Las puertas también son palabras antiguas, entradas a algo no físico —comentó, sin solemnidad—. A veces se entra sin abrir nada palpable.

—Tomamos nota —dijo Tristán.

—El templo queda abierto por la tarde para rezar —añadió el cura —. Si queréis mirar, hacedlo con respeto. No tengo archivos de la donación; si existen, estarán en manos civiles, o en alguna caja que no es mía.

—Gracias, padre —cerró Maeve.

Se apartaron para dejar salir a un vecino que pasó, tocó la soga de la campana tres veces y se fue sin mirar a nadie. Tristán repasó lo escrito:

Dintel sin lectura / Patrón de cruces y flores/Herrajes de lujo (donación) / Remaches sin patrón / Lema campana (devoción) / Ningún mensaje claro

—Nos queda Aurora —asintió Tristán—. Veamos si nos puede ayudar ella.

Bajaron del atrio con el cuaderno cerrado y la puerta a la espalda, que siguió allí, magnífica e inútil para lo que buscaban. La puerta y la piedra, como en la Biblioteca, callaba. Ni siquiera una intuición.

Cogieron camino a El Margen con la desilusión a las espaldas. No esperaban irse sin nada de toda la tarde. No hablaron mucho. El cuaderno de las notas pesaba más por lo que no llevaba escrito que por las páginas.

—Tenemos indicios, pero no hay nada —dijo Tristán al fin—. Fachada correcta, puerta preciosa, pero a mí no me ha despertado

nada. Nada que abra una respuesta de la puerta.

—Podemos aún investigar las notas, seguro que sale algo de ahí —respondió positiva Maeve—. Vamos a Aurora. A veces la llave es un detalle nimio.

Aurora levantó la vista, dejó el boli y sonrió con su temple algo estirado, con esa mezcla de entendida y dependienta.

—Buenos días, chicos. ¿Cómo va la herida?

—Duele menos —contestó Tristán.

—¿Y el ánimo? —añadió ella, con voz segura—. Lo del callejón… ya sabéis. Aquí todos hablamos demasiado y entendemos poco. Lo siento por preguntar, pero ya sabéis, "si pregunto es que quiero saber de más, si no lo hago soy una desconsiderada." Como nunca me ha importado lo que piensen de mí, os pregunto: ¿Cómo lleváis un momento tan dramático como el de la otra noche? Si os molesta, con no contestar…

—Gracias Aurora por preguntar. No me molesta, pero tampoco quiero hablar mucho, vamos recuperándonos, nada que no podamos hacer juntos —dijo Maeve—. Gracias.

—Directa, sincera y concisa. Está bien. Decidme —Aurora juntó las manos—. ¿Qué necesitáis?

—Bueno, hemos salido a pasear a recuperar el cuerpo y nos hemos hecho algunas preguntas con la tranquilidad de no llevar prisa a ninguna parte. No lo sabemos exactamente —admitió Tristán —. Nos preguntamos quién pudo ayudar con la puerta de la ermita… y también con la biblioteca. Si hubo alguien detrás. Son piezas que le dan valor a la población y el padre Anselmo nos ha dicho que hay una familia detrás pero no tiene más información. Nos gustaría saber más de donde vivimos, no hay más motivo.

Aurora inclinó la cabeza, como quien gira una llave que ya conocía.

—Y dueños de la casa del escritor —completó—. La casa que alquiló es de unos apellidos ilustres del pueblo antes de que ardiera. Bueno sigue siéndolo, aunque sean ruinas.

Tristán y Maeve se miraron perplejos.

—¿Lo sabías? —preguntó Maeve.

—Claro. Aquí algunas cosas no están en los papeles, pero se saben, aunque está perdido en la memoria de algunos. —Aurora apoyó los codos en el mostrador—. Buscáis a los Canedo, gente muy del Bierzo.

El apellido cayó con el peso justo.

—Nombre sencillo —dijo Maeve—. No me suena.

—Porque no querían —sonrió Aurora—. Los Canedo están en el arranque mismo del pueblo, siglo XVIII. Casi fundadores no eran señores; eran arrieros humildes y trabajadores. Empezaron con carbones y sal en carros desde las Brañas, y con eso hicieron trato en Astorga. Era un trabajo nada fácil. La ruta de las Brañas iba por el alto Sil y el Pico Tes, la ruta del carbón. Pocos querían hacer esa tarea. Allí, en Astorga, abrieron almacén; luego un pequeño molino y una tendera en la Calle Pío Gullón. Más tarde, ya con la línea del tren, uno de los hijos se metió de proveedor de madera y clavos para la estación; otro se casó con una lencera de León y montó una tienda de paños. Nada grande de golpe: una piedra, luego otra.

—Generación tras generación —murmuró Tristán, tomando nota.

—Eso es. El abuelo Baldomero Canedo hizo la Casa Grande al final de la calle, la que ahora es la Casa Quemada. Vivieron allí hasta que los nietos tiraron para la ciudad. Astorga les ofrecía colegio, mecánicos, médicos.

—No sabía nada de esta historia, Aurora —dijo Maeve.

—Muchos en el pueblo no lo saben, ellos no lo querían, sabían de dónde venían, de sus orígenes humildes, presumir de otra cosa no iba con ellos. En 1892, Ramón Canedo —nieto del trato de arriería, carbón y sal— se casó en León con Amalia de Quiñones, hija menor de una casa venida a menos pero con libretas de crédito**,** trato en ultramarinos y una agenda de proveedores que abría puertas en Astorga y León. El matrimonio no trajo títulos, pero sí un estatus mayor, escuela mayor para los niños, catálogos y libros de contabilidad, además de una red de viajantes que consolidó los negocios de madera, herrajes y tejidos. Desde entonces, en algunos albaranes aparece un sello oval con las letras entrelazadas: C & Q.

La Casa Grande quedó como referencia en el pueblo y, con los años, de la familia salieron los arreglos de la ermita con la puerta

nueva que aún veis, cuando se pudrió la puerta vieja, y el dinero para levantar la biblioteca en 1901 —eso dice la piedra— y reabrirla en el 69. Nunca quisieron placa con nombres; la abuela lo dejó dicho: "Lo que se da, se da."

—Y sin apellidos en el escudo —dijo Maeve.

—Porque no querían —asintió Aurora—. Legado, sí; presumir, no. Por eso ahora el nombre se pierde en el rumor y en la memoria. Yo lo sé porque tengo aquí un manuscrito con su historia. Lo escribió una maestra, doña Remedios Alba, a mediados de los setenta, cuando le dio por recoger lo que los viejos contaban antes de olvidarlo.

—¿Podemos verlo? —preguntó Tristán.

—Por supuesto. —Aurora rodeó el mostrador—. Dadme un minuto; está en la trastienda. Es un mecanoscrito con fotos pegadas y notas al margen. Cuidadito al pasar las hojas, que tiene más años que paciencia.

Se fue entre estanterías. Tristán y Maeve se quedaron mirando la puerta de cristal, donde la calle temblaba en pequeño. Maeve apretó la bandolera con la punta del pie, como si tanteara la realidad.

—Canedo de Quiñones —repitió en voz baja—. Nombre discreto para esas manos largas que se notan en el pueblo.

—Y la Casa Grande en su inventario —añadió Tristán—. El círculo se encoge.

Aurora reapareció con un volumen atado con una cinta de tela.

—Aquí está —dijo—. *"Para la historia de Santa Nevana: la familia Canedo de Quiñones."* A ver qué os cuenta que yo no os haya chivado ya.

Aurora dejó el libro artesanal sobre el mostrador y deshizo la cinta con cuidado. Las hojas enseñaban la tijera vieja y el aroma de pegamento escolar. Allí estaba todo lo que había contado Aurora Villamil. Una recopilación asombrosa de estudio que debería ser editada. Entre notas a máquina y fotos en blanco y negro, una estancia llamó la atención de Maeve: el salón de la Casa Grande, alfombra con motivos geométricos, un reloj de sobre chimenea… y, en la pared del fondo, ¡dos armas gemelas cruzadas1

—Aurora… —Maeve rozó la foto con la yema—. ¿Esto?

—Eso colgaba allí —dijo Aurora—. Un par de espadas indias, o algo así. Mi padre siempre decía que eran "de mano corta" y de empuje.

Tristán se inclinó, el corazón dando un golpe más de la cuenta.

—¿Espadas indias…? —repitió—. ¿Tienes algún libro?

—¿Vais a comprar o solo a ponerme a trabajar? —bromeó ella con esa pose que nunca se sabía si iba en serio o en broma, camino del estante del fondo—. A ver… Armas de Persia y de la India. Aquí está.

Volvió con un tomo grueso, tapas granate. Lo abrió con práctica de librera hasta una lámina a todo color.

—Katār —leyó Aurora—. También llamado push dagger. Daga de empuje del subcontinente indio, muy usada por rajputs y mercenarios. Mira: empuñadura en H, dos largueros paralelos para el puño, la hoja triangular, a veces acanalada. Se llevaba pegado al pecho o al cinto; sirve para entrar entre costillas con un considerable daño.

Aurora pasó página.

—Hay variantes ceremoniales, con hojas trabajadas y oro incrustado; y otras rituales: "documentado su uso en sacrificios rituales y ejecuciones". —Levantó la cabeza—. No es solo un arma bonita para colgar.

Maeve cerró el libro con la palma, suave.

Aurora fue a guardar el libro y aprovecharon para susurrar rápidamente.

—Es idéntica a la nuestra —dijo Tristán, comparando la foto con la memoria. Y servía para sacrificios y rituales.

—Dos katār en la pared —dijo Maeve—. Dos.

Tristán sintió el peso de lo que no querían decir en voz alta.

—Uno ya sabemos dónde estaba —añadió, serio—. ¿Y el otro? Aurora no lo guardes, ¿Puedes traerlo de nuevo?

Aurora volvió el tomo a su lado y la cara algo más seria.

—Si necesitáis fotocopias, os las preparo. Así gastáis en algo —dijo con retintín—. ¿Queréis también de la recopilación de Doña Remedios?

—¿Puede ser? Aurora este material me viene muy bien para escribir sobre el pueblo. El libro necesita comida. —argumentó

Tristán para disimular.

Aurora volvió del fondo con un sobre manila de color beige.

—Aquí tenéis las fotocopias —dijo—. Al menos os vais con mejor cara que cuando entrasteis. ¿Qué os pasaba?

—Nada grave —respondió Tristán—. Entre las cosas de Eusebio apareció la palabra porta y nos picó la curiosidad. En su memoria, y por estirar las piernas, hemos ido a mirar las puertas más conocidas del pueblo. Por eso la biblioteca y la ermita. Y por eso te hemos preguntado al llegar.

—Nos parecieron fuera de lugar —añadió Maeve—. Tú ya nos has puesto nombre a lo que nos extrañaba.

Aurora ladeó la cabeza, divertida.

—¿Y por qué "puerta"?

—Porque porta significa "puerta" en latín —dijo Tristán.

—U otra cosa —replicó Aurora—. Ya vino Eusebio una vez con esa palabra. Os va a sorprender.

—¿Otra cosa… como qué? —preguntó Maeve.

El anodino día de investigación se había convertido en un manantial de información en El Margen. Aurora pensó un instante, como si hiciera memoria de un lomo entre muchos.

—Giovanni Battista della Porta —dijo al fin, saboreando el nombre —. No suena a puerta, sino a persona. Era de la época renacentista, un erudito que manejó muchas disciplinas, creo que incluso a la criptología. Aquí no tengo gran cosa, pero en la biblioteca… —se le encendió una chispa— …en la biblioteca sí.

Tristán y Maeve se miraron, con esa clase de entendimiento que ahorra palabras.

—Mañana —confirmó Aurora—. Si os hace falta, hablo con Modesto y que os saquen la biografía y algo sobre armas y espadas.

—Aurora nos has sido de gran utilidad, no hace falta, gracias — dijo Maeve.

—Modesto me facilitó la entrada a la biblioteca para lo que necesite en el libro. Aunque, en un rato, tú has sido una enciclopedia andante —dijo Tristán, guardando el sobre.

A Aurora se le rompió la pose de Señorita Rottenmeier por un momento y se volvió más humana.

—Gracias a vosotros, me habéis sacado agradablemente de mi rutina. Si necesitáis algo más no dudéis, da gusto compartir conocimientos con quienes lo aprecian.

Tristán y Meave salieron de la papelería con cara de no creérselo.

—Aurora es humana.

—Si Maeve, este pueblo no para de dejarnos perplejos. Uf, tenemos mucho en que pensar ahora.

—Sí, sí, y eso que la tarde no nos daba nada. Y de golpe todo esto. ¿Hablamos con Raúl?

—A ver qué te parece, vamos y le decimos que mañana por la mañana hablamos en tu apartamento o en el Garrison, a puerta cerrada, tenemos que contarle mucho. Abrimos ahora un rato que hagas algo de caja. Copita tranquila, asimilamos y hasta mañana.

—Ve tú y habla con él, te espero en el pub.

Fueron en direcciones diferentes, cada uno con su tarea. Tristán dio con los nudillos en la puerta de Saldaña. No tardó mucho en asomar con cara de estar apostado esperando detrás de la puerta si sonaba.

—¿Vienes solo? He estado ocupado pero la mente la tenía en vosotros. Dime las novedades.

—La tarde no nos dio nada, pero en la papelería se nos ha abierto una gran "puerta" y no es porta exactamente. No me hagas caso Raúl, estoy jugando con lo que yo sé y tu no.

—No me torees. Cuéntame.

—Mañana por la mañana, vente a al apartamento de Maeve, no quiero dejarla sola mucho rato. Ha abierto el pub. Vente con unos croissants, ponemos el café y te contamos.

—Está bien. Me vas a dejar así, con estas ganas de saber, pero vete con la irlandesa —dijo Saldaña tragándose las ganas.

No se entretuvo más. Llegó al Garrison, abrió la puerta y dijo en alto:

—¿Y mi Jameson?

—Con dos hielos, aquí tienes —contesto Maeve poniéndose ella otro.



Katār. Arma ceremonial india.

Capítulo 21
Migas de Pan

Raúl llamó con los nudillos, dos toques. Maeve abrió con una sonrisa corta y lo dejó pasar. Tristán ya tenía la mesa lista: dos tazas, una tercera esperando.

—Traigo refuerzos —dijo Raúl, levantando la bolsa de croissants que olía a recién recogidos en la panadería de la plaza.

—Y yo el café bueno —respondió Maeve—. Siéntate, anda.

Se acomodaron sin ceremonia. Repartieron croissants como quien reparte turnos. El café ayudó a cuadrar el mundo durante un minuto entero. Hubo ese silencio breve y cómodo antes de empezar a hablar de lo que importa. Abrieron el cuaderno.

—Vamos a poner todo sobre la mesa —dijo Tristán, apoyando el cuaderno. Recapitulemos para decidir que hacemos a partir de ahora.

—Las puertas fueron un fiasco —arrancó Maeve—. Ni la de la biblioteca ni la de la ermita escondían nada. Nos extrañaba y así se lo dijimos a Aurora y ella nos sacó de la ignorancia: porta no es "puerta", es Giovanni Battista della Porta. Aurora nos dio la pista al decirle que nos sorprendía la biblioteca y la puerta de la ermita en Santa Nevana. Ya nos contó que eran regalos al pueblo. Y que Porta podía ser otra cosa.

Raúl asintió, atento.

—Y hablando de todo eso —siguió Tristán— nos contó que eran aportaciones de los fundadores del pueblo y que nunca quisieron tener demasiada relevancia: la familia Canedo de Quiñones. Donaron la puerta de la ermita y levantaron la Biblioteca de 1901 sin poner ni placa.

—"Lo que se da, se da" —recordó Maeve, con media sonrisa— Al contarnos todo esto le dijimos que fuimos a ver porque encontramos "porta" en papeles de Eusebio. Entonces nos hizo la revelación del apellido, no le sorprendió porque Eusebio ya había preguntado por él.

—Y mira esto —Tristán giró el cuaderno: dentro había fotocopias —. Fotos del archivo de la maestra Remedios. Salón de la Casa Grande. En la pared: dos espadas cruzadas como la nuestra. Aurora tenía información. Se llama katār, es un arma india y puede ser utilizada para sacrificios.

Raúl se inclinó.

—¡Dos! —repitió, como si le costara.

—Dos —confirmó Maeve—. Uno ya sabemos dónde estaba. El otro… —dejó la frase en el aire.

—¿Qué narices hace Eloy con un katār? —dijo Raúl, sin adornos

—Lo vigilamos —cerró Tristán—. Aquí se trama algo y él tiene que ver.

Tristán pasó página y dibujó una línea horizontal.

—Repasemos las frases que tenemos resueltas —propuso—. De Eusebio, las de sus hijos, y las de Bernarda. Las repasamos y dejamos limpio la parte del camino que ya está claro.

—Será mejor para tener un mejor planteamiento general —dijo Mae-ve.

Tristán leyó en voz alta, con letra clara:

—De Eusebio tenemos I-B-C que son las pistas de la iglesia, la botica y Cementerio, eso resuelto. Porta también, aunque aún no sepamos que nos va a decir. De Elías ya sabemos bastante, aunque quedan muchos enigmas. La triada, ☽ → ☩ → ▲, no para de darnos resultados. Nos queda saber: "Una llama, muchas sombras", el croquis de la estación, Zagalón, el tema de ventilación/respiraderos y el Culto.

—De lo que nos dijeron los hijos: —continuó Maeve— la Copa de licurgo ya nos habló, y tenemos claro que la Casa Quemada tiene cosas por decirnos. En otra de sus afirmaciones: "El que quiera saber que siga las palabras escondidas", está claro que significa que Eusebio nos da pistas secretas para descifrar, sus miguitas de pan. Las demás frases son indicios, pero demasiado enigmáticas aún: "El principio de los tiempos", "Aún están aquí", etc.

—Nos falta las de Bernarda —dijo Raúl, mirando la primera hoja —. Dejadme que lo leo yo. Tenemos claro que era una asistenta de

la casa, que vio cosas extrañas y nos lo ha avisado. La copa es la de la ermita, ya lo hemos hecho, Elías es un aviso de ella también. Importantísimo que nos previno y nos puso en el camino sobre Eloy y la botica. El denario ha sido parte clave en el katār. Nos queda "la luz es diversa, no creas la luz única" que tiene algo siempre en común con la llama y… diablos ¿Cómo no lo he visto antes? Ajedrez, … ¡Ajedrez!

La palabra estaba allí, medio borrada, como en la pizarra de Bernarda, apuntado al final del listado en el borde de la página: "Ajedrez".

Raúl se quedó mirando el término como si acabase de escuchar su propio nombre desde otra habitación.

—Yo jugaba con Elías casi todas las tardes —dijo al fin—. El tablero que tengo… me lo regaló él.

Tristán parpadeó despacio.

—Claro. Lo vi en tu casa, tienes la reina blanca con una muesca.

—Está en mi casa —admitió Raúl—. Si queréis vamos y le echamos un vistazo.

—Tenemos tiempo. Por ahora no, cuando nos volvamos a reunir te lo traes—dijo Maeve, con calma—. Tenemos que ir a la biblioteca para encontrar la biografía, textos, libros de Giovanni. No sabemos que tardaremos.

—Vale, tengo las llaves encima, ¿Nos vamos? —dijo Tristán mientras se levantaba.

—De acuerdo —dijo Raúl—. Veremos que encontramos.

Salieron. La mañana tenía ese brillo pálido de los días tibios, sin mal tiempo, pero el sol solo asomaba lo justo para hacer entender que está allí. Bajaban hacia la plaza cuando casi se dan de bruces con Eloy. Apareció doblando la esquina y puso su sonrisa de botica.

—¡Buenos días! —cantó—. ¿Cómo estáis chicos? Vaya, y con el doctor Saldaña de compañía. Ya sois tres, va creciendo el club —dijo sarcásticamente— ¡Qué milagro veros juntos! ¿Cómo va esa herida, Tristán?

—Va bien —dijo Tristán—. Cada vez mejor, gracias.

—Me alegro, me alegro… —Eloy ladeó la cabeza con ese movimiento suyo— ¿De paseo?

—Bueno, en realidad vamos a la biblioteca, me dejó las llaves Modesto por si tenía que buscar información para la novela, como se desarrolla en Santa Nevana, pues… —puntualizó Tristán.

—¿Solos? Allí hay… libros delicados.

—Por favor Don Eloy, usted sabe de sus hierbas y preparados, yo soy escritor, sé el valor del papel escrito —dijo Tristán dándose una falsa importancia para borrar dudas— ¿Y usted, de paseo también? Esta es la dirección de la biblioteca, principalmente.

A Eloy se le cambio la postura de seguridad.

—Eh, no, yo voy al Avío, a tomar un vermut, me he despistado, parece ser. Ensimismado en fórmulas… Bueno, os dejo con vuestras investigaciones. —despachó rápidamente.

—Yo voy para allá también, adelántese, nos encontramos allí —dijo sin dudar Raúl.

Maeve y Tristán se miraron asombrados. Raúl esperó a que Eloy estuviese unos metros más allá.

— ¿Habéis visto? Se ha puesto nervioso y nos ha mentido hacia dónde va, trama algo. Id vosotros a la biblioteca, yo hago más falta vigilando a este. Nos separamos y doblamos esfuerzos.

—Es buena idea, ten cuidado Raúl —dijo Maeve.

—Y vosotros, luego nos vemos.

El Avío estaba en su liturgia. Vicente y Amparo saludaron desde detrás de la barra. Eloy reclamó unas olivas, dos vermuts, uno "para el médico". Habló de nada con pericia: del tiempo, de la campaña de gripe, de una gata que se había colado en el almacén de arriba de la farmacia.

—Se os ve activos —dijo por fin, probando—. Papeles, libros… investigación literaria.

—Eso le toca a Tristán, Maeve va de secretaria y enfermera. Yo solo voy a ver como estaba el herido y tomar un café. —respondió Saldaña con naturalidad impostada

—A Modesto le encantan los papeles y supongo que escribir de Santa Nevana nos viene bien a todos. —rio Eloy—. Les dio acceso a la biblioteca, así están entretenidos y con planes. Y a mí me encantan los planes. Cuando alguien piensa, el pueblo respira.

Raúl movió despacio el vaso, estudiando la curva del líquido. La conversación comenzaba a girar, de esas que hay que leer detrás para saber de verdad.

—¿Sabes? —Eloy apoyó los codos—. A veces, cuando la cabeza no deja dormir, lo mejor es un paseo por la tarde. Hacia la estación, por ejemplo. Aire limpio.

—Bah —dijo Raúl, ligero—. La estación está muerta.

—Ya… —Eloy sonrió—. Bueno el pasado nunca muere. Hace como que sí, pero no.

—En eso estamos de acuerdo —afirmo Raúl mirando fijamente— El olvido está lleno de memoria.

—Y bien, doctor… —dijo—. ¿Qué le preocupa a un hombre que lo sabe todo?

Raúl sostuvo el vaso sin beber, como si fuese un instrumental.

—Ahora mismo —respondió— me preocupan los insomnios.

—Ah —Eloy sonrió con suavidad recogiendo el envite—. Para eso siempre tengo… algo.

—Interesante. Me lo tiene que explicar, pero después. Ahora tengo que atender una urgencia más terrenal. —respondió Raúl dirigiéndose al baño.

En la Biblioteca, Tristán giró la llave y el pestillo cedió con un golpe seco que se perdió en el vientre de la sala. El aire tenía esa quietud que no es silencio, sino atención. Maeve se detuvo un segundo en el umbral.

—No había entrado nunca —dijo, casi en un susurro—. Es… otra cosa. Magnífica.

La luz venía alta, filtrada por las lucernas del techo; flotaban motas como si fueran signos de puntuación indecisos. Detrás del mostrador la puerta con cristal esmerilado mostraba, escrito a mano, "Despacho/Archivo". Tristán sacó la llave que ya conocía, empujó con los nudillos y la abrió lo justo.

—Aquí —dijo.

El ordenador vivía en la misma esquina, en mueble con ruedas que alguna vez había sido de diapositivas. Enchufó. La pantalla despertó despacio, componiéndose línea a línea, como si recordara quién era. Tristán tecleó con paciencia de bibliotecario improvisado.

—Vamos… **"**Porta, Giovanni Battista della**"**.

La ficha apareció escasa: título, año, imprenta, y un hueco en el lugar de la signatura. No decía donde debía estar.

—Sin ubicación —frunció el ceño—. Odio cuando pasa esto.

—Pues a los pasillos —dijo Maeve, con una sonrisa.

Salieron al cuerpo principal. Biografías estaba a mitad de la sala, coordenadas numéricas en etiquetas amarillentas. Siguieron la numeración con el dedo, lomo por lomo**;** nada. Se movieron a Renacimiento. Tristán leyó nombres conocidos en voz baja, como si llamara lista. Nada.

Se miraron.

—Piensa como Eusebio —dijo Maeve—. Si lo movió, no lo escondió: lo recolocó en un sitio que él usaría.

—¿Dónde lo habría querido tener a mano? —Tristán siguió el hilo —. ¿Cerca de recortes? ¿De curiosidades?

Bordearon la sala. Al fondo, junto al archivo de prensa y un perchero antiguo, había un mueble distinto de los demás: madera más oscura, el barniz con betas hondas; una placa oxidada que aún se leía "DONACIONES - FONDO LOCAL". Abajo, una hilera de cajoncillos con tiradores de latón y etiquetas de periódico recortadas. Lo que no casaba era el zócalo: demasiado alto para un armario así; como si la pieza hubiese decidido crecer por los pies.

—Aquí —dijo Maeve, bajando la voz sin saber por qué.

Arriba, entre lomos con rótulos desparejados, la balda era un pequeño bazar de libros: títulos en francés, manuales sin colección, rarezas sin fecha; parecía una estantería de pendientes de guardar. Autores sueltos: *Aldrovandi**,** Kircher*, catálogos de ferias, *"Méthodes de Physique Expérimentale", "Tratado de sombras y espejos"*, una guía escolar de enigmas. Los cantos no guardaban orden más que el capricho de quien los dejó allí.

—Aquí hay de todo —dijo Maeve, con media risa.

Tristán pasó el índice por la fila y lo vio: un tomo de tapa dura, lomo negro con letras pálidas: *"The Man of Secrets: The Life and Work of Giovanni Battista della Porta — Marco Ciardi."*

—¡Aquí está! Della Porta, lo tenemos —dijo, tirando suave del canto—. Pero… No… Está en inglés.

Maeve arqueó una ceja, sonrisa ladeada.

—Ya me encargo yo de traducirlo y resumirlo, anda. Aún no me has hecho el contrato de secretaria y asistente personal, que conste en acta.

—Te preparo el contrato… en castellano —respondió él, y se rieron encogiendo los hombros, como si alguien pudiera mandarles callar.

Lo guardó en la bandolera, dispuestos a marcharse con su botín cuando otro canto le tiró de la mirada, con la fuerza de una broma, "no puede ser". Allí estaba, grande, casi lo dejan pasar: "Massey Ferguson: 1958 — L'histoire d'une marque mythique". Un tomo grueso y pesado sobre la marca de tractores, el de Eusebio.

—¡Maeve! Eusebio… —dijo, casi sin voz.

—No es casualidad —dijo él, mientras tiró del canto para sacarlo, no venció, estaba encajado—. No sale Maeve.

—A ver, déjame a mí —Tampoco pudo, pero un crujido casi imperceptible sonó— ¿Has oído? Parece un mecanismo por peso.

—A la de tres —propuso Tristán.

Colocaron la mano ambos en el estante inferior, coordinados. Uno empujó desde detrás del libro y el otro desde la parte delantera. El libro cedió un milímetro, hicieron otro esfuerzo y con un clic limpio el zócalo, al pie del mueble, basculó hacia abajo como una pequeña compuerta camuflada. Un hueco insospechado en un mueble así.

Tantearon. El compartimento albergaba un arcón bajo, sin herrajes visibles, madera casi negra. En la tapa se acuñaba:

UNA LLAMA, MUCHAS SOMBRAS

—¿Has leído Maeve? ¿Ves lo que pone en la tapa? Ábrelo.

—Sin cerradura —dijo Maeve, palpando cantos y esquinas—. Ni bocallave.

—Nos lo llevamos, ya lo examinaremos —respondió Tristán—. Eusebio lo ha dejado para manos como las nuestras.

Lo sacaron con cuidado. Pesaba lo suficiente para tener cuidado. Maeve lo envolvió en una manta de la sala; Tristán volvió a encajar el libro. El zócalo subió de nuevo con un suspiro breve, como si el mueble asintiera, dando su permiso.

—Vámonos —dijo Maeve.

Tristán le echó una última mirada al lomo rojo del Massey Ferguson y no pudo evitar el guiño:

—Gracias por las señales, viejo.

—Vamos a casa. Cuando lo vea Raúl, se va a quedar a cuadros, como nosotros. Veremos que sorpresas nos depara todo esto. Nos llevamos tu regalo, Eusebio —zanjó Maeve.

Cerraron la biblioteca con la misma llave. El clic del pestillo resonó en el interior y quedó colgado un segundo en el aire del vestíbulo. Tristán y Maeve cruzaron hacia la plaza con el arcón abrazado entre los dos, como si escondieran un gato que no debía maullar.

Un rato antes, en El Avío, no tan lejos, otro clic, más seco, fue el de la bisagra de la puerta del baño que se abría.

Raúl se miró en el espejo un segundo para convencerse de que era buena idea. Abrió del todo. La puerta regresó a su marco con un resorte cansado**.** Eloy ya no estaba.

—¿El farmacéutico? —preguntó al vuelo.

—Salió hace nada —dijo Amparo, secándose las manos—. Pagó a medias y dijo que tenía que pasar "por ahí".

—¿Por ahí dónde?

—No lo dijo —intervino Vicente, con una sonrisa que no enseñaba nada—. Pero salió ligero.

Raúl dejó dos monedas junto al vaso y salió también, sin apuro aparente. Distancia y aire: aprendió eso en guardias y en salas de espera. Giró por la acera de la sombra. A mitad de la calle lo vio: Eloy, la gabardina clara, paso de quien mide tiempos. Tomó la dirección de la Casa Quemada.

Raúl ajustó su ritmo a un compás discreto. No pegado, no lejos. Eloy cruzó la plaza sin mirar a nadie, bordeó la fuente y siguió por la calle sin salida que muerde el cerro. A medida que subían, el pueblo se iba quedando abajo, horizontal. La Casa Quemada se levantaba delante.

Eloy no subió del todo. Miró hacia atrás. Raúl pegó un salto para esconderse tras un árbol. Eloy apretó el paso en el recodo donde el muro desconchado dejaba ver la esquina que ya no estaba del salón. Raúl, que calculó que se descubriría si aceleraba, aflojó medio segundo y se pegó a la tapia. Cuando asomó, Eloy ya no estaba.

“Imposible”, pensó, sin sonido. La calle seguía vacía, el viento sostenía una cinta de polvo a ras de suelo. Ni el portón abierto, ni pasos en la entrada.

Buscó entra las ruinas mientras recordaba las veces que estuvo allí cuando estaba en pie. Desde el incendio no había vuelto a pasar por la casa. Ni rastro de Eloy. ¿Dónde se había metido? De vuelta se hubiese tropezado con él. Bajó dos peldaños y amplió el radio. Vuelta a la esquina, y giro la vista por el terreno que cae hacia la estación vieja. Dejó que el aire le hiciera de perro rastreador.

—Allí. —se dijo Raúl al ver de lejos una silueta que volvía a desaparecer.

Bajó a la carrera. El andén estaba desierto. Hierba entre traviesas y raíles, la caseta con el tejadillo torcido, la sombra corta de la veleta clavada en el suelo. Raúl cruzó el paso de madera y se detuvo a escuchar: un golpe de puerta mal ajustada, la respiración del monte cuando corre corriente entre arbustos. Nada.

—Estoy seguro de que era él. Pero se lo ha tragado la tierra. Vale, tranquilo —dijo para dentro.

Rodeó el edificio por el lateral, por si Eloy había bordeado el muro para salir al camino de atrás. Tierra pisada aquí y allá; parecía reciente, pero nada concluyente. Miró el reloj de la estación otra vez, la aguja atascada, y luego el suyo. Segundos, han sido segundos. Lo suficiente para perderlo de vista.

Volvió sobre sus pasos despacio, como quien no quiere asustar a un animal escondido. Antes de salir del recinto echó una visual general.

—¿Dónde te has metido Eloy?

Y entonces se fue a buscar a Tristán y a Maeve, con una idea clara en la cabeza: por aquí se cocina algo, y ese algo está oculto y respira.

Capítulo 22
El Ajedrez

Dos golpes en la puerta y una pausa. Maeve miró a Tristán

—¿Sí? —y abrió.

Raúl estaba en el umbral con dos bolsas y ese gesto de "es tarde, pero traigo pan".

—Pensaba que ya estaríais de vuelta de la biblioteca —saludó—. Traigo algo de comer… y el ajedrez. He pasado por la tienda de Modesto a por cuatro cosas.

—Gracias, Raúl —sonrió Maeve, apartándose—. Entra. Se nos ha hecho tarde a todos. Son más de las cuatro y media. Comamos algo y nos contamos.

Dejaron las bolsas en la mesa. Tristán señaló el bulto del arcón envuelto, en la manta, apoyado junto a la pared.

—Venimos emocionados —añadió Tristán—. La biblioteca ha sido una mina de sorpresas. Demasiado en lo que pensar. Y eso… un regalo de Eusebio —dijo Tristán—. Otro más.

—Vale —asintió Raúl—. Primero comamos y os cuento yo también.

Montaron la mesa sin ceremonia: pan de hogaza, queso curado, la sempiterna cecina, una lata de lomos en aceite, aceitunas gordales. Raúl destapó una cerveza leonesa que había traído "para que no se diga" y dejó una botella de tinto respirando; Maeve sacó tres platos y tres vasos para preparar temas. Se sentaron.

Los tres comieron en el rumor cómodo de los cubiertos hasta que Raúl habló.

—A ver —dijo cuando habían dado dos bocados y el cuerpo bajó un punto—. En El Avío tuve con Eloy una conversación sin desperdicio. Todo eran empujones con guante. Una charla llena de mensajes e indirectas subliminales, fue un juego dialectico divertido. Este sabe algo, ya os lo digo yo. Su actitud posterior lo confirma

—¿Qué pasó? —preguntó Tristán.

—Se me escapó cuando fui al baño. Por suerte no estaba lejos y lo alcancé… a distancia. Iba hacia la casa de Elías. Nada normal: se paraba, miraba atrás; no sé si me olió o me descubrió. Merodeó por las ruinas y, de repente, ya no lo vi. Miré por la casa y los alrededores: estoy seguro que lo vi bajando hacia la estación vieja, pero lo perdí otra vez. Estuve un rato inspeccionando; pisadas recientes hay, pero pueden ser de cualquier cosa. Si se escondió por allí, debe de haber algo natural del terreno: una pequeña cueva, una grieta, un hueco, yo qué sé. Por allí no hay más construcciones.

—Está claro que su actitud es sospechosa —dijo Maeve.

—He pensado en pedirle a Modesto planos de los terrenos con la excusa de un "amigo" que quiere invertir en tierras. Mientras compraba estas cervezas y un par de cosas, se lo solté. Le brillaron los ojos: dinero para el pueblo, ya sabes. Me ha dicho que mañana pase por el ayuntamiento y me deja lo que haga falta.

Se quedaron un segundo callados, masticando ideas.

—Bien traído —asintió Tristán—. Debe tener algún motivo para ir hasta allí, la estación está abandonada desde hace mucho.

—Nos toca contarte —dijo mirando a Raúl—. La biblioteca fue un pequeño laberinto. El catálogo tenía a Giovanni Battista della Porta, pero sin signatura localizada. Buscamos en Biografías y en Renacimiento… nada. Pensamos como Eusebio: si lo movió, no lo escondió del todo; lo recolocó donde él mismo lo usaría.

—¿Y dónde estaba? —preguntó Raúl.

—En un mueble de donaciones, apartado, con un zócalo raro y ancho, muy ancho —siguió Maeve—. Lomo negro, letras pálidas: *"The Man of Secrets: The Life and Work of Giovanni Battista della Porta"*, de *Marco Ciardi*. Está en inglés.

Raúl hizo un gesto de resignación.

—Yo ahí me pierdo.

—Yo no —sonrió Maeve irónicamente—. Me lo quedo y os hago un resumen. Tiene ilustraciones y tablas que a Eusebio le interesarían: diagramas de cifrados, láminas de dispositivos y notas marginales antiguas. Eusebio no sabía inglés, pero está claro que le interesaba. Y quiero entender por qué le importaba.

—Dejamos el libro en tu tejado —dijo Raúl—. Cuando lo tengas claro y traducido, nos sientas y nos cuentas.

Maeve asintió y acercó el vaso de licor a la luz.

—Pero lo gordo no es el libro —intervino Tristán, con el arcón en la manta entre las manos—. Es esto.

Alzó el bulto y lo dejó sobre la mesa. Retiró la tela. El arcón apareció sobrio, como una pieza de oficio bien hecha.

—¿Y esto de dónde sale?

—Estaba oculto —explicó—. Casi se me pasa, ya nos íbamos, pero un lomo rojo me tiró de la mirada: "Massey Ferguson: 1958 — L'histoire d'une marque mythique". La marca del tractor de Eusebio, era imposible que fuese casualidad, ahí estaba su mano. Pesado, fuera de sitio… y al querer retirarlo, activó un mecanismo, el zócalo del mueble crujió y se abrió una compuerta en la base. Dentro, este arcón. Claramente un truco suyo: sencillo, por peso, y con firma de campesino que entiende de mecanismos y de señales.

Se acercaron. La madera, oscura y veteada, tenía brillo contenido de aceite, no de barniz. Era bajo y ancho, lo justo para cobijar libros grandes sin apretarlos; los cantos rematados en cola de milano y una moldura mínima recorriendo el perímetro. Ni bocallave, ni cerradura, ni herrajes a la vista.

En la tapa, grabado con gubia y pulido después, el lema:

UNA LLAMA, MUCHAS SOMBRAS

—Otra de las pistas que tenemos en las frases. Suena a que tiene algo en el interior. ¿Papeles, libros? —dijo Raúl, agitando con suavidad el arcón.

—Sí, parece que algo nos espera dentro —apuntó Tristán, pasando la yema por el borde—. Fíjate aquí: en el canto largo hay dos canales finísimos, como correderas internas; y en los laterales, muescas: tres en uno, dos en otro. En las esquinas notas una resistencia leve, como si dentro hubiera tensores esperando una secuencia**.**

Maeve probó a presionar una esquina con suavidad; el roce respondió con un clic casi imaginario.

—Tiene mecanismo, oculto de nuevo, pero no se ve —concluyó—. No es para abrir a lo bruto, no forcemos, no sabemos si se puede estropear.

—Como no tenemos ni idea de cómo se abre lo dejamos guardado por ahora —dijo Tristán—. Seguro que Eusebio nos dirá algo.

—No me puedo creer que el viejo idease todo esto —dejó caer Raúl— Pero es seguro que estaba obsesionado, como me contasteis. Esto es un trabajo de años y está demostrando que no estaba loco, por ahora hay suficientes sospechas y hechos para creer que está pasando algo.

Maeve fue a por la manta y, al volver, miró el arcón como se mira algo que te va a cambiar el día.

—Al escondite del katār —decidió—. Juntos, hasta que entendamos cómo abrirlo.

—Eso es —confirmó Raúl—. Ya sabremos que contiene.

El ajedrez esperaba en el borde de la mesa, con esa presencia tranquila de las cosas que han visto demasiadas manos. Raúl lo acercó con cuidado, como si al moverlo fuesen a cambiar los colores de los cuadros.

—Veamos el ajedrez, era el motivo principal de esta reunión —dijo Tristán.

—El mismo con el que jugué cientos de veces con Elías —respondió Raúl—. Al regalármelo me dijo que lo había mandado hacer… y no os lo vais a creer: ¡A Eusebio! Nunca he visto nada anormal en él pero debe haber algo. Tanta coincidencia deja de serlo por repetición.

—Encargo del muerto a mano del muerto —murmuró Maeve—. Si Bernarda escribió "ajedrez", tiene que ser éste.

Raúl desabrochó las dos hebillas del estuche de las fichas y levantó la tapa. Dentro, las piezas, en sus casilleros de fieltro, parecían disfrutar del silencio. Las fue poniendo sobre la mesa, una a una, con ese ritmo que tienen los ritos sencillos.

Observaron el estuche. Nada especial, sobrio, liso. El fieltro estaba bien pegado y ajustado, no parecía ocultar nada.

—El estuche no tiene nada, por lo menos aparentemente —dijo Raúl.

—¿Y las fichas? —intervino Maeve.

—Mira el peso —dijo Raúl, pasando un alfil a Tristán.

Tristán lo sostuvo en la palma. Era compacto, con la base ancha y una arandela de plomo o hierro bien centrada. El pulido dejaba ver, a contraluz, pequeñas vetas como fibras de hueso.

—Bien hechas —dijo—. Eusebio sabía cargar una base. Si empujas, no vuelca.

—Y la talla —añadió Maeve, sopesando una torre—. Artesanía bien hecha. Mira las almenas: todas iguales, ninguna sobra en el tallado. Esto lo hizo alguien que quería que durara.

Fueron llenando el tablero. El rey blanco tenía una cruz austera; la reina, un remate sobrio con una muesca en la esquina de la corona.

—La muesca —dijo Tristán—. La vi en tu casa. No es casual.

—La hizo Elías con una navaja, el mismo día que me lo dio —recordó Raúl—. "Para acordarnos de que la perfección aburre", dijo. Ese humor suyo.

Se quedaron un momento mirando la posición inicial, como si la partida fuese a arrancar sola. Luego Raúl apartó con delicadeza las filas de piezas y levantó el tablero por un borde.

—A simple vista, normal —dijo—. Liso, sin bisagras, sin cajones.

Tristán golpeó con el nudillo el centro. El sonido no fue el de una tabla maciza, sino un golpe hueco, contenido, como si debajo hubiese aire.

—Escucha —dijo—. No es macizo.

Raúl lo giró del revés. La cara oculta reveló su truco: el tablero superior de unos cincuenta por cincuenta, y por debajo, un marco perimetral de madera de unos tres centímetros que dejaba un hueco interior, limpio, de algo así como cuarenta y cuatro por cuarenta y cuatro centímetros.

—Una bandeja al revés —murmuró Maeve—. Nadie mira aquí dentro.

—Claro el interior de la base. Ahí escondería yo algo —concedió Tristán.

Pasó el dedo por la cara interna del marco. Al principio, nada. Entonces, en la esquina inferior izquierda, notó un resalte: mínimo, como la cabeza de un clavo que se hubiese quedado tímido. Lo palpó: no era clavo; era un signo tallado en microrrelieve.

—Aquí hay algo —dijo.

Raúl acercó la lámpara de la mesa. La luz rasante dibujó el perfil de un pequeño símbolo. Parecía una media luna abierta hacia dentro: ☽.

—¿En serio? La Tríada —dijo Maeve en un hilo—. Búscalos todos.

Encontraron otro, en la esquina superior izquierda: una cruz con brazos rematados, marcada con doble trazo, ☩. En la esquina superior derecha, un triángulo fino, ▲. Y en la esquina que quedaba, algo distinto: una clave grabada como si se abriera y cerrara, una grafía simple de llave entre paréntesis curvos: **{}**.

—Los tres y un cuarto símbolo. Ese es nuevo. Podría ser como el símbolo de llave o cerradura —resumió Tristán—. Pero el orden no es el nuestro.

—Aquí están colocados así, en sentido horario —señaló Raúl—: ☩, ☽, **{}**, ▲. A propósito.

—Para despistar —dijo Maeve—. Nosotros tenemos el orden correcto: ☽ → ☩ → ▲. Y después **{}**… la llave.

—Tiene sentido —concedió Tristán—. Prueba, y luego la cerradura.

Se miraron, como se miran quienes van a cruzar una puerta sin saber qué hay detrás. Raúl sujetó el tablero con una mano para que no resbalara; con la otra, dejó la lámpara quieta. Tristán empujó la yema sobre ☽. Maeve sobre ☩. Raúl colocó el dedo en ▲.

Las tres yemas hundieron una fracción de milímetro la madera. No fue una pulsación mecánica, sino ese ajuste mínimo de algo que lleva años esperando. Se oyó un clic corto. Tristán retiró el dedo, contuvo el aire y, con el pulgar, apretó la llave **{}**.

De repente algo salto del tablero. Dentro del marco, algo cedió como un resorte. En el canto, casi enrasado, se abrió un cajoncillo

de apenas un dedo de alto y el ancho de una mano. Dentro, dos tiras de papel plegadas, atadas con un hilo fino.

—Papel cebolla —observó Maeve—. Como el que asomaba en el catecismo de Eusebio.

Tristán deshizo con cuidado el hilo de la primera tira. Desplegó. El papel crujió suave. Apareció una retícula de letras emparejadas en grupos de dos, separadas por guiones aquí y allá, sin signos de puntuación. Una corriente de consonantes repetidas, vocales que parecían colocadas a propósito para no decir nada. Un bazar de letras sin sentido.

—¿Qué narices…? —murmuró.

Raúl abrió la segunda. Era lo mismo, pero con otro caos de letras, un orden distinto, más largo y la misma voluntad de no hablar claro.

—¿Qué es esto? No tiene sentido —dijo Maeve— ¿¡Pero no podemos encontrarnos algo normal de una vez!? Hay que seguir dándole vueltas a la cabeza.

Tristán dejó las tiras sobre la mesa, al lado del tablero, y las miró como se mira un mapa al revés. Maeve alisó la primera con la yema de los dedos, como si planchara una venda.

—Esto es el papel con menos letras, vamos a llamarlo el enigma A —dijo—. Lo leo tal cual viene, que no se diga:

"AY ZUONKXL NWWXSOWKJY TISEGEMQHUD IEOBMA CSMXJC OG EC PEKPVQ"

—Ni una vocal colocada donde toca —murmuró Raúl—. Suena a descifrar, sí o sí.

Abrió la segunda y dejó que la luz le comiera los bordes.

—Y éste es el papel, llamemos, B. Viene en cuatro líneas, pero si alguno entiende que dice…:

"RYHU NS OVUOS SEG MOLI XT ULFU, LJ DEXP QEC YD QQ WPDRQ"
"UQWVXS UV ULYEVH J VUTU BCU RUQQU OS RJOEK"
"RYHU NSC WUCUQI JFW VVHESK ZAPITE SP QEC LT NKZSXIQ"
"BBOL SWTEL FI CESM KEVLM QQ ZUDS CO UQMYHU"

—Eusebio nos ha empujado hasta aquí —dijo, casi para sí—. Si hasta ahora va teniendo una explicación esto también, las palabras están en ese galimatías. Esto tiene que tener un sentido.

—"El que quiera saber, que siga las palabras escondidas", lo dijo Eusebio.—añadió Raúl.

—Vale —dijo Tristán, casi sonriendo—. Palabras escondidas. Ya sabemos por dónde tirar.

—Tranquilo —dijo Maeve, enrollando de nuevo las tiras con una paciencia limpia— no nos pongamos nerviosos. Yo la primera. Debemos asentar demasiada información, paso a paso.

Colocaron las tiras en una funda de plástico que Maeve trajo del aparador. Raúl volvió a apoyar el tablero del derecho.

—¿Y ahora? —preguntó Maeve.

—Ahora —dijo Tristán— respiramos. Y pensamos. Sabemos que el orden de pulsación era ☽ → ☩ → ▲ y la llave. Eso nos ha dado otras claves. Faltan piezas en el juego y han ido apareciendo. Debemos seguir así.

Raúl asintió despacio.

—Lo que tenemos ahora mismo en mano, que aún no nos ha dicho nada es el señor Giovanni —dijo—. Y esa charla te toca a ti, Maeve. Pero hoy no nos da la cabeza para más, creo yo.

Maeve tomó la reina blanca con la muesca y la sopesó, pensativa.

—Está bien —concedió—. Guardemos las piezas. Mañana jugamos de nuevo. Y esta noche yo pelearé con Porta. A ver qué nos dicen tus papeles, Eusebio.

Tristán guardó el cajoncillo, que encajó con un suspiro de madera. El tablero volvió a ser tablero. Sobre la mesa, las sombras de las piezas parecían más largas; quizá porque todos, de golpe, estaban un poco más dentro del juego.

—¿Una copa al Garrison? —preguntó Meave— Tengo que abrir un rato al menos, mañana seguimos con esto.

Capítulo 23
El Código de Giovanni

Maeve no había dormido. Cuando Tristán entró en el saloncito, la encontró sentada en el suelo, rodeada de papeles, con el libro abierto sobre sus piernas y una taza de café frío a un lado. Tenía los ojos enrojecidos, pero brillaban con esa intensidad que solo aparece cuando alguien ha descubierto algo importante.

—¿Has estado toda la noche con eso? —preguntó.

Maeve asintió sin levantar la vista.

—Sí. Y creo que ya sé qué son esos papeles que encontramos. No es solo una pista. Es un mensaje cifrado. Y el código... es de Giovanni della Porta.

Tristán se acercó, curioso.

—Espera, espera. Deja que llegue Raúl. Estás agotada, duerme un rato, te despertaré cuando Raúl venga de ver a Modesto.

—Tienes razón, no lo quiero explicar dos veces, aunque sea media hora me vendrá bien dormir algo. Ve preparando algo de café y un desayuno de verdad.

Tristán se puso a cumplir órdenes, preparó tostadas, miel, jamón, chacinas, y queso, por supuesto. Puso la botella de aceite en la mesa y se dispuso a triturar un poco de tomate. Mientras, el café seguía al fuego.

Raúl llegó poco después, entró desabrochándose la chaqueta. Se detuvo al ver el caos de notas, símbolos y diagramas extendidos como una constelación sobre la alfombra.

—¿Qué? ¿Habéis estado preparando unas oposiciones?

—Ja, ja, ja, ja, no Raúl, Maeve ha estado toda la noche estudiando, pero a Giovanni. Estaba cansada y la mandé dormir un rato, pero la vi con ganas de contar. Ha podido dormir una hora más o menos. ¿Has visto a Modesto?

—Sí, despierta a Maeve y os cuento.

Maeve se sumó a la reunión. Saludó a Raúl y se puso un café.

—Mientras desayunamos mejor empieza tú, Raúl, yo tengo que ponerme a relataros con todo lo que veis en la alfombra. Dinos, con Modesto, ¿Qué tal?

—Bueno, Modesto estaba a la expectativa ante nueva gente que invierta en el pueblo. Muy animado empezó a sacarme planos de casas y solares dentro del pueblo y parcelas de alrededores. Pero ya sabemos que queremos, los de la zona de la estación y la casa, a ver si vemos algo extraño por allí. En algún sitio se metió Eloy. Cuando le especifiqué que podría estar interesado en la vieja estación se le cambió el semblante, se le bajó el suflé. Me dijo que la estación no pertenecía al pueblo y que él no podría gestionar esa compra. Le insistí en una zona más amplia, pero siempre con la casa y la estación como epicentro y me dio los planos a regañadientes.

Raúl le dio un bocado a la tostada y un sorbo al café.

—Ahora os lo enseño —continuó Raúl— pero me contó algo que yo, al menos, no sabía. Me dijo que esos terrenos no tienen valor, que al construir la estación y la casa los técnicos descubrieron que eran terrenos inestables. La composición bajo la superficie es de un tipo de carbón y grisú. Mientras no se remuevan tierras no representan ningún peligro, por eso no se debería construir en ellos. Bastante riesgo fueron la casa y la estación.

Hizo una pausa, recogieron los restos del desayuno de la mesa y desplegó el plano a Tristán y Maeve.

El plano representaba alturas del terreno y parcelas numeradas, la dos, la ocho, quince… Abajo lindaba con el camino del bosque. Pero en ningún caso había alguna pista de algún recodo o sitio donde esconderse.

—Yo creo que lo mejor es volver a la zona, inspeccionarla y, en todo caso, desechar esta pista. Quizás no tenga importancia y Eloy pasó cerca de ti y no lo viste, eso a veces pasa, no vemos lo más evidente.

—De acuerdo —dijo Maeve acaparando la conversación— pero eso lo podemos dejar para otra ocasión. Lo que os voy a contar tiene mucha miga aún.

Maeve levantó la portada para que lo vieran: *The Man of Secrets: The Life and Work of Giovanni Battista della Porta*. Escrito en inglés

tenia anotaciones en los márgenes que ella había ido haciendo durante la noche. Pasó una página con cuidado, como si el papel pudiera romperse con el aire. Y comenzó a exponer como si fuese un examen oral ante un tribunal.

—Giovanni Battista della Porta. Italiano. Siglo XVI. Fue filósofo, alquimista, dramaturgo, científico... y criptógrafo. Vivió en Nápoles, en una época en la que pensar demasiado podía costarte la vida. La Inquisición vigilaba todo. Así que inventó formas de ocultar ideas. Códigos. Cifras. Lenguajes dentro de lenguajes.

Raúl y Tristán se pusieron cada uno a un lado de ella.

—Sigue. —susurraron expectantes.

—Es una biografía. Lo escribió un historiador británico. Aquí explica cómo Giovanni fundó una academia secreta en Nápoles, la *Accademia dei Segreti*, donde se reunían para estudiar fenómenos naturales, alquimia, óptica, y sí... criptografía. Fue uno de los primeros en escribir un tratado sistemático sobre códigos secretos: *De Furtivis Literarum Notis*. Lo publicó en 1563.

Tristán levantó las cejas.

—¿Y qué tipo de códigos usaba?

Maeve se incorporó, tomó una hoja y empezó a escribir letras.

—El más interesante es el cifrado Porta. Es un sistema polialfabético. Cada letra de la clave activa una tabla de sustitución, pero no una letra sola, sino un par. el Código Porta no suma ni resta, es un juego de espejos que parte el alfabeto en dos mitades y empareja cada letra de la primera con su gemela en la segunda; la clave es lo esencial porque decide, letra a letra, cuál de los trece espejos usar; cifrar y descifrar son el mismo gesto visto al revés. Para que se entienda, sin clave, usando un solo espejo (A↔N, B↔O, C↔P, …, M↔Z): VEN A CASA → VENACASA → V→I, E→R, N→A, A→N, C→P, A→N, S→F, A→N → Resultado: IRANPNFN. Maeve sonrió y añadió que en el método real la clave se repite sobre todo el mensaje y cambia el espejo en cada posición, por eso sin la clave las letras son solo un lio de letras sin sentido**.** Es simple, pero eficaz si guardas bien la clave, y elegante, como todo lo que nace de la necesidad de hablar sin que te entiendan los curiosos. Parece compleja pero no lo es.

Raúl se rascó la cabeza.

—¿Y eso nos ayuda a descifrar los mensajes?

—Sí. Pero necesitamos la clave. Sin ella, no podemos saber qué tabla usar para cada letra del mensaje cifrado.

Tristán se acercó al papel que habían encontrado. Lo leyó en voz baja:

— "AY ZUONKXL NWWXSOWKJY TISEGEMQHUD IEOBMA CSMXJC OG EC PEKPVQ." Es un caos.

Maeve lo miró con una mezcla de emoción y agotamiento.

—No lo es. Es un mensaje. Y si encontramos la clave, podremos leerlo. Giovanni diseñó este sistema para que solamente quien tuviese la clave pudiera entenderlo. Era su forma de sobrevivir. De proteger ideas que no podían ser dichas en voz alta.

Raúl se levantó, pensativo.

—Entonces Eusebio debió crear la clave de los mensajes encriptados, pero ¿dónde está?

Maeve asintió.

—Eusebio no nos iba a dejar tirados a estas alturas, la debemos tener, pero no la vemos.

—Entonces cada símbolo, cada palabra, cada cifra podría tener un doble significado. —razonó Tristán— Tenemos que encontrar la clave, saquemos todo lo que tenemos hasta ahora.

—Todo —reafirmó Raúl— Pongamos lo que tenemos en la mesa, donde podamos. Tenemos que encontrar esa clave.

Maeve cerró el libro con cuidado.

Recogieron todas las notas y hojas del suelo, testigos de una larga noche y recopilaron todo lo que tenían. Tristán apoyó las manos en la mesa y respiró hondo.

Sobre el mantel había un pequeño altar pagano hecho de cosas que, vistas una a una, no significaban nada, pero juntas daban miedo: el arcón oscuro, el katār con su brillo apagado, el reloj de bolsillo, el denario, el almanaque de pared doblado, el cuaderno de notas de Eusebio, el croquis, los recortes amarillentos…

—Vale —dijo—. Esto es todo lo que nos ha ido viniendo a la cara. Si Eusebio quería que llegáramos hasta aquí, la clave tiene que estar en alguno de estos cacharros.

Maeve se cruzó de brazos, la mirada fija en el conjunto.

—O en la combinación de varios —añadió—. Sería el colmo, no, no esperemos que sea sólo uno. Era cabezota, pero no tonto.

Raúl se dejó caer en la silla, cansado, y se pasó las manos por la cara.

—Pues empecemos por lo obvio —dijo—. Cuaderno.

Tristán cogió el cuaderno de notas. Lo abrió por la mitad, hojeó, volvió hacia atrás. Las letras de Eusebio se inclinaban igual hacia la derecha que su propia paciencia hacia el precipicio.

—Ya lo hemos leído diez veces —gruñó—. Muchos datos, frases sueltas, símbolos… pero nada que parezca "Hola, soy la clave, encantado".

Se lo pasó a Maeve. Ella lo sostuvo un segundo, se lo entregó a Raúl. El cuaderno fue de mano en mano y, en una de esas, algo blanco se deslizó de entre las páginas y cayó al suelo.

Un rectángulo de papel estrecho, como una tira de lista de la compra.

Maeve fue la primera en verlo.

—Espera —dijo, agachándose—. Nos hemos olvidado del papel doblado que estaba dentro del reloj de bolsillo.

Lo recogió con cuidado y lo estiró sobre la mesa. El papel tenía las esquinas reviradas del uso. Arriba, una línea escrita con letra clara, más cuidada que el resto de garabatos de Eusebio:

La Hora Verdadera Permanece Eterna

Debajo, una especie de "chorizo" alfabético por parejas, escrito en horizontal, separado por barras:

AB / CD / EF / GH / IJ / KL / MN / OP / QR / ST / UV / WX / YZ

Raúl silbó muy bajo.

—Nuestro amigo Eusebio no solo leía el manual del Massey… —murmuró—. Esto es ya otra liga.

Maeve abrió mucho los ojos.

—Es la estructura de Porta —dijo—. Las letras de la clave van emparejadas así. A o B usan el mismo espejo, C o D, y así hasta la Z. Lo ha dejado clarísimo.

—¿Y la frase de arriba? —preguntó Tristán—. ¿Es algún versículo de su religión particular o qué?

—Podría ser la clave —aventuró Raúl.

Maeve negó con la cabeza, pensativa.

—Demasiado larga. Para Porta lo normal es una palabra, o una frase corta que se repite. Usar una frase entera como clave es un infierno. Además, él sabía que tarde o temprano alguien como nosotros tendría que usar esto. No nos lo pondría tan jodido.

Tristán cogió el reloj de bolsillo. Lo sostuvo un momento, pesado, frío. Se había acostumbrado a tenerlo cerca, casi como un talismán. Con el pulgar, empezó a acariciar distraído el dorso de la caja metálica, siguiendo el dibujo que ya conocía: la pequeña llama grabada.

La Hora Verdadera Permanece Eterna…

La frase repiqueteaba en la cabeza como si alguien la repitiera en voz baja detrás de él.

—Igual es solo… poesía —murmuró, más para sí que para los otros.

El pulgar siguió avanzando. Pasó por el borde, por una zona donde el metal estaba más pulido, como si alguien hubiese rozado ese punto una y otra vez durante años. Ahí, casi borradas, casi tragadas por el desgaste, había unas letras tan finas que parecían un arañazo.

Tristán frunció el ceño.

—Un momento.

Acercó el reloj a la luz. Entornó los ojos. No terminaba de verlo. Lo giró un poco más, cazando el ángulo justo del sol que entraba por la ventana del saloncito.

Entonces las letras aparecieron, tímidas, recuperando su sitio en la realidad.

—Maeve, ven —dijo, notando cómo se le aceleraba el pulso—. Dime que no estoy alucinando.

Ella se colocó a su lado. Juntos, sobre el dorso bruñido del reloj, leyeron las cinco letras.

LHVPE

Raúl se levantó de golpe, arrastrando la silla.

—¿Eso estaba ahí desde el principio? —preguntó.

—Sí —respondió Tristán—. O yo qué sé. Nunca le hice caso. Pensé que sería la marca del fabricante o...

Maeve no apartaba los ojos del metal.

—L-H-V-P-E… —susurró—. "La Hora Verdadera Permanece Eterna."

Levantó la vista hacia la tira de papel y la frase escrita arriba. Volvió al reloj. Otra vez a la nota.

—Son las iniciales —dijo al fin—. Son las iniciales de cada palabra.

Tristán sintió un escalofrío que le recorrió la espalda.

—¿Quieres decir que…?

—Quiero decir —respondió Maeve, ahora con una sonrisa incrédula— que Eusebio nos ha estado gritando la clave en la cara todo el tiempo y nosotros mirando las flores del margen.

Se dejó caer en la silla, recuperando el libro de Giovanni.

—LHVPE —repitió, saboreando las letras—. Tiene sentido. Porta funciona perfecto con una clave de cinco letras. Ni muy corta, ni demasiado larga. Se repite bien y es fácil de recordar si conoces la frase. Además, la ha grabado en el reloj. Es imposible que no sea la clave.

Raúl apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia delante, como si estuviera asomándose a una verdad incómoda.

—Entonces ya lo tenemos todo —dijo—. El método, la tira de letras, el mensaje cifrado y la clave. La caja de herramientas completa.

Maeve asintió despacio.

—Sí. Ahora solo hay que usarla bien.

Se hicieron unos segundos de silencio. Se oía el tic-tac imaginario de un reloj que en realidad estaba parado.

Tristán tragó saliva.

—Vale —dijo—. Maestro de ceremonias, ¿por dónde empezamos?

Maeve cogió la hoja con el mensaje cifrado del Papel A. El "galimatías" volvía a mirarlos desde la tinta:

AY ZUONKXL NWWXSOWKJY TISEGEMQHUD IEOBMA CSMXJC OG EC PEKPVQ

—Vamos a hacer algo —propuso—. No os voy a aburrir con todas las letras, porque esto llevado al detalle parece una oposición a Notarías, pero sí la primera palabra. Así veis cómo funciona en la práctica.

Y así —añadió, mirando de reojo a Tristán— también se lo enseñamos al "prota" de esta historia, ¿no?

Tristán bufó.

—¿Qué "prota"? Bastante tengo con sobrevivir.

Maeve sonrió y escribió en una hoja en blanco, arriba del todo:

Cifrado: **A Y** Clave: **L H**

—La clave es LHVPE, pero la vamos repitiendo sobre el mensaje —explicó—. Primera letra cifrada: **A**. Primera letra de la clave: **L**. En la tabla de Porta, L pertenece al par **K–L**, así que usamos ese espejo. Cogemos la A del alfabeto de la izquierda, la dejamos caer en el reflejo, y sale por el otro lado como…

Levantó la mirada hacia Raúl.

—¿Qué letra te da, doctor?

Raúl arrugó la frente, pero se metió en el juego y buscó en el esquema que Maeve había trazado a lápiz la noche anterior.

—A bajo K/L… —murmuró— aquí… **S**.

—Bien. —Maeve apuntó la letra—. Primera letra del mensaje claro: **S**.

Debajo, escribió:

A (con clave L) → S

—Segunda letra cifrada: **Y** —continuó—. Siguiente letra de la clave: **H**. H va con G, así que usamos el espejo **G–H**. Buscamos la Y en el alfabeto de la derecha, seguimos la línea hasta su pareja en la izquierda y…

—**I** —dijo Tristán, adelantándose esta vez—. Sale una I.

Maeve lo miró, satisfecha.

—Exacto. Anotó: Y (con clave H) → I

Luego, debajo, escribió la palabra resultante en grande, para que no hubiera ninguna duda: SI

Se echó hacia atrás en la silla y dejó el bolígrafo en la mesa.

—Primera palabra descifrada —dijo en voz baja—. **SI.**

Tristán repitió la palabra, como si probara su peso en la boca.

—"SI"… —murmuró—. Bueno, por lo menos no pone "HUYE".

Raúl soltó una risa nerviosa.

—Dame tiempo, a lo mejor aparece luego.

Maeve volvió al papel cifrado, sus ojos ya en modo túnel.

—Ahora que sabemos que la clave funciona —concluyó—, solo tenemos que seguir el mismo proceso con el resto de letras. Letra a letra, espejo a espejo. No es bonito ni rápido, pero Porta es así: paciente. Como Eusebio.

Clavó la punta del bolígrafo junto a la segunda palabra del mensaje.

—Vamos a ver qué más quiso decirnos.

Maeve bajó de nuevo la vista al papel cifrado. El bolígrafo empezó a moverse con un ritmo obstinado, casi hipnótico.

—Bueno —dijo—, ya hemos roto el cascarón. Ahora toca pelar el huevo entero.

Durante unos minutos solo se oyó el raspado de la punta sobre el papel y el leve tintineo del reloj cuando Tristán lo giraba entre los dedos. Maeve murmuraba de vez en cuando, como si rezara:

—C con V… N con L… aquí sale una A… esta otra es una M…

Raúl intentó seguirla un par de veces, se perdió en la tercera, resopló y se concentró en no estorbar.

—Parece un examen de neurocirugía —gruñó—. Si veo muchas letras, me da angina.

—Tú tranquilo, doctor —respondió Maeve sin levantar la cabeza— Si me da un ictus, ya te aviso.

El mensaje cifrado fue perdiendo terreno. Entre las líneas impresas fueron apareciendo, a lápiz, letras nuevas. Al principio sueltas, tímidas. Luego empezaron a juntarse, a formar sílabas, palabras cortas.

—"SI"… —leyó Tristán, siguiendo con el dedo los garabatos recientes—. Luego… "CAMI… NAS"… "CAMINAS".

Maeve sonrió, cansada pero encendida por dentro. Al cabo de un rato, Maeve dejó el bolígrafo a un lado y se frotó los ojos con los nudillos.

—Ya está —anunció.

Tristán y Raúl se acercaron más, hombro con hombro, hasta que casi chocaron las frentes sobre el papel. Debajo de la línea de símbolos crípticos, ahora se leía, tosca pero legible, la frase completa:

SI CAMINAS LEGALMENTE ENCONTRARAS NUEVOS SITIOS EN TU MORADA

Nadie habló durante unos segundos.

—Bueno —dijo al fin Tristán—. Por lo menos tiene sintaxis. Peor sería que pusiera "VUESTRO FIN LLEGA HOY" o algo así.

Raúl leyó de nuevo, en voz baja, marcando cada palabra como si pasara revista:

—"SI CAMINAS LEGALMENTE ENCONTRARAS NUEVOS SITIOS EN TU MORADA".

Se dejó caer en el respaldo de la silla.

—Críptico es —admitió—. Pero suena… ¿cómo decirlo? A Eusebio. Le pegaba eso de hablar raro.

Maeve giró el papel hacia ella y se quedó un momento en silencio, pensativa.

—"Morada" es la casa —empezó—. Eso parece claro. Puede ser la casa quemada, el pueblo entero…

—"Nuevos sitios" —siguió ella—. Eso suena a zonas ocultas, habitaciones secretas, accesos… Algo que aún no hemos encontrado. Y "si caminas legalmente" es la parte rara.

Raúl se inclinó hacia delante.

—Legalmente como… ¿siguiendo las normas? ¿De la Iglesia, de la ley, de Zagalón?

Tristán negó con la cabeza.

—Eusebio no era de "leyes" en ese sentido. Era más de reglas propias.

Maeve daba golpecitos suaves con el dedo sobre la palabra "LEGALMENTE", como si quisiera que hablara.

—Podría ser un juego de palabras —dijo Raúl—. Legalmente… legal… la palabra tiene algo que me suena a otra cosa, no sé.

—A abogado no, desde luego —replicó Tristán—. Aquí el único que hace alegatos es Elías.

Raúl se quedó mirando la frase un segundo más. Luego su gesto cambió, como cuando en consulta encontraba, por fin, el diagnóstico que se le había escapado.

—Esperad —murmuró—. "Legal"… esto no es solo un adjetivo.

Tristán lo miró.

—¿Qué pasa?

Raúl alzó la vista del papel, con una mezcla de sorpresa y respeto.

—Que "Legal" también es un nombre propio —dijo despacio—. "La jugada de Legal." De ajedrez.

Hubo un silencio corto. Los tres pensaron a la vez en el tablero de Eusebio. En aquellas tardes en que Raúl y Elías se quedaban enfrascados en partidas interminables.

—Para Elías era una de sus estrategias favoritas —continuó Raúl— El mate de legal, tras la apertura italiana. Esa jugada, me la repitió tantas veces que podría hacerla con los ojos cerrados. Sacrificio de dama, jaque mate rápido… Siempre decía que la belleza no estaba en las piezas que comías, sino en lo que dejabas en el tablero.

Maeve bajó la mirada de nuevo al mensaje descifrado.

—"Si caminas legalmente…" —repitió—. Si caminas siguiendo Legal. Siguiendo la secuencia de movimientos de esa jugada concreta. Si mueves las piezas como las movíais vosotros.

—"…encontrarás nuevos sitios en tu morada" —remató Tristán—. Nuevos sitios en la casa. Sitios que aún no hemos visto.

Raúl se inclinó hacia delante, con los codos en la mesa.

—Tiene sentido —admitió—. Eusebio conocía la jugada porque se la vio hacer a Elías. Y ahora nos dice, literalmente, que si caminamos "legalmente" encontraremos algo nuevo allí dentro.

Tristán se inclinó sobre la mesa y apartó con cuidado el reloj, el denario, el almanaque, hasta dejar el centro libre, como si estuviera despejando un altar.

—De acuerdo —dijo, con la voz un poco más tensa—. Eso es el encriptado A. Lo hemos entendido más o menos. Falta concretar el "cómo", pero la dirección está clara: ajedrez… y vuestra maldita jugada de salón.

Raúl esbozó una media sonrisa cansada.

—Luego vemos que podemos hacer con la jugada —dijo—. Pero visto lo visto, mejor no fiarse.

Maeve asintió.

—Nos queda el B.

Alargó la mano hacia el otro papel cifrado, el que aún seguía siendo una masa de letras imposibles.

—Si Eusebio se tomó la molestia de grabar la clave en el reloj, de esconder la nota en el cuaderno y de cifrar todo con Porta —dijo— dudo mucho que lo hiciera solo para darnos una pista. Esto es un circuito entero. El A nos dice cómo movernos. El B, probablemente, nos dirá dónde o con qué.

Tristán miró las dos hojas, una resuelta, la otra muda, y notó una punzada de respeto hacia el viejo campesino que había jugado con ellos desde la tumba.

—Venga —susurró—. Sigamos hablando con el viejo.

Maeve sonrió de lado y volvió a empuñar el bolígrafo.

—Mismo procedimiento —anunció—. Clave LHVPE, Porta, espejo tras espejo. Os ahorro otra vez la carnicería paso a paso, pero cuando tenga algo que no parezca un accidente de máquina de escribir, os lo leo.

El tiempo volvió a estirarse. Afuera, el pueblo seguía con su vida pequeña; dentro, en el saloncito del hostal, tres personas se encerraban con un italiano del siglo XVI, un reloj grabado y un muerto testarudo.

Al cabo de un rato, Maeve se apartó un poco y respiró hondo.

—Vale —dijo—. Este también canta.

Tomó la segunda hoja con ambas manos, como quien sostiene algo frágil, y leyó en voz alta, despacio, saboreando cada frase que había estado prisionera bajo el cifrado:

MIRA LA LLAMA CON OJOS DE COPA: NO TODA LUZ ES LA MISMA.

CAMBIA EL ANGULO Y DEJA QUE HABLE EL COLOR.

MARCA SOLO LOS RELIEVES QUE MUDAN CUANDO LA LUZ SE INCLINA.

TRES DEDOS, UN SOLO PULSO: LA CASA SE ABRIRA.

Se hizo otro silencio, distinto al de antes. Más denso.

Raúl se adelantó, clavado en la primera línea.

—"Mira la llama con ojos de copa…" —repitió—. Esto ya no es del ajedrez.

Maeve negó, muy seria.

—No. Esto huele a luz. A reflejos. A trampas ópticas.

Tristán miró del papel al arcón que descansaba en mitad de la mesa, negro, cerrado, con la frase grabada en la tapa: **UNA LLAMA, MUCHAS SOMBRAS**.

Sintió que algo encajaba con un chasquido muy suave, como una pieza de puzzle al fin en su hueco.

—Y a mí —dijo— me huele a que Eusebio no quería que abriéramos la puerta equivocada.

—Entonces hacemos esto primero —dijo Raúl, apoyando dos dedos sobre el papel del mensaje A—. La frase corta. Legal. El tablero. El arcón puede esperar.

Maeve asintió.

—Si porque —añadió— andar pisando huevos por ahí sin saber qué coño es Zagalón me da bastante menos risa que a vosotros.

Tristán miró al arcón cerrado, luego al tablero.

—Vale —cedió—. Primero caminamos "legalmente" en casa. Luego ya miramos la llama con ojos de copa.

Se levantaron casi a la vez. Raúl recogió el papel del mensaje A y lo dobló con cuidado, como si fuera una receta médica que no podía perder. Tristán cogió el reloj y se lo guardó en el bolsillo, notando el peso contra la pierna. Maeve agarró el libro de Giovanni por inercia; luego se lo pensó mejor y lo dejó sobre la mesa.

—Este se queda aquí —dijo—. Por si hace falta el Giovanni este.

*Tabla del cifrado Porta (clave → pares de alfabetos)

CLAVE	IZQUIERDA (A-M)	DERECHA (N-Z)
A o B	A B C D E F G H I J K L M	N O P Q R S T U V W X Y Z
C o D	A B C D E F G H I J K L M	O P Q R S T U V W X Y Z N
E o F	A B C D E F G H I J K L M	P Q R S T U V W X Y Z N O

G o H	A B C D E F G H I J K L M	Q R S T U V W X Y Z N O P
I o J	A B C D E F G H I J K L M	R S T U V W X Y Z N O P Q
K o L	A B C D E F G H I J K L M	S T U V W X Y Z N O P Q R
M o N	A B C D E F G H I J K L M	T U V W X Y Z N O P Q R S
O o P	A B C D E F G H I J K L M	U V W X Y Z N O P Q R S T
Q o R	A B C D E F G H I J K L M	V W X Y Z N O P Q R S T U
S o T	A B C D E F G H I J K L M	W X Y Z N O P Q R S T U V
U o V	A B C D E F G H I J K L M	X Y Z N O P Q R S T U V W
W o X	A B C D E F G H I J K L M	Y Z N O P Q R S T U V W X
Y o Z	A B C D E F G H I J K L M	Z N O P Q R S T U V W X Y

*Cada letra de la clave selecciona el par de alfabetos indicado (A/B→AB, C/D→CD, etc.). El método es recíproco: el mismo proceso sirve para cifrar y descifrar.



JUEGO DEL CÓDIGO PORTA

Juego creado para acompañar la novela:

Santa Nevana
La Historia de un Libro Maldito
de Manuel Paz

(escanea el código QR para entrar en el juego)

Capítulo 24
Los Juegos de Eusebio

El apartamento era un bazar de papeles y cachivaches. Le tocaba el turno al juego de matar al rey. Pusieron el tablero en el centro de la mesa bajo un paño verde un poco descolorido. Las piezas, unas de un marfil amarillento y otras de madera oscura, dormían en su caja desde la última vez que lo habían examinado.

Raúl se quedó un momento de pie, mirándolo.

—Cuántas tardes perdí aquí con Elías —murmuró—. Y ahora tengo la sensación de que la partida verdadera la estaba jugando sin mí.

Colocaron las fichas, pesadas. Raúl se sentó en el lado de las blancas y pasó la mano por encima de las piezas sin tocarlas, como quien saluda a viejos amigos que no sabe si le guardan rencor.

—Bueno —dijo—. Si la frase de Eusebio dice "si caminas legalmente", caminaremos legalmente. Pero como lo hemos hecho toda la vida: partida normal. Blancas contra negras.

Maeve y Tristán se colocaron a ambos lados, de pie, vigilando.

—Reprodúcelo como lo hacías con él —sugirió Maeve—. Sin inventar nada. Si esto ya se hubiera disparado alguna vez, algo habría pasado mientras jugabais.

Raúl asintió.

—Tranquila. Con él siempre jugaba "a muerte", pero sin trampas.

Colocó las manos en posición, respiró hondo y movió el peón de rey dos casillas hacia delante.

—Uno: peón a e4 —dijo en voz baja.

El ligero golpe de la pieza contra la madera sonó más fuerte de lo normal, quizá porque los tres estaban conteniendo el aliento. No pasó nada.

Las negras respondieron: Raúl movió el peón de enfrente, e7 a e5, siguiendo la secuencia que conocía de memoria. Luego el caballo blanco saltó a f3, el negro a c6. El alfil blanco salió a c4. El negro imitó.

—Apertura italiana —susurró él, casi para sí, mientras las piezas iban ocupando casillas—. Lo clásico.

Tristán esperaba, tenso, como si en cualquier momento el tablero fuese a estallar como una tostadora mala. Pero lo único que se oía era el roce de la madera sobre madera.

Hicieron avanzar más piezas. Hubo un momento en que Raúl sonrió sin humor.

—Aquí empezó a obsesionarse con el sacrificio de la dama —recordó—. Siempre me decía: "La mayoría de la gente no soporta perder lo que cree más valioso. Ahí es donde se les gana".

Movió la dama blanca al sitio correcto, rehaciendo en su cabeza la trampa que tantas veces le había enseñado Elías. Siguió el guion hasta el final, pieza a pieza, hasta el jaque mate que Legal hizo famoso.

Silencio.

Nada.

Ni un chasquido, ni un temblor, ni un murmullo. Solo el latido sordo de su propia sangre en la cabeza.

Raúl se recostó en la silla y soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo.

—Pues ya está —dijo—. Si aquí había algo mecánico que saltase con esta jugada tal cual, habría saltado hace años. Con Elías jugué esta secuencia docenas de veces. No una. Docenas.

Maeve apoyó las manos en el respaldo de la silla.

—Lo cual encaja con otra cosa —intervino—. Eusebio no querría que nadie abriera nada por accidente. Si Elías ya conocía la jugada y la repetía, lo lógico es que el mecanismo exigiera algo distinto a una partida normal.

Tristán, a un lado, no quitaba ojo del tablero. Se había cruzado de brazos, como si estuviera intentando verlo desde fuera, como un objeto, no como un juego.

—¿Y si el tablero no quiere una partida? —preguntó—. ¿Y si lo que quiere es un ritual?

Maeve lo miró de reojo, y sus ojos se encendieron un poco.

—Eso iba a decir yo, te lo compro —admitió—. Raúl, ¿qué movimientos son, exactamente, los de las blancas en la jugada de

Legal? Solo las blancas. Sin respuesta de las negras. Solo el "caminar legalmente" de nuestro lado.

Raúl se quedó un momento callado. Luego asintió despacio.

—Puedo hacerlo —dijo—. Es como recordar una cicatriz.

Empezó a retirar, con mucho cuidado, todas las piezas negras del tablero. Cada una pesaba más de lo que parecía; al levantarlas se notaba un ligero tirón, como si debajo hubiera algo que ofreciera resistencia. Las fue dejando a un lado, ordenadas, lejos de las casillas.

Cuando terminó, solo quedaron las blancas alineadas en su formación inicial, como un ejército en fila esperando órdenes.

—Tablero limpio —dijo Maeve—. Solo nuestros pasos. Camina, doctor.

Raúl respiró hondo otra vez. Tomó el peón de rey blanco entre el índice y el pulgar.

—Uno —susurró—: peón a e4.

Deslizó la pieza hacia delante dos casillas. Esta vez, cuando el peón tocó la madera, se oyó un sonido muy leve. Un *clic*, casi un suspiro metálico que pareció venir del interior del tablero.

Los tres se quedaron quietos.

—¿Lo habéis oído? —preguntó Tristán.

—Sí —respondió Maeve, la voz un poco más tensa—. Sigue. Despacio.

Raúl tragó saliva. Movió entonces el caballo de g1 a f3. El caballo blanco cayó en la casilla con otro *clic*, un poco más largo, como si alguna pieza interna se estuviera deslizando.

—Dos —dijo—. Caballo a f3.

Un hilo de sudor le bajó por la sien. No era por esfuerzo físico.

—La tercera es el alfil, ¿no? —susurró Maeve, casi pegada a su hombro.

—Sí.

Raúl alargó la mano hacia el alfil de c1. Notó la madera fría bajo los dedos. Lo levantó, sintió abajo un ligero tirón de imán o de muelle, y lo llevó a su nueva casilla, c4. Cuando lo dejó caer, el sonido ya no fue un simple clic. Fue un chasquido más claro, seguido de un pequeño temblor que recorrió el marco del tablero.

La mesa vibró un instante, lo justo para que la taza vacía que había en la esquina tintineara.

—Hostias —murmuró Tristán.

Debajo del tablero, algo empezó a moverse. Se oía un ruido apagado, como engranajes arrastrando polvo de años. El sonidito continuó, luego pareció pararse, como si el mecanismo se quedara en espera.

—Quiere más —dijo Maeve—. Sigue el camino completo.

Raúl asintió con la cabeza, pálido pero determinado. Siguió moviendo las piezas blancas en el orden exacto de la jugada de Legal, pero sin oponentes. Cada vez que una pieza blanca tomaba una casilla determinada, el tablero respondía: clic, chas, metal que se desplaza, madera que cede un milímetro.

A medida que avanzaba, los chasquidos se volvieron más graves, más seguros, como si algo se estuviera desenroscando muy despacio.

—Aquí es donde sacrifica la dama —dijo en un momento dado, sin mirarles, atrapado en la memoria—. Elías siempre sonreía en este punto.

Tomó la dama blanca, la movió de su casilla fatal. El golpe fue más seco. Por debajo, el mecanismo pareció tensarse del todo, como un resorte a punto de saltar.

Raúl tragó.

—Y aquí —añadió— es donde llega el mate.

El último movimiento lo hizo casi con reverencia: la pieza blanca correcta ocupó su casilla, y en el instante en que la madera tocó la superficie, el tablero entero dio un pequeño brinco, como si hubiera sido empujado desde abajo.

Se oyó un *clac* contundente, seguido de un crujido largo. El marco del tablero se separó un milímetro de la mesa, y una línea finísima de sombra se abrió justo por la mitad, a lo largo.

—Atrás —dijo Maeve en un hilo de voz.

El tablero se abrió como un libro pesado, en dos partes, dos hojas con un gemido de bisagras que no habían visto aceite en décadas. Las piezas blancas se inclinaron, algunas cayeron a los lados con

pequeños golpes huecos, rodando hasta detenerse en el paño verde del borde.

Debajo, en el hueco cuidadosamente excavado en las entrañas del tablero, había un solo objeto: un pliego de papel doblado, grande y grueso, sujeto con una goma reseca a punto de romperse.

El papel era amarillento, más viejo que todo lo que lo rodeaba. En la primera cara, visible nada más abrirse, se veía un dibujo a tinta: líneas rectas, recuadros, medidas. Un plano. Y no de la planta de la casa tal como la conocían por fuera, sino de algo más profundo.

Maeve se inclinó, el corazón golpeándole en las costillas.

—Eso… —susurró— no es una planta. Es un nivel inferior.

Tristán alargó la mano con cuidado, como si temiera que al tocarlo todo aquello desapareciera.

Notó el papel rugoso bajo las yemas.

—Es el sótano —dijo—. Un sótano oculto.

Tristán cerró los ojos un segundo y lo imaginó. Vio la casa quemada, la tierra ennegrecida, la niebla azul desapareciendo a ras del suelo.

—El que se tragó a Eloy —añadió, abriendo de nuevo los ojos.

El tablero, ya abierto, guardaba silencio. Había cumplido su parte del juego.

Extendieron el plano sobre la mesa del saloncito, apartando el ajedrez, alguna miga perdida y las tazas vacías como quien hace hueco para una autopsia.

Era un pliego grande, dibujado a tinta firme, sin titubeos. Líneas rectas, pasillos, recuadros numerados. No ponía "sótano" en ninguna parte, pero no hacía falta: la silueta suave, a lápiz, de la casa estaba ahí, arriba, como una sombra, y todo lo demás ocurría por debajo.

—Joder… —susurró Tristán—. Es como si hubieran dibujado las tripas de la casa.

Raúl se inclinó sobre el papel. Señaló con el dedo la parte superior.

—Esto que está a lápiz es la planta de la casa tal como era antes del incendio —dijo—. Aquí el salón, aquí el despacho de Elías, aquí la cocina… —su dedo bajó a los pasillos de abajo—. Pero todo esto, los trazos a tinta de abajo… jamás lo vi.

Maeve frunció el ceño.

—¿Nunca te habló de un sótano? —preguntó—. ¿Ni una bodega, un almacén, algo?

—Tenía un semisótano cutre donde guardaban leña y alguna caja —respondió Raúl, negando—. Un par de escalones, humedad, telarañas. Esto —golpeó suavemente el plano con las yemas— no es eso. Esto es otra planta entera. Con salas, columnas, pasillos… Mira estos símbolos.

Señaló varios círculos pequeños dibujados en un tramo central, alineados.

—Pueden ser pilares —aventuró—. O arcos. O ambas cosas.

Tristán siguió las líneas con el dedo, bajando desde la "casa" hasta el corazón del dibujo. Había un rectángulo más ancho, una especie de sala principal marcada con doble trazo. Desde ella salían dos pasillos hacia los lados, como brazos estirados.

—Aquí parece haber una especie de… nave central —dijo—. Y esto —tocó los pasillos laterales— podrían ser corredores secundarios.

Maeve hizo algo más práctico: buscó con la mirada una flechita, una escalera, un símbolo de puerta. Algo que dijera "por aquí se baja".

No lo encontró.

—No hay entrada —dijo al final, apartándose un poco—. Ni escalera, ni trampilla, ni nada que se parezca. Está el sótano entero dibujado… como si flotara dentro de la tierra.

Raúl se mordió el labio inferior.

—Si hubiera una bajada desde la casa, yo la habría visto —insistió —. Estuve allí multitud de veces. Conozco cada habitación. O eso creía.

Tristán levantó la vista del plano.

—Entonces solo queda una opción —dijo—. Si el sitio existe, la entrada no está en la casa. Está fuera. En algún punto del terreno. Puede que bajo la estación, puede que en el bosque, puede que en mitad de la nada… Pero tiene que haberla. Eloy no desapareció por arte de magia.

Maeve asintió despacio.

—El croquis de Eusebio apuntaba hacia esos terrenos —recordó —. Y lo que te ha dicho Modesto esta mañana no ayuda a dormir precisamente: carbón bajo tierra, grisú, terreno inestable… Si alguien quería esconder una iglesia subterránea, no pudo elegir un sitio más puñetero.

Raúl se irguió un poco, serio.

—Y más peligroso —añadió—. El grisú no avisa. No lo ves, no lo hueles. Solo te enteras cuando ya es tarde. Si hay galerías bajo esa zona, aunque sean viejas, aunque estén medio cegadas, una chispa puede bastar.

Se hizo un silencio breve. El plano seguía allí, con su geometría tranquila, como si no tuviera nada que ver con lo que se estaba cociendo encima de la mesa.

Tristán, por reflejo, tocó el bolsillo donde guardaba el reloj.

—¿Vamos? —preguntó, casi en un impulso—. Quiero decir… ahora. Cogemos linternas, botas, bajamos a la estación, probamos suerte. No me hace gracia, pero…

Raúl lo cortó con un gesto.

—No —dijo—. No todavía.

Tristán lo miró, enfadado sin saber bien con quién.

—¿Por qué no? Ya tenemos el plano. Sabemos que hay algo ahí abajo. Si Eloy fue, igual hay huellas, restos, algo. Y mientras nosotros nos quedamos aquí mirando papeles, quien esté detrás de esto sigue juntando piezas en la casa quemada.

Raúl sostuvo su mirada, firme.

—Porque ahora mismo somos tres idiotas con un plano y cero ideas de cómo demonios entrar abajo —respondió—. Hasta ahora nos ha ido bien paso a paso y aquí quedan cosas por descubrir. Abramos el arcón y veamos que nos depara. Si tenemos varias "misiones" que cubrir nos lo repartimos. Somos un equipo y como equipo debemos seguir. Averigüemos más antes de olisquear terreno sin saber cómo.

Maeve intervino, apoyando las manos en la mesa, entre el plano y los otros dos.

—Estoy de acuerdo con él —dijo—. Sé que quieres salir corriendo. Yo también. Pero si algo nos ha enseñado Eusebio es que todo esto

está conectado: el tablero, el reloj, los papeles cifrados, la casa, la estación… y el arcón.

Sus ojos se fueron, sin querer, hacia el otro extremo de la habitación, donde el arcón descansaba como un animal dormido. La frase grabada en la tapa parecía más oscura a la luz de la tarde.

—El segundo mensaje es un poema envenenado —continuó Maeve—. Es un manual de uso. "Mira la llama con ojos de copa. Cambia el ángulo. Deja que hable el color. Marca los relieves que mudan. Tres dedos, un solo pulso: la casa se abrirá." Eso no describe una fiesta de pijamas. Describe un mecanismo. Como el del tablero. Otro más.

Tristán siguió la dirección de su mirada hasta el arcón. Notó una punzada en el estómago; no sabía si era miedo o curiosidad. Probablemente las dos cosas.

—¿Y si lo que hay dentro nos da precisamente lo que nos falta para bajar? —preguntó—. Nombres, fechas, objetivos… o una forma de no morir asfixiados en el intento.

Raúl señaló el plano con la barbilla.

—Ese dibujo no se va a mover de aquí —dijo—. La entrada al sótano seguirá donde esté dentro de una hora. De dos. O mañana. En cambio, cuanto más sepamos antes de pisar ese terreno maldito, mejor podremos repartirnos si hace falta: quién entra, quién se queda arriba, quién vigila, quién busca ayuda si todo sale mal.

Maeve soltó el aire despacio.

—Primero la luz —dijo—. Luego la tierra.

Tristán cerró los ojos un segundo, como si estuviera negociando con una parte de sí mismo.

Al abrirlos, el arcón seguía mirándolo. O eso le dio la sensación.

—Vale —cedió—. Que hable la llama.

Raúl dobló el plano con cuidado, lo dejó junto al cuaderno y el reloj, como si estuviera preparando la siguiente jugada de una partida demasiado grande.

—Ya tendremos tiempo de bajar al infierno —murmuró—. De momento, vamos a ver qué demonios guardó Eusebio en esa caja.

Ahora era el arcón el que ocupaba el centro de la mesa como un bicho viejo, pesado, al que nadie se atrevía a dar la espalda. La veta

de la madera, oscura y densa, tragaba parte de la luz del saloncito. En la tapa, el lema: **UNA LLAMA, MUCHAS SOMBRAS** parecía más hundido que grabado.

Maeve dejó a un lado el plano del sótano y extendió sobre la mesa el papel del mensaje.

—Repasemos —dijo—. Sin prisas. Que aquí Eusebio se ha puesto poético, y eso tendrá un precio.

Leyó despacio, marcando cada línea con el dedo:

—"Mira la llama con ojos de copa: no toda luz es la misma. Cambia el ángulo y deja que hable el color. Marca solo los relieves que mudan cuando la luz se inclina. Tres dedos, un solo pulso: la casa se abrirá."

—Yo ya me ha perdido en "ojos de copa" —gruñó Raúl—. ¿Qué diablos es mirar con ojos de copa?

Raúl se cruzó de brazos, pensativo.

—Vamos por partes —propuso Tristán—. Primera frase: "Mira la llama". Llama ya la tenemos hasta en la sopa: el lema del arcón, el reloj, los simbolitos… Y "copa"… —miró a Maeve—. ¿Te suena algo que cambie con la luz y tenga forma de copa?

Ella no tardó.

—La Copa de Licurgo —dijo—. El vidrio que cambia de color según cómo le dé la luz. Verde o rojo sangre.

A Tristán le recorrió un escalofrío tonto, de esos que no sirven para nada.

—"No toda luz es la misma" —repitió—. Blanco y en botella. O verde y rojo, según la copa.

Maeve asintió.

—Exacto. La copa era un truco óptico: la misma pieza, pero distinta según el ángulo y el tipo de luz. Aquí nos está diciendo lo mismo: que no basta con mirar de frente, hay que mirar como la copa. Cambiando la luz, jugando con el ángulo.

Se giró hacia el arcón.

—La llama puede ser literal, pero también puede ser esta frase de aquí —señaló el lema grabado—. Llama singular, sombras plurales. Como si la madera fuera nuestra copa.

—Exacto —Raúl chasqueó la lengua, encajando ideas.

—Y la segunda línea remata: "Cambia el ángulo y deja que hable el color". Traducido: no te quedes con la luz plana del techo. Haz lo mismo que con la dichosa copa: inclina la luz y escucha lo que te devuelve**.**

Tristán se levantó.

—Vale. Necesitamos oscuridad y una linterna —dijo—. Como si fuéramos a contar historias de miedo.

Fue a la cocina y volvió con una linterna pequeña y un vaso ancho de cristal.

—Por si "ojos de copa" es más literal de lo que creemos —explicó, levantando el vaso—. Vaso, copa… ya me entiendes.

Raúl y Maeve se miraron encogiendo los hombros. Casi se ríen.

Apagaron la luz del techo. El saloncito se quedó en penumbra, apenas roto por la claridad apagada de la ventana.

Maeve encendió la linterna, apuntando primero directo a la tapa del arcón. El lema se iluminó con una luz blanca fría. Las letras parecían iguales, un simple grabado en la madera oscura.

—Nada —dijo—. Demasiado frontal. Todo plano.

Raúl cogió la linterna.

—Copa —recordó—. Ángulo.

Apoyó el canto del vaso cerca del lema y pasó el haz de luz a través del cristal, inclinándolo. El rayo se deformó, se abrió un poco, como si se volviera más denso. Aun así, las letras siguieron siendo solo letras.

—Tampoco —murmuró.

Maeve negó con la cabeza.

—Creo que el vaso es solo un guiño a la copa —dijo—. El truco está en la luz rasante. "Cambia el ángulo y deja que hable el color." Dale desde muy abajo. Como cuando se examina una pintura buscando repintes.

Raúl asintió. Se arrodilló al lado de la mesa, colocó la linterna casi pegada al canto y levantó un poco el haz, justo lo necesario para que la luz rozara la superficie de la tapa. El lema emergió en relieve, la sombra de cada letra alargándose hacia el otro lado.

Nada.

—Más —indicó Maeve—. Inclínala más despacio, como si estuvieras pelando la luz.

Raúl obedeció. El haz se fue moviendo milímetro a milímetro. Al principio, solo cambió la longitud de las sombras. Y entonces, sin aviso, ocurrió.

Tres puntos en la frase empezaron a responder distinto. Un brillo apagado, azulado, asomó en el trazo de una letra, luego en otra, luego en una tercera. No era un destello limpio, sino un resplandor granuloso, como si alguien hubiera mezclado polvo de algún mineral azul con el barniz oscuro. Minúsculos gránulos de mineral que casi eran fosforescentes.

—Ese es el ángulo, poco menos de cuarenta y cinco grados —ordenó Maeve.

Raúl congeló la mano.

Tristán contuvo el aire. La luz, en ese ángulo exacto, hacía que tres letras del lema relucieran con una chispa claramente distinta. El resto seguía siendo madera vieja; esas tres parecían tener bajo la piel diminutos cristales azules, vibrando muy suavemente.

—Míralo —susurró Maeve, inclinándose—. Es como si hubieran espolvoreado… no sé, lapislázuli en polvo, o carbón azul. El azul también nos persigue aquí.

Acercó el dedo, sin tocar aún.

—La **S** y la **O** de "SOMBRAS" —dijo—. Y la **L** de "LLAMA".

Tristán tragó saliva.

—S… O… L —enumeró—. Sol. Llave de luz. Ahora sí que parece que Eusebio nos lo dice claro.

Raúl ajustó un pelín el ángulo de la linterna. El brillo azul en las tres letras subió un tono; en cuanto se pasaba medio milímetro, volvía a desaparecer.

—Barniz selectivo —diagnosticó—. Y algo más mezclado. Esto está hecho a propósito. Marcadores ópticos.

Maeve volvió al papel del enigma.

—"Mira la llama con ojos de copa: no toda luz es la misma. Cambia el ángulo y deja que hable el color." —repitió—. Pues ya ha hablado.

—Ha dicho "SOL". —susurró Raúl.

—Y de paso nos recuerda que la luz puede ser amiga o enemiga, según cómo la uses —añadió Tristán—. Muy en la línea de la copa: mismo objeto, distinto monstruo.

Maeve pasó al tercer verso.

—"Marca solo los relieves que mudan cuando la luz se inclina." —leyó—. Esto ya suena a interacción. No basta con que brillen, hay que hacer algo con ellos.

Raúl apagó un segundo la linterna, solo para descansar el brazo, y la encendió de nuevo, clavando otra vez el ángulo que hacía nacer el brillo azul en SOL.

—Relieves —repitió—. No solo color. Tocad.

Maeve apoyó con delicadeza la yema del índice sobre la **S**. Tristán hizo lo mismo con la **O**. Raúl, con la **L**.

Las letras estaban grabadas a formón, como las demás, pero bajo la hendidura se notaba algo más: una ligera diferencia al tacto, como si justo en esos puntos el hueco fuera un pelo más profundo. Un escalón minúsculo, invisible a la vista, pero claro para los dedos.

—Aquí hay más canal —dijo Raúl—. Como si hubieran vaciado un poco más la madera. El resto de letras cortan, estas… se hunden un poquito más.

Maeve levantó el papel.

—"Tres dedos, un solo pulso: la casa se abrirá." —remató—. Ya está. Tres letras marcadas, tres relieves, tres dedos. Y "un solo pulso" suena a… apretar.

Tristán soltó una risita nerviosa.

—Estupendo —dijo—. Un reloj con mensajes, un código del siglo XVI, un tablero que se abre con una jugada de salón y ahora un arcón que se activa pulsando "SOL". ¿Alguien más ve las posibilidades de que esto nos explote en la cara, o soy yo solo?

—Si explota, al menos sabremos que Eusebio tenía sentido del humor —replicó Maeve.

Raúl lo miró.

—Si no lo hacemos, todo esto no sirve para nada —dijo—. Y no hemos llegado hasta aquí para quedarnos en la tapa.

Se hizo un silencio espeso. La linterna seguía fija; el brillo azul en SOL parecía latir.

Maeve apoyó de nuevo el dedo en la **S**.

—Yo ya estoy —dijo—. Faltan dos.

Tristán colocó el índice sobre la **O**. Noto la madera fría, el barniz, la hendidura.

—Venga —murmuró—. Al fin y al cabo, ya hemos abierto cosas peores.

Raúl apoyó su dedo sobre la **L**. Durante un segundo, nadie respiró.

—A la de tres —propuso Tristán—. Pero si esto revienta, que conste en acta que yo prefería seguir vivo.

—Calla y cuenta —respondió Maeve, sin apartar la vista de las letras.

—Una… dos… tres.

Apretaron.

Al principio no pasó nada. Solo la presión de la madera contra las yemas. Después, muy abajo, se oyó el primer sonido. El gemido de un muelle viejo cediendo. Luego otro, y otro. Como si varios resortes se desengancharan en cadena, liberando una tensión acumulada durante décadas.

El arcón vibró bajo sus manos. Desde el interior llegó un ruido de engranajes moviéndose, madera rozando contra madera, hierro que gira con esfuerzo, tragando polvo. No fue un sonido breve; duró varios segundos, creciendo, llenando el saloncito con una especie de ronroneo mecánico que puso la piel de gallina a los tres.

—Vaya… —susurró Tristán—. Eso no es solo un pestillo.

De pronto, la tapa dio un pequeño salto y se levantó por sí sola unos diez centímetros, como empujada desde dentro. Se quedó así, entreabierta, dejando una franja de aire negro del tamaño de un palmo. No se veía nada dentro, solo oscuridad compacta.

Lo que sí salió fue el olor.

Un aliento viejo escapó del interior del arcón: papel añejo, tela encerrada, polvo seco… y un fondo leve a cera gastada y humo extinto, como de velas apagadas en una capilla subterránea.

Maeve retiró el dedo de la letra, con cuidado, casi con respeto.

—Vale —dijo en un murmullo—. Esto ya se ha abierto.

Raúl se quedó mirando la rendija oscura.

—Y aún no nos ha matado —añadió—. Buen comienzo.

Tristán tragó saliva. El olor a papel viejo le trajo recuerdos que no sabía que tenía: bibliotecas, iglesias, velatorios. Dejó caer la mano a un lado y forzó una sonrisa torpe.

—Creo —dijo, con la voz un poco ronca— que Eusebio acaba de abrirnos su confesionario.

Tristán metió los dedos en la rendija y levantó la tapa del arcón del todo. Las bisagras protestaron con un quejido largo, metálico, como si se estiraran después de una siesta de veinte años.

Dentro no había oro ni cachivaches raros. Había dos volúmenes. Solo dos, pero ocupaban casi todo el hueco.

Estaban envueltos en una tela oscura, algo así como lino grueso, atada con una cinta de cuero reseca.

Maeve alargó la mano y deshizo el nudo con cuidado.

—Despacio —murmuró—. No quiero que esto se nos deshaga en las manos.

La tela cayó hacia los lados y dejó ver el primer libro.

Era grande, algo mayor que un A4, grueso como un ladrillo. La encuadernación era de cuero negro muy oscuro, casi mate, con zonas más suaves donde el uso lo había pulido. En el centro de la portada, grabada en bajo relieve y rellenada con un pigmento del mismo azul apagado que parecía perseguirles en todo aquel asunto, había una llama de tres puntas rodeada por un círculo fino.

Encima, en letras sobrias:

EL CULTO DEL FUEGO ÚNICO

Y debajo, centrado, como si fuera autor o firma:

ZAGALÓN

Tristán notó un nudo raro en el estómago al ver el nombre. Hasta ese momento, Zagalón era una palabra suelta en bocas ajenas, una amenaza colgando en el aire. Verlo impreso en la portada de un libro le daba peso. Demasiado.

—Así que existe de verdad —dijo en voz baja—. No era solo un cuento de locos.

Raúl rozó el cuero con las yemas, sin apretar.

—Eusebio lo guardó aquí como si fuera lo más valioso —observó —. Sea lo que sea, esto es el núcleo de todo su follón.

Maeve asintió, seria.

—Y si Elías estaba mezclado en esto —añadió—, más nos vale saber qué cuenta este señor Zagalón antes de mover un pie más. — Lo abrió y pasó un par de páginas— Aquí habla de algo de una religión. Ya lo leeremos, vamos a por el otro.

Raúl deslizó el volumen a un lado dentro del arcón, dejando libre el segundo.

Cuando apartaron del todo la tela, apareció una tapa que parecía sacada de otro siglo.

Este libro era algo más pequeño que el anterior, pero muy compacto, pesado. La cubierta imitaba la piedra oscura, con una textura agrietada. Sobre esa "piedra" sobresalían detalles en metal dorado envejecido: pequeños escarabajos en las esquinas, una banda lateral que recordaba a una columna tallada y, en el centro, un medallón circular.

En ese medallón, un escarabajo alado se alzaba sobre un disco, rodeado por una especie de estrella de puntas irregulares. Los relieves eran finos, menos exagerados que los de un atrezo de película, pero igual de inquietantes.

A la izquierda, en vertical, un rectángulo enmarcado encerraba líneas de jeroglíficos: figuras de pie, trazos curvos, símbolos que parecían olas y pájaros. Bajo el conjunto, en letras pequeñas:

LIBRO DE LOS MUERTOS

Maeve dejó escapar un suspiro corto.

—Este sí me suena —dijo—. Egipto puro y duro. O una copia muy currada.

Lo levantó un poco, tanteando el peso.

Tristán miró de un libro al otro, como si esperara que ellos mismos explicaran qué hacían allí juntos.

—Uno con un título que da muy mal rollo —señaló el del Fuego Único—. Otro sobre muertos. Guardados en secreto por un hombre que sabía demasiado. Y nosotros aquí, repartiendo boletos.

Raúl negó despacio.

—Lo único claro ahora mismo —dijo— es que Eusebio no quería que esto cayera en manos de cualquiera. Ni de las de Santiago, ni

del cura, ni de los hijos. Ni siquiera de Modesto. Nos lo ha dejado a nosotros.

Maeve se sentó, arrimando los dos volúmenes hacia ella.

—Pues habrá que leer —dijo—. Y rápido. Porque estos dos no han salido de este arcón para decorar la estantería del hostal.

—Entonces cambia el plan —resumió Raúl—. Antes de bajar a ningún sitio, de acercarnos otra vez a la casa quemada o a la estación, vamos a leerlos. Necesitamos saber qué se propone exactamente el club de fans de Zagalón y qué pinta un Libro de los Muertos al lado.

Tristán cerró la tapa egipcia tanteando el libro entre las manos, notando el peso, como si le diera vértigo seguir mirándola.

—Las excursiones bajo tierra, se quedan en espera —dijo—. Hasta nueva orden.

Raúl asintió.

—De momento, sí —confirmó—. Primero entender a qué locura estamos invitados. Después ya veremos por dónde se entra al infierno.

Los tres se quedaron un segundo en silencio, con los libros sobre la mesa. Afuera, Santa Nevana seguía con su rutina de pueblo pequeño. Dentro, acababan de encontrar dos objetos que prometían explicar demasiado… y complicar el resto.

Capítulo 25
La Calma Antes de la Tormenta

La casa de Maeve se había quedado rara.

No era solo el desorden: hojas por la mesa, el arcón entreabierto, el tablero aún abierto sobre otra silla. Era la sensación de que el aire había cambiado de densidad. Como si, al sacar aquellos dos libros del fondo de la madera, algo más se hubiera colado en la habitación y se hubiera sentado con ellos sin pedir permiso.

Hubo un rato de silencio, de posar asuntos, uno de esos momentos en que se para el mundo. Solo se oía el segundero del reloj de pared. Raúl fue el primero en mirar hacia allí y fruncir el ceño.

—Demonios… —murmuró—. Que tarde es. Y esta tarde tengo consultas, ya no puedo seguir atrasando citas. No sé en qué momento se nos ha ido el día entero, pero mis pacientes no tienen la culpa de que Eusebio sea más retorcido que un culebrón.

Maeve se estiró en la silla, con los hombros cargados.

—Yo lo que sé —dijo— es que si no como algo, me van a tener que leer a mí en el Libro de los Muertos. Llevo demasiadas horas con la cabeza en Porta, en el tablero y en el dichoso arcón.

Tristán notó de golpe el vacío en el estómago. No había pensado en comida desde el desayuno, y eso en su cuerpo era casi delito.

—Puedo apañar algo aquí —propuso—. Unos bocatas, café…

Maeve negó con la cabeza antes de que terminara.

—No, mejor no. —Se pasó una mano por el pelo, echándolo hacia atrás—. Llevamos días haciendo vida rara de cara a los demás. Cerrar el Garrison, meternos aquí, desaparecer del mapa… Como al pueblo le dé por hablar, nos van a colgar tres historias distintas antes de que Zagalón haga la suya.

Raúl asintió despacio.

—Y hablar, hablan —confirmó—. Siempre. Si no os ven el pelo en El Avío, si el Garrison no abre, si yo falto a la consulta… van a empezar a rellenar huecos con imaginación. Y créeme —miró a

Tristán de reojo, se corrigió—, créeme Tristán: la imaginación de un pueblo pequeño es más peligrosa que cualquier religión.

Tristán se llevó una mano al bolsillo donde descansaba el reloj de Eusebio.

—Entonces… —dijo— ¿bajamos a la tasca a hacer como que seguimos siendo gente normal?

—Exacto —respondió Maeve—. Comemos algo, nos dejamos ver, escuchamos de paso qué se cuece. Si alguien está demasiado pendiente de nosotros, prefiero verlo de frente, no desde el rumor.

Se levantó, echó un último vistazo a los libros sobre la mesa, como quien mira a dos criaturas que sería mejor no dejar solas demasiado tiempo.

—Y el pub… —añadió— esta noche tiene que abrir, aunque sea un rato. No podemos encadenar otro día de puertas cerradas. Bastante raro les pareció ya que ayer solo hubiera luz un rato y luego nada.

Tristán asintió. La idea de tirar cañas y secar vasos le parecía casi terapéutica después de relojes, ajedreces y arcón.

—Podemos hacer horario corto —propuso—. Abrimos al caer la tarde, aguantamos unas horas, servimos a quien venga, sonreímos lo justo… y cuando se vacíe un poco, nos sentamos en la mesa del fondo y hablamos. Tú, yo y, si sale vivo de la consulta, el doctor.

Raúl se puso la chaqueta, con ese gesto suyo de médico que vuelve a ponerse la máscara de la rutina.

—Salir vivo de la consulta lo veo probable —dijo—. Lo difícil va a ser mantener cara normal después de haber visto todo esto.

Se giró hacia los libros.

—De momento, no los mováis de aquí —añadió—. Que nadie los vea. Ni en El Avío ni en el pub. Bastante tenemos con saber nosotros que existen.

—Tranquilo —respondió Maeve—. Esto no sale de casa hasta que tengamos muy claro qué dice. Y eso será esta noche, no ahora. Primero necesito comer y, si puedo, caer redonda un rato.

Tristán sonrió apenas.

—Entonces plan del día o de lo que queda de él: Raúl, a hacer de médico serio. Nosotros, a hacer de parroquianos hambrientos y esta

noche, con función doble: copas por delante, conspiración en la recamara.

Maeve cogió sus llaves del aparador.

—Nos vemos allí esta noche —le dijo a Raúl.

Raúl asintió, ya medio en la puerta.

—Perfecto, me voy a casa a comer algo rápido antes de abrir la consulta, nos vemos.

Abrió y salió al rellano. El golpe suave de la puerta al cerrarse dejó a Maeve y a Tristán otra vez solos, pero la sensación había cambiado: la importancia de los libros seguía allí, pero ahora se mezclaba con la obligación ligera de la vida diaria.

Maeve miró hacia la mesa, hacia el arcón abierto, hacia la llama grabada en la tapa.

—Venga —dijo—. Antes de que me arrepienta y me quede aquí leyendo hasta que se haga de noche, vamos a comer.

Tristán se guardó mejor el reloj, por costumbre y por superstición, y la siguió hacia la puerta.

El pueblo, pensó, no tenía ni idea de lo que dormía debajo de sus pies. Pero de momento, les tocaba hacer de figurantes en la escena de siempre: dos más apoyados en la barra, un plato de comida, unas frases sueltas…

Cuando Maeve y Tristán empujaron la puerta, el murmullo de voces les envolvió como un abrigo conocido. Era esa hora tonta en la que ya no es comida pero tampoco merienda; el pueblo se repartía entre los que dormían la siesta y los que alargaban el vaso "un ratito más".

Dentro estaban muchos de los de siempre.

En la barra, Vicente secaba vasos con un paño grisáceo, mientras atendía a un par de hombres mayores que discutían sobre la escasa cosecha de castañas. Se movía con soltura, entrando y saliendo de la cocina, echando vino, colocando platos.

En una mesa cercana a la pared, Modesto tenía desplegado un plano arrugado entre dos botellines, explicándole a un hombre de gorra algo sobre lindes y metros; señalaba con el dedo y el otro asentía como si entendiera la mitad. Más al fondo, junto a la ventana, Santiago estaba sentado con una caña delante, la gorra

apoyada en la silla de al lado, charlando con un vecino sobre las batidas de jabalí. Nunca llevaba uniforme completo, solo el chaleco verde colgado del respaldo, como si acabara de pasar "de servicio" a "de paisano" sin cambiar de sitio.

En otra mesa, un par de jubilados jugaban al dominó, las fichas golpeando la madera con chasquidos secos. Amparo estaba de pie junto a la barra, ayudando a Vicente con los platos, como tantas tardes: recogiendo vasos, llevando tapas, poniendo pan en las mesas.

Maeve echó un vistazo rápido al local.

—Mira que bien —murmuró—. Nos ha salido casi pleno al quince.

Tristán asintió, dejando que la mirada hiciera una barrida lenta.

—Y dos ausencias importantes —añadió en voz baja—. Ni rastro de Eloy ni de Lala, llevamos tiempo sin verla. Deberíamos pasar a saludarla.

—En cuanto tengamos un hueco vamos —contestó Maeve.

Se sentaron en una mesa intermedia, con buen ángulo hacia la barra y sin quedar demasiado expuestos. Vicente se acercó con el paño en la mano.

—Maeve, Tristán. ¿Qué os pongo?

—Lo que tengas hoy de cuchara —dijo Maeve, sin pensarlo mucho—. Y algo de pan. Si no hay cuchara lo que veas.

Vicente sonrió apenas.

—Hay patatas guisadas con carne. Calentitas todavía.

—Perfecto —remató Tristán—. Dos platos de eso y si tienes un poco de ensalada de la casa, también.

—Algo se hará —dijo Vicente, y se fue hacia la cocina.

Mientras esperaban, el ruido del bar iba y venía: las fichas de dominó, la carcajada de uno de los viejos, el tintineo de las botellas en la cámara frigorífica.

Maeve bajó la voz.

—Venga, hagamos repaso —susurró—. Si este pueblo fuera una obra de teatro, ahora mismo tenemos en escena a media troupe.

Señaló discretamente con la barbilla hacia Modesto.

—Ése, por ejemplo. Modesto. Tiene en sus manos los planos de medio pueblo. Sabe quién vende, quién hereda, quién está tieso. Si

alguien necesitaba un terreno "discreto" para montar una cosa rara, como los de abajo de la estación… él sabría dónde.

Tristán siguió la mirada.

—Sí, pero el brillo que se le pone en los ojos es más de comisión que de sacrificio humano —respondió—. Ambicioso, sí. Devoto de Zagalón… lo dudo. Aunque si le prometen recalificar medio término municipal, igual hasta se bautiza.

Maeve soltó una sonrisa floja.

—No le descartes del todo —dijo—. El dinero y la fe hacen buenas migas a veces.

Pasó después a Santiago, que en ese momento levantaba la caña y se la terminaba de un trago corto.

—Y ahí tienes a Santiago —continuó—. Ve más que nadie y cuenta menos que todos. Si alguien ha oído ruidos raros de noche, luces donde no debería haberlas o coches entrando y saliendo por los caminos… es él.

—Y seguramente lo ha explicado con algo tipo viento, zorros o chavales aburridos —añadió Tristán—. Es de los que necesitan que el mundo tenga una explicación normal, aunque haya que forzarla. Por eso y que nos ha ayudado yo me fio de él.

Sus ojos se detuvieron un segundo en Amparo, que cruzaba el bar con un plato de queso y chacina para otra mesa. Se movía con esa mezcla de costumbre y cansancio de quien lleva años haciendo lo mismo.

—Amparo… —murmuró Maeve—. Va a misa, viene a la taberna, se come la vida de Vicente como puede… Demasiada monotonía debajo de todo eso como para no estar tentada de agarrarse a algo. Aunque ese algo sea un dios inventado.

—A mí me contaron que tuvieron un mal embarazo o algo así, no entraron en detalles. No te olvides de que el dolor no vacuna contra la mala leche —replicó Tristán—. A veces la alimenta.

Vicente volvió con los platos: patatas guisadas, humeantes, con trozos de carne asomando entre el caldo rojizo. Dejó también una cesta de pan recién cortado.

—Que aproveche —dijo.

El primer bocado los devolvió a tierra. El guiso era sencillo pero honesto: patata, carne, pimentón, laurel. Comida de pueblo, de la que asienta el cuerpo, aunque la cabeza siga en otra parte.

Comieron en silencio unos minutos. Mientras tanto, El Avío seguía su coreografía: Vicente entrando y saliendo de la cocina, Santiago riéndose de algo que decía el hombre de al lado, los del dominó discutiendo una jugada como si les fuera la vida.

Maeve dejó la cuchara un momento en el plato.

—Estoy reventada, Tris —confesó—. Como me siente ahora con ese libro negro delante, me duermo antes de llegar a la segunda página. Necesito caer un rato. Aunque sean veinte minutos.

—Pues eso es lo que vamos a hacer —respondió él—. Acabamos de comer, nos dejamos ver un poco más, pagamos y te vas directa a la cama. Yo me quedo un rato en el salón con el Culto y los muertos. Un vistazo por encima, sin profundizar. Esta noche te suelto el primer resumen. Lo gordo contigo y con Raúl.

Maeve asintió, agradecida.

—Me vale —dijo—. Hoy mi cabeza ya ha hecho más horas extras que Santiago en fiestas.

Terminaron el plato, remojaron el borde con pan, pidieron dos cafés cortos "para no morir del todo" y se quedaron un rato más, escuchando sin parecer que escuchaban.

No oyeron nada sobre maquinaciones, solo comentarios sueltos sobre la sequía, el precio del pienso, un primo que venía de la ciudad y un rumor de que querían hacer una fiesta en la plaza por Todos los Santos.

—Ahí lo tienes —murmuró Tristán—. Fiesta en la plaza arriba.

Poco a poco, el bar empezó a vaciarse. Algunos se fueron arrastrando los pies; otros con paso firme, como si aún tuvieran cosas por hacer. Modesto enrolló su plano, lo guardó bajo el brazo y se despidió con una inclinación rápida de cabeza. Santiago dejó unas monedas en la barra, se puso la gorra y salió a la calle.

Quedaban ya pocos cuando Maeve miró a Tristán.

—Vámonos —dijo—. Si me quedo cinco minutos más, me pongo a interrogar a Vicente aquí mismo y nos cargamos el efecto "todo va bien".

Pagaron en la barra, cruzaron un par de frases ligeras con Vicente ("qué tal el Garrison, a ver si un día me paso", "cuando quieras, ya sabes dónde estoy") y se dirigieron a la puerta.

Tristán salió primero, al frescor de la calle. La luz le obligó a entrecerrar los ojos. Se apartó un paso, dejándole espacio a Maeve.

Ella se quedó un segundo más dentro, haciendo ese gesto automático de quien revisa que todo esté en su sitio antes de marcharse.

Fue entonces cuando Amparo se acercó a ella, secándose las manos en el mismo paño con el que llevaba media tarde limpiando vasos.

—Maeve —la llamó, en voz más baja de lo habitual.

—Dime —respondió ella, girándose.

Amparo se aproximó un poco, lo justo para que Vicente, al fondo de la barra, no oyera ni una palabra. De cerca, las ojeras se le marcaban más, y tenía esa expresión de quien lleva demasiado tiempo tragando cosas.

—¿Podrías venir mañana un momento? —preguntó— Aquí. A la taberna.

Maeve arqueó una ceja.

—¿Mañana? Claro, supongo. ¿Pasa algo?

Amparo miró hacia Vicente y la barra, luego volvió a ella.

—Es… importante —dijo—. Pero… —bajó aún más la voz— preferiría que vinieras sola.

Maeve sintió una punzada de alerta en el estómago.

—¿Sola? —repitió, despacio.

Amparo asintió.

—No puedo contártelo ahora —añadió—. No aquí. No… delante de según quién. Ven sobre las cuatro, si puedes. A esa hora estaremos cerrando para preparar para la noche la fiesta de los Santos en la plaza. Solo tú. Te lo agradecería mucho.

Sus ojos, por un momento, parecían más los de alguien desesperado que los de una fanática.

Maeve dudó un instante.

—Está bien —dijo al final—. Mañana a las cuatro. Me paso.

Amparo le apretó el antebrazo, un gesto rápido.

—Gracias. Y… por favor, no se lo digas a nadie. Es mejor así.

Maeve asintió sin prometer nada en voz alta y salió por fin, dejando que la puerta se cerrara a sus espaldas con el golpe blando de siempre.

Tristán la esperaba a medio metro, mirando la calle.

—¿Todo bien? —preguntó—. Has tardado un poco.

Maeve echó a andar despacio a su lado.

—Amparo —dijo—. Quiere que venga mañana de nuevo. Sola. Dice que tiene algo importante que contarme y que ahora, con todos, no puede.

Tristán se le quedó mirando.

—En este pueblo "algo importante" y "mejor sola" nunca son buenas noticias —murmuró—. Mañana no vas a venir tan sola como ella cree.

—Vamos a casa —respondió ella—. Basta por hoy, por favor, déjame primero caer un rato. Y luego… luego ya vemos qué quiere contarnos cada uno.

Maeve despertó con la sensación extraña de haber dormido en otra vida. Le costó un par de segundos recordar dónde estaba, qué día era y por qué le dolía la cabeza como si hubiera bebido tres pintas de Guinness.

El techo del dormitorio de su casa. La llegada del atardecer colándose por el reloj. Y, al fondo, el rumor suave de alguien moviéndose en la cocina.

Se incorporó despacio. El cuerpo protestó, pero menos de lo que esperaba. Miró el reloj de la mesilla, parpadeó y masculló:

—Vaya… por una vez he dormido de verdad.

Se pasó las manos por la cara, se atusó el pelo como pudo y salió al pasillo. El olor a café recién hecho y algo tostándose en la plancha le llegó antes que la imagen de Tristán, de espaldas, preparando dos bocadillos con calma.

—Te he dejado hibernar —dijo él, sin volverse—. Tenías cara de que, si te tocaba, me pegabas.

—Has hecho bien —respondió ella, apoyándose en el marco de la puerta—. Creo que llevo arrastrando sueño desde que te conozco. La culpa es tuya.

Rieron. Hizo una pausa y añadió:

—Dime que al menos te ha dado tiempo a mirar algo de esos dos bichos.

Tristán dejó el cuchillo, se giró y le acercó una taza.

—Un poco —admitió—. Lo justo para saber que metimos la mano en un avispero. Pero muy por encima. No me he metido en harina, solo he hojeado.

—¿Y? —preguntó ella, cogiendo la taza—. Dame un titular, que no estamos en un velatorio.

—No hay titulares, abramos y luego lo cuento una sola vez, si viene Raúl —contó, señalando hacia el salón, donde los libros descansaban sobre la mesa— No me he metido mucho más porque, sinceramente, prefiero leerlo contigo delante. Los dos juntos vamos a devorarlos más rápido.

—Bien —dijo Maeve, dando un sorbo al café—.

Tristán miró hacia la ventana. La luz empezaba a bajar.

—En cualquier caso, no me ha dado tiempo a más —dijo—. He querido guardar munición para leerlos en condiciones, con la cabeza un poco más fresca. Y ahora…

Maeve soltó un suspiro.

—Ahora toca abrir el bar —completó—. Es la hora. Si no levantamos la persiana hoy, nos van a poner velas en la plaza.

—Pues eso —sonrió él—. Abrimos, hacemos como que somos gente de bien, y si viene Raúl… le cuento lo poco que he visto. El análisis a fondo, mañana. Con café de verdad y algo de luz natural.

Maeve asintió. Dejó la taza en la mesa.

—Venga —dijo—. Vamos a ganarnos la vida un rato antes de que nos la quiten.

El Garrison despedía ese aroma de bares cuando se abren, cerveza seca y ese perfume indefinible de noches largas. Levantar la persiana fue casi un acto reflejo: clac del cerrojo, arrastre de la chapa hacia arriba, la calle entrando de golpe como un suspiro fresco.

Entre los dos encendieron las luces, colocaron las sillas que habían quedado mal, repasaron vasos y botellas. Maeve puso algo

de música, suave, una lista vieja que sonaba más a fondo de conversación que a protagonista.

Al principio entró poca gente: dos chavales que jugaron una partida rápida al billar, un señor que se tomó un vino en la barra y se fue sin decir casi nada, un matrimonio mayor que pidió un café y un licor "para hacer la digestión". Lo justo para que el pueblo viera que estaba abierto y seguía vivo.

Con el paso de la tarde, el bar se fue llenando a medias. No estaba a reventar, pero había ambiente suficiente para que ya nadie se preguntara si ocurría algo fuera de lo normal. Maeve se movía con la soltura de siempre; Tristán servía cañas y secaba vasos mecánicamente, aunque la cabeza la tenía a kilómetros, entre páginas negras y jeroglíficos.

Fue casi a la hora en la que ya pensaban en cerrar antes de que se hiciera demasiado tarde cuando Raúl cruzó la puerta.

Entró con el abrigo abierto, el maletín colgando de un lado y cara de llevar todo el día tragándose preocupaciones ajenas.

—Buenas noches —saludó, con una sonrisa cansada.

—Hombre, el médico —dijo Maeve desde la barra—. Ya pensaba que los de la sala de espera te habían secuestrado.

—Han estado a punto. Pero he dicho que tenía otro paciente urgente: la sed —añadió metafóricamente y con ironía.

Pidió una cerveza Murphy's roja y, cuando el bar aflojó un poco, los tres se sentaron en la mesa habitual del fondo, esa que ya había escuchado demasiadas cosas raras.

—Bueno —empezó Raúl, cruzando las manos sobre la mesa—. Contadme. ¿Qué tal mis pacientes favoritos y sus libros nuevos?

Tristán se inclinó hacia adelante.

—Te voy a decepcionar —advirtió—. No he querido leer tanto para hacerlo en profundidad tranquilamente. Pero algo sí he visto, por encima.

Señaló mentalmente hacia arriba, hacia el salón de Maeve, donde los libros esperaban.

—El del cuero negro… —continuó— es justo lo que temíamos. No he pasado de los primeros capítulos, pero ya deja claro que habla de una especie de religión única, primigenia. Un solo fuego, un solo

principio, un solo dios que estaría por encima de todos los demás. Lo cuenta con aire de tratado, no de panfleto. Y da mal rollo incluso cuando solo ves el índice.

Raúl frunció un poco el ceño.

—Un solo dios en un pueblo que ya tenía bastantes imágenes en la iglesia —murmuró—. Qué cosas.

—El otro libro —siguió Tristán— es el Libro de los Muertos egipcio. Ése sí que es reconocible. Textos de paso al otro lado, dioses por todas partes, juicios, pesadas de corazón, barcas, puertas… Lo típico que esperas de Egipto, pero con muchas notas en los márgenes. Hay glosas, subrayados, referencias cruzadas. No es un libro decorativo: alguien lo ha trabajado.

Maeve intervino, apoyando la barbilla en la mano.

—Y la pregunta del millón —dijo—: ¿qué pintan juntos? Porque uno habla de un solo dios y el otro de… qué, cien, doscientos. En realidad son libros antagonistas.

—Justo eso —asintió Tristán—. Son antagonistas. Uno niega lo que el otro exhibe. Y, sin embargo, Eusebio los guardó en el mismo arcón, como si fueran dos tomos de la misma historia. Eso es lo que más me inquieta. No lo que dicen por separado, sino lo que puedan decir juntos.

Raúl se quedó un momento mirando la espuma de la cerveza, pensativo.

—Quizás uno es la teoría y el otro el mapa —aventuró—. O uno es el antes y el otro el después. No lo sé. Hasta que no sepamos qué pretendía hacer Elías mezclando esas cosas, vamos a ir a ciegas.

Maeve soltó el aire despacio.

—Por eso hemos pensado —dijo— que hoy no vamos a hacer ninguna locura. Cerrar el bar, irnos, dormir algo. Mañana nos levantamos temprano, Tristán y yo nos metemos de lleno en esos libros mientras tú despachas lo que tengas de consultas. Cuando acabes, te vienes a casa y te ponemos al día. Entonces decidimos qué demonios hacemos.

Raúl asintió sin dudar mucho.

—Me parece sensato —respondió—. Mañana tengo poca cosa primera hora: un par de curas de siempre y poco más. Si madrugáis

y empezáis a leer, para media mañana puedo estar en vuestra "sala de lectura".

—Nada de noches en vela —añadió Tristán—. Hoy no. No quiero mezclar sueño, miedo y teología. Bastante tenemos ya con Porta y las frases encriptadas.

Maeve sonrió, cansada.

—Así es. Averigüemos qué pretende ese Zagalón y por qué narices necesita un Libro de los Muertos al lado.

Raúl levantó la cerveza.

—A veces, la mejor forma de luchar contra un monstruo es leer el manual de instrucciones —dijo—. Brindemos por dormir, que intuyo que nos va a hacer falta la cabeza entera.

Chocaron los vasos con suavidad. Fuera, Santa Nevana seguía con su rutina de pueblo pequeño. Dentro, los tres sabían que la madrugada siguiente no sería solo un nuevo día: sería el día en que, por fin, se sentarían cara a cara con las palabras de Zagalón.

Capítulo 26
Los Libros Hablan

El amanecer entró en casa de Maeve sin pedir permiso.

La luz pálida señalaba por la rendija de la persiana del salón, dibujando franjas directas a los dos libros que dormían desde la noche anterior. A su lado, los restos de una cafetera huérfana y un par de tazas vacías daban fe de que alguien había intentado, sin mucho éxito, poner orden a tanto documento la noche anterior.

Tristán fue el primero en levantarse.

El cuerpo protestó un poco, pero no tanto como esperaba. La cabeza, en cambio, era otra historia: le zumbaba con la mezcla de todo lo que se había acumulado el día anterior —Porta, relojes, ajedrez, arcón, muertos— como si alguien hubiera dejado en marcha un viejo proyector dentro del cráneo.

Puso agua al fuego, preparó café fuerte y cortó un par de rebanadas de pan sin hacer ruido, por respeto a la puerta cerrada del dormitorio. No tardó en oír el crujido suave del colchón, un suspiro y, al rato, el clic del pomo.

Maeve apareció en el marco, con el pelo revuelto y la marca de la almohada aún en la mejilla.

—Buenos días… o lo que sean —murmuró, después lo besó.

—Versión barata de buenos días, pero algo es, el beso lo compensa —respondió él, tendiéndole una taza—. ¿Has dormido?

Ella pensó un segundo antes de contestar.

—He caído como una piedra —admitió—. No me acuerdo ni de haber cerrado los ojos. Eso tiene que ser dormir bien por narices.

Se acercó a la mesa y miró los libros como quien mira a dos invitados que no se han ido de la fiesta.

El Culto del Fuego Único ocupaba medio mantel, con la cubierta de cuero negro, la llama azul en relieve y una hilera de papelitos asomando por los bordes donde Tristán había marcado páginas al vuelo la noche anterior. El *Libro de los Muertos* descansaba a su

lado, más compacto, con sus relieves de piedra falsa y escarabajos observándolo todo.

Maeve dio un sorbo al café, respiró hondo y apoyó la taza.

—Vale —dijo—. Se acabó la fase de "los miramos de lejos". Hoy toca leer en serio. Hasta que nos dé asco o hasta que venga Raúl. Lo que ocurra primero.

Tristán sonrió de lado.

—Yo apuesto a que viene antes el asco —respondió—. Pero podemos comprobarlo.

Movieron las sillas, se sentaron uno frente al otro, con los dos libros entre medias como si fueran el tablero de una partida rara.

—¿Por cuál empezamos? —preguntó Maeve.

Tristán no lo dudó.

—Por el del Fuego —respondió—. El egipcio lleva aquí mil años y sigue haciendo su trabajo con los muertos. El que debemos entender antes es el más desconocido.

Maeve asintió. Abrió con cuidado el volumen negro por una de las páginas marcadas. El libro crujió un poco, como si le costara despertarse.

Durante unos segundos solo se oyó el tic-tac del reloj de pared y el rumor de la calle, muy lejano.

—Madre mía… —murmuró ella, al cabo de un par de líneas—. Esto no es un librito de autoayuda, Tris. Es un puñetero manual.

—Ya te lo dije —contestó él—. Ayer apenas lo ojeé y me dio mal rollo. Hoy con café y boli, a ver qué pretende exactamente el tal Zagalón.

Cogió el cuaderno, lo abrió por una página limpia y apoyó el bolígrafo, listo.

Maeve empezó a leer en silencio, moviendo los ojos rápido. De vez en cuando fruncía el ceño, volvía atrás, se detenía en una palabra y la subrayaba con el dedo.

—Aquí habla del principio —dijo al rato, sin levantar la vista—. Del "antes de todo": oscuridad, silencio, nada… Mira cómo lo llama.

No leyó en voz alta. Solo señaló dos líneas y Tristán las siguió con la mirada. Anotó un par de palabras en el cuaderno, con letra apretada.

—Vale… —murmuró—. *El Corazón deberá arder*… Esto es más que un lema bonito.

Pasaron página.

El tiempo se fue estrechando alrededor de la mesa. A ratos leían a la vez; a ratos uno avanzaba y el otro volvía sobre algo que le había llamado la atención. Las tazas se vaciaban y se llenaban de nuevo sin que ninguno de los dos mirara el reloj.

—Aquí ya no suena a mito —dijo Tristán en uno de esos parones —. Esto suena a instrucciones. "restaurar", "corregir", "purificar las sombras"…

Escribió esas tres palabras juntas, rodeándolas con un círculo.

Maeve se inclinó sobre otra página.

—Y mira esto —susurró—. Habla de "sombras dignas" y "sombras condenadas". Como si fueran piezas de un tablero que se pueden eliminar sin más. Es una forma muy elegante de decir "gente que sobra".

Se hizo un silencio corto. El tipo de silencio que se mete bajo la piel.

Tristán pasó un par de hojas más.

—Aquí cambia de tono —dijo—. Deja de hablar del origen y se pone más práctico. "Fuego azul", "preparación del recinto", "mezcla de…" —se detuvo—. No me apetece leer esta parte ahora mismo.

Apuntó solo dos palabras: fuego azul y recinto.

—Dejemos los fuegos artificiales para luego —aceptó Maeve—. Primero entendamos esta secta.

Durante un buen rato no hablaron. Solo se oía el roce de las páginas y el rasgueo del bolígrafo. De vez en cuando, un comentario suelto se escapaba:

—Esto encaja con lo de Eusebio…

—Aquí vuelve a insistir en la "bienvenida".

—Mira cómo nombra las puertas a otro plano. Una abertura de conexión.

Pero no desarrollaban. Solo iban poniendo marcas, flechas, signos en los márgenes.

Cuando sintieron que la mente empezaba a espesar, cerraron a medias el libro del Culto y se pasaron al otro.

El Libro de los Muertos se abrió por una lámina con dibujos de figuras estilizadas: una balanza, un corazón, una pluma. Maeve silbó muy bajo.

—Éste me lo sé más —dijo—. Pero no así.

Fueron deslizando páginas iluminadas con jeroglíficos, anotaciones en otra letra, columnas de texto paralelo. Tristán subrayó con lápiz la palabra pluma en un margen traducido, luego corazón, luego otra que hablaba de "puertas", estas de otro tipo.

Pasaron a la sección final y encontraron algo que no parecía de imprenta original.

—Mira —señaló Maeve—. Esto está añadido. Otro tipo de letra, otro tono. "Guías del alma"…

Leyó en diagonal, rápido, con una mezcla de curiosidad y recelo.

—Este libro no es de adorno, Tris —dijo en voz baja—. Aquí hay un mapa. Uno muy detallado.

El cuaderno de Tristán empezaba a llenarse de columnas: nombres, flechas, pequeñas frases a medio acabar. No quedaba casi espacio en la página.

El café se había enfriado. La luz de la mañana ya no era tan limpia; empezaba a volverse más blanca, más plana.

Maeve se frotó los ojos con el dorso de la mano.

—Tenemos material para media tesis —resumió—. Y solo hemos arañado la superficie.

—Y ahora hará falta explicárselo a alguien que no ha pasado la mañana enterrado en esto —añadió Tristán.

Como si el mundo llevara el mismo ritmo que sus palabras, en ese momento sonó un golpe suave en la puerta de la casa. Tres toques secos, conocidos.

Se miraron por encima de la mesa, las manos aún manchadas de tinta y café.

—Ése tiene que ser Raúl —dijo Maeve.

Tristán cerró despacio ambos libros, sin apretar, dejando las marcas en su sitio.

—Pues nada —murmuró—. Hora de contarlo en voz alta.

Raúl entró con el abrigo medio abrochado y el gesto de quien no sabe si viene a una charla, a una guardia o a un juicio.

Maeve le abrió la puerta sin ceremonia.

—Pasa —dijo—. Tu consulta de hoy sigue aquí.

Sobre la mesa, los dos libros ocupaban el centro como si fueran dos piedras negras en un altar improvisado. A un lado, el cuaderno de Tristán estaba lleno de flechas, círculos y palabras sueltas.

Raúl dejó el maletín en el suelo y echó un vistazo al conjunto.

—Diablos —murmuró—. Pues sí que habéis madrugado.

—No hemos parado —respondió Tristán—. Siéntate. Te toca ponerte al día.

Raúl se sentó en la silla que le dejaron libre, en el lado de la mesa que no quemaban los libros.

—Vale —dijo—. Empezad por el principio. Literalmente, si puede ser.

Maeve apoyó la mano sobre la cubierta negra del libro del Culto.

—El principio —repitió—. Eso es exactamente de lo que habla este bicho.

Lo abrió por una de las páginas que tenían señaladas. La letra era densa, los párrafos largos, pero el papel estaba manoseado, con esquinas dobladas.

—Según esto —empezó— el mundo no fue creado. Fue encendido.

Raúl arqueó una ceja.

—Suena poético —dijo—. Y peligroso.

Maeve pasó el dedo por unas líneas y las giró hacia ellos. No leyó todo; solo dejó que Raúl siguiera la frase clave mientras Tristán lo decía en voz baja:

—"En el principio, había un vidrio negro que no dejaba pasar la luz."

Hizo una pausa.

—No hay dioses creando personas de barro ni palabras mágicas. Solo oscuridad total, como si el universo fuera un cristal ahumado.

—Y entonces… —añadió Maeve— aparece una chispa. Zagalón. El libro no dice "nació" ni "fue creado". Dice que se encendió. La primera llama.

Tristán señaló el lema que había copiado en el cuaderno, en grande: "Una llama, muchas sombras"

—La idea es sencilla y bruta —resumió—: tienes una sola fuente de luz. Todo lo demás son sombras que salen de esa luz cuando "el vidrio negro" se resquebraja. Mundos, criaturas, nosotros… todo serían proyecciones debilitadas de la llama.

Raúl entrecerró los ojos, siguiendo el hilo.

—¿Y dónde encaja el lema? —preguntó—. Porque bonito es. Pero esos son los que más miedo me dan.

Tristán se inclinó hacia adelante.

—La llama es Zagalón. Las sombras somos nosotros —dijo—. Una sola conciencia original, un solo foco. Y un montón de copias torcidas que han dejado de mirar a la luz y se miran entre ellas. Eso lo llama "La Desviación".

Maeve pasó de página. Había subrayados en lápiz y en bolígrafo, anotaciones en el margen con letra nerviosa de Eusebio.

—Aquí deja de ser mito y se pone doctrinal —señaló—. Habla de cómo las sombras empiezan a creer que son independientes. Aparecen docenas de dioses, cientos de creencias, mil caminos, mil "verdades". Y según el libro, eso es un error. El Error.

Raúl apoyó los codos en la mesa.

—O sea, que todo lo que no sea mirar a Zagalón de frente es desviarse —tradujo—. Muy original. Ya he oído versiones parecidas con otros nombres.

Tristán asintió.

—La parte que más me inquieta no es esa —dijo—. Es cómo clasifica a la gente. Aquí…

Pasó un par de hojas y señaló un párrafo. Esta vez leyó una frase exacta:

—*"Las sombras dignas serán aquellas que acepten el retorno al Fuego Único. Las sombras indignas deberán ser corregidas, purificadas o consumidas, para que no estorben la restauración."*

Cerró el libro unos milímetros, como si necesitara ponerle una tapa a las palabras.

—Dicho en cristiano: los que se pliegan, bien. Los que no, sobran.

Raúl frunció el ceño.

—Consumidas —repitió—. Siempre me ha hecho gracia cómo les encanta esa palabra a los fanáticos. Es como decir "quemados" pero

con más poesía.

Maeve buscó otra marca en el margen.

—Y aquí entra el cargo estrella —añadió—: los ***Sacerdotes del Fuego Único***.

Pasó al principio de un capítulo titulado *"Del oficio del Sacerdote"* y leyó solo trozos sueltos, intercalando explicación:

—No son solo curas. Son… técnicos. Intermediarios. El libro dice cosas como *"solo el Sacerdote conoce el peso exacto del fuego"* o *"no toda sombra puede mirar la llama sin deshacerse"*. Los sacerdotes son los únicos autorizados a dirigir el rito de Bienvenida, manejar el fuego azul, abrir el Umbral…

Tristán completó la idea, mirando a Raúl.

—Imagínate a alguien como Elías leyendo esto —dijo—. No como novela, sino como manual. "Tú puedes ser el encargado de traer de vuelta al dios original. Tú decides qué sombras son dignas y cuáles son combustible." Es un caramelo envenenado perfecto.

Raúl se reclinó ligeramente en la silla. El rostro se le había endurecido.

—Elías nunca fue tonto —murmuró—. Ni humilde. Darle un libro que le diga que hay un puesto de "sumo responsable del fuego que lo corrige todo" es como darle una cerilla y gasolina a un pirómano.

Maeve pasó las páginas hacia el final del mismo capítulo.

—Y luego está la palabra que se repite una y otra vez —añadió—: Bienvenida. No habla de rezar ni de "sentir la presencia". Habla de preparar una Bienvenida, escrita con mayúscula, como si fuera un evento. Hace listas de lo que hace falta: fuego, lugar, sangre, palabras, tiempo.

Tristán tocó el lomo del libro con un dedo, casi con asco.

—No hemos llegado aún a los detalles —admitió—. Hay partes de "bricolaje ritual" que he dejado aparcadas para no vomitar el café. Pero la base es esa:

*Un mundo que no fue creado, fue encendido.

*Un dios que es la única llama legítima.

*Un montón de sombras desviadas que hay que corregir o quemar.

*Y una élite de tipos como Elías que se creen con derecho divino a manejar el fuego.

Raúl dejó escapar el aire por la nariz.

—Perfecto —dijo—. Un mito del origen, una jerarquía de iluminados y una excusa para decidir quién vive y quién muere. El pack completo.

—Nos falta una pieza más de este lado —añadió Maeve—. El Umbral.

Buscó otra señal en las páginas avanzadas, hacia donde la letra se comprimía más y las notas de Eusebio se volvían más frenéticas. Se detuvo en un párrafo y lo giró de nuevo hacia ellos.

—Aquí no habla ya del principio del mundo, sino del punto donde se puede "rasgar el velo" entre la llama y las sombras —explicó— No sólo en el tiempo, sino en el espacio.

Leyó una línea:

—*"Donde la roca se vuelva espejo azul opaco y el fuego la bese sin consumirla, allí estará el Umbral. No puerta hecha por manos, sin herida dejada por la primera llama."*

Tristán, sin poder evitarlo, imaginó una pared de roca del sótano que aún no habían visto, la que sólo conocían por el plano y por la obsesión de Eusebio. Una pared que será el umbral por donde llegará Zagalón.

—Ese Umbral es lo que Elías intentó construir bajo la casa —dijo en voz baja—. Una herida en la roca donde su dios pudiera asomarse.

Raúl se frotó la frente.

—Y supongo que para abrir esa "herida" no basta con mirarla fijamente —dijo—. Hará falta algo más.

—Palabras —respondió Tristán—. Y fuego. El libro insinúa algo que llama "Verbum de Apertura". No da el texto completo, pero encaja demasiado bien con la hoja en latín que encontramos. El Coniuratio.

Maeve asintió despacio.

—Dice que ese Verbum no abre una puerta visible —añadió—. Abre una grieta entre elementos. Entre el mundo material saturado de fuego y gases, y… algo que viene de los muertos. Una energía.

Raúl se quedó en silencio un instante, mirando primero al libro y luego a ellos.

—La niebla azul —dijo al fin.

Los tres sabían de qué estaba hablando.

Tristán apretó el bolígrafo entre los dedos.

—Cada vez que alguien muere desde que leímos esa hoja —dijo —, esa cosa sale del cuerpo y va a algún sitio. Este libro lo llama *"energía de las sombras que regresan al Fuego"*. Elías lo ha usado como energía de resurrección de su cuerpo, ha vuelto de entre los muertos gracias a mí. Me engañó y ahora ya tiene casi montado el Culto. Debemos impedir esta locura.

Maeve cerró el volumen negro con cuidado, dejándolo descansar sobre la mesa.

Raúl se pasó la mano por la cara, como si quisiera quitarse de encima el peso de lo que acababan de oír.

—De acuerdo —repitió—. Una llama, muchas sombras, sombras que sobran y un Umbral en la roca. ¿Qué más regalos trae el libro? ¿O prefiero no saberlo?

Tristán soltó una risa corta, sin humor.

—Te falta la parte de "cómo montar el infierno bajo tu casa" —dijo—. Porque esto no se queda en ideas bonitas. También trae instrucciones.

Abrió de nuevo el volumen negro por otro de los marcadores que había dejado la mañana entera.

—Aquí —señaló— cambia el tono. Deja la teoría y se pone práctico. Habla de "dominar los elementos que arden sin aviso", de "vapores nacidos de la piedra negra" y de "preparar la llama azul".

Raúl alzó la vista.

—Vapores de la piedra negra… —repitió—. En este caso puede ser Grisú.

—Eso mismo pensé yo —asintió Tristán—. Sin usar la palabra, lo describe. Gases que se acumulan bajo tierra, que no se ven, que esperan una chispa para convertirlo todo en el nuevo mundo.

Pasó una página, leyó un par de líneas en silencio y resumió:

—Dice que esos vapores son "aliento dormido del Fuego Único". Que no hay que evitarlos, sino canalizarlos. Y enseña como dominar

esos elementos y convertirse en un "maestro de los elementos del culto".

Golpeó con el dedo el margen, donde Eusebio había anotado fórmulas numéricas, pequeñas flechas que conectaban palabras.

Maeve intervino, apoyando el codo en la mesa.

—Habla de abrir conductos —añadió—. De tallar pequeñas galerías en la roca para "guiar el aliento" hacia un recinto preparado. No es metáfora. Describe tuberías, válvulas artesanales, cámaras donde el gas se acumula y luego se enciende "en el momento propicio".

Raúl cerró un momento los ojos, recordando lo que le había contado Modesto aquella mañana: terrenos inestables, carbón, grisú bajo la estación y la casa.

—Y nosotros pensando que lo de construir ahí era solo una chapuza de ingenieros —murmuró—. Elías lo eligió a propósito. Tenía justo lo que su dios pedía bajo los pies.

Tristán pasó a otro marcador, más avanzado, donde la letra se volvía todavía más apretada.

—Aquí entra la obsesión con la llama azul —dijo—. Para el Culto, la llama corriente es solo luz vulgar. La azul es "la más pura, la que mejor sintoniza con Zagalón".

Revisó unas líneas y tradujo:

—Enseña fórmulas de mezclas de aceites, resinas, breas… distintos tipos y proporciones para teñir el fuego. Y luego esto: *"Donde la piedra sea negra y el fuego nazca de ella, la llama azul será más fuerte".*

—Vetas de carbón… Elías me decía que se había convertido en un maestro, debió estar mucho tiempo preparando y preparándose— remató Raúl—. Es que es de manual.

Maeve se inclinó hacia adelante.

—¿Te acuerdas de cómo olía la casa de Eusebio debajo de algunas tablas? —preguntó—. Ese tufo raro, como a mina vieja y queroseno barato. Ya estaba probando cosas. No estaba solo paranoico: estaba montando un laboratorio para entender el mismo libro que le había chupado el cerebro a Elías.

Tristán giró el libro hacia ellos y señaló un párrafo subrayado dos veces, una con lápiz y otra con bolígrafo azul.

—Este trozo lo ha machacado Eusebio —dijo—:

Leyó en voz baja, sin énfasis, como si no quisiera darle más solemnidad de la necesaria:

—*"El Sacerdote sabio no teme al fuego ni a los vapores: los gobierna. Toma el aliento oculto en la piedra y lo une al aceite y a la brea. Así la llama no solo ilumina: abre camino. El fuego azul señala al Umbral y lo prepara para la Bienvenida."*

Cerró la boca un momento, dejando que las palabras quedaran colgando en el aire.

En ese momento recordó el libro que vio la primera vez que visitó El Margen. En el escaparate lucía La Bienvenida del Diablo. Presagios o casualidades. Eso ya daba igual.

—Encima de toda esa alquimia —continuó—, el libro insiste en que solo el Sacerdote tiene derecho a manejarla. El resto, sombras obedientes o combustible.

Raúl se masajeó la sien con dos dedos.

—O sea —resumió—: eliges un sitio con carbón y grisú bajo tierra. Cavas una especie de templo. Llenas aquello de mezclas inflamables hasta conseguir fuego azul. Canalizas el gas para que corra por donde tú quieres. Y todo eso para que una sola pared, un solo punto, se convierta en… lo que ellos llaman Umbral.

Maeve asintió lentamente.

—Y rematas con palabras —dijo—. Ahí es donde entra el conjuro o la conjuración, para mí fue otro parecido: el Coniuratio. Lo nombra de forma velada: "Verbum de Apertura", "palabra que rasga el velo", "llave que une la llama y las sombras". Lo mismo que el mío y ya sabemos que funciona. La única diferencia que hay es que además se necesita el refuerzo de la sangre de alguna forma: "el corazón deberá arder y la sangre deberá fluir"

Tristán jugueteó con el bolígrafo entre los dedos.

Raúl dejó caer la mano en la mesa, despacio.

—Y la gente del pueblo pensando que lo de 1997 fue "un incendio raro y ya está" —murmuró—. No saben que debajo hay una bomba siempre a medio arder.

Maeve señaló el mismo capítulo, más adelante.

—Hay otro detalle —añadió—. El libro dice que el Umbral no se abre de golpe. Cada vez que una "sombra" es entregada al Fuego, parte de su esencia regresa a la llama. Solo que Elías ha querido la primera energía azul, seguramente, para volver de detrás del espejo.

Lo resumió, mirando a Raúl fijamente:

—Cada muerte no es solo una ficha menos en el tablero. Es una carga más en la batería que está montando debajo. Una batería de mierda y fuego —gruñó Raúl—. Estupendo.

Tristán cerró el libro del Culto sin brusquedad, apoyando la palma encima, como si estuviera tapando la boca a un animal.

—Eso es, más o menos, lo que cuenta este tomo —dijo—. El origen del mundo encendido. La teoría de las sombras que sobran. El sacerdocio del fuego. El Umbral en la roca. Y el modo de convertir gases y breas en una antorcha que, según ellos, llama a su dios.

Alzó la vista hacia el otro libro, el egipcio.

—Lo que está ahí —añadió— no contradice esto. Pero tampoco lo repite. Lo complementa. Como si alguien hubiera dicho: "Bien, ya tengo el fuego. Ahora necesito un mapa para las almas."

Raúl siguió su mirada hacia el Libro de los Muertos, serio.

—Y ese mapa —dijo— supongo que también lo conocía Elías.

—Y Eusebio —contestó Maeve—. Los dos. Uno para traer, el otro para intentar entender qué estaba trayendo.

Raúl se pasó una mano por el pelo.

—Vale —dijo al fin—. Ya sé qué pretende el Fuego Único. Ahora contadme qué quieren los muertos.

Tristán estiró la mano hacia el segundo tomo, dispuesto a abrirlo.

Mientras lo hacía, Maeve, que no había dejado de tener un dedo entre las páginas finales del libro del Culto, volvió a bajar la mirada hacia una sección que aún no habían comentado. Sus ojos corrieron por las líneas, en silencio.

Fue entonces cuando leyó por primera vez:

"Y cuando la tierra se incline hacia la oscuridad, cuando la noche se alargue y los vivos se mezclen con los ecos de los que fueron, entonces será el momento…"

Sintió un pequeño vuelco en el estómago, pero no dijo nada todavía.

Tristán ya estaba pasando la primera lámina del Libro de los Muertos.

—Empecemos por todo lo que hemos oído de la cultura egipcia —dijo—. La balanza, la pluma, el corazón…

Y mientras él se preparaba para explicarlo, Maeve siguió leyendo absorta y en silencio el resto del párrafo sobre "la noche propicia", sin saber aún que, cuando levantara la vista del papel, ya no estarían hablando de teoría, sino de cuando sería.

Tristán abrió el *Libro de los Muertos* con más respeto del que pensaba que era capaz de tenerle a un objeto.

—Vale —dijo—. Fase dos: Egipto.

Pasó las primeras láminas, llenas de cartuchos egipcios, nombres, figuras estilizadas, hasta dar con una ilustración que casi todo el mundo creía conocer sin haberla leído en su vida: una balanza, un corazón, una pluma.

—Esto te sonará —le dijo a Raúl—. Es la famosa escena del juicio. Corazón en un platillo, pluma de Maat en el otro.

Tocó la palabra con el dedo.

—Si el corazón pesa más que la pluma, estás cargado de basura: culpas, mentiras, miserias. Te devoran y se acabó. Si se equilibra, puedes seguir el camino adelante.

—Eso al menos tiene cierta justicia poética —murmuró Raúl—. Más que lo de las "sombras indignas" que hay que consumir, desde luego.

Tristán pasó página, mostrando columnas de jeroglíficos con una traducción apretada al lado.

—El libro entero es un manual de viaje —explicó—. El muerto tiene que atravesar un camino, recitar fórmulas, nombrar dioses, cruzar puertas. Doce, concretamente. Cada una con su guardián, sus reglas, sus trampas. Si fallas, te quedas.

Maeve se inclinó para ver mejor una de las ilustraciones: el difunto entrando por una puerta, acompañado de símbolos que parecían más mecánicos que místicos.

—Pero este ejemplar no es solo un libro bonito —añadió Tristán— Aquí viene lo raro.

Pasó varias hojas hasta llegar al final, donde la textura del papel cambiaba ligeramente. El texto se apretaba en párrafos más recientes, la tinta de otro tono.

—Al final alguien ha añadido una sección extra —dijo—. La llama *"**Guías del alma**".*

Raúl se inclinó.

—¿Un apéndice? —preguntó.

—Más bien un manual dentro del manual —contestó Tristán—. Mira.

Señaló con el bolígrafo distintas columnas.

—Aquí tienes los dioses ordenados por dinastías, como si fuera un índice de personajes. Aquí, las doce puertas del inframundo explicadas una por una, con detalle. Nombres, qué guardan, qué se necesita para cruzarlas. Y aquí… —pasó a otra columna— un listado de virtudes del alma: cosas que tienes que "llevar encima" para no quedarte tirado a mitad de camino.

Raúl frunció el ceño.

—O sea, que alguien se tomó la molestia de hacer que este libro fuera… operativo. Pero esto debe ser otra clave para algo.

—Exacto —asintió Tristán—. No es un objeto de vitrina. Es un mapa funcional.

Cerró el tomo hasta la mitad, sin llegar a apretarlo del todo.

—Elías debió de ver en esto un mapa del más allá. Y Eusebio, una forma de entender por dónde estaba intentando colarse. Si lo tomamos literal el libro debe servirnos como una guía de pasar al otro lado.

Mientras ellos hablaban, Maeve había vuelto al Culto del Fuego Único. No se había despegado del libro desde que había visto aquel párrafo final. Pasó un par de páginas más, hasta que un párrafo, escrito con una solemnidad fría, le saltó a los ojos.

Era el que, en sus primeras frases, le habían llamado tanto la atención antes. Lo leyó, esta vez entero, en silencio primero, sintiendo cómo se le encogía algo en el pecho:

"Y cuando la tierra se incline hacia la oscuridad, cuando la noche se alargue y los vivos se mezclen con los ecos de los que fueron, entonces será el momento. El Corazón deberá arder, la sangre deberá fluir, y el nombre de Zagalón deberá ser pronunciado sin temor. Solo entonces, en la noche propicia, el velo se rasgará y Él caminará entre los hombres.

Los antiguos sabían que el mundo no es una línea, sino un círculo. Y hay noches en que ese círculo se cierra. No por azar, sino por memoria. Porque la tierra recuerda. Porque el fuego recuerda. Porque Zagalón no ha olvidado."

Se le secó la boca. Tragó saliva, volvió a leerlo una vez más para asegurarse de que no estaba interpretando de más, y entonces interrumpió a Tristán a mitad de una frase sobre puertas y virtudes.

—Esperad —dijo.

Su voz salió más grave de lo habitual.

—¿Qué pasa? —preguntó Raúl, girándose hacia ella.

Maeve se aclaró la garganta. Tenía el dedo clavado en el párrafo, blanqueando el nudillo.

—Tenéis que oír esto —dijo—. Es del final del Culto.

Y lo leyó en voz alta, despacio, dejando que cada frase cayera como un peso en la mesa.

Cuando terminó, nadie habló durante unos segundos.

Se oía el tictac del reloj de pared y, muy lejos, un perro ladrando en la calle.

—El Corazón deberá arder, la sangre deberá fluir… —repitió Raúl en voz muy baja—. Bueno. Ya tenemos oficialmente al invitado de honor y lo que opina de la hemoglobina.

Tristán apoyó los codos en la mesa.

—"Cuando la tierra se incline hacia la oscuridad" —repitió—. Eso suena a cambio de estación, ¿no? El día que se acorta, la noche que se estira…

Maeve asintió, pero sus ojos estaban lejos de la sala. Tenía la mirada de alguien que está tirando de un hilo muy antiguo.

—Esto… esto no es solo simbólico —dijo—. No es solo poesía. Habla de una noche concreta. Una "noche propicia". Un momento en

que el círculo se cierra y los vivos se mezclan con los ecos de los muertos.

Tristán la miró, intrigado.

—¿Tú eso lo has oído antes? —preguntó.

Maeve alzó por fin la vista del libro.

—En Irlanda lo llamamos ***Samhain*** —dijo—. Es una tradición muy antigua, de la cultura celta. Se celebra justo cuando termina el verano y empieza el invierno. Los antiguos creían que esa noche los espíritus cruzaban al mundo de los vivos. No era una metáfora. Lo creían de verdad. Y para que los muertos no los reconocieran, la gente se disfrazaba. Se ponían máscaras, pieles de animales, lo que fuera. Era una forma de engañar a los espíritus.

Tristán frunció el ceño, pero ahora no por el libro, sino por la imagen mental: gente disfrazada para que los muertos pasaran de largo.

—A la iglesia —continuó Maeve— no le gustó nada que una costumbre pagana cogiese tanto arraigo, era peligroso para la religión oficial. Así que, para contrarrestar, el día siguiente paso a ser la celebridad del Día de Todos los Santos. Así se apropiaban de algo ajeno, de nuevo.

—¿Y eso sobrevivió hasta hoy? —preguntó.

—Durante siglos —continuó Maeve—. En Irlanda y Escocia se mantuvo viva la costumbre. Luego, cuando muchos emigraron a América en el siglo XIX, llevaron esa tradición con ellos. Allí evolucionó, cambió… pero la raíz es la misma.

Raúl chasqueó los dedos, como si de pronto hubiera encajado una pieza que llevaba todo el rato mirándoles desde la esquina.

—Ah… —murmuró—. ¿Y por eso existe Halloween?

Maeve esbozó una sonrisa mínima, sin alegría.

—La víspera del 1 de noviembre pasó a llamarse All Hallows' Eve, la noche de Todos los Santos —dijo—. Con el tiempo derivó en "Halloween". Pero la idea original es la misma: una noche en la que el mundo de los vivos y el de los muertos se tocan.

Se hizo un silencio raro. No incómodo, sino denso.

Tristán iba a hacer algún chiste sobre disfraces y niños pidiendo caramelos, pero se lo guardó. Notó que Maeve seguía con la mano

apoyada en el libro del Culto, los nudillos blancos.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Esa cara no es solo por las tradiciones de tu pueblo.

Maeve no respondió al momento. Miraba la página como si aún estuviera leyendo, pero sus ojos ya no seguían las líneas: estaban haciendo cuentas.

—Pensad un segundo —dijo al fin, sin levantar la vista—. Una noche en la que la tierra se inclina hacia la oscuridad. Los vivos y los ecos de los muertos mezclándose. Una víspera.

Alzó la mirada, primero hacia Tristán, luego hacia Raúl.

—Y ahora decidme qué día es hoy.

—Treinta y uno —contestó Tristán, casi por inercia—. ¡Treinta y uno de octubre!

Maeve asintió despacio.

—La víspera de Todos los Santos —remató—. La noche en la que, según este libro, "el Corazón deberá arder y la sangre deberá fluir".

Cerró los dedos sobre el borde de la mesa.

—Es esta noche. Es hoy.

Tristán sintió un cosquilleo frío en la nuca. Se giró hacia el pequeño calendario que colgaba en la pared, junto a la puerta de la cocina. Con una foto desvaída de un paisaje y los días marcados a bolígrafo.

No hacía falta mirarlo dos veces.

—Hoy la teoría se hace realidad.

Raúl apretó los labios.

—Tiene un Umbral casi listo. Y, gracias a su propio Coniuratio, tiene una autopista abierta para lo que salga de los muertos.

Maeve cerró el libro del Culto con un golpe seco.

—No podemos seguir aquí sentados como si estuviéramos preparando un examen —dijo—. Si ese loco ha montado todo esto para la "noche propicia" y la noche propicia es hoy, vamos tarde.

Tristán apoyó las manos en la mesa, respirando hondo.

—Vale —dijo—. Necesitamos un plan. Y uno rápido.

Se volvió hacia Raúl.

—Tú vete a tu casa y prepárate para bajar a cualquier parte menos cómoda —le dijo—. Anorak, botas, una linterna decente… lo

que tengas. Y una mochila para llevar algo de lo que hemos encontrado si hace falta. Come algo rápido.

Raúl asintió con un gesto corto.

—Tengo un anorak viejo que ha visto más inviernos que yo —respondió—. Y unas botas de montaña a las que les va tocando aventura. Me las llevo, meto una linterna y algo de botiquín en la mochila y estoy listo.

—Nosotros nos quedamos un rato más —añadió Tristán—. Ordenamos notas, decidimos qué llevar. No podemos bajar ahí a cuerpo desnudo.

Maeve asintió, pero hizo un gesto con la mano.

—Prepáralo tú. Antes de eso, yo tengo una parada obligatoria —dijo—. Amparo me pidió que fuera hoy a El Avío. Ha insistido en que sea por la tarde y que vaya sola.

Miró el reloj de pulsera.

—Quedamos a las cuatro. Si todo va normal, a las cinco como muy tarde estoy de vuelta.

A Tristán se le marcó una arruga nueva entre las cejas.

—No me hace ninguna gracia que vayas sola —dijo—. Menos hoy. Menos con lo que sabemos.

—Ni a mí —admitió Maeve—. Pero si ella sabe algo y está dispuesta a hablar, no podemos dejar pasar la oportunidad. Igual nos aporta algo nuevo o útil para esto. No sabemos quién sabe más o menos de todo esto. Iré, escucharé, y si veo algo raro ni me termino el café.

Forzó una sonrisa—. A estas alturas, si intentan asustarme con fantasmas, les enseño el libro y salen corriendo ellos.

Raúl no sonrió, pero la frase aflojó un poco la cuerda que tenían en el pecho.

—De acuerdo —concedió—. Come antes un sándwich. A las cuatro vas a El Avío, procuras no entretenerte y a las cinco te queremos aquí. De cinco en adelante, todos juntos.

Se levantó, cogiendo el maletín casi por costumbre.

—Luego ya iremos a pedirle explicaciones a la estación y a la casa. Antes de que se nos haga de noche del todo.

Tristán asintió.

—Cuanto antes estemos allí, mejor veremos lo que haya que ver —dijo—. Quiero encontrar ese sótano cuando aún se distingan bien las marcas en la piedra. Cuando nos juntemos, vamos a la zona de la estación. No podemos dejar ese sótano sin localizar ni un día más.

Raúl se abrochó los botones del abrigo.

—Pues nada —dijo—. Me voy a por el uniforme de explorador. Ya iba siendo hora de bajar al infierno por la puerta de servicio. Cuanto más tardemos, más ventaja le damos. Nos vemos luego.

Cuando se quedó la puerta cerrada, el silencio regresó un instante al salón.

Maeve miró el calendario, luego los dos libros, luego a Tristán.

—Hoy va a ser un día largo —dijo.

—Y una noche más larga todavía —respondió él.

Se quedaron un segundo así, inmóviles, con la sensación clara de que todo lo que habían leído por fin había dejado de ser historia. A partir de ese momento, cada decisión que tomaran se iba a jugar a contrarreloj.

Maeve lo besó, antes de salir por la puerta. Una vieja en la barriga le decía que podía ser el último.

Santa Nevana seguía sonando igual desde la ventana: voces, preparativos en la plaza. Pero bajo los pies, en algún punto entre vetas de carbón y túneles de gas, el plan de otro había estado contando los días hasta llegar a éste.

La víspera. La noche para la que el Fuego Único llevaba demasiado tiempo esperando.

Capítulo 27
Azúcar Derramado

Maeve llegó a El Avío y lo primero que pensó fue que algo no iba bien.

La persiana estaba a media altura, como si alguien hubiese empezado a cerrar y se hubiera arrepentido a mitad de gesto. No había terraza montada, ni rastro de vasos en las mesas de fuera, ni el murmullo habitual que se colaba siempre desde dentro, aunque fuera una tarde tranquila.

Echó un vistazo a la calle. Nadie. El pueblo parecía contener la respiración. Samhain, pensó. La noche en la que los vivos y los muertos se rozan sin querer.

Se agachó un poco y miró por debajo de la persiana. La luz del interior era amarilla y triste, como si las bombillas también estuvieran cansadas.

—¿Amparo? —llamó, alzando la voz—. Soy Maeve.

La persiana chirrió cuando tiró de ella. Subió sin resistencia.

Dentro venía aroma a fregona reciente. No había clientes, las sillas estaban bien colocadas salvo una, una silla alta arrimada a la barra como si alguien hubiera estado sentado hace nada. Detrás, Vicente secaba un vaso con un trapo y Amparo removía algo en la cafetera. Los dos levantaron la cabeza al verla entrar.

—Maeve —dijo Amparo, con una sonrisa que no le llegó del todo a los ojos—. Pasa, hija. Estábamos esperándote.

Vicente dejó el vaso encima de la barra con demasiado cuidado, como quien deposita algo frágil o peligroso y volvió a bajar la corredera.

—Cerrado para el público, abierto para los amigos —añadió—. Siéntate. Te ponemos un café.

Maeve dudó un instante. Había algo raro en el silencio del bar, en la forma en que las sombras se pegaban a las esquinas. Pero se obligó a respirar hondo. Era una conversación pendiente, y cuanto antes la tuviera, antes podría unirse a Raúl y a Tristán.

—Bueno —dijo—. Pero solo uno. Después tengo que irme. Tengo prisa.

Se sentó en la silla arrimada a la barra. La madera crujió bajo su peso. Amparo se movía deprisa, pero sus manos tenían un leve tembleque. Abrió el cajón del azúcar, cogió un azucarero de cristal y lo dejó cerca de Maeve. Luego sirvió el café en una taza blanca con un filo azul, la misma de siempre.

—¿Leche? —preguntó.

—Solo un poco.

Amparo se la echó sin mirarla a los ojos. Vicente, a su lado, había apoyado los codos en la barra. La observaba como si quisiera memorizarla.

—Nos tenías preocupados —dijo él—. Desde lo de… —hizo un gesto vago, que podía significar Liam, Eusebio, Bernarda, todo—. Sabíamos que tarde o temprano tendríamos que hablar.

Maeve removió el café. El sonido de la cucharilla contra la porcelana le pareció exageradamente alto en aquella sala vacía. Metió la mano en su bolsillo, acaricio el denario y tuvo la necesidad de sacarlo. Miro las dos caras de Juno como una premonición, aunque ella aún no lo sabía.

—Pues aquí estoy —respondió—. ¿De qué queríais hablar exactamente?

Amparo le puso la mano encima, por un segundo, y luego la retiró como si se hubiera quemado.

—De nosotros —dijo en voz baja—. De lo que hemos perdido. Y de lo que Zagalón nos prometió.

Maeve dio un pequeño repullo al oír Zagalón y notó un nudo en el estómago. Dio un sorbo al café. Demasiado dulce, como si se hubieran pasado con el azúcar. Miró el azucarero, que seguía casi lleno.

—No siempre fuimos así —empezó Vicente, desviando la mirada hacia las botellas alineadas detrás de la barra—. Éramos muy cristianos, devotos y temerosos de Dios. Éramos… normales. Un bar, un matrimonio, misa los domingos. De esos que se sientan siempre en el mismo banco. ¿Verdad, Amparo?

Ella asintió, con los labios apretados.

—Siempre quisimos llenar ese banco —susurró—. No solo nosotros dos. Queríamos… ruido. Pataditas. Una sillita que recoger del suelo todos los días. Una familia.

Se le quebró la voz al decirlo. Maeve dejó la taza encima de la barra. Su instinto le decía que se fuera, que inventara una excusa. Pero otra parte, entendía ese dolor porque lo había llevado a cuestas demasiados años. Esa empatía la obligó a quedarse.

—Lo intentasteis muchas veces —dijo—. Eso me contasteis una vez, creo.

—Eso no fue intentarlo, fue una guerra —masculló Vicente—. Controles, análisis, viajes a León y a Ponferrada. Salas de espera llenas de parejas con la misma cara que nosotros: mezcla de vergüenza y esperanza. Hormonas que ponían de mala leche a Amparo, pinchazos, pastillas carísimas. Cada mes, una moneda más en la tragaperras del milagro.

Amparo cerró los ojos para hablar como si las palabras fueran golpes.

—Primero fueron los "todavía es pronto". Luego los "no se obsesionen". Después… —respiró hondo— después vinieron los embarazos que no llegaron a ninguna parte. Manchados, pérdidas. Cada vez que sangraba era como si se me vaciara no solo el cuerpo, sino el alma entera.

Maeve notó un leve mareo, un destello en los bordes de su visión. Lo atribuyó al cansancio. Llevaba demasiados días durmiendo mal. Apretó los dedos contra la madera del taburete bajo la barra.

—Y, aun así —prosiguió Vicente—, seguíamos encendiendo velas. Seguíamos diciéndole a Dios: "Danos esto y ya está, no pedimos más". Hasta que… hasta que pareció escucharnos.

Amparo abrió los ojos. Esta vez, una chispa casi brilla detrás de las lágrimas.

—Me quedé embarazada —dijo—. Y este sí aguantó. Mes a mes. Cada ecografía era un triunfo. Me conocían por mi nombre en la clínica. La barriga crecía, los médicos sonreían, y yo tenía miedo todos los días, pero también una alegría… —se le escapó una risa sin humor— que no me cabía en el pecho.

Vicente se pasó la mano por la cara, arrastrando consigo años de fatiga.

—Le hablábamos a la tripa —murmuró—. Le contábamos del bar, de las fiestas, de la nieve en enero. Hicimos planes. Pusimos una cunita en la habitación pequeña, la que da al patio. Compramos ropa, demasiada. Tenías que verla, Maeve. Era… —se le quebró la voz— era perfecta.

Maeve tragó saliva. El café se le empezaba a subir al estómago. Una leve náusea se mezcló con el mareo. El reloj detrás de la barra parecía moverse un poco más despacio.

—El parto fue duro —seguía Amparo—. Yo pensé que me moría, de verdad. Pero al final lloró. Ese llanto… —se llevó la mano al pecho— ese llanto fue como si alguien encendiera todas las luces del mundo de golpe. Nos la pusieron encima, y olía a vida y a futuro.

Se hizo un silencio breve. El tipo de silencio que precede a las malas noticias en los hospitales y en los despachos de los curas.

—Quince días —dijo Vicente al fin—. Quince. Ni uno más.

Maeve lo miró fijamente.

—¿Qué pasó?

Amparo clavó la vista en la barra. Sus dedos se movieron, nerviosos, hacia el azucarero, y luego se retiraron.

—La acosté en la cuna. Como siempre. Había comido bien, tenía las mejillas sonrosadas. Era de madrugada, yo estaba agotada. Me quedé dormida. Solo… solo un rato. —Se le quebró otra vez la voz—. Cuando me desperté, la casa estaba demasiado silenciosa.

Vicente apretó los dientes, como si cada palabra fuera una astilla.

—No respiraba —escupió—. Estaba… fría. Los médicos hablaron de muerte súbita, de cosas que pasan, de estadísticas. De esa forma que tienen de no decirte nada y decirte que no hay nadie a quien culpar. Pero hay alguien, Maeve. Siempre hay alguien.

El mareo de Maeve se intensificó. La luz del bar pareció subirse a una especie de carrusel lento. Se obligó a mantener la voz firme.

—Lo siento mucho —dijo—. De verdad.

Amparo sonrió, pero aquella sonrisa estaba muerta.

—Yo también lo sentía, al principio. Lloré hasta quedarme seca. Rezaba sin creer, por inercia. Me arrodillaba y me levantaba sin

saber para quién. Y un día… un día me levanté y ya no quedaba nadie ahí arriba. Ni consuelo, ni sentido. Solo un hueco enorme y un Dios que había decidido seguir mudo.

—Así que dejamos de hablarle —añadió Vicente—. Si no contesta, ¿para qué? No volvimos a pisar la iglesia. Quemamos los escapularios, tiramos los rosarios. Y entonces apareció él.

Elías, pensó Maeve. No tuvo ni que preguntar.

—Uno de los días que Elías vino al bar —confirmó Amparo—. Se sentó donde estás tú ahora. Nos miró como si supiera exactamente el tamaño del agujero que teníamos dentro. Y nos habló de fuego. De un Dios que no se esconde detrás de cielos azules ni de imágenes de yeso. De un Dios que lo quema todo pero también da algo a cambio.

El estómago de Maeve dio una vuelta. El sabor dulce del café se había vuelto empalagoso, casi químico. Un sudor frío le recorrió la nuca.

—Nos habló de Zagalón —continuó Vicente, con una devoción amarga en la voz—. Del Fuego Único. De un mundo encendido desde el principio, en el que nada se pierde del todo. ¿Te imaginas lo que es que te digan eso cuando has perdido a tu hija? Que quizá… que quizá la llama de tu niña no se ha apagado, solo se ha ido a otro sitio. Que todavía puedes… ver algo de ella. Tener… algo.

Amparo asintió despacio.

—Nos dijo que los dioses nuevos eran sombras del verdadero. Que los otros venían de uno, sólo y único. Los demás eran inventos de la humanidad para olvidar al primero, el verdadero y el que todo lo puede. Que este sí escucha. Que este sí responde. Que este sí puede devolvernos lo que nos quitaron.

Maeve apoyó una mano en la barra. Notaba hormigueos en las puntas de los dedos. El suelo parecía alejarse un poco.

—¿Y qué os pidió a cambio? —preguntó, aunque parte de ella ya conocía la respuesta.

Vicente y Amparo se miraron entre ellos. Un entendimiento viejo, casi sólido, pasó de uno al otro. Él asintió. Ella fue quien habló.

—Fe —dijo—. Lealtad. Y… y estar dispuestos a hacer lo que fuera necesario cuando llegara el momento.

—Ese momento es ahora —añadió Vicente—. No queríamos que fuera así, Maeve. De verdad que no. Pero lo entendimos cuando te vimos llegar al pueblo. Cuando supimos tu historia. Cuando supimos lo que llevas encima. No es casualidad que estés aquí. Nunca lo fue.

—Y cuando llegó Tristán, esa fue la llave. —continuó Amparo— La que el Maestro esperaba. Ha vuelto y ahora te necesita, tu participación es clave y nosotros te llevaremos con él.

El corazón de Maeve empezó a golpearle en el cerebro. Intentó incorporarse del taburete, pero las rodillas le temblaron.

—¿Qué… qué habéis hecho? —balbuceó—. ¿Qué llevaba ese café?

Amparo apretó los labios, a punto de llorar otra vez.

—Solo algo para que no sufras tanto —susurró—. No queremos que tengas miedo. No eres… no eres una víctima, Maeve. Eres un regalo. Tu sangre va a traer a Zagalón. Va a encender lo que falta. Y entonces… entonces nada de lo que hemos perdido estará realmente perdido.

Maeve empujó la taza con violencia. El café se volcó, tiñendo de marrón la barra y chorreando hacia el suelo. El taburete se movió. Ella intentó ponerse en pie, pero el mundo entero se ladeó.

—Estáis locos —logró decir—. No voy a… —Las palabras se le deshicieron en la lengua.

Dio un paso, luego otro. Tropezó con una silla y la arrastró consigo.

El ruido al caer retumbó en el bar vacío. Sintió manos que intentaban sujetarla, voces que la llamaban por su nombre, pero eran como ecos lejanos al final de un túnel.

—No le hagas daño —oyó murmurar a Amparo, como si viniera desde muy lejos—. Por favor, Vicente. No le hagas daño.

Maeve manoteó hacia la barra buscando algo a lo que aferrarse. Sus dedos chocaron con el azucarero. El cristal estalló en el suelo, y una nube blanca de azúcar se esparció alrededor de sus pies.

Cayó de rodillas. El impacto le arrancó un gemido. El bar giraba como si ella estuviera en medio de un carrusel silencioso.

"Muévete", se dijo. "Haz algo. No les dejes llevarte sin más."

El cuerpo cayó en la esquina de la barra, que la ocultaba, a la vista de Amparo y Vicente, de cintura para arriba. Metió la mano en

el azúcar derramado. Los granos se le pegaron a la piel húmeda. A duras penas, arrastrando la palma, empezó a trazar letras sobre las baldosas esparcidas de azúcar.

S… O…

El brazo le pesaba una tonelada. Notó cómo alguien le tiraba de las piernas. El mundo se volvió aún más borroso, pero consiguió dibujar un mensaje, uno más para descifrar, antes de que la arrastrasen hacia la puerta que daba a la trastienda.

No sabía si alguien lo vería. No sabía si lo había completado. Pero la palabra estaba allí, medio escrita en azúcar y café, brillando bajo la luz amarilla del bar.

Luego todo se disolvió en negro.

Tristán comprobó la hora por enésima vez. El tiempo no avanzaba, el reloj del salón marcaba las cuatro y media.

—Debería haber vuelto ya —murmuró.

Raúl cruzó los brazos. Tenía el anorak preparado sobre la silla, la linterna en el bolsillo y la mochila al lado de la puerta desde hacía un rato. Sus botas dejaban un cerco de barro seco en el suelo.

—No, no debería haber vuelto. Amparo dijo a las cuatro en el Avío —repasó—. Entre charla y café, pon que las cinco. En eso hemos quedado. Pero… —negó con la cabeza— no me gusta nada.

—No pienso quedarme aquí sentado esperando a que el reloj me diga que tengo permiso para preocuparme —saltó Tristán—. Ya hemos visto lo que pasa cuando uno se espera "un rato más". Vamos a su encuentro, si está de vuelta nos la cruzaremos por el camino y ganamos tiempo.

Raúl lo miró un segundo. Había una sombra de algo parecido al orgullo en sus ojos.

—Bien —dijo al fin—. Vámonos entonces. Si está en El Avío, nos la encontramos allí. Peor la idea de quedarnos de brazos cruzados.

—Nos lo llevamos todo, no sabemos que nos puede hacer falta o que pista más nos proporcionaran —dijo Tristán mientras recopilaban objetos.

Raúl se guardó el katār, el Libro de los Muertos y algunas notas. Tristán el libro del Culto, los planos, el cuaderno y el resto. Se tocó el bolsillo, allí estaba el reloj: Eusebio también iba con ellos.

Cogieron las mochilas, se las echaron al hombro y abrieron la puerta. El aire de fuera estaba frío y olía a humo lejano de chimenea. El cielo se había ido encapotando, un gris pesado que hacía parecer la tarde más avanzada de lo que era.

Caminaron deprisa por la calle casi vacía. Los pocos vecinos que asomaban la cabeza lo hacían con esa mezcla de curiosidad y recelo con la que se miran las tormentas que se forman en el horizonte.

Cuando doblaron la esquina que daba a El Avío, Tristán frenó en seco.

—Mierda —susurró.

La persiana estaba hasta abajo. El Avío había cerrado.

Raúl no lo dudó. Se acercó y tiró de ella. Subió con un chirrido largo y desagradable.

—Está abierta —dijo, innecesariamente.

Entraron juntos.

El silencio dentro del bar era distinto al de antes. Más denso. El café derramado en la barra formaba una mancha oscura que se escurría hacia el suelo. Una silla estaba volcada. Había vasos rotos cerca de la puerta de la trastienda. Y en medio de todo, sobre las baldosas, una especie de charco blanquecino mezclado con café.

—Maeve —llamó Tristán, con la voz demasiado alta—. ¿Maeve?

Nadie respondió.

—¡Maeve, Maeve! —Tristán gritaba desesperado mirando por el bar sin ton ni son.

Raúl se agachó junto a la mancha de azúcar esparcido. Entre el café y los granos blancos había surcos, trazos como de dedo arrastrado.

—Espera —dijo—. Tristán. Mira esto.

Tristán se inclinó a su lado. Las letras eran torpes, como escritas con prisa y a punto de desmayarse.

S O T A N O

—Sótano —empezó a leer, y entonces lo entendió—. Se la han llevado al Sótano. Pero, ¿Por qué?

Una punzada de hielo le atravesó el estómago.

Raúl levantó la vista hacia él. Sus ojos tenían el mismo brillo de confusión que Tristán.

—La quieren abajo —dijo Raúl—. En el sótano. Ella va a ser parte del ritual.

Tristán sintió que el mundo hacía clic, como si de pronto todas las pistas se hubieran alineado en una frase horriblemente clara.

—Se la han llevado —murmuró—. Se la han llevado ya.

Raúl se incorporó de golpe.

—No tenemos tiempo —soltó—. Sabemos que existe el sótano, tenemos el plano. Solo nos falta la entrada. Y ellos ya lo saben.

Tristán miró una última vez las letras mal escritas en el suelo, como si pudieran decirle algo más. No lo hicieron.

—Pues vamos a encontrarla nosotros también —dijo—. Antes de que sea tarde. ¡Vamos! ¡A la estación!

Salieron del Avío casi corriendo, con la sensación de que el pueblo entero los miraba a través de ventanas medio cerradas, esperando a ver si aquella noche los muertos se cobraban otra sombra más.

Capítulo 28
A Contrarreloj

La estación de Santa Nevana los recibió con la luz ya baja.

No era solo la hora: había una forma rara en que la luz se deshacía allí, como si la vieja estructura de hierro y piedra se hubiera acostumbrado demasiado a la sombra y rechazara cualquier intento de claridad. El cielo estaba del color del estaño, sin luna aún, con una franja desvaída de naranja perdiéndose detrás de los montes. Las farolas de la explanada parpadeaban, indecisas, y acababan ofreciendo más penumbra que ayuda.

Tristán y Raúl llegaron casi al mismo tiempo al borde del andén, con la respiración agitada más por los nervios que por la carrera. El eco de sus pasos se tragó el silencio de la tarde.

—Aquí estamos —dijo Raúl, sin aliento—. Las pistas nos dicen que todo empieza aquí. El sótano… el corazón de todo este circo está cerca de esta zona.

Tristán miró a su alrededor. La pequeña estación parecía un decorado abandonado: el edificio de una planta, con los cristales opacos por el polvo; los bancos de hierro, fríos incluso a la vista; el reloj de doble cara montado en una ménsula de hierro forjado, proyectado perpendicularmente a la pared, redondo y quieto, como un ojo muerto.

—Maeve está abajo, pensó. O en camino. Cada minuto que perdemos es un paso menos hacia ella yéndose para siempre. Y no veo ninguna puerta al infierno —masculló—. Solo piedras, hierros y abandono.

Raúl no contestó. Empezó a caminar de un lado a otro del andén, como un perro de caza que aún no ha encontrado el rastro, pero se niega a aceptar que allí no hubiese nada. Miraba el suelo, las juntas entre los adoquines, las paredes, el borde donde empezaba el terraplén de las vías.

—Tiene que haber algo —decía en voz baja, más para sí mismo que para Tristán—. Nadie cava un sótano así sin una entrada. Un

respiradero, una junta falsa, una piedra que no encaja…

Tristán lo siguió al principio, recorriendo el andén una y otra vez. Se asomó a las vías: dos líneas de hierro que se perdían en la oscuridad, tragadas por la maleza a pocos metros. No pasaba un tren por allí desde hacía años. El silencio le devolvió su propia respiración, demasiado rápida.

—¿Y si nos hemos equivocado? —preguntó, sin poder contenerlo —. ¿Y si el plano está mal? ¿Y si la entrada al sótano no está aquí?

—El plano no está mal —gruñó Raúl, agachado junto a un pilar de hierro—. Modesto podrá ser muchas cosas, pero no tonto. Y Eusebio se jugó demasiado como para dejar pistas falsas. Está aquí. Lo hueles, ¿no?

Tristán no olía más que humedad, óxido y su propio miedo. Caminó hasta el otro extremo del andén, rastrillando la vista sobre cada centímetro de piedra. Nada. Ni una marca sospechosa, ni una rendija que pareciera algo más que desgaste.

El cielo se fue oscureciendo un punto más, como si alguien hubiera bajado el dimmer del mundo. El frío subió del suelo a las piernas. Pensó en Maeve. En su risa fácil, en la forma en que se le ensombrecían los ojos cuando hablaba de Dublín, en el hilo de voz con el que había dicho "es esta noche". La idea de que estuviera atada en algún sitio, o peor, ya en manos de los acólitos de Elías, le apretó el pecho.

Volvió sobre sus pasos. Raúl ahora estaba en mitad del andén, palmeando la estructura metálica del antiguo tejadillo que cubría parte de la plataforma.

—No hay ventilaciones a la vista —refunfuñaba—. Ni rejillas, ni salidas de emergencia… Nada.

Tristán sintió algo parecido a un ataque de claustrofobia, pero al revés: no era estar encerrado, era no encontrar siquiera la puerta del encierro.

—Mientras jugamos a arquitectos, ellos ya la habrán bajado — soltó—. A Maeve. La habrán… —no terminó la frase.

Raúl lo miró por un segundo, con los ojos oscuros bajo las cejas espesas.

—Ya está bien Tristán. Si pierdes la cabeza ahora, mejor te vuelves al hostal —dijo sin suavidad—. A mí no me sirve un hombre roto. Me sirve alguien que piense. Incluso cabreado. Pero que piense.

Tristán sintió el golpe. Y lo necesitaba. Apretó los dientes y siguió mirando, pero cada vuelta al andén era igual que la anterior. Y cada vuelta sin resultado hacía que la culpa le pesara un poco más, como si llevara una mochila invisible cargada de "tendrías que haberla parado, tendrías que haber sospechado, tendrías que haber ido con ella".

Después de un rato que se le hizo interminable, las piernas empezaron a pesarle. El corazón le latía en el pecho. Tenía la sensación de que el tiempo se estiraba, como un chicle a punto de romperse. Miró otra vez el reloj de la estación, sin reparar en la hora que marcaba. Solo vio la aguja quieta y la esfera sucia.

Sintió un impulso violento de gritar, de coger una piedra y lanzarla contra algo, contra alguien. Contra Elías, contra Zagalón, contra el propio pueblo. En lugar de eso, se dejó caer en el borde del andén, se sentó en el mismo filo de piedra gastada que asomaba sobre la caída de las vías. Las piernas colgando. El cuerpo se le vino un poco hacia delante, los hombros hundidos, la cabeza entre las manos durante un segundo.

Luego apoyó las palmas a cada lado, en el bordillo frío, como si necesitara sujetarse al mundo para no deslizarse del todo.

Raúl seguía moviéndose arriba y abajo del andén, conteniendo su propia desesperación a base de pasos cortos y bruscos. De vez en cuando soltaba una maldición en voz baja, pero no paraba de mirar, de tocar, de tantear.

Tristán respiró hondo. El aire sabía a óxido y a noche que se avecina.

No puedo tirar la toalla, pensó. Si la tiro, la que sufre es ella.

Se obligó a levantar la vista, no mucho, solo un poco, hacia la piedra que tenía a su izquierda, hacia la línea de bordillo que bordeaba la plataforma como un marco. Unos adoquines alargados, de granito gastado.

Algo en la textura de la superficie le pareció distinto unos metros más allá. Una sombra, un trazo, una curva donde no debería haberla.

Frunció el ceño.

—Raúl… —murmuró, sin levantarse todavía—. Espera un momento.

Raúl no lo oyó al principio. Seguía dando vueltas como un león enjaulado.

—¡Raúl! —repitió Tristán, más fuerte.

El médico se giró, molesto.

—¿Qué?

—Ven un momento —dijo Tristán, sin levantarse del bordillo—. Aquí. Mira esto.

Raúl se acercó, todavía con la respiración entrecortada. Tristán señaló la piedra justo a su izquierda, donde el andén terminaba en un borde de granito más gastado que el resto.

—Ahí —indicó—. ¿Lo ves?

A primera vista solo eran ralladuras. Años de botas, maletas y golpes de trenes fantasma. Raúl se agachó, pasó los dedos por la superficie. Los dedos de cirujano de sus manos notaron un surco distinto, más profundo, más deliberado.

—Espera… —murmuró.

Sacó un pañuelo del bolsillo y frotó con fuerza, apartando una capa de suciedad y musgo reseco. Poco a poco, debajo de la mugre, empezó a revelarse una forma curva, clara, cortada en la piedra.

Una media luna.

No era perfecta, pero se entendía a la primera: un arco, un borde interior más pulido, como si alguien lo hubiera repasado varias veces.

—¿En serio? —susurró Raúl.

Tristán se inclinó más.

—Dime que no lo estoy imaginando.

—No lo estás —admitió el médico—. Es… —tragó saliva— es la triada de símbolos.

Los dos se miraron sin necesidad de decir nada más.

Como si el hallazgo les diera permiso para seguir respirando, se levantaron a la vez y empezaron a recorrer el bordillo del andén como posesos. Raúl iba por delante, palpando, frotando con el pañuelo cada tramo sospechoso. Tristán le seguía, agachándose donde él dejaba huecos.

Tardaron unos minutos en encontrar la cruz.

Estaba un poco más allá, casi pegada a uno de los pilares de hierro que sostenían la estructura. Más erosionada, pero todavía reconocible: dos líneas que se cruzaban, una ligeramente más larga, talladas a cincel.

—Aquí —dijo Tristán—. La cruz. La segunda.

Raúl soltó una risa breve, seca.

—No puede ser casualidad. Alguien se ha tomado muchas molestias para que esto no lo vea cualquiera.

—Pues nosotros sí —respondió Tristán—. Nos falta el tercero.

Siguieron avanzando. El frío les subía por la espalda, pero ya ni lo sentían. El andén se estrechaba hacia el otro extremo, donde las hierbas habían empezado a invadir las vías. Justo antes de que el bordillo desapareciera bajo la maleza, Raúl se detuvo en seco.

—Aquí —dijo, casi sin voz.

Había un triángulo.

Más tosco que los otros, menos profundo, pero claro: tres líneas unidas, punta hacia esa parte de la estación, grabadas en el granito. El triángulo debería señalar algo… pero no quedaba claro el qué. Solo apuntaba ese lugar de la estación, hacia un lugar indefinido entre más allá de las vías y la fachada de la estación.

Se quedaron unos segundos en silencio, como si esperaran que el triángulo hablara solo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Tristán—. ¿Qué se supone que indica? ¿Las vías? ¿El terraplén? ¿El monte?

Raúl siguió la dirección de la punta con la mirada, trazando una línea imaginaria.

—No, el ángulo no da a las vías… —murmuró—. Es más alto.

Fue levantando la cabeza poco a poco, arrastrando la vista por las paredes desconchadas de la estación, las ventanas tapiadas, hasta que se detuvo en el hierro negro que salía de la fachada: un brazo

de forja con volutas, y colgando de él, como un ojo antiguo, el reloj de la estación.

No era de esos planos contra la pared. Era un reloj de doble cara, redondo, de los que se veían antes en las fotos de estaciones inglesas. El cristal estaba sucio, el borde de metal oxidado, y de la esfera salían unos pequeños adornos como rayos apagados.

—Mira —dijo Raúl—. El triángulo. Está señalando al reloj.

Tristán siguió la línea también. Bordillo, triángulo, aire, forja, esfera.

—No veo qué tiene de especial, aparte de viejo —bufó—. Ni siquiera funciona.

Aun así, no podía dejar de mirarlo. Había algo en la quietud de aquellas agujas que le ponía nervioso. Sin darse cuenta, se llevó la mano al bolsillo del abrigo, buscando el metal frío del reloj de Eusebio. Le reconfortaba y al mismo tiempo le daba sosiego.

Lo notó allí, como un corazón ajeno. Lo sacó despacio.

—Eusebio nos sigue diciendo algo —murmuró—. Siempre nos dice algo cuando aparece una de sus manías. El ajedrez, el reloj… —Abrió la tapa—. A ver qué quiere ahora.

El pequeño reloj de bolsillo brilló un poco en la penumbra. La esfera, marcada por los años, tenía las agujas clavadas en la misma posición que la última vez que la había mirado: las once y tres minutos.

Tristán alzó la vista hacia el reloj de la estación, colgando de su brazo de hierro. Costaba ver la hora con el cristal sucio y la luz cayendo, pero afinó la vista. Tuvo que mover un poco la cabeza para evitar el reflejo débil de la última claridad del cielo.

Entonces lo vio.

—Raúl… —dijo en un hilo—. Míralo bien.

El médico entrecerró los ojos, siguiendo la indicación.

Las agujas del reloj colgante estaban quietas. Y no quietas en cualquier sitio. Quietas en el mismo sitio.

Once y tres minutos.

Raúl soltó un juramento que podría haber ofendido a varios santos de golpe.

—De qué me suena esto… —masculló, llevándose la mano a la frente—. Once y tres… once y tres…

Se quedó pensando un segundo, y de pronto chasqueó los dedos.

—Claro. Los números del plano. Las parcelas.

Le arrancó casi de las manos el reloj de bolsillo para mirarlo más de cerca, luego levantó la vista otra vez hacia el de la estación, como si quisiera convencerse de que no estaba viendo visiones.

—Están los dos parados en la misma hora, Tristán. Eso no es azar. Eso es alguien gritándonos con símbolos en la cara. Mira los rayos de hierro alrededor, simula un sol, todo va en la misma dirección. Vamos dentro.

—¿Dentro?

—A la oficina —dijo Raúl, ya echando a andar hacia la puerta de la estación—. Necesitamos los planos. El de las parcelas, el del sótano. Los números once y tres están ahí. Falta encajarlos.

Tristán lo siguió, con el reloj de Eusebio aún abierto en la mano, como si temiera que al cerrarlo se borrara el mensaje.

La puerta principal de la estación cedió con un quejido largo cuando Raúl la empujó. En el aire polvo viejo y papel podrido por el tiempo. La poca luz que entraba por los cristales sucios apenas lograba dibujar las siluetas de los muebles.

Encontraron una mesa en un extremo, bajo la sombra de un calendario descolorido de hacía años. Era una mesa de madera pesada, con marcas de quemaduras de cigarro y anillos de tazas.

Raúl apartó con el antebrazo un montón de papeles inservibles y dejó a la vista la superficie.

—Venga —dijo—. Saca el croquis. Y el plano que te dio Modesto.

Tristán obedeció. Extendió primero el croquis del sótano: las líneas del pasillo, la sala central, las marcas de ventilación sin salida.

Encima, al lado, desplegó el plano de las parcelas exteriores, el que hablaba del terreno de toda la zona. Los números en negro llamaban la atención: 7, 15, 11, 3…

—Aquí —señaló Raúl, localizando la 11—. Y aquí la 3. ¿Ves? Ocupan casi todo este lado. Son grandes. Demasiado grandes para ir campo a través buscando entradas a oscuras.

Tristán notó que la esperanza se le volvía a desinflar un poco.

—No podemos registrar todo eso antes de que la maten —dijo, en voz baja—. Es imposible.

Se hizo un silencio corto. Solo se oía un goteo constante en algún punto del edificio y el crujido lejano de la madera.

—Espera —dijo entonces Raúl—. Estamos siendo tan idiotas como para quedarnos solo con las horas y los minutos.

Miró una vez más el reloj de Eusebio, todavía abierto sobre la mesa. Acercó la esfera al rostro, fijándose en el segundero detenido.

—Once horas, tres minutos… —susurró— y nueve segundos.

Alzó la vista hacia Tristán.

—Tres números, no dos —añadió—. Once, tres y nueve. ¿Te suena ahora?

Tristán bajó la mirada al plano de las parcelas. Siguió con el dedo la zona de la 11 y la 3. Localizó la 9, un poco más abajo, recortando una esquina.

Fue entonces cuando lo vio.

—Aquí… —dijo, con un hilo de excitación abriéndose paso a través del miedo—. Mira aquí, Raúl.

En uno de los vértices, las tres parcelas se tocaban. Un punto exacto en el cruce de las líneas: una esquina de la 11, otra de la 3, otra de la 9. Justo en el límite común.

Raúl apoyó el dedo encima, clavándolo como si quisiera taladrar el papel.

—Aquí —repitió—. Once, tres, nueve. El reloj marca el sitio. Este es nuestro punto. La hora está puesta adrede, es la X de la entrada.

Raúl mantuvo el dedo clavado en el vértice del plano unos segundos más, como si tuviera miedo de que el punto se escapara.

—Esto de aquí —dijo—, si lo pasamos al terreno real, cae… —cerró los ojos un instante, dibujando el mapa en la cabeza— más o menos al principio del camino del bosque. Esta curva de aquí es la entrada del sendero.

Trazó con el dedo una línea imaginaria desde la estación hasta el punto señalado y luego hacia el margen del papel.

—Está más o menos cerca —añadió—. Si te fijas bien, ese lugar se acerca más al este de la casa y se aleja más de la estación, tiene

lógica. Vamos no está a kilómetros, pero aún no sabemos bien donde está. La entrada tiene que estar por esa zona.

Tristán sintió cómo un hilo de adrenalina le recorría la espalda.

—Pues vamos —dijo—. Cada minuto que perdemos aquí es uno que ellos ganan allí abajo.

Raúl dobló los planos a toda prisa, casi con rabia, y los metió en la mochila. Cerró el reloj de Eusebio con un clic seco, se lo devolvió a Tristán y se encaminó hacia la puerta.

Afuera, la luz ya era otra cosa. No era tarde de otoño: era casi noche. El cielo se había vuelto una losa oscura salpicada de nubes más negras aún. La primera estrella luchaba por hacerse ver entre los claros. La luna llena iba a ser una aliada. El aire tornaba a humedad, barro y a hojas mojadas.

Desde la explanada de grava de la estación, el camino del bosque era poco más que una boca de sombra al final de una curva. Un cartel viejo, torcido, marcaba una ruta de senderismo que nadie parecía usar desde hacía años.

—A ojo, esto debería estar… —Raúl levantó el plano hacia la poca luz que quedaba— por esta zona de aquí, fuera del sendero. No sabemos la distancia exacta, pero no puede ser muy dentro.

—¿Linterna? —preguntó Tristán.

—Sí, coge la tuya —respondió Raúl, sacándola de la mochila—. Busquemos la entrada secreta.

La encendió apuntando al suelo, un cono de luz pálida que arrancó brillo a las piedras y a las hojas caídas.

Entraron en el sendero.

Los árboles se cerraron sobre ellos casi de inmediato. Castaños, robles, algún pino suelto. Las ramas altas se trenzaban, dejando pasar hilos de cielo morado entre las hojas. El suelo estaba blando de tanta hoja acumulada, traicionero.

Avanzaban rápido, pero con la sensación constante de ir demasiado despacio.

—Mira las rocas, los troncos —dijo Raúl—. No sabemos la altura correcta y no debe escaparse ninguna señal. Eusebio, a estas alturas, no nos va a dejar tirados. No se iba a parar ahí.

Tristán dirigió la linterna a derecha e izquierda, subiendo y bajando el haz. Cada tronco parecía esconder algo, cada piedra, un rostro. El silencio del bosque era espeso, roto solo por el crujido de sus pasos y el lejano ulular de un búho, o eso imaginaba él.

Maeve, pensó. Secuestrada por Vicente y Amparo, y ellos sin saber si están más cerca de matarla o de salvarla. La imagen le apretó el pecho.

—Raúl… —empezó— el precipicio que nos hemos encontrado no nos ha dado para pensar mucho, solo para resolver. ¿Podías haberte imaginado alguna vez que los buenazos de Amparo y Vicente fuesen capaces de algo así?

—Increíble, no se sus motivaciones, pero ya hemos visto que no podemos fiarnos de nadie ni de nada.

—Y ahora Maeve… van a sacrificarla para esa religión, el mal del mundo: el poder y la religión que a veces es lo mismo. Y ahora va a morir por mi culpa.

—No empieces y concéntrate en buscar, es lo único que importa, paso a paso —lo cortó Raúl—. Hasta que no vea un cadáver, todo el mundo está vivo. Esa norma me la enseñó la medicina y la confirmé en este pueblo.

El sendero hizo una curva suave hacia la derecha. A la izquierda, el terreno caía un poco y luego se elevaba de nuevo en un pequeño talud lleno de arbustos.

Fue entonces cuando Tristán la vio.

—Espera —dijo, frenando en seco—. Pon la luz ahí.

Se acercó a un castaño grueso, de tronco agrietado. Sobre la corteza, a una altura que cualquiera podría tocar con la mano, había tres líneas grabadas. Eran líneas deliberadas, formando un triángulo claro, la punta señalando hacia la izquierda del sendero, en el interior del bosque.

Raúl acercó la linterna y soltó un resoplido.

—La tríada sigue hablando —murmuró—. Primer aviso.

Tristán pasó los dedos por la corteza. La madera estaba pelada al tacto en la zona del grabado, como si alguien lo hubiera repasado varias veces a lo largo de los años.

—Está fresco —dijo—. No fresco de ayer, pero tampoco de hace treinta años.

Raúl miró hacia la dirección que señalaba la punta del triángulo. No era el sendero. Era fuera de él, hacia una zona de maleza más densa.

—Pues el camino no es el camino —añadió—. Nos quieren fuera de la ruta.

—Genial —ironizó Tristán—. Monte cerrado, de noche, con un culto homicida de por medio. ¿Qué podría salir mal?

Raúl apagó un segundo la linterna y la volvió a encender, como si se estuviera decidiendo con quién estaba más cabreado, si con el mundo o con él mismo.

—Maeve vale más que todos los arañazos que nos vamos a llevar —dijo al fin—. Sígueme.

Abandonaron la vereda. La maleza les golpeaba las piernas, las ramas bajas les arañaban la cara. El suelo se volvió irregular, lleno de raíces invisibles. Avanzaban a tirones, abriéndose paso a manotazos, usando las manos libres para apartar matorrales.

La linterna barría sombras que parecían moverse un segundo después de que la luz se hubiera ido.

—¿Cómo habrán traído a Maeve por aquí? Deben ir por otro sitio —dedujo Raúl.

Tristán iba con los ojos bien abiertos, forzándose a no parpadear demasiado. Entonces, en un claro mínimo entre dos arbustos, la luz hizo brillar algo en una roca grande y medio enterrada.

—¡Ahí! —exclamó.

Se acercó casi tropezando. La roca, de granito claro, tenía en una de sus caras una curva profunda, pulida por el tiempo: la media luna, tallada con más mimo que la del andén.

—La segunda —dijo, con la voz entrecortada—. Como las conchas del Camino. Nos señala la dirección a seguir.

Raúl llegó a su lado. Miró la roca, miró alrededor.

Delante de ellos, la maleza era aún más espesa. Zarzas, ramas enredadas, un muro verde y oscuro que parecía no querer dejarlos pasar.

—Y aquí se acaba el sendero de cuento —gruñó—. No veo nada más.

Tristán dio un paso adelante. Las zarzas se le engancharon al pantalón, como dedos pequeños empeñados en retenerlo. La linterna apenas penetraba unos metros en esa maraña.

—No puede ser un callejón sin salida —dijo—. Nos han traído hasta aquí. Media luna, triángulo… Tiene que haber algo más.

Se separaron unos metros, cada uno buscando un hueco, un brillo, una forma que rompiera el patrón. El bosque parecía cerrarse aún más sobre ellos, como si escuchara.

Tristán sintió que el corazón iba desbocado. El aire se volvió denso y se le erizó el vello de la nuca. Contuvo el aliento buscando una salida que no encontraba.

—¡No puede ser aquí el final! —soltó, impotente—. ¡No ahora!

Durante unos segundos, solo se oyó su propia respiración y el roce de la ropa contra las ramas. Luego, la voz de Raúl le llegó un poco más lejos, cargada de algo distinto.

—¡Tristán!

Era un grito, pero no de pánico. Era de hallazgo.

—¡Tristán, ven aquí!

Tristán se abrió paso como pudo hacia donde venía la voz, jurando en todos los idiomas que conocía cada vez que una rama le daba en la cara. Al girar alrededor de un arbusto más alto, lo vio.

Raúl estaba medio agachado, con las manos hundidas en la maleza. Había apartado un montón de ramas secas y arbustos bajos que, de lejos, parecían simplemente parte del paisaje. De cerca, se veía claro que alguien los había colocado allí con cuidado.

Detrás, empotrada en una losa de cemento vieja, había una reja redonda.

Una rejilla de ventilación, de las industriales, oxidada en los bordes. Los barrotes interiores se cruzaban formando un dibujo que no dejaba lugar a dudas: una cruz perfecta, encerrada en el círculo.

Raúl levantó la vista hacia él. En sus ojos había miedo, sí, pero también una especie de alivio brutal.

—La tercera —dijo en un susurro—. La cruz. La tríada al completo.

Tristán se acercó hasta que llegó junto a la reja. Era como una puerta redonda. La tocó con la punta de los dedos. Estaba fría, pero no tan firme como habría esperado. Cedía un poco.

—Está floja —murmuró—. Como si la hubieran quitado y puesto más veces.

Raúl dio una rápida mirada alrededor, como si esperara que de entre los árboles saliera alguien aplaudiendo.

—Mira a la izquierda, ahí estaba la maleza del suelo aplastada como de haber pasado muchas veces. Por ahí deben venir quienes sean y por ahí han debido llegar hasta aquí con Maeve.

—Entonces es aquí —sentenció Tristán—. No hay duda posible. Esta es la boca.

La boca del sótano. La boca del Fuego Único. Y Maeve, en algún punto de esa oscuridad.

Raúl probó primero con la punta de la bota, como si no se fiara del todo de que aquello fuera real. La rejilla vibró y soltó una lluvia de óxido.

—No es solo un respiradero —murmuró—. Esto se ha abierto muchas veces.

Enganchó los dedos en los hierros. Tristán hizo lo mismo al otro lado. Tiraron a la vez. La estructura cedió con un chirrido largo, pegajoso, de metal que lleva demasiado tiempo fingiendo que es roca.

La reja no era pequeña, casi de cuerpo entero. Más que un respiradero, parecía la tapa camuflada de una boca, una puerta. Cuando la apartaron y la apoyaron contra la piedra, el agujero quedó al descubierto.

Un túnel negro, del tamaño suficiente para que un hombre bajito pudiera pasar de pie y ellos dos algo encorvados. La primera bocanada de aire que les llegó desde dentro era fría y vieja. Tenía ese olor mezclado que solo tienen los sitios donde han pasado muchas cosas y casi todas malas: humedad, tierra removida, ceniza, incienso rancio.

—Aquí ha bajado gente —dijo Raúl en voz muy baja—. Y no eran curiosos senderistas.

Tristán tragó saliva.

—Maeve —susurró.

Encendieron las linternas como si fueran armas láser. El haz de luz cortó la oscuridad y dibujó un tramo de escalones tallados en la piedra, que se perdían hacia abajo.

—Si ahora aparece otra trampa. Otro jueguecito —gruñó Tristán —, le prendo fuego al pueblo entero.

—Tranquilízate y apunta la rabia hacia delante —contestó Raúl— Nos hará falta.

Entraron.

El pasadizo descendía como una herida abierta en la piedra, húmedo, silencioso, y cargado de un hedor antiguo y algo más… algo que parecía respirar. Las paredes estaban manchadas de negro en algunos tramos, como si el humo hubiera buscado salidas que no encontró. En otros, se veían perfectamente los golpes de pico, como si alguien hubiera agrandado el túnel a mano, sin prisa y sin piedad.

Los escalones eran irregulares. A veces apenas un cambio de nivel, otras un peldaño alto que obligaba a levantar la rodilla más de lo normal. El techo bajaba y subía por tramos; había momentos en los que tenían que agachar la cabeza para no darse con la roca.

Cada paso que daban, cada recodo, Tristán tenía la sensación de que ya iban a llegar a "algo". Pero no. Solo más túnel.

El sonido de sus botas rebotaba en las paredes y se les devolvía deformado, como si alguien más caminara detrás de ellos. La linterna de Tristán temblaba apenas, pero lo suficiente para que el haz de luz pareciera vivo.

—¿Hasta dónde narices va esto? —murmuró.

—Hasta donde Elías quiso esconder lo que no quería ver nadie —respondió Raúl—. Donde menos te apetece entrar.

En una curva, el pasadizo dejó se volvió casi horizontal. La piedra, aquí, estaba más pulida, como si muchas manos la hubieran tocado al pasar. Las paredes se estrechaban, obligándoles a ir casi en fila india, hombro con hombro.

Y entonces, simplemente, se acabó.

No con una sala, no con un giro más. Con un muro.

Tristán tuvo que clavar los talones para no estamparse contra él.

—No —soltó—. No, no, no…

Raúl estaba a medio metro detrás y casi se lo come.

—¿Qué pasa?

Tristán alumbró el frente.

La puerta apareció al final del corredor como un juicio.

No era una puerta convencional. Ocupaba todo el ancho y toda la altura del túnel, encajada en la roca como un tapón. Una superficie negra, lisa a primera vista, pero que al acercar la luz revelaba un brillo profundo, casi líquido: obsidiana. Negra. Obsidiana tallada. Por toda la hoja se extendían relieves dorados: figuras estilizadas, barcas, ojos, plumas, símbolos egipcios que se movían al ritmo de la linterna como brasas vivas que no terminan de apagarse.

En el centro, como si fuera el corazón de aquello, un disco formado por tres anillos concéntricos. Cada anillo estaba lleno de pequeños jeroglíficos. El exterior de ellos, con nombres de dioses; el intermedio, con signos que parecían puertas o umbrales; el interior, con palabras más abstractas, casi como conceptos.

Y sobre el marco, grabada directamente en la piedra, una inscripción:

"Tres son los pasos de la entrada del alma: el que la guía, el que la filtra, y el que la eleva.

Solo si el viajero conoce sus nombres, la Duat se abrirá."

Durante un segundo se hizo un silencio raro. El tipo de silencio que se hace cuando el universo se te ríe en la cara.

—Genial —dijo por fin Tristán, en un susurro cargado de veneno— Otra maldita puerta. Otro puto acertijo. Y Maeve detrás.

Se acercó dos pasos más y apoyó la frente en la roca, solo un instante.

—Raúl… —su voz sonaba rota—. ¿Y ahora qué pasa? ¿Qué más quiere este cabrón de nosotros?

Golpeó con la palma el disco de los anillos. El golpe no resonó como en piedra maciza, sino con un eco sordo, como si detrás hubiera hueco. La puerta no era solo un muro: era una cerradura de seguridad.

Raúl se quitó la mochila despacio, como quien deja en el suelo un peso que no quiere perder.

—Es Elías —dijo—. Siempre fue así. Cuando parece que has llegado, te pone un escalón más. O caes, o creces.

—Yo no quiero crecer, quiero sacarla de aquí —escupió Tristán—. Y cada minuto que pasa…

Empezó a tantear el borde del disco, a empujarlo, a girarlo a lo bruto. Los anillos se movieron un poco con un chirrido metálico, pero nada más.

—Como metas la pata —advirtió Raúl— igual lo bloqueas para siempre. Y entonces sí que la hemos jodido.

Tristán apartó las manos, respirando fuerte, como si estuviera a punto de pegarle un puñetazo a alguien.

Raúl se acercó al disco. Pasó los dedos por los jeroglíficos con una delicadeza casi médica.

—Tres anillos —dijo, pensando en voz alta—. Tres pasos. Guía, filtro, elevación. Dioses, puertas, virtudes…

Tristán lo miró.

—Saca el Libro de los Muertos. El egipcio.

El nombre en aquella profundidad sonó distinto: más pesado.

Raúl abrió la mochila y sacó el libro. El cuero crujió como si protestara al volver a la luz. En ese momento le pareció lo más irónico del mundo: confiando en un manual del más allá para no perder a alguien en el más acá.

—Lo único que tenemos egipcio es este libro —gruñó—. Si esto no funciona, lo empotro contra la puerta.

—Ojalá sirviera así —respondió el médico—. Pero Elías no era de golpes. Era de pensar y eso debemos hacer nosotros.

Lo abrió más o menos por la mitad. Buscó con el pulgar un marcapáginas improvisado que él mismo había dejado.

—Aquí —murmuró—. "Guías del alma". Éstos tienen que ir en el anillo de fuera.

—¿Y la tríada? —preguntó Tristán—. ¿Puede tener un paralelismo? Intenta encajar la media luna, la rejilla y el triángulo.

Raúl alzó un momento la vista hacia él.

—En otra capa —respondió—. No los vas a ver dibujados. Los vas a ver traducidos. A ver, vamos como hasta ahora, paso a paso.

Empezaron por los dioses.

—Ra —leyó Tristán—. "Señor del sol, barca del día…" No tiene nada que ver con la luna de la triada.

—Demasiado evidente, demasiado arriba —admitió Raúl—. Elías no era tan simple.

—Thot. "Escritura, sabiduría…"

—No es guía, es escribano.

—Isis. "Madre, protectora…"

—Protege, pero no conduce.

Pasaron varias entradas más. El tiempo, en el túnel, parecía espeso como miel fría.

Raúl pasó el dedo por una línea y se detuvo.

—Aquí —susurró—. Khonsu. "El que guía en la noche. El que protege a los viajeros en la oscuridad. ***Señor de la luna***."

Los dos callaron a la vez.

Tristán se humedeció los labios.

—La media luna —dijo—. 𓇼. Es él.

Se acercó al disco. El anillo exterior tenía docenas de símbolos diminutos. Buscó al de Khonsu y, cuando lo encontró, apoyó los dedos y empezó a girar el aro. El metal cedió sin resistencia, como si se usase a menudo. Cuando el jeroglífico llegó arriba, justo bajo una pequeña muesca en la puerta dejaron de girarlo.

—Uno —murmuró Raúl—. Pero con uno no vamos a ninguna parte.

—La rejilla —dijo Tristán—. Puerta. Filtro. El paso donde decides quién entra y quién se queda fuera. En la triada sería como la cruz de la puerta de la entrada del túnel.

—Puertas del inframundo —repitió Raúl, pasando páginas—. Aquí. Son doce. Cada una con un nombre.

Leyó varios. Los nombres se mezclaban con el latido acelerado de los dos.

—"Puerta del Valle…" —negó con la cabeza— No. Ni de coña.

—"Puerta del Silencio"… suena muy él —aventuró Tristán.

—Es un concepto, no un filtro —gruñó Raúl—. Piensa en la rejilla: deja pasar aire, pero no cualquier cosa. Es un paso que no quema, no aplasta. Solo… separa.

Pasó otra página.

—"Puerta de las Aguas Silenciosas…" —leyó despacio—. "Paso pacífico hacia el juicio. Solo los que no temen cruzan sin ser quemados."

Alzó la vista.

—Aquí —añadió—. En una de las notas al margen de su diario escribió "el umbral que no arde". Ahora cuadra.

Tristán tragó saliva.

—Rejilla que deja pasar, puerta que no quema —resumió—. ☩.

Buscó el símbolo en el anillo intermedio. Esta vez, al girarlo, el metal ofreció menos resistencia aún, como si el primero hubiera desbloqueado parte del mecanismo. Cuando la puerta de las Aguas Silenciosas quedó alineada con Khonsu, un clic sonó en las entrañas de la puerta. Más grave. El suelo vibró levemente bajo sus botas.

—Vale —dijo Tristán—. Nos falta el último. Y si la cagamos aquí…

No terminó la frase.

Miró el anillo interior. Los símbolos eran diferentes: no parecían dioses ni puertas, sino ideas. Pesos, plumas, corazones, balanzas.

—Virtudes —recordó Raúl—. Lo que hace que un alma suba o se hunda.

—El triángulo —dijo Tristán—. Siempre apuntando. Siempre marcando dirección. No es bondad, ni pureza. Es… saber hacia dónde.

Raúl buscó en el índice del libro. Encontró el apartado de las virtudes del corazón.

—"Paciencia". "Silencio". "Pureza". "Valor"…

—No apuntan a nada —negó Tristán—. Son estados. El triángulo es otra cosa. Es más… geometría. Es la flecha en un mapa.

Raúl pasó una página más.

—"Maat" —leyó—. "La verdad. El equilibrio. Aquello que se pesa contra la pluma. La dirección justa del alma."

Se quedaron un segundo mirándose.

—La dirección de la verdad —dijo Tristán—. Eso sí es una flecha.

Buscó el símbolo de Maat en el anillo interior. Lo encontró: una figura con pluma y balanza. Giró el aro despacio, con el corazón en

la garganta.

Cuando Maat quedó alineada con Khonsu y la Puerta de las Aguas Silenciosas, el disco entero pareció tensarse bajo sus manos, como un músculo.

Durante un segundo no pasó nada.

Luego, algo dentro de la roca empezó a girar.

No fue un deslizamiento limpio hacia arriba. Fue una serie de golpes sordos, de cerrojos enormes retirándose uno a uno, de engranajes. Los relieves dorados vibraron; el polvo cayó de la junta superior en pequeñas cascadas.

La puerta se abrió hacia dentro, despacio, como si a la propia piedra le costara decidir si quería dejarles pasar. Un resplandor rojizo, débil, se coló por la rendija que se iba abriendo, junto con un aire más caliente y mucho más sucio.

El tufo los golpeó: el aire húmedo tornaba a caliente, carne vieja, humo antiguo.

De dentro llegó un murmullo. Como muchas voces rezando en susurros, solapadas, en un idioma que ninguno de los dos entendía del todo… pero que a Tristán le erizó la piel. Y, por encima de todo, un sonido claro: un grito. Maeve.

—¡Maeve! —rugió Tristán, sin esperar a que la hoja terminara de abrir del todo.

Se coló por el hueco, la linterna adelantada como una lanza. Raúl cerró el Libro de los Muertos de golpe, lo dejó caer y lo siguió, con la certeza helada de que acababan de cruzar más que una puerta.

El portal de Zagalón, la Duat de Elías Varea —o lo más parecido que había conseguido construir—, los esperaba al otro lado.

Capítulo 29
El Santuario

El grito de Maeve aún le vibraba en los oídos y el túnel que se abría delante era, por fin, algo más que símbolos y planos: era el camino hacia ella.

—¡Mae…! —No terminó el nombre.

Una mano le agarró del brazo con tanta fuerza que casi lo tira al suelo. Raúl lo estampó contra la pared de piedra, pegando también su cuerpo, como si el túnel fuera de pronto demasiado estrecho para los dos. En la roca, a la altura de sus caras, había una marca apenas visible: una pequeña llama grabada junto a tres trazos curvos que se abrían como sombras. Incluso allí, en el pasillo, Zagalón había dejado su firma.

—Ni se te ocurra —le siseó al oído—. Ni un paso más así. Ni un grito más.

Tristán le buscó la mirada en la penumbra.

—La has oído —jadeó—. Está viva. ¡Está aquí!

—Precisamente por eso —respondió Raúl, todavía sin soltarlo—. Si estuviera muerta, esto ya habría explotado o ardido. Todavía la quieren viva. Un paso en falso y les das la excusa perfecta para rematar el trabajo.

Durante un segundo, Tristán solo oyó su propia respiración, desbocada, chocando contra la piedra húmeda. El impulso de correr hacia adelante, de romper lo que hiciera falta, era casi físico.

Raúl aflojó un poco la mano, pero no la retiró.

—Escúchame —dijo más bajo—. Llevamos días persiguiendo migas. Relojes, símbolos, papeles, muertos. Estamos aquí porque hemos pensado. Si ahora dejas de pensar, la matas tú, no ellos.

Tristán cerró los ojos un instante. Vio a Maeve en el Garrison, riéndose con la cabeza hacia atrás. Vio su cara cuando le dijo que el mundo de los muertos se acercaba en Samhain. Vio las palabras escritas en el azúcar.

Respiró hondo, una vez. Otra.

—Vale —dijo al fin, tragando rabia—. Vale. Pero no me pidas que me calme.

—No quiero que te calmes —replicó Raúl—. Quiero que uses bien el miedo. Eso sí se nos da bien.

Lo soltó del todo.

Luego, Raúl, se agachó, abrió la mochila a medias y sacó el katār. La hoja curva brilló un segundo en el cono de luz.

—Yo voy con esto —dijo—. Mano izquierda katār, en la otra la linterna. Encontraremos algo para ti. Ahora necesito que veas y pienses por dos.

Tristán asintió. Notó el sudor frío en la palma que sujetaba la linterna. La levantó lo justo para no deslumbrar a Raúl.

—Vamos —murmuró el médico—. Despacio. Pegados a la pared. Vamos a ver que nos encontramos. Miremos primero.

El pasadizo que salía de la puerta a la cámara era corto, pero les pareció eterno. Bajaba apenas unos metros y luego giraba en una curva suave. A medida que avanzaban, la oscuridad se hizo luz: un resplandor anaranjado empezaba a dibujar los contornos de la roca más adelante, mezclado con destellos azulados que parecían fuego visto a través del agua.

El aire cambió. Se volvió más cálido, más denso. Había un olor de mezcla de roca y piedra mojada, metal caliente e incienso reseco. Y, por debajo, algo más: ese toque agrio del gas increíblemente domado y controlado. Debía estar mezclado con algo, el grisú no huele. Elías había jugado con fuego, nunca mejor dicho. En algunos tramos del techo del pasillo, apenas iluminados, Tristán distinguió pequeñas llamas grabadas en relieve, rodeadas de tres triángulos diminutos, como si fueran versiones en miniatura del símbolo de Zagalón marcando el camino.

—Ojo con dónde pisas —susurró Raúl.

Llegaron al final del túnel y se pegaron a ambos lados del arco de salida, como dos soldados en una puerta enemiga. Raúl asomó primero la linterna, apenas un dedo de luz, barrido lento.

Lo que vieron al otro lado no parecía un sótano. Era el Santuario del Fuego.

Un órgano abierto, palpitante, bajo las ruinas de la casa.

El Santuario se extendía ante ellos como el vientre de una bestia vieja.

El espacio parecía una pequeña catedral enterrada. El techo era bajo para el tipo de arquitectura que imitaba: una sucesión de bóvedas góticas de ladrillo marrón claro ennegrecido por el humo, sostenidas por columnas gruesas que se abrían en nervaduras, formando arcos que se cruzaban entre sí como las costillas de algo gigantesco. En la base de muchas columnas, la piedra estaba tallada con pequeños relieves: llamas estilizadas, medias lunas abiertas hacia la base, cruces encerradas en círculos y triángulos apuntando hacia el símbolo central del fondo. La tríada estaba repetida por todas partes, como un salmo en piedra. No había grandes alturas ni espacio para el aire: todo estaba comprimido, apretado, como si la roca lo apretara desde fuera.

Entre las columnas, el suelo estaba parcialmente cubierto por una lámina de agua sucia que reflejaba la luz como un espejo roto. Sobre esa superficie, cruzando la sala en canales estrechos, ardían lenguas de fuego.

Había fuego naranja, de ese de chimenea de pueblo, y fuego azul, más frío a la vista pero que daba miedo solo de mirarlo. Salía de ranuras en el suelo, de pequeñas bocas en piedra, de receptáculos metálicos incrustados aquí y allá. Se veía claramente que era algo calculado, diseñado. En los bordes de algunos canales habían grabado letanías del culto: franjas de piedra con inscripciones en las que se repetían palabras como “llama”, “sombra”, “ofrenda”. Tristán alcanzó a leer, a trompicones, fragmentos de frases: Una llama… El Fuego no olvida…

Por un lateral del techo y las paredes corría una red de tuberías estrechas, algunas de hierro, otras de cobre o de algún metal ennegrecido. Pensaron que así dominaba y controlaba el gas. Se perdían en las esquinas, bajaban hacia los canales, se unían a válvulas y a cajas metálicas. En algunos puntos rezumaban humedad; en otros, solo dejaban una marca oscura de calor antiguo. Entre las juntas de los arcos, justo donde convergían las nervaduras,

alguien había pintado o grabado pequeños círculos con tres sombras que se abrían como pétalos: ojos de Zagalón mirando desde arriba.

—El fuego de color azul parece ser gaseoso —apreció Tristán— Pero fíjate, Raúl, el anaranjado es como una mezcla extraña de aceite y brea. Debe tener otros elementos químicos, "el control de la alquimia del fuego" como dice el libro de este loco.

—Ha montado su propio infierno —murmuró Raúl—. A medida.

La voz se le perdió entre los arcos y volvió convertida en susurro.

En el centro de la sala, ligeramente elevada sobre el nivel del agua, había una plataforma de piedra. Sobre ella, una estructura que parecía a medias un altar y a medias máquina: una especie de mesa pétrea reforzada con piezas de metal, tubos que entraban y salían, y en uno de los lados, un armazón vertical, casi un bastidor, con argollas y correas. En el filo de la mesa, alguien había esculpido una línea de símbolos: tres triángulos alineados, una media luna invertida y una cruz encerrada en un círculo. El camino completo del alma, según Elías.

Allí estaba Maeve.

Estaba sujeta por muñecas y tobillos al armazón metálico, el cuerpo inclinado hacia delante, casi en vertical, la cabeza ladeada. Tenía la ropa sucia, un corte en la ceja, la mejilla amoratada. Pero sus ojos estaban abiertos. Muy abiertos. Se la veía entera.

Cuando el brillo de la linterna la alcanzó de lleno, giró la cara. Los vio.

Durante un segundo, a Tristán se le aflojaron las rodillas. Lo primero que sintió fue alivio animal: está viva. Después vino la culpa, como un latigazo. Luego valentía, quizás impostada, pero valentía.

Maeve parpadeó una vez, despacio. Y aunque no quiso delatarlos, fue capaz de hacer algo con la mirada. No era de miedo. Era una especie de "ya estás aquí". De "confío en ti". Había desafío en sus ojos, y una seguridad casi insultante para alguien en su situación. Como si estuviera diciéndole: "no te atrevas a venirte abajo ahora".

Tristán sintió cómo, contra todo pronóstico, algo dentro de él se ponía de pie.

Apartó la linterna un poco de su cara para no deslumbrarla, pero sin perderla de vista.

Al otro lado de la plataforma, ligeramente en penumbra, cuatro figuras estaban alineadas. Llevaban túnicas azules, de tela gruesa, capuchas echadas hacia delante. Acólitos de Elías que cantaban algo en voz baja, un murmullo rítmico, más cerca de un zumbido que de una melodía. Cada vez que las llamas azules subían, el canto subía un tono también. En la tela de las túnicas, a la altura del pecho, se veía bordado el mismo símbolo repetido: una pequeña llama central y tres trazos curvos que se abrían como sombras, el emblema de Zagalón.

Desde lejos reconocieron a la corte religiosa.

Allí estaba Eloy: ojos hundidos, mandíbula apretada, un sudor frío en la frente que la luz hacía brillar. No era el boticario que vendía medicinas, era un leal seguidor con ojos de loco.

Luego Amparo, envejecida de golpe, con la boca moviéndose en las palabras del canto como si fuera una niña repitiendo una lección. Los ojos enrojecidos, pero secos.

Vicente, junto a ella, con la mirada clavada en alguna parte del altar que ellos aún no veían del todo. Tenía la expresión de alguien que ya ha apostado todo al rojo y cree fervientemente que va a ganar en la ruleta.

La cuarta figura estaba al extremo. Más pequeña, capucha más echada hacia abajo. El canto le salía igual de firme. Por ahora, solo era un bulto azul, no conseguían verle la cara.

—Hay un cuarto discípulo, Raúl —murmuró Tristán—. Tengamos cuidado.

—Estamos en minoría —respondió Raúl—. Hagámoslo bien.

El símbolo de Zagalón presidía todo aquello.

Estaba tallado en la gran pared, detrás del altar, ocupando casi un tercio del muro. A primera vista parecía solo una llama. Una llama alargada, estilizada. Pero si se miraba un poco más, se veía que de esa llama salían tres sombras, tres siluetas deformadas que se abrían como pétalos negros. Un ojo enorme por encima de todo. El culto tallado en piedra. La pared estaba salpicada de vetas de un carbón extraño, tenía tonos azulados que brillaban con los destellos del fuego, como de purpurina que recorría las vetas.

—El vientre de su dios —pensó Tristán—. El vientre de todas locuras.

A un lado de Maeve, más cerca del borde de la plataforma, alguien se movió.

El haz de luz del fuego intermitente lo atrapó.

Elías Varea no era un fantasma. Si murió en el incendio ahora vivía. Tenía cuerpo. O casi.

Su figura era alta, más de lo que Raúl recordaba, pero quizá era la postura: erguido, con el pecho fuera, como si saboreara el aire caliente del Santuario. Partes de su piel parecían recompuestas, nuevas, sonrosadas, como la de una quemadura que ha cerrado hace poco. Otras seguían siendo carne viva, roja, cruzada de venas oscuras. En zonas del pecho y los brazos se veían claramente los músculos, como en la lámina anatómica del consultorio de Raúl, pero en carne y hueso.

El rostro era lo peor. Una mitad casi humana, con arrugas. Se veía algo del interior de la mandíbula y un ojo intenso, que miraba fijamente. La otra, una mezcla de cicatriz, injerto y sombra: piel tensa, brillante, y debajo, hueso insinuado.

—Se está recomponiendo, ha vuelto a la vida con la niebla azul, la energía de la que habla el libro del Culto y yo soy parte responsable de ello —se lamentó Tristán.

En la mano derecha, Elías sostenía el otro katār de la pared del salón de los Canedo. La hoja curva la tenía inclinada hacia el suelo, sin amenaza directa, pero lista para el sacrificio.

—Le falta un diez, quince por ciento para estar completo— murmuró Raúl, en un susurro casi profesional—. Y se lo piensa cobrar esta noche con la última muerte.

Tristán no respondió. No podía. Ver a Elías allí, sólido, casi completo, era como ver materializado el error original: el manuscrito, el engaño, el trato aceptado entre líneas.

Durante unos segundos, se limitaron a mirar. A tragarlo todo.

El fuego. El agua encharcada. Las tuberías. Los símbolos repetidos hasta la obsesión. Maeve atada, pero con la mirada entera, sin miedo por tenerlos ya allí. Elías medio recompuesto. Los cuatro devotos de túnicas azules.

Raúl inspiró despacio.

—Vale —dijo—. Ya sabemos dónde estamos. Y a qué nos enfrentamos. Busquemos algo para ti. Hay que actuar.

Bajó un momento la linterna hacia el suelo, cerca de la pared donde estaban ocultos. Entre dos piedras, cruzado, entre restos de la construcción, como si alguien lo hubiera dejado caer allí a medias, vio un tramo de tubo metálico, de unos cincuenta o sesenta centímetros, pesado, con un extremo abollado.

Se agachó sin hacer ruido, lo cogió y se lo tendió a Tristán.

—No vas a entrar en el vientre de Zagalón con las manos vacías —le susurró—. Coge esto.

El metal pesaba bien. Era un peso que Tristán agradeció.

Apretó los dedos alrededor del tubo, miró una vez más a Maeve, alzó un poco la barbilla.

—Vamos a por ellos —dijo, tan bajo que solo Raúl podía oírlo.

Y dieron el primer paso hacia el Santuario.

El agua sucia onduló bajo sus botas, apenas un dedo de profundidad, pero suficiente para devolverles un reflejo roto de fuego y sombras. Avanzaron pegados al lateral, buscando con la vista los tramos de piedra seca que cruzaban entre los canales incendiados como pasarelas improvisadas. El calor subía en oleadas desde el suelo; el oxígeno sabía a humo y a algo químico que se te quedaba pegado en la garganta.

El murmullo de los cánticos seguía llenando la sala, rebotando en las bóvedas. Había algo hipnótico en ese zumbido, como si cada palabra estuviera pensada para anular cualquier pensamiento propio. Tristán notaba cómo le latía el pulso al ritmo de la cadencia.

A cada paso, la figura de Maeve se hacía más nítida.

Las correas que le sujetaban las muñecas. El metal mordiendo los tobillos. El sudor pegándole el pelo a la frente. El corte en la ceja. Y, sobre todo, esos ojos, fijos en ellos, como si se los atara a la realidad a base de mirada.

—Ya estamos aquí —se dijo Tristán con voz de seguridad—. Tranquila, aguanta.

Llegaron a un punto en el que ya no podían seguir escondidos entre columnas. Para acercarse más al altar tendrían que salir a

campo abierto, cruzar un tramo de piedra al descubierto, con canales de fuego a ambos lados como pasillos de un horno.

Raúl le tocó el hombro.

—Hasta aquí tenemos donde ocultarnos —murmuró—. A partir de ahora, nos ven.

—Pues que nos vean —respondió Tristán.

Dio dos pasos más, lo justo para que la luz del fuego y el reflejo de su linterna los delataran del todo.

—¡Elías! —su voz reventó el canto como una piedra rompiendo un cristal—. ¡Soltadla ahora mismo!

Los cánticos se cortaron en seco.

El silencio que cayó después fue aún peor. Solo se oyó el chisporroteo del fuego en los canales y algún goteo lejano.

Las cuatro figuras con túnicas azules dejaron de cantar al mismo tiempo. Lentamente, como si obedecieran una coreografía ensayada, giraron la cabeza hacia ellos.

La linterna de Tristán arrancó rasgos conocidos de aquellas sombras encapuchadas. Eloy. Amparo. Vicente. La cuarta silueta, más baja, seguía con la cabeza gacha.

En la plataforma, junto a Maeve, Elías también se volvió.

No con sobresalto. No como alguien sorprendido en mitad de algo. Se giró despacio, disfrutando del gesto, como si llevara rato esperando ese momento. La mitad "humana" de su cara esbozó algo que podía pasar por sonrisa. La mitad quemada y reconstruida se tensó en un rictus que no sabía si era burla o dolor permanente. La hoja del katār brilló un instante cuando la alzó apenas, no en amenaza directa.

—Pues ya están aquí —dijo Elías, con una voz grave que llenó la sala sin necesidad de gritar—. El escritor y el médico. Mis dos discípulos más tercos.

La palabra discípulos le raspó a Tristán en algún sitio muy hondo.

—El Corazón de Zagalón —dijo Elías, sin levantar la voz—. La llama única. El principio. El fin.

Raúl dio un paso adelante, pero Elías levantó una mano.

—No tan rápido. Habéis llegado justo a tiempo para entenderlo todo.

—Suéltala, Elías —dijo Tristán, apretando más el tubo metálico—. Esto se acaba hoy. Aquí.

Elías ladeó la cabeza, como si examinara un insecto interesante.

—Todo se acaba, Tristán —respondió—. Pero no siempre como uno quiere.

Raúl dio un paso hacia delante, sin bajar el katār.

—Si le haces un solo corte más, no tendrás tiempo ni de terminar tu sermón —advirtió—. No estás tan completo como presumes. Te lo digo yo.

Elías lo miró con una chispa casi divertida en el ojo sano.

—Raúl Saldaña —murmuró—. El hombre que intentó apagar el fuego con ciencia… y ahora viene armado con una espada. Hay algo de poesía en eso.

El ambiente se tensó un punto más. Las llamas azules subieron un poco, como si alguien hubiera tocado una válvula invisible. Las sombras de todos se alargaron contra las paredes, deformadas por el relieve de los símbolos.

Tristán sintió que el corazón quería subírsele a la garganta.

—No vamos a repetir la historia —dijo—. Ni tu incendio, ni tu culto, ni tu Dios reciclado. Vas a soltarla, y luego hablaremos de ti.

Hizo amago de avanzar otro paso.

Entonces, la cuarta figura habló.

La voz no salió alta, pero llegó limpia.

—No os acerquéis.

Tristán se quedó clavado donde estaba. Había algo en ese timbre que conocía demasiado bien, y ese reconocimiento le heló la sangre antes de que el cerebro terminara de ponerle nombre.

La figura más pequeña, en el extremo de la fila de túnicas azules, levantó una mano.

—Es inútil que sigáis —añadió, mientras se bajaba la capucha y descubría su rostro—. No habéis llegado para llevárosla de vuelta como si nada. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí.

La comisura de la boca, luego la nariz, las mejillas surcadas de arrugas que Tristán conocía mejor que las de la almohada del hostal. Por último, los ojos. Esos ojos que había visto tantas mañanas desde que estaba allí mirándolo por encima de la cafetera.

A Tristán se le ahogó la voz.

—Lala… ¿Tú? —susurró Tristán, como si el nombre le cortara por dentro—. ¿Cómo? ¿Tú? Pero… ¿Por qué?

Ella terminó de bajarse la capucha del todo. El pelo rojizo con canas, recogido atrás, brilló más con los reflejos del fuego. Tenía la túnica como los otros, el emblema de la llama bordado en el pecho. Y una expresión que no era de vergüenza, ni de duda.

Era la expresión de alguien que por fin deja de esconderse.

—Sí, Tristán —dijo Lala—. Yo.

Raúl soltó un juramento en voz baja. Perplejos se quedaron sin palabras.

El Santuario entero pareció encogerse un poco más alrededor de ellos.

Tristán notó que el tubo le resbalaba un poco en la mano. No por el sudor, sino por vértigo.

—¿Desde cuándo? —logró decir—. ¿Desde cuándo estás… en esto?

Lala lo miró como lo había mirado tantas veces, pero era distinto. No había prisa, ni cansancio de hostal, ni esa paciencia de mujer que ha visto demasiados huéspedes. Había certeza.

—Desde antes de que tú supieras siquiera pronunciar "Santa Nevana" —respondió—. Desde mucho antes de que supieses donde estaba el pueblo. Desde mucho antes del incendio.

Desvió la vista un momento hacia Elías, que no se movió, como si le cediera el altar de las palabras.

—Ya me llamó la atención cuando el Maestro llegó por primera vez —continuó—. Cuando todavía venía con sus libros en cajas y sus ideas envueltas en papel de periódico. Todos le miraban como "el escritor raro de la casa de arriba". Para ellos era eso. Para mí… —se tocó el pecho con la mano— era la primera persona que me veía.

Raúl frunció el ceño.

—Lala, tú no…

—Tú, calla un momento, doctorcito —lo cortó, sin alzar la voz—. Has tenido muchos años para hablar. Ahora me toca a mí.

Volvió a centrarse en Tristán.

—Llevaba toda una vida sirviendo cafés, haciendo camas y escuchando las miserias de todos —dijo—. Para unos, la "dueña del hostal". Para otros, "Lala, llena el plato". Nadie preguntaba qué quería yo. Nadie. Hasta que él habló de Zagalón.

El nombre pareció encajar en las bóvedas, como si ya hubiera sido pronunciado allí muchas veces.

— La peor época cuando vinieron los obreros de las vías del tren o los del carbón ¿Sabes lo que es que alguien te diga que tu vida no ha sido solo aguantar borrachos y limpiar vómitos? —siguió ella—. Que has sido preparada. Que tienes talento. Que eres buena organizando, mirando, anotando, recordando. Que todo eso puede servir para algo más que para que cuatro turistas se sientan en casa.

Sonrió, pero no era una sonrisa amable.

—Yo siempre fui la mano que sostiene el plato para que otros coman. Elías me dio un lugar en la mesa.

—Te comió la cabeza —escupió Raúl—. Eso fue lo que te hizo.

Lala giró ligeramente el rostro hacia él, incómoda por el comentario, pero sin perder la calma.

—No seas ridículo, Raúl. Tú estabas allí. Yo oía vuestras conversaciones escondida en la casa. Tú sabías que no hablaba solo de novelas. Y aun así te creíste mejor que él. Quisiste encerrar sus ideas, sus papeles como quien mete un perro en un cuarto oscuro y pensaste que ya estaba.

Apretó los labios un segundo.

—¿Quién crees que oía vuestros gritos desde la escalera? ¿Quién sabía que guardabas el manuscrito y el Coniuratio en esa consulta tuya tan limpia? Yo. Siempre he sabido dónde guardáis las cosas los hombres que os creéis importantes.

Raúl blanqueó los nudillos alrededor del katār.

—Fui yo quien mandó a Eloy a por el manuscrito —prosiguió Lala, sin dejarle responder—. Una noche en que tú estabas de guardia en Astorga, tu querida consulta se quedó sola. Él sabía dónde buscar porque yo se lo dije. El manuscrito. La hoja. Todo volvió donde tenía que estar: para el resurgir del Maestro.

Clavó los ojos en Tristán.

—Y después, cuando llegó el momento adecuado, al armario de tu habitación.

El mundo se le encogió un poco.

—¿Qué…? —balbuceó—. Tú… ¿fuiste tú quien…?

—¿Quién creías que iba a ser? —replicó Lala—. ¿Un hada madrina? Te vi llegar hecho polvo, con tus miedos, tus fracasos y tu cara de niño perdido. En cuanto te presentaste en la puerta supe que eras perfecto.

Hizo un gesto pequeño con la mano, abarcando el santuario entero.

—Un escritor roto. Un marido a medias. Con culpa, con miedo, con sed de que alguien le dijera "esta vez sí". Eso es oro para un dios de verdad. Para Zagalón, y para Elías.

Elías dejó escapar un sonido que podría haber sido una risa breve.

—Tenías la cabeza llena de voces —siguió Lala—. La de tu mujer, la de tu fracaso, la de tu orgullo herido. Solo había que añadir una más. El Maestro se encargaría de eso. Yo me limité a dejarle el camino limpio. El manuscrito en el armario. La llave en tu mano. Los cafés a su hora. La cena caliente. Lo que siempre he hecho. Logística.

Hizo una breve pausa. La llama azul del canal más cercano subió un poco, tiñéndole la cara de un tono irreal.

—Eloy fue mi mano —añadió, con un leve gesto hacia el boticario —. Lo ha sido siempre. ¿Quién crees que le mandó preparar tus "mezclas"? ¿Esas gotas que te dejaban blandito, como de plastilina, justo antes de que el Maestro te hablara? Eloy siempre ha sido nuestra mano ejecutora. Yo le pedía. Él formulaba. Vicente y Amparo vigilaban y cuando no llegaban lo hacíamos Eloy y yo. Sobre todo, desde que ya no erais dos, sino tres.

La mirada de Tristán voló hacia Maeve.

—No contabais con ella —dijo—. Eso te jodió el plan.

—Nos lo complicó bastante —admitió Lala—. La irlandesa vino a hacer lo que hacen a veces las piezas que nadie espera: desviar la trayectoria. Te dio algo de lo que carecías: coraje. Te quitó tiempo

del manuscrito. Te sacó a pasear. Te miró como nunca te miraron en tu casa.

Se encogió de hombros.

—Pero incluso eso ha servido. Sin ella, no habríamos tenido el sacrificio que necesitamos ahora. Zagalón se alimenta de elecciones, Tristán. Y tú ya has elegido muchas veces.

Sus ojos se ensombrecieron un segundo.

—Eusebio lo olió antes que nadie —le rebatió Tristán— Supo lo que planeabais y dejo todas sus investigaciones, sus pistas a mano de quienes supiesen ver.

El nombre cayó como una piedra en mitad del agua encharcada.

—Ese viejo testarudo siempre supo que aquí pasaba algo —dijo Lala—. Algunas las averiguó y otras no sabía el qué, pero lo intuía. Se obsesionó. Leyó muchos libros, encontró el Culto del Fuego Único y lo escondió después del incendió. No supimos que fue de él hasta que lo encontrasteis vosotros. Guardaba recortes, hacía preguntas que no debía, miraba demasiado a la casa quemada. No imaginamos como descubrió tanto. Creyó que podía encajar el puzle. Casi lo consigue.

Soltó un suspiro.

—Bernarda también metió la nariz donde no la llamaban. Más de lo que vosotros llegasteis a imaginar. Quizás Eusebio y ella estaban juntos, no lo sabremos. Se le daba bien escuchar sin hacer ruido. Pensó que podía ayudaros. Y lo hizo, un poco. Pero hay puertas que no se cruzan impunemente.

Le sostuvo la mirada a Tristán.

—Cada vez que escribiste un capítulo, cada vez que una de esas almas salió de su cuerpo envuelta en niebla azul, nos diste algo. Una pieza más de carne para el Maestro. Un ladrillo más para este Santuario. Te horrorizaban las coincidencias, ¿verdad? Pues no eran coincidencias. Era nuestra labor bien hecha.

Tristán sintió que la bilis le subía a la boca.

—Yo no quise… —empezó.

—No hace falta que quisieras —lo cortó Lala—. Solo hacía falta que escribieras. Y ahí sí que pusiste empeño. La culpa vino después.

Siempre viene después. Zagalón no es como el dios de tus padres, Tristán. Él no exige fe ciega. Le basta con los actos.

Se volvió un poco hacia Vicente y Amparo.

—Ellos lo entendieron rápido —añadió—. Perdieron a su hija después de rezarle toda una vida a ese de arriba. Velas, misas, promesas. ¿Y qué les dio? Una criatura muerta a los quince días. El Maestro les habló de otro dios. Uno que no pide rodillas en el suelo, sino fuego en las manos. Uno que puede devolver lo que se quita, si se le alimenta bien.

Amparo bajó la vista, pero siguió apretando los labios con convicción. Vicente le cogió la mano mientras dirigía de nuevo los ojos al altar.

—Tú, Raúl —dijo Lala entonces, girándose hacia el médico—, también creíste que podías jugar a ser más listo que él. Guardaste sus cosas, lo enfrentaste, huiste del incendio con tu bata limpia y tu conciencia medio tranquila. Te inventaste tu propia versión de la historia: "yo intenté pararlo".

Sonrió sin afecto.

—Pero al final no fuiste tú quien apagó nada. Fui yo quien abrió de nuevo la jaula. Fui yo la que cuidó las brasas todos estos años, mientras tú fingías que no olías el humo.

Raúl apretó la mandíbula.

—Te sentías sola —dijo—. ¿Y elegiste esto?

—Yo elegí no seguir siendo invisible —contestó ella—. Elegí estar del lado del único dios que me miró. ¿Sabes lo que es eso, Tristán? —volvió a él— Que un dios te vea. No como oveja, ni como pecadora, ni como "hija de". Como herramienta. Como columna. Como mano derecha.

Volvió a señalar a Elías con un gesto suave.

—El Maestro casi ha vuelto entero. Lo ves, ¿no? —Había una chispa orgullosa en su voz—. Cada muerte ha tejido músculo, piel, nervio. Solo falta la última ofrenda para completar el círculo y abrirle la puerta al Único. A Zagalón.

Se llevó la mano al pecho, donde brillaba el emblema bordado.

—El fuego azul ya conoce el camino. El rojo mantiene caliente la casa. Nuestra propia Duat está a un paso. Y tú vienes aquí con un

tubo en la mano pensando que vas a deshacer lo que llevamos décadas construyendo.

El silencio volvió a espesar el aire. Los canales crepitaban. Maeve respiraba fuerte por la nariz, el pecho subiendo y bajando a golpes, pero sin bajar la mirada.

—Habéis sido muy listos —concedió Lala—. Habéis interpretado símbolos, descifrado códigos, seguido indicios y pistas entre muertos. Más de lo que esperaba.

Sus ojos se afilaron.

—Pero ya no importa. Habéis llegado donde no esperábamos que llegarais: al vientre. Al corazón del fuego. El ritual está en marcha. El Maestro está casi completo. Y vosotros… —los midió de arriba abajo — solo podéis decidir si os unís, si morís gritando o si al menos tenéis la decencia de mirar de frente cuando la grieta del muro se abra.

Se hizo un silencio que dolía. Tristán sintió el peso del tubo en la mano, el sudor en la nuca.

Lala alzó un poco la barbilla.

—Ya no podréis hacer nada —remató—. Lo único que os queda es ser testigos de la venida de Zagalón.

Y el Santuario, lleno de fuego, vetas azules y símbolos, pareció asentir.

Capítulo 30
El Dios Único

Después de las últimas palabras de Lala, el silencio dejó parado el tiempo.

Ni siquiera las llamas se atrevieron a crujir durante unos segundos. El Santuario parecía contener el aliento, como si también estuviera esperando qué venía después de aquello.

Elías fue el primero en romper la quietud.

—Gracias, Lala —dijo, sin apartar la vista de Tristán—. Has dicho en unos minutos lo que a otros les cuesta comprender una vida.

Ella inclinó la cabeza, apenas, como una devota bien educada.

Elías se apoyó un poco más en el borde del altar. La luz azul le lamió la mitad quemada del rostro, y la otra mitad sonrió.

—Ahora, si no os importa —añadió—, me toca a mí.

Sus ojos viajaron del tubo que Tristán sujetaba a duras penas, al katār de Raúl, y luego a la cara de Maeve, sujeta al bastidor como si fuera parte del decorado de una película.

—No voy a intentar convenceros —dijo—. Eso ya está perdido. Solo quiero que entendáis por qué habéis tenido que llegar hasta aquí. Por qué todo esto.

Tristán sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la baja temperatura.

Raúl apretó el arma, pero no habló. Estaba a la espera.

—Vuestro problema —empezó Elías— es que pensáis que esta historia va de "una religión contra otra". Cristianos contra musulmanes. Judíos contra todos. Coptos, budistas... Como si fueran equipos de fútbol peleándose por el mismo campo.

Soltó una pequeña risa sin alegría.

—Yo también me lo creí, ¿sabéis? Durante años. Estudié el judaísmo, el cristianismo, el islam. Después me fui más lejos: tribus amazónicas, mitos hindúes, budismo. Señor, señor… —negó con la cabeza—. Qué cantidad de cuentos para niños asustados.

Raúl no aguantó.

—Lo que estudiaste fueron interpretaciones humanas de algo que no entiendes —replicó—. Y aquí estás, repitiendo el mismo error.

Elías hizo un gesto suave con la mano, como quien espanta una mosca.

—No, doctor. El error es quedarse en la superficie. Los judíos, los cristianos y los musulmanes discuten como hermanos borrachos en una boda, pero rezan al mismo jefe. Un dios creador, celoso, que promete premio y castigo. Le cambian el nombre, pero es el mismo rostro en el espejo.

Sus ojos brillaron.

—Y todos beben del mismo pozo viejo. ¿Sabéis cuántas veces he leído la misma historia del diluvio con zapatos distintos? Un dios que se cansa de sus criaturas y decide darle al botón de "reset": Noé en una barca, Nuh en otra, Utnapishtim en Mesopotamia, Deucalión en Grecia. Diferentes idiomas, mismo capricho homicida: ahogar al mundo y luego venderlo como limpieza.

Las llamas anaranjadas parpadearon, como si hubieran entendido la palabra.

—Y el agua —siguió—. Siempre el agua. Judíos metiéndose enteros en una mikvé para limpiarse el alma. Cristianos bautizando hasta al gato si hace falta. Musulmanes lavándose manos, cara y pies para poder rezar. Hindúes sumergiéndose en ríos sagrados para borrar culpas. Cambian los ritos, cambian los nombres, pero el truco es el mismo: "Si te mojas como yo te digo, estás limpio". Agua mágica en distintos envases.

Maeve cerró un instante los ojos, como si estuviera memorizando cada palabra.

—Luego están los bebés milagrosos —prosiguió Elías, como si estuviera dando clase—. Hijos de dioses, vírgenes que dejan de serlo sin tocar un hombre, estrellas que se mueven en el cielo para señalar pesebres. ¿Creéis que fue original lo de vuestro Jesús? Antes ya había montones de elegidos con nacimiento de catálogo: héroes, semidioses, avatares. Cambias el nombre de la madre, cambias el acento del niño, pero el patrón es el mismo: "Este sí, este es especial, hacedle caso".

Tristán notó un nudo en el estómago. No le gustaba nada a dónde iba aquello.

—Y la moral… —Elías chasqueó la lengua—. ¡Ah, la moral! Todos esos libros sagrados terminan diciendo lo mismo: no mates, no robes, cuida al vecino, no seas un cabrón con el pobre. Jesús diciendo "ama a tus enemigos", Buda hablando de compasión y no violencia. Distintas túnicas, mismas frases de sobres de azúcar. Eso es lo más triste: incluso cuando tienen algo decente que decir, lo repiten como fotocopia.

Raúl dio un paso lento hacia adelante.

—¿Y eso te lleva a montar una secta de fuego y cadáveres? —preguntó—. La conclusión lógica de todo ese estudio es "encendamos la dinamita". Es curioso cómo te saltas los puntos que no te interesan.

Elías no se inmutó.

—Lo que me llevó aquí —dijo— no fue el estudio. Fue la realidad. Los libros fueron solo el mapa. El golpe final me lo dio ese dios vuestro cuando decidió llevarse por delante a mi mujer y a mi hija. ¿Recuerdas, Raúl?

El médico apretó los dientes. Lo recordaba. Demasiado bien.

—Yo todavía intentaba creer —continuó Elías, con voz baja—. Pensaba: quizá todo esto son máscaras, pero detrás hay algo justo. Un sentido. Un hilo rojo que une tantas historias repetidas. Y luego… ellas murieron. Un accidente lo llamasteis. Una mala suerte. "Dios sabrá por qué", me dijeron. Claro. Dios siempre sabe por qué cuando jode a los demás.

Se inclinó un poco hacia ellos.

—Ahí dejé de creer en las máscaras. En todas. En el Padre Celestial, en Alá, en los mil nombres del mismo monstruo. Y empecé a mirar más abajo. Más atrás. A la raíz.

Su voz se endureció.

—¿Sabéis qué vi? Que todas esas religiones son reiteraciones. Versiones nuevas de la misma canción. Son plagios unas de otras. Cambian la letra, meten un solo de guitarra distinto, pero los acordes son los mismos, la melodía es idéntica. Y detrás no hay un

pastor. Hay un depredador. Un dios desnudo, sin excusas. Uno que se alimenta del miedo, de la culpa y, cuando hace falta, de carne.

Tristán tragó saliva. La palabra carne le supo a azufre.

—Encontré a Zagalón —dijo Elías— el dios originario y único, pero el nombre da igual. Siempre ha estado ahí. En las lluvias que ahogan ciudades, en los fuegos "purificadores", en los sacrificios, en las guerras santas. Vuestro dios y el mío son el mismo. La diferencia es que yo he dejado de fingir que es bueno.

Maeve movió las manos atadas, nerviosa. Las correas tintinearon suavemente.

—El mundo —siguió Elías— está podrido. No hace falta que lo diga un profeta: se ve desde cualquier ventana. Gobiernos corruptos, pobres usados como moneda, gente ahogándose en el mar mientras las iglesias cuentan velas. Y todos se consuelan pensando: "Bueno, al final Dios juzgará".

Escupió al suelo, cerca de uno de los canales.

—Dios ya ha juzgado hace mucho. Y siempre con la misma sentencia: los de arriba siguen arriba, los de abajo se queman. Yo solo he aceptado el veredicto y he decidido usarlo. Si hay que resetear, se resetea. Si hace falta fuego, se enciende. Si hay que exterminar la parte enferma del cuerpo, se corta. Eso es cirugía, no crueldad.

Raúl dio otro paso hacia él.

—Eso no es cirugía —dijo, con la voz tensa—. Es genocidio con palabras bonitas. Llevas años leyendo medias verdades para justificar lo que ya querías hacer.

Elías lo miró con algo que no era odio, sino lástima.

—Tú siempre has creído en el poder del hombre, Raúl —respondió —. En la ciencia, en el libre albedrío, en la voluntad individual. Un médico rural contra la entropía del universo. Es… tierno. Pero mírate. Aquí, conmigo, en el vientre de Zagalón. Has tenido años para cambiar las cosas a tu manera. ¿Y qué ha pasado? El pueblo sigue igual. La gente sigue igual. Y tú sigues huyendo de lo que hicimos aquella noche.

El nombre de "aquella noche" quedó flotando en el aire como una chispa que no termina de decidir si va a prender o no.

Tristán sintió que algo de lo que decía le arañaba por dentro, y eso le enfureció más que cualquier insulto directo.

—¿Y tu solución es matar a medio mundo? —escupió—. ¿Esa es tu gran revelación? ¿Que todas las religiones son falsas y pertenecen a la misma, así que mejor nos cargamos la partida?

Elías volvió la cabeza hacia él.

—Mi solución —dijo despacio— es dejar de fingir que este dios es un padre amoroso y aceptarlo como lo que es: fuego. Láser. Cirugía. Si el tejido está gangrenado, se corta. Los países que se han alimentado de la ignorancia y el sufrimiento, el resto… —hizo un gesto amplio con la mano— son carne sobrante. Vosotros lo llamáis injusticia. Zagalón lo llama combustible.

Las vetas de carbón azul de la pared brillaron un instante con un reflejo extraño, como si respondieran a la palabra.

—Yo no he inventado nada, Tristán —remató—. Solo he creado el quirófano.

El Santuario entero pareció inclinarse hacia él.

Raúl dio un paso más.

—Y, aun así —dijo—, todavía puedes elegir no usar el bisturí.

Por primera vez, en el ojo sano de Elías cruzó algo parecido a ira. Sostuvo la mirada de Raúl un segundo más, hasta que el gesto se le endureció del todo.

—No se trata de usar o no usar el bisturí —dijo al fin—. Se trata de abrir los ojos del paciente.

Se separó del borde del altar y avanzó despacio hacia la pared del fondo. El fuego azul dibujaba sombras exageradas de su cuerpo a medio hacer, alargándolo como si ya fuera algo más grande que un hombre.

Al llegar a la pared tallada con el símbolo de Zagalón, apoyó la mano abierta sobre la piedra. Las vetas de carbón de veta azul brillaron bajo

sus dedos como si fueran venas encendidas.

—El mundo entero es roca —dijo—. Dura, vieja, sorda. Por eso inventasteis templos: para ver si así el cielo os miraba. Pero la roca se abre con la herramienta adecuada. Las minas lo saben: picas, explosivos, fuego. Yo solo… —sonrió— he refinado el método.

Tristán sintió un escalofrío. Esas vetas tenían algo hipnótico, como un cielo nocturno atrapado en la piedra.

—Este carbón —explicó Elías— no es carbón cualquiera. Es carbón que recuerda el fuego. Lo absorbe, lo guarda, lo devuelve cuando se lo pides. Y si lo alimentas con gas…

Alzó un poco la vista hacia las tuberías que recorrían el techo y las paredes, como raíces metálicas.

—El grisú es el santo al que todos los mineros temen —siguió—. Invisible esperando una chispa para hacerse ver. Explotaba o los mataba por inhalación venenosa. Yo aprendí a guiarlo. Lo encerré en venas de metal. Lo mezclé con el carbón azul, con aceites, con brea.

Se volvió hacia ellos.

—¿Sabéis qué pasa cuando juntas palabras de fuego con hambre de fuego? Que puedes decirle a la roca cuándo apartarse a un lado.

Tristán tragó saliva.

—¿Apartarse a qué? —preguntó, aunque temía la respuesta.

Elías golpeó suavemente la pared con los nudillos, justo en el centro del símbolo: la llama y las tres sombras, el gran ojo tallado, las vetas azuladas rodeándolo como una aureola enferma.

—Al sitio del que vienen vuestros cuentos —respondió—. La zona de sombra que habéis llamado infierno, Duat, Sheol, bardo… ponle el nombre que quieras. Todas esas palabras apuntan aquí. Este muro es algo más que piedra adornada. Es una membrana. Una piel fina entre vuestro mundo y el suyo. Me llevó años crearla.

Señaló un punto en el lateral, donde una tubería más gruesa que las demás desaparecía empotrada en la piedra.

—Aquí —dijo— está el apéndice. La válvula. El cordón umbilical. Todo el Santuario alimenta este lugar: el agua que enfría, el fuego naranja que mantiene viva la estructura, el fuego azul que responde al gas. Cuando la secuencia se cumpla, esta pared dejará de ser pared. Será una grieta. Un corte en la carne del mundo.

Maeve clavó los ojos en el símbolo, como si quisiera memorizar cada trazo para poder odiarlo mejor.

—¿Una puerta? —preguntó Raúl, con un tono que mezclaba escepticismo y miedo.

—No —corrigió Elías—. Una abertura mística. Las puertas las cierra alguien. Una grieta se abre porque ya no aguanta más. Y lo que hay detrás de esta está empujando desde hace siglos. Zagalón lleva demasiado tiempo viendo cómo otros usan su nombre para vender cielos falsos. Ha llegado la hora de que se presente en persona.

Tristán notó la lengua seca.

—¿Y piensas que va a salir a darte las gracias? —dijo.

Elías inclinó la cabeza, divertido.

—No va a venir solo, claro que no. Ningún rey baja sin escolta. Vendrá con su corte: sombras, fuego, criaturas que vosotros habéis llamado demonios, jinn, espectros, monstruos. Todos los miedos que habéis repartido entre religiones mal copiadas volverán al mismo punto. Y lo harán aquí —dio un golpecito más fuerte en la piedra.

Las vetas de carbón azul parecieron latir un instante, como si una luz interior se hubiera desplazado por ellas.

—Eso no es salvación —dijo Raúl—. Es una invasión.

—Es justicia —replicó Elías—. La única que queda.

Raúl miró a Maeve, luego a Tristán, y dio un paso más hacia el altar.

—Pero —dijo—, todavía puedes elegir no llamarlo.

—No lo voy a llamar, Raúl —susurró—. Ya lo he llamado. Lo que falta es abrirle la puerta del todo.

El aire del Santuario vibraba, ligero, como antes de una descarga eléctrica.

Y Tristán notó que dejaba de escuchar sandeces y empezaba a medir la distancia.

Raúl fue quien rompió el hilo.

—Todo eso que dices suena muy profundo —dijo—, pero al final es lo mismo de siempre: un tío que se cree más listo que los demás y decide que tiene derecho a elegir quién vive y quién muere.

Elías ladeó la cabeza, como si le divirtiera.

—No estoy eligiendo yo —replicó—. Es Zagalón. Yo solo…

—No —le cortó Raúl—. Eres tú. Siempre sois vosotros. Cambiáis el nombre del dios, pero el truco es el mismo: decidir por encima de la gente. Llevamos años matando la libertad en nombre de ideas

sagradas, de patrias, de banderas, ahora de un fuego con nombre raro.

Dio otro paso, el katār a media altura.

—Hemos llegado al punto —siguió— que nos hemos acostumbrado a que una mayoría ignorante grite tan fuerte que el resto deja de hablar. Y tú vienes a coronarlo todo con un dios que los quema a todos por igual. Eso no es justicia, Elías.

Un tic le cruzó la mitad sana de la cara a Elías.

—La pereza moral —dijo despacio— es mirar cómo el mundo se cae a trozos y seguir recetando paracetamol. Eso es lo tuyo, doctor.

Raúl sonrió sin humor.

—Lo mío es intentar que la gente viva un día más. Lo tuyo es convencerlos de que estarían mejor muertos y obedeciendo. Dices que odias las religiones, pero has montado la tuya con un solo mandamiento: "Calla y arde".

Elías dio un paso hacia él. Ahora estaban a pocos metros, con el altar entre ambos. Raúl se había acercado poco a poco.

—Yo les doy una opción —respondió, con la voz más baja—. Ver al dios verdadero, o quedarse sin sus mentiras.

—No les estás dando opción —replicó Raúl—. Les estás poniendo una pistola en la sien y llamándolo "elección". Eso no es fe, es totalitarismo con túnica azul.

Las llamas cercanas subieron un palmo, como si alguien hubiera tocado una válvula invisible.

Durante un segundo, nadie más habló. El murmullo del agua bajo las piedras, el chisporroteo del fuego y la respiración de Maeve llenaron el hueco.

Algo se quebró en la mirada de Elías.

—Siempre fuiste igual —murmuró—. Tan convencido de tu pequeño poder humano. De tus medicinas. De tus decisiones.

Alzó el katār, esta vez ya sin disimulo.

—Muy bien, Elías. Hablemos entonces en tu idioma.

Y se lanzó hacia él con un rugido seco, más de hombre convencido que de héroe. El katār describió un arco plateado en el aire, apuntando al pecho recompuesto de Elías. Este alcanzó a subir

su propia hoja a tiempo. El choque sonó como un golpe de trueno en miniatura.

—¡Basta de sermones! —escupió Raúl.

Las dos hojas quedaron trabadas un segundo, temblando. Elías empujó hacia arriba, separándolas, y respondió con un corte lateral que buscaba el cuello. Raúl agachó la cabeza por instinto; la hoja le rozó el pelo y fue a arañar una de las columnas, dejando un surco brillante en la piedra ennegrecida.

El canto grave de los discípulos se quebró al instante.

—¡Maestro! —gritó Amparo.

Lala extendió un brazo, como si quisiera retenerlos y avanzar al mismo tiempo.

—¡Que nadie se acerque al altar! —ordenó Elías—. ¡Proteged el Santuario de Tristán!

Vicente dio un paso hacia delante, dudando, y Eloy no dudó nada. El boticario giró sobre sí mismo, buscando con la vista el flanco más débil.

Sus ojos se clavaron en Tristán.

—Tú —murmuró, y echó a andar hacia él.

Tristán sintió el impulso de correr hacia Raúl, pero el movimiento de Eloy le cortó la trayectoria. Vio, de reojo, cómo las hojas volvían a chocar junto al altar, el metal escupiendo chispas que caían sobre el agua en pequeñas explosiones de luz.

—Quédate donde estás, escritor —le dijo Eloy—. Ya has hecho bastante.

Se le acercaba rápido, túnica recogida, los ojos hundidos brillando más de fanatismo que de drogas. Lala, Vicente y Amparo avanzaron también unos pasos, indecisos entre ayudar al Maestro o sujetar a Tristán.

Maeve tensó las correas.

—¡Tris! —gritó—. ¡No dejes que se acerquen!

El grito le devolvió algo de claridad.

Tristán miró alrededor, a la desesperada. Junto a uno de los canales, sobre una especie de pedestal alto de piedra, vio una gran bandeja metálica cargada con líquido oscuro y fuego temblando por encima, una mezcla de aceite y brea encendida.

Empujo el pedestal de piedra con las dos manos.

—¿Quieres venir? —dijo, más para darse valor que para responder —. Pues ven.

Eloy aceleró el paso. Lala abrió la boca para decir algo, pero llegó tarde.

Tristán tiró el pedestal con la bandeja de fuego hacia delante con toda la fuerza que tenía.

El metal giró en el aire. El líquido ardiente voló en una parábola irregular y se derramó frente a los acólitos. El suelo estalló en una pared de llamas anaranjadas que corrió como un animal, lamiendo los bordes del canal y levantando una barrera entre Vicente, Amparo y Lala y el centro del Santuario.

Amparo chilló y se echó hacia atrás. Vicente la agarró por el brazo para que no cayera.

Eloy, sin embargo, reaccionó distinto. Dio un salto lateral, esquivando lo peor del fuego, y en lugar de retroceder, se lanzó directamente sobre Tristán.

Lo embistió como un toro.

Los dos cayeron al suelo, resbalando en agua y grasa. El tubo que Tristán llevaba en la mano se le escapó al primer impacto, rodó unos metros y fue a chocar contra una piedra, quedando fuera de alcance inmediato.

—Te creías listo —bufó Eloy, encima de él—. Siempre lo mismo con los escritores.

Tristán se incorporó y se enzarzaron en una pelea de puños.

—Así que nos la vamos a jugar a golpes. —Eloy se movía bien.

Tristán no esperaba esa agilidad del boticario y uno de los puñetazos le golpeó el costado donde tenía la herida. Enseguida doblo el cuerpo y le fallaron las rodillas. Eloy se le tiro encima. Sus manos se cerraron alrededor del cuello de Tristán. Los pulgares se clavaron justo bajo la mandíbula.

Tristán intentó coger aire y lo que encontró fue unos dedos que lo impedían.

Mientras tanto, sobre la plataforma del altar, la pelea se volvía más sucia.

Raúl y Elías se movían alrededor del bloque de piedra como dos animales encadenados. Cada golpe que fallaban caía demasiado cerca de algo importante: una tubería, un borde de canal, una columna.

El katār de Raúl logró rozar el antebrazo de Elías, abriéndole un corte superficial. La carne nueva sangró poco, pero el hilo de sangre tenía un color raro, demasiado oscuro.

—Te estás cayendo a trozos —dijo Raúl, jadeando—. No vas a aguantar mucho más.

Elías sonrió con la mitad sana de la cara.

—Lo justo —respondió—. Esta noche no necesito durar una vida entera. Solo hasta que se abra.

Arremetió desde abajo, buscando el vientre. Raúl desvió la hoja, pero

el movimiento le descompuso el equilibrio. Los dos se desplazaron hacia uno de los laterales de la plataforma, donde el suelo hacía una bajada repentina hacia una especie de foso de trabajo, lleno de agua más oscura que el resto, con escombros y hierro al fondo.

El borde del desnivel se les vino encima antes de que pudieran frenarse.

—¡Raúl! —oyó a lo lejos, la voz ahogada de Tristán.

No tuvo tiempo de mirar

Los dos se fueron juntos hacia el desnivel sin poder frenarse. El borde del foso les salió al encuentro como una boca negra.

Raúl sintió el vacío bajo una bota, intentó corregir, pero el empujón de Elías terminó el trabajo.

Cayeron.

El golpe contra la piedra fue seco, brutal. El mundo se le llenó de chispas blancas y un chorro de agua helada le subió por la espalda cuando su cuerpo entró en el charco del fondo. Oyó, muy lejos, el eco de su propio gemido.

Arriba, en el nivel del Santuario, Tristán solo vio cómo las dos figuras desaparecían de golpe y escuchó el ruido sordo de cuerpos contra roca.

—¡Raúl! —gritó, con la voz rota y afónica mientras le asfixiaba Eloy.

No hubo respuesta.

Un segundo después, algo se movió en el borde: la mano de Elías, agarrándose al canto. Su cuerpo recompuesto apareció primero, arrastrándose fuera del foso con un esfuerzo breve, casi sin dignidad, pero eficaz. Subió, se incorporó, respirando fuerte.

Abajo, solo se veía oscuridad. Y, en algún punto del charco, un ligero burbujeo que duró unos instantes… y Raúl desapareció.

Elías miró hacia el interior del foso con una mueca.

—Siempre llegas tarde, doctor —murmuró—. Esta vez demasiado.

Se volvió hacia el altar.

Tristán sintió cómo algo se le hundía en el pecho. Maeve, desde el bastidor, buscó desesperada con la mirada el borde del foso. No vio nada.

—No… —susurró.

Elías caminó hasta colocarse de nuevo frente a la pared del símbolo. Alzó el katār en una mano y la otra la apoyó sobre la piedra, justo en el centro de la llama tallada.

—Habéis tenido vuestra oportunidad de hablar —dijo, sin mirarles —. Ahora le toca al dios.

Empezó a recitar.

Las palabras no eran español. Ni latín, ni nada que Tristán reconociera. Sonaban como trozos de varias lenguas pegados con fuego: sílabas guturales, vocales largas que vibraban en las bóvedas, nombres que recordaban vagamente a otros que había leído en el Libro de los Muertos, pero deformados, oscurecidos.

Entre frase y frase, se colaban algunas palabras claras:

—…UNA LLAMA, MULTAS UMBRAS… IGNIS UNUS… SANGUIS… PORTA…

La temperatura del Santuario cambió.

El aire se hizo más pesado, como si alguien hubiera cerrado una puerta invisible y todo el calor se hubiera quedado atrapado dentro. Las vetas de carbón azul empezaron a brillar desde dentro, una a una, como si algo estuviera encendiéndose detrás de la piedra.

Tristán notó un zumbido en los oídos porque Eloy seguía encima, ahogándolo.

Las manos del boticario no habían aflojado en ningún momento. Mientras el rezo llenaba el Santuario, sus dedos seguían clavados en el cuello de Tristán, apretando cada vez más.

El mundo se le estrechó hasta quedar reducido a dos cosas: el peso de ese cuerpo sobre su pecho y la voz de Elías subiendo de volumen.

—…ZAGALON… REDDE MUNDO… APERI…

Las letras se le deshacían en la cabeza, pero el tono era claro: proclamación, orden, bienvenida.

En el muro del fondo, justo en el centro del símbolo de Zagalón, apareció la primera grieta.

Fue un hilo de luz, delgado como una vena, que recorrió la piedra de arriba abajo. No era luz normal: tenía un tono rojizo, anaranjado por dentro, y en sus bordes bailaban reflejos azulados, como si el fuego azul del Santuario estuviese intentando asomarse por ahí.

La grieta se abrió un centímetro más. Luego otro.

Desde dentro de la rendija llegó un soplo de aire caliente que olía a carne quemada, a humedad caliente, y a sangre antigua.

Maeve lo sintió en la cara.

—No… —repitió, esta vez en voz alta—. No, por favor.

Intentó zafarse de las correas, pero solo consiguió hacerse más daño.

El rezo de Elías creció aún más. Vicente y Amparo, atrapados al otro lado de la barrera de fuego, se arrodillaron instintivamente, murmurando palabras que se mezclaban con las suyas. Lala, de pie, apretaba los puños, los ojos clavados en la grieta como si estuviera viendo amanecer.

Tristán dejó de oír las palabras.

Solo quedaba el zumbido y el pulso en las sienes de su cabeza.

Sus manos seguían buscando algo, cualquier cosa. Tocaban agua, piedra, nada. El tubo estaba allí, a unos centímetros, brillando apenas en el reflejo anaranjado del fuego. Parecía estar a kilómetros.

Eloy bajó la cabeza hasta su oído.

—Respira por última vez, escritor —susurró—. Vas a escribir tu historia.

El mundo se le iba.

Pero la frase que escuchó no fue la de Eloy, ni la de Elías.

Fue la de Maeve, gritando desde el bastidor, a pleno pulmón:

—¡Tristán, ahora! Tu puedes, es ahora, mientras te habla al oído.

No sabía a qué "ahora" se refería. No importó.

En algún rincón del cerebro, algo hizo clic. Reunió lo que le quedaba de fuerza en las piernas, las dobló y las disparó hacia arriba, golpeando con el puño a Eloy en el costado. No fue un golpe perfecto, pero lo movió lo justo.

Los dedos del boticario aflojaron una fracción de segundo.

Bastó.

Tristán giró medio cuerpo, medio rodando, medio arrastrándose. Un brazo se estiró a ciegas. La mano chocó con metal.

El tubo.

Lo agarró con todo lo que le quedaba y lo levantó en un arco torpe, desde abajo, directo a la sien de Eloy.

El sonido fue desagradable: un crujido húmedo, hueco al mismo tiempo.

Los ojos de Eloy se quedaron en blanco un instante. El cuerpo se le fue hacia atrás, cayó de lado, y una de sus manos se llevó consigo un mechón de pelo de Tristán antes de soltarlo del todo.

El escritor se quedó unos segundos tumbado, tosiendo, tragando aire como un náufrago.

El rezo seguía.

El umbral también.

El portal del muro se estaba abriendo más, medio metro, un metro, seguía creciendo como una herida que se rasga desde dentro. Ramas de luz anaranjada empezaban a salir de ella, extendiéndose en líneas finas por la superficie de la piedra. Entre esas venas luminosas se adivinaban sombras moviéndose, contorsionándose, como si algo estuviera pegado al otro lado, empujando para pasar.

Y entonces, Elías se volvió hacia Maeve.

La voz se le suavizó, pero no perdió intensidad.

—Último paso —dijo, casi con ternura—. Última llave. Un sacrificio.

Se acercó al bastidor donde estaba atada Maeve, levantando el katār.

Tristán intentó incorporarse. Sus músculos protestaron. El Santuario le daba vueltas. Dio dos pasos tambaleantes, el tubo aún en la mano. No iba a llegar a tiempo. Lo supo. Elías estaba ya junto a ella, la hoja a la altura del pecho de Maeve.

Maeve lo miró, esta vez sin desafío. Había algo de despedida en sus ojos, y también de furia contenida.

—No te voy a servir —le dijo segura de si misma, desafiante—. Ni muerta.

Elías alzó el brazo para hundir la hoja.

Y fue entonces cuando apareció la mano.

Una mano mojada, sucia de barro, que se enganchó al borde del foso como una garra. Luego otra. Un cuerpo arrastrándose detrás de ellas.

Raúl.

Subió medio torso de un tirón, jadeando, empapado, con la cara hecha un mapa de golpes y el katār aún en la mano. Nadie lo vio al principio. Estaban todos mirando la hoja de Elías.

Todos menos Tristán, que lo vio de reojo y sintió cómo se le disparaba de nuevo el corazón.

—Raúl… —susurró.

El médico no contestó.

Terminó de incorporarse en silencio, se puso en pie detrás de Elías y, sin aviso, descargó el katār en un golpe corto, seco, dirigido a la parte de la nuca que todavía tenía piel.

La punta no llegó a darle del todo, pero el impacto bastó para desviarle el brazo.

El katār de Elías se clavó en la madera del bastidor, a centímetros del hombro de Maeve.

El Sacerdote de Zagalón soltó un gruñido ahogado, más de sorpresa que de dolor, y dio un paso torpe hacia delante, apoyando la mano libre en el bastidor para no caer.

—Deja a mis amigos en paz —le susurró Raúl al oído.

Maeve aprovechó el amago para morderle la muñeca con todo el odio acumulado.

Elías rugió, tiró de la mano, y en ese caos mínimo, Tristán encontró el hueco.

Llegó a la plataforma casi a la carrera, el tubo aún en la mano, y se colocó a la espalda de Maeve.

—¡Las correas! —gritó Raúl, encarando de nuevo a Elías, que ya se había girado hacia él con ojos de fiera—. ¡Suéltala tú, yo lo entretengo!

Y se abalanzó otra vez sobre el hombre que no debería estar vivo, mientras el portal del muro seguía abriéndose, lenta y peligrosamente, como si la piedra misma estuviera aprendiendo a respirar.

Tristán obedeció.

Se colocó detrás de Maeve, el tubo aún en la mano, y vio de cerca el sistema de correas y candados que la sujetaban al bastidor. Argollas gruesas, cuero duro, hierro viejo y fuerte.

—Tris… —susurró ella—. Date prisa, por favor.

Tenía las muñecas hinchadas, la piel levantada en rojo allí donde el cuero se había comido la carne. La respiración le salía a golpes.

Detrás de ellos, Raúl y Elías ya se estaban enzarzando otra vez, katār contra katār, más cerca del altar que nunca. El sonido del metal chocando les llegaba como campanadas torcidas.

—Te tengo —murmuró él—. Te tengo, Maeve, aguanta un segundo.

Metió el tubo por dentro de la primera argolla, apoyándolo contra el candado, y lo usó como palanca. El hierro se le clavó en las manos, los músculos de los brazos le gritaron, pero empujó igual. Toda la rabia de los últimos días, toda la culpa, todo el miedo, comprimidos ahí.

El candado hizo primero un gemido, un quejido largo de metal cansado. Después un chasquido seco. La anilla se partió por la mitad y salió disparada al suelo.

La correa de la muñeca derecha se aflojó de golpe. Maeve ahogó un gemido cuando la sangre volvió a circular.

—Muévete, tira tú —le dijo él—. Rompe, rompe.

Tiró y la tira de cuero cayó al suelo como una serpiente muerta.

Tristán se movió al lado contrario, atacó la muñeca izquierda.

Esta vez no perdió tiempo buscando el ángulo perfecto. Metió el tubo por debajo del hierro y golpeó hacia abajo con toda la fuerza del cuerpo, como si estuviera clavando una estaca. El impacto subió por el brazo hasta el hombro. Le pareció escuchar cómo el bastidor entero se quejaba.

El candado aguantó un segundo más. Luego cedió, saltando entero a un lado con un pedazo de madera.

—¡Bien! —jadeó Maeve.

Tristán tiró de la correa, liberó la segunda muñeca. Ella empezó a mover los dedos, a sacudir las manos como podía, intentando devolverles la vida.

—Las piernas —dijo él, bajando la vista.

Las correas de los tobillos solo tenían el cierre de las hebillas. Tuvo que arrodillarse, casi meterse bajo su propio peso.

Mientras tanto, Raúl y Elías chocaban a su espalda. Los vio de reojo: un remolino de túnica, sangre, acero y fuego. El portal, al fondo, seguía abriéndose un poco más. Las raíces anaranjadas y azules trepaban por la pared. Las sombras se veían más cerca.

—Vamos… —gruñó—. Vamos, maldita sea.

Maeve intentó ayudar, alzando la pierna todo lo que podía para darle margen.

La correa del tobillo izquierdo se soltó, y Maeve tiró de ella con un sollozo ahogado, liberando el pie. Temblaba. El peso de todo el cuerpo seguía sujeto todavía al último punto: el tobillo derecho.

—Una más —dijo Tristán—. Solo una.

La voz le salía rota, pero había algo firme debajo.

Se recolocó, sudor cayéndole por la frente, y desabrochó la última, guiándose más por el tacto que por la vista.

El cuerpo de Maeve perdió de golpe el apoyo.

Si él no hubiera estado justo ahí, habría caído de cabeza.

Pero la estaba esperando.

Abrió los brazos y la recogió contra el pecho. El impacto le sacó un gemido a los dos. Maeve se quedó colgada de él, las piernas flojas, el cuerpo temblando.

Durante un segundo, el Santuario desapareció.

Solo estaban ellos, respirando juntos.

—Te tengo —repitió él, esta vez al oído—. Te tengo, Maeve.

Ella apoyó la frente en su hombro.

—Sabía que vendrías —murmuró—. Lo sabía.

Tristán soltó una risa que no le cabía en la garganta. Le dolían los brazos, el cuello, la herida, todo. Pero el peso de ella allí, caliente y real, valía cada golpe.

El mundo volvió a rugir alrededor.

El umbral seguía abriéndose.

Y Raúl todavía estaba luchando solo.

El médico y Elías se movían ahora peligrosamente cerca de la pared del símbolo. El brillo anaranjado de la grieta les pintaba las caras como si estuvieran ya al otro lado de alguna hoguera imposible.

Elías empujó a Raúl hacia una de las columnas, intentando aplastarlo contra la piedra. El katār del médico detuvo la hoja a escasos centímetros de su pecho, pero la presión era cada vez mayor. Se le dormían los dedos.

—Ya está hecho —escupió Elías—. El portal está abierto. Solo falta el sello.

Raúl miró de reojo el muro.

No estaba "abierto", pero sí estaba a punto. La piedra se había combado hacia fuera en algunos puntos, las venas de luz se extendían como raíces, y por entre las grietas más anchas se intuían sombras moviéndose. No se parecían a nada que quisiera nombrar.

—Pues vamos a ver si aguanta un poco más cerrado —jadeó.

Forzó un giro de muñeca, liberó su hoja y, en el retroceso, hizo que el katār de Elías se desviara en el último segundo. La punta fue a clavarse en una de las tuberías que corrían justo por debajo del bloque metálico donde entraba el "cordón umbilical".

Elías no pudo retirar el katār, dejando la herida en el metal contenida.

—Estás loco —jadeó Raúl—. ¡Es grisú!

Elías sonrió, con la respiración entrecortada.

—Controlado —dijo—. Soy su amo y señor.

Se giró hacia el bloque metálico, donde otra tubería más gruesa entraba directa en la piedra. Con la mano libre, agarró una válvula

de hierro sobresaliente, parecida a una rueda pequeña.

—Esto sí forma parte del diseño —añadió.

Y empezó a girarla.

Al primer cuarto de vuelta, el silbido creció. Al medio giro, varias llamas anaranjadas del Santuario se agitaron, se estiraron hacia arriba como si hubieran recibido de pronto más oxígeno del debido. El fuego azul de los canales tembló, ganando altura.

Tristán, aún con Maeve medio colgada de él, sintió cómo cambiaba el aire. No solo era calor: había un olor nuevo, agrio, que recordaba vagamente a lo que olía una mina vieja cuando alguien abría un túnel cerrado mucho tiempo.

—Raúl… —susurró.

—¡Para! —rugió el médico—. ¡Vas a volarlo todo, imbécil!

Se lanzó de nuevo hacia Elías.

Lo embistió por un lado, intentando apartarlo de la válvula. El katār de Elías se levantó en respuesta, cortando el aire, buscando su costado.

Una corriente de gas empezó a escapar a presión por la válvula abierta al otro lado del portal místico, llenando el Santuario con un sonido que taladraba los oídos.

Raúl se quedó rígido un segundo.

Lo supo antes incluso de decirlo.

—Grisú —murmuró, casi para sí—. Ahora sí.

Se volvió hacia Tristán y Maeve, que empezaban a moverse, tambaleantes, alejándose del bastidor.

—¡Fuera de aquí! —gritó—. ¡Ahora! ¡Esto va a volar por los aires!

El fuego anaranjado, al escuchar la palabra "volar", pareció alzarse un poco más.

El portal del muro, a sus espaldas, seguía abriéndose. Y el Santuario entero se había convertido, por fin, en lo que siempre había estado destinado a ser: una cerilla encendida en un cuarto lleno de gasolina.

El grito de Raúl rebotó en las bóvedas.

Tristán no necesitó más. Sujetó mejor a Maeve, pasándole un brazo por la cintura, y empezó a arrastrarla hacia el pasadizo por el

que habían entrado. Cada paso era un pequeño infierno: el suelo resbalaba, el aire ardía.

—Tenemos que irnos, Tris —jadeó ella—. Pero no podemos…

Se giró a medias.

Raúl no se estaba yendo con ellos.

Estaba plantado entre Elías y la pared de la grieta, con el katār en la mano, respirando como si le hubieran vaciado los pulmones y aun así encontrara aire para seguir de pie.

Elías miró un instante la tubería atravesada, la válvula girada, el fuego crecido, el portal casi latiendo en la roca.

Sonrió.

—Perfecto —dijo—. El portal se abre más rápido.

Hizo ademán de moverse hacia el símbolo, hacia la grieta que ya enseñaba venas de luz y sombras al otro lado.

Raúl se interpuso.

—Ni un paso más —le dijo.

Elías lo miró como se mira a un obstáculo, no a una persona.

—Quítate —ordenó—. No puedes detener esto.

—A ti sí —respondió Raúl.

Se lanzaron el uno contra el otro.

Esta vez no hubo duelo elegante. Se agarraron como dos hombres que se odian y se conocen demasiado: manos al cuello, hombros contra hombros, rodillas buscando las piernas del otro. El katār de Raúl quedó atrapado entre sus cuerpos, resbaló y fue a perderse cerca de uno de los canales.

Tristán lo vio todo en un segundo.

—Raúl… —susurró.

El médico consiguió girar a Elías de forma que le quedara la espalda hacia la grieta. Con un esfuerzo salvaje, lo empujó contra la pared, clavándole el antebrazo en la garganta. No bastaba para asfixiarlo, pero sí para mantenerlo ahí.

—Tú y yo empezamos esto —le dijo al oído—. Tú y yo lo terminamos.

Elías forcejeó.

—Si me detienes, el portal se cerrará —escupió—. Y todo habrá sido para nada.

Raúl clavó los pies en el suelo.

Se giró lo justo para mirar a Tristán y a Maeve.

Tenía los ojos enrojecidos, no sabía si por el humo, el esfuerzo o todo lo demás.

—Llévala fuera —dijo, más sereno de lo que el momento permitía —. Sácala de aquí. Ya tendréis tiempo de odiarme, si queréis.

Maeve negó con la cabeza, instintiva.

—No te vamos a dejar —dijo, con la voz rota.

La mano libre de Raúl hizo un gesto brusco, casi enfadado.

—¡No es una negociación, Maeve! —rugió—. ¡Alguien tiene que sujetar a este cabrón!

Volvió a apretar a Elías contra la piedra. Notaba el golpe del corazón del otro latiendo contra su pecho, como si también el villano tuviera prisa por llegar al otro lado.

—La otra vez me engañó, de alguna manera se salvó —añadió—. Esta vez no. Es mi responsabilidad y este es mi sitio ahora.

Había algo en su mirada que era disculpa y sentencia a la vez.

Tristán sintió que algo se le rompía por dentro. No era solo el miedo. Era la certeza de que, si se quedaban, todos morirían allí abajo y nada cambiaría; y, si se iban, estaban dejando a Raúl atrás.

Maeve le apretó el antebrazo.

—Tris —susurró—. Tris, tráetelo.

Lo miró.

El médico sostenía al monstruo contra la pared como si fuera el único muro que importaba.

—Por favor —añadió Raúl—. No me hagáis perder también esto.

Las llamas azules subieron otro palmo, como si el Santuario entero estuviera de acuerdo con él.

Tristán asintió, con los ojos llenos de una rabia que no tenía sitio para las lágrimas.

—Te juro —dijo— que lo voy a contar todo.

Una esquina de la boca de Raúl se levantó algo que podría haber sido una sonrisa.

—Pues escribe deprisa —contestó—. No creo que nos quede mucho tiempo de edición.

El fuego seguía rugiendo delante de los acólitos. La barrera anaranjada se había ensanchado con el gas, creando una especie de muro ondulante entre ellos y el centro del Santuario. El calor era tan intenso que la tela de las túnicas empezó a humear.

Lala daba un paso hacia delante y otro hacia atrás, atrapada entre su fe y su instinto.

—¡Maestro! —gritó—. ¡No podemos pasar! ¡No podemos ayudar!

Elías hizo ademán de responder, pero la presión del brazo de Raúl en su garganta se lo impidió. Solo consiguió emitir un gruñido ahogado.

Tristán, con Maeve medio colgada de él, miró un segundo hacia la barrera. Vio a Lala, al otro lado, con la cara enrojecida, el sudor bajándole por las sienes. A su lado, Amparo y Vicente se apretaban el uno contra el otro, rezando o repitiendo fragmentos sueltos del culto.

Y, aun así, lo que sintió no fue odio.

—¡Lala! —gritó—. ¡Salta!

Ella alzó la cabeza, sorprendida, como si nadie hubiera esperado que la invitaran a salvarse.

—¡Todavía puedes salir de ahí! —insistió—. ¡Salta por encima del fuego! ¡Corre hacia el pasadizo!

Por un momento, pareció dudar.

Sus ojos se cruzaron con los de él. Hubo un destello raro: algo que no era pura locura ni pura devoción. Algo que se parecía a la persona que le había preparado desayunos, que le había preguntado por sus noches de escritura, que le había dejado mantas extra sin decir nada.

—Lala, por favor —añadió Tristán, más bajo—. No termines así.

Ella tragó saliva.

—Yo elegí hace mucho —respondió, pero la voz ya no sonaba tan segura.

El fuego rugió entre ellos.

Maeve, apoyada en él, habló también.

—No tienes que seguirle hasta el final —dijo—. No le debes tanto.

Lala cerró los ojos un segundo. Como si volviese la Lala protectora y generosa, la Lala sensata que estaba realmente dentro

de ella. Dio un paso atrás, tomó carrerilla y, contra todo instinto del peligro, se lanzó.

Su cuerpo voló por encima de la barrera de fuego en un salto desesperado. Por un momento pareció que iba a conseguirlo. La túnica rozó las llamas solo un poco, en el borde. Cayó al otro lado, rodando sobre las piedras mojadas, justo a unos metros de donde estaban Tristán y Maeve.

Se incorporó a medias, con los ojos muy abiertos.

—¿Ves? —empezó a decir él—. Te dije que podías…

El olor a tela quemada lo cortó.

Un pequeño ribete de la túnica, en la parte baja, había tocado más fuego del que parecía.

Una lengua de llama había prendido allí.

Al principio fue solo un punto naranja, tímido. Luego se alimentó de la brea y el aceite impregnado en la tela. La llama se estiró hacia arriba, como si hubiera encontrado de pronto algo delicioso. En cuestión de segundos, el bajo de la túnica de Lala se convirtió en una falda de fuego.

Ella miró hacia abajo, incrédula, y soltó un grito.

—¡Lala! —exclamó Tristán, dando un paso hacia ella.

El calor que desprendía la tela ardiendo era brutal. Maeve tiró de su brazo.

—No puedes —jadeó—. No llegas. Te vas a quemar tú también.

Lala dio dos pasos hacia atrás, intentando apagar el fuego a manotazos, pero solo consiguió extenderlo. En puro pánico, giró sobre sí misma. Y corrió en sentido contrario.

Sus ojos buscaron algo a lo que agarrarse.

Encontraron a Amparo.

La mujer, al otro lado de la barrera, gritaba su nombre con los brazos extendidos, como si pudiera alcanzarla a través del fuego. Lala, en un acto reflejo, corrió hacia ella. No había lógica. Solo instinto: buscar al único abrazo que había tenido en años.

El choque fue una imagen que Tristán sabía que no podría olvidar nunca.

Lala, envuelta en llamas, se lanzó contra la pared de fuego, y esa misma inercia la empujó hacia Amparo. El fuego se abrió un

segundo, como una cortina rabiosa, lo justo para que las dos se tocaran.

La túnica de Amparo prendió al contacto como si estuviera empapada en alcohol.

Vicente intentó separarlas, tirando de su mujer hacia atrás, pero Lala se agarró a ella con fuerza, desesperada, buscando apagar sus propias llamas en otro cuerpo. Los tres cayeron al suelo, convertidos en un único bulto en movimiento, un amasijo de tela azul, gritos y fuego que ya no distinguía entre devota, esposo o discípula.

El Santuario olía a carne asándose.

Tristán habría querido cerrar los ojos. No pudo. Después de tanto dolor el horror ya no dominaba sus mentes.

Maeve le apretó el hombro con la mano libre.

—Vámonos —susurró, con un hilo de voz—. Por favor. Ya no podemos hacer nada más aquí.

Detrás de ellos, Raúl seguía sujetando a Elías contra la pared.

Elías había visto la escena entera de reojo. Algo se le encendió en el ojo sano: no era compasión, desde luego. Era rabia por la pérdida de sus peones, quizá. O por el hecho de que se le estuviera desmoronando el teatro.

—Ellos eran más útiles que tú —jadeó, intentando liberarse—. Un médico más o menos no importa.

Raúl apretó aún más el antebrazo contra su garganta.

—Un médico que por fin hace lo que tiene que hacer sí importa —respondió.

Sintió cómo el pecho le ardía, cómo calor que se incrementaba le taladraba el cráneo, cómo el portal a su espalda seguía respirando, cada vez más cerca.

Se volvió una última vez hacia Tristán y Maeve.

—¡Marchaos ya! —gritó—. ¡Es una orden!

La palabra "orden" salió tan limpia, tan profesional, que Tristán la obedeció como si aún estuviera en una consulta, no en la boca del infierno.

Le pasó el brazo a Maeve por encima de los hombros y la arrastró hacia la oscuridad del pasadizo.

Mientras se alejaban, oyó todavía la voz de Raúl, más baja, murmurando algo que no alcanzó a entender. Podría haber sido una blasfemia, una oración o un chiste malo. No lo sabría nunca.

El Santuario, detrás de ellos, rugía como un horno a punto de reventar.

Y, en el muro del fondo, la grieta seguía intentando abrirse, sin saber que el mundo que la esperaba acababa de decidir, por fin, intentar cerrarla a golpes.

Tristán tiró de Maeve hacia el pasadizo, pero antes de cruzar el umbral se detuvo en seco.

—¿Cómo vas? —le preguntó, con la respiración a golpes—. ¿Te sientes mejor? ¿Las piernas…?

Ella parpadeó, todavía mareada, pero alzó una rodilla y la apoyó en el suelo.

—Ya… ya las noto —dijo—. Como si me hubieran dormido encima, pero responden.

Intentó incorporarse del todo. Se tambaleó, dio un paso y luego otro.

—¿Puedes correr? —insistió él.

—No sé si correr —respondió, con media sonrisa terca—. Pero puedo hacer algo parecido.

Fue suficiente.

Tristán miró alrededor una última vez. A un lado del Santuario, cerca de uno de los canales, vio en el suelo una rama gruesa, ennegrecida, quizá parte de algún andamio viejo o de un soporte caído. La cogió.

—Espera un segundo.

Se arrancó un jirón de la camiseta por el bajo, sin miramientos. Maeve hizo lo mismo con un trozo de manga rota.

En silencio, envolvieron la punta de la rama con la tela. Luego la pasó por encima de uno de los cuencos de líquido ardiente: el aceite y la brea empaparon el trapo con un olor espeso, casi dulce. Bastó acercar la improvisada antorcha al fuego anaranjado para que prendiera.

La llama subió, vacilante primero, luego firme.

—Ahora sí —dijo Tristán—. Vámonos de este infierno.

Entraron en el pasadizo.

El túnel que antes les había parecido largo ahora se alargaba más como si alguien lo estirara desde el otro lado. La antorcha arrojaba una luz nerviosa sobre las paredes: la piedra sudaba humedad, y las pequeñas llamas grabadas en relieve parecían moverse de verdad, como si Zagalón los estuviese siguiendo con la vista.

Maeve cojeaba al principio, pero a los pocos metros su cuerpo encontró un ritmo raro, entre carrera y trote. Tristán la llevaba de la mano, la antorcha en la otra, agachándose donde el techo bajaba, esquivando goteras, sin mirar atrás.

El silbido del fuego los perseguía por el túnel, mezclado ya con otro sonido más grave: un retumbo sordo, como pasos gigantes caminando por encima de ellos.

—¿Lo oyes? —murmuró Maeve.

—Sí.

El pasadizo giró en una curva suave. La luz del Santuario desapareció del todo detrás de ellos. Solo quedaba la llama de la antorcha, el eco de sus propias pisadas y el estómago encogido.

El primer estallido llegó entonces.

Un golpe lejano, profundo, que hizo temblar el techo y desprender una lluvia fina de polvo sobre sus cabezas. Algunas piedritas se soltaron de la bóveda y cayeron a sus pies, rodando por el suelo como dientes.

—Sigue, sigue —jadeó Tristán—. Ya casi estamos.

Otro estallido, más cercano. Esta vez el aire trajo consigo un soplo de calor desde detrás, como el aliento de algo que se inflaba demasiado.

La antorcha chisporroteó, pero aguantó.

El túnel empezó a inclinarse hacia arriba. La respiración se les disparó. Cada paso costaba el doble, como si la piedra tirara de ellos hacia abajo, como si el Santuario no quisiera soltarlos.

Maeve apretó la mano de Tristán con una fuerza que no tenía hace un rato.

—No me sueltes —dijo.

—No pienso —respondió él.

Una tercera detonación llegó, más alta, mezclada con un rugido de fuego soltándose de todas partes a la vez. El suelo vibró bajo sus pies. La llama de la antorcha se alargó, casi blanca por un segundo.

A lo lejos, por fin, apareció un círculo menos oscuro dentro de la oscuridad: la rejilla y la luz de la luna llena.

Llegaron a la salida casi de rodillas. El aire de la noche les golpeó la cara como una bofetada fría.

Salieron rodando, literalmente, sobre la tierra húmeda. Maeve cayó sobre un costado, Tristán casi encima. La antorcha se les escapó de las manos, rodó unos metros y se apagó en un charco.

—Vamos —dijo él, incorporándose a medias—. De pie. Solo un poco más.

Los arbustos que habían ocultado la reja seguían a un lado marcando un claro. El mismo por el que, horas antes, habían llevado a Maeve hacia el Santuario. Ahora lo usaban al revés.

Siguieron el rastro de ramas rotas como si fuera una cuerda de salvamento. El sendero que bordeaba el bosque los esperaba unos metros más adelante. Subieron la pequeña pendiente casi a gatas.

Cuando alcanzaron el camino, el mundo pareció ensancharse de golpe.

Fue entonces cuando empezó el estruendo de verdad.

El primer gran estallido los pilló de espalda. Un trueno seco, brutal, que hizo que el suelo bajo sus botas se levantara un centímetro y volviera a bajar. Un soplo de aire caliente les empujó por detrás, casi haciéndoles tropezar.

Se giraron a la vez.

La zona de la casa quemada, allá al fondo, ya no era solo una silueta negra sobre el cielo. Era un bulto rojo, hinchándose por dentro. La tierra temblaba de manera distinta, como si algo bajo la superficie estuviera pataleando.

—Corre —dijo Tristán—. Todo lo que puedas.

No era una carrera limpia. Era un trote torpe, con tropiezos, con paradas para coger aire. Pero avanzaban. Se internaron unos metros más por el sendero, lo justo para ganar distancia sin perder de vista la casa.

Detrás, el Santuario empezó a morir.

Otra explosión, más honda, levantó una columna de polvo y fuego que se mezcló con la noche. El sonido llegó un segundo después, atrasado, con un eco que se perdió entre los castaños.

El suelo se agrietó alrededor de las ruinas. Bloques de piedra, tierra y madera vieja empezaron a hundirse hacia el centro, como si alguien hubiera arrancado de repente los pilares que sostenían todo aquello.

—Mira —susurró Maeve.

La casa —lo que quedaba de ella— cedió sobre sí misma en cámara lenta. El terreno entero se desplomó en una especie de embudo gigantesco. Toneladas de tierra, raíces, piedras y restos de construcción se precipitaron hacia abajo, tragándose el hueco donde había estado el Santuario.

Durante un instante, desde el interior del derrumbe salió una luz anaranjada y azul, extraña, como si el portal intentara respirar una última vez. Hubo un fogonazo que dibujó las copas de los árboles como esqueletos negros.

Luego, nada.

Solo una nube de polvo caliente que se alzó hacia el cielo y el ruido sordo de lo que no había encontrado salida.

El terreno quedó hundido, convertido en una gran herida oscura. La casa quemada ya no existía; en su lugar, un cráter irregular, humeante, parecía haber intentado borrar todo rastro de lo que allí se había levantado.

El silencio que vino después fue terrorífico.

Solo se oía su propia respiración y, a lo lejos, el eco apagado de algún cascote tardío cayendo dentro del agujero.

Maeve apoyó la mano en el brazo de Tristán.

—¿Crees… —empezó— que se ha cerrado?

Él siguió mirando el cráter humeante unos segundos más.

No vio luz. No vio sombras moviéndose. Solo humo.

—Quiero creer —respondió— creo que no ha terminado de abrirse.

No era una respuesta. Era lo único que tenía.

Maeve asintió, sin soltarlo.

Se quedaron unos segundos más allí, en el borde del sendero, mirando cómo la noche intentaba cubrir con oscuridad la herida recién hecha.

Al echar a andar no tuvieron la sensación de huir, sino de salir por fin a la superficie, a la luz, al aire limpio. Dejaron a su espalda el cráter aún humeante y el recuerdo de Raúl hundido en aquella tierra. Siguieron el sendero sin mirar atrás, con la certeza extraña de que aquella noche no era un final, sino la primera página de otra cosa; delante no había promesas, solo un camino libre de obstáculos que habría que ir inventando paso a paso, casi como quien escribe a tientas.

Tristán ajustó el paso al de Maeve y pensó que, aunque no pueda contar toda la historia, ese ya era el primer renglón.

Epílogo
Diez Meses Después

El pub estaba escondido en una de esas calles del centro de Málaga que parecen un descuido entre dos edificios elegantes. Desde fuera, apenas un rótulo discreto, una puerta pesada y un timbre que sonaba amortiguado. Dentro, otra historia: la época de la Ley Seca. Un viaje en el tiempo. Estética art decó, sus rincones secretos y la música de jazz, evocando los clandestinos bares de los años 20 donde se servían bebidas prohibidas. Penumbra cálida, paredes rojizas, muebles oscuros y una lámpara de pantalla de tela sobre cada mesa redonda, pintando círculos de luz íntima sobre los cócteles.

En una mesa del fondo, pegada a la pared empapelada con motivos botánicos, estaban sentados Tristán, Maeve y Alba.

Delante de él, un vaso bajo con Tullamore y dos cubitos de hielo que ya se rendían despacio. Delante de Maeve, otro igual, con la misma condena líquida. Frente a Alba, un vaso estilizado de cóctel, sin alcohol, coronado con una rodaja de lima y unas gotas de algo rojo.

En la silla libre, entre Tristán y Maeve, descansaba un libro boca arriba. Las esquinas estaban algo dobladas, el lomo mostraba una arruga obstinada en el centro. En la portada, un paisaje que a veces él aún veía al cerrar los ojos, aunque no hiciera frío. Un pueblo en la montaña, una casa ennegrecida y, sobre todo, el título:

El Milagro de Santa Nevana: La Historia de un libro maldito.

El propio Tristán evitaba mirarlo demasiado rato seguido, no fuera a ser que le devolviera la mirada.

En los altavoces, la música cambió de pista. El bajo entró primero, luego el ritmo, luego la voz de Bowie, arrastrando un verso de una canción de las preferidas de Tristán. Ese trocito que repetía *we can be heroes*. Miró a Maeve.

Maeve movió la cabeza al compás, con una sonrisa cansada.

—Mira tú qué cosas —dijo—. De todos los bares de Málaga, de todas las canciones… y suena esta.

—Algún día teníamos que tener la banda sonora adecuada —respondió Tristán, dándole un sorbo al whisky.

Alba giró el libro que estaba en la silla y lo acercó hacia ella, apoyando los codos en la mesa. Lo abrió por la solapa y se quedó mirando la foto de su padre. La había visto ya mil veces, pero esta vez le dedicó unos segundos más, como si comparara la imagen con el hombre que tenía enfrente.

—Papá aquí pone que es ficción —comentó—. Pero Santa Nevana existe. Y vosotros vivisteis lo vuestro.

Tristán se encogió de hombros.

—Lo pone el contrato, cariño. La editorial se pone nerviosa si pones "basado en hechos que casi te matan".

Maeve rio por lo bajo y le dio un codazo suave.

—No te lo creas tanto, Serrano, que yo te he visto llorar delante de un folio en blanco. Eso sí que era terror psicológico.

—Eso fue antes de conocer al auténtico género de terror —replicó él.

Alba pasó las páginas con el pulgar, haciendo que los capítulos se convirtieran en un abanico.

—A veces pienso que no sé cuánto hay de verdad aquí —dijo—. Y no sé si quiero saberlo.

Tristán la miró un segundo. En esos diez meses habían aprendido a hablarse de otra manera, con pausas, con tiento, como quien pisa una escalera vieja que puede crujir o aguantar según el peldaño.

—Hay partes que sí —admitió—. Y otras que no. Lo importante no es cuánto es verdad en el libro… sino cuánto es verdad en nosotros.

Alba iba a contestar algo, pero una voz a su espalda se adelantó.

—Perdona —dijo alguien—. No quiero molestar… ¿es ese el libro?

Un hombre de unos treinta y pico, barba de tres días muy cuidada, camisa remangada y vaso en la mano, se había acercado desde la mesa contigua. Llevaba rato mirando de reojo, pero ahora se había decidido a dar el paso. Señalaba la portada con la barbilla.

—Es que… —sonrió, un poco avergonzado— lo terminé anoche. Llevo días que me cuesta dormir con el jodido libro. Perdón —

añadió, mirando a Alba de refilón—. No caí en que había menores.

—Tiene más mala leche que tú y que yo juntos —dijo Maeve—. No te preocupes.

El hombre alargó la mano hacia el libro.

—¿Puedo?

Alba se lo pasó. Él lo sostuvo abierto, miró la solapa, volvió a mirar a Tristán. Se le encendió una bombilla en los ojos.

—Es usted —dijo—. Joder. Perdón otra vez. Es usted.

Tristán hizo un gesto mitad saludo, mitad rendición.

—Depende del día —respondió—. Hoy sí, parece que sí.

El tipo rio nervioso.

—¿Le molesto? Si no le importa tenía que preguntarle algo. Bueno, dos cosas —dijo, tirando de una silla cercana sin llegar a sentarse del todo, como si el pudor no le dejara aterrizar—. La primera: gracias. De verdad. Hacía tiempo que no leía algo que me pusiera tan… —buscó la palabra— inquieto. Y la segunda: ¿de verdad pasó?

Eso flotó un momento sobre la mesa, por encima del whisky, del cóctel de Alba y del vaso del recién llegado. La música siguió, la voz de Bowie subió un poco desde los altavoces, ajena a todo.

Tristán apoyó los antebrazos en la mesa.

—Te voy a contestar como pueda —dijo—. Hay una parte de la historia que pasó exactamente como está escrita. Otra parte, no tanto. Y luego está la parte que solo pasó aquí —se señaló la sien—, que es la peor de todas.

El hombre asintió, como si eso confirmara algo que ya sospechaba.

—Pero si tuviera que resumirlo —continuó Tristán—, te diría esto: al final, la vida es una becaria de la muerte. Una becaria que sabe que no se va a quedar en esa empresa, que no tiene contrato fijo y que un día la van a echar sí o sí. La única diferencia está en si has conseguido el objetivo de ese trabajo… o si terminas tu periodo de prácticas y mueres sin haber conseguido nada de verdad.

El hombre se quedó mirándolo, con el vaso olvidado en la mano.

—Ostras —dijo, en voz baja—. Eso no salía en el libro.

—No todo cabe —contestó Tristán—. Y algunas cosas hay que contarlas en un bar.

Maeve levantó su Tullamore.

—Brindo por las becarias que se rebelan —dijo—. Y por los jefes que arden.

El visitante sonrió, esta vez con menos nervios.

—Pues brindo también —levantó el vaso—. Y si algún día escribe otro… aquí tiene un lector.

Dejó el libro de nuevo sobre la mesa, les dio las gracias con un gesto torpe pero sincero y volvió a su sitio. Al pasar junto a la barra, el camarero le dijo algo al oído y ambos miraron un segundo hacia la mesa de Tristán.

Durante unos segundos, el pequeño mundo de esa mesa quedó otra vez cerrado.

Alba giró la copa entre los dedos, pensando.

—Así que —dijo— la vida es una becaria y tú eres… ¿qué? ¿El jefe de recursos humanos?

Tristán sonrió y se quedó un instante en silencio, mirando cómo el hielo de su vaso giraba y chocaba contra el cristal.

Maeve lo miró con esa mezcla de ternura e ironía que aún lo desarmaba.

—Mira que te pones serio cuando quieres, Serrano —murmuró—. Si te oyera el Tristán de hace un año, te pegaba una hostia.

—El Tristán de hace un año estaba demasiado ocupado huyendo de sí mismo —contestó él.

La canción llegó a su estribillo. La voz de Bowie creció un poco, inundando el local con esa idea terca de que, por un momento, se podía ganar a los monstruos y ser héroe, aunque fuera solo por un día. Tristán cerró los ojos un segundo. Sintió a Maeve apoyando la rodilla contra la suya bajo la mesa. Notó el rozar del brazo de Alba cuando se inclinó para dejar el libro otra vez en la silla, como si lo pusiera a descansar.

En su cabeza, las palabras de la canción no sonaban en inglés. Sonaban traducidas a su manera: *Podemos vencerles. Aunque no sea para siempre. Podemos ser héroes, aunque solo sea un día.*

Pensó en Eusebio, en Bernarda, en Saldaña. En todo lo que no había podido cambiar. Y, aun así, algo dentro de él susurró que, aquella noche, la becaria le había robado un día de sueldo a la muerte.

Abrió los ojos. Maeve lo miraba.

—¿En qué piensas? —preguntó ella.

—En que, por raro que suene, me alegro de todo —dijo—. De lo malo también. Si no, no estaríamos aquí.

Alba hizo un gesto exagerado con la mano.

—Vale, vale, no os pongáis intensitos —se rio—. Que al final me vais a hacer llorar y no me he maquillado para nada.

—Eso sería una buena reseña en redes —dijo Tristán—: *"Me hizo llorar en un bar de Málaga"*.

—Pues escribe otra novela y lo pones en la contraportada —remató Maeve—. Pero esta vez, que nos pille en la playa.

Tristán levantó su vaso.

—Por nosotros y por el doctor Saldaña —dijo—. Él es parte de que estemos hoy aquí.

—Un beso allá donde estés. Por Raúl —sentenció Maeve.

Brindaron los tres. El hielo tintineó como si alguien más, desde donde sea, también brindara con ellos. Afuera, Málaga seguía siendo Málaga. Dentro, por unos minutos más, la música protegía esa mesa del resto del mundo.

Tristán miró a Maeve y con una complicidad, que solo ellos conocían, le dijo:

—Gracias por el sitio.

—Mañana habrá sitio también —contestó Maeve con algo que era más que palabras.

Mientras, el libro, en la silla vacía, era el mudo testigo secuaz de que por fin podían descansar.

Muchos kilómetros al norte, el mismo libro viajaba en otra mochila.

El hombre que lo llevaba. Era otro lector, un apasionado de la historia, nada más. Había ido encadenando autobuses hasta que, al fin, el pueblo apareció al borde de la carretera.

Entró en el bar de la plaza, el antiguo Avío, ahora con un rótulo moderno y mesas nuevas algunas más altas. Por dentro olía a café y a limpiador de suelos, pero debajo seguía latiendo algo más viejo.

Pidió un café y dejó el libro sobre la barra, boca arriba. El camarero lo miró de reojo.

—Vienen muchos con ese —dijo, sin más—. Lectores, curiosos… periodistas. Se van igual que llegan.

El hombre sonrió, cansado.

—Solo soy un lector —respondió—. Quería ver el sitio.

En una mesa cercana, juntando vasos pequeños y cartas de baraja, estaban Modesto, Aurora y otros dos vecinos. Hablaban en voz baja. Cuando el libro apareció, la conversación se quebró un segundo, como si alguien hubiera cambiado de canal.

El visitante se acercó con el café en la mano.

—Perdonen —dijo—. No quiero molestarles. Solo quería preguntar si… aquí pasó algo de lo que cuenta el libro.

Modesto miró la portada con una mezcla de fastidio y resignación.

—Aquí han pasado muchas cosas —contestó—. Antes del libro y después. Pero esto —señaló el título con los ojos— es una novela.

Aurora le dio un leve codazo, sin apartar la vista de su vaso.

—Tampoco digas que todo es mentira —murmuró—. Algo hubo. Tu siempre has querido visitantes.

—Turistas, siempre he querido turistas y menos curiosos.

El visitante iba a tirar del hilo, pero una sombra se interpuso entre la mesa y la barra. Santiago, uniforme discreto, manos en los bolsillos del pantalón, los observaba con media sonrisa educada.

—Dejen al hombre que disfrute del pueblo —dijo—. Bastante ruido le habrá hecho ya ese libro en la cabeza.

Luego se volvió hacia el hombre, con la misma corrección.

—Si quiere ver algo, suba desde la plaza, mire la ermita, las montañas. Eso es lo que queda. Lo demás son historias. Y las historias se deforman.

Había algo en el tono que sonaba a aviso y a disculpa al mismo tiempo. El visitante entendió que no iba a sacar mucho más de allí. Dio las gracias, pagó el café y salió al frío.

Caminó sin rumbo fijo, guiándose por los paisajes que creía reconocer de las páginas: la plaza, el hostal cerrado con un cartel de "Se vende", la silueta de la ermita al fondo. Todo tenía un aire ligeramente cambiado, como una fotografía movida de sitio unos centímetros.

En una calle estrecha, casi de pasada, vio el muro.

Era un trozo de pared vieja, encajada entre dos construcciones algo más nuevas. La cal se caía a placas, dejando al descubierto el gris sucio del cemento. Sobre esa piel descascarillada, debajo y casi borradas, se distinguían todavía unas letras negras:

UNA LLAMA, MUCHAS SOMBRAS

Debajo, arañados en el revoco, había tres signos mal trazados: una media luna abierta, una cruz que no era exactamente una cruz y un triángulo. La tríada, tal y como aparecía en el libro, pero más tosca, más real.

El visitante se quedó un rato inmóvil, con el aliento saliéndole en nubes breves. Hizo una foto con el móvil, por puro reflejo, y guardó de nuevo el aparato sin mirar la imagen.

No llamó a ninguna puerta. No hizo más preguntas. Dio la vuelta al pueblo por el mismo camino por el que había entrado. Cuando llegó a la carretera, Santa Nevana ya parecía otra vez un nombre más en un mapa, una mancha de luz mínima entre montes oscuros.

En la mochila, el libro parecía pesar un poco más que por la mañana.

A la salida un cartel con las letras recién pintadas, brillaban demasiado para un pueblo tan gastado:

SANTA NEVANA
- VUELVA PRONTO –

En ese momento una idea se le cruzó por la mente:

Hay relatos que terminan cuando se cierra la última hoja.

Y los libros pasan con la página final a otra historia.

Los lugares… no tanto.

Y hay pueblos que nunca...

ENLACE AMAZON

Si has disfrutado de esta historia: ¿Podrías dedicar un minuto a dejar una reseña sincera en Amazon? Si te apetece, deja una reseña con tu opinión en Amazon para ayudar a que el libro llegue a más gente. Tu opinión me ayuda a seguir escribiendo. Escanea el QR **¡Muchas gracias!**

"Santa Nevana no termina en estas páginas..."

Sigue el universo Santa Nevana en redes:

Instagram: **@manuel_paz_oficial**

Facebook: **Manuel Paz · Santa Nevana**

hashtag **#SantaNevana**

REGISTRADO EN SAFE CREATIVE:
Código 2512023906507-55B9HR

ISBN: 978-84-09-82816-6

Depósito Legal: MA-249-2026

Editado por Mac Editorial.

Mac Editorial

Este libro se puede adquirir a través de:

santanevana.com y manuel.paz@santanevana.com

Disponible también en formato físico y digital en Amazon